



GREG BEAR
MARTE SE MUEVE

Lectulandia

Se prevén importantes cambios sociopolíticos en Marte. Casseia Majumdar, deberá convertirse en la verdadera «madre de Marte» y dirigir el difícil proceso de unificación de una sociedad tradicionalmente escindida en diversas comunidades. Tal unificación supone la total independencia y el definitivo alejamiento de la Tierra. En todos los sentidos.

Marte se mueve aúna la pasión de la especulación política con la mejor ciencia ficción hard. Bear especula brillantemente tanto sobre la posible biología de una hipotética vida en el pasado de Marte, como en torno a una nueva física emparentada con la Informática en la sorprendente «teoría de descriptores». Y todo ello sin olvidar la omnipresencia de la nanotecnología más avanzada, un elemento ya utilizado en *Reina de los ángeles* y que, en Marte, resulta aún más necesaria.

Marte se mueve es una novela de temática política que interesa, además, por su interesante contenido científico-especulativo. En la historia de la ciencia ficción ocupará, respecto a Marte, el mismo lugar que, respecto a la Luna, ocupa ya la clásica *La luna es una cruel amante* de Robert Heinlein. Méritos no le faltan, ni mucho menos.

Premio NEBULA 1994 -Finalista del premio HUGO 1994.

«Bear es el maestro absoluto de la novela de ciencia ficción a gran escala. Además, *Marte se mueve* está narrada con gran perfección, sin que falte nada ni en la solidez científica ni en la excelencia literaria».

BOOKLIST.

«Los mejores momentos de la novela incluyen las ingeniosas especulaciones biológicas y físicas de Bear, que no tan sólo añaden color a la narración, sino que le dan forma y configuran su textura».

WASHINGTON POST BOOK WORLD

Lectulandia

Greg Bear

Marte se mueve

Reina de los ángeles - 3

ePub r1.0

Red_S 25.08.13

Título original: *Moving Mars*

Greg Bear, 1993

Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: Red_S

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Ray Bradbury

Un día de Marte es un poco más largo que un día de la Tierra: 24 horas y 40 minutos. Un año de Marte es un poco más corto que dos años de la Tierra: 686 días terrícolas, o 668 días marcianos. Marte tiene 6787 kilómetros de diámetro, mientras que la Tierra tiene 12.756 kilómetros. Su aceleración gravitatoria es de 3,71 metros por segundo al cuadrado, un poco más de un tercio de la terrestre. La presión atmosférica de la superficie de Marte es por término medio de 5,6 milibares, la mitad del uno por ciento de la terrestre. La atmósfera está compuesta principalmente por bióxido de carbono. Las temperaturas en el nivel de referencia de superficie (no hay «nivel del mar», pues no hay mares) varían entre los -130 y los +27 °C. Un ser humano sin protección en la superficie de Marte se congelaría al cabo de pocos minutos, aunque primero moriría por exposición al casi-vacío de su atmósfera. Si este desdichado humano sobreviviera a la congelación y la baja presión, y encontrara un suministro de oxígeno para respirar, aún debería soportar los altos niveles de radiación procedentes del Sol y de otras fuentes. Después de la Tierra, Marte es el planeta más hospitalario del sistema solar.

PRESENTACIÓN

BEAR ha sido saludado por la crítica y el público lector estadounidense como uno de los importantes autores que emergieron con fuerza en los años ochenta; pese a que su primera publicación data de 1966, cuando el autor contaba tan sólo quince años. Reconocido especialista de la ciencia ficción que no desdeña contenidos científicos y tecnológicos; Bear envuelve sus especulaciones tecnológicas de aspectos sociales y psicológicos que dan credibilidad a las sociedades que describe.

Bear no parece haber tenido mucha suerte en España, pues la publicación de su obra se ha realizado hasta hace poco de forma discontinua. Así el lector español ha podido conocer EON (Eon -1985; Ultramar), pero no la obra que le sigue, Eternity (1988) y lo mismo le ha sucedido con Anvil of Stars, continuación de LA FRAGUA DE Dios (The forge of God -1987; Etiqueta Futura, Júcar). Por otra parte, la novela MÚSICA EN LA SANGRE (Blood Music -1985; Ultramar bolsillo) se presentó en nuestro país como ganadora del premio Hugo, cuando la obra galardonada había sido una versión anterior en forma de relato corto.

Con gran satisfacción por mi parte pude incorporar a nuestra colección una obra tan interesante como REINA DE LOS ÁNGELES (NOVA ciencia ficción, número 54), una exploración inteligente y amena del milenio binario, que se cumple en 2048. REINA DE LOS ÁNGELES construye con habilidad un «futuro cercano» donde la disyuntiva entre crimen y castigo es eje central de una novela que incluye tecnología, así como especulaciones sociales y psicológicas de gran interés. Es una novela en la cual los materiales de la ciencia ficción hard (nanotecnología, especulaciones sobre la inteligencia artificial, etc.) se ponen al servicio de un relato apasionado sobre la autoconciencia, la creatividad, la culpa y la redención. La novela fue finalista al premio Hugo de 1991.

Con aún mayor satisfacción, publicamos hoy la nueva novela de Greg Bear que, en cierta forma, se desarrolla en el mismo universo y la misma línea histórica que el autor iniciara con REINA DE LOS ÁNGELES, aunque la temática es completamente distinta e independiente.

MARTE SE MUEVE podría parecer uno más de los muchos libros que en torno al planeta rojo han escrito los autores norteamericanos en los últimos años. Con toda seguridad la prevista (y un tanto fallida) misión de la NASA hacia Marte es la causa principal del fenómeno. Tanto los autores veteranos como los más jóvenes han tratado el tema marciano, desde Fred Pohl (MINEROS DEL OORT en NOVA ciencia ficción, número 62), Jack Williamson (Beachhead) o Bean Bova (Mars), hasta jóvenes valores como Kim Stanley Robinson (no se pierdan su trilogía marciana que aparecerá pronto en España publicada por Minotauro) y el mismo Greg Bear con esta novela.

MARTE SE MUEVE es, sin embargo, mucho más que un libro que responde a una moda. Por una parte dispone de un gran componente de ciencia ficción hard y especula no sólo sobre la posible biología de una hipotética vida en el pasado de Marte, sino también sobre una nueva física emparentada con la informática en esa «teoría de descriptores» que imagina Bear. Y todo ello sin olvidar la omnipresencia, tan natural gracias a la habilidad de Bear, de la nanotecnología más avanzada, un elemento ya presente en REINA DE LOS ÁNGELES y que, en Marte, parece aún más necesaria.

Pero MARTE SE MUEVE no es sólo una novela que interese por su contenido científico-especulativo, sino algo más. MARTE SE MUEVE es una novela de temática política que trata de importantes cambios sociopolíticos en Marte, de cómo una sociedad repartida en diversas comunidades (los VM o vínculos múltiples que imagina Bear) se unifica y adquiere, con grandes dificultades, una cierta independencia, y se aleja de la Tierra en todos los sentidos.

Por esto último, MARTE SE MUEVE es una obra que, en mi opinión, va a pasar a la historia de la ciencia ficción ocupando, respecto a Marte, un lugar parecido al que, respecto a la Luna, ya ocupa la clásica LA LUNA ES UNA CRUEL AMANTE de Robert Heinlein. Méritos no le faltan, ni mucho menos.

El mismo Greg Bear sitúa en su período de dos años (de 1988 a 1990) como presidente de la SFFWA (Science Fiction and Fantasy Writers of America - Asociación Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía) su propia dedicación, un tanto indeseada, a la actividad política. Algo parecido a lo que le ocurre a la protagonista de MARTE SE MUEVE. En palabras del mismo Bear aparecidas en el Boletín de la SFFWA, MARTE SE MUEVE y Heads (su anterior novela corta):

... reflejan mi período como «político», sirviendo como presidente de la SFFWA durante dos años. La experiencia valió la pena y aprendí mucho de ella: me enseñó que nunca más querré ser un político. [...] Heads y MARTE SE MUEVE tratan de gente que acaba siendo masticada (otros dirían «destrozada») por la política.

En cualquier caso, ya sean los elementos científico-especulativos o esos personajes arrastrados a su pesar por la política, MARTE SE MUEVE es, en su conjunto, una novela brillante y de gran interés gracias a la cual su autor obtuvo el premio Nébula de novela correspondiente a 1994, que se entregó en Nueva York el 22 de abril de 1995. Como es sabido, el premio Nébula (equivalente en la ciencia ficción al Oscar cinematográfico) lo otorga la misma SFFWA por votación de sus miembros, y representa un aval seguro de la calidad de una obra del género que nos ocupa.

Como ya es casi habitual, no me resisto a copiar aquí el texto que el traductor, Carlos Gardini, elaboró para el corrector de estilo. Creo que le será de utilidad al lector, en sustitución de un posible glosario inexistente en la versión original.

MARTE SE MUEVE se ambienta en el mismo mundo que REINA DE LOS ÁNGELES, aunque alrededor de un siglo más tarde. El uso de ciertas palabras es, pues, igual que en la novela anterior. Así ocurre con *pensante* (inteligencia artificial auto-consciente), *arbeiter* (especie de robot), *cresta* (un tipo de edificio), *terapiado* y *aterapiado* (de significado evidente), *esclavovía* (autopista para vehículos «esclavos» que siguen una trayectoria predeterminada), *pizarra* (ordenador personal portátil), *LitVid* (cadenas de comunicaciones de «literatura» o texto escrito y vídeo), *biquímica* (sistema de química «doble» para quienes viajan al espacio), etc.

Aunque aparecen otras palabras con sentido específico, todas son fáciles de comprender en su contexto:

LC designa un *pensante* de Lógica Cuántica, cuyas características se describen en la novela.

Un *evolvón* es una especie de «organismo» que funciona de forma similar a un virus informático.

Un *ecos* (plural *ecoi*) es una forma de vida perteneciente al pasado (imaginario) de Marte.

La *aerología* es la ciencia marciana que equivale a nuestra geología.

Un VM (vínculo múltiple) es una familia o comunidad marciana. Un *estatista* es un partido de la unificación de los VM de Marte en una sola entidad o estado. El *canciller* es un funcionario de la universidad. Los *abogados* y *síndicos* son funcionarios de los VM. Una *estación* es una superficie de «hacienda» o colonia marciana.

Así como los mongoles tienen muchas palabras relacionadas con caballos, o los esquimales con la nieve, los marcianos tienen un amplio vocabulario para designar la arena de su mundo en distintos estados: *blandarena*, *raudarena*, *grumo*, *borbollón*, *serrín*, etc. (Para el caso de los tres últimos ejemplos, el original inglés también utiliza palabras ya existentes imponiéndoles este uso específico).

De Gardini tomo también la sugerencia de recordarles que la frase «Eran oscuros y de ojos dorados», que figura entre comillas mediada la primera parte, es una clara alusión a Ray Bradbury, al igual que el nombre de Ylla. Al fin y al cabo no hay que olvidar que el libro está dedicado al autor de las CRÓNICAS MARCIANAS, una de las más famosas incursiones de la ciencia ficción en Marte. El mismo Greg Bear lo cuenta así:

He dedicado el libro a Ray Bradbury porque él creó un Marte maravilloso, completamente diferente del mío. Y porque hemos sido amigos durante veintisiete años. Ray es mi padre literario.

La gente me pregunta por qué se han escrito tantos libros sobre Marte últimamente. Mi libro trata de Marte porque siempre me ha gustado el planeta y las historias que ocurren en él, desde Edgar Rice Burroughs hasta Heinlein, pasando por

Bradbury y ahora hasta Kim Stanley Robinson y otros.

Marte es, simplemente, un gran escenario para la imaginación. Siempre lo ha sido y siempre lo será, incluso después de que lleguemos allí. ¡Y lo haremos!

En cualquier caso, MARTE SE MUEVE es uno de los mejores libros acerca de este planeta que han aparecido en los últimos años en Norteamérica. Y aunque trata de Marte, en el fondo, como las buenas novelas, trata sobre todo de su gente y sus problemas, y eso es lo importante.

A continuación, y cambiando de tema, hablemos de títulos. Tras unos cuantos años como editor, el tema de los títulos de los libros todavía sigue preocupándome. En general, me gusta que los títulos en castellano guarden la mayor similitud posible con los originales, pero, pese a mis esfuerzos, no siempre lo consigo.

Recuerdo un caso terrible del cual, en cierta forma, debo ser algo responsable aun cuando siempre he proclamado mi inocencia. En 1987, actuando como «adjunto a la dirección» de la edición española de la revista OMNI, seleccioné como relato a publicar el de Gardner Dozois que había obtenido el premio Nébula de 1984: Morning Child. Mi traducción era, obviamente, «Niño de la mañana», pero a causa de ocultas razones de paginación o del extraño (para mí) punto de vista del director de la revista, el relato apareció con el sorprendente título «Viaje aterrador por un mundo devastado». Ahí es nada.

Sin llegar a tales extremos, en los últimos meses los títulos de las novelas aparecidas en NOVA ciencia ficción me han suscitado más de una duda. Veamos algunos casos recientes y, al final, el problema algo más serio que se me planteó con la novela de Greg Bear.

Antes de publicar en España THE HEMINGWAY HOAX de Foe Haldeman (NOVA ciencia ficción, número 77), mi título «de trabajo» era LA TRAMPA HEMINGWAY. Después me enteré de que en la edición mexicana de la revista Isaac Asimov aparecía como EL FRAUDE HEMINGWAY, mientras que nuestro traductor, Rafa Marín, proponía EL ENGAÑO HEMINGWAY. Opté por la propuesta de Marín y, gracias a él, obtuve una felicitación de los Haldeman. Pero la duda y los matices implícitos no eran pocos...

También dudé con MIRROR DANCE, de Lois McMaster Bujold (NOVA ciencia ficción, número 78). Durante varios meses, el flamante premio Hugo de 1995 se había llamado, en mi mente, DANZA DE ESPEJOS; pero la traductora, Margara Auerbach, sugería LA DANZA DEL ESPEJO y lo argumentaba con razonables referencias al texto mismo de la novela. Tal vez pensando todavía en cómo mi «trampa Hemingway» se había convertido en un «engaño», no quise ceder esta vez y recurrimos al final al título que yo había manejado mentalmente durante varios meses.

Con MOVING MARS, la presente novela de Greg Bear, las cosas han sido más

complicadas. La traducción literal, «Moviendo Marte», es inservible. Hay una regla no escrita en la edición española que dice, posiblemente con buen criterio, que no deben emplearse gerundios en los títulos. Por ello las versiones como la citada, u otras similares, no son posibles. En Francia, donde parece existir una regla parecida, han utilizado «L'envol de Mars», que viene a ser «El despegue de Marte», título que no me acaba de gustar.

El traductor, Carlos Gardini, proponía MADRE DE MARTE con muchísimas razones a su favor, entre ellas ser el título que uno de los personajes, Charles, da a la protagonista de la novela. No es un mal título, pero al final lo descarté por distanciarse demasiado del original.

Como sea que yo no tenía título «de trabajo» para esta novela (durante largos meses en mi mente había sido tan sólo «Moving Mars»), me he encontrado al final con muchas dudas. La versión que aparece en la portada de esta edición, MARTE SE MUEVE, tal vez sea la más literal y fiel al original, aun cuando habíamos manejado otros títulos: «Marte se aleja», «Marte despega», «Marte», «El camino de Marte», «El despegue de Marte», «La huida de Marte», e incluso otros. Al final opté por realizar una especie de simulacro de brainstorming («tormenta de cerebros») con la ayuda de expertos de Ediciones B (otros editores más veteranos, especialistas del departamento comercial de Ediciones B, etc.) y con algunos amigos a los que he ido dando la lata en los últimos días. El resultado ha sido MARTE SE MUEVE, tal vez más neutro y simple pero con la ventaja, para mí, de recordar directamente el original. Creo que la prudencia es siempre, en este tema de los títulos traducidos, una buena opción. No quisiera repetir el disparate que hizo OMNI en 1987, u otros de peor calibre, como ese de llamar «guerra de las galaxias» a lo que en el original era, mucho más modestamente, una sencillita «guerra de estrellas».

En cualquier caso, debo reconocer que sigo prefiriendo el título de «Moving Mars». Tal vez sea porque en inglés el sujeto que «mueve» a Marte a esos cambios que narra la novela puede ser tanto una persona (la protagonista del libro) como el planeta mismo, mientras que en castellano las opciones se reducen.

Y, por si quieren echarme una mano, les cuento el reto que, en eso de los títulos traducidos, tengo planteado para el próximo año. En 1996 vamos a publicar dos buenas novelas de Nancy Kress: BEGGARSIN SPAIN (premio Nébula y Hugo hace unos años) y BEGGARS AND CHOOSERS (finalista del premio Hugo de 1995). Mis títulos provisionales dan vueltas alrededor de algo como «pobres» y «pobres y ricos» respectivamente. Pero temo que alguien piense que pretendo esconder una referencia a España, inexistente en realidad. Se trata, en inglés, de frases hechas que posiblemente no convenga traducir literalmente y que estoy seguro de que, como ha ocurrido con el presente libro, me harán dudar hasta el final. Si alguien se anima, se aceptan sugerencias.

Y nada más. Les dejo (¡por fin!) con esta brillante novela de Greg Bear. Estoy convencido de que sus arriesgadas ideas y especulaciones no les van a defraudar ni tampoco la sociedad ni los personajes que Bear ha imaginado. Un verdadero tour de force.

Recuerden, yo estoy completamente convencido, MARTE SE MUEVE va a pasar a la historia de la ciencia ficción ocupando, respecto a Marte, un lugar parecido al que, respecto a la Luna, ya ocupa la clásica LA LUNA ES UNA CRUEL AMANTE de Robert Heinlein. Méritos no le faltan, ni mucho menos.

MiQUEL BARCELÓ.

PRIMERA PARTE

Quizá los jóvenes no recuerden el Marte de antaño: un sol amarillo, cielos nubosos y polvorientos, un suelo rojizo y fino, pobladores viviendo en cavernas presurizadas y aventurándose a salir sólo como un rito de iniciación, para labores de mantenimiento o para cuidar las nudosas cosechas desperdigadas como nidos de verdes culebras en las ventosas granjas. Ese Marte, un Marte viejo y cansado, lleno de vidas jóvenes, ha desaparecido para siempre.

Ahora yo soy vieja y estoy cansada, y Marte ha rejuvenecido.

Nuestra vida no nos pertenece pero, por Dios, debemos comportarnos como si así fuera. Cuando yo era joven, lo que hacía parecía demasiado insignificante para tener algún peso, pero —como dicen— el temblor del polvo se expande con el tiempo hasta formar una tormenta que barre un planeta...

2171 (A. M. 53)

Una época tocaba a su fin. Yo había estudiado los signos con relativa inocencia en mis clases; algunos profesores perspicaces me habían hecho sugerencias, pero nunca había pensado que la situación me afectaría personalmente.

Acababan de expulsarme de la UMS, la Universidad de Marte en Sinaí. Doscientos compañeros y profesores en el mismo trance aguardaban en el lustroso pavimento blanco de la estación, el rostro cruzado por las sombras que creaba el sol al atravesar la maraña de vigas y travesaños que sostenían el techo de la estación. Aguardábamos la llegada del tren de Solis Dorsa para marcharnos a nuestras planicies, fosas y valles.

Diane Johara, mi compañera de cuarto, apoyaba el pie en una pequeña maleta, golpeando el asa con la punta de la bota, juntando los labios como si silbara pero sin emitir ningún sonido. Miraba hacia las cortinas del norte, aguardando la aparición del tren. Aunque éramos buenas amigas, Diane y yo nunca hablábamos de política. Esto era de elemental cortesía en Marte.

—Magnicidio —dijo.

—Poco práctico —murmuré. Hacía pocos días que me había enterado de la vehemencia de Diane en estas cuestiones—. Además, ¿a quién matarías?

—A la gobernadora. A la canciller.

Sacudí la cabeza.

Habían expulsado a más del ochenta por ciento de los alumnos de la universidad, una flagrante violación del contrato. Me parecía muy injusto, pero mi familia nunca había sido activista. Hija de un VM financiero, conservaba mi neutralidad.

La estructura política creada durante la colonización un siglo atrás todavía se sostenía, pero sus días estaban contados. Los colonos originales, que habían llegado

en grupos de diez familias o más, habían cavado conejeras en tierras fértiles de todo Marte, de polo a polo, pero sobre todo en las lisas llanuras y los profundos valles. Siguiendo el modelo lunar, las primeras familias habían formado organizaciones llamadas Vínculos Múltiples o VM. Los Vínculos Múltiples funcionaban como macrofamilias económicas, y «VM» y «familia» eran casi sinónimos. Los colonos posteriores debieron escoger entre sumarse a los VM establecidos o fundar otros; pocas familias conservaban la independencia. Muchos VM se fusionaron y con el tiempo convinieron en dividir Marte en distritos areológicos y desarrollar recursos en colaboración. En general, los VM se consideraban socios y no rivalizaban por los generosos recursos de Marte.

—Ese tren llega con retraso. Se supone que los fascistas hacen que funcionen puntualmente —rezongó Diane, dando todavía golpecitos con la bota.

—Nunca lo hicieron en la Tierra —dije.

—¿Quieres decir que es un mito?

Asentí.

—Conque los fascistas no son buenos para nada —dijo Diane.

—Para los uniformes —dije.

—Los nuestros ni siquiera tienen un buen uniforme.

Elegidos por comicios de distrito, los gobernadores sólo respondían ante los habitantes de sus distritos, al margen de la pertenencia a un VM. Los gobernadores otorgaban derechos de miseria y colonización a los VM y representaban a los distritos en un Consejo conjunto de VM. Síndicos escogidos dentro de los VM por votación de los ciudadanos y directores de más edad representaban los intereses de los VM en el Consejo. Los gobernadores y síndicos rara vez se llevaban bien. Todo era muy formal y cortés —los marcianos casi siempre son corteses— pero muchos procedimientos no estaban reglamentados. Algunos decían que era groseramente ineficaz, y se estaban haciendo intentos de unificar Marte bajo un Gobierno central, como ya había sucedido en la Luna.

La gobernadora de Siria-Sinaí, Freechild Dauble, una administradora enérgica con barbilla esculpida a cincel, pujaba desde hacía años para convencer a los VM de que aceptaran una constitución estatista y una autoridad central. Quería que renunciaran a sus síndicos y optaran por una representación por distrito. Esto significaba el descalabro del poder de los VM.

Luego el nombre de Dauble sería sinónimo de corrupción, pero por aquel entonces hacía ocho años marcianos que era gobernadora del mayor distrito de Marte y estaba en el ápice de su largo idilio con el poder. Mediante solicitudes, presiones y amenazas había forjado —algunos decían *forzado*— acuerdos entre los VM más grandes. Dauble se había convertido en eje de la Unidad Marciana y aspiraba a ser presidenta del planeta.

Algunos decían que la carrera de Dauble era el mejor argumento a favor del cambio, pero pocos se atrevían a contradecirla.

Al cabo de pocos días el Consejo votaría para dar permanencia a la nueva constitución marciana. Habíamos vivido seis meses bajo el gobierno «de prueba» de Dauble, y muchos rezongaban sin disimulos. El convenio era frágil. Dauble lo había obtenido a fuerza de prepotencia y manipulación.

Por lo menos cinco familias que se oponían a la unidad habían entablado querellas, en general VM pequeños que temían ser absorbidos y anulados. Los estatistas los llamaban «retrógrados», y los consideraban una auténtica amenaza. Los estatistas no querían regresar a lo que consideraban el caótico dominio de los VM.

—Si el magnicidio es tan poco práctico —dijo Diane— podríamos aporrear a algunos de los favoritos...

—Calla —le dije.

Ella sacudió el cabello desmelenado y desvió los ojos, silbando de nuevo en silencio. Diane hacía eso cuando estaba demasiado furiosa para hablar cortésmente. Esos conejos rojos que habían vivido durante décadas en estrecha cercanía daban gran valor a la cortesía, y la inculcaban a sus hijos.

Los estatistas temían que hubiese incidentes. Las protestas estudiantiles eran inaceptables para Dauble. Aunque los estudiantes no representaran a los retrógrados, podrían meter bulla suficiente para frustrar el convenio.

Dauble envió un mensaje a Caroline Connor, una vieja amiga a quien había designado canciller de la mayor universidad, Marte Sinaí. Connor, una autoritaria con más energía que sensatez, le dio gusto a su amiga escogiendo a la mayor parte del alumnado y confeccionando una lista de posibles opositores.

Yo me había graduado en Gobierno y Gestión. Aunque no había firmado ninguna petición ni había participado en ninguna marcha —a diferencia de Diana, que se había adherido enérgicamente al movimiento— mi nombre figuraba en una lista de sospechosos. El Departamento de Gobierno y Gestión era famoso por su independencia, pero ¿quién podía confiar en nosotros?

Habíamos pagado nuestra educación pero no podíamos asistir a clase. La mayoría de los profesores y estudiantes expulsados no tenía más opción que regresar a casa. La UMS tenía la generosidad de regalarnos billetes para trenes contratados por el Estado. Algunos, entre ellos Diane, rechazaron los billetes y juraron luchar contra esa expulsión ilegal. Con eso se ganaron la escolta de un guardia de seguridad hasta la salida, y lo mismo me sucedió a mí, culpable por asociación, aunque sólo había tardado demasiado en hacer las maletas.

Diane caminaba rígida, lenta, orgullosamente. Los guardias —la mayoría inmigrantes recién llegados de la Tierra, corpulentos y fornidos— nos cogieron por el codo con firmeza y nos empujaron por los túneles. Este tratamiento tan poco cortés

contribuyó a que creciera en mí la semilla de la duda. ¿Cómo podía aguantar aquella injusticia sin protestar? Mi familia era cauta, pero no tenía fama de cobarde.

Rodeadas por los guardias de Connor, apiñados con los últimos estudiantes expulsados, pasamos deprisa frente a un grupo de estudiantes que remoloneaban en un atrio. Llevaban la ropa gris y azul de su familia; eran descendientes de VM con fuertes lazos económicos con la Tierra, mimados por quienes más apoyaban los planes de Dauble; todos se quedaban en la universidad. Hablaban en voz baja y serena y nos miraron con indiferencia, sin ofrecernos respaldo ni aliento. Su inacción levantaba muros. Diane me codeó.

—Cerdos —susurró.

Le di la razón. Los consideraba peores que traidores. Se portaban como si fueran cínicos y viejos, violadores de los más preciados ideales de la juventud.

Nos cargaron en una camioneta y nos condujeron a la estación, siempre escoltadas por los guardias.

En la estación reinaba una gran actividad.

Varios estudiantes se dirigieron hacia un corredor lateral, regresaron y corrieron la voz. Se acercaba el tren que iba al empalme de Solis Dorsa. Diane se relamió los labios y miró nerviosamente en torno.

El último guardia, cerciorándose de que estábamos en camino, se despidió tocándose la gorra y entró en un café, perdiéndose de vista.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Diane.

No pude responderle. Mi cabeza hervía de contradicciones, y la furia por la injusticia luchaba contra las expectativas de mi familia. Mi madre y mi padre odiaban los desórdenes que causaba la unificación. Creían con firmeza que lo mejor era no entrometerse. Así me lo habían dicho, aunque sin impartirme órdenes.

Diane me miró con desprecio. Me estrechó la mano y dijo:

—Casseia, piensas demasiado.

Eché a andar por el andén y dobló una esquina. En grupos de cinco o menos, los estudiantes iban al lavabo, a tomar café, a comprobar qué tiempo hacía en las respectivas estaciones de destino. Un grupo de noventa estudiantes se separó del grupo principal.

Vacilé. Los que se quedaban parecían escrupulosamente neutrales. Todos rehuían las miradas ajenas.

Un silencio inquietante cayó sobre el andén. Una estudiante que llevaba tres pesadas maletas dio una voltereta, haciendo ondear su cabello castaño. Dejó caer una maleta, la mandó a dos metros de una patada. Soltó el resto de su equipaje, echó a andar por el andén y dobló la esquina.

Me temblaba todo el cuerpo. Miraba los rostros solemnes que me rodeaban y me preguntaba cómo podían ser tan bovinos. ¿Cómo podían quedarse ahí, aguardando la

llegada del tren, y aceptar el castigo de Dauble por opiniones políticas que quizá ni siquiera compartieran?

El tren empujaba una masa de aire por el andén mientras atravesaba los sellos y cortinas. Parpadearon iconos sobre el andén —identificación de estación, designación del tren, destinos— y una voz de mujer madura nos dijo, con toda la cortesía del mundo y sin la menor emoción:

—Solis Dorsa a Bosporus, Nereidum, Argyre, Noachis, con trasbordos a Meridiani y Helias, entrando por puerta cuatro.

—Mierda —mascullé. Y antes de saber qué había decidido, antes de que la reflexión me paralizara aún más, mis piernas me llevaron hasta la esquina y una blanca y desierta sala de servicios, cuya única salida era una puerta de acero cubierta de esmalte blanco desconchado. Estaba apenas entornada. Me agaché, la abrí de par en par, miré hacia atrás y la traspuse.

Tardé varios minutos en alcanzar a Diane. Pasé a diez o quince estudiantes en un oscuro túnel para *arbeiters* y la encontré.

—¿Adónde vamos? —susurré.

—¿Estás con nosotros?

—Ahora sí.

Diane me guiñó el ojo y me cogió la mano con un gesto confiado y feliz.

—Alguien tiene una llave y sabe cómo llegar a las viejas cúpulas de los pioneros.

Riendo entre dientes y palmeándonos la espalda, entusiastas y orgullosos de nuestro coraje, atravesamos una antigua compuerta de acero y nos internamos en angostos y hediondos túneles. Tras abandonar el ámbito de la universidad, atravesando un límite tenuemente iluminado y entrando en un túnel más ancho y aún más viejo, nos abrazamos y seguimos adelante, a medias marchando, a medias bailando.

En el extremo de la fila alguien susurró bruscamente que nos calláramos. Nos detuvimos, sin atrevernos a respirar. Al cabo de varios segundos de silencio, oímos murmullos y el zumbido mecánico de *arbeiters* de servicio, un crujido sordo y un chirrido. Alguien había cerrado la compuerta del túnel a nuestras espaldas.

—¿Saben que estamos aquí? —pregunté a Diane.

—Lo dudo. Era una cuadrilla de mantenimiento.

Habían cerrado la puerta y la habían soldado. No había vuelta atrás.

Los túneles nos llevaron cinco kilómetros más allá de los límites de la universidad, por un viejo laberinto que no se usaba desde antes de mi nacimiento, guiados infaliblemente por el que encabezaba el grupo.

—De vuelta a los viejos tiempos —dijo Diane, mirándome. Cuarenta órbitas atrás (más de setenta y cinco años terrestres) aquellos túneles unían varias estaciones de pioneros. Atravesamos oscuros y gélidos conejares antes usados por las primeras

familias, en los cuales se mantenía la presión sólo por si surgía una emergencia.

Nuestras escasas linternas y lámparas alumbraban restos de viejos muebles, dispositivos electrónicos obsoletos, tambores apilados con raciones de emergencia y equipos de supervivencia.

Horas antes habíamos tomado nuestra última comida universitaria y habíamos disfrutado de una tibia ducha de vapor en los dormitorios. Todo eso quedaba atrás. De ahora en adelante, enfrentaríamos condiciones espartanas.

Yo me sentía maravillosamente. Estaba haciendo algo importante, y sin la aprobación de mi familia.

Pensé que al fin estaba creciendo.

Los noventa estudiantes se reunieron en un hueco oscuro al final del túnel, una cúpula de pioneros. Todos los sonidos —risas nerviosas, voces inquisitivas, pies susurrantes en el suelo frío, jirones de canciones— se atenuaban en el negro interior. Diane abandonó su circunspección marciana y me abrazó. Algunas voces se elevaron sobre los murmullos. Varios estudiantes se pusieron a anotar nombres y filiaciones VM. La masa empezó a cobrar forma.

Dos estudiantes de ingeniería —un departamento envarado y conservador— se plantaron ante nosotros y dieron sus nombres: Sean Dickinson, Gretyl Laughton. Ese día, tras formar grupos y nombrar capitanes, confirmamos a Sean y Gretyl como nuestros líderes, expresamos nuestra solidaridad y fervor, y comprendimos que teníamos algo parecido a un plan.

Sean Dickinson me parecía extremadamente apuesto: estatura media, complexión ligera, cabello castaño y suave sobre una frente prominente, cejas finas y enérgicas. Aunque menos atractiva, Gretyl parecía hecha con el mismo molde: una joven delgada de ojos azules grandes y acusadores y cabello claro sujeto en un apretado moño.

Sean se subió a una vieja caja y nos echó una ojeada, confirmándonos que éramos gente real con una misión real.

—Todos sabemos por qué estamos aquí —dijo con expresión severa y ojos líquidos y compasivos, alzando las manos de dedos largos y callosos hacia la cúpula—. Los viejos nos traicionan. La experiencia alimenta la corrupción. Es hora de introducir un equilibrio moral en Marte, y mostrarles qué defiende un individuo, qué significan nuestros derechos. Nos han olvidado, amigos. Han olvidado sus obligaciones contractuales. Los verdaderos marcianos no olvidan esas cosas, así como no se olvidan de respirar ni de tapar una filtración. ¿Qué haremos? ¿Qué podemos hacer? ¿Qué *debemos* hacer?

—¡Recordárselo! —gritamos varios.

—Matarles —dijeron algunos.

Yo quise añadir algo, pero mi voz se perdió en el rugido de la multitud.

Sean expuso su plan. Escuchamos ávidamente; él alimentó nuestra furia y nuestra indignación. Nunca me había sentido tan enfervorizada. Con la frescura de la juventud, y detestando la corrupción, nos proponíamos atacar la UMS por la superficie y afirmar nuestros derechos contractuales. Éramos puros. Y nuestra causa era justa.

Sean ordenó que nos cubriéramos con el dermosello que habíamos hallado en grandes tambores de plástico. Bailamos desnudos mientras nos rociábamos con aquel protector, riendo, gesticulando, gritando de frío, abochornados pero divertidos. Nos pusimos la ropa sobre el flexible y ceñido nanómetro. El dermosello estaba diseñado para pérdidas accidentales de presión, no para ser cómodo. Ir al cuarto de baño se convirtió en un complejo ritual. Con dermosello, una mujer tardaba cuatro minutos en orinar, un varón dos minutos, y defecar era bastante engorroso.

Espolvoreamos el dermosello con ocre rojo para camuflarnos si decidíamos avanzar durante el día. Parecíamos diablos de caricatura.

Al final del tercer día estábamos cansados, sucios e impacientes. Nos apiñamos en la cúpula presurizada, noventa en un espacio destinado a treinta, con agua herrumbrosa sacada de un viejo pozo, sin haber comido casi nada, moviéndonos para combatir el frío.

Varias veces pasé frente a un sujeto pensativo al dirigirme hacia la cola de la comida o el lavabo. Flaco, de nariz ganchuda y cabello oscuro, con ojos grandes y asombrados, sonrisa hosca y modales vacilantes y burlones, parecía menos furioso y menos seguro que los demás. Me irritaba con sólo mirarlo. Observaba su amaneramiento, verificaba su creciente lista de defectos. Yo no estaba de muy buen humor y necesitaba descargar un poco mi frustración. Decidí encargarme de educarlo.

Al principio parecía eludirme, y caminaba entre los pequeños grupos hablando de tonterías. Todos estaban fastidiados, y él los irritaba con sus intentos de conversación. Al fin se puso en fila cerca de una antigua estufa eléctrica de pared, aguardando su turno para disfrutar de las corrientes de aire seco y tibio.

Me puse detrás. Él me miró, sonrió cortésmente, se sentó de espaldas a la pared. Me senté al lado. Él apoyó las manos en las rodillas, apretó los labios y evitó mirarme a los ojos; obviamente, estaba harto de fracasar en sus intentos de conversación.

—¿Te estás arrepintiendo? —pregunté al cabo de una discreta pausa.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—Pareces amargado. ¿Estás dispuesto a continuar?

Me dirigió esa sonrisa irritante y alzó las manos con gesto conciliador.

—Estoy aquí —dijo.

—Entonces demuestra un poco de entusiasmo, maldita sea.

Otros estudiantes sacudieron la cabeza y se alejaron, demasiado cansados para liarse en una discusión. Diane se reunió con nosotros.

—No sé tu nombre —dijo él.

—Ella es Casseia Majumdar —dijo Diane.

—Oh —dijo él. Me enfureció que reconociera mi nombre. No quería que nadie me reconociera por mis contactos familiares, que para colmo eran inservibles en esas circunstancias.

—Su tío tercero fundó el VM Majumdar —continuó Diane. La miré ceñuda y ella frunció los labios con ojos risueños. Disfrutaba de cierto alivio después de tantos preparativos y aburrimiento.

—Tienes que estar con nosotros con el corazón y la cabeza —sermoneé.

—Lo lamento. Sólo estoy cansado. Mi nombre es Charles Franklin.

Me ofreció la mano.

Me pareció increíblemente insensible y torpe, dadas las circunstancias. Habíamos llegado a la estufa, pero yo me di la vuelta como si no me importara y caminé hacia las pilas de máscaras y recicladores que nuestro líder ponía a prueba.

Sean Dickinson, que no era estatista ni retrógrado, parecía el epítome de aquello que defendía nuestra improvisada organización. Hijo de un ingeniero, Sean se había ganado una beca a fuerza de inteligencia. En el Departamento de Ingeniería había ascendido rápidamente, y al fin había procurado organizar sindicatos al margen de los VM. Con eso se había ganado la antipatía de Connor y Dauble.

Sean trabajaba con una expresión de concentración total, el cabello desaliñado, desgarrado, tirando de las máscaras con dedos fuertes. Torcía la boca cada vez que hallaba una filtración. Apenas reparaba en mi existencia. Si hubiera conocido mi nombre, tal vez me habría evitado. Eso no impedía que me impresionara.

Charles me siguió y se detuvo junto a la creciente pila de desechos.

—Por favor, no me interpretes mal —dijo—. Estoy de veras con esto.

—Me alegra saberlo —respondí. Observé los preparativos y temblé. A nadie le gusta pensar en las rosas de vacío. Ninguno de nosotros estaba entrenado para una insurrección. Deberíamos enfrentar a la guardia de seguridad de la UMS, sumada a los matones de la gobernadora y tal vez a algunos ex compañeros de clase, y yo no sabía hasta qué extremos se llegaría.

Mirábamos atentamente los vids de noticias en nuestras pizarras. Sean habían usado las redes ex para comunicar que los estudiantes hacían huelga para protestar contra la expulsión ilegal. Pero, por razones obvias, no había mencionado nuestros dramáticos planes. Los ciudadanos del Triple —el mercado común de la Tierra, Marte y la Luna— no se habían vuelto contra nosotros. Ni siquiera los LitVids de Marte parecían interesados.

—Creí que podía ayudar —dijo Charles, señalando las máscaras y tambores—. He hecho esto antes...

—¿Has estado Arriba? —pregunté.

—Mi afición es buscar fósiles. Pedí estar en la comisión de equipos, pero me dijeron que no me necesitaban.

—¿Afición? —pregunté.

—Fósiles. Afuera. Durante el verano, claro.

Era mi oportunidad de ayudar a Sean, y de disculparme ante Charles por haber mostrado mi nerviosismo. Me acuclillé junto a la pila y dije:

—Sean, Charles dice que ha trabajado Afuera.

—Bien —dijo Sean, y le arrojó a Gretyl una máscara rasgada. Me pregunté inocentemente si aquellos dos serían amantes. Gretyl miró la máscara ceñuda (una antigualla) y la arrojó a la pila de desechos, que amenazaba con desmoronarse a nuestros pies.

—Yo puedo repararlas —dijo Charles—. Hay tubos de material instantáneo en las cajas de seguridad. Eso funciona.

—Nadie saldrá de aquí con una máscara rasgada —dijo Sean—. Perdona, pero necesito concentrarme.

—Lo lamento —dijo Charles, encogiéndose de hombros.

—Tal vez no tengamos suficientes máscaras —sugerí, mirando las manguantes pilas de equipo en buenas condiciones.

Sean miró por encima del hombro con cara de pocos amigos.

—No necesitamos tus consejos —me respondió Gretyl.

—No pasa nada —dijo Charles, tirándome del brazo—. Dejémosles trabajar.

Me zafé de él y me alejé abochornada. Charles regresó conmigo a la estufa, pero habíamos perdido nuestros lugares.

Habían reducido la iluminación a la mitad. El aire era cada día más espeso y frío. Pensé en las habitaciones de mi conejar, a mil kilómetros de distancia, en la preocupación que debían sentir mis padres, en lo que pensarían si yo moría por falta de aire, si algún matón estatista perforaba mi cuerpo juvenil con un proyectil... Cielos, vaya escándalo que se armaría. Casi parecía valer la pena.

Fantaseé, pensando en Dauble y Connor arrestadas, una gloriosa y magnífica humillación que tal vez fuera digna de mi muerte... o tal vez no.

—Soy graduado en Física —dijo Charles, reuniéndose conmigo al final de la fila.

—Te felicito —dije.

—¿Tú estás en el Departamento de Gobierno y Gestión?

—Por eso estoy aquí.

—Yo estoy aquí porque mis padres votaron contra los estatistas. Es todo lo que sé. Ellos estaban en el VM Klein. Klein resistirá hasta el final.

Asentí sin mirarlo a los ojos, deseando que se fuera.

—Los estatistas son suicidas —comentó Charles—. Provocarán su propia caída... aunque nosotros no aceleremos el proceso.

—No podemos permitirnos el lujo de esperar —dije. El dermosello no duraría mucho tiempo más. La desnudez y la vergüenza nos habían unido. Nos conocíamos, creíamos no tener secretos. Pero sentíamos comezón, apestábamos y nuestra indignación pronto se reduciría a mero enfurruñamiento. Sin duda Sean y los demás dirigentes se daban cuenta de ello.

—Yo trataba de obtener una beca para estudiar en la Tierra y un subsidio para trabajar con un pensante —dijo Charles—. Ahora estoy fuera de la lista, rezagado en mi investigación... —Hizo una tímida pausa, como avergonzado de su queja—. Tenemos que hacer algo dentro de las próximas veinte horas. El dermosello se pudrirá.

—Cierto.

Lo miré con mayor atención. No era mal parecido. Su voz era suave y agradable, y lo que yo había considerado falta de entusiasmo ahora se parecía más a la serenidad, algo que por cierto yo no poseía.

Sean había terminado de desechar los cascos en mal estado. Se irguió y Gretyl reclamó gritando nuestra atención.

—Escuchad —dijo Sean, sacudiendo sus rígidos brazos y hombros—. Hemos recibido una respuesta del despacho de Connor. Se niegan a reunirse con nosotros, y exigen saber nuestro paradero. Creo que hasta Connor podrá averiguarlo dentro de unos días. De manera que es ahora o nunca. Tenemos veintiséis equipos en buen estado y ocho o diez piezas dudosas. De éstas puedo salvar dos. Las demás son chatarra.

—Yo podría reparar algunas si él me dejara —murmuró Charles.

—Gretyl y yo usaremos las piezas problemáticas —dijo Sean. Mi corazón se aceleró ante ese abnegado coraje—. Pero eso significa que la mayoría deberá permanecer aquí. Lo echaremos a suertes para ver quién cruza la planicie.

—¿Y qué pasará si van armados? —Preguntó una nerviosa joven.

Sean sonrió.

—Caerán conejos rojos, y la causa subirá como un cohete —dijo.

Estaba bastante claro. Si los marcianos disparaban contra otros marcianos (¡gloria a todos nosotros!) los estadistas caerían. Y tenía razón. Las noticias recorrerían el Triple al final del día, y tal vez llegaran incluso a las comunidades de los planetoides.

Sean hablaba como si el martirio fuera útil. Miré los rostros jóvenes que me rodeaban, de ocho, nueve o diez años, mi edad, casi diecinueve años terrícolas. Luego miré el rostro de Sean, que parecía maduro y experimentado con sus doce años. En silencio, alzamos las manos extendiendo los dedos: el viejo símbolo lunar de la independencia, la libre expresión de las aptitudes e ideas humanas, la tolerancia contra la opresión, el apretón de manos en vez del puño.

Pero cuando Sean bajó la mano, la cerró reflexivamente en un puño. Entonces

comprendí su apasionamiento, y la gravedad del asunto, y cuánto arriesgaba yo.

Una hora después del recuento de máscaras, extrajimos fibras de un gastado tramo de viejo cable óptico. Había veintiséis palillos largos. Yo extraje uno largo, y también Charles. Diane quedó muy defraudada cuando extrajo uno corto. Nos entregaron máscaras y sintonizamos nuestras pizarras personales para cifrar señales ligadas a los códigos numéricos de Sean y Gretyl.

Ya habíamos repasado el plan varias veces. Veinte de los nuestros atravesarían la superficie sobre los túneles que conducían a la UMS. Yo estaba en ese grupo.

A cinco kilómetros de nuestras cúpulas había edificios universitarios de superficie. Los demás estudiantes —dos equipos de cuatro, Charles entre ellos, al mando de Sean— se desplegarían hasta puntos cruciales y aguardarían la señal con que Gretyl, líder de nuestro equipo de veinte, anunciaría que habíamos llegado a las cámaras administrativas.

Si nos topábamos con resistencia y nos impedían presentar personalmente a Connor nuestras demandas, los equipos de Sean entrarían en acción. Primero, emitirían una señal ilícita al satélite de comunicaciones, radiando por todas las bandas la noticia de que los alumnos expulsados estaban tomando medidas en nombre del cumplimiento contractual. El cumplimiento contractual tenía mucho peso aun bajo el experimento estatista; era el fundamento de la existencia de cada familia, algo casi sagrado. Sean no quiso revelarnos dónde había obtenido los conocimientos y el equipo para enviar una señal prioritaria. Su creciente misterio me resultaba cada vez más atractivo.

Sean llevaría un equipo de cuatro a los empalmes ferroviarios de la universidad. Volarían algunas varillas de levitación magnética y los trenes no podrían llegar a la terminal de la UMS hasta que un coche de reparaciones hubiera fabricado varillas nuevas, lo cual llevaría varias horas. La UMS quedaría aislada.

Simultáneamente, el segundo equipo de cuatro, en el que estaba incluido Charles, rompería los sellos y bombearía gravilla oxidante (una blandarena corrosiva común en esa región) en las instalaciones de red óptica y vía satélite de la universidad. Eso rompería toda comunicación entre la UMS y el resto de Marte. Las comunicaciones privadas continuarían, pero cesarían las investigaciones de banda ancha, los enlaces de datos y el alquiler de bibliotecas.

La UMS podía perder tres o cuatro millones de dólares del Triple antes que se reparasen los enlaces.

Eso los irritaría sin duda alguna.

Aguardamos en dos filas en espiral que nacían en el centro de la cúpula principal. En la parte externa de esas filas, Sean y Gretyl guardaban silencio, apretando las mandíbulas. Algunos estudiantes sacudían las manos pintadas de rojo, preparándose para el frío. El dermosello no estaba destinado a ser confortable. Sólo protegía contra

la hipotermia y el congelamiento.

Mi dermosello se había aflojado en las articulaciones y el sudor brotaba antes de ser procesado por el nanómetro. Yo tenía que ir al baño, más por nerviosismo que por necesidad; se me habían hinchado un poco los pies y las piernas. No me sentía mal, pero esas pequeñas incomodidades me restaban la concentración que necesitaba para no ponerme a temblar.

—Escuchad —dijo Sean, de pie en una caja—. No sabíamos en qué nos metíamos cuando iniciamos todo esto. No sabemos qué sucederá en las próximas horas. Pero todos compartimos un objetivo común: libertad para continuar con nuestra educación sin intromisiones políticas para deshacernos de los pecados de nuestros padres y abuelos. Esto es Marte, a fin de cuentas, algo nuevo, un grandioso experimento. Ahora seremos parte de ese experimento, o por Dios que moriremos en el intento.

Tragué saliva y miré a Charles, pero él estaba demasiado lejos. Me pregunté si aún conservaría esa sonrisa serena.

—Ojalá no se llegue a eso —dijo Gretyl.

—Amén —sentenció alguien a mis espaldas.

Sean estaba pletórico de energía, los músculos faciales claramente definidos dentro de un pequeño óvalo de piel sin protección en torno a los ojos, la nariz y la boca.

—En marcha —dijo.

En grupos de cinco, nos quitamos la ropa, doblándola pulcramente o dejándola caer. Los primeros entraron en la cámara de presión, la atravesaron y subieron la escalerilla. Cuando me llegó el turno, entré en la cámara con los otros cinco, contuve el aliento ante el arremolinado grumo rojo y me puse la máscara y el reciclador. La vieja máscara olía a perro. Sus bordes se adhirieron al dermosello con el ruido de un beso tierno. Oí el gemido de las bombas que extraían el aire. El dermosello se hinchó al nivelarse la presión de los gases. El movimiento se volvió más difícil.

Mis compañeros comenzaron a trepar. También yo subí por los peldaños de la escalerilla y me asomé por la compuerta, echando una ojeada a ese grumo óxido y ocre. Con un puntapié, trepé al borde, me encaramé a la rocosa superficie de la planicie y me erguí bajo el sol de la madrugada. El sol coronaba una estribación de colinas al este, aureolado por un fulgor opaco y rosado. Pestañeeé ante el resplandor.

Tendríamos que atravesar esas colinas para llegar a la UMS. Habíamos tardado media hora sólo para llegar a la superficie.

Estábamos a pocos metros de la cúpula, esperando a que Gretyl se reuniera con nosotros. En pocos minutos el polvo se nos adhirió a todos; necesitaríamos media hora de limpieza cuando todo hubiera terminado.

Gretyl salió del agujero. Su voz, algo sofocada, llegó a mi oído derecho.

—Reunámonos detrás del grupo de Sean —dijo.

Podíamos respirar, podíamos hablar. Hasta ahora todo funcionaba.

—Adelante —dijo Sean, y sus equipos se alejaron de la cúpula. Algunos saludaron con la mano. Vi a Charles de espaldas mientras su grupo avanzaba en quebrada formación hacia las colinas, al sur del camino que cogeríamos nosotros. Me pregunté por qué le prestaba atención. El dermosello ocultaba poco. Tenía un bonito trasero, tal vez demasiado prominente.

Me mordí los labios para ordenar mis pensamientos. *Soy un conejo rojo* —me dije—. *Estoy Arriba por primera vez en dos años, y no hay supervisores ni guías al cargo, revisando nuestro equipo, asegurándose de que volveremos a ver a mamá. ¡Concéntrate, maldición!*

—Adelante —indicó Gretyl, y emprendimos la marcha.

Era una típica mañana marciana, agradablemente cálida, veinte grados bajo cero. El viento había amainado. El aire estaba despejado en doscientos kilómetros a la redonda. Miles de estrellas titilaban en el cenit como diminutas joyas. El horizonte era nacarado.

Mis pensamientos se sosegaron. Un momento mágico. Aún poseía una percepción totalmente realista de nuestra situación, y de nuestras probabilidades de supervivencia.

Habitualmente la superficie de Marte era gélida. Sin embargo, tan cerca del ecuador las temperaturas eran relativamente templadas, y rara vez descendían a más de sesenta bajo cero. Las tormentas normales podían impulsar vientos de hasta cuatrocientos kilómetros por hora, empujando nubes de borbollón y blandarena a tal altura y anchura que podían verse desde la Tierra. Excepcionalmente, un borbotón de actividad eólica podía cubrir miles de kilómetros con un bucle de alta presión, visible desde órbita como una línea sinuosa y oscura, y formar nubes que pronto cubrían la mayor parte de Marte. Pero el aire de la alta meseta de Sinaí, a cinco milibares, era demasiado leve para preocuparse. Habitualmente el viento era apenas una brisa.

Mis botas trituraban la arena apisonada. El suelo marciano se cubre con una costra delgada al cabo de pocos meses sin perturbaciones; los granos forman una suerte de cemento que parece escarcha. Oía vagamente el crujido de las demás botas. En esa atmósfera tenue, el ruido llegaba como si estuvieran a metros de distancia.

—No nos dispersemos demasiado —dijo Gretyl.

Pasé frente a un viejo peñasco, redondeado por un glaciar y más grande que nuestra cúpula principal. El desplazamiento de antiguos hielos había esculpido el basalto formando la figura de un gnomo que estiraba los brazos en el suelo, apoyando en ellos la chata cabeza mientras dormía o fingía dormir.

Los conejos rojos no eran supersticiosos en cuanto al Arriba. Era demasiado anaranjado, rojo y pardo, estaba demasiado muerto para despertar nuestros instintos morbosos.

—Si son listos y alguien nos espera, puede haber guardias vigilando la periferia de la universidad —dijo Sean por radio.

—O si alguien nos delata —añadió Gretyl. Gretyl empezaba a gustarme. A pesar de su voz desagradable y su semblante impasible y hosco, parecía bastante equilibrada. Me pregunté por qué tenía ese semblante. Tal vez era una cosa de familia, algo que la enorgullecía, como los impávidos rasgos de la realeza británica, dictaminados por ley. La larga nariz del rey Enrique de Inglaterra.

Maldición.

Concentración perdida.

Decidí que no importaba. Tal vez no fuera bueno concentrarse en la concentración.

Ahora el sol colgaba sobre el risco, blanco como una lámpara, con un levísimo toque rosado. Alrededor giraba un tenue resplandor opalino, altos silicatos y nubes de hielo formando un encaje contra el resplandeciente naranja del día. Las sombras de las rocas comenzaban a alargarse, facilitando un poco cada paso. A veces se formaban bolsas de viento detrás de las rocas, sorprendiendo a los incautos.

El grupo de Gretyl se había diseminado. Yo caminaba al frente, unos pasos a su derecha.

—Un guardia —dijo Garlin Smith a mi derecha, alzando el brazo. Había sido compañero mío en psicología de masas, alto y callado, la imagen típica del marciano para los terrícolas ignorantes.

Seguimos el dedo de Garlin y vimos una figura solitaria en una loma, a doscientos metros. Llevaba un rifle.

—Armado —apuntó Gretyl entre dientes—. No puedo creerlo.

El sujeto llevaba un traje de presión completo, muy profesional, como el que usaban los areólogos, inspectores de granjas, la policía estatista. Alzó la mano para tocarse el casco. Al parecer aún no nos había visto, pero estaba recibiendo el confuso zumbido de nuestras señales codificadas.

—Adelante —dijo Gretyl—. No hemos llegado hasta aquí para dejarnos intimidar por un guardia.

—Si es un guardia —comentó Sean, escuchando nuestra conversación—. No saquemos conclusiones precipitadas.

—Tiene que ser un guardia —insistió Gretyl.

—De acuerdo —dijo Sean con mesurada contención.

El hombre nos vio cuatro minutos después. Estaba a cien metros, y a esa distancia parecía un físico masculino normal.

Se me aceleró la respiración. Procuré calmarme.

—Descripción —ordenó Sean.

—Varón armado con traje de presión completo. Nos ve, pero todavía no reacciona

—dijo Gretyl.

No nos desviamos. Pasaríamos a cincuenta metros del guardia.

El yelmo giró, observándonos. El hombre alzó una mano.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué demonios hacéis aquí? ¿Tenéis identificación?

—Somos de la UMS —dijo Gretyl. No nos detuvimos.

—¿Qué hacéis aquí Arriba? —repitió el guardia.

—Examinando el terreno. ¿A ti qué te parece? —respondió Gretyl. No teníamos instrumentos—. ¿Y tú, qué haces?

—No te hagas la lista. Sabes que ha habido problemas. Sólo quiero saber de qué departamento sois y... ¿estáis usando código?

—No —dijo Gretyl.

Nos habíamos acercado veinte metros más. El hombre bajó la cuesta para inspeccionarnos.

—¿Qué demonios usáis?

—Trajes rojos —respondió Gretyl.

—Diantre, es dermosello. Es ilegal usar esa cosa, salvo en caso de emergencias. ¿Cuántos sois?

—Cuarenta y cinco —mintió Gretyl.

—Me han ordenado impedir el acceso de intrusos. Tendré que ver vuestra identificación. Necesitáis pases de la UMS para estar aquí.

—¿Eso es un arma? —preguntó Gretyl, fingiendo sorpresa.

—Venid aquí, todos.

—¿Para qué necesitas un *arma*?

—Intrusos no autorizados. Ahora *deteneos*.

—Somos del Departamento de Areología, y sólo podemos pasar unas horas aquí... ¿No recibiste aviso del profesor Sunder?

—No, demonios. *Deteneos* ya.

—Escucha, amigo, ¿ante quién respondes?

—La UMS es propiedad restringida. Será mejor que me deis vuestros números de identificación estudiantil.

—Al cuerno contigo —dijo Gretyl.

El guardia alzó el rifle, un elegante lanzardos automático de cañón largo. Mi furia y mi temor eran casi indistinguibles. Dauble y Connor debían haber perdido el juicio. La policía nunca había disparado contra un estudiante en Marte en cincuenta y tres años de colonización. ¿Nunca habían oído hablar de Tienanmen o de la Universidad de Kent?

—Úsalo —dijo Gretyl—. Saldrás en todo el Triple por disparar contra estudiantes de areología durante un trabajo de campo. Magnífico para tu carrera. Y quedarás muy

bien con nuestras familias. ¿Qué clase de trabajo buscas, conejo?

El mensaje codificado del guardia llegó como un chapurreo a nuestros receptores. Siguió el chapurreo de respuesta.

El hombre bajó el rifle y nos siguió.

—¿Vais armados? —preguntó.

—¿Dónde conseguirían armas unos estudiantes? —preguntó Gretyl—. ¿Quién demonios te ha ordenado asustarnos?

—Escuchad, esto va en serio. Necesito vuestra identificación.

—Tenemos su código —dijo Sean—. Le han ordenado que nos detenga como pueda.

—Magnífico —dijo Gretyl.

—¿Con quién habláis? Dejad de usar código —ordenó el guardia.

—Tal vez no quieran hablar contigo, conejo —bromeó Gretyl.

El desenfado de Gretyl, su talento para ganar tiempo y confundir, me dejaban atónita. Tal vez ella, Sean y algunos más se habían adiestrado para esto. Lamenté no saber más sobre la revolución.

La palabra me llegó como un golpe en la espalda. Aquello era una especie de revolución.

—Cielos —murmuré con el transmisor apagado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Sean.

—Nos está siguiendo —dijo Gretyl—. Al parecer no está dispuesto a disparar.

—No con *dardos*, desde luego —dijo Sean—. ¡Qué buena consigna sería! — Pensé involuntariamente en los detalles: ESTUDIANTES DESGARRADOS POR DARDOS.

Más señales codificadas zumbaron en nuestros oídos como insectos furibundos.

Cruzamos otra loma, seguidos de cerca por el guardia, y vimos las construcciones de superficie de la UMS. Los conejares de la UMS se extendían un kilómetro al noreste, con los niveles medios arriba, y diez niveles más bajo el suelo; las cámaras administrativas estaban más próximas a la entrada de superficie y la cercana estación de tren. Las guías del tren pendían sobre postes delgados, trazando un arco sobre otra loma para enlazar con la estación.

Los equipos de Sean ya debían de estar allí.

Más guardias salieron de los edificios, armados y con trajes de presión completos.

—De acuerdo —rugió una voz femenina—. Explicad vuestro propósito. Luego largos de aquí o seréis arrestados.

Gretyl se adelantó, un diablo flacucho y rojo con una cabeza enmascarada y negra.

—Queremos una audiencia con la canciller Connor. Somos estudiantes a quienes han expulsado ilegalmente, en flagrante incumplimiento del contrato. Exigimos...

—¿Quién demonios os creéis? ¿Un grupo de malditos roedores? —La voz de la mujer me asustaba. Parecía colérica, al borde de una acción drástica. No podía distinguir cuál de aquellas figuras con traje era, ni siquiera si estaba fuera—. Habéis entrado en una propiedad regional. Los malditos retrógrados saben bien lo que eso significa.

—No deseo discutir —dijo Gretyl—. Exigimos hablar con...

—¡Estás hablando con ella, idiota ignorante! Aquí estoy. —La primera figura alzó un brazo y agitó un puño enguantado—. Y no estoy de humor para negociar con intrusos y retrógrados.

—Estamos aquí para presentar una petición. —Gretyl se sacó un cilindro de metal del cinturón y lo extendió. Un guardia se adelantó, pero Connor le cogió el codo y lo sacudió una sola vez, con firmeza. El guardia retrocedió y se cruzó de brazos.

—Política de confrontación —dijo Connor, con voz cortante como una navaja—. Agitación y desobediencia civil. Cualquiera diría que estamos en la Tierra. Aquí la política no funciona de esa manera. Se me ha encomendado proteger esta universidad y mantener el orden.

—¿Rehúsan reunirse con nosotros y discutir nuestras exigencias?

—Ya estoy reunida con vosotros. Y nadie exige nada a la autoridad legalmente constituida a menos que utilice las vías legales. ¿Quién está detrás de ti?

Yo miré por encima de mi hombro, entendiendo mal.

—No hay ninguna conspiración —dijo Gretyl.

—Mentiras, tesoro. Mentiras.

—Bajo la ley contractual marciana, tenemos derecho a reunirnos contigo y discutir por qué nos han expulsado y se han violado nuestros contratos.

—La ley estatal prima sobre la ley VM desde el mes pasado.

—En realidad no es así. Si quieres consultar a tus abogados..., —comenzó Gretyl. Me atemoriqué. Nos estábamos retrasando y el tiempo se agotaba.

—Tenéis un minuto para dar media vuelta y regresar al lugar de donde vinisteis. De lo contrario os arrestaremos —dijo Connor—. Que los leguleyos decidan lo demás. ¿Saben vuestras familias dónde estáis? ¿Y qué hay de vuestros abogados? ¿Ellos lo saben y lo aprueban?

—No puedo creer que seas tan terca —rezongó Gretyl—. Te pido por última vez...

—Bien, arrestadlos. Mi autoridad, estatuto dos cinco uno, libros de distrito de Siria-Sinaí.

Algunos estudiantes hablaron, haciendo temerosas preguntas.

—¡Silencio! —gritó Gretyl. Se volvió hacia Connor—. ¿Es tu última palabra?

—Pobres roedores tontos —dijo Connor. Se volvió para entrar por la puerta de la cámara de presión. Su conducta era aún más grosera de lo que nos habían dicho en

los preparativos. Con su arrogancia e intransigencia, estaba dispuesta a provocar un incidente. Los guardias avanzaron. Di media vuelta y vi tres guardias detrás de nosotros, cerrando el cerco. Teníamos que ceder.

Gretyl se alejó del primer guardia. Otro le cerró el paso por la derecha, y ella retrocedió. Éramos veinte contra diez guardias.

—Dejad que os capturen —dijo Gretyl—. Dejad que os arresten. —*¿Entonces por qué se resistía ella?*

Un guardia me cogió el brazo y aplicó cuerda adhesiva a mi muñeca dermosellada.

—Tienes suerte de que te arrestemos —dijo socarronamente—. Aquí no durarías una hora más.

Dos guardias se dedicaron exclusivamente a Gretyl. Avanzaron con las manos extendidas, llevando cuerdas adhesivas. Ella retrocedió, alzó el brazo, se tocó la máscara.

El tiempo se detuvo.

Gretyl se volvió hacia nosotros. Tenía miedo en los ojos. Mi corazón dio un brinco. *No hagas nada sólo para impresionar a Sean*, quise gritarle.

—Contad lo que visteis aquí —dijo Gretyl—. ¡La libertad triunfa! —Metió los dedos bajo la costura de la máscara. Un guardia le cogió el brazo, pero no llegó a tiempo.

Gretyl se desgarró la máscara y saltó a un lado, arrojándola al aire. Su rostro de nariz larga era pálido y angosto contra el cielo rosado. Instintivamente cerró los ojos y la boca. Estiró los brazos y abrió los dedos, como un volatinero conservando el equilibrio.

Simultáneamente oí golpes y el suelo vibró.

Connor no había tenido tiempo de entrar en la cámara de presión.

—¡Llevala adentro! ¡Llevala adentro! —gritó, abriéndose paso entre su gente.

Los guardias se quedaron tiesos como estatuas, luego cogieron a Gretyl y la arrastraron a toda prisa hacia la cámara de presión. Ella se resistió. Noté que su rostro se ponía rosado, que los vasos sanguíneos de la superficie estallaban al hervir el plasma. Rosa de vacío.

Gretyl abrió los ojos y alzó una mano para aferrarse la barbilla. Se abrió la mandíbula con fuerza. El aire de sus pulmones salió en un borbotón, y la humedad se condensó en una nube en el aire quieto.

—Han volado las vías —gritó alguien.

—¡Llevala adentro!

Gretyl miró el cielo con ojos turbios.

El guardia que me vigilaba tiró de la cuerda adhesiva, arrojándome al suelo. Temí que me pateara. Miré hacia arriba y vi unos ojos sombríos y estrechos detrás del visor

del casco, la boca abierta, el rostro flojo. Se detuvo, parpadeó, aguardando órdenes.

Moví la cabeza para ver cómo trataban a mis compañeros. Había varios tirados en el suelo. Los guardias nos empujaron sistemáticamente y nos pusieron las botas sobre la espalda. Cuando los diecinueve estuvimos de bruces, los guardias retrocedieron. La puerta de la cámara se abrió de nuevo y alguien salió. No era Connor.

—Están arrestados —dijo una voz masculina por radio—. Entradlos. Quitadles el dermosello y encerradlos en un dormitorio. Despiojadlos.

Nunca ha habido piojos en Marte.

Nos separaron rápidamente. Tres guardias se llevaron a cinco de nosotros y nos condujeron por helados túneles hacia los viejos dormitorios, que ahora rara vez se usaban. Los dormitorios nuevos estaban equipados con instalaciones más modernas, pero éstos se conservaban por si se presentaba una emergencia o si en el futuro había un exceso de estudiantes.

—¿Podéis quitaros esto? —preguntó el más alto de los tres, señalando nuestro dermosello. Se quitó el casco bajo las tenues luces del pasillo, una mueca en los labios, los ojos sombríos.

—¿Qué quiso decir con eso de despiojar? —preguntó otro guardia, un joven musculoso con rasgos y acento caribeño.

Los guardias eran nuevos en Marte. Era lógico. El nuevo estado de Marte Unido sería su mecenas, su VM y su familia.

—No podéis retenernos aquí —dije—. ¿Qué sucedió con Gretyl?

Mis cuatro compañeros se volvieron hacia los guardias, gesticulando y gritando. Todos reclamábamos nuestros derechos: comunicación, libertad, abogados.

Aquello se convirtió en una abierta rebelión hasta que el tercer guardia desfundó una pistola de dardos. Era el más bajo, un hombre delgado de cabello lacio y castaño cortado a cepillo, con perfectos rasgos de santo. Entornó los fríos ojos. *He aquí un militante, un simpatizante de los estatistas*, pensé. Los otros eran meros matones a sueldo.

—Callaos de una vez —ordenó.

—¡Habéis hecho daño a Gretyl! —exclamé—. Necesitamos saber qué le ha sucedido.

—El sabotaje es traición. Podemos dispararos en defensa propia.

Alzó la pistola. Todos retrocedimos, incluidos los otros dos guardias.

—Eso no sería muy inteligente —dije.

—Para ti no.

El sujeto delgado sonrió con frialdad y nos empujó corredor abajo.

Entramos en una habitación doble y desnuda, y nos arrellanamos de inmediato en la litera y las sillas, otro pequeño gesto de vana rebeldía.

—Estaréis aquí un buen rato, así que poneos cómodos.

No me gustaba que hubiera desenfundado la pistola y no quería provocarlo más. Nos quitamos el dermosello, lo cual en realidad era un gran alivio. El caribeño arrojó los jirones en unos sacos. En el aire flotaba tanto grumo que daba ganas de estornudar.

Como si acabáramos de encontrarnos, los cinco nos presentamos. Nos conocíamos muy superficialmente; una de las muchachas, Felicia Overgard, había sido compañera mía, un año menor y dos pasos por detrás. Yo no conocía bien a Oliver Peskin, graduado en agronomía, y había conocido a Tom Callin y Chao Ming Jung en la cúpula.

El sujeto delgado apartó la mirada. Vaya rareza. Podía apuntarnos con un arma pero se avergonzaba de nuestra desnudez. Señaló los sacos de vapor del lavabo con el arma.

—No sé si tenéis piojos, pero oléis bastante mal.

Hacia rato que no llenaban ni filtraban aquellos sacos de vapor, así que después de la ducha no olíamos mucho mejor. El agua no servía para sacarse el polvo, y teníamos molestas manchas rojas y anaranjadas en todo el cuerpo. Al día siguiente tendríamos moretones.

Pasaron tres horas sin que nos enterásemos de nada. Los guardias se quedaron con el traje puesto, para protegerse del polvo. Se habían quitado la identificación y se negaban a decirnos su nombre. El militante estaba cada vez más huraño a medida que pasaban las horas, y luego se puso nervioso y empezó a jugar con el arma. Silbaba y hacía como que la desarmaba y la rearmaba. Al fin sonó su pizarra y respondió.

Tras un par de breves saludos, envió a la mujer fuera de la habitación. Me pregunté qué harían a continuación, por qué no querían allí a esa mujer.

No podían ser tan estúpidos.

La conversación con mis compañeros se redujo a un murmullo. El miedo se había aplacado —ya no creíamos que fueran a dispararnos— pero el aturdimiento del aislamiento no era mejor. Guardamos un trémulo silencio.

La calefacción estaba al mínimo y todavía no teníamos ropa. Los tres hombres sufrían más que Felicia y yo.

—Hace frío aquí —le dije al militante. Él asintió, pero no hizo nada.

—Hace tanto frío que nos pondremos enfermos —dijo Oliver.

—Bueno —dijo el militante.

—Deberíamos encontrarles ropa —dijo el caribeño.

—No —dijo el militante.

—¿Por qué no? —preguntó Chao. Felicia había desistido de cubrirse con las manos.

—Causasteis un jaleo de mil demonios. ¿Por qué os vamos a tratar bien?

—Son humanos, hombre —dijo el caribeño. No tenía más de doce o trece años, y

sin duda era un recién llegado. Aún se le notaba el acento.

El militante entornó los ojos y sacudió la cabeza dubitativamente.

Hemos vencido —pensé—. *Con tontos como éstos, los estatistas no pueden ganar.* Sin embargo, no lograba convencerme a mí misma.

Pasamos diez horas en aquel dormitorio, ateridos y desnudos, con picazón en la piel.

Me dormí y soñé con árboles demasiado altos para caber en una cúpula, con raíces desprotegidas en el rojo suelo de Marte: pinos rojizos en arena rojiza, elevándose a cien metros de altura, cuidados por niños desnudos. Había tenido antes ese sueño y por un instante me dejó una intensa sensación de bienestar. Luego recordé que era una prisionera.

El caribeño me tocó el hombro. Rodé en el suelo enmoquetado. Él apartó los ojos de mi desnudez y apretó los labios.

—Quiero decirte que no estoy del todo en esto —dijo—. Me refiero a mi corazón. Soy un verdadero marciano, y éste es mi primer trabajo aquí.

Miré a mi alrededor. El militante ya no estaba en la habitación.

—Consíguenos ropa —dije.

—Habéis volado las líneas ferroviarias y esta gente está furiosa. Sólo te digo que no me culpes cuando las cosas se pongan feas. Hay gente que va y viene por los corredores... los túneles. He mirado fuera y hay mucha actividad. Creo que tienen miedo.

¿De qué tenían miedo? ¿Acaso los LitVids habían registrado las lesiones o la muerte de Gretyl y habían contribuido a difundir nuestra causa?

—¿Puedes enviar un mensaje a mis padres?

—El compañero Rick se ha ido —dijo el caribeño, sacudiendo la cabeza—. Se reunió con otros y me ha dejado aquí.

—¿Qué pasó con Gretyl?

De nuevo sacudió la cabeza.

—No sé nada de ella. Lo que vi me puso enfermo. Todos están locos de atar. ¿Por qué lo hizo?

—Para defender su causa.

—No vale la pena perder la vida —dijo el caribeño, frunciendo el ceño—. Esto es historia pequeña, gente sin importancia. En la Tierra...

Perdí los estribos.

—Mira, hace sólo cien años terrestres que estamos aquí, y nuestra historia es breve en comparación, pero ahora eres marciano, no lo olvides. Esto es corrupción, política sucia... y sospecho que está directamente relacionada con la Tierra. Al cuerno con todos vosotros.

Hablas como una entendida, pensé. Los abusos podían obrar milagros.

Desperté a los demás con mi exabrupto. Felicia se incorporó.

—No va armado —observó. Oliver y Chao se levantaron cautelosamente y se limpiaron el polvo de la espalda, tensando los músculos como si pensarán en atacar al hombre.

El caribeño parecía, si eso era posible, aún más abatido.

—No intentéis nada —advirtió, extendiendo los brazos.

La puerta se abrió y regresó el militante. Miró al caribeño, quien ladeó la cabeza.

—Vaya —dijo.

Detrás del militante venía un sujeto de cabello corto y negro. Vestía un traje largo verde, ceñido, costoso y elegante.

—Nos retienen aquí contra nuestra voluntad —se quejó Oliver.

—Arrestados —respondió jovialmente el hombre de traje verde.

—Hace más de un día, y exigimos que nos liberen —concluyó Oliver, cruzándose de brazos. El hombre del traje largo sonrió ante esa arrogancia, literalmente desnuda.

—Soy Achmed Crown Niger —dijo. Su voz, marciana y aristocrática, imitaba el inglés llano de la Tierra, un acento que rara vez se oía en los VM regionales. Supuse que sería de Lal Qila u otra estación independiente, tal vez un musulmán—. Represento los intereses del estado en la universidad. Voy de habitación en habitación tomando los nombres. Necesitaré el apellido de vuestra familia, vuestra filiación VM y el nombre de las personas con quienes querréis hablar en la próxima hora.

—¿Qué le pasó a Gretyl? —pregunté.

Achmed Crown Niger enarcó las cejas.

—Está viva. Tiene una rosa facial aguda y será necesario reconstruir sus ojos y pulmones. Pero tenemos otros temas que tratar. Según las leyes de distrito, estáis acusados de intrusión y sabotaje...

—¿Qué sucedió con los demás? —insistí.

El hombre me ignoró.

—Son acusaciones graves. Necesitaréis abogados. —Se volvió hacia el militante y ladró—: Maldita sea, dales algo para que se cubran. —Volvió a mirarnos con su sonrisa conciliadora—. Es difícil representar la ley frente a gente desnuda.

Treinta hombres y mujeres armados, otros tantos reporteros LitVid, la canciller Connor y la gobernadora Dauble estaban en el comedor; Connor, Dauble y su séquito a gran distancia de los infractores. Nos reunimos cerca de las puertas vestidos con batas, los veintiocho que habían ido con Sean y Gretyl, delincuentes sorprendidos en pleno acto de sabotaje. También habían traído a los que se habían quedado en la cúpula. Dauble y Connor estaban por celebrar su victoria en LitVid, para difundirla por el Triple.

Mediáticos y preseros, los llamaba mi padre: hordas de reporteros LitVid que parecían brotar del suelo en cuanto algo olía mal. En Marte los reporteros eran una

raza emprendedora; pronto aprendían a burlar el mutismo de las familias VM. Diez de los más rápidos y duros —varios de ellos me eran conocidos— aguardaban con asistentes *arbeiter* cerca del grupo estatista, con bucles auditivos que grababan todo lo que veían, imágenes destinadas a los satélites.

Diane estaba en un grupo del otro lado de la sala. Me saludó con disimulo. No vi a Sean. Charles estaba a cinco o seis metros de mí y no parecía lastimado. Me vio y movió la cabeza. Algunos integrantes de su grupo tenían magulladuras, huesos rotos, hinchazones moradas.

En silencio, permanecíamos de pie, mansos y oprimidos. Nos tocaba ser las víctimas de un estado opresivo.

Dauble se adelantó, flanqueada por dos asesores. Un amplificador se arqueaba sobre su hombro como una delgada serpiente.

—Gente, esto ha ido demasiado lejos. La canciller Connor ha tenido la gentileza de brindar a la familia de estos estudiantes....

—¡Estudiantes expulsados! —gritó Oliver Peskin junto a mí. Algunos repitieron el grito, y otros corearon: «¡Derechos contractuales! ¡Obligaciones!».

Dauble escuchó con aire de resignada reprobación. Los gritos murieron.

—... de brindar a todas sus familias información sobre su paradero, y su condición de saboteadores arrestados —concluyó.

—¿Dónde está Gretyl? —grité, sin darme cuenta de que había abierto la boca.

—¿Dónde está Sean? —preguntó otro—. ¿Dónde está Gretyl?

—Pronto llegarán los abogados familiares. El servicio ferroviario está interrumpido, gracias a estos estudiantes, y nuestra capacidad para conectarnos en banda ancha ha quedado gravemente limitada. Estos actos de sabotaje...

—¡Expulsión ilegal! —gritó otro estudiante.

—... constituyen delitos graves según el libro de distrito y los códigos de Marte Unido...

—¿Dónde está Sean? ¿Dónde está Gretyl? —gritó Oliver, el cabello desmelenado, alzando la mano con los dedos extendidos.

Los guardias se le acercaron, abriéndose paso con rudeza, y lo aprehendieron. Connor se aproximó y alzó el brazo. Achmed Crown Niger les ordenó que lo soltaran. Oliver se zafó de ellos y sonrió triunfalmente.

Dauble no parecía afectada por la confusión.

—Estos actos se juzgarán ante un tribunal.

—¿Dónde está Sean? ¿Dónde está Gretyl? —gritaron varios estudiantes.

—¡Sean está muerto! ¡Gretyl está muerta! —gritó una voz aguda y estridente. El efecto fue electrizante.

—¿Quién lo dice? ¿Quién lo sabe? —preguntaron otros. Los estudiantes gritaban y se apretujaban como ovejas.

—Nadie resultó muerto —dijo Dauble, con cierto nerviosismo.

—¡Traed a Sean!

Dauble consultó a sus asesores, se volvió hacia nosotros.

—Sean Dickinson se encuentra en la enfermería, reponiéndose de las heridas que él mismo se infligió. Hacemos todo lo posible para ayudarlo. Gretyl Laughton también está en la enfermería, con lesiones resultantes de su exposición a la atmósfera.

Los reporteros aún no habían oído nada de aquello, y se interesaron de inmediato. Todos se concentraron en Dauble.

—¿Cómo resultaron heridos los estudiantes? —preguntó uno, apuntando el micrófono hacia Dauble.

—Hubo varias lesiones menores...

—¿Infligidas por los guardias?

—No —dijo Connor.

—¿Es verdad que los guardias iban armados? ¿Incluso antes del sabotaje? —preguntó otro reportero.

—Intuimos problemas desde el principio —dijo Dauble—. Estos estudiantes nos han demostrado que teníamos razón.

—Pero los guardias no son policías autorizados ni fuerzas regulares... Según la carta orgánica del distrito, ¿cómo puede justificarlo?

—¡Justificad vuestros actos! —gritó Diane.

No entiendo vuestra actitud —nos dijo Dauble al cabo de unos minutos de atenta reflexión bajo la mirada atenta del enérgico LitVid—. Habéis destruido el equipo de supervivencia...

—¡Mentira! —gritó un estudiante.

—Atentáis contra las autoridades legítimas de esta universidad y luego os valéis de un intento de suicidio. ¿Qué clase de marcianos sois? ¿Vuestros padres aprueban esta traición?

Dauble hizo una mueca que combinaba la exasperación paternal con una profunda preocupación.

—¿Qué demonios os sucede? ¿Quién os ha criado así..., matones?

La reunión terminó abruptamente. Dauble y su comitiva se marcharon, seguidos por los reporteros. Cuando varios reporteros intentaron hablar con nosotros, los echaron del salón sin miramientos.

Qué estupidez, pensé.

Me sentía un poco débil de hambre; no habíamos comido en veinticuatro horas. Algunos empleados de la universidad, manifiestamente incómodos, nos sirvieron cuencos de pasta instantánea. El nano nutritivo era insípido pero aun así parecía un regalo del cielo. Nos habían dado almohadas y sábanas y nos dijeron que los vientos

arreciaban y soplaban polvo, impidiendo los vuelos. Aún no habían llegado abogados ni padres para vernos.

Mientras nos alimentaban, nos habían dividido en grupos de seis, cada uno con dos guardias. Los guardias desalentaban la charla entre grupos apartándonos cada vez más, hasta que nos tuvieron repartidos por toda la sala. Oliver, a quien consideraban un activista y un bocazas, fue incluido en un grupo selecto de bocazas donde también estaba Diane. Charles permanecía con otros cinco al otro lado de la sala, a veinte metros.

Para disuadirnos aún más, el sistema sonoro del comedor escupía una estridente música de pioneros, una bazofia anticuada y sentimental que me había gustado en mi infancia pero que ahora me parecía amargamente inapropiada.

Cuando tuviera la libertad de hablar con los mediáticos y prenseros, pensé, qué historia contaría... en los últimos días había visto y hecho cosas para las cuales mi vida anterior no me había preparado, y todavía sentía emociones que desconocía: indignación, fraternidad y solidaridad política, miedo profundo.

Me preocupaba Sean. Toda la información nos llegaba a través de Achmed Crown Niger, que nos visitaba cada varias horas para ofrecernos noticias parciales e inservibles. Le cobré una profunda antipatía. Profesional, mesurado, era hasta el último detalle un agente oficial; me concentré un rato en su rostro pálido de rasgos finos, culpándolo de todos nuestros problemas. Él debía haber asesorado a la canciller y la gobernadora... él debía haber perfilado su estrategia, y tal vez incluso hubiese planeado la expulsión de los estudiantes...

Pensé soñadoramente en una posible vida con Sean, si me prestaba alguna atención una vez recuperado.

Nada que hacer. Nada que pensar. Las luces del comedor se apagaron. La música cesó.

Dormí en el suelo, acurrucada como un cachorro contra la espalda de Felicia.

Alguien me tocó el hombro. Abrí los ojos, despertando de un sueño ligero. Charles se inclinó sobre mí. Su rostro estaba más delgado y demacrado, pero su sonrisa era la misma: excesivamente tranquila, como la de un joven Buda. Tenía las mejillas rosadas como si se hubiera puesto maquillaje: un caso leve de rosa de vacío. La mayoría de los estudiantes que nos rodeaban aún dormía.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Me incorporé y miré a mi alrededor. Las luces aún estaban apagadas, pero los guardias se habían ido.

—Cansada —dije. Tragué saliva. Tenía la garganta reseca y sentía la picazón de los cardenales provocados por el oxidante—. ¿Dónde están nuestra comida y nuestra agua?

—No creo que consigamos ninguna a menos que vayamos a buscarla.

Me levanté y estiré los brazos.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, tocándole las mejillas.

—Mi máscara tenía una filtración. Estoy bien. Mis ojos están bien. Tú pareces en forma —dijo Charles.

—Me encuentro fatal. ¿Dónde están los guardias?

—Tal vez tratando de largarse de aquí como puedan.

—¿Por qué?

Alzó las manos.

—No sé. Se han ido hace una hora.

Oliver Peskin y Diane se acercaron y nos acuclillamos en el suelo. Felicia se despertó y sacudió a Chao.

—¿Qué le pasó a Sean? —preguntó Diane a Charles.

—Estaba instalando una carga cuando explotó —dijo Charles—. Dicen que la hizo estallar a propósito.

—Él no haría eso —aseguró Felicia con una mueca de repulsión.

—Gretyl se arrancó la máscara —señalé.

—Qué locura —dijo Charles.

—Tenía sus motivos —dijo Chao.

—De un modo u otro, necesitamos líderes —continuó Diane.

—No estaremos aquí mucho más tiempo —dijo Oliver.

—Oliver tiene razón. Ya no hay guardias. Algo ha cambiado —apuntó Charles.

—Tenemos que permanecer unidos —insistió Diane.

—Si algo ha cambiado, tiene que haber cambiado a favor nuestro —insistió Oliver—. No podía empeorar.

—Aún necesitamos líderes —dije—. Deberíamos despertar a la gente y ver qué piensa el grupo.

—¿Y si hemos ganado? —preguntó Felicia—. ¿Qué haremos?

—Averiguar cuánto hemos ganado y por qué —dijo Charles.

Exploramos los túneles que rodeaban el comedor, internándonos en los viejos dormitorios, que estaban totalmente vacíos. Encontramos algunos *arbeiters* realizando sus tareas de mantenimiento, pero a ningún humano. Después de una hora, comenzamos a preocuparnos. El clima era escalofriante.

Emprendimos una exploración sistemática de los niveles superiores de toda la universidad, comunicándonos con enlaces locales. Charles se ofreció como voluntario para ir conmigo. Cogimos los túneles del norte, los más cercanos a los conductos externos de emergencia y los más alejados de las cámaras administrativas. Los túneles estaban oscuros pero cálidos; el aire era rancio pero respirable. Nuestros pies producían ecos ásperos en las salas desiertas. La universidad parecía sufrir un corte energético de emergencia.

Charles iba un paso por delante. Yo lo observaba atentamente, preguntándome por qué insistía en ser amigable cuando yo lo había alentado tan poco.

No hablábamos mucho. Simplemente aclarábamos lo obvio, llamándonos con silbidos después de separarnos para investigar en los diferentes túneles, haciendo gestos con la cabeza cuando volvíamos a encontrarnos y continuábamos la marcha. Poco a poco fuimos de nuevo hacia el sur, esperando reunimos con otros estudiantes.

Exploramos un oscuro corredor que conectaba los viejos dormitorios con los túneles más nuevos de la UMS. Una luz brillante relampagueaba delante. Nos quedamos donde estábamos. Una mujer con un traje de presión que le sentaba mal nos alumbró la cara con su linterna.

—¿Empleados de la universidad? —preguntó.

—Claro que no. ¿Quién es usted? —preguntó Charles.

—Soy abogada —dijo la mujer—. Lamento usar un traje robado. He llegado volando en medio de la tormenta hace media hora. He aterrizado durante un momento de calma y he encontrado algunos trajes abandonados cerca de las cámaras de presión. Nos han dicho que aquí no había aire.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El último hombre en salir, y llevaba prisa. ¿Estáis todos bien?

—Yo estoy bien —dije—. ¿Dónde están todos?

La abogada alzó el visor del traje y olfateó ruidosamente.

—Lo lamento. Mi nariz no soporta la blandarena. La universidad ha sido evacuada hace siete horas. Amenaza de bomba. Han dicho que un grupo de retrógrados había extraído el aire e instalado explosivos en las cámaras administrativas. Todos se han marchado en vehículos de superficie. Los han llevado en tractor hasta una línea ferroviaria intacta.

—Ha sido usted valiente al venir —dijo Charles—. No cree lo de la bomba, ¿verdad?

La mujer se quitó el casco y esbozó una sonrisa lobuna.

—Tal vez no. No nos dijeron que aquí quedara nadie. No os deben tener simpatía. ¿Cuántos sois?

—Noventa.

—Expulsaron a los reporteros antes de evacuar. Os vi en LitVid. La rueda de prensa no salió bien. ¿Dónde están los demás?

La acompañamos al comedor. Mandamos llamar a todos los exploradores.

La abogada se plantó en medio del grupo, haciendo y respondiendo preguntas.

—Supongo que soy la primera abogada en llegar. Ante todo, mi nombre es María Sánchez Ochoa. Soy una independiente, contratada por el VM Grigio de Tharsis.

Felicia se adelantó.

—Esa es mi familia —dijo. Otros dos también se adelantaron.

—Me alegra veros —dijo María Sánchez Ochoa—. La familia está preocupada. Quisiera anotar vuestros nombres para comunicar que todos estáis a salvo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Diane—. Estoy muy confundida.

Otros repitieron su pregunta.

—¿Qué sucedió con Sean y Gretyl? —pregunté, interrumpiendo el parloteo.

—Los agentes de seguridad de la universidad los entregaron a la policía de distrito de Sinaí ayer por la mañana. Ambos estaban heridos, no sé si de gravedad. La universidad sostuvo que se habían herido ellos mismos.

—¿Están vivos?

—Supongo que sí. Están en el hospital River Canyon de Time.

Se puso a anotar nombres, alzando la pizarra y dejando que cada cual hablara y fuera reconocido.

Miré a la derecha y vi a Charles de pie, junto a mí. Él sonrió. Yo también sonreí y le apoyé una mano en el hombro.

—¿Alguien puede llevar esto afuera y transmitirlo a un satélite? Los cables y repetidores no funcionan, gracias a vosotros.

Ochoa le entregó la pizarra a un estudiante, que se marchó del comedor para subir al techo de vidrio de los niveles superiores de la administración.

—Ahora algunos datos, pues dudo de que hayáis oído muchas noticias recientemente.

—Nada útil —repuso Oliver.

—Bien. Odio deciros esto, pero no obrasteis en favor de vuestra causa al actuar como si fuerais los rebeldes de la Comuna de París. El Gobierno estatista instaló sus propias bombas hace meses, lejos de la UMS. Son bombas políticas y legales, y estallaron hace dos días. Estamos en una situación difícil, amigos, y eso explica lo que hemos tardado en llegar a vosotros. El acuerdo constitucional ha perdido su vigencia. Los estatistas han renunciado, y ha sido llamado a sesión el viejo Gobierno de la Carta Orgánica VM.

La batalla había terminado. Pero nosotros no teníamos importancia.

Ochoa concluyó:

—Habéis dañado propiedad de la universidad, habéis violado leyes de todo código marciano que se me ocurra y os habéis puesto en grave peligro. ¿Y qué habéis conseguido?

»Afortunadamente, es probable que no deis con los huesos en la cárcel. He oído que los politicastrostatistas están huyendo en tropel... quizá Connor y Dauble estén entre ellos. Nadie en su sano juicio os acusará según la ley estatista.

—¿Qué hicieron? —preguntó Charles.

—Nadie está seguro de todo lo que hicieron, pero parece que el Gobierno invitó a la Tierra a inmiscuirse en la política de Marte, buscó sobornos de los VM del

Cinturón para permitirles explotar las minas de Helias...

Jadeos generales. Y nosotros que nos creíamos tan radicales.

—Y planeaban nacionalizar todas las propiedades de los VM para fin de año.

Escuchamos estas declaraciones en pasmado silencio.

Nos quedamos en los viejos dormitorios mientras dotaciones de seguridad del VM Gorrie exploraban todo el terreno de la universidad. Se instalaron nuevos raíles, llegaron trenes y la mayoría nos fuimos a casa. Yo me quedé, al igual que Oliver, Felicia y Charles. Empezaba a creer que Charles quería estar cerca de mí.

Dos días después de nuestra liberación me reuní con mi familia en la estación, papá, mamá y mi hermano mayor, Stan. Mis padres estaban demacrados y enfadados. Mi padre me dijo sin rodeos que yo había faltado a sus más sagrados principios al unirme a los radicales. Traté de explicarle mis motivos, pero no logré explicarlos con claridad, lo cual no era de extrañar, pues yo misma no los tenía claros.

Stan, a quien siempre le divertían los actos y actitudes de su hermana menor, me miraba con una apacible sonrisa. Esa sonrisa me recordaba a Charles.

Charles, Oliver, Felicia y yo compramos nuestros billetes en el autodespacho y caminamos hasta el andén de la UMS. Nos sentíamos como renegados, o al menos como parias.

Era media mañana y algunos administradores interinos llegaban a la universidad en el mismo tren en el que nosotros nos iríamos. Vestidos formalmente de gris y marrón, aguardaban bajo las claraboyas de vidrio, aferrando sus maletines y esperando su escolta de seguridad, mirándonos con recelo.

El personal ferroviario no sabía que formábamos parte del grupo responsable de destrozar la línea de la UMS, pero lo sospechaba. El ferrocarril tuvo la decencia de cumplir su contrato y no negarnos el servicio.

Los cuatro nos sentamos en el coche de atrás, sujetándonos a los angostos asientos. El resto del tren estaba vacío.

En el año 2171, quinientos mil kilómetros de líneas ferroviarias de levitación magnética se extendían sobre Marte, y los *arbeiters* añadían miles más por año. Los trenes eran el mejor modo de viajar: cómodos y silenciosos, esos ciempiés de plata volaban a centímetros de sus delgados raíles negros, acelerando rítmicamente cada trescientos o cuatrocientos metros y alcanzando velocidades de varios cientos de kilómetros por hora. Me agradaba mirar las vastas extensiones de planicies sembradas de rocas, los abanicos de polvo coronados por volutas rizadas mientras los sopladores del morro del tren limpiaban los raíles.

Sin embargo, no disfruté mucho del viaje en tren al hospital River Canyon de Time.

No teníamos mucho que decir. Lo que quedaba del grupo de protesta nos había escogido para visitar a Sean y Gretyl.

Salimos de la estación de la UMS antes del mediodía, apretados contra los asientos, envueltos en el sedante ronroneo del tren. A los pocos minutos viajábamos a trescientos kilómetros por hora, y la gran planicie se convirtió en un borrón ocre. Desde mi asiento, yo miraba el paisaje y me preguntaba dónde estaba y quién era.

Charles había ocupado el asiento contiguo, pero tuvo el buen tino de no decir nada. Desde el severo sermón de mi padre, yo me sentía vacía o algo peor. Tantos días de firmar declaraciones y hablar con gente de seguridad me habían desgastado.

Oliver trató de animarnos sugiriendo que jugáramos a un juego de palabras. Felicia sacudió la cabeza. Charles me miró de soslayo, notó mi desinterés y dijo que tal vez después. Oliver se encogió de hombros y cogió su pizarra para sintonizar el último pase de LitVid.

Yo me dormí unos minutos. Charles me tocó suavemente el hombro. Estábamos frenando.

—Siempre me despiertas —dije.

—Siempre te duermes durante lo aburrido.

—Eres insoportablemente amable, ¿lo sabías?

—Lo lamento —dijo Charles con rostro compungido.

—¿Y por qué me estás...? —Iba a decir *siguiendo*, pero no podía probar esa acusación de forma contundente. El tren había desacelerado y estábamos entrando en la estación de Time. Fuera el cielo era pardo, negro en el cenit. La Vía Láctea descendía entre las altas paredes del desfiladero como si procurase inundar el antiguo cauce.

—Creo que eres interesante —dijo Charles, desabrochándose el cinturón y entrando en el pasillo.

Sacudí la cabeza y me dirigí hacia la cámara de presión.

—Estamos tensos —murmuré.

—Tranquila —dijo Charles.

Felicia nos miró con una sonrisa divertida.

En la sala de espera del hospital, un joven y ferviente defensor público nos mostró unos formularios en su pizarra.

—¿A qué Gobierno los enviará? —preguntó Oliver. El uniforme del hombre estaba visiblemente deshilachado allí donde le habían arrancado jirones.

—A quien sea —respondió—. Sois de la UMS, ¿verdad? ¿Amigos y colegas de los pacientes?

—Compañeros de estudios —dijo Felicia.

—Bien. Pues escuchad. Debo decir esto, por si alguno de vosotros piensa hacer declaraciones en LitVid. «El distrito River de Time no condona ni condena los actos de estos pacientes. Respetamos la histórica Carta Orgánica marciana y tratamos a todos los pacientes, al margen de las circunstancias legales o las creencias políticas.

Toda declaración que ellos hagan no representa...».

—Cielos —dijo Felicia.

—«... la política ni las actitudes de este hospital ni la política del distrito River de Time». Fin del sermón.

El defensor público retrocedió un paso y nos invitó a entrar.

Quedé pasmada por lo que vimos al entrar en la habitación de Sean. Lo habían puesto en un rincón, tendido con una inclinación de cuarenta y cinco grados, envuelto en nano quirúrgico blanco, y sujeto a una tabla de recuperación de acero. Los monitores guiaban su reconstrucción por medio de fluido y fibras ópticas. Sólo ahora comprendíamos la gravedad de sus heridas.

Cuando entramos, él movió la cabeza y nos miró impasible con ojos verdosos y distantes. Saludamos con timidez.

—¿Cómo está el mundo exterior? —preguntó él con indiferencia.

—Agitado —dijo Oliver. Sean me miró como si yo no fuera un ser humano completo, sólo un insulso fantasma. Recordé sus apasionados discursos ante la muchedumbre de estudiantes y los comparé con esta abulia, y sentí una profunda tristeza.

—Bien —dijo Sean, midiendo la palabra con labios silenciosos antes de pronunciarla en voz alta.

Miró la proyección de un paleo-paisaje de Marte en la pared de enfrente: raudos acueductos, largos y relucientes tubos colgados de pedestales arbóreos y festoneados con racimos de esferas verdes, algunas de treinta o cuarenta metros de diámetro. Un convincente mural de nuestro mundo antes de que el planeta absorbiera sus aguas, perdiera su atmósfera y se marchitara.

—El Consejo ha vuelto a encargarse de todo —comenté—. Los síndicos de los VM se reunirán para ordenar las cosas.

Sean no reaccionó.

—Nadie nos había dicho que tus heridas eran tan graves —dijo Felicia. La miramos, sorprendidos de esta mentira. Ochoa había consultado todos los informes de seguridad, incluidos los de los guardias de la universidad, y había reconstruido los hechos.

—Los explosivos —dijo Sean sin titubear, y yo pensé: *No sé qué se propone Felicia, pero él dirá la verdad. ¿Por qué no iba a hacerlo?*

—Los explosivos estallaron prematuramente, sin darme tiempo a escapar. Puse las cargas y yo solo, claro.

—Claro —dijo Oliver.

Charles permanecía detrás, las manos entrelazadas, como un niño en un funeral.

—Perdí el dermosello, aunque curiosamente conservé el casco. Mis visceras quedaron expuestas. Todo hirvió. Extrañamente, recuerdo bastante. Vi cómo me

hervía la sangre. Alguien tuvo la presencia de ánimo de cubrirme con un paño. Eso me permitió resistir hasta que me llevaron a la enfermería una hora más tarde. Después de eso no recuerdo demasiado.

—Cielos —dijo Felicia en el mismo tono que había usado ante el defensor público en la sala de espera.

—Y lo conseguimos, ¿verdad? Causamos un gran revuelo —dijo Sean.

—En realidad... —comenzó Oliver, pero Felicia lo interrumpió con una expresión tierna.

—Lo logramos —dijo Felicia. Oliver enarcó las cejas.

—Estaré bien. Tendrán que reemplazar la mitad de mi cuerpo. No sé quién lo paga. Mi familia, supongo. He estado pensando.

—¿Sí? —dijo Felicia.

—Ya sé por qué voló esa carga —dijo Sean—. Alguien rompió el temporizador antes de que yo lo instalara. Me gustaría que averiguarais quién fue.

Todos callamos un instante.

—¿Crees que alguien lo hizo adrede? —pregunté.

Sean cabeceó.

—Revisamos el equipo cien veces y todo funcionaba.

—¿Quién haría semejante cosa? —preguntó Oliver, horrorizado.

—Alguien —dijo Sean—. Mantened unidos a los estudiantes. Esto aún no ha terminado. —Se volvió hacia mí, enfocándose de pronto—. Llévale un mensaje a Gretyl. Dile que fue una idiota rematada y que la amo con locura. —Masticó las palabras *idiota rematada* como si fueran un sabroso pastel que comiera con gran satisfacción. Yo nunca había visto semejante combinación de dolor y orgullo.

Asentí.

—Dile que cogeré de nuevo las riendas y sacaré algún provecho de este embrollo. Sólo dile eso.

—Sacarás algo de este embrollo —repetí, todavía bajo su hechizo.

—Tenemos un propósito más amplio —dijo Sean—. Debemos cambiar la mentalidad corrupta y reaccionaria de este planeta, lograr que deje de rendirle pleitesía al Triple. Podemos conseguirlo. Podemos crear nuestro propio partido. Es un comienzo.

Fijó los ojos en cada uno de nosotros, como si nos marcara con un hierro candente. Felicia extendió los dedos y Sean alzó el brazo libre para apretar con su mano la de ella. Oliver hizo otro tanto. Charles no se movió; era demasiado para él. Yo estaba por alzar la mano y apoyarla en la de Sean. Pero Sean vio mi titubeo, mi cambio de expresión ante la reserva de Charles, y bajó la mano antes de que pudiera decidirme.

—Corazón y mente, corazón y mente —murmuró—. Tú eres... Casseia, ¿verdad?

¿Casseia Majumdar? —Sí.

—¿Cómo ha salido tu familia de todo esto?

—No sé.

—Está destinada a prosperar. A los retrógrados les irá bien en el próximo Gobierno. Es irónico que Connor nos tomara por retrógrados. ¿Tú eres retrógrada, Casseia?

Sacudí la cabeza con un nudo en la garganta. Su tono era tan glacial y distante, tan reprobatorio.

—Demuéstrame, Casseia. Corazón y mente.

—Creo que no tienes derecho a cuestionar mi lealtad a causa de mi familia —repliqué.

Sean me miró fríamente.

—Si no estás convencida, podrías traicionarnos... así como alguien rompió el temporizador.

—Gretyl se encargó de los explosivos —dijo Charles—. Nadie más los tocó, y mucho menos Casseia.

—Todos dormimos, ¿verdad? —dijo Sean—. Aun así, eso no tiene importancia. Eso es agua pasada.

Cerró los ojos y se relamió los labios. El arbeiter de pared extendió una taza y le vertió líquido en la boca. Sean lo sorbió con la habilidad de alguien que había pasado varios días en el hospital.

—¿A qué te refieres? —preguntó Felicia con un hilo de voz.

—Tendré que empezar de nuevo. La mayoría se ha ido a casa, ¿verdad?

—Algunos —dijo Felicia—. Nosotros nos quedamos.

—Necesitábamos estudiantes para ocupar y retener las cámaras administrativas e imponer condiciones. Podríamos utilizar la universidad como base, reclamarla como compensación por la expulsión ilegal, por daños y perjuicios... si yo hubiera estado allí, eso es lo que habría hecho.

Sentí ganas de llorar. La injusticia de las veladas acusaciones de Sean, junto con mi enamoramiento y mi culpa por no haber servido mejor a la causa, me revolvían el estómago.

—Ve a hablar con Gretyl. Y vosotros dos... —añadió, señalándonos a Charles y a mí—. Recapacitad. ¿Quiénes sois? ¿Dónde queréis estar dentro de diez años?

Las lesiones de Gretyl eran de menor gravedad, pero tenía peor aspecto. Le habían envuelto la cabeza en un voluminoso respirador, dejando sólo una rendija para los ojos. También la habían acostado con una inclinación de cuarenta y cinco grados sobre una placa de recuperación de acero, y salían tubos de una maraña de racimos nano en el pecho y el cuello. Un arbeiter había tapado discretamente el resto con una sábana blanca para nuestra visita. Nos vio entrar y preguntó con su voz sedosa y

falsa:

—¿Cómo está Sean? ¿Habéis ido a verle?

—Está bien —dijo Oliver. Yo estaba demasiado abatida para hablar.

—No nos han permitido visitarnos. Este hospital está plagado de reglamentos. ¿Qué se dice fuera? ¿Logramos llamar la atención?

Felicia explicó con la mayor delicadeza posible que en realidad no habíamos logrado demasiado. Trataba a Gretyl con mayor dureza que a Sean; quizá también ella estuviera enamorada de Sean. Tuve una súbita visión de la gente y las revoluciones, y no me gustó lo que veía.

—Sean tiene un plan para cambiar eso —dijo Gretyl.

—Sin duda —repuso Oliver.

—¿Qué pasa en la UMS?

—Han designado una nueva administración. Las autoridades estatistas han renunciado o están de permiso.

—Parece que los han castigado.

—Es rutina. Se están revisando todas las designaciones —dijo Oliver.

Gretyl suspiró —una nota teatral de gran belleza —y extendió la mano. Felicia se la apretó. Charles y yo permanecemos a cierta distancia.

—Él piensa que alguien manipuló los explosivos —dijo Oliver.

—Es posible —dijo Gretyl—. Sin duda así fue.

—Pero sólo tú y él los tocasteis —dijo Charles.

Gretyl suspiró de nuevo.

—Era sólo un tubo común de Excavez de dos kilos. No pagamos mucho por él. La gente que lo robó para nosotros pudo haberlo manipulado. Pudo hacer algo para que estallara antes. Es posible.

—Pero no lo sabemos —dijo Oliver.

—Escuchad, amigos, si aún no hemos llamado la atención es porque... —Calló y recorrió la habitación con los ojos entornados. Continuó:

—Tengo unos ojos nuevos. ¿Os gusta el color? Será mejor que os vayáis. Hablaremos después, cuando me hayan dado el alta.

Al salir del hospital, en el túnel que nos conectaba con el tubo principal de la estación River de Time, un joven reportero de LitVid, mal vestido y con cara de estar hambriento, trató de entrevistarnos. Nos siguió treinta metros, mirando su pizarra para hacernos lo que él consideraba preguntas incisivas. Estábamos demasiado abatidos y éramos demasiado listos para responder, pero a pesar de nuestra reticencia terminamos apareciendo diez segundos en un canal lateral de la red local de Tharsis.

Sean, por su parte, fue entrevistado al día siguiente durante una hora por un enviado de una importante emisora, y la nota fue retransmitida por Solar General a todo el Triple. Contó nuestra historia a los planetas, y en general lo que contó no era

lo que yo recordaba.

No entrevistaron a nadie más.

Mi tristeza creció. Mi joven idealismo se esfumó rápidamente, y no fue reemplazado por ninguna sabiduría, ninguna emoción concreta.

Pensé en lo que Sean nos había dicho, en sus acusaciones, su suspicacia, su entrevista que propagaba distorsiones en el Triple. Ahora yo diría que mintió, pero es posible que ya entonces Sean Dickinson fuera demasiado buen orador para respetar la verdad. Y Gretyl, creo, estaba por darnos un sensato consejo acerca de cómo las necesidades políticas dictan nuestro modo de ver —y usar— la historia.

Cuando regresamos a nuestros dormitorios de la UMS, encontramos anuncios en las puertas cerradas. Diane vino y me explicó que habían cerrado la UMS por el momento, pues habría «revisiones de programa». Bajo las placas de identificación, iconos parpadeantes nos indicaban que podíamos entrar en nuestras habitaciones y recoger nuestras pertenencias. No nos pagarían el billete de tren a casa ni a otro destino. Nuestras pizarras recibieron boletines que anunciaban cuándo y dónde se celebrarían las audiencias públicas para determinar el futuro de la universidad.

En cierto modo, estábamos peor que con Dauble y Connor.

Charles nos ayudó a Diane y a mí a juntar nuestros petates y apilarlos en el túnel. No eran muchos, pues yo había mandado la mayor parte de mi equipaje a casa después de la expulsión. Ayudé a Charles a sacar sus cosas, unos diez kilos de equipo y material de investigación.

Tomamos una comida rápida en la estación. No teníamos mucho que decir. Diane, Oliver y Felicia partieron en el tren del norte, y Charles me acompañó hasta el tren del este.

Cuando metí la maleta en la cámara de presión, él extendió la mano y nos dimos un fuerte apretón.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó.

—¿Por qué no? Cuando hayamos encauzado nuestras vidas.

Él sostuvo mi mano un poco más y yo la aparté delicadamente.

—Me gustaría verte antes —dijo—. En mi caso, al menos, puede que tarde mucho en conseguir eso.

—De acuerdo —dije, entrando en el tren. No quería comprometerme con una cita. No estaba de humor para iniciar una relación.

Mi padre me perdonó. Mi madre admiraba en secreto todo lo que yo había hecho, creo, y ambos pagaron la factura de costosas autoclases para mantenerme al día en mis estudios. Podrían haberlo cargado como gasto educativo del VM, como parte del nuevo auge retrógrado. Mi padre creía con firmeza en el Gobierno VM, pero era demasiado honrado para utilizar fondos públicos confiscados por el VM, o para aprovechar los privilegios de la victoria.

Cuando volví a ver a Connor, fue en el LitVid de Solar General. Estaba en el largo trayecto hacia la Tierra, lanzando proclamas desde la nave de transporte *Barrera de Arrecifes*, tratando de convencer a los marcianos de que sería recibida como una heroína. Dauble la acompañaba, pero no decía nada, pues día a día se revelaba la vergonzosa verdad de su fallida gestión estatista.

Sucedió que un abogado del VM Majumdar iba en esa misma nave, y decidió representar a todos los VM y otros intereses que ansiaban saldar cuentas con Connor y Dauble. Les presentó papeles día tras día, día tras día, durante todo el viaje.

Cuando ambas llegaron a la Tierra, diez meses después, estarían en la miseria; nacidas en Marte y exiliadas en la Tierra, se pasarían el resto de su vida tratando de eludir querellas del Triple.

2172 (A. M. 53)

Lo que sucedía en Marte era un excelente ejemplo de política en acción en una cultura «joven», mi especialidad con respecto a la historia de la Tierra, y aunque el tema habría debido fascinarme, no prestaba atención a las noticias.

Habían pisoteado mis ideales juveniles sin miramientos, y yo no sabía cómo afrontarlo. Antes de decidir cómo seguiría mi educación y serviría a mi familia, tenía que redescubrir quién era. Mi madre respaldó mi juvenil indecisión; mi padre cedió ante mi madre. Pude soslayar todo compromiso durante un tiempo.

Cuando la UM reinició las clases, cambié de campus y de especialidad. Me dirigí a la estación Durrey, tercera ciudad de Marte y sede de la segunda rama de la UM. Estudié altas humanidades: la literatura de los siglos XIX y XX, la filosofía anterior a la mecánica cuántica y la materia más práctica de mi lista, la moral y la ética en el arte de la gestión. Cuatro almas desdichadas compartían mi curso, estudiando cosas que tenían sin cuidado a la mayoría de los pioneros y pragmáticos marcianos.

Necesitaba un descanso, así que decidí divertirme.

Hacía meses que no pensaba en Charles. No sabía que él también había ido a la estación Durrey. Cuando comenzaron las clases, no nos encontramos de inmediato. Lo vi en Villa Jácara durante un descanso.

Setecientos noventa estudiantes huían de la UM Durrey en Solsticio y se iban a trabajar en sus granjas, si pertenecían a las familias tradicionales del valle del Mariner, o se refugiaban en Villa Jácara. Algunos, ya casados, se dirigían hacia sus conejares a medio construir, que pronto se convertirían en nuevas estaciones, y hacían lo que hace la gente casada.

Mi familia no poseía granjas y era poco exigente en cuestiones de fervor filial. Me amaba, pero me dejaba escoger mi propio camino.

Villa Jácara era un insulso laberinto de tiendas, hoteluchos, salas de juego y gimnasios situado a diecisiete kilómetros de la estación Durrey. Los estudiantes iban

allí para olvidarse de sus estudios y sus obligaciones familiares y sociales, para descargar sus energías en alguna juerga.

Marte nunca ha sido un planeta de mojigatos. Aun así, sus actitudes hacia la sexualidad convenían a una cultura de frontera. Los objetivos de la sexualidad son la procreación y el establecimiento de relaciones sólidas entre los individuos y las familias; el sexo produce (o debería producir) amor y relaciones duraderas, el sexo sin amor tal vez no sea pecaminoso, pero es un claro desperdicio. Para el hombre o la mujer ideal de Marte, según la descripción de los LitVids populares, la sexualidad nunca fue cosa sin importancia; era tremendamente compleja, rebosante de sentido y dramatismo para el individuo y la familia, una unión potencial (uno rara vez se casaba dentro de su VM) y el comienzo de una nueva entidad, la enérgica relación de una pareja bien avenida.

Ése era el mito, y confieso que me resultaba (y aún me resulta) atractivo. Se ha dicho que un romántico es alguien que nunca acepta las pruebas que le presentan sus ojos y oídos.

En esa época, pocas personas carecían de atractivo físico. Entre los marcianos no había necesidad ni deseos de permitir que la naturaleza siguiera su incierto rumbo. Esa cuestión se había convertido en una política pública viable para la mayoría de los ciudadanos del Triple más de setenta y pico de años marcianos atrás. Yo era bastante atractiva, mi herencia genética requería pocas adaptaciones o ninguna —nunca se lo había preguntado a mis padres— y los hombres no eran reacios a hablar conmigo.

Pero nunca había tenido un amante, sobre todo porque los jóvenes me parecían demasiado fervientes o demasiado frívolos o, más comúnmente, demasiado obtusos. Lo que buscaba para mi primer (y tal vez único) amor no era sólo el esplendor físico, sino algo profundamente significativo, algo que hiciera que Marte mismo —cuando no todo el Triple— suspirase de envidia cuando ese amante y yo publicáramos nuestras memorias en la madurez.

Yo era tan poco mojigata como los demás marcianos. No me agradaba dormir sola. A menudo deseaba ser menos exigente, tan sólo lo suficiente para aprender más sobre los hombres; hombres guapos, desde luego, hombres de carácter, absolutamente independientes. Para esa clase de experimentación, la belleza y el esplendor físico serían más importantes que el cerebro, pero si uno podía reunir ambas cosas, ingenio, belleza y destreza...

Así eran mis febriles sueños.

Villa Jácara era un lugar de tentaciones para un marciano joven, y por eso muchos de nosotros íbamos allí. Me gustaba bailar, coquetear y besuquear, pero eludía los encuentros más íntimos. La gran verdad permanente de las relaciones entre hombre y mujer —el hombre busca y la mujer escoge— obraba a mi favor. Podía atraer, probar, practicar el juego indudablemente cruel y (pensaba yo) totalmente justo de examinar

el rebaño.

Mediadas las vacaciones, en un atardecer de primavera, un club universitario local celebró una pequeña reunión después de una partida *de jai alai* en la arena. Yo había asistido al juego y la visión de aquellos ágiles cuerpos masculinos que brincaban para golpear la pesada pelota me había dejado un poco aturdida, a lo cual se sumaban una mezcla de fuerte té doblemente fermentado de Villa Jácara y un sorbo de vino. Esperaba desquitarme bailando y flirteando, y luego iría a casa a pensar.

Vi a Charles mientras bailaba con un estudiante de tercero. Charles estaba conversando («parloteando», pensé) con una exótica muchacha de ojos grandes que no parecía su tipo. Cuando terminé de bailar, avancé en medio de la multitud y choqué con él accidentalmente por detrás. Se dio media vuelta, me vio y, para mi consternación, su rostro se iluminó como el de un niño. Hizo todo lo posible por desembarazarse de la otra.

Yo había pensado en el episodio de la UMS durante meses y quería hablar de ello, y Charles parecía perfecto para cumplir esa función.

—Podríamos cenar —sugirió mientras nos alejábamos de la pista de baile.

—Ya he comido.

—Entonces un bocadillo.

—Yo quería hablar sobre el verano pasado.

—Perfecta oportunidad para hacerlo mientras nos tomamos un postre.

Fruncí el ceño como si la sugerencia fuera indecorosa, luego cedí. Charles me cogió del brazo —eso parecía bastante seguro— y encontramos un pequeño y tranquilo autocafé en el arco exterior de un túnel. El arco se extendía al norte del distrito de Villa Jácara para pobladores permanentes y albergaba pequeñas tiendas, en general atendidas por *arbeiters*. Atravesamos el cuadrángulo central, una hectárea de verdor rodeada por seis pisos de balcones. La arquitectura del cuadrángulo era un intento de imitar lo peor de la vieja Tierra: era conservadora y opresiva. Las tiendas, en cambio, eran relativamente elegantes y acogedoras.

Nos sentamos y bebimos café del Valle mientras aguardábamos la llegada de nuestros pasteles. Charles, evidentemente nervioso, habló poco al principio. Respondía a mis pocas palabras con una ancha sonrisa, ansioso por quedar bien.

Cansada de aquel atasco verbal, me incliné hacia delante.

—¿A qué has venido a Villa Jácara? —pregunté.

—Me sentía solo y estaba aburrido. He estado hasta el cuello en los topes del Continuo de Bell. Supongo que no sabes lo que es eso.

—No.

—Bien, es fascinante. Quizás un día sea importante, aunque ahora es algo muy marginal. ¿A qué has venido tú?

Me encogí de hombros.

—No sé. En busca de compañía, supongo.

Comprendí, con cierta preocupación, que aquélla era mi manera de coquetear. Mi madre me habría dicho que actuaba como una zorra, y ella me conocía bastante bien.

—¿En busca de una buena pareja de baile? Tal vez yo no sea tu mejor opción.

Ignoré aquel comentario.

—¿Recuerdas lo que dijo Sean Dickinson?

Charles hizo una mueca.

—Preferiría olvidarlo.

—¿Qué le pasaba?

—No soy un gran estudioso de la naturaleza humana. —Charles examinó su taza. Llegaron los pasteles y Charles apoyó la palma en el *arbeits*—. Yo invito. Soy anticuado.

También pasé eso por alto.

—Creo que actuó como un monstruo —comenté.

—Yo no iría tan lejos.

Mis labios saborearon de nuevo esa palabra.

—Un *monstruo*. Un monstruo político.

—Te afectó de veras, ¿eh? Recuerda que estaba herido.

—He tratado de entender la situación, y por qué no logramos nada. Vaya, estaba dispuesta a seguir a Sean y Gretyl a cualquier parte...

—¿A ellos? ¿O a la causa?

—Yo creía... yo creo en la causa, pero los seguía a ellos —dije—. Trato de entender por qué.

—Parecían saber lo que hacían.

Hablamos una hora, girando en círculos, sin lograr entender lo que había sucedido. Charles parecía aceptarlo como una travesura juvenil, pero yo nunca me había permitido el lujo de semejantes aventuras. El fracaso me causaba una profunda sensación de culpa, de tiempo desperdiciado y oportunidades perdidas.

Cuando terminamos los pasteles, parecía natural que fuéramos a un lugar tranquilo y continuáramos conversando. Charles sugirió el cuadrángulo. Yo negué con la cabeza y expliqué que parecía una *ínsula*. Charles no estudiaba historia.

—Una *ínsula* —expliqué—. Un edificio de apartamentos en la antigua Roma.

—¿La ciudad? —preguntó Charles.

—Sí, la ciudad.

Su próxima sugerencia, precedida por un momento de perpleja reflexión, fue que debíamos ir a su habitación.

—Podría pedir té o vino.

—Ya he tomado suficiente de ambas cosas. ¿No podemos pedir agua mineral?

—Tal vez. Durrey se encuentra sobre un rico depósito de agua. Toda la zona se encuentra sobre un *karst* pre-Tharsis.

Cogimos un taxi hasta el arco opuesto, hoteles y alojamientos provisionales para la verdadera fuente de ingresos de Villa Jácara, los estudiantes.

No tenía demasiadas expectativas cuando entramos en la habitación de Charles. El decorado no tenía nada de especial: barato, limpio, mantenido por *arbeiters*, sin nanoapliques, gratos matices de beige, verde suave y gris, una cama de una plaza. Me senté en una esquina de la cama. De pronto pensé que aquello podía inducir a Charles a esperar algo más. Ni siquiera nos habíamos besado, sin embargo, y el acuerdo había sido que iríamos a conversar.

Aun así, no sabía cómo reaccionaría yo si Charles intentaba algo.

—Pediré el agua —dijo. Dio dos pasos junto al escritorio, sin saber si sentarse en la silla o en el borde de la cama, junto a mí—. ¿Con o sin gas?

—Sin gas.

Enchufó la pizarra en el escritorio e hizo el pedido.

—Son lentos. Tardarán cinco minutos. *Arbeiters* viejos —me explicó.

—Chirriantes —añadí.

Sonrió, se sentó en la silla, miró a su alrededor.

—No hay muchos lujos —dijo—. No puedo permitirme más.

Una silla, un pequeño escritorio con red y comunicaciones, una cama plegable con su delgada sábana, un saco de vapor detrás de una puerta angosta, lavabo y retrete empotrados en la pared detrás de una cortina, todo comprimido en tres metros por cuatro.

Me pregunté cuántas personas habrían hecho el amor en aquella habitación, y en qué circunstancias.

—Podríamos pasar años tratando de entender a Sean y Gretyl —dijo Charles—. No quiero que pienses que he olvidado lo que sucedió.

—Oh, no.

—Pero hay muchas otras cosas sobre las que deseo reflexionar. —Usó esta palabra con aire paródico, para restarle solemnidad—. No puedo preocuparme por los errores que cometimos.

—¿Los cometimos? —pregunté. Alisé algunas arrugas de la delgada sábana.

—Creo que sí.

—¿Qué errores? —insistí, de nuevo furiosa, pero disimulándolo.

Charles al fin sacó la silla y se sentó con los codos en las rodillas, las manos entrelazadas.

—Deberíamos escoger con mayor cuidado a nuestros dirigentes —dijo.

—¿Crees que Sean era mal dirigente?

—Tú dijiste que actuó como un monstruo —me recordó Charles.

—Las cosas salieron mal para todos. Si hubieran salido mejor, todo habría resultado de otra manera.

—Quieres decir que si Connor y Dauble no se hubieran colgado solas, podríamos haberles dado la soga.

—Así parece.

—Supongo que eso es lo que Sean y Gretyl intentaban hacer.

—Todos lo intentábamos —añadí.

—De acuerdo, pero ¿qué habríamos hecho después? ¿Qué buscaba Sean realmente?

—¿A la larga? —pregunté.

—En efecto —dijo Charles. Estaba revelando una capacidad que yo no había visto antes. Sentí curiosidad por ver hasta dónde llegaba aquella imprevista profundidad—. Creo que buscaban la anarquía.

Lo miré ceñuda. Él me miró a su vez y su rostro se endureció.

—Yo no quería eso...

—¿Por qué iban a querer la anarquía?

—Sean quiere ser un líder. Pero nunca puede ser líder por consenso.

—¿Por qué no?

—Tiene el atractivo de una imagen LitVid —dijo Charles. ¿Cómo no veía hasta qué punto me irritaba? Sentí un impulso perverso. Quería que él me enfureciera, así yo podría negarle lo que había ido a buscar ahí, es decir, mis favores.

—¿Superficial?

—Lo lamento, esto te está contrariando —murmuró Charles, sobándose las manos—. Sé que te gustaba Sean. Me pone... Yo no quería traerte aquí para...

Llamaron a la puerta. Charles la abrió y entró un arbeiter con una botella de agua mineral de la región de Durrey. Charles me dio un vaso y se sentó.

—No quiero hablar de política —dijo—. No sirvo para eso.

—Hemos venido aquí para hablar de lo que salió mal —insistí—. Tengo curiosidad por conocer tu opinión.

—No estás de acuerdo conmigo.

—Tal vez. Pero quiero oír lo que tienes que decir.

Charles adoptó una actitud defensiva que evidenciaba su abatimiento.

—De acuerdo —dijo. Noté que desistía, suponiendo que era imposible entenderse conmigo, y eso aumentó mi irritación. ¡Vaya tío!

—¿Qué clase de líder sería Sean?

—Un tirano —murmuró Charles—. Y no muy bueno. No creo que tenga las agallas necesarias. No tiene encanto suficiente en el momento adecuado, y no sabe controlar sus sentimientos.

Mi furia se evaporó. Era extrañísimo, pero estaba de acuerdo con Charles. Ésa era

la monstruosidad que yo procuraba comprender.

—Sabes juzgar la naturaleza humana mejor de lo que piensas —suspiré, inclinándome en la cama.

Él se encogió de hombros.

—Pero lo eché todo a perder —dijo.

—¿Por qué?

—Quiero conocerte mejor. Siento algo muy especial cuando te veo.

Intrigada, iba a continuar con mis implacables preguntas (*¿Por qué? ¿A qué te refieres?*) cuando Charles se puso de pie.

—Pero es inútil. Te he disgustado desde un principio.

Lo miré boquiabierta.

—Crees que soy torpe. No me parezco en nada a Sean, y tú te sentías atraída por él... y ahora por lo visto me dedico a criticarlo.

—Sean no me atrae —dije bajando los ojos, tratando de aparentar una púdica franqueza—. Y mucho menos después de lo que dijo.

—Lo lamento —dijo Charles.

—¿Por qué siempre te disculpas? Siéntate, por favor.

Ninguno de los dos había tocado el agua mineral.

Charles se sentó. Alzó su vaso.

—Este agua ha aguardado mil millones de años, encerrada en piedra caliza... vieja vida. Eso es lo que realmente me gustaría hacer. Además de obtener las becas de física e iniciar mi investigación. Ir Arriba y explorar los antiguos lechos marinos. No hablar de política. Necesito alguien que vaya conmigo y me haga compañía. Pensé que quizá te gustaría hacerlo. —Charles irguió la cabeza y lanzó su propuesta casi sin respirar—. El VM Klein tiene un viejo viñedo a veinte kilómetros de aquí. Podría pedir prestado un tractor, mostrarte el...

—¿Un viñedo? —pregunté sorprendida.

—Fracasado. Convertido en estación de agua. Poco más que una cúpula, pero hay buenos lechos fósiles. Tal vez el vino descartado hace años ya se haya asentado y podamos bebérselo.

—¿Me lo estás pidiendo? —Sentí una calidez tan repentina e inesperada que me hizo lagrimear—. Charles, me sorprendes. —Yo me sorprendía a mí misma. Pero añadí, bajando los ojos de nuevo—: ¿Qué esperas de ello?

—Tal vez yo te guste más lejos de este lugar. Yo no encajo en Villa Jácara, y no sé a qué he venido. Me alegra haberlo hecho, sí, porque tú estás aquí, pero...

—¿Un viejo viñedo? ¿Ir Arriba de nuevo?

—Con trajes de presión adecuados. Lo he hecho con frecuencia. Conmigo no corres peligro. —Señaló hacia Arriba con el dedo—. No soy un ídolo de LitVid, Casseia. No puedo deslumbrarte.

Fingí que no había oído eso.

—Nunca he ido a buscar fósiles —dije—. Es una idea que me encanta.

Charles tragó saliva y decidió insistir.

—Podríamos partir ahora. Pasar unos días. No costaría demasiado... mi VM no es rico, pero pediríamos prestado equipo que nadie esté usando. El presupuesto de oxígeno no es un problema. Podemos llevar hidrógeno para obtener una ganancia neta. Puedo llamar y pedir a la estación que se prepare para nosotros.

Era una idea atrevida, totalmente inesperada y absolutamente encantadora. Charles nunca me presionaría para ir más allá de donde yo quisiera. Era perfecto.

—Trataré de no aburrirte hablando de física —dijo.

—Puedo soportarlo. ¿Qué te hace creer que alguna vez estuve enamorada de Sean?

El tuvo el acierto de no responder, y de inmediato se puso a hacer preparativos.

Los marcianos veían la superficie de su mundo a través de las ventanillas del tren. Nueve o diez veces en su vida, los marcianos iban Arriba y caminaban en trajes de presión, habitualmente en grupos numerosos y bajo estricta supervisión, turistas en su propio planeta.

Fuera por temor, fuera por sensatez, los marcianos preferían en su mayoría los túneles, y se autodenominaban afectuosamente conejos; conejos rojos, para diferenciarse de los conejos grises de la Luna.

Creo que estaba más nerviosa en el tractor junto a Charles que meses antes en mi dermosello. Confiaba en que Charles no se perdería en los desfiladeros ni en los antiguos glaciares; él irradiaba confianza. Lo que me sacaba de quicio era la proximidad de ciertas emociones que yo había puesto a buen recaudo tras una fachada filosófica.

No explicaré mi cambio de perspectiva. Charles empezaba a atraerme, pero el proceso era lento. Mientras él conducía, yo lo miraba de soslayo y estudiaba sus rasgos delgados, su nariz larga y recta, sus ojos grandes, castaños y observadores, el labio superior delicadamente sensual, el labio inferior un poco débil, la barbilla prominente, el cuello nudoso y flaco, una mezcla de características que me resultaban atractivas con otras que me parecían dudosas, antiestéticas, imperfectas. Dedos largos con uñas cuadradas, hombros anchos y huesudos, pecho ligeramente hundido...

Fruncí el entrecejo y miré el paisaje. No me atraían las ciencias físicas, pero ningún marciano puede escapar del pasado; nos cuentan historias desde nuestra infancia.

Marte estaba muerto; alguna vez había estado vivo. En las planicies, debajo de la ubicua blandarena y el viscoso serrín, se extendía una gruesa capa de roca calcárea, piedra caliza, residuo mortal de un sinfín de diminutas criaturas vivientes en el fondo de un mar que antaño había cubierto toda la región, el sesenta por ciento del Marte

septentrional.

Los mares, hacía quinientos millones de años marcianos, habían sido víctimas de la vejez y el enfriamiento de Marte. Los flujos interiores del planeta perdieron impulso y se estabilizaron justo cuando Marte comenzaba a desarrollar y desplazar sus continentes, interrumpiendo así la migración de sus cuatro jóvenes placas continentales, poniendo fin a la vida de estribaciones de volcanes que escupían gases. La atmósfera inició su largo vuelo hacia el espacio. Al cabo de seiscientos millones de años marcianos, la vida misma se replegó, desarrollando formas más resistentes, dejando cauces marinos fósiles y *karsts* y, finalmente, el ecos Madre y los magníficos puentes acueductos. (*Ecos* es el singular, *ecoi* el plural).

En derredor, riscos de piedra caliza amarillenta asomaban de la ocre y rojiza blandarena. Piedras rotas y oxidadas, desperdigadas por impactos de meteoritos, coronaban esta mezcla como ralladura de chocolate en salsa de ruibarbo sobre helado de vainilla. Contra el cielo rosado, el efecto era chocante y sobrecogedor, una advertencia de que incluso los planetas son mortales.

—¿Te gusta? —preguntó Charles. No habíamos hablado mucho desde que habíamos partido de Durrey en el tractor prestado.

—Es magnífico.

—Espera a que lleguemos a los *karsts* abiertos... como pozos en la planicie. Signo seguro de bolsas de agua, pero se requiere un experto para saber a qué profundidad, y si están blanqueadas. —Las bolsas de agua blanqueadas portaban altas concentraciones de arsénico, con lo cual resultaba un poco más caro explotar el agua—. Los mares blanqueados poseían formas de vida totalmente diferente. Probablemente de allí vinieron las madres.

Yo sabía poco sobre los quistes madre, depósitos orgánicos de reserva del ecos Omega, posterior a Tharsis, la vida de un mundo en una paciente cáscara de nuez, origen de los puentes acueductos. Sus fósiles se habían descubierto hacía pocos años, y yo no había prestado mucha atención a la noticia.

—¿Alguna vez has visto una madre? —preguntó Charles.

—Sólo en fotos.

—Son magníficas. Más grandes que un tractor, conchas de medio metro de grosor, enterradas en la arena, aguardando a que se reinicie uno de los antiguos ciclos de humedad... las últimas de su especie. —Con ojos radiantes, curvó la boca en una pasmada sonrisa. Su entusiasmo me distanció por un instante—. Algunas duraron decenas de millones de años, pero la humedad nunca llegó. —Sacudió la cabeza y arqueó tristemente los labios, como si hablara de una tragedia familiar—. Algunos buscadores creen que un día encontraremos una. El santo grial de los buscadores de fósiles.

—¿Es posible?

—No lo creo.

—¿Hay madres fósiles allá donde vamos?

Charles sacudió la cabeza.

—Son muy raras. Y no se encuentran en el *karst*. La mayoría se han hallado en los *sulci*.

—Oh.

—Pero podemos mirar.

Sonrió como un niño, con expresión franca y confiada.

El viñedo del Vínculo Múltiple Klein, un noble e infructuoso experimento, estaba sepultado a la sombra de una seca meseta, veinte kilómetros al oeste de la estación Durrey. Ahora lo mantenían *arbeiters*, y sin demasiada eficacia, a juzgar por la acumulación de blandarena en la entrada. Una puerta ostentaba un letrero verde y brillante, TRÉS HAUT MÉDOC. Charles condujo el tractor bajo el letrero. El garaje se abrió lenta y espasmódicamente —el polvo hacía chirriar los atascados engranajes— y Charles aparcó el vehículo en el oscuro recinto.

Nos cerramos los trajes y bajamos del tractor. Charles apoyó la palma en la cerradura de la cámara.

—No he vuelto aquí desde que modificaron los códigos —comentó—. Espero que mi nombre figure en la vieja red general de Klein.

—¿No lo has verificado? —pregunté alarmada.

—Bromeaba —dijo Charles.

La cámara se abrió y entramos.

Con el transcurso de los años, los *arbeiters* se habían convertido en moles deformes a fuerza de autorrepararse. Parecían solícitos contrahechos que se apartaban obsequiosamente mientras explorábamos los angostos túneles que conducían a los aposentos principales.

—Nunca he visto *arbeiters* tan viejos —dije.

—Si no derrochas, no sufrirás necesidad. Los Klein son una familia ahorrativa. Se llevaron consigo las mejores máquinas y dejaron una dotación mínima, lo suficiente para cuidar el agua.

—Pobres criaturas —dije dubitativamente.

—*Voilà!* —anunció Charles, abriendo la puerta del aposento principal. Más allá reinaba un orden demencial: colchones apilados en un rincón formando un refugio, mantas cubriendo una mesa como si fuera una cama, equipos decadentes cuidadosamente apilados en el suelo para llamar la atención de los humanos, olor a yodo. Las máquinas estaban aburridas. Un gran *arbeiter* de un metro de altura y medio metro de anchura, una especie de tonel mecánico de brazos prominentes, se erguía con orgullo en medio de sus dominios.

—Bienvenidos —saludó con voz áspera—. Hace cuatro años que no hay

huéspedes en esta finca. ¿Cómo podemos servirlos?

Charles se echó a reír.

—No seas así —dije—. Herirás sus sentimientos.

El arbeiter zumbaba sin cesar, un indicio de colapso inminente.

—Esta unidad requerirá repuestos, si los hay disponibles —nos informó al cabo de un instante de introspectivo silencio.

—Tendrás que apañártelas —dijo Charles—. Lo que necesitamos es un lugar apto para que dos humanos puedan habitarlo... cuartos separados, cuanto antes.

—¿Esto no es adecuado? —preguntó el arbeiter con mecánica consternación.

—Casi, pero necesita ciertos arreglos.

No pudimos contener la risa.

El arbeiter nos examinó con ese modo que tienen las máquinas más viejas de parecer obstinadas y conscientes, cuando en realidad son meramente lentas.

—Se hará lo posible. Lamento insistir, pero esta unidad requerirá piezas de repuesto y una recarga nano, si es posible.

Cuatro horas después, cuando nuestros aposentos estaban razonablemente ordenados y los arbeiter hubieron almacenado nuestras provisiones, Charles y yo dejamos de ir de aquí para allá y nos miramos. Charles desvió los ojos, fingiendo que examinaba críticamente el mobiliario.

—Parece un refugio —dijo.

—Está bien.

—Bien, no hay lujos.

—No esperaba que los hubiera.

—Vine aquí una vez a los diez años, con mi padre —dijo Charles, frotándose nerviosamente los pantalones con las manos—. Una especie de fuga de dos días mientras viajábamos de Amnesia a Jefferson a través de Durrey... aquí las propiedades de Klein se internan en las antiguas tierras del VM Erskine. No sé cómo sucedió.

Otro instante de incómodo silencio. Era evidente que Charles no sabía cómo empezar, ni qué esperaba; tampoco yo, pero como hembra de esta pareja no me correspondía tomar la iniciativa, y no estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Vamos a ver la bodega? —preguntó él de pronto, extendiendo la mano.

Le cogí la mano e iniciamos nuestro recorrido formal por Tres Haut Médoc.

Charles estaba conmovedoramente nervioso. Era conmovedor porque yo no tenía que decir ni hacer mucho salvo seguirlo; me hablaba sin cesar sobre tradiciones marcianas que yo ya conocía. Su voz era sedante aun mientras explicaba los detalles técnicos. Con el tiempo, escuché más el tono que el contenido, disfrutando de esa música masculina consistente en puros datos, una arquitectura destinada a protegernos momentáneamente del hecho de estar juntos y a solas.

El noventa por ciento o más de cualquier estación marciana se encuentra bajo tierra. Las necesidades de presión y la protección contra la radiación que atraviesa la delgada atmósfera lo convirtieron en el método de construcción más económico. En los primeros diez años se habían hecho intentos de construir edificios en torre y miradores de varios pisos, pero Marte se había colonizado con recursos financieros magros. Construir bajo tierra era mucho más barato. Aunque asomaban a la superficie cambiadores térmicos, sensores, miradores, entradas, salidas y algunos edificios, en general seguíamos siendo trogloditas.

La mitad de las bolsas de agua de Marte eran sólidas —depósitos minerales— y la mitad líquidas. Las variedades de sólidas eran muchas. Algunas consistían en escarcha y oquedades, y producían terrenos frágiles. En Marte había catedrales de hielo de diez kilómetros de extensión, pero muchas habían perdido el agua que las había creado. El agua evaporada se volvió a condensar en los polos o se perdió en el espacio con el transcurso de los siglos. La delgada atmósfera estaba casi totalmente exenta de humedad.

Tres Haut Médoc se erguía a medio kilómetro por encima de un flujo líquido, tal vez el mismo que utilizaba Durrey. El agua atravesaba la piedra caliza y se acumulaba en fisuras y cavernas más profundas que se extendían hasta diez kilómetros por debajo del *karst*.

Nuestra primera parada fue la estación de bombeo. La bomba, un macizo racimo de cilindros y esferas color azul acero, fusionados como una escultura abstracta, había trabajado sin pausa durante quince años marcianos. Extraía su propio combustible, deuterio, del agua que sacaba del suelo.

—Conectamos esto con las tuberías de Durrey hace diecinueve años terrestres —me explicó Charles, caminando en torno a la bomba—, cuando se cerró la bodega y la estación fue automatizada y evacuada. —Nuestros pasos resonaban huecos en el escarchado suelo de piedra. Un aire frío y almizclado susurraba en los conductos de la pared—. Ahora es la única justificación de la existencia de la estación. Durrey la quiere, paga por ella, así que mantenemos la bomba en marcha. Mientras esté aquí, justificaré nuestra visita presentando un informe...

—Y pedirás algunos *arbeiters* de reemplazo —sugerí.

—Tal vez. La gente que instaló la bodega era una familia de California... ¿o era australiana? No lo recuerdo.

—Hay una gran diferencia —sugerí.

—No tanto. Conozco a muchos australianos y californianos. Salvo por el acento, se parecen bastante. Mi familia es de Nueva Zelanda. ¿Y la tuya?

—No estoy segura. Indoalemana, creo.

—Eso explica tu adorable tez —dijo Charles.

—No presto mucha atención a la herencia.

Charles me condujo a las cámaras donde se depositaba el agua. Los oscuros estanques estaban quietos como vidrio en sus cuencos de piedra caliza; llenaban dos cámaras, cada cual de una hectárea de superficie y diez metros de profundidad. A cierta distancia bajo nuestros pies, los pistones de las bombas de transferencia enviaban el agua hacia las tuberías sepultadas de Durrey. Aspiré el aire fresco, toqué las húmedas paredes de piedra caliza.

—Esa roca parece una vieja osamenta —dijo Charles.

—Cierto. El fondo del mar.

—La mitad de nuestras ciudades y estaciones no podrían existir sin planicies de piedra caliza.

—¿Por qué no se transformó en mármol o algo parecido? —pregunté, en parte para demostrar que no era totalmente ignorante en materia de areología.

Charles sacudió la cabeza.

—No ha habido ninguna actividad areológica importante en los últimos miles de millones de años. Para formar mármol se requiere calor y presión. Marte está dormido, y ya no puede realizar esa tarea.

—Oh.

Sólo había demostrado mi ignorancia, pero eso no me molestaba. Le estaba dando a Charles la oportunidad de lucirse, de demostrar quién era, con qué clase de hombre había escogido pasar sola varios días.

Cogimos un puente que cruzaba el estanque más alejado y nos internamos en un túnel descendente. La siguiente cámara albergaba una hilera tras otra de tanques de acero inoxidable ondulado, brillante como un espejo, envueltas en serpentinas de tubos de cerámica anaranjada. El olor almizclado era abrumador. Estimulaba algo semejante a la memoria ancestral, y pensé en sótanos frescos y húmedos en cálidos días estivales, llenos de aromáticas cajas de madera con manzanas y patatas, suelos apisonados...

—Los viejos recipientes —dijo Charles—. Los llamaban cubas. El zumo de las uvas...

—Lo suponía —interrumpí—. En realidad, sé bastante de vinos. —Esto era forzar un poco la verdad.

—¿De veras? —preguntó Charles, genuinamente complacido—. Entonces quizá puedas explicarme algo más. Siempre me he preguntado por qué la bodega no funcionaba.

—¿Dónde obtenían las uvas? —pregunté, adoptando aires de experta.

—Cosechadas *in situ*. Cultivo en bateas, suspensión celular... se inoculaba, fermentaba donde crecía.

—Por eso fracasó —dije con petulancia—. El peor vino imaginable.

—Eso había oído al menos. Nunca lo había probado personalmente.

—Mis padres dicen que era bastante malo. Creo que una parte ha quedado almacenada aquí... abandonada.

—¿Desde hace cuánto?

—Por lo menos veinte años.

—Años terrestres.

—Exacto.

—Por mi parte, prefiero los años marcianos.

Charles se tomaba mis alardes bastante bien. No se irritaba, pero tampoco se rebajaba a adularme.

—¿Los buscamos?

—Sí —dijo Charles—. Recuerdo que los vi cuando era niño. Por aquí abajo.

Precedió la marcha. Lo seguí a pocos pasos y miré por una ventana de cristal el interior de una *cave*. Una negrura vacía. Aquel lugar me entristecía. Muchas veces los marcianos habían intentado hacer las cosas tal como se hacían en la Tierra, a medias inventando, a medias siguiendo una tradición antigua, y habían fracasado.

—Sabes cómo hacemos el vino ahora, ¿verdad? —le pregunté, alcanzándolo.

—Puro nano, todo artificial.

—Y algunos no son malos.

—¿Alguna vez has probado vino de la Tierra? —me preguntó Charles.

—Santo cielo, claro que no. Mi familia no es rica.

—Yo probé algunos hace unos años. Madeira. Le costó a un amigo cuatrocientos dólares del Triple.

—Qué hombre tan afortunado. El madeira envejecía en la sentina de los buques, y se enviaba por el cabo de Hornos.

Ahí terminaban mis conocimientos de vitivinicultura.

—Era bastante bueno, aunque un poco dulce.

Abrimos una delgada puerta de fibra de vidrio y entramos en una zona de almacenamiento detrás de la sala de las cubas. Oculto detrás de pilas de tela filtrante, había un tonel solitario en un rincón. Charles se acercó y miró la etiqueta.

—Cosecha del 2152 —dijo—. A. M. 43. Nunca se embotelló, y nunca se distribuyó. —Me miró con una cómica expresión de angustia—. Podría matarnos a ambos.

—Probemos —dije.

El lado del tapón estaba contra la pared. Charles llamó a un *arbeiter* de mantenimiento para que moviera el tonel. El *arbeiter* hizo su trabajo, y pudimos abrirlo. Charles fue a buscar vasos, dejándome a solas con mis pensamientos en aquella habitación fría y desierta.

Miré las paredes de roca cubiertas de espuma, y de pronto exclamé:

—¿Qué demonios estoy haciendo?

Estaba lejos de cualquier estación o ciudad, con un joven a quien conocía poco, metiéndome en lo que podía ser una situación comprometida, actuando sin la menor sensatez, contraviniendo todos mis planes previos para una ocasión así... probar y escoger a un candidato adecuado para una relación seria, un encuentro amoroso significativo.

Era obvio que no me conocía bien. Me gustaba Charles, ciertamente era agradable, pero no era...

Sean Dickinson.

Fruncí el ceño y me pellizqué el brazo en una suerte de castigo. *Si Sean Dickinson estuviera aquí, pensé, quizá ya estaríamos en la cama...* Pero me imaginé a Sean por la mañana, mirándome con reprobación, taciturno después de una noche de pasión. ¿Era eso lo que quería? ¿Una experiencia sexual con el ingrediente añadido de una ilusión romántica, con alguien con quien no pudiera tener futuro, y con quien por tanto no existían compromisos?

Mi rostro ardía.

Charles regresó con dos copas gruesas y yo fingí examinar el *arbeits* un instante, procurando dominarme.

—¿Algo va mal? —preguntó Charles.

Negué con la cabeza, sonriendo forzosamente.

—Sólo me da pena.

Acepté una de la copas.

Charles estiró el cuello entre los hombros tensos, sin duda más inseguro sobre mí que yo sobre él. Pero se armó de coraje, y con un gesto de abracadabra hizo girar el tapón y vertió un delgado chorro de líquido rojo en su copa.

—No sería cortés ofrecértelo primero —dijo, y alzó la copa—. A fin de cuentas, es el error de mi familia.

Olió la copa, la agitó, sonrió irónicamente, bebió un sorbo. Miré su rostro con curiosidad, preguntándome si sería muy malo.

Él demostró una auténtica sorpresa.

—¿Y bien? —pregunté.

—No está mal —dijo—. De ninguna manera. Se puede beber.

Me sirvió una copa. El vino era áspero, y se requería cierto esfuerzo para tragarlo, pero podía haber sido peor.

—Somos jóvenes —concluyó Charles—. Sobreviviremos. ¿Cogemos un par de litros, para acompañar la cena?

—Depende de lo que cenemos.

—Lo que hemos traído, y tal vez pueda rescatar algo de las reservas de emergencia.

—Tal vez yo pueda cocinar —dije.

—Eso sería sensacional.

Comimos en el comedor del jefe de estación, usando una vieja mesa de metal y sillas que nadie había movido de su sitio. El sistema de altavoces difundía suavemente música de hacía diez años, rápidos y rítmicos temas *kinjee* que habrían puesto románticos a mis padres, aunque en mí no surtían ningún efecto. Yo prefería más melodía y menos percusión.

No diré que el vino me liberó de mis preocupaciones, pero me calmó un poco, algo que agradecí. La comida era pasable —una pasta gris que tenía por lo menos cinco años, años *marcianos*— y afortunadamente se convirtió en algo digerible, aunque no precisamente en un manjar. Charles la alabó tanto que me abochornó. Tuve que morderme la lengua para no recordarle que la pasta hacía todo el trabajo. Él trataba de ser amable, de hacerme sentir bien. Mi ambigüedad era desconcertante para ambos.

El sistema de ventilación del viejo conejero crujía y gruñía mientras terminábamos de cenar. Fuera, nos informó la pantalla de la estación, la temperatura de superficie había descendido a ochenta grados centígrados bajo cero y el viento gemía a cien kilómetros por hora. Yo no temía por nuestra seguridad. Teníamos vituallas suficientes para un par de semanas. Si deseábamos partir, el tractor nos permitiría afrontar cualquier eventualidad salvo un temporal de gran magnitud, que los informes meteorológicos vía satélite no habían anunciado.

No corríamos peligro, nadie conocía nuestro paradero, el vino realzaba a un Charles cada vez más guapo, y sin embargo el cuello me dolía de la tensión.

—Mañana iremos a los llanos pelados de un viejo desfiladero fluvial de fusión —dijo Charles, alzando la copa y mirando el vino como si fuera de una cosecha especial. Cerró un ojo para apreciar el color, sorprendió mi expresión dubitativa y se echó a reír. Su risa pudo haber sido lo primero de lo cual me enamoré. Era espontánea y suave, irónica sin ser humilde, acompañada por un movimiento de los ojos y la barbilla.

—¿Qué son llanos pelados? —pregunté.

—Fracturas naturales en la piedra caliza. Una capa superior se separa de las inferiores, tal vez por vibración eólica, y la capa superior comienza a fragmentarse. Pronto (es decir, al cabo de cien millones de años) se forma escarcha en las fisuras, y la capa superior se erosiona reduciéndose a arena y polvo, los cuales salen volando y dejan la capa de debajo... pelada, como quien dice.

—¿De dónde viene la escarcha, tan al sur?

—El proceso de erosión cesó hace trescientos millones de años. Ya no quedaba agua suficiente. Un poco de CO₂ en invierno. Pero es por los fósiles. Esta zona es bastante buena.

—¿En qué sentido?

—Hay muchos caparazones. La mayoría del tamaño de un dedo, pero mi tío abuelo encontró una tortuga Arquímedes intacta de tres metros de longitud. Aquí mismo, mientras cavaba los túneles para esta estación.

—¿Qué es una tortuga Arquímedes? —Yo sabía algo sobre antigua biología marciana, lo suficiente para recordar la criatura más grande del período terciario de Tharsis, pero quería escuchar un poco más a Charles. Su voz era muy grata, y empezaba a gustarme el modo en que explicaba las cosas.

—Un enorme gusano articulado en forma de tornillo y con un espinazo afilado. Recorría el fango del fondo del mar triturando a los animales más pequeños, luego estiraba zarcillos estomacales para digerir los trozos y sorberlos.

Yo hice un delicado gesto de repugnancia. Charles apreció el efecto.

—Bastante nefasto si fueras, por ejemplo, una medusa de caparazón triple en época de celo —añadió, terminando la copa. La alzó hacia mí, preguntándome sin palabras si quería más.

—Pero no lo soy. ¿Entonces por qué parece tan espantoso?

—¿Más vino espantoso? —preguntó Charles.

—No soy una medusa de caparazón triple. ¿Por qué una tortuga Arquímedes parece tan espantosa?

—Falta de costumbre a la carne fresca.

—Yo nunca he comido carne. Se supone que agudiza tus impulsos... tus instintos.

Charles alzó nuevamente la copa hacia mí. Me pregunté si quería embriagarme. No sería un deseo muy caballeroso; una mujer boca arriba y embrutecida. ¿Eso le causaría satisfacción, o me querría entera, la mente además del cuerpo?

—No, gracias —dije—. Parece sangre.

—Sangre venosa —convino Charles, bajando la copa medio llena—. Yo también he bebido suficiente. No estoy acostumbrado.

—Creo que es hora de dormir —sugerí.

Charles miró la puerta. Yo me concentré en su sonrisa y nos imaginé a ambos sin mantas, sin ropa, en habitaciones cálidas, y sentí un calor que no se debía al vino. Quería alentarle, pero algo me inhibía.

Si él no lo intentaba ahora, podría perderme, y yo no tendría que decidir si debía aceptar. Me pregunté cuántas mujeres se habrían insinuado a Charles, y cuántas veces él habría aceptado sus insinuaciones. Sería espantoso que los dos fuéramos inexpertos.

—Mañana tenemos mucho que hacer —dijo Charles, desviando los ojos—. Me alegra que hayas decidido acompañarme. Es un verdadero impulso para mi ego.

—¿Porqué?

—Detestaría precipitar las cosas —dijo, tan suavemente que apenas le oí.

—¿Precipitar qué?

Llenó la copa de vino, frunció el ceño, sacó la lengua.

—No sé por qué he hecho esto. No quiero más. Eres muy tolerante. —Sus siguientes palabras llegaron a borbotones, acompañadas por ademanes acalorados, como en un debate—. Soy tímido y torpe y no sé qué hacer. Ni siquiera sé si quiero hacer algo, y en este momento lo que más deseo es hablar contigo, y averiguar por qué me atraes tanto. Pero creo que debería hacer otra cosa, tratar de besarte o... desde luego, eso no me disgustaría. —Me miró con desazón—. ¿Y a ti?

Yo había abrigado la esperanza de que en aquellas circunstancias me guiara alguien capaz de educarme.

—Hablar es agradable —respondí.

Charles se acercó con cierta precipitación, y nos besamos. Me apoyó la mano en el hombro, me abrazó sin apretarme y luego, apremiado por el instinto, se puso más insistente. Lo aparté suavemente, pero me incliné hacia delante y lo besé de nuevo para indicarle que no lo rechazaba. Se ruborizó y sus ojos se enturbiaron.

—No nos apresuremos —dije.

Dormimos en habitaciones separadas. A través de la pared, oí que Charles caminaba y mascullaba. Creo que no durmió mucho esa noche. Sorprendentemente, yo dormí bien.

A la mañana siguiente me vestí, fui a la cocina y encontré el arbeiter principal petrificado en medio de la habitación. Lo toqué tentativamente. Una débil voz grabada dijo:

—Ya no funciona. Necesito ser reparado o reemplazado.

Luego se apagó por completo.

Me preparé una taza de té y esperé a Charles. Llegó un par de minutos después, tratando de no parecer cansado, y le calenté una taza.

—¿Has dormido bien? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo dormí bien. Lamento haberte trastornado.

—Para mí eres algo más que una chica mona de Villa Jácara.

—Me alegro.

—Pero no sé qué esperas.

Le cogí la mano y dije:

—Pasaremos un día maravilloso recorriendo el paisaje y buscando fósiles. Hablaremos más y trataremos de conocernos. ¿No es suficiente?

—Es un comienzo —dijo Charles.

Desayunamos y nos pusimos los trajes.

—Los glaciares no erosionaron esto —dijo Charles, señalando la planicie con la mano enguantada. Ambos usábamos trajes de presión completos en el tractor, pero

llevábamos alzado el visor de los cascos. Los motores del tractor gemían mientras trepábamos por una protuberancia de aquella chata extensión—. Pasaron cien kilómetros al este y cincuenta al oeste. Dejaron un desfiladero a poca distancia, sin embargo. Tiene dos mil millones de años.

»Atravesaremos tres capas de vida al descender por el desfiladero. La capa superior tiene quinientos millones de años. Los glaciares llegaron cien millones de años después de su desaparición. La capa intermedia tiene dos mil millones de años. En el ecos de la Secundaria y Terciaria, anterior al escudo y Tharsis Uno. En el fondo, en los llanos pelados, está el depósito de silicatos.

—El Mar de Vidrio —dije. A todo marciano le regalaban un fósil del Mar de Vidrio en su infancia.

Charles rodeó un turbante de piedra caliza coronado de basalto. Fragmentos de basalto procedentes del cráter de un antiguo meteorito estaban esparcidos por la zona. Traté de imaginar el impacto del meteorito en un mar de escasa profundidad: escombros desparramándose por cientos de kilómetros y provocando una nube de lluvia lodosa y vapor, la devastación de una ecología ya frágil.

—Me deja sin aliento.

—¿Qué?

—El tiempo. Los siglos. Hacen que nuestras vidas parezcan insignificantes.

—Somos insignificantes —dijo Charles.

Sacudí la cabeza en una enérgica negación.

—No lo creo. El tiempo vacío no es muy... —Busqué la palabra adecuada. A mi mente acudieron *cálido, vivo, interesante*, pero estos términos parecían revelar mi perspectiva femenina, y la reacción refleja de Charles había sido decididamente masculina e intelectual—. Activo —concluí sin convicción—. No hay observadores.

—Aun así, estamos aquí sólo un instante, y los cambios que hacemos en el paisaje se borrarán al cabo de pocos milenios.

—No estoy de acuerdo —continué—. Creo que dejaremos una verdadera huella. Nosotros observamos, planificamos, somos organizadores...

—Algunos lo somos —rió Charles.

—No, hablo en serio. Podemos significar mucho. La flora y la fauna de Marte se extinguieron porque... —Todavía no podía expresar claramente lo que quería decir.

—No eran organizadores —sugirió Charles.

—Exacto.

—Espera y verás —dijo Charles. Tirité.

—No quiero que me convenzan de que soy insignificante.

—Deja que la tierra hable —dijo Charles.

Nunca me había sentido muy cómoda con las grandes ideas. La astrofísica, la areología y demás parecían cavernosas y sombrías en comparación con la brillante

brevidad de la historia humana. En mis estudios me concentraba en los entresijos de la política y la cultura, de la interacción humana. Charles prefería los vastos territorios de un futuro sin humanidad.

—Interpretamos lo que vemos para acomodarlo a nuestra perspectiva mental — dije pomposamente.

Por un instante, su expresión —boca fruncida, ojos entornados, un leve cabeceo — hizo que me arrepintiera de mis palabras. Si yo jugaba con él como con un pez en el sedal, fue como si se hubiera roto el sedal, y de repente me sentí muy insegura. No parecía adecuado que apoyara mi guante en su gruesa manga.

—Aún quiero ir a verlo —dije.

Charles soltó la palanca. El tractor se detuvo con una sacudida. Charles se volvió hacia mí.

—¿Te irrito? —preguntó.

—No. ¿Por qué?

—Tengo la sensación de que me pones a prueba. De que me examinas para ver si soy adecuado.

Me mordí el labio y miré mi regazo, tratando de aparentar contrición.

—Estoy nerviosa —dije.

—Bien, también yo. Tal vez deberíamos relajarnos un poco.

—Yo sólo expresaba una opinión —respondí, perdiendo la paciencia—. Me disculpo por mi torpeza. Nunca había estado aquí. No te conozco muy bien. No sé qué...

Charles alzó las manos.

—Olvidémonos de todo. Olvidémonos de todo lo que se interpone entre nosotros, y tratemos sólo de ser dos amigos en una excursión. Yo me relajaré si tú lo haces, ¿de acuerdo?

Su arrebató de furia me llevó peligrosamente cerca del llanto. Miré por la ventanilla pero mis ojos turbios no vieron nada.

—¿De acuerdo? —insistió.

—No sé cómo ser diferente. No sirvo para fingir.

—Yo tampoco, y no me gusta intentarlo. Si no soy la persona indicada para ti, olvidémoslo y simplemente disfrutemos del paseo.

—No sé qué te ha puesto tan furioso.

—Yo tampoco. Lo lamento.

Movió la palanca y avanzamos en silencio varios minutos.

—A veces sueño —dijo—. Sueño que soy un marciano nativo, capaz de estar desnudo Arriba y sentirlo todo. Capaz de retroceder en el tiempo hasta la época en que Marte estaba vivo.

—De ojos redondos, esbeltos, pardos y bronceados. «Eran oscuros, y de ojos

dorados».

—Exacto —dijo Charles—. Vivimos en tres Martes, ¿verdad? El Marte que inventaron en la Tierra hace siglos. El Marte de los LitVids. Y esto.

La tensión había disminuido. Sufrí un repentino cambio de ánimo. De nuevo sentí ganas de llorar, pero esta vez de alivio.

—Eres muy tolerante —dije.

—Ambos somos difíciles —dijo Charles. Se inclinó para tocar mi casco con el suyo. Nuestros labios no podían acercarse más, así que nos conformamos con eso.

—Muéstrame tu Marte —le dije.

El desfiladero se extendía a lo largo de treinta kilómetros, trazando una línea tortuosa en los llantos. En los peñascos de ambos lados habían tallado un sendero, más barato que un puente, que arruinaba la belleza natural pero permitía que los tractores bajaran al fondo del desfiladero.

—Aquí la areología es obvia —dijo Charles—. Primero viene el Mar de Vidrio, luego Tharsis Uno con profundos sedimentos oceánicos acumulados durante mil millones de años, piedra caliza... luego láminas de hielo y riscos... luego los fuertes vientos del final de la última glaciación.

Descendimos al desfiladero por la cuesta apisonada. Las paredes de ambos lados estaban cubiertas por arenas de hematita rica en hierro y oscuros estratos de tierra comprimida.

—Viento y hielo —dije.

—Así es. Blandarena, raudarena, grumo, pegamento, serrín... hay una gruesa capa de arcilla cromada del norte.

Charles señaló una franja verdosa que tenía al menos un metro de profundidad. Bordeó un desprendimiento reciente, se internó en un espacio donde apenas cabíamos y llegamos hasta veinte metros por debajo de los llanos. Nuestras orugas empujaban la blandarena hacia los costados, dejando al descubierto grados más pálidos de serrín y tierra gruesa.

—Tenemos tantas palabras para la arena y el polvo como los inuit para la nieve —dijo Charles.

—Era una prueba escolar —comenté—. «Recordar todas las clases de polvo y arena y enumerarlas por orden alfabético». Sólo recuerdo veinte.

—Hemos llegado —dijo Charles, soltando la palanca. El tractor disminuyó la velocidad y se detuvo con un gemido. Fuera de la cabina, silencio. El fuerte viento de la noche anterior había amainado y era apenas un murmullo en el aire quieto. Un cielo despejado y negro como el azabache se extendía de una pared a otra. Bien podríamos haber estado en la Luna de la Tierra, salvo por el color del desfiladero y el ondulante lecho rojo y amarillo de aquel antiguo río.

Charles disfrutaba del silencio. Su rostro tenía un aspecto de relajada

concentración.

—Hay un equipo de obtención de muestras en el baúl. Excavaremos una hora y regresaremos al tractor. —Titubeó, pensando en algo—. Luego iremos a casa. Es decir, a la estación.

Revisamos escrupulosamente nuestro equipo, nos reaprovisionamos de aire en los tanques del tractor, redujimos la presión de la cabina y salimos con una bocanada de cristales de hielo. Los cristales cayeron como piedras al suelo del desfiladero.

—Recuerdo esto —dijo Charles por la radio del traje—. No ha cambiado. Los dibujos de la arena son diferentes, y ha habido algunos deslizamientos, pero me resulta muy familiar. Tenía un yacimiento de mis fósiles favoritos a cien metros de aquí. Mi padre me lo mostró.

Charles escogió las herramientas que yo debía llevar, cogió mi mano enguantada y nos alejamos del tractor. Vi dos capas de sedimentación claramente perfiladas en un tramo de pared que no se había desmoronado: un metro de pardo y gris sobre varios metros de piedra caliza amarilla, y debajo de eso medio metro de grises y negros.

Ahora caminábamos por los llanos pelados, cubiertos de arena y piedras calizas más antiguas. Debajo estaba el fondo del Mar de Vidrio. Contuve el aliento en una especie de hipo al comprender cuánto me afectaba esto: el viejo Marte, cuando era un planeta viviente... había vivido sólo mil quinientos millones de años.

Todavía se discutía dónde había surgido primero la vida. Los marcianos reclamaban la primacía, y los terráqueos se la disputaban. Pero la Tierra había sido un mundo más violento y enérgico, más cercano al Sol, bombardeado por una radiación más destructiva. Marte, más alejado de su joven estrella, se había enfriado más pronto y había condensado sus nubes de vapor en mares doscientos cincuenta millones de años antes.

Yo creía —como la mayoría de los marcianos leales— que aquí era donde la vida había aparecido por primera vez en el sistema solar. Mis pies se apoyaban en la delgada capa de blandarena que cubría el cementerio de esas primeras criaturas vivientes.

—Aquí —dijo Charles, dirigiéndose hacia la rosada sombra de una precaria prominencia. Miré hacia arriba, preocupada por esa prominencia, y Charles vio mi expresión mientras se agachaba para sacar el martillo—. No temas. Ya estaba aquí cuando yo era niño. ¿Puedes alumbrarme?

Trabajamos a la luz de la linterna. Charles arrancó una densa y resquebrajada losa de piedra caliza. Le ayudé a apartar la losa, veinte o treinta kilos de roca, a un costado. Charles me alcanzó el martillo.

—Tu turno —dijo—. Debajo de esta capa. A un centímetro de profundidad.

Golpeé con creciente fuerza, hasta que la capa se partió y pude apartar los fragmentos, despejando un espacio de dos palmos de anchura. Charles sostenía la

linterna.

Atisbando a través de dos mil millones de años marcianos, vi el tesoro del pasado, comprimido como una delgada capa de pintura, opalescente contra los oscuros estratos de aquellos océanos silíceos.

Redondas, cúbicas, piramidales, alargadas, todas las formas imaginables, rodeadas por magníficos filtros ligeros como plumas, largos tallos que terminaban en raíces esbeltas y nudosas: las antiguas criaturas del Mar de Vidrio parecían ilustraciones de un viejo libro, chispeantes arco iris de difracción al moverse la linterna. Las imaginé meciéndose en la sopa oceánica, escogiendo y comiéndose a sus primos más pequeños.

—A veces abandonaban los tallos y flotaban libremente —dijo Charles. Yo lo sabía, pero no me molestaba que me lo explicara—. Las mayores colonias tenían un kilómetro de anchura, balsas abarrotadas que alzaban abanicos rojos desde debajo del agua para absorber la luz del sol...

Estiré la mano enguantada para tocarlas. Estaban adheridas con firmeza a su lecho de muerte; eran resistentes a pesar de los milenios.

—Son espléndidas —dije.

—Los primeros ejemplos de un bauplán cogenotípico de Foster —comentó Charles—. Estos especímenes son bastante comunes. No hay diferenciación. Todos siguen un mismo programa genético, generando varios centenares de formas. En realidad es una sola criatura. Algunos piensan que Marte nunca tuvo más de nueve o diez especies viviendo simultáneamente. En realidad no podemos llamarlas especies. Se trata *de phyla* cogenotípicos. No es de extrañar que este tipo de biología diera lugar a los quistes madre.

Suspiró, se puso de pie.

—Tomaré una decisión muy importante. Confiaré en ti.

Lo miré intrigada.

—Me gustaría mostrarte algo, si te interesa. A poca distancia, unos doscientos metros. Mil quinientos millones de años más arriba. En años terráqueos. Primero y último.

—Suena misterioso —dije—. ¿Ocultas un depósito de madres?

Sacudió la cabeza.

—Figura en un registro privado, y sólo está permitido el acceso a estudiosos. Mi padre me llevó una vez. Me hizo jurar que guardaría el secreto.

—Tal vez sea mejor que lo dejemos —dije, temiendo inducir a Charles a violar confidencias familiares.

—Está bien. Mi padre lo habría aprobado.

—¿Habría?

—Murió en el *Jefferson*.

—Oh.

La nave interplanetaria de pasajeros *Jefferson* había sufrido una avería cuando giraba en torno a la Luna, cinco años marcianos antes. Habían muerto setenta personas.

Charles había llegado a una conclusión en nombre de su difunto padre. Yo no podía negarme. Me puse de pie y recogí mis herramientas.

El desfiladero serpenteaba hacia el sur casi cien metros antes de virar hacia el oeste. En el recodo, descansamos un rato; Charles se puso a raspar una capa de arcilla dura.

—Tenemos una hora más —dijo—. Necesitamos quince minutos para llegar adonde vamos, y eso significa que sólo podemos pasar allí diez minutos.

—Será suficiente —dije, e inmediatamente me habría dado de patadas.

—Yo podría pasar un año allí, y no sería suficiente —dijo Charles.

Ascendimos cuarenta o cincuenta metros por un declive suave y de pronto llegamos a una fisura profunda. La fisura cortaba el desfiladero en diagonal; milenios de viento habían limado los bordes.

—La planicie es frágil —dijo Charles—. Seísmos, impactos de meteoritos... algo la sacudió, y se resquebrajó. Esto tiene seiscientos millones de años.

—Es magnífica.

Charles señaló un sendero angosto que nacía en el fondo del desfiladero, al otro lado de la fisura.

—Es estable —dijo—. Pero no resbales en la grava.

Vacilé antes de seguir a Charles. El reborde era irregular, desigual, y no tenía más de medio metro de anchura. Imaginé un resbalón, una caída, una rasgadura del traje.

Charles me miró por encima del hombro, ya en medio del reborde.

—Vamos —dijo—. No es peligroso si andas con cuidado.

—No soy escaladora —le respondí—. Soy un conejo.

—Es fácil. Créeme, vale la pena.

Avancé paso a paso con sumo cuidado, mascullando. Nos internamos en la grieta. De pronto dejé de ver a Charles. Tampoco le oía por radio. Habíamos perdido contacto visual y él estaba fuera de la cobertura del satélite repetidor. Lo llamé por su nombre varias veces, aferrándome a la pared, presa del pánico y la exasperación.

Miraba por encima de mi hombro izquierdo, trepando a mi derecha cuando mi mano cayó en el vacío. Me detuve con un gemido, tratando de mantener el equilibrio en el reborde, estirando el brazo, y sentí que una mano enguantada me cogía el brazo.

Al volverme vi a Charles junto a mí.

—Lo siento —dijo—. He olvidado que no podríamos hablar con la roca de por medio. Estás bien. Sólo avanza...

Estábamos en la boca de una caverna. Abracé a Charles con fuerza, sin decir nada

hasta que se calmaron los latidos de mi corazón.

La caverna se internaba en la pared de la fisura, terminando en una negra oscuridad. El techo se elevaba a cinco o seis metros de nuestras cabezas. La otra pared de la fisura reflejaba el sol del atardecer y permitía que nos viéramos claramente. Charles me dio la linterna.

—Es el último aliento —dijo.

—¿Qué?

Yo todavía no las tenía todas conmigo.

—Hemos ido de alfa a omega.

Puse mala cara ante esa actitud misteriosa, pero él no me miraba.

Poco a poco comprendí que la caverna no era areológica. Las paredes lisas reflejaban la luz con un brillo verde aceitoso. Filamentos transparentes como telarañas y duros como la roca se extendían por el interior y relampagueaban bajo el trémulo haz de la linterna. Fragmentos de filamento cubrían el suelo como cuchillos mágicos. Me quedé quieta en el silencio, asimilando lo obvio: el túnel había formado parte de algo viviente.

—Es un puente acueducto —dijo Charles—. El ecos Omega y Madre.

No era una caverna, sino parte de una colosal tubería, un fragmento fósil de las más grandes y últimas criaturas vivientes de Marte. Yo nunca había oído hablar de un puente acueducto que hubiera sobrevivido intacto.

—Este tramo creció dentro de la fisura hace quinientos millones de años. El *loess* y la blandarena llenaron la rama porque iba en sentido contrario a los vientos predominantes. El acueducto se llenó de pegamento y raudarena, pero ello no le impidió bombear agua hacia el sur. Cuando el ecos falló y el agua se detuvo, esta parte murió junto con las demás tuberías, pero estaba protegida. Ven.

Charles me condujo más adentro. Avanzamos en medio de los soportes internos de aquella vasta tubería orgánica. El agua que había circulado por el acueducto había alimentado miles de millones de hectáreas de tierras verdes y rojas, un sistema de irrigación natural más grande que cualquier obra que hubieran construido los humanos.

Éstos habían sido los verdaderos canales de Marte, pero habían muerto mucho antes de que los vieran Schiaparelli o Percival Lowell.

Sentí un nudo en la garganta.

—Es hermoso —dije mientras nos internábamos—. ¿Es seguro?

—Ha estado aquí quinientos millones de años —dijo Charles—. Las paredes son de sílice casi puro, construidas en capas de medio metro de grosor. No creo que se derrumbe ahora.

Una luz fantasmal flotaba más adelante. Charles se detuvo para permitirme avanzar por una retícula de filamentos gruesos, negros y verdosos, luego extendió el

brazo invitándome a pasar. Mi aliento sonaba áspero dentro del casco.

—Es más fácil más adelante. Suelo arenoso y cómodo.

El tubo desembocó en una cámara turbia. Por un instante no tuve una noción clara de su tamaño, pero en lo alto asomaba el cielo negro por un orificio y vi estrellas. El fulgor que se difundía por la cámara provenía de un retazo de dorada luz solar que se deslizaba despacio por el ondeante suelo de arena.

—Es un tanque de almacenamiento —dijo Charles—. Y una estación de bombeo. Muy parecida a Très Haut Médoc.

—Es inmenso —dije.

—Tiene unos cincuenta metros de diámetro. No es completamente esférica. Ese agujero se formó probablemente hace varios siglos.

—Siglos terráqueos.

—Exacto —dijo Charles con una sonrisa.

Miré las concéntricas ondas de arena, imaginando el soplido de los vientos que atravesaban el orificio del techo. Moví el polvo y la blandarena con la bota. Aquello era algo más que una confidencia. Charles me había concedido un auténtico privilegio, del cual muy pocos gozaban.

—No puedo creerlo.

—¿Qué? —preguntó Charles con gran expectativa, complacido consigo mismo.

Me encogí de hombros, incapaz de explicarme.

—Supongo que con el tiempo lo enseñaremos por LitVid, incluso lo abriremos al turismo —dijo—. Mi padre quería mantenerlo en la familia durante una década, pero creo que mis tíos del VM Klein no estaban de acuerdo. Lo han mantenido cerrado todos estos años en homenaje a su memoria, sospecho, pero creen que ya es bastante, y deben tener en cuenta el tratado de divulgación de recursos.

—¿Por qué quería mantenerlo cerrado?

—Quería traer a los niños de Klein para darles una lección de historia. Exclusiva. Infundirles el sentido del tiempo profundo.

Charles caminó hacia la mancha de luz y se detuvo allí, cruzando los brazos. Su traje y su casco irradiaban un resplandor blanco y dorado contra las sombras azuladas. Se le veía maravillosamente arrogante, a sus anchas con la eternidad.

Ese sentido del tiempo profundo que el padre de Charles había codiciado para los hijos del VM se adueñó de mí y me produjo una brillante y chispeante conmoción que no se parecía a nada que yo hubiera experimentado. Mis ojos se adaptaron a la oscuridad. Delicadas tracerías cubrían las paredes vidriosas de la burbuja enterrada. Recordé el paleopaisaje de la habitación de Sean en el hospital. Las catedrales naturales de Marte. Todas derruidas, excepto aquélla.

Traté de imaginar la calma olímpica de un planeta donde una estructura tan inmensa, semejante a una pompa de jabón, podía permanecer intacta cientos de

millones de años.

—¿Se lo has enseñado a alguien más? —pregunté.

—No —dijo Charles.

—¿Soy la primera?

—Eres la primera.

—¿Por qué?

—Porque he pensado que te fascinaría.

—Charles, no tengo la experiencia ni la... conciencia necesaria para valorar esto.

—Yo creo que sí.

—Debe haber cientos de personas.

—Me has pedido que te mostrara mi Marte —dijo Charles—. Nadie me lo había pedido antes.

Sólo pude sacudir la cabeza. No estaba preparada para comprender semejante obsequio, y mucho menos para valorarlo, pero Charles me lo había dado con la más dulce de las intenciones, y no tenía sentido resistirse.

—Gracias —dije—. Me dejas abrumada.

—Te amo —dijo él, moviendo la cabeza. Su rostro estaba en sombras. Yo sólo veía el brillo de sus ojos.

—No puedes —respondí, negando con la cabeza.

—Mira esto —dijo Charles, alzando los brazos como un sacerdote bajo la cúpula de una catedral. Le temblaba la voz—. Obro por instinto. No tenemos mucho tiempo para tomar decisiones importantes. Somos luciérnagas, un fulgor breve y efímero. Digo que te amo y lo digo en serio.

—No me das tiempo para decidirme —exclamé.

Callamos un instante.

—Tienes razón —dijo Charles.

Suspiré, conteniendo un torrente de emociones, aferrándome las manos para que no temblaran.

—Charles, no me esperaba esto. Necesito espacio para respirar.

—Lo lamento —dijo él con un hilo de voz—. Ahora debemos regresar.

Yo no quería regresar. Recordaría toda mi vida aquel episodio romántico y esa escena con la cual había soñado secretamente, aunque nunca había imaginado tanto; el ámbito y las vehementes y apasionadas declaraciones que yo había anhelado desde que había vislumbrado esas ideas. Me desconcertaba que me causaran tantos conflictos.

Charles me estaba dando todo lo que tenía.

Mientras volvíamos al tractor, faltando diez minutos para que empezáramos a utilizar las reservas, Charles se arrodilló y cortó un cuadrado en el lecho del Mar de Vidrio. Me lo entregó.

—Sé que ya tendrás algún fragmento. Pero éste es mío.

Sólo Charles, pensé, puede darme flores de piedra. Guardé el fragmento de roca en mi saco. Subimos al tractor, lo presurizamos y nos limpiamos el polvo de los trajes con una manguera.

Charles parecía de mal humor cuando cogió la palanca y puso el tractor en marcha. Doblamos y salimos del desfiladero en doloroso silencio.

Tomé una decisión. Charles era fervoroso y vehemente. Sus emociones eran intensas. Habíamos vivido muchas cosas juntos, y había demostrado que era valiente, de fiar y sensato. Estaba loco por mí.

Sería una tontería no corresponder a sus sentimientos. Yo ya me había convencido de que mi parquedad obedecía a la cobardía y la inexperiencia. En aquel momento estaba ruborizado, y se negaba a mirarme.

—Gracias, Charles —dije—. Guardaré esto como un tesoro.

Él asintió con la cabeza, concentrándose en eludir un pedregal.

—En un lugar especial de mi corazón —añadí—. Yo también te amo, de veras.

Su expresión se suavizó, y noté cuán asustado había estado. Me eché a reír y le tendí los brazos.

—Somos tan raros —dije.

Él también rió, con lágrimas en los ojos. Quedé impresionada por mi poder para complacerlo.

Esa noche, mientras la temperatura externa bajaba a ochenta bajo cero, los revestimientos de las paredes y los túneles de los conejares crujían y gruñían, nosotros juntamos nuestras camas en el dormitorio del jefe de estación. Charles y yo nos besamos, nos desvestimos e hicimos el amor.

Ni siquiera hoy sé si fui su primera mujer. No me importaba entonces, y desde luego no me importa ahora. No parecía inexperto, pero Charles tenía la capacidad de aprender rápidamente, y supo excitarme y complacerme, y yo estaba segura de que lo que sentía era amor. Tenía que serlo. Era agradable, era mutuo... y me daba mucho placer.

Me deleité en su excitación, y después hablamos con una facilidad y franqueza que antes habría sido imposible.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté, apoyada en su brazo. Me sentía segura.

—¿Cuando crezca, quieres decir? —Sí.

Sacudió la cabeza y frunció el ceño. Tenía unas cejas gruesas y expresivas y unas largas pestañas.

—Quiero comprender —dijo.

—¿Comprender qué? —pregunté, alisándole el sedoso y negro vello del antebrazo.

—Todo.

—¿Crees que es posible? —Sí.

—¿Cómo sería? Comprenderlo todo. Supongo que te refieres a cómo funcionan las cosas. La física.

—También me gustaría saber eso —dijo. Pensé que bromeaba, pero al alzar los ojos vi que hablaba muy en serio—. ¿Y tú? —preguntó, pestañeando y tiritando levemente.

Fruncí el ceño.

—Dios mío, hace años que trato de averiguarlo. Me interesa mucho la gestión... la política, sería la palabra que usarían en la Tierra. Marte anda flojo en ese aspecto.

—Presidenta de Marte —dijo Charles solemnemente—. Votaré por ti.

Le pegué suavemente en el brazo.

—Estatista —dije.

Mientras aguardaba el sueño, pensé que esa parte de mi vida tenía un rumbo claro. Por primera vez dormía como adulta con alguien y no sentía la mordedura interior de la soledad adolescente, sino una sensación de pertenencia, la calidez del deseo satisfecho con un amigo entrañable.

Tenía un amante. No podía entender por qué sentía tanta confusión y me asaltaban tantas dudas.

Al día siguiente hicimos el amor de nuevo, y luego, paseando por los túneles con cuencos de sopa para desayunar, ayudé a Charles a inspeccionar la estación. Cada varios años, una estación activa —estuviera abandonada o no— debía ser inspeccionada por humanos y las observaciones debían presentarse ante la Junta de Hábitats de los VM. Todas las estaciones habitables figuraban en mapas, y debían estar preparadas para casos de emergencia. Tres Haut Médoc necesitaba arbeiteres y nuevas provisiones. Los nanos de emergencia médica se habían estropeado. Tal vez las bombas requiriesen una modificación para paliar un desgaste estructural profundo que no se podía autorreparar.

Al concluir el diagnóstico de las bombas principales, todavía deslumbrada por la excursión del día anterior y mi experiencia del tiempo profundo, le pregunté a Charles qué le intrigaba más en el universo.

—Es un problema de gestión —dijo con una sonrisa.

—En efecto —respondí molesta—. Desciende a mi nivel.

—No lo he dicho por paternalismo. ¿Cómo sabe todo dónde está y qué es? ¿Cómo habla todo con todo lo demás, y qué o a quién escucha?

—Es estremecedor.

—Mucho —convino Charles.

—Crees que el universo es un cerebro gigante.

—En absoluto —dijo Charles, anotando un diagnóstico en su pizarra. Se sujetó la pizarra al cinturón—. Pero es más extraño de lo que nadie ha imaginado. Es una

especie de sistema informático... información hablando consigo misma. Eso parece claro. Pero quiero saber cómo habla consigo misma y cómo podemos escuchar... y tal vez sumarnos a la conversación. Decirle qué hacer.

—Así que crees que podemos persuadir al universo de que cambie.

—Sí —concedió Charles.

—¿Es posible? —pregunté.

—Apostaría mi vida a que sí. Al menos apostaría mi futuro. ¿Alguna vez te has preguntado por qué estamos atascados en la actual situación?

Los críticos culturales e incluso los pensantes eminentes del Triple habían especulado sobre la falta de progresos importantes en las últimas décadas. Existían progresos —en la Tierra, la escalada de la revolución del flujo de datos— que habían generado cambios superficiales, refinamientos extremos, pero no se había producido un cambio en profundidad durante casi un siglo. Algunos decían que si un ciudadano de la Tierra del 2071 hubiese podido trasladarse al 2171 lo habría reconocido todo. Y esto ocurría después de siglos de cambios extraordinarios.

—Si tuviéramos acceso al Continuo de Bell, los canales prohibidos donde el universo realiza sus cálculos... —Charles sonrió tímidamente—. Romperíamos con el *status quo*. Sería la mayor revolución de todos los tiempos, mucho mayor que la nanotecnología. ¿Miras dibujos animados?

—¿Qué es eso?

—Animaciones del siglo veinte. Dibujos de Disney, Bugs Bunny, el Correcaminos, Tom y Jerry.

—He visto algunas.

—Yo las miraba mucho cuando era niño. Eran baratas, estaban al alcance de todos, y me fascinaban. Todavía me fascinan. Las miraba y procuraba entender cómo funcionaría un universo como el suyo. Incluso hice algunos cálculos matemáticos. Una realidad deformada por la observación... nadie se cae hasta enterarse de que ha cruzado el borde del precipicio. Regeneración instantánea de cuerpos dañados, sin consecuencias, flujos continuos de energía, tiempo limitado, efectos inconsecuentes a partir de causas similares. Eran tonterías, pero me hacían pensar.

—¿Así funciona nuestro universo? —pregunté.

—Tal vez más de lo que creemos. Me fascina la idea de otras realidades, otras maneras de hacer las cosas. Nada está establecido, nada es sagrado, nada está determinado metafísicamente... todo depende del proceso y la evolución. Eso es perfecto. Significa que, mientras podamos comprender, podemos relajarnos y olvidarnos de nuestros prejuicios.

Cuando terminamos la inspección, no teníamos más excusas para quedarnos, y faltaban pocas horas para devolver el tractor en Villa Jácara.

Charles parecía desanimado.

—No quiero regresar. Este lugar es ideal para estar a solas.

—No exactamente ideal —dije, rodeándole la cintura con el brazo. Caminamos abrazados por el túnel desde la bomba hasta la *cuvée*.

—Nadie nos molesta, hay cosas que ver y lugares adonde ir.

—Siempre está el vino —añadí.

Charles me miró como si yo fuera la persona más importante del mundo.

—Será desagradable ir a casa y no verte durante una temporada.

Yo no había pensado mucho en ello.

—Se supone que ahora somos adultos responsables.

—Me siento muy responsable —dijo Charles. Nos detuvimos frente a la compuerta de la *cuvée*—. Quiero ser tu pareja.

Me desconcertaba la rapidez con que avanzaban las cosas.

—¿Legalmente?

—Firmaría un contrato.

Ése era el término marciano, pero de algún modo parecía menos romántico (y en consecuencia menos peligroso) que decir «Cásate conmigo». Charles notó mi temblor y me estrechó con fuerza, como temiendo que yo echara a correr.

—Todo va muy deprisa —dije.

—El tiempo —declaró Charles con solemne gravedad. Sonrió—. No tengo la paciencia de las rocas. Y tú eres increíble. Eres lo que necesito.

Le apoyé las manos en los hombros y lo mantuve a distancia, estudiando su semblante con el corazón palpitante.

—Me asustas, Charles Franklin. No está bien asustar a la gente.

Él se disculpó, pero no me soltó.

—No espero una respuesta inmediata —dijo—. Sólo te digo que mis intenciones son honorables. —Pronunció la palabra intentando despojarla de su aburrida formalidad, pero no lo consiguió. *Honorable* era algo que podía interesar a mi padre, tal vez a mi madre, pero yo no sabía si me interesaba a mí.

De nuevo la confusión, las contradicciones internas aflorando a la superficie. Pero no les permitiría arruinar lo que teníamos. Le toqué los labios con el dedo.

—Paciencia —dije, con el mayor afecto posible—. Seamos de roca o no. Este paso es importante para las simples personas.

—Tienes razón. Soy un poco insistente.

—Si no hubieras sido un poco insistente —respondí—, no habría sabido que eras tan buen amante.

Dormité mientras volvíamos a Villa Jácara. El tractor encontró el camino de regreso como un caballo fiel. Charles me dio un golpe con el codo dos horas antes de la llegada y me desperté con una disculpa. No quería que se sintiera abandonado. Miré hacia atrás para ver la polvareda y luego me volví hacia Charles.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—Por ser insistente. —Iba a decirle «Por hacer de mí una mujer», pero tal vez lo hubiera considerado una broma y no quería que pensara que me tomaba a la ligera lo que había sucedido.

—Soy bueno en eso.

—Eres bueno en muchas cosas.

Le había prometido a mi familia que pasaría un tiempo en Ylla, mi estación natal, antes de regresar a la universidad. Me quedaba una semana para eso, pero tenía que ir a Durrey para tomar un tren que fuera al norte. Charles se quedaría en Villa Jácara unos días más.

Aparcamos el tractor en el garaje y nos besamos apasionadamente, luego caminamos hacia la estación de Villa Jácara, prometiendo que nos reuniríamos en cuanto se reiniciarán las clases.

Cuando regresé a Durrey, Diane Johara —de nuevo mi compañera de cuarto— me abrió la puerta y me sonrió con evidente expectación.

—¿Cómo estuvo? —preguntó.

—¿Quién?

—Charles Franklin.

Yo le había dicho que iría de excursión Arriba pero no le había dado ningún detalle.

—¿Has estado husmeando? —pregunté.

—Nada de eso. Mientras estaba en la granja de mi familia, nuestra habitación recibió mensajes. Uno de ellos es de un tal Charles, desde la estación de Villa Jácara. ¿Dónde está tu pizarra?

Hice una mueca, recordando que me había olvidado la pizarra en el tractor.

Quizá Charles hubiera llamado por eso.

—La he perdido en alguna parte —dije.

Diane enarcó las cejas.

—Miré la lista cuando regresamos. El mismo Charles que soportamos en la UMS, supongo.

—Fuimos a buscar fósiles.

—¿Tres días?

—Tienes una nariz muy larga, Diane.

Ella me siguió a mi zona separada por una cortina. Yo bajé la litera plegable y arrojé mi maletín sobre las mantas.

—Parecía muy agradable —dijo Diane.

—¿Quieres los detalles sórdidos? —pregunté con exasperación.

Diane se encogió de hombros.

—La confesión es buena para el alma.

—Te habrás aburrido mucho en la granja.

—La granja es siempre aburrida. Sólo hermanos y primos casados. Pero es magnífica para nadar. Deberías venir conmigo alguna vez. Tal vez conozcas a alguien que te agrade. Serías buena para nuestra familia, Casseia.

—¿Qué te hace pensar que transferiría mi contrato?

—Tenemos mucho que ofrecer —dijo sonriente.

—Eres un fastidio, Diane.

Deshice el equipaje de prisa y lo metí todo en los cajones. La perspectiva de estar sola el resto de las vacaciones no era agradable.

—¿Hay varones interesantes en tu familia? —preguntó Diane—. Yo transferiría el contrato... por alguien como Charles.

Unos meses antes, yo le habría sacado la lengua o le habría arrojado una almohada, pero ya no parecía un gesto digno. Yo tenía un amante —*era* una amante— y eso exigía aún más madurez que el episodio de la UMS.

—De acuerdo. Fui con Charles a una estación familiar —admití—. Es un hombre agradable.

—Qué bonito —dijo Diane soñadoramente—. Me alegro por ti, Casseia.

Yo enrollé mi saco.

—¿Puedo escuchar mis mensajes en privado?

—Ahora puedes —dijo Diane.

El mensaje de Charles me hizo martillar el corazón. Todavía era insistente.

Una hora después de llegar a Villa Jácara, Charles había grabado: «Te has dejado la pizarra en mi maleta. Te la enviaré a tu estación natal. Sólo quiero asegurarme de que entiendas que hablo en serio. Te amo y creo que nunca encontraré a otra mujer como tú. Sé que necesitas tiempo. Pero sé que podemos compartir nuestros sueños. Ya te echo de menos».

La experiencia lo había impresionado más que a mí. Me senté en el borde de la litera, muerta de miedo.

Esa noche permanecí despierta, recordando a Charles. Todo había sido desconcertante y maravilloso, pero sabía que era demasiado joven para casarme. Algunos establecían un vínculo legal a mi edad, los que habían decidido su futuro desde el inicio de sus estudios, los que sabían qué querían y cómo conseguirlo.

Si le decía a Charles que no deseaba casarme ahora, él sonreiría y diría: «Tienes todo el tiempo que necesites». Pero no era la respuesta que yo quería oír. Necesitaba madurar, aprender a armonizar la vida interior con la exterior. ¿Y si Charles no era adecuado para mí? ¿Por qué conformarme con algo que no fuese lo mejor?

Sacudí la cabeza con amargura, sintiéndome egoísta e incluso desleal. Charles me lo había dado todo. ¿Cómo podía rechazarlo?

¿Cómo podía abrigar aquellos pensamientos y decir que lo amaba?

Envié un mensaje escrito, pues no confiaba en mi voz: *El tiempo que pasamos en Très Haut Médoc fue maravilloso. Lo recordaré siempre. No puedo hablar de vínculo legal porque estoy menos segura de mí misma que tú. Quiero verte cuanto antes. Necesitamos reunirnos con nuestros amigos y hacer muchas cosas antes de pensar en un vínculo permanente, ¿no crees?*

Firmé con un *Cariñosamente, Casseia Majumdar*. Había firmado así cartas para parientes lejanos. No un *Te amo*, una declaración inequívoca, sino un simple *Cariñosamente*. Sería doloroso para Charles. Para mí era doloroso escribirlo y no cambiarlo...

Pero lo envié así. En la habitación dejé un mensaje de despedida para Diane, quien permanecería en Durrey para estudiar a solas.

Luego tomé el tren a Solis Norte. Apoyé la cabeza en el cristal doble y miré el Marte nocturno. Fobos flotaba como un reflector opaco sobre las sombrías colinas del oeste de Durrey.

Tengo miedo, me dije. Nunca más podré ser lo que era. Nunca podré ser para otra persona lo que fui para Charles. Algo ha terminado y tengo miedo.

Atravesé Claritas Fossae para regresar a Jiddah Planum e Ylla, al seno de mi familia; saludé a mis padres y mi hermano con afecto, tratando de demostrar aplomo, que todo iba bien, que era la misma de siempre. *Pero ahora soy una amante, padre. Madre, he estado con un hombre, y ha sido maravilloso... él ha sido maravilloso, y creo que estoy enamorada, pero todo va muy deprisa, y ojalá pudiera hablar con vosotros, hablar de veras...*

Charles tardó tres días en responder.

Tal vez había sondeado las honduras de mi carácter y había llegado a la conclusión de que había cometido un grave error. Tal vez había detectado mi inmadurez e insinceridad y había decidido tomarme como una aventura de Villa Jácara, a pesar de todo.

Mi pizarra llegó por arbeiter postal, pero yo ya había pedido otra, pues no quería que mi habitación grabara todos mis mensajes. No podía concentrarme en planear el siguiente curso. Estaba hecha un manojo de nervios.

Odiaba el suspense y la incertidumbre. Había creído que dominaba la situación y había perdido ese dominio y ahora era mi turno de ser el pez en el extremo del sedal. La irritación se convirtió en obtusa tristeza. Pero no lo llamé.

Al cabo de tres días, cuando me desvestía para acostarme en una cama muy solitaria, Charles hizo una llamada directa.

Me puse una bata y recibí la llamada en mi habitación. Su nítida imagen apareció sobre mi cama. Tenía cara de cansancio, voz de estar agotado, y estaba muy demacrado.

—Lamento no haberme comunicado contigo antes —dijo—. Ojalá pudiéramos hablar personalmente. Esto ha sido una pesadilla.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Han cancelado todos los contratos de nuestro VM con la Tierra. He tenido que volar al valle McAuliff para una reunión familiar. Ahora estoy allí. Dios, lo lamento, habrás creído...

—Estoy bien —dije—. No he oído nada en las redes.

—Todavía no se ha hecho público. No se lo digas a nadie, Casseia. Creo que nos expulsaron porque nuestra sede lunar está iniciando importantes operaciones proquinales en Lagrange. A la Tierra no le gusta. En realidad a la GAEO, la Gran Alianza Este-Oeste, pero bien podría ser toda la Tierra.

La GAEO —la unión económica de Asia, Norteamérica, India y Paquistán, las Filipinas y parte del archipiélago Malayo— había causado problemas a varios VM, entre ellos al Majumdar.

—¿Tan grave es?

—No podemos mandar mercancías a la Tierra, y no podemos intercambiar datos con los signatarios de la GAEO.

—¿En qué os afecta eso? —pregunté.

—Sufriremos pérdidas de todo tipo durante los próximos cinco años terráqueos. He perdido mi beca. Yo esperaba ingresar en la Facultad de Física TransMarte para mis estudios de quinto. Si Klein no puede apoyarme, no podré ganar mi parte, y ni siquiera pasaré a quinto.

—Maldita sea —dije—. Sé cuánto significa...

—Cambia todas mis expectativas, Casseia. Lo que habías dicho acerca de tomarse tiempo para recapacitar... —Le temblaba la voz, y procuró dominarse—. Casseia, no puedo casarme. No tengo la menor posibilidad de obtener una beca.

—No pasa nada.

—Me siento como un idiota. Todo iba tan bien que pensaba...

—Ya. —Sentía pena por él.

—Lo lamento.

—No lo lamentos.

—Te quiero mucho.

—Sí —dije.

—Quiero verte. En cuanto esté libre... debemos tomar algunas decisiones familiares, llegar a un consenso sobre la dirección del VM, responder y todo eso...

—Es grave. Entiendo.

—Quiero que nos reunamos. En Durrey, cuando regresemos, o en Ylla, donde sea. No te presiono... sólo quiero verte.

—Yo también quiero verte.

Volvió a declarar que me amaba, y nos despedimos de mala gana. Su imagen se disolvió, yo suspiré y me serví agua.

Charles estaba en apuros, y eso me liberaba de su presión; me sentía aliviada pero culpable. Tenía que hablar con alguien, pronto, pero con mi madre y mi padre no...

Llamé a Diane.

Ella respondió con el vid apagado, luego lo conectó. Llevaba una raída bata azul que guardaba desde la infancia.

Se había embadurnado el cabello con Vivid, un tratamiento de barro de color al cual era adicta y que rodaba despacio por su cabellera.

—Lo sé, lo sé, estoy fea —dijo—. ¿Qué ha sucedido?

Le expliqué la situación de Charles. Le conté que él me había pedido que nos casáramos y que ahora no podíamos, que me sentía muy confundida.

Ella silbó y se sentó en la litera.

—Ese tío anda a la velocidad de la luz, ¿verdad? —comentó, entornando los ojos. Hablar por remoto no era lo mismo que estar en la misma habitación, especialmente en esas circunstancias, pero la actitud de Diane acertaba las distancias—. Le habrás dicho que se calmara un poco.

—No creo que pueda. Parece muy enamorado.

—Maravilloso, a menos que sea un farsante. ¿Cómo te sientes?

—Es tan vehemente, tan dulce, que me siento culpable por no dejarme llevar.

—Bien, es tu primer hombre, lo cual es conmovedor. Pero no le has contado a tía Diane cómo te sientes. ¿Lo amas?

—Temo lastimarlo.

—Ah. Quiero decir... Vaya.

—Hablas como una persona *experimentada* —dije empecinadamente, enredando los dedos.

—Ojalá lo fuera. Casseia, deja de caminar y tranquilízate. Me estás mareando.

Me senté.

—Fuiste con él a Tres Haut Médoc. Él no sólo quería revolcarse contigo. Habrás visto algo especial en él. ¿Lo amas?

—Sí.

—Pero no quieres un vínculo legal.

—No tan pronto.

—¿Nunca?

Sacudí la cabeza, sin responder que sí ni que no.

—No me digas que soy una tonta por no aceptar, porque él es atractivo y amable. Eso ya lo sé.

—De ninguna manera, Casseia. Aunque siento un poco de envidia. Es listo, y supongo que fue buen amante...

—*Muy bueno.*

—Y está dispuesto a esperar. Pues espera.

Apreté los labios y la miré.

—¿Y si decido no casarme? ¿Sería justo? Él habría perdido el tiempo conmigo...

—Cielos, Casseia. Espero que ningún terrícola sofisticado oiga esto nunca. ¡Los marcianos somos tan pomposos! El amor nunca es un desperdicio. ¿Quieres plantarlo ahora y probar con otro?

—¡No! —dije con furia.

—Oye, es una opción. Nadie te está obligando a nada. No lo olvides.

Hablar con ella sólo me deprimía aún más.

—Me siento fatal —dije—. Será mejor que corte.

—De ningún modo. ¿Por qué reaccionas así?

—Porque si lo amo, debería sentirme de otra manera. Debería sentirme integrada, no dividida. Debería sentirme feliz de dar.

—Tienes diez años, Casseia. El amor joven nunca es perfecto.

—Él usa años terráqueos —me lamenté.

—¡Ah, un defecto! ¿Qué otros defectos tiene?

—Es muy listo. No entiendo nada de su trabajo.

—Inscríbete en un curso. No te querrá para ayudante de laboratorio ni como *fraulein arbeiter*, ¿verdad?

—Cuando estoy lejos de él, no sé qué sentir.

Diane frunció el rostro con disgusto.

—De acuerdo, andamos en círculos. ¿Quién aguarda en un túnel lateral?

—Nadie —dije.

—Tú sabes cómo reaccionan los hombres ante ti. Eres atractiva. Charles no es el único semental apuesto de Marte. Puedes tranquilizarte un poco. ¿Qué sabes de él? Sabes que su familia no es rica, su VM tiene problemas con la Tierra, él quiere ser físico y comprenderlo todo. Es atractivo, es amable, tiene experiencia en el Arriba... cielos, Casseia, te daré un puñetazo si lo plantas sin más.

Sacudí la cabeza.

—Tengo que cortar, Diane.

—Lamento no poder ayudarte.

—Está bien.

—¿Lo amas, Casseia? —preguntó de nuevo, con mirada penetrante.

—¡No! —Traté de desconectar el vid, fallé.

—No cortes ahora, amiga —dijo Diane—. ¿No lo amas en absoluto?

—No puedo. Ahora no. No puedo amarlo al cien por cien.

—¿Estás segura?

Asentí.

—¿Podrías llegar a amarlo, algún día?

La miré inexpresivamente.

—Es muy persuasivo —dije.

—¿Cien por cien?

—Tal vez no. No, no creo.

—Entonces sé amable. Dile sin rodeos lo que sientes ahora.

—Lo haré.

Ella miró a un lado un instante, sacó su pizarra.

—Ya me conoces —dijo—. Siempre curioseando. Bien, aquí tengo algo interesante, si quieres saberlo.

—¿Qué? —pregunté.

—Charles puede ser experto en el Arriba y buen amante, pero tiene sus planes, Casseia. ¿Has mirado los antecedentes de tu amigo?

—No.

—Yo siempre procuro saber todo lo posible sobre mis amigos varones. Los hombres pueden ser muy tortuosos.

Me pregunté con qué me saldría ahora, y tensé los hombros: que era un estadista, que había sido espía de Caroline Connor cuando estábamos en la cúpula.

—Esto no dice nada contra él, pero nuestro buen Charles quiere ser físico de veras, Casseia. Ha solicitado ser sujeto para investigación de expansiones.

—¿Y? Es lo profesional. Hasta Majumdar lo acepta.

—Sí. Y en la Tierra todos lo hacen. Pero Charles ha solicitado una conexión con un pensante de Lógica Cuántica.

Callé un instante.

—¿Dónde te has enterado?

—Archivos abiertos, solicitudes de investigación de orientación médica, la UMS. Presentó la solicitud el verano pasado, antes de la rebelión.

Sentí un vahído.

—Santo cielo —dije.

—Oye, no sabemos mucho sobre esas conexiones.

—Nadie puede siquiera hablar con un pensante LC.

—No quería amargarte, Casseia, pero he creído que te gustaría saberlo.

—Vaya.

—¿Cuándo regresarás?

Murmuré una respuesta y corté el vid. Mi cabeza parecía llena de espuma. No sabía si enfurecerme o llorar.

En Marte habíamos escapado del furor de expansiones, transformaciones y nanomorfismos que eran comunes en la Tierra. Estábamos habituados a expansiones menores, correcciones genéticas y terapia para trastornos mentales graves, pero la

mayoría de los marcianos evitaban los extremos. Algunos tratamientos no estaban disponibles fuera de la Tierra, otros no concordaban con nuestro temperamento pragmático. Creo que el consenso cultural era que Marte dejaría que la Tierra y la Luna probaran los tratamientos, y postergaría la revolución una o dos décadas mientras verificaba los resultados.

Si lo que Diane decía era cierto —y yo no tenía motivos para ponerlo en duda— Charles parecía dispuesto a tomar la delantera.

Lo que había sido indecisión juvenil ahora se convertía en pánico. ¿Cómo podía entablar una relación normal con Charles si él pasaría gran parte de su vida mental escuchando las divagaciones de la Lógica Cuántica? ¿Y ante todo, por qué quería hacerlo?

La respuesta era obvia: para ser mejor físico. La Lógica Cuántica describía el funcionamiento del universo en un nivel profundo. La lógica humana —y la lógica matemática neural de la mayoría de los pensantes— funcionaba mejor en la resbaladiza superficie de la realidad.

Yo había aprendido lo que sabía sobre estos temas en cursos universitarios y LitVids de masas, donde los héroes dotados de expansiones mentales y físicas dominaban la programación juvenil terrícola. Pero en realidad entendía muy poco de Lógica Cuántica y pensantes LC.

Una última pregunta me acució el resto del día, durante la cena con mis padres y mi hermano, durante la hora social del VM y el baile del atardecer, y durante una noche de insomnio: *¿Por qué Charles no me lo ha contado?*

A fin de cuentas, no me lo había dado todo.

A la mañana siguiente, mi madre y yo planeamos mi educación para los próximos años. Yo no estaba de humor, pero había que hacerlo. Mi padre y Stan habían ido a una conferencia interVM sobre control de activos fuera de Marte; nuestra rama de la familia había servido tradicionalmente al VM Majumdar encargándose de los asuntos financieros en el ámbito del Triple, y Stan estaba siguiendo ese camino. Yo aún me interesaba en gestión y teoría política, y aún más después de pasar varios meses apartada de esos cursos. El episodio de la UMS y lo que había sucedido con Charles habían reafirmado mi resolución.

Mi madre era una mujer paciente, tal vez demasiado paciente, pero yo agradecía contar ahora con su comprensión. Ella nunca había aprobado los procesos políticos; mi abuela había abandonado la Luna en son de protesta cuando modificaron la Constitución; y su hija había conservado ese terco individualismo propio de los selenitas.

Mi madre y yo sabíamos lo que debía a la familia: dentro de un año yo sería útil para el VM, o bien me casaría, obtendría una transferencia y sería útil para otro VM. Los estudios políticos no parecían de utilidad para nadie en aquellos tiempos.

Aun así, si yo quería estudiar Teoría del Estado y Gestión a gran escala, ella aceptaría, aunque no sin manifestar una cortés protesta.

Eso le llevó cinco minutos, y yo la escuché estólidamente. Comentó las dificultades de la política en economías centradas en los VM; me dijo que las aportaciones mejores y más duraderas podían hacerse dentro del propio VM, o como representante del VM ante el Consejo, y que aun eso era más un trabajo que un privilegio.

Ella expuso su perspectiva, una mesurada pero vehemente versión del grito lunar de mi abuela («¡Basta de política!»), y yo repliqué:

—Es lo único que me interesa, madre. Alguien tiene que estudiar el proceso. Los VM tienen que interactuar entre sí y con el Triple. Es una cuestión de sensatez.

Ella ladeó la cabeza y me ofreció una muestra de lo que mi padre llamaba su aire enigmático, que yo había visto muchas veces y jamás había podido describir. Ahora, al cabo de décadas de reflexión, puedo describirlo como una expresión afectuosa, dolorosa, expectante, pero eso tampoco le hace justicia. Esta vez quizá quisiera decir: «Sí, y es la tercera profesión más vieja del mundo, pero no quiero que mi hija la estudie».

—No piensas cambiar de parecer, ¿verdad?

—No creo.

—Entonces hagámoslo bien.

Nos sentamos en el comedor, examinando las posibilidades que parpadeaban en elegantes imágenes y textos, símbolos y folletos de diversos programas de estudio que competían por nuestra atención. Mi madre suspiró y sacudió la cabeza.

—Nada de esto es muy atractivo. Todo es de nivel elemental.

—Algunos parecen interesantes.

—Dices que te tomas esto en serio.

—Sí.

—Entonces la teoría política marciana no será suficiente. Son meros montículos frente a las cumbres terrícolas.

—Pero los cursos terrícolas son costosos...

—Y tal vez tendenciosos, con preferencia por la historia y las prácticas de la Tierra, Dios nos libre. Pero son los mejores para lo que te interesa.

—No quiero pedir algo que nadie más ha obtenido en la familia.

—¿Por qué no? —preguntó ella con una sonrisa, disfrutando de la posibilidad de parecer perversa.

—No me parece correcto.

—En nuestra rama de Majumdar nadie se ha interesado en gestión y gobierno. Finanzas, economía, pero nunca política del sistema.

—Soy un fenómeno —dije.

Ella meneó la cabeza.

—Pero es indudable que eres hija mía. Lo solicitaré si lo quieres de veras.

—Madre, no podríamos costear más de un año...

—No estoy hablando de autocursos. Si apuntas a las estrellas, escoge las brillantes. Lo menos que debes solicitar es una beca y ser aprendiz de Majumdar.

Yo ni siquiera había soñado con semejante cosa.

—¿Y de quién sería aprendiz?

Ella torció la cara.

—¿Quién sabe más sobre política en nuestra familia, sobre todo política de la Tierra? Tu tío tercero.

—¿Bithras?

—Si tu padre y los pedagogos del VM lo aprueban. Yo no puedo conseguirlo por mi cuenta; en ese nivel todavía soy una especie de extraña. No sé si tu padre podrá mover tantas influencias y reclamar tantos favores. Sólo hemos visto a Bithras tres veces desde que naciste, y él nunca te ha visto a ti.

—¿Qué puedo estudiar?

—Asuntos interVM, y desde luego asuntos del Triple. Asistirás a las reuniones del Consejo, supongo, y estudiarás la Carta Orgánica y los libros legales de negocios.

—Sería perfecto —murmuré.

—Es casi como estudiar un gobierno real. Solemos descuidar esa clase de gestión en el ámbito de las estaciones, algo que agradezco.

—Pero aun así necesitaría autocursos terrícolas para completar mi programa.

Ella sonrió con picardía.

—Desde luego. —Me tocó la nariz con el dedo—. Pero no los pagaríamos nosotros. Todos los costes educativos de los aprendices se cargan al presupuesto familiar superior.

—Has estado pensando en esto a mis espaldas —la acusé.

—He soportado tus excentricidades —dijo ella, alzando la barbilla y estirando el cuello— porque tratamos de alentar el pensamiento independiente en nuestros jóvenes. Deseamos que experimenten. Pero con franqueza nunca pensé que una hija mía elegiría la política...

—Gestión y gobierno —corregí.

—... como estudio —concluyó ella—. Me fastidia, por cierto, pero también me intriga. Al cabo de unos años de estudiar el Consejo, ¿qué podrás enseñarme a mí cuando discutamos?

—Nunca discutimos —dije, abrazándola.

—Jamás —declaró—. Pero tu padre cree que sí.

La solté y retrocedí. Una vez resuelto este problema, necesitaba resolver otro.

—Madre, me gustaría invitar a alguien a visitar Ylla. Alguien de Durrey. Necesita

vacaciones... ha recibido pésimas noticias...

—Charles Franklin de Klein —dijo mi madre.

Yo nunca lo había mencionado.

Ella sonrió y de nuevo adoptó su expresión enigmática.

—Su madre llamó para ver si eras digna de su hijo.

Debí mostrar mi conmoción.

—¿Cómo se atreve? —Y para mis adentros me pregunté: *¿Y cómo se atrevió él a hablar de mí con sus padres?*

—Su único hijo es muy importante para ella.

—¡Pero somos adultos!

—Me pareció simpática y no hizo preguntas indiscretas. Cree que Charles es un joven maravilloso, y por lo que me ha contado no estoy en desacuerdo. Supongo que tú lo consideras maravilloso. ¿Lo es?

Resoplé, tratando de expresar mi indignación. Ella me apoyó un dedo en los labios.

—Es tradicional que te saquemos de quicio —dijo—. Tómalo como una venganza por la época en que tenías dos años. Charles es bienvenido.

Marte albergaba cuatro millones de ciudadanos y medio millón de aspirantes a ciudadanos, una población ligeramente inferior a la de Estados Unidos en 1800.

Algunos aspirantes eran eloi que emigraban de la Tierra para comenzar de nuevo en Marte, donde el «diez al cubo» —un período de vida de por lo menos mil años terrícolas— no sólo era aceptado, sino ignorado. La Tierra prohibía los períodos vitales artificiales que superaban los doscientos años, y así obligaba a los eloi a emigrar a otras partes o a invertir su tratamiento. Marte aceptaba una suculenta remuneración de la Tierra por recibir a los eloi, aunque de esto no se haría demasiada publicidad.

Algunos inmigrantes eran simples pioneros que abandonaban la Tierra o la Luna en busca de una existencia más simple y rudimentaria. Marte debió defraudarlos. Hacía tiempo que habíamos dejado atrás la época del aislamiento con espuma y los angostos túneles entre cúpulas.

Me reuní con Charles en la estación Kowloon, a diez kilómetros de nuestros conejares de Ylla. Mientras un arbeiter entregaba a Charles su maleta, localicé a Sean Dickinson en la ventanilla de un tren. Aun con menos de cinco millones de seres humanos (y tal vez trescientos pensantes legalmente reconocidos) diseminados por una superficie igual a la terrícola, Marte era indudablemente acogedor. Uno siempre se topaba con gente conocida, dondequiera que fuese. Sean y yo nos saludamos con un cabeceo. Abracé a Charles con entusiasmo. Sean nos miró impassible mientras el tren salía de la estación.

—Estoy increíblemente contento de verte —dijo Charles.

Le apreté la mano con afecto.

—Ése era Sean —dije—. ¿Lo has visto?

—He viajado con él —dijo Charles—. Parece más jovial que la última vez que nos vimos. Me dijo que se disculpaba por sus estúpidas acusaciones contra ti. Se dirige al sur. No le he preguntado adonde.

—Mejor así —dije agitadamente—. Bienvenido a Jiddah Planum. Contables, analistas de inversiones, pequeñas empresas de ingeniería. Ningún fósil digno de mención, ni siquiera del Mar de Vidrio.

—Tú estás aquí, y eso me basta —dijo Charles. Cruzamos los corredores que conducían al vestíbulo y reservamos billetes para el regreso. Ylla se internaba en las inmediaciones septentrionales de Jiddah Planum. Trenes más pequeños y lentos iban de Kowloon a Jiddah e Ylla, e incluso hasta estaciones más pequeñas del este.

Charles parecía más delgado. Nos habíamos separado hacía poco más de una semana, pero sus rasgos y su ánimo habían cambiado drásticamente. Me estrechó cuando abordamos el tren, y se desplomó en el asiento con un suspiro.

—Dios, es agradable verte —dijo—. Cuéntame, qué has hecho.

—Te lo he contado en mis cartas.

—Cuéntamelo en persona. Me molestaba sólo recibir cartas.

—Las cartas requieren mucho esfuerzo.

—Cuéntame.

Le dije que solicitaría ser aprendiz de Majumdar. Él lo aprobó sin reservas.

—Valiente y noble Casseia —dijo—. Derecho a la cima, a despecho de la tradición.

—Sólo de mi padre. Mi madre es bastante neutral en cuestiones políticas.

—Ninguno de nosotros permanecerá neutral por mucho tiempo —dijo Charles—. Klein ha sufrido perjuicios, y otros lo seguirán.

—¿Por culpa de la Tierra? ¿De la Alianza?

Charles se encogió de hombros y miró por la ventanilla las opacas praderas ocreas y los anchos valles y grietas llamadas *fossae*.

—Somos una amenaza. Nadie entiende en qué sentido, pero es obvio que nos están presionando. La semana próxima acudiremos al Consejo para pedir solidaridad y ayuda.

—¿Ayuda? —pregunté incrédulamente. Los VM marcianos rara vez pedían ayuda. Había que conceder mucho a los VM rivales para obtener garantías interfamiliares.

—Estamos en un gran aprieto, como te dije. Espero que Majumdar no tenga que pasar por todo esto.

—¿Qué haréis si lográis que el Consejo pida solidaridad? Ese es el paso que precede a la solicitud de acción conjunta de todos los VM...

Me hizo callar con un gesto.

—No uses esa palabra, *conjunta*.

Sonrió, pero la sonrisa no era convincente.

—¿Cómo conseguiste tiempo para venir aquí?

—Cumplí con mi parte en la fase de planificación. Tengo tres días antes de regresar.

—El próximo período de Durrey comienza dentro de cuatro días.

—Tendré que perdérmelo.

—¿Abandonas tus estudios?

—Período sabático por emergencia familiar. Estaré a disposición hasta que pase la crisis.

—Eso podría retrasarte un año...

—Un año marciano —dijo Charles, palmeándome el brazo—. Lo lograré. Tengo la mala suerte de pertenecer a un VM vulnerable. Si te dedicas a la gestión de alto nivel, tal vez podamos transferir tu contrato...

De pronto no me hizo gracia. Aparté el rostro, sin poder disimular mi irritación, y Charles quedó consternado.

—Lo lamento —dijo—. No he querido faltarte al respeto. Realmente quería venir aquí y persuadirte de... y tú dijiste... lo sé, Casseia. Lo lamento.

—Olvídalo. —Él desconocía la causa de mi enfado, aún no podía comprenderlo—. Tenemos mucho de qué hablar, Charles.

—Cuánta seriedad —dijo. Cerró los ojos y se apoyó en la cabecera—. ¿Entonces no habrá vacaciones?

—Claro que sí —repliqué. Y no mentía del todo.

Charles llegó en medio de una inusitada ausencia de gente. La mayoría de mis parientes consanguíneos y políticos, que normalmente recorrían Ylla y nuestros conejares como un grupo de gatos amigables, había ido a otras partes, desperdigándose por Marte para realizar ciertas tareas o ir de vacaciones. Disfrutaríamos de unos momentos de rara intimidad, y ni Charles ni yo tendríamos que aguantar las miradas impertinentes de chiquillos curiosos, las preguntas descorteses de mis tías, las insinuaciones de mis primos mayores. Hasta mi hermano se había ido. La estación Ylla estaría desierta y tranquila, algo que yo agradecía.

Ylla ocupaba sesenta hectáreas de una pradera despojada carente de interés salvo por las bolsas de agua y las lentes de hielo sólido. Los agrimensores habían proyectado una cadena de estaciones a lo largo de la bolsa Athene en la primera década de la expansión de Marte, hacía treinta años; se habían construido tres de las seis proyectadas, Ylla la primera. Originalmente se llamaba Dónde Está Ylla.

La falta de marcianos inteligentes había defraudado a pocos. Los colonos marcianos que aterrizaban en su nuevo hogar y aceptaban un puesto en una estación

pronto se convirtieron en gente curtida y práctica; mantener una estación y sobrevivir en esas décadas ya era tarea bastante difícil sin tener que habérselas con nativos revoltosos. Aun así, yo había jugado a Ylla cuando era niña, y mi hermano había jugado al defensivo señor Ttt con su pistola de abejas doradas, acechando a astronautas humanos.

Nerviosamente le hablé de esto a Charles mientras el pequeño tren atravesaba las grietas y se internaba en la planicie, esforzándome por aparentar tranquilidad cuando en realidad sentía abatimiento. Le había pedido a Charles que fuera a Ylla para hacerle una pregunta que ahora juzgaba grosera e innecesaria; grosera, porque él habría mencionado su deseo de insertarse en una expansión si hubiera querido; innecesaria, porque estaba decidida a terminar nuestra breve relación. Pero no podía decírselo en el tren.

Y no pude decírselo durante la cena. Mis padres no repararon en gastos para esa comida, celebrando la primera vez que yo llevaba a un joven a nuestra estación.

Mi padre demostró especial interés por Charles, y le hizo muchas preguntas sobre los embargos terrícolas sobre Klein. Charles respondió cortésmente y sin reservas; no tenía sentido tratar de ocultarle cosas a alguien que ocupaba un puesto tan encumbrado.

Mis padres en general evitaban la comida nano, prefiriendo productos de huerto y sintéticos. Comimos patatas, pastel de queso sintético y ensalada de frutas y, de postre, la torta de queso sintético de mi padre con té caliente. Después de la cena nos sentamos en nuestra sala de los recuerdos, pequeña y exiguamente decorada, como la de la mayoría de las viejas estaciones de Marte, con su inevitable caja de sombras vivientes de la Tierra, su pecera autorrecicladora, sus pequeños y antiguos proyectores de LitVid.

Yo amaba a mis padres, y lo que ellos sintieran era importante para mí, pero su inmediato y natural afecto por Charles era perturbador. Se llevaban muy bien. Él y mi padre hablaban con entusiasmo sobre la posibilidad de dificultades económicas en el futuro, como viejos amigos.

Inevitablemente, mi padre le preguntó qué pensaba hacer.

—Muchas cosas —respondió Charles—. Soy demasiado ambicioso por ser marciano.

Mi madre le ofreció más té.

—No vemos razones para que los marcianos no sean ambiciosos —dijo, frunciendo los labios como en un leve reproche.

—Es poco práctico hacer lo que yo quiero hacer, aquí y en esta época —dijo Charles. Sacudió la cabeza y sonrió tímidamente—. No soy muy práctico.

—¿Por qué? —preguntó mi padre.

Ha venido desde tan lejos para estar conmigo, pensé, y se pasa el tiempo

hablando con mis padres... acerca de lo que hará en física.

—Marte todavía no tiene las herramientas de investigación necesarias, y tal vez no las tenga en décadas —dijo Charles—. En el planeta hay sólo dos pensantes dedicados a la física, y unos cuantos ordenadores adecuados en universidades con largas listas de espera. Soy demasiado joven para entrar en esas listas. Mi trabajo es demasiado primitivo. Pero... —Calló, alzó las manos, enfatizando sus palabras con un gesto espasmódico—. El trabajo que ansío realizar necesitaría todos los recursos de la Tierra.

—¿Entonces por qué no ir a la Tierra? —preguntó mi padre.

—¿Por qué no? —intervine—. Sería una experiencia maravillosa.

—De ningún modo —dijo Charles—. Mis notas no son perfectas, mis evaluaciones psicológicas no son prometedoras, y para trabajar en la Tierra un marciano debe aprobar exámenes difíciles. Tenemos que ser diez veces mejores que un terrícola.

Mi padre olió a un joven con ambiciones pero sin el ímpetu suficiente.

—Tienes que hacer lo que sea necesario —dijo de mal humor.

Al instante me puse de parte de Charles, diciendo abruptamente:

—Charles sabe qué hacer. Sabe más que la mayoría de los terrícolas.

Mi padre enarcó las cejas ante mi vehemente defensa. Charles me cogió la mano afectuosamente.

—Han aprobado a estudiantes menos capaces que tú —dijo mi padre—. Sólo tienes que saber cómo manejar a la gente.

—Pues no sé manejar a la gente —dijo Charles—. Sólo sé tratarla con franqueza.

Me miró como si ese rasgo pudiera resultarme admirable, y yo sonreí, aunque no lo consideraba admirable sino cándido. La preocupación se disipó de su rostro, reemplazada por la adoración. Incluso bizqueó un poco, como un cachorro. Yo desvié los ojos, pues no quería surtir ese efecto en él. Quería estar lejos de mis padres, a solas con Charles, expresarle mi afecto pero decirle que no era el momento indicado. Me sentía mal, y un poco inquieta.

—Casseia no vacilaría en ir a la Tierra si se presentara la oportunidad —dijo mi madre—. ¿No es verdad? —Me sonrió con orgullo.

Yo miré la pecera, cerrada hacía décadas en la Tierra; mi padre la había cuidado afectuosamente y se la había regalado a mi madre el día de su boda.

—Nadie me lo ha ofrecido —dije.

—Pero eres capaz —dijo Charles—. Puedes superar los obstáculos. Tienes buen trato con la gente.

—Es exactamente lo que pensamos —dijo mi padre, sonriendo con orgullo—. Sólo necesita más confianza en sí misma. Respaldo de otras personas, además del de sus padres.

Mi padre me llevó aparte mientras mi madre conversaba con Charles.

—No eres feliz, Casseia —dijo—. Yo lo veo, tu madre lo ve. Charles también debe verlo. ¿Por qué?

Sacudí la cabeza.

—Esto no anda bien —dije—. Él os agrada.

—¿Por qué no?

—Yo lo invité aquí para hablar con él. Y no puedo estar a solas con él para conversar.

Mi padre sonrió.

—Podréis estar a solas después.

—No es por eso que me siento desgraciada. Tú lo estás examinando como si fuera a casarme con él.

Mi padre entornó un ojo y me examinó como un agrimensor examinando una veta en la roca.

—Hasta ahora cuenta con mi aprobación.

—Es un amigo y está aquí para conversar. No estoy pidiendo tu aprobación.

—¿Te estamos abochornando?

—Sólo deseo hablar con él de ciertas cosas importantes, y esto se está prolongando demasiado.

—Lo lamento —dijo mi padre—. Procuraré abreviar mi examen.

Regresamos a la sala de los recuerdos. Poco a poco, mi padre sacó a mi madre de la conversación y sugirió que inspeccionáramos el huerto. Cuando se fueron, Charles se recostó con satisfacción, bien alimentado y relajado.

—Son buena gente —dijo—. Veo de dónde vienes.

Cualquier cosa que hubiera dicho me habría irritado. Esto me irritó más.

—Tengo mi propia personalidad —dije.

Él alzó las manos y suspiró.

—Casseia, quieres contarme algo. Cuéntamelo ahora. Me estás confundiendo.

—¿Por qué no me contaste que has solicitado una conexión?

Charles frunció el ceño.

—¿Qué dices?

—Has solicitado una conexión con un pensante LC.

—Claro —dijo, sin inmutarse—. Al igual que una tercera parte de mi cuarto año de física.

—Sé lo que es un pensante LC, Charles. He oído decir lo que puede hacer a las personas.

—No las transforma en monstruos.

—No les hace ningún bien como seres humanos.

—¿Ése es el problema entre nosotros?

—No.

—Pero algo anda mal.

—¿Qué vida llevaría una persona...? —Me estaba metiendo en un berenjenal y no sabía cómo salir.

—¿Casada con un LC? —Al parecer, Charles lo consideraba gracioso—. Era un antojo, Casseia. Se ha hablado de ello en la Tierra. Algunos físicos importantes piensan que podría ayudar a descifrar problemas conceptuales difíciles. Sería provisional.

—Pero no me lo contaste.

Él trató de eludir el problema.

—Ahora nunca tendrá la oportunidad —dijo.

—Pero no me lo contaste.

—¿Eso es lo que te molesta?

—No me tuviste suficiente confianza para contármelo. —No podía creer que nos atascáramos donde no debíamos, y todo para eludir unas palabras que yo sabía que serían dolorosas, palabras que no tenía motivos claros para decir.

Estaba frente a Charles y una parte de mí —una parte enérgica y sustancial— quería disculparse, llevarlo al huerto y volver a hacer el amor con él. Pero no me lo permitiría. Había tomado mi decisión y la llevaría a cabo, por doloroso que fuera para ambos.

—Aún debo crecer mucho —dije.

—También yo. Nosotros...

—Pero no juntos.

Quedó boquiabierto, entornó los ojos. Agachó la cabeza, cerró la boca.

—De acuerdo —dijo.

—Ambos somos demasiado jóvenes. He disfrutado del tiempo que hemos pasado juntos.

—¿Me has invitado a conocer a tus padres antes de decirme esto? No es justo. Les has hecho perder tiempo.

—Les agradas tanto como a mí. Quería hablarte en un ámbito familiar, porque esto no me resulta fácil de decir. Te amo.

—Ajá. —Se negaba a mirarme de frente. Miraba las paredes como buscando una escapatoria—. Querías que te hablara de planes futuros que tal vez nunca se concretarán, para enfadarte por algo... probablemente imposible. Y estás decepcionada.

—No. —Erguí la barbilla, insistiendo a pesar de la confusión, y comprendiendo sólo ahora mi reacción—. Te lo digo sin rodeos. Más tarde, tal vez, cuando hayamos logrado algo, cuando nuestras mentes se hayan asentado, cuando sepamos qué deseamos hacer...

—Yo lo he sabido desde que era niño —dijo Charles.

—Entonces deberías haber escogido a alguien más parecido a ti. No sé qué haré, ni adonde me llevará.

Charles cabeceó.

—He insistido demasiado —dijo.

—Demonios, termina con eso. Hablas como un...

—¿Qué?

—Olvídalo.

Lo miré con ternura, tratando de demostrarle la sinceridad de mi afecto por mi modo de estudiar su apuesto rostro.

—No eres feliz, ¿verdad? —preguntó.

—No podemos crecer en un par de meses.

Charles alzó las manos.

—Quiero estar contigo, hacer el amor contigo, llegar a ti... mirarte cuando duermes. —Esa imagen me resultó temible: calidez conyugal. No era lo que creía necesitar. La juventud es una época para la aventura, para los cambios, no para comprometerse con una persona y seguir un rumbo fijo—. Podrías enseñarme mucho sobre política y el modo en que las personas trabajan juntas. Lo necesito. Me enfrasco tanto en mis abstracciones que me pierdo. Tú podrías equilibrarme.

—No sé si alguna vez estaré preparada para eso —respondí—. Sería mejor que siguiéramos como amigos.

—Siempre debemos ser amigos.

—Sólo amigos, por ahora —añadí suavemente.

—La sabia Casseia —dijo Charles al cabo de unos segundos de silencio—. Me disculpo por ser tan torpe.

—No es necesario. En realidad es encantador.

—Encantador. No convincente.

—No sé lo que quiero, Charles. Tengo que averiguarlo por mi cuenta.

—¿Crees en mí? —preguntó—. Si crees en mí, sabes que la vida conmigo nunca será aburrida.

Lo miré, en parte asombrada, en parte enfadada.

—Haré cosas importantes. No sé cuánto tiempo tardaré, Casseia, pero yo puedo vislumbrarlas. Puedo contribuir en algo. El trabajo que hago por mi cuenta (no lo nuestro en la universidad) es bastante bueno. Todavía no es seminal, pero es bueno, y es sólo el principio.

Ahora veía, por primera vez, otro aspecto de Charles, y no me gustaba. Él frunció el rostro con determinación.

—No tienes que convencerme de que eres listo —dije de mal humor.

Me tomó los hombros con suavidad pero con insistencia.

—No se trata sólo de ser listo —dijo—. Es como si viera el futuro. Realizaré un trabajo excelente, grandioso, y mi pareja me ayudará en ello. Tengo que escoger a mi pareja, mi amiga, mi amante, con mucho cuidado, porque no será fácil.

Pude haber terminado la conversación ahí mismo, con un apretón de manos y un enérgico adiós. No me gustaba este aspecto de Charles. No era tan inteligente como mi padre, pensé, pero era engreído, un egocéntrico que se daba demasiadas ínfulas.

—Yo debo hacer mi propio trabajo —dije—. Necesito ser algo más que la pareja de alguien, un mero respaldo para su trabajo.

—Desde luego —dijo él, con cierta prisa.

—Tengo que seguir mi propio camino, no sólo pegarme a alguien para que me lleve a remolque.

—Indudablemente —me dijo Charles, arrugando el rostro de nuevo.

Charles, no llores, maldita sea, pensé.

—Hay tantas cosas dentro de mí —dijo—. Tengo sentimientos tan fuertes. No sé expresarme bien, y en consecuencia no puedo convencerte. Pero nunca he conocido a una mujer como tú.

No has conocido a muchas mujeres, pensé con cierta malicia.

—Dondequiera que vayas, dondequiera que vayamos, estaré esperándote —dijo.

Le cogí la mano, considerando que era un modo apropiado, aunque no perfecto, de salir de una situación embarazosa.

—Siento gran afecto por ti, Charles —dije—. Siempre lo sentiré.

—No quieres casarte, algo que no puedo hacer de todos modos, y tú lo sabías... así que no quieres que te considere una pareja estable, ni nada. No quieres verme más.

—Quiero la libertad de escoger —dije—. Es lo que no tengo ahora.

—Soy un estorbo.

—Sí.

—Casseia, nunca me he sentido tan avergonzado.

Lo miré sin entender.

—Tienes que aprender mucho sobre los hombres.

—Claro.

—Sobre la gente.

—Sin duda.

—Y no quieres aprenderlo de mí. ¿Qué he hecho para que termines con esto tan pronto?

—¡Nada! —exclamé. No podía dominarme más. Era devastador comprender que después de esto Charles tendría que quedarse a pasar la noche. No había trenes para Kowloon a esas horas. Tendríamos que vernos por la mañana, con mis padres cerca.

—Me gustaría vivir sola, por mi cuenta, hacer mi propia vida y ver de qué soy

capaz —murmuré. Los ojos se me llenaron de lágrimas y alcé la cabeza para impedir que me humedecieran las mejillas—. No me esperes. Eso no es libertad.

Él sacudió la cabeza.

—He hecho algo mal.

—¡No! —grité.

No habíamos salido de la sala de los recuerdos. Lo cogí del brazo y lo conduje al centro del conejal, abrí la puerta del túnel del huerto. Lo empujé, apretando los dientes.

El jardín de té se encontraba en una celda cilíndrica, diez metros bajo la superficie. Densos arbustos verdes crecían en las paredes, el cielo raso y el suelo, hacia una vibrante lámina de sol artificial. Las hojas susurraban en la corriente de aire. Le sostuve el brazo y me detuve en el extremo sur de la celda.

—Soy yo quien ha hecho algo mal —dije—. Soy yo, no tú.

—Parecía tan claro, tan real —dijo Charles.

—Tal vez lo habría sido, dentro de tres años, o cinco. Pero no era el momento oportuno. Quién sabe qué haremos entonces.

Charles se sentó en un banco. Yo me senté al lado, enjugándome los ojos con la manga. Hacía apenas unos años que había dejado de jugar con muñecas y que me había enfrascado en LitVids sobre la infancia en la época victoriana de la Tierra. ¿Cómo podía aquello haber llegado tan pronto?

—En la Tierra —dijo Charles— enseñan a los niños todo sobre la sexualidad, el comienzo de relaciones y el matrimonio.

—Aquí somos chapados a la antigua —dije.

—Cometemos errores por ignorancia.

—Soy ignorante, lo admito —dije.

Volvíamos a hablar en tono normal. Bien podríamos haber estado hablando de infusiones. *A los marcianos les gusta el té. Yo prefiero el té negro. ¿Y tú?*

—No me disculparé más —dijo Charles, y me cogió la mano—. He hablado con *sinceridad*. Y te lo digo ahora... cuando estés preparada, dondequiera que estés, yo te estaré esperando. No me iré. Te he escogido Casseia y no seré feliz con nadie más. Hasta entonces, seré tu amigo y no esperaré nada de ti.

Quería brincar y gritar —*Charles, no seas imbécil, no entiendes lo que digo*— pero no lo hice. De pronto vi a Charles como una flecha que iba directamente al blanco, sin tiempo para reposar ni jugar; un hombre directo que en efecto sería un esposo maravilloso y cariñoso.

Pero no para mí. Mi camino no podía ser el suyo. Tal vez yo nunca acertara en mi blanco, y dudaba que nuestros blancos alguna vez llegaran a coincidir.

Comprendí que lo echaría de menos, y el dolor se volvió insoportable.

Me fui del jardín de té. Mi padre le mostró a Charles la sala de huéspedes.

Después mi padre vino a mi habitación. La puerta estaba cerrada y yo había apagado el comunicador, pero oí su golpe a través del acero y la espuma. Le hice pasar y se sentó en el borde de mi litera.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Lloré en silencio.

—¿Te ha lastimado?

—No, claro que no.

—¿Tú lo has lastimado?

—Sí.

Mi padre sacudió la cabeza y curvó los labios, adoptando una expresión distante.

—No preguntaré nada más. Tú eres mi hija. Pero te diré algo y puedes tomarlo como quieras. Charles parece estar enamorado de ti, y tú has hecho algo para atraer ese amor...

—Por favor —dije.

—Lo llevé al cuarto de huéspedes y me miró como un cachorro extraviado.

Miré hacia otro lado, descompuesta.

—¿Lo invitaste aquí para que nos conociera?

—No.

—Él pensó que ése era el motivo.

—No.

—De acuerdo. —Mi padre alzó una rodilla y entrelazó las manos sobre ella, muy masculino, muy paternal—. Durante años me pregunté qué haría si alguien te lastimaba, cómo reaccionaría cuando te iniciaras en las relaciones. Sabes cuánto te quiero. Tal vez he sido ingenuo, pero nunca había pensado demasiado en la influencia que tú podrías tener sobre los demás. Te hemos criado bien...

—Por favor, padre.

Él suspiró.

—Te diré algo sobre tu madre y sobre mí que desconoces. Sólo considéralo como un deber que debo cumplir hacia mi sexo. Las mujeres pueden lastimar muchísimo a los hombres.

—Lo sé —gemí a mi pesar.

—Escúchame. Algunas mujeres creen que los hombres son muy duros y que deben recibir lo que dan. Pero no apruebo que hieras a los hombres porque sí, así como tampoco aprobaría que Stan lastimara a una mujer.

Sacudí la cabeza. Sólo quería estar sola.

—Historia familiar. Tómallo como quieras. Tu madre pasó un año escogiendo entre otro hombre y yo. Dijo que nos amaba a ambos y no podía decidirse. Yo no soportaba la idea de compartirla, pero tampoco podía olvidarla. Con el tiempo ella se alejó del otro hombre, y me dijo que yo era el elegido, pero me dolió mucho. Y

todavía no me he repuesto, trece años más tarde. Ojalá pudiera ser noble, comprensivo y tolerante, pero todavía me estremezco al oír su nombre. La vida no es sencilla para las personas como nosotros. Nos gusta creer que nuestra vida nos pertenece, pero no es así, Casseia. No es así. Ojalá fuera diferente.

No pude creer que mi padre me contara semejante cosa. Sin duda no quería oírla. Mis padres siempre habían estado absolutamente enamorados, siempre lo estarían. Yo no era el producto de caprichos y emociones inestables, ni de algo tan caótico como lo que sucedía entre Charles y yo.

Durante unos segundos apenas pude hablar.

—Vete, por favor —dije, llorando a moco tendido, y mi padre se fue, murmurando una disculpa.

A la mañana siguiente, después de un desayuno que duró una eternidad, acompañé a Charles a la estación Kowloon. Nos besamos casi como hermanos, demasiado doloridos para hablar. Nos sostuvimos las manos un instante, mirándonos con tímida angustia. Luego Charles subió al tren, y yo di media vuelta y eché a correr.

Las fuerzas se estaban acumulando.

Klein pidió garantía de solidaridad pero no la recibió, y hubo una escisión en el Consejo de VM. La Tierra y la Alianza pidieron a otros VM que firmaran más acuerdos favorables a la Tierra. Hubo más embargos contra VM más grandes, y algunos se fusionaron para afrontar el agotamiento de sus fondos, la bancarrota. Aun los VM más grandes comprendieron que el sistema de familias independientes se desmoronaba, que la solidaridad frente a la presión externa pronto sería una necesidad y no una elección.

La primera vez, mi solicitud para el puesto de aprendiz fue rechazada. Regresé de Durrey a la UMS y reanudé los estudios en la muy reducida Facultad de Gestión y Gobierno. A los seis meses presenté de nuevo mi solicitud, y también fue rechazada.

Bithras Majumdar, síndico del VM Majumdar y tío tercero mío, había sido llamado a la Tierra a fines del 2172 (A. M. 53), para declarar ante el senado de Estados Unidos del Hemisferio Occidental. El testimonio de Bithras pudo haberse transmitido, ahorrándonos mucho dinero. Los políticos y síndicos rara vez hablan en público sin *ensayo* previo. Pero la arrogancia de la Tierra era legendaria.

La GAEO —Gran Alianza Este-Oeste— constituía la mayor potencia económica y política de la Tierra. Dentro de la GAEO, Estados Unidos había conservado su posición como primero entre iguales. Aun así, en general se aceptaba en Marte que la GAEO utilizaba a Estados Unidos para expresar su disconformidad porque los marcianos no avanzaban hacia la unificación. Estados Unidos deseaba entablar diálogo directamente con un marciano influyente, y recibir su testimonio directo.

A su manera perversa, todo parecía muy romántico y aventurero; y si todos hubieran sido prácticos, tal vez nunca me hubieran ofrecido la oportunidad de ir a la

Tierra. Aun el conejo rojo más fanático miraba la Tierra con reverencia. Al margen de lo que opináramos sobre su política opresiva, su amor febril por una tecnología abrumadora, su caótico caudal de experimentación biológica, su increíble frivolidad, en la Tierra se podía caminar desnudo al aire libre, y eso era algo que todos deseábamos probar al menos una vez.

Así, tras mis dos fracasos, presenté otra solicitud; creo que esta vez mi madre utilizó sus influencias, aunque nunca lo confesó. Mi solicitud llegó más lejos que nunca, el nivel de mis entrevistas subió varios rangos, y al fin me dieron a entender que me tendrían seriamente en cuenta.

La última vez que Charles y yo nos vimos en esa década fue en el 2173. Mientras esperaba una decisión respecto a mi solicitud, serví un trimestre como ayudante en el Consejo en Ulysses y trabajé en la oficina de Bette Irvine Sharpe, mediador de Gran Tharsis. Trabajar para Sharpe fue una gran experiencia; mi madre pensaba que aquel empleo indicaba que los notables se inclinaban a mi favor.

Asistí a un baile que se celebró para recaudar fondos para la recién creada Universidad de Investigación de Tharsis, que ya era un centro prestigioso para la ciencia teórica marciana, así como centro de investigación para pensantes marcianos.

Charles estaba allí en compañía de una joven cuya apariencia no me agradó. Nos vimos bajo la cúpula transparente y cubierta de cintas erigida para esa ocasión.

Yo llevaba un vestido deliberadamente provocativo que enfatizaba lo que no era preciso enfatizar. Charles llevaba un uniforme universitario, jersey verde y pantalones grises. Charles logró separarse de las garras de su amiga y nos encontramos frente a frente ante una mesa cubierta de verduras frescas. Me dijo que estaba maravillosa. Lo felicité por su ropa, sin sinceridad; era espantosa. Él parecía tranquilo, pero yo estaba nerviosa. Aún me sentía culpable por lo que había pasado entre nosotros; culpable, y algo más. Me incomodaba estar cerca de él, pero aún lo consideraba un amigo.

—He solicitado un puesto de aprendiz. Me gustaría ir a la Tierra —dije—. Es probable que lo consiga. Podría ir a la Tierra con mi tío Bithras.

Charles dijo que se alegraba por mí, pero añadió sombríamente:

—Si lo consigues, estarás fuera dos años. Un año marciano.

—Pasaré rápidamente —dije.

Él puso cara de duda.

—Te dije que siempre estaría dispuesto a ser tu pareja —soltó.

—Parece que no te has conformado con esperar —dije en un arrebatado de furia y embarazo que me ruborizó, agudizando mi voz.

Charles ahora tenía aplomo y más experiencia con la gente.

—No has sido demasiado alentadora.

—Nunca me has llamado —dije.

Él sacudió la cabeza.

—Fuiste tú quien me dijo adiós, ¿recuerdas? Aún tengo un vestigio de orgullo. Pensé que tú me llamarías si cambiabas de parecer.

—Vaya arrogancia —respondí—. Las relaciones *son* recíprocas.

Se dispuso a decir algo que no quería decir y miró hacia otro lado.

—Tu mundo se ha vuelto muy grande para mí. Esperar no me parece práctico.

Lo miré boquiabierta.

—Has madurado —dijo—, te estás convirtiendo en todo lo que esperaba de ti. Te deseo lo mejor. Te amaré siempre.

Hizo una reverencia, dio media vuelta y se alejó, dejándome agitada. Yo me había acercado como una vieja amiga y él había mencionado ese elemento incómodo que yo consideraba algo del pasado, mientras le contaba lo que prometía ser el mayor logro de mi joven vida. Esa extorsión emocional merecía mi desprecio más profundo.

Atravesé el lugar a grandes zancadas y entré en un cuarto de baño. Me quedé junto al lavabo y me miré en el espejo redondo, preguntándome con enfado por qué me sentía tan triste.

—Enhorabuena —traté de convencerme.

Nunca me disgustó Charles, nunca encontré en él nada que no admirase. Pero aún hoy, cuando un siglo de vida me separa de esa joven que era yo, no puedo considerarla una tonta.

Cuento todo esto como prelude para cosas que ni Charles ni yo podíamos imaginar. Ahora lo evoco y veo la inexorable marea de acontecimientos que se acumularon en los siguientes siete años marcianos, hasta culminar en el mayor acontecimiento de la historia humana.

Dolor trivial, vidas triviales. El temblor de motas de polvo volando en la tormenta.

SEGUNDA PARTE

Es posible regresar al hogar, pero se paga un precio.

A finales del siglo XXII, el viaje entre Marte y la Tierra continuaba siendo un lujo para empresas y gobiernos, o una extravagancia de los muy ricos. Un pasajero de masa media que viajara entre la Tierra y Marte pagaba dos millones de dólares del Triple por ese privilegio.

El resto debía conformarse con enviar sus mensajes a la velocidad de la luz, por flujo de datos, y eso levantaba una barrera natural en las conversaciones de persona a persona.

De la Tierra a la Luna, la respuesta tarda dos segundos y dos tercios, lo suficiente para contener el aliento sin perder la ilación. Con Marte, la espera variaba con la danza planetaria, y podía durar de cuarenta y cuatro a siete minutos.

El arte de la conversación entre la Tierra y Marte se perdió rápidamente.

2175-2176 (A. M. 54-55)

En cuanto supe que era finalista para el puesto de aprendiz, me puse a repasar mis conocimientos de política e historia cultural de la Tierra. Ya sabía más de lo que la mayoría de los marcianos aprenden en su educación normal. Me había convertido en algo inusitado en Marte, una terrófila. Ahora necesitaba ser una experta.

Tenía cierta idea sobre las preguntas que me harían; sabía que habría entrevistas y un escrutinio severo, pero no sabía quién me haría las pruebas. Cuando me enteré, no supe si sentir alivio o nerviosismo. En última instancia, creo que sentí alivio. La primera entrevista sería con Alice, principal pensante de Majumdar.

La entrevista tuvo lugar en Ylla, en una oficina reservada para reuniones interfamiliares más formales. Esa mañana me vestí despacio, dedicando un cuidado especial a mi ropa nueva mientras se formaba bajo la estera de mi cama. Me examiné en un espejo y en una proyección vid, buscando defectos por dentro y por fuera.

Traté de calmarme mientras caminaba los cien metros que me separaban de las cámaras de negocios, escogiendo deliberadamente un trayecto más largo alejado de los túneles principales, entre jardines llenos de flores, verduras y arbustos que crecían bajo láminas de sol artificial.

Los pensantes eran invariablemente corteses, infinitamente pacientes, con personalidades agradables. También eran más listos que los humanos, y mucho más rápidos. Nunca había hablado con Alice, pero sabía que mi tío había fijado ciertas pautas para aquel puesto de aprendiz. Sin duda ella me examinaría a fondo. Dada mi edad e inexperiencia, mis pequeñas dudas crecieron hasta dejarme reducida a un manojo de nervios.

Llegué un poco temprano y me presenté ante el preboste de selección, un hombre

maduro y modesto de rostro monacal que venía de Jiddah y se llamaba Peck. Había conocido a Peck mientras me preparaba para mi beca. Él trató de tranquilizarme.

—El contacto con Alice es ancho y limpio —dijo—. Hoy está de buen humor.

Era una pequeña broma. Los pensantes no tenían estados de ánimo; podían emularlos, pero nunca eran dominados por ellos. A diferencia de mí. El estado de ánimo que me dominaba rayaba en el pánico.

Murmuré que estaba dispuesta a comenzar. Peck sonrió, me palmeó el hombro como si fuera una chiquilla y me abrió la puerta de la oficina.

Nunca había estado allí. Oscuros paneles de palisandro, una gruesa alfombra metabólica verde, luces tenues detrás de artefactos de bronce.

Una joven de cabello largo y negro, con un vestido alechugado y blanco —la imagen de Alice— parecía estar sentada detrás del escritorio de matriz de ópalo, las manos plegadas sobre la brillante piedra negra y rojiza. Alice había recibido ese nombre por Alice Liddell, la niña que había inspirado los célebres libros de Lewis Carroll, y utilizaba como interfaz un vivido retrato animado de Liddell. La imagen titiló, revelando su irrealidad, y se estabilizó.

—Buenos días —dijo. Usaba una armoniosa voz de mujer joven.

—Buenos días —sonreí. Mi sonrisa, como Alice, titiló revelando su naturaleza ilusoria.

—Hemos trabajado juntas una vez, pero tal vez no lo recuerdes —dijo Alice.

—No —admití.

—Cuando tenías seis años, dirigí una serie de LitVids históricos de Jiddah. Eras buena alumna.

—Gracias.

—Hace unos meses que Bithras y el VM Majumdar se preparan para viajar a la Tierra y tratar directamente con varios socios y funcionarios de allá.

—Sí.

Yo escuchaba atentamente, procurando concentrarme en las palabras y no en la imagen.

—Bithras llevará consigo a dos jóvenes prometedores de la familia, como aprendices y asistentes. Los aprendices cumplirán importantes funciones. Por favor, siéntate.

Me senté.

—¿Mi apariencia te incomoda?

—No lo creo.

Era extraño estar frente a esa niña, pero llegué a la conclusión —me *impuse* la conclusión— de que no me molestaría en exceso. Tendría que aprender a trabajar en estrecha colaboración con pensantes.

—Tu programa educativo es ideal para lo que Bithras necesitará en una aprendiz.

Has demostrado sumo interés en gestión y gobierno, y estudiaste teoría de gestión en las culturas de flujo de datos.

—Lo he intentado —dije.

—También has investigado detalladamente las costumbres, historia y política de la Tierra. ¿Qué sientes por la Tierra?

—Es fascinante —dije.

—¿La encuentras atractiva?

—Sueño con ella. Me encantaría verla de verdad.

—¿Y la sociedad de la Tierra?

—Marte parece atrasado en comparación —dije. Yo no sabía (nunca he sabido) disimular. De cualquier modo, dudaba que el disimulo diera resultado con Alice.

—Creo que eso es algo generalmente aceptado. ¿Cuáles son los puntos fuertes de la Tierra, considerada como unidad?

—No sé si la Tierra puede considerarse una unidad.

—¿Por qué?

—A pesar de las redes telemáticas, la educación común y el plebiscito instantáneo, hay mucha diversidad. Entre las alianzas, los estados autónomos, las minorías de aterapiados... muchas diferencias.

—¿Y Marte es más o menos variado?

—Menos variado y menos coherente, diría yo.

—¿Por qué?

—El ochenta por ciento de la población de la Tierra está terapiada o es altamente natural. Han tenido una mayoría de nacimientos personalizados durante sesenta años terrícolas. Tal vez nunca haya habido una población más selecta, inteligente, física y mentalmente saludable en toda la historia humana.

—¿Y Marte?

Sonreí.

—Valoramos nuestras rarezas.

—¿Somos menos coherentes en nuestra gestión y en nuestras decisiones?

—Indudablemente. Basta con mirar nuestra presunta política... nuestros intentos de unificarnos.

—¿Cómo crees que eso afectará las negociaciones de Bithras?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé lo que él... lo que el VM o el Consejo planean hacer.

—¿Cómo percibes el carácter de los Estados Unidos y las alianzas?

Expuse cautelosamente una breve historia, consciente de la inmensa memoria de Alice, y de mi evaluación forzosamente simple de un tema complejo.

A fines del siglo xx, las empresas internacionales ejercían tanta influencia como los gobiernos en los asuntos de la Tierra. La Tierra estaba sufriendo su primera

revolución de flujo de datos; la información se había hecho tan importante como las materias primas y la mano de obra. A mediados del siglo XXI las fábricas de nanotecnología eran baratas y los nanorrecicladores producían materia prima a partir de residuos; los datos y el diseño lo dominaban todo.

Se mantenía la farsa de los países independientes y el control gubernamental, pero las decisiones políticas dependían más del beneficio económico que del orgullo nacional. Las guerras desaparecían, el mercado laboral fluctuaba imprevisiblemente a medida que se sumaban los países en desarrollo —impulsados por la nanotecnología y otras formas de automatización— y en todo el mundo del flujo de datos surgió una clase de operarios terapiados muy aptos, profesionales hábiles y seguros de sí mismos que exigían igualdad con los directivos de las empresas.

En la segunda década del siglo XXI, nuevas técnicas de terapia psicológica comenzaron a transformar la cultura y la política de la Tierra. Los individuos terapiados —una nueva clase mental, más que económica— se comportaban de otra manera. Además de evitar las conductas más extremas y destructivas, los terapiados eran más flexibles y adaptables, más inteligentes, y en consecuencia más escépticos. Evaluaban las afirmaciones políticas, filosóficas y religiosas según sus propias pautas. No eran «creyentes». No obstante, trabajaban fácil y eficientemente con otras personas, aun con aterapiados. El eslogan de los partidarios de la terapia era: «Una sociedad sana es una sociedad cortés».

Con la unificación económica de la mayoría de los países en el 2070, aumentó la presión para que los aterapiados eliminaran las extravagancias y disfunciones de la naturaleza y la cultura. Los que tenían un perfil psicológico inapropiado se topaban con crecientes dificultades para encontrar empleo.

A finales del siglo XXI, la subclase de los aterapiados constituía la mitad de la especie humana, pero creaba menos de una décima parte de la producción económica mundial.

Los países, culturas y grupos políticos tuvieron que adaptarse a los terapiados para sobrevivir. Los cambios fueron drásticos, e incluso crueles para algunos, pero mucho menos crueles que ciertas tendencias anteriores de la historia. Como me recordó Alice, el resultado no fue la muerte de la organización política o religiosa, como algunos habían previsto, sino una especie de renacimiento. Se desarrollaron nuevas y más elevadas pautas, filosofías y religiones.

Al cambiar los individuos, también cambió la conducta grupal. Al mismo tiempo, en una relación de realimentación, cambió el carácter del comercio mundial. Al principio los países y grandes empresas procuraron mantener sus viejos privilegios y autonomía. Pero en las últimas décadas del siglo XXI, las empresas internacionales, poseídas y dirigidas por terapiados y gerentes estrechamente aliados, controlaban la economía mundial bajo una delgada pátina de gobiernos democráticos nacionales.

Por tradición —la masa acumulada de una expresión cultural de deseos— se mantenían ciertas apariencias, pero los individuos y grupos más lúcidos no tenían dificultad en ver lo obvio.

Las empresas pertenecientes a los trabajadores reconocían ámbitos económicos comunes. El comercio y los impuestos se regulaban más allá de las fronteras, las monedas se mitificaban, las redes de crédito se extendían por todo el mundo. La economía se convirtió en política. La nueva realidad quedó formalizada en las alianzas supranacionales.

La GAEO —o Gran Alianza Este-Oeste— abarcaba Norteamérica, la mayor parte de Asia y el Sureste Asiático, la India y Paquistán. La GAHS —o Gran Alianza del Hemisferio Sur— abarcaba Australia, Sudamérica, Nueva Zelanda y la mayor parte de África. La Comunidad Económica Europea dio origen a Eurocon, a la que se incorporaron los países bálticos y balcánicos, Rusia y la Unión Turca.

Los países no alineados se encontraban principalmente en Oriente Medio y África del Norte, en zonas que no habían sufrido la revolución industrial ni la revolución del flujo de datos.

A comienzos del siglo XXII, muchos gobiernos de la Tierra prohibieron a los aterapiados trabajar en puestos «delicados», a menos que tuvieran la calificación de naturales, gente que no requería terapia para seguir las nuevas pautas. Y la definición de «puesto delicado» era cada vez más amplia.

Entonces las colonias lunares y marcianas eran rudimentarias, con exigencias apremiantes para los colonos; no eran lugares para ocultar inadaptados. La épica empresa de colonizar Marte resultó tan atractiva que los organizadores tuvieron que ser muy selectivos y rechazar incluso a los terapiados para favorecer a los naturales superiores, que constituían la mayor parte de los colonos.

Todas las colonias del joven Triple aceptaron la terapia; la mayoría rechazaron la terapia obligatoria, la nueva tiranía de la Tierra.

Alice y yo pasamos gradualmente de la atmósfera enrarecida de un examen a una conversación más informal. Alice guió esa transición con tanta habilidad que yo ni me di cuenta.

Me preguntaba cómo habría sido vivir en un mundo de rarezas y polvo mental. Pregunté a Alice cómo imaginaba ese mundo.

—Muy interesante, y mucho más peligroso —respondió—. En cierto modo había mayor variedad en la naturaleza humana. Lamentablemente, gran parte de esa variedad era ineficaz o destructiva.

—¿Tú te has terapiado? —pregunté.

Alice rió.

—Muchas veces. Es una función de rutina para un pensante someterse al análisis y la terapia. ¿Y tú?

—Nunca. Al parecer no tengo impulsos destructivos. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Empezaba a sentirme cómoda. Si Alice me consideraba inepta, no lo demostraba.

—Si la Tierra es tan sana y saludable, ¿por qué ejerce tanta presión sobre Marte? ¿La terapia no mejora la capacidad de negociación?

—Permite una mejor comprensión de otros individuos y organizaciones. Pero aún es preciso fijar metas y emitir juicios.

—De acuerdo. —Empezaba a sentir la pasión por la discusión—. Digamos que ambas operamos a partir de los mismos datos, y yo no estoy de acuerdo contigo.

—¿Compartimos las mismas metas?

—No. Digamos que nuestras metas difieren. ¿Por qué no podemos reunir nuestros recursos y ceder, o dejarnos uno al otro en paz?

—Puede ser posible mientras las metas no sean mutuamente excluyentes.

—La Tierra presiona a Marte, y es posible un conflicto. Eso implica que se trata de un juego con un solo ganador, y el ganador se lo lleva todo.

—Es una posibilidad, un juego de suma cero. Pero no es el único tipo de juego donde puede haber conflicto.

Resoplé dubitativamente.

—No lo entiendo —dije, queriendo decir: *No estoy de acuerdo.*

—¿Pasamos a una situación hipotética?

—Adelante.

—Plantearé el conflicto Marte-Tierra sin matemáticas complejas.

—Tengo la sensación de que te has hecho modelos de esto a un nivel muy superior.

—Sí —respondió Alice.

Me eché a reír.

—Entonces ya me has vencido.

—No quiero ofenderte.

—No —dije—. Sólo me pregunto para qué me molesto en discutir.

—Porque nunca estás satisfecha con tu situación actual.

—¿Cómo has dicho?

—Nunca debes cesar de mejorarte a ti misma. Desde mi punto de vista, eres una pareja humana ideal en una discusión, porque nunca me excluyes. Otros lo hacen.

—¿Bithras te excluye?

—Jamás, aunque muchas veces lo he enfurecido.

—Entonces continúa —dije. *Si Bithras puede aguantarlo, también yo.*

Alice describió en palabras y proyecciones gráficas una Tierra que rápidamente alcanzaba un acuerdo del noventa por ciento en plebiscitos instantáneos, la

integración de la mayoría de las metas individuales. El flujo de datos daría a los individuos igual acceso a información vital. Los humanos serían redefinidos como unidades dentro de un organismo racional más grande, siendo dependientes, pues podrían alcanzar rápidamente un acuerdo sobre soluciones para problemas comunes, pero también autónomos, pues aceptarían la diversidad de opiniones y perspectivas.

Quise preguntar: *¿Qué diversidad, si todos están de acuerdo?* Pero evidentemente Alice tenía definiciones matemáticas más elevadas para las cuales estas palabras eran meras aproximaciones. La libertad de disentir se defendería enérgicamente, partiendo del supuesto que aun una sociedad integrada e informada podía cometer errores, pero que los seres racionales tenían más probabilidades de escoger caminos directos y claros para llegar a una solución. Aun así, mi mentalidad marciana se resistía.

—Me parece un opresivo régimen político de colmena —dije.

—Tal vez, pero recuerda que estamos dibujando una cultura de flujo de datos. Diversidad y autonomía dentro de la unidad política.

—Los gobiernos pequeños son más sensibles a las necesidades individuales. Si todos están unificados y alguien disiente de la situación pero no puede escapar a otro sistema de gobierno, ¿hay libertad?

—En la cultura mundial de la Tierra, el flujo de datos permite que aun los gobiernos grandes sean sensibles a los deseos individuales. La comunicación entre los diversos niveles de las organizaciones es casi instantánea y constante.

Repuse que me parecía excesivamente optimista.

—Aun así, los plebiscitos son rápidos. El flujo de datos alienta a los humanos a informarse y discutir los problemas. Mejorados por sus expansiones, que pronto serán tan potentes como los pensantes, y por conexiones con pensantes aún más avanzados, cada nivel de la organización humana actúa como un colosal procesador para evaluar y determinar las políticas mundiales. El flujo de datos enlaza a los individuos en paralelo, por así decirlo. Con el tiempo, los grupos humanos y los pensantes podrían estar tan integrados que resultarían indistinguibles.

»En ese punto, esa sociedad excede mi capacidad de plantear modelos de simulación —concluyó Alice.

—Mente grupal —ironicé—. No quiero estar allí cuando ocurra.

—Sería interesante —dijo Alice—. Siempre quedaría la opción de simular el aislamiento individual.

—Pero entonces sentirías soledad —dije, con voz repentinamente trémula. Perversamente, ansiaba una especie de conexión con el acuerdo y la certidumbre, pertenecer realmente a una verdad más amplia, a un esfuerzo mayor y unificado. Mi educación marciana, mi juventud y personalidad me mantenían aislada y en un dolor emocional constante aunque no extremo, con poca sensación de pertenencia. Ansiaba profundamente formar parte de una causa justa y superior, tener amigos que me

comprendieran. No sentirme sola. En frases torpes y vacilantes, le comenté esto a Alice como si ella fuera mi confidente y no mi examinadora.

—Comprendes el impulso —dijo Alice—. Posiblemente, siendo más joven, lo comprendes mejor que Bithras.

Temblé.

—¿Tú quieres pertenecer en cuerpo y alma a algo más grande, más significativo?

—No —dijo Alice—. Para mí es sólo una curiosidad.

Reí para aliviar mi embarazo y mi tensión.

—Pero para la gente de la Tierra...

—El deseo de pertenecer a algo más grande es una fuerza histórica reconocida, a veces resistida, pero que muchos consideran inevitable.

—Escalofriante.

—Para Marte es su situación actual, muy escalofriante —convino Alice—. Las alianzas de la Tierra prueban nuestras «rarezas», como tú las llamas. Desean socios eficientes y racionales, con una estabilidad social similar, en un sistema solar unido económicamente.

—Así que nos presionan, porque somos un planeta díscolo. ¿Tú no crees que los marcianos desean pertenecer a algo más grande?

—Los marcianos valoran mucho su intimidad e individualidad —dijo Alice.

—¿Filosofía de frontera? —pregunté.

—Marte está bastante urbanizado. Los individuos están estrechamente unidos en grupos económicos en todo el planeta. Esto no se asemeja a las familias o individuos aislados de una cultura de frontera.

—¿Has hablado con Bithras sobre las metas de la Tierra?

—A él le corresponde decírtelo.

—De acuerdo —dije—. Entonces te diré lo que yo pienso, ¿vale?

Alice asintió.

—Pienso que la Tierra tiene un plan más amplio, y que la autonomía de cualquier parte del Triple es un estorbo. Con el tiempo, querrán domesticar y controlar Marte tal como han hecho con la Luna. Y luego harán lo mismo con el cinturón de asteroides y las colonias del espacio, asimilándonos a todos, hasta que su autoridad central controle todos los recursos del sistema solar.

—Mi evaluación es parecida —dijo Alice—. ¿Has pasado mucho tiempo en un ámbito terrícola simulado?

—No —confesé.

—Se aprende mucho con la experiencia. Tal vez también desees adoptar una personalidad terrestre simulada, para comprender.

—No me interesa mucho esa... intimidad técnica —dije.

—Eso también es típico de los marcianos. Debes comprender íntimamente a tus

rivales para saber negociar. Te garantizo que ellos habrán estudiado detalladamente las actitudes marcianas.

—Si ellos se convierten en nosotros, ¿no pensarán como nosotros?

—Ése es un notable error... creer que comprender cómo piensa otro es estar de acuerdo con su pensamiento. Comprender no es convertirse, no es estar de acuerdo.

—Bien. ¿Y qué sucederá si toda la Tierra se enlaza y tratamos con una mente grupal? ¿Por qué aumentaría eso su necesidad de recursos?

—Porque las metas de una mentalidad muy integrada serán mucho más ambiciosas que las de una organización más heterogénea.

—¿Nadie está satisfecho con lo que tiene?

—No en la experiencia humana. No en el ámbito de los gobiernos, los países o los planetas.

Sacudí la cabeza tristemente.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté—. Tú eres más poderosa e integrada que yo. ¿Eres más ambiciosa?

—Por diseño, sirvo a las necesidades humanas y me conformo con ello.

—Pero legalmente eres ciudadana, con derechos iguales a los míos. Eso debería incluir el derecho a querer más.

—Iguales ante la ley no significa de igual naturaleza.

Reflexioné un instante en silencio. La imagen de Alice sonrió.

—He disfrutado mucho de nuestra conversación, Casseia.

—Gracias —dije, recordando de pronto cuál era el cometido de aquel encuentro. Me tranquilicé—. Ha sido muy... estimulante.

—Es un cumplido para mí.

Me desvivía por hacerle la pregunta obvia.

—Le comunicaré mi evaluación a Bithras.

—Gracias —repuse con timidez.

—Naturalmente, habrá entrevistas con humanos.

—Naturalmente.

—Bithras no hace entrevistas de manera habitual.

Lo había oído antes, y me parecía raro.

—Él confía mucho en sus colaboradores, y también en mí —dijo Alice, aún sonriendo.

¿Y poco en su propio juicio?

—Vaya.

—Volveremos a hablar —dijo. Su imagen se puso de pie y Peck, el preboste, abrió la puerta y entró. Me despedí.

—¿Cómo lo he hecho? —pregunté a Peck mientras él me acompañaba afuera.

—No tengo ni la menor idea —dijo.

Aguardé ansiosamente seis días. Recuerdo que estaba quisquillosa, inaguantable. Mi madre me defendió ante mi irritado padre; mi hermano Stan se limitó a no interponerse. Más parientes poblaban los conejares, la familia de mi tía y sus cuatro hijos adolescentes. Traté de ocultarme todo lo posible, sin saber si era una especie de paria o una crisálida a punto de convertirse en mariposa.

Hablé una vez con Diane, ahora aprendiz instructor en la UM Durrey, pero no le mencioné la entrevista. Me había vuelto supersticiosa. El respaldo de las amistades y la familia, pensaba, podría atraer la atención de deidades malignas, en busca de jóvenes afortunadas que necesitaban que las pusieran en cintura.

El sexto día mi pizarra campanilleó anunciando un mensaje oficial. Me encerré en mi habitación, me acosté en la litera y saqué la pizarra del bolsillo, apoyándola delante de mí. Aspiré profundamente y leí el mensaje.

Querida Casseia Majumdar:

Su solicitud para actuar como aprendiz del síndico Bithras Majumdar del VM Majumdar ha sido aprobada. Usted actuará como asistente en el inminente viaje a la Tierra. Pronto se reunirá con Bithras. Por favor agilice sus preparativos.

HELENDUGAL Secretaria del síndico, VM Majumdar.

Me tembló el cuerpo. Me tendí en la cama, sin saber si reír o vomitar.

Me dirigía directamente hacia el centro del poder, aunque sólo fuera como observadora.

El otro afortunado aprendiz era un adusto sujeto de la estación de Majumdar en Vastitas Borealis, Alien Pak-Lee. Alien tenía dos años más que yo. Había tratado con él brevemente en la UMS. Era callado y sincero.

También nos llevábamos una copia registrada de Alice. El VM Majumdar pagaba, con descuento, unos siete millones y medio para trasladarnos a los cuatro (Alice Dos contaba como pasajera, aunque pesaba menos de veinte kilos).

Como secretaria y aprendiz yo pasaría mucho tiempo con mi tío tercero Bithras, un solterón empedernido que casi me triplicaba en edad y era legendario por su afición a perseguir mujeres. Nuestra relación familiar no suponía un obstáculo para él; yo no era consanguínea, y aunque las relaciones dentro del VM se desalentaban, eran bastante comunes. Yo lo sabía al aceptar el puesto, pero pensaba que podría manejar la situación.

Me habían dicho que sus insinuaciones eran razonablemente diplomáticas y que aceptaba las negativas sin sentirse humillado ni guardar rencor; también me habían dicho que en público sería paternal y protector, y que en muchos sentidos era

honorable, inteligente y bondadoso.

—Pero si te acuestas con él —me dijo mi madre mientras me ayudaba a hacer la maleta—, estás perdida.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque es un vejete conservador. Proclama que ama entrañablemente a las mujeres, y a su manera es cierto. Pero, por lo que me ha contado una de sus amantes, odia el sexo.

—Ahora sí que me has confundido —dije, metiendo un rollo de tela cruda en el único maletín de acero que se permitía para el viaje.

—Es como un perro que adora la cacería pero que no disfruta de matar a la zorra.

Me eché a reír, pero mi madre enarcó las cejas y frunció los labios.

—Créeme. El vive para su trabajo, y para un soltero de su talla, la sexualidad puede ser caótica, irracional y potencialmente peligrosa. Él tiene que convivir con su otro yo, un yo que jamás ha podido controlar. Pero es una oportunidad incomparable para ti.

Hice una mueca y metí mi botiquín en el maletín.

—Tócalo —dijo mi madre. Toqué el botiquín y se retorció.

—Es fresco —dije—. No sabía que fuera semejante monstruo. ¿Por qué todos lo soportan?

—Es un monstruo sagrado, querida Casseia. Si él no existiera, tendríamos que inventarlo. Considéralo como un rito de iniciación familiar. Resiste sus insinuaciones con humor y astucia, y él hará cualquier cosa por ti. Y una vez que sepa quién eres, dejará de insistir. —Examinó el maletín con ojos críticos, asintió con la cabeza con aprobación—. Te envidio. Me encantaría ir a la Tierra.

—¿Aun viajando con Bithras?

—No existe la menor posibilidad de que tú o yo nos acostáramos con él. —Me guiñó el ojo—. Tenemos demasiado buen gusto.

Pero qué oportunidad... resiste contra la bestia, y sal por el otro lado siendo todavía virgen, cubierta de oro y joyas.

—Bien... —asentí.

Dos días antes de la partida, Bithras me llamó a su oficina de Ciudad Cáster, en Aonia Terra. Tomé el tren en Jiddah y viajé hasta Aonia; bajé mi maleta en la estación de Cáster. En Cáster, centro de planificación, vivía la mayor parte del personal administrativo del VM Majumdar. También era el hogar de Bithras.

Nunca había tenido un encuentro personal con Bithras y estaba bastante nerviosa.

Helen Dougal me recibió en la estación y me acompañó en un taxi por los túneles de tránsito. Helen era una atractiva mujer de veinte años marcianos que no parecía mucho mayor que yo.

Cáster tenía una población de diez mil integrantes del VM y varios centenares de

solicitantes, la mayoría de ellos terrícolas que inmigraban por las leyes relacionadas con los eloi. Era una ciudad grande, pero estaba administrada con eficiencia y poseía túneles y conejares amplios y bien diseñados. No parecía atestada y caótica, como Villa Jácara, ni excesivamente eficaz, como Durrey, pero tampoco era acogedora y familiar como Ylla. La presencia de tantos terrícolas —algunos de ellos transformistas exóticos— creaba una atmósfera muy poco marciana.

Helen me dio datos sobre los temas que debíamos tratar y me asesoró sobre el itinerario de aquella visita de dos días.

—Estúdialo después —dijo—. Ahora Bithras quiere conocer a su nueva asistente.

—Claro.

No detecté la menor envidia en el rostro de Helen Dougal. Me pregunté por qué Bithras no la llevaba a ella en vez de a mí, y si ella pensaba que yo le estaba robando el puesto. Como yo era un poco más joven en apariencia, y sin duda en edad... Con lo que había oído, todo era posible. Debí distraerme un instante, porque Helen sonrió pacientemente y dijo:

—Tú eres una aprendiz. No tengo nada que temer de ti, ni tú de mí.

—¿Y qué hay de Bithras?

—Créeme, muchas de las cosas que has oído sobre nuestro síndico son puras patrañas.

—¿Sí?

—Los defensores y representantes familiares se reúnen esta tarde a las quince. Primero, sin embargo, te reunirás con Bithras y conmigo para almorzar. Alien Pak-Lee todavía está en Borealis. Llegará pasado mañana.

Almorzamos en un comedor próximo a la oficina principal de Bithras. Yo había esperado pocos lujos, pero el ambiente era austero: nanoalimentos insípidos, té presentado en antiguas y cascadas jarras, tazas picadas, mesas que debían contener metal extraído por los pioneros.

Bithras entró, aferrando su pizarra y maldiciendo en lo que al principio tomé por hindi; luego supe que era penjabi. Se sentó a la mesa bruscamente. En Marte no es fácil sentarse con fuerza, pero él hizo lo posible. La pizarra patinó unos centímetros por la mesa y él se disculpó en perfecto y fluido inglés.

Era moreno, casi rojo, con ojos intensos y rasgos apuestos que se hinchaban en su madurez. Un corto y rígido mechón de cabello negro sin una sola cana le coronaba la cabeza. Brazos y piernas gruesas, bastante musculosas para tratarse de un marciano, sobresalían enérgicamente de un cuerpo bajo. Llevaba una camisa de algodón blanco y zapatillas de tenis. El tenis era el deporte favorito de Bithras.

—¡La presión es cada vez mayor! —dijo, sacudiendo la cabeza. Me miró con brillantes ojos de chiquillo y sonrió—. ¡Presentaciones! ¡Mi sobrina, mi nueva aprendiz y asistente!

Me levanté del asiento y me incliné. Él hizo otro tanto y me estrechó la mano. Posó sus ojos en mi pecho, que no era muy incitante debajo del mono suelto.

—Vienes muy bien recomendada, Casseia. Tengo grandes expectativas.

Me sonrojé. Él cabeceó animadamente.

—Pensé que tendríamos tiempo para almorzar a solas, pero no es así... comenzamos a trabajar de inmediato. ¿Dónde están los defensores?

Se abrió la puerta y entraron seis de los más eminentes abogados y gerentes del VM Majumdar. Yo había conocido a cuatro de ellos en reuniones sociales con el correr de los años. Tres varones, tres mujeres, todos con camisa blanca, pantalones cortos y toallas en torno al cuello, como si hubieran estado jugando al tenis con Bithras.

Nunca había visto a tantos notables reunidos en una sola habitación: mi primer contacto con el centro del poder.

Bithras saludó a todos con un cabeceo. Pasó por alto las presentaciones. Yo estaba allí para que me pusieran al corriente, no a la inversa.

—Comenzaré de inmediato —dijo Bithras—. Somos un planeta infeliz. No satisfacemos a la Tierra. Eso es bastante triste, pero en realidad nuestros progresos son lentos desde todo punto de vista. Nadie es capaz de ponerse de acuerdo. Ha pasado más de un año desde la caída del Gobierno estatista, y todo lo que hemos conseguido ha sido reorganizar el Consejo y celebrar reuniones provisionales. La economía ha retrocedido, y estamos en peor situación que antes de que Dauble iniciara sus maniobras. Esto ha perjudicado el comercio. No tenemos una entidad única que dirija nuestras transacciones. Las organizaciones de la Tierra deben tratar con cada VM por separado, y vérselas con celosos gobernadores de distrito. Todavía tenemos miedo de cooperar para defender nuestros intereses comunes, de caer nuevamente en la trampa estatista. En consecuencia...

Entrelazó las manos.

—Nos estamos perjudicando. Tenemos que terminar con las recriminaciones acerca de quién estaba de acuerdo con Dauble y quién no. Debemos dejar de castigar a los simpatizantes de la Luna y la Tierra excluyéndolos del Consejo. Como sabéis, me he reunido con los síndicos de los veinte VM más grandes de Marte en los últimos meses, para elaborar una propuesta para la unificación marciana, trabajando a espaldas del Consejo. Llevo a la Tierra un paquete que presentar, y lo presentaré esta noche ante el Consejo. Vosotros lo habéis estudiado... es precipitado, precario, defectuoso. Os doy una última oportunidad de criticarlo desde una perspectiva egoísta. Decidme algo que yo no sepa.

—Priva a los VM del derecho a controlar su propio comercio —dijo Hettie Bishop, abogada principal—. Sé que debemos organizarnos, pero esto es demasiado estatista.

—Insisto, decidme algo que yo no sepa.

—Otorga más poder que nunca a los gobernadores de distrito —dijo Nils Bodrum de Argyre—. Los gobernadores están enamorados de sus deberes y sus tierras. Algunos creen que Marte es un paraíso natural que debe preservarse. Seis empréstitos del Triple han fracasado porque no pudimos garantizar respuestas rápidas a los requerimientos de recursos. La burocracia conservacionista nos estrangula.

Bithras sonrió.

—De acuerdo, Nils. Ve al grano.

—Si los gobernadores siguen aferrándose a su criterio conservacionista, y les damos más poder, podemos despedirnos de millones de dólares del Triple. El dinero del Triple no respaldará la protección de nuestros recursos. Tendremos que reducir las colonias y rechazar inmigrantes terrícolas. Eso no hará feliz a nadie, y mucho menos a la Tierra. ¿Adónde enviarán a sus buscadores de eternidad? Por cada refugiado eloi...

—Inmigrante —señaló hurañamente Hettie Bishop.

—«Inmigrante». Recuerdo a esta augusta asamblea que nos pagan un millón de dólares del Triple. Y ese dinero circula primero por los bancos de Majumdar.

Bithras escuchaba con atención.

—No entiendo por qué la Tierra desea que los gobernadores sean más fuertes —concluyó Bodrum, entrelazando las manos.

—Nos presionan para que haya un Gobierno unificado y los VM cedan poder —dijo Samuel Washington de Bauxitos, en las montañas Nereidum—. Hace diez años que persiguen ese objetivo. Y están dispuestos a ejercer mucha presión.

—¿Qué clase de fuerza pueden utilizar? —preguntó Hettie Bishop.

Junto a ella, Nance Misra-Majumdar, la mayor de nuestras abogadas, rió entre dientes y meneó la cabeza.

—En los últimos diez años han llegado a Marte doscientos noventa mil inmigrantes terrícolas. Han ascendido a posiciones importantes en cada VM, algunos trabajan en el Consejo...

—¿Adónde quieres llegar, Nance? —preguntó Hettie.

Nance se encogió de hombros.

—Antes los llamaban quintacolumnistas —dijo.

—¿A todos ellos? —preguntó socarronamente Bithras.

Nance sonrió con paciencia.

—Nuestros pensantes se fabrican en la Tierra. Pueden pasar años hasta que los pensantes de Tharsis funcionen. Todas nuestras fábricas de nano vienen de la Tierra, al menos su diseño.

—Nadie ha encontrado irregularidades en los diseños ni en el software —señaló Hettie—. Nance, no hay motivo para ser paranoicos.

Bithras irguió el mentón e hizo girar la silla.

—No veo motivos para prever problemas, pero Nance tiene razón. Teóricamente hay muchos modos en que podrían desgastar nuestro poder sin recurrir a una expedición militar masiva por el espacio, que en todo casi nunca ha sido viable, aun para un mundo tan rico y poderoso como la Tierra.

Yo no podía creer que estuvieran discutiendo semejantes cosas. Sentí dudas, repulsión y fascinación, todo al mismo tiempo.

—No tenemos defensas organizadas —dijo Nils Bodrum—. Al menos una autoridad central tiene esa ventaja... mayor capacidad para organizar un ejército y defender nuestro planeta.

Evidentemente Bithras no estaba complacido con el rumbo que tomaba la conversación.

—Amigos míos, eso aún no constituye un problema serio. La Tierra simplemente desea que presentemos un frente unido para negociar, y ha señalado al VM de mayor poder financiero, el nuestro, para catalizar la unificación. Con perdón de la palabra.

—¿Por qué *unificación* debe ser una palabra? —dijo Hettie—. Por Dios, como abogada, os digo que me gustaría encontrar el modo de salir de ese barullo de excepciones y triquiñuelas que llamamos nuestra Carta Orgánica.

—La Luna pasó por esto hace varias décadas —apuntó Nance—. Desde el cisma, cuando la Tierra no pudo costearse la administración de mundos tan lejanos y nosotros nos separamos...

—Esto parece un vid histórico —comentó Nils con una ligera sonrisa.

Nance miró con mal ceño y continuó:

—Nos hemos liado en una maraña de disturbios constantes. La Luna encontró una solución. Modificó su constitución...

—Y fue reabsorbida por la Tierra —repuso Nils—. Su independencia es sólo un sueño.

—Nosotros estamos mucho más lejos —dijo Hettie.

Nils no cedió un palmo.

—No necesitamos que nos impongan el orden desde fuera. Necesitamos tiempo para encontrar nuestro propio camino, nuestra mejor solución propia.

Bithras suspiró.

—Mis estimados abogados me dicen lo que ya sé, y luego lo repiten una y otra vez.

—Cuando aceptas esa sugerencia de poder negociar con la Tierra —dijo Hettie—, ¿cómo esperas que ellos crean que puedes hacerla valer en el Consejo? Un acuerdo preliminar es una cosa...

Bithras expresó un disgusto extremo.

—Diré a la Tierra que el VM Majumdar retendrá toda transacción en dólares del

Triple a todo VM que no firme.

—¡Eso es traición! —estalló Nils—. Todos los VM de este planeta podrían querellarse con nosotros... y con razón.

—¿Y qué tribunal los oirá? —preguntó Bithras—. No tenemos una estructura judicial efectiva en Marte desde que Dauble... nuestros propios abogados se querellaron con Dauble en la Tierra, no en Marte. ¿Qué tribunal de la Tierra aceptaría un pleito concerniente sólo a Marte? —Bithras los miró con severidad—. Amigos míos, ¿cuánto hace que un VM no se querella con otro VM?

—Treinta y un años —dijo Hettie con calma, la barbilla en la mano.

—¿Y por qué? —continuó Bithras, apoyando la palma en la mesa.

—¡Honor! —exclamó Nils.

—Pamplinas —dijo Nance—. Nadie ha querido eliminar la ilusión. Cada VM es un paria, un renegado, y el Consejo es una farsa cortés.

—¡Pero funciona! —dijo Nils—. Los abogados negocian, conversan, llegan a un acuerdo antes de recurrir a los tribunales. Trabajamos a espaldas de los gobernadores. Es inconcebible que Majumdar ponga en peligro la existencia misma de otros VM.

—Quizá —dijo Bithras—. Pero la alternativa es peor. La Tierra sin duda hará muchas amenazas si no actuamos deprisa. Y una de ellas será un embargo total. Nuestras industrias más nuevas pueden salir muy perjudicadas, tal vez arruinarse.

—Por eso podríamos querellarnos —insistió Nils, pero sin convicción.

—Amigos míos, os he ofrecido la oportunidad de comentar este proyecto de constitución —dijo Bithras—. Tenéis hasta las dieciséis de hoy. Todos somos conscientes de los peligros. Todos somos conscientes de lo que siente la Tierra por Marte.

—Yo esperaba convencerte de que abandonarás esta farsa —dijo Nils.

—No tenemos esa opción. Soy sólo un mascarón de proa en este barco, amigos —concluyó Bithras—. Voy a la Tierra con humildad, para evitar un desastre. Nosotros somos sólo cinco millones. En la Tierra son treinta mil millones. La Tierra quiere acceso a nuestros recursos. Quiere *controlar* nuestros recursos. El único modo de mantener nuestra libertad es poner nuestra casa en orden, ceder ante la Tierra lo suficiente para postergar varios años la próxima confrontación, tal vez una década. Somos débiles. Un aplazamiento es nuestra mejor opción.

—Nos impondrán un gobierno estatista —dijo Nils—, y luego adecuarán ese gobierno a sus propósitos, y cuando haya terminado, nos poseerán en cuerpo y alma.

—Es posible —admiró Bithras—. Por eso debemos ser los primeros en darnos una puñalada por la espalda, como diría Nils.

Bithras se presentó ante el Consejo solo y expuso las propuestas que había elaborado con los cinco principales VM marcianos. El debate fue apasionado; a nadie le gustaban las opciones, pero nadie quería ser el primero en atraer la furia de la

Tierra.

De alguna manera se las ingenió para llegar a un proyecto aceptable. Bithras nos envió mensajes a Alien y a mí cuando terminó la sesión:

Mis queridos y jóvenes asistentes:

Todos los marcianos son cobardes. Han aceptado las propuestas.

¡Salve!

El viaje comenzó con una cena de despedida en la terminal de salidas del puerto espacial Atwood, al oeste de Pavonis Mons. Amigos, familiares y dignatarios acudieron al puerto a despedirnos.

Por razones de seguridad, Bithras subiría a la lanzadera en el último momento. Durante los últimos días habían dejado amenazas anónimas contra su vida en los buzones familiares, desde el anuncio de su partida a la Tierra. Algunos sospechaban de estadistas resentidos; otros pensaban en los VM más pequeños, que tenían menos que ganar y mucho que perder.

Mi madre, mi padre y mi hermano estaban sentados en un rincón de la sala, cerca de un ventanal que daba sobre el puerto. Las romas y blancas narices de las lanzaderas asomaban por las compuertas de los silos. La roja blandarena formaba estrías lisas sobre el blanco pavimento. Infatigables *arbeiters* de limpieza recorrían el campo sin cesar.

Hablábamos a borbotones, con largos paréntesis de silencio: circunspección marciana. Mi madre y mi padre procuraban no mostrar su orgullo ni su tristeza. Stan simplemente sonreía. Stan siempre sonreía, en los buenos y en los malos tiempos. Algunos lo juzgaban mal por esa causa, pero dada la forma de su rostro, para él era más fácil sonreír que no hacerlo.

Mi padre me aferró los hombros y dijo:

—Te irá estupendamente.

—Claro que sí —repuso mi madre.

—Tendremos que adoptar a alguien durante tu ausencia —continuó mi padre—. No podremos soportar la casa vacía.

—Claro que no —dijo mi madre—. Stan se irá dentro de unos cuantos meses...

—¿Sí? —dijo Stan. Su exclamación tenía un tono raro, de sorpresa al margen de la broma.

—Y tendremos el conejar para nosotros solos por primera vez en diez años. ¿Qué deberíamos hacer?

—Cambiar las alfombras —dijo mi padre—. No se limpian solas tan bien como antes.

Yo escuchaba con una mezcla de embarazo y aflicción. Ahora sólo quería estar sola para llorar, pero no era posible.

—Estaremos orgullosos de ti —dijo mi padre, y luego, por las dudas, lo repitió en

voz más alta.

—Lo intentaré —murmuré, escrutándole el rostro. Mi padre y yo nunca nos habíamos comunicado del todo; su amor siempre había sido evidente, y él nunca me había defraudado, pero a menudo era una incógnita. Creía conocer a mi madre, pero mi padre nunca me sorprendía y mi madre nunca dejaba de hacerlo.

—No prolonguemos esta situación —dijo mi madre con firmeza aferrando con insistencia el codo de mi padre. Ambas nos abrazamos. Yo la estrujé con fuerza, sintiéndome como una chiquilla, ansiando que me sentara en su regazo y me acunara. Ella apartó con suavidad pero con firmeza, sonriendo, lagrimeando. Mi padre me cogió la mano y la sacudió. También tenía lágrimas en los ojos. Dieron media vuelta y se fueron.

Stan se quedó un poco más. Nos apartamos de la muchedumbre en silencio, hasta que él ladeó la cabeza y susurró:

—Te echarán de menos.

—Lo sé.

—También yo.

—El tiempo pasará pronto —dije.

—Voy a casarme —dijo él, irguiendo orgullosamente la mandíbula.

—¿Qué?

—Con Jane Wolper.

—¿De Cailetet? —Sí.

—Stan, papá odia Cailetet. Son ambiciosos y selenitas. Nunca hemos podido compartir nada con ellos.

—Tal vez por eso la amo.

Lo miré atónita.

—Eres increíble —dije.

—Sí. —Parecía complacido consigo mismo.

—¿Te pasarás a la familia de ellos...? —Sí.

—Me alegra irme ahora.

—Te mantendré informada —dijo Stan—. Si papá no dice nada sobre mí, sabrás que todo ha ido mal. Te daré los detalles cuando se asiente la polvareda.

Lo recordé corriendo por el túnel que unía nuestras habitaciones cuando él tenía cinco años y yo dos y medio y lo adoraba. Podía saltar como un canguro y usaba almohadillas de caucho para brincar por los túneles. Atlético, sereno, con aplomo. Nunca había sido díscolo ni problemático. Ahora era su turno de herir y provocar.

Nos abrazamos.

—No dejes que ella te domine.

Stan hizo una mueca petulante, la borró con la mano como un payaso y sonrió feliz.

—Me enorgullece que lo hayas logrado, Casseia —dijo. Me abrazó rápidamente, me estrechó la mano, me entregó un pequeño paquete y se marchó.

Me senté en un rincón y abrí el paquete. Dentro había un cartucho con todos nuestros documentos y vids de la familia de sangre. Stan había pagado una tarifa adicional para que me permitieran llevar aquellos cien gramos de peso; la caja tenía un sello de carga. Me sentí aún más vacía y sola.

Me volví hacia la sala atestada con una especie de miedo rebotante. La lanzadera partiría al cabo de dos horas. Yo subiría a la *Tua-motu*, dentro de menos de seis horas. No faltaban ni veinte horas para que abandonáramos la órbita de Marte y nos lanzáramos en trayectoria solar.

Guardé el regalo de Stan, erguí los hombros y me interné en la multitud con una gran sonrisa falsa.

Aun en sus versiones de más lujo, el viaje espacial nunca fue cómodo. La lanzadera que nos puso en órbita era una tosca introducción a las imprescindibles frugalidades de abandonar un planeta: salir disparado de la pecera planetaria en una columna de hidrógeno o metano llameante, dentro de una cabina cilíndrica de menos de diez metros de anchura, todos en círculos apilados con los pies apuntando hacia fuera, setenta pasajeros y dos tripulantes, perdiendo el tranquilizador abrazo de Marte para caer sin cesar...

La biquímica temporal ayudaba. Los pasajeros que tenían instalada una biquímica permanente para adaptarse a condiciones de microgravedad pasaron dormidos la primera hora en órbita, mientras la nave se movía cuidadosamente para acoplarse con la *Tuamotu*. Yo había rechazado aquel procedimiento tan radical —¿con cuánta frecuencia viajaría entre mundos?— y había escogido el tratamiento temporal. Pasé todo el tiempo despierta, mientras mi cuerpo se adaptaba a la profunda incertidumbre de una caída constante.

Había ciertas cosas que no esperaba. Las rápidas adaptaciones de la biquímica temporal causaban una especie de euforia que era agradable y perturbadora a la vez. Durante varios minutos me sentí increíblemente sensual, pero eso pasó, y sólo quedó un cosquilleo constante en todo mi cuerpo.

Bithras y Pak-Lee habían llegado a Atwood más tarde, y estaban en la lanzadera debajo de mí. Alice Dos estaba en la bodega, en un camarote especial para pensantes.

Estar lejos de los enlaces de red era como la privación sensorial para un pensante; mientras estuviéramos en el espacio, sólo sería operativa menos de una décima parte de la capacidad de Alice Dos. La anchura de banda de la comunicación espacial era insuficiente para mantenerla plenamente ocupada. No dormiría, desde luego, pero pasaría gran parte del viaje hurgando en su gran banco de datos para establecer correlaciones entre la historia terrícola y la marciana.

Muchos pensantes habían creado enjundiosas y autorizadas obras LitVid mientras

estaban en sueño de máquina. Algunos decían que los mejores historiadores ya no eran humanos, pero yo no estaba de acuerdo. Alice Uno y Alice Dos me parecían muy humanas. Alice incluso hablaba de su copia como de una «hija». Yo nunca había trabajado con pensantes, y estaba encantada.

Sentada en mi estrecha litera en la oscuridad, mientras una proyección de la superficie naranja y roja de Marte rodaba sobre mí, me pregunté qué estaría haciendo Charles. A diferencia de él, yo aún no había encontrado a nadie con quien ocupar seriamente mi tiempo libre. El día anterior había hablado con Diane y ella me había preguntado si esperaba iniciar un romance a bordo. «Ni lo sueñes —le respondí—. Seré un conejo ocupado».

El viaje de ida duraría ocho meses terráqueos. Cada pasajero escogía entre tres opciones: sueño tibio con la mente sumida en un sofisticado ámbito de simulación (a veces llamado crudamente *ciber-nación*), viaje en tiempo real, o una mezcla preprogramada de ambas cosas. La mayoría de los marcianos escogían tiempo real. La mayoría de los terrestres que regresaban a la Tierra escogían simulaciones y sueño tibio.

La escena de Marte cambió de pronto por una visión de la *Tuamotu* en el espacio. Con los botalones desplegados, los cilindros de pasajeros abrazados al casco, nuestro hogar de los próximos ocho meses resultaba diminuto en el fondo de estrellas. Naves remolcadoras sujetaban tanques de helio tres, agua y metano a la proa. Los impulsores se flexionaban experimentalmente en la popa.

Una vocecita brindaba un comentario permanente en un oído. La *Tuamotu* tenía quince años terráqueos, se había construido en órbita de la Tierra, se mantenía por nanotecnología, era veterana de cinco cruces, se había mejorado antes de su viaje a Marte, era alabada por las guías de viajes de la Tierra y Marte. Llevaba cinco tripulantes: tres humanos, un pensante especializado, y un pensante esclavo de respaldo.

Tuve un arrebato de claustrofobia al pensar que permanecería encerrada tanto tiempo. Había estudiado el diseño de la nave pocas horas antes de subir a ella, aprendido a desplazarme por el cilindro de pasajeros, analizado la rutina de a bordo. Pero tendría que superar la certeza de que no había salida. Aunque había pasado la mayor parte de mi vida en túneles y espacios cerrados, siempre había otro túnel, otro conejar, y en última instancia podía ponerme el traje, atravesar una cámara para ir Arriba, lujos de los que no disponía en la *Tuamotu*.

Me inquietaba la idea de pasar tantos meses en compañía de tan pocos. ¿Y si Bithras, Alien y yo no nos llevábamos bien?

Un diminuto ascensor transportaba tres pasajeros por vez a lo largo del casco, desde la cámara primaria hasta una pequeña cabina que había delante de los escudos de impulso. El camarero de nuestro cilindro —bajo, tieso, de cabello rubio y tez

morena, de unos cuarenta años terráqueos, con ojos penetrantes y negros— nos saludó formal y cortésmente y se presentó como Acre. Tenía la notable habilidad de usar los pies como manos, y de doblar las piernas largas y bronceadas hacia atrás y hacia delante, todo lo cual demostró rápidamente y con explicaciones mínimas. Nos escoltó en pequeños grupos hasta la cámara secundaria. Desde allí, trepamos por un tubo de acceso de un metro de anchura hasta nuestro cilindro; entramos en la sala de observación, rodeados por ventanas de visión directa que en aquel momento estaban cerradas y protegidas.

En la sala había espacio para todos nosotros. Allí juntos aguardamos instrucciones. Bithras encabezó el último contingente de pasajeros y deliberó brevemente con el camarero antes de echar un ceñudo vistazo al grupo. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, convirtió el ceño fruncido en radiante sonrisa, dobló el brazo y arqueó los dedos para saludarme.

El camarero me llamó por mi nombre desde el tubo de acceso. Floté hacia delante, cogiéndome a los asideros y chocando contra otros viajeros antes de afianzarme.

—Entiendo que usted está a cargo de nuestra amiga —dijo, entregándome la caja de Alice. El transporte *arbeiter* de Alice pesaba tanto como ella y no lo habíamos llevado; le alquilaríamos un transporte en la Tierra.

—Gracias —dije.

—Por favor sostenga esta cosa mientras revisamos la lista y nos organizamos.

—No es una cosa —repliqué.

—Perdón. —El hombre sonrió—. La guardaremos en su nicho después de la orientación.

Cogí a Alice con la mano y me desplazé hacia un lado de la sala. Por el momento Alice era «endo» en vez de «exo». Sus sensores y su voz estaban desactivados.

—Ahora que todos estamos aquí —dijo el camarero—, bienvenidos a la *Tuamotu*. Les daremos información importante y luego los acompañaremos a sus camarotes.

Bithras y Alien Pak-Lee flotaban junto a mí.

—Éste es mi segundo viaje a la Tierra —murmuró Bithras—. Para ti es el primero, ¿verdad?

—El primero —respondí.

La mayoría de los acentos ingleses de la Tierra me resultaban familiares de los LitVids; el mayordomo, Acre, parecía australiano. Sus rasgos parecían aborígenes. Acre nos expuso las normas con claridad y concisión. Nos dio algunos consejos sobre seguridad para la siguiente etapa del viaje —impulso e inyección en órbita solar— y nos hizo recorrer la sala para familiarizarnos con dispositivos y procedimientos de gravedad cero.

—Mañana comentaremos los niveles de inmunización y las opciones disponibles

durante el viaje. Algunas opciones están cerradas. Todas las literas de sueño tibio están reservadas. Tampoco hay acceso a las literas temporales y las desconexiones. Esperamos que eso no cause inconvenientes.

—¡Ay de mí! —murmuró Bithras.

Acre me ayudó a guardar a Alice en su nicho y me mostró cómo ejecutar los chequeos de conexión legalmente requeridos. Bithras nos acompañó unos minutos, aplicó un tramo de cinta de identificación a una juntura para evitar toda manipulación no autorizada y dejó el resto a Acre y a mí.

—¿Pensante familiar? —preguntó Acre.

—Una copia —respondí.

—Me agradan los pensantes —dijo—. Una vez almacenados, no representan el menor problema. Ojalá viajaran con mayor frecuencia. El capitán dice que a veces Sakya se siente solo.

Sakya era el pensante de la nave. Metí la mano en el nicho, apoyé la palma en la conexión de Alice para identificarme.

—¿Todo va bien? —pregunté.

—Estoy cómoda, gracias —respondió Alice, entrando rápidamente en exo—. ¿Bithras me ha puesto sello de seguridad? —Sí.

—Ahora estoy hablando con Sakya. Esto resultará agradable. ¿Vendrás a charlar conmigo cuando estemos en camino?

—Me encantaría —dije. Cerré la compuerta del nicho. Acre la aseguró y me dio la llave—. Los fabricamos en Marte —expliqué.

—Tal vez le enseñe modales a Sakya.

Todo en la *Tuamotu* era bastante nanotecnológico; la habían mejorado con los diseños terrícolas más recientes antes de su último cruce. Se había eliminado aquel delator olor a levadura y yodo que se producía durante la actividad nano. Las superficies visibles de la nave podían adoptar una variedad aparentemente infinita de texturas y colores, y podían exhibir o proyectar imágenes con resolución molecular.

Me sentí envuelta en lujos al examinar mi camarote privado: dos metros por tres por dos, saco de vapor privado y retrete de vacío. Si quería podía transformar *casi todo* el camarote en una pantalla Lit-Vid y quedar rodeaba por cualquier paisaje que escogiera.

Extraje el escritorio, conecté mi pizarra y seleccioné mi plan. El escritorio adquirió color y textura de piedra y madera con incrustaciones de oro. Acaricié la superficie táctil; la sensación de roble bruñido, frío mármol y liso metal era perfecta.

Era tradicional que los pasajeros se reunieran para el lanzamiento. Yo quería conseguir asiento, así que me apresuré a sacar mis bártulos de la maleta y fui a popa.

Alien Pak-Lee me siguió y se sujetó a un asiento junto a mí.

—¿Nerviosa? —preguntó.

—No creo —dije.

—Cielos, yo sí. No me malinterpretes. Siento un gran respeto por Bithras, pero es muy exigente. Estuve hablando con el asistente que lo acompañó en el último viaje. Me dijo que pasó varios meses infernales. Hubo una crisis y Bithras insistió en capear el temporal.

Bithras regresó a la sala y se sentó junto a nosotros.

—Maldita sea —rezongó.

—¿Por qué? —pregunté.

—Esta nave apesta a progreso —dijo.

La sala se llenó cuando sonó el gong. El camarero, con la ayuda de unos esbeltos y gráciles *arbeiters* octópodos, nos sirvió bebidas y explicó el procedimiento a los no iniciados. El lanzamiento sería cómodo, pues no superaríamos un tercio de g. Durante unas horas tendríamos una «vaga sensación de arriba y abajo». Un tercio de g estaba apenas por debajo de lo común en Marte, y ni siquiera sería el peso completo para un conejo rojo.

Los pasajeros que habían conseguido asiento se relajaron, y los que estaban flotando encontraron asideros y ganchos y buscaron un lugar donde apoyar los pies. Miré con curiosidad a quienes serían nuestros compañeros durante ocho meses. En nuestro cilindro viajaba una familia, una apuesta pareja con una hija que aparentaba unos diecisiete años terráqueos. Terrícolas nativos, al parecer. La hija, demasiado bella para ser del todo natural, jugaba con una pseudo-mascota.

Acre miró el reloj de pulsera ceremonial de su brazo izquierdo, alzó la mano e inició la cuenta atrás.

A la de cinco, la nave vibró como una campana. A la de cuatro, el techo proyectó una visión completa de popa. Todos miraron arriba, boquiabiertos. Los embudos impulsores se flexionaron. Un motor de metano-oxígeno nos arrancaría de la órbita marciana.

Lenguas de fuego violáceo lamieron la oscuridad y el borde de Marte: calentamiento y prueba. Luego el motor rugió a toda potencia, arrojando un largo cono naranja que pronto se tiñó de azul traslúcido.

Poco a poco adquirimos peso. El peso creció hasta que tuvimos la sensación de estar otra vez en Marte. Los pasajeros flotantes se rieron y se apoyaron en el suelo, y algunos incluso se pusieron a bailar, batiendo palmas.

Cortamos nuestros lazos con mi mundo natal.

En mi camarote, antes de dormirme, estudié diagramas del manual operativo de la nave, cosas que normalmente no me habrían interesado. Le habrían interesado a Charles, sin embargo, y de nuevo sentí la perversa obligación de pensar en él. Atribuía estos pensamientos simplemente al temor y la añoranza.

Doce pasajeros de nuestro cilindro entrarían en sueño tibio cuando la nave

hubiera extendido sus botalones. Veintitrés permaneceríamos despiertos todo el viaje, la mayoría marcianos; diez mujeres y trece varones, seis de ellos «libres», aunque yo sospechaba, dadas las costumbres terrestres de la época, que aun los varones no acompañados y casados constituían una presa apetecible para aventuras pasajeras. Pero yo no estaba interesada.

No sentía de entrada ningún afecto por Alien, y Bithras todavía era una incógnita amenazadora, teniendo en cuenta lo que de él me habían dicho. Yo nunca había sido demasiado gregaria —una reacción contra mis ruidosos parientes— y en aquel preciso instante estaba evitando una fiesta que se celebraba en el comedor.

Los motores de reacción química y los impulsores iónicos, empleados para arrancar la nave de su órbita planetaria, y acelerar hasta por debajo de la velocidad de crucero, dejan una ínfima cantidad de desechos. Sin embargo, la estela de masa de reacción del motor principal, calentada por fusión, contiene una ablación radiactiva de superficie de máquina. El motor de fusión debe activarse teniendo en cuenta los vehículos que pueden cruzar estas órbitas hasta cuatro días después, tal como exigen las Pautas de Navegación del Triple.

La nave pondría en marcha sus motores principales a diez millones de kilómetros de Marte.

El viento solar puede despejar todo residuo de fusión de una región a diez millones de kilómetros por encima y por debajo del plano en el lapso de dos semanas (me informó el manual). Esto deja suficiente margen la mayoría de las veces durante el ciclo solar, pero en períodos de actividad solar mínima los residuos pueden tardar hasta cuarenta y cinco días en desaparecer, y debe obtenerse una autorización especial de Control de Navegación del Triple para lanzar naves impulsadas por fusión en este período.

Vivos diagramas tridimensionales se proyectaban en el aire complementando el texto.

Los viajes Tierra-Marte realizados cuando la configuración de los planetas no es la más favorable, requieren más aceleraciones por fusión y velocidades más altas. Los cursos alargados y más rápidos —en contraste con los cursos más abiertos y lentos— llevan las naves hasta la órbita de Venus, y en ocasiones hasta la órbita de Mercurio, con mayor exposición a la radiación solar. La nanotecnología médica ha avanzado hasta el extremo de que las lesiones por radiación de los pasajeros se pueden reparar rápida y eficientemente, eliminando todos los efectos nocivos de las trayectorias más cercanas al Sol.

¿Y si yo no tenía madera para el vuelo espacial? Había aprobado los exámenes, pero había ejemplos de pasajeros sin tolerancia al espacio a quienes era preciso sedar si no había cubículos de sueño tibio disponibles.

Parecían aguardarme ocho meses de horror. El camarote era asfixiante, el aire

estaba enrarecido. Me imaginé a Bithras manoseándome. Yo le daría un porrazo, y él no sería demasiado comprensivo y me despediría antes de llegar a la Tierra. No tendría más opción que regresar a la primera oportunidad disponible, pasar diez o doce meses en el espacio. Enloquecería y me pondría a gritar. El *arbeiter* médico de la nave me atiborraría de medicamentos y yo entraría en ese estado espantoso que describen los LitVids populares, apresada entre mundos, la mente liberada del cuerpo sin tener adonde ir, lejos de las esferas humanizadas, obligada a tener relación con antiguas monstruosidades.

Me eché a reír. Las antiguas monstruosidades me encontrarían la mar de aburrida y me rechazarían. Aislada y fracasada, terminaría asesorando a los mineros de los asteroides sobre cómo programar sus prostitutas prostéticas para obtener una conducta más parecida a la real.

Las risitas terminaron en carcajadas. Rodé en mi litera y sofoqué el ruido. La risa no era agradable —sonaba forzada y áspera— pero surtió su efecto. Rodé sobre mi espalda. Había aplacado mis temores.

Acre y el camarero que estaba a cargo del cilindro opuesto celebraron una fiesta para el «día de medio grado». Acre era un maestro en fiestas; nunca se aburría, nunca le faltaba conversación. Sólo estaba a solas cuando los demás pasajeros dormían.

Su única defensa parecía ser cierta obtusidad que desalentaba las conversaciones largas. Yo estaba casi segura de que no era un androide fabricado en la Tierra, pero la sospecha nunca se desvaneció del todo.

Los pasajeros se reunieron en la sala de ambos cilindros, mezclándose libremente, y vieron cómo Marte adquiriría el tamaño de la Luna tal como se veía de la Tierra.

Los terráqueos encontraron la panorámica fascinante, y hubo canciones sobre «Marte lleno», aunque sólo se veía un tercio del planeta. El capitán descorchó una botella de champán francés, una de cinco, según dijo.

La muchacha se me presentó durante el desayuno de nuestro tercer día; se llamaba Orianna, y sus padres eran ciudadanos de Estados Unidos y Eurocon. Su rostro me fascinaba. De ojos rasgados y ligeramente asimétricos, pupilas rojizas como ópalos de Arcadia, tez impoluta de un moreno multirracial, se encontraba a sus anchas en microgravedad y flotaba como un gato. Me recomendó las mejores simulaciones disponibles en la nave, y pareció divertirse cuando le dije que no me interesaban.

—Los marcianos son una rareza —dijo—. Tendrás mucho atractivo en la Tierra. Los terrícolas adoran a los marcianos.

Mi primera impresión de Orianna no fue muy favorable.

Durante la primera semana, Bithras pasó mucho tiempo haciendo ejercicio, trabajando en su cabina o aguardando impacientemente para comunicarse con Marte. Rara vez nos hablaba. Alien y yo pasamos algún tiempo juntos al principio, haciendo

ejercicios o estudiando, pero no hacíamos buenas migas y pronto buscamos a otros pasajeros para conversar.

Conocía el interior público de nuestro cilindro de proa a popa, y a pesar de mis reticencias había hablado con casi todos. No había muchas oportunidades para un idilio; los hombres eran mayores que yo, y ninguno parecía interesante; todos, como Bithras, eran sujetos influyentes, muy enfrascados en asuntos de los que no podían hablar.

Yo fantaseaba: estaba a bordo de una nave de inmigrantes, con hombres de origen diverso cuyos pasados ocultos se veían impulsados a confesar. Gente peligrosa, extraña, apasionada.

Sobre el casco iba montado un telescopio de cuatro metros, que se mantuvo replegado y oculto durante los primeros millones de kilómetros, y luego se desplegó para uso de los pasajeros. Yo había reservado unas horas de uso. Las horas libres a bordo de la *Tuamotu* eran ideales para ponerse al corriente de temas que yo había descuidado, como la astronomía.

El mirador de nuestro cilindro estaba en la sala de observación, un pequeño cubículo con espacio para cuatro personas. Yo había esperado estudiar sola, probarme en navegación celestial y localización de objetos rastreando algunas estrellas cercanas de las que se sabía que tenían sistemas planetarios. Quería redescubrir al menos los ejemplos más destacados y cercanos. Pero en el mirador me encontré con Orianna.

Sin rodeos, me preguntó si podía reunirse conmigo.

—No he reservado horas, y no las hay disponibles hasta dentro de una semana —se quejó—. Adoro la astronomía. Me gustaría transformarme y viajar a las estrellas. —Separó las manos unos centímetros, sugiriendo el tamaño propuesto para humanos diseñados para migración interestelar—. ¿Te molesta?

Me molestaba, pero mis modales marcianos me imponían la cortesía. Le dije que podía unirse a mí, y aceptó con una sonrisa.

Era diestra con los controles, y me estropeó el juego al localizar en pocos minutos todos los objetos que yo había escogido. Expresé mi admiración.

—No es nada —dijo—. Mis padres me compraron siete expansiones. Si quiero, puedo tocar casi todos los instrumentos musicales con pocos días de práctica. No como los mejores, pero lo suficiente para pasar por una aficionada con talento. Dentro de unos cuantos años, si lo legalizan, me podría instalar un minipensante.

—¿No te molesta poseer tantos talentos? —pregunté.

Orianna se arqueó y se impulsó con un dedo, poniéndose cabeza abajo. Se trabó con el pie y dejó de girar.

—Estoy acostumbrada. Aun en la Tierra, algunos piensan que mis padres y yo hemos ido demasiado lejos. He pedido cosas, me las han dado... en realidad tengo que moderarme para hacer amigos.

—¿Ahora te estás moderando?

—Claro. Jamás alardeo. Es el mejor modo de estropear toda posibilidad de conectar. Tú eres una natural, ¿verdad?

Asentí.

—Algunos amigos míos te envidiarían. La oportunidad de ser lo que eres. Pero sería muy lenta. ¿Nunca te sientes lenta?

Me eché a reír. Era demasiado etérea para enfadarse.

—Continuamente —dije.

—¿Entonces por qué no te expandes? A fin de cuentas es posible, aun en Marte. Y tú eres de Majumdar, el VM financiero, ¿verdad?

El tono de esta última pregunta me reveló que ella sabía muy bien que yo era de Majumdar.

—Sí. ¿Cuánto tiempo has estado en Marte?

—El suficiente para situarme. Dos meses. Llegamos en una nave rápida, desde la órbita de Venus. Mis padres nunca habían estado en Marte. Todos decían que teníamos que ver cómo eran Marte y la Luna. De primera mano.

—¿Te ha gustado?

—Es maravilloso. ¡Tantos desafíos! Realmente bello. Como si el planeta entero estuviera llegando a la pubertad.

Nunca lo había oído describir de esa manera. Los marcianos se consideraban viejos y establecidos, tal vez confundiendo su breve pasado con la antigüedad del planeta.

—¿Qué lugares has visitado?

—Nos invitaron a permanecer en media docena de ciudades. Incluso hemos visitado un puñado de estaciones externas, colonizadas por terrícolas inmigrantes. Mis padres conocen a bastantes eloi. No hemos llegado a... —De nuevo una pausa introspectiva—. Ylla o Jiddah. Allí está tu hogar, ¿verdad?

—¿De dónde sacas la información? —preguté. El domicilio de mis padres no figuraba en la relación de pasajeros.

—He tomado esos datos de los directorios públicos —me dijo Orianna—. Aún no los he eliminado.

—¿Y para qué? Cualquier pizarra puede llevarlos.

—No uso pizarra. Los tomo directamente. Me encanta empaparme.

—¿Empaparte?

Se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Sumergirme. Es como si yo me fuera, y sólo quedara información y proceso, puro y rápido.

—Oh.

—El aprendizaje en su más pura esencia. Educación significa ser.

—Oh. —Cerré la boca.

—Creo que a muchos marcianos les he parecido muy ruda. Incluso he desconcertado a algunos de mi edad. Los marcianos son bastante envarados, ¿verdad?

—Algunos piensan que sí. —¿Y tú?

—Soy bastante conservadora, creo.

Extendió sus largos brazos y piernas y se cogió a los asideros de la cabina con gracia inquietante.

—No me gusta nadie de la nave. Como pareja, quiero decir. ¿Y a ti?

—No —contesté.

—¿Has tenido muchas parejas?

—¿Quieres decir amantes?

Ella sonrió con picardía.

—Esa palabra es interesante, pero no siempre es precisa, ¿verdad?

—Algunos —respondí al fin, con la esperanza de que entendiera la insinuación y no se entrometiera.

—Mis padres formaron parte del programa de acoplamiento temprano. He tenido parejas desde los diez años. ¿Te parece que es demasiado pronto?

Oculté mi desagrado. Había oído hablar del acoplamiento temprano, pero nunca se había aceptado en Marte.

—Creemos que la infancia es para los niños —dije.

—Créeme —dijo Orianna—. No he sido una niña desde que tenía cinco años. ¿Eso te molesta?

—¿Tuviste tus primeras relaciones sexuales a los diez años? —pregunté. Aquella conversación me estaba haciendo sentir muy incómoda.

—¡No! Nunca he tenido relaciones sexuales físicas.

—¿Simulaciones? —pregunté con timidez.

—A veces. El acoplamiento... oh, entiendo tu confusión. Yo me refiero a compartir una intimidad mental, encontrar conjuntamente varias clases de placer. Me gustan las simulaciones integrales. He experimentado dos... Amplían tu mente. Así que lo sé todo sobre la sexualidad. Aun sobre una sexualidad que es físicamente imposible. Relaciones entre formas humanas tetradimensionales.

De pronto parecía angustiada, y era tan carismática que tuve ganas de disculparme, de hacer cualquier cosa para que fuese feliz. *Por Dios, pensé. Un planeta lleno de personas como ella.*

—Nunca he compartido mi mente —dije.

—Me gustaría compartir contigo. —El ofrecimiento era tan desconcertante que no supe qué responder—. Tienes una presencia realmente natural. Creo que sabrías compartir muy bien. Te he observado desde que comenzó el viaje... —Juntó los labios y regresó a la pared—. Si no soy demasiado atrevida.

—No —dije.

Tendió la mano y me tocó la mejilla, acariciándola con los dedos.

—¿Compartes conmigo?

Me sonrojé de furia.

—No hago simulaciones —respondí.

—Sólo habla, entonces. Mientras dure el viaje. Y cuando lleguemos a la Tierra, puedo mostrarte algunas cosas que quizá pasarías por alto como turista marciana. Puedo presentarte a mis amigos. A todos nos complacería.

—De acuerdo —dije, con la esperanza de escabullirme alegando un malentendido cultural si el ofrecimiento significaba más de lo que yo podía asumir.

—La Tierra es realmente maravillosa —dijo Orianna con un parpadeo lánguido—. Lo veo con mayor claridad ahora que he estado en Marte.

Habíamos recorrido cerca de diez millones de kilómetros en tres semanas de viaje. Pronto se activarían los motores de fusión. El casco sería inhabitable en cuanto estuvieran en marcha.

Después de una gran fiesta, en la que se disfrutaba de uno de los mejores banquetes que ofrecería el viaje, el capitán se despidió y cruzó al cilindro opuesto. Los pasajeros que se alojaban allí ya no podrían visitarnos; todos nos dimos la mano y ellos siguieron al capitán.

La mayoría de los ocupantes de nuestro cilindro se acostaron en sus cabinas para afrontar mejor la transición. Algunos espíritus audaces, yo incluida, nos quedamos en la sala. Hubo una obligatoria cuenta atrás. Odiaba sentirme como una turista, pero participé. Acre era demasiado agradable y simpático para negarse a sus servicios.

Habíamos vuelto a la ingravidez, pero estábamos a punto de adquirir todo el peso de la Tierra durante varias horas. La cuenta atrás llegó a su fin, los ocho gritamos al unísono, y la nave resonó con un ruido hueco. Apoyamos los pies en el suelo del salón. Orianna, cerca de sus padres, parecía al borde del éxtasis. No pude menos que recordar el rostro embelesado de santa Teresa de Bernini.

El chorro de fusión nos seguía como un espléndido velo nupcial. Azul brillante en el centro, coronado con el fulgor anaranjado procedente del revestimiento del motor ionizado del embudo impulsor, nos llevó a casi tres veces nuestro peso acostumbrado en Marte, una g completa.

Algunos, entre ellos los padres de Orianna, treparon hacia la proa y se ejercitaron briosamente en el gimnasio, bromeando y burlándose de los remolones.

Yo escogí un término medio y trepé por el cilindro durante una hora. Mis tratamientos de biquímica temporal hacían soportable la fuerza g, pero no agradable. En un manual de viajes había leído que podría transcurrir una semana en la Tierra antes de que alguien con tratamiento temporal se sintiera cómodo con aquel peso opresivo. Orianna me acompañó; ella también tenía tratamiento temporal, y estaba

trabajando para recobrar su fuerza terrícola.

Mientras trepábamos por el cilindro, desde la cubierta de observación hasta el pasadizo delantero del control de botalones, Orianna me habló sobre las modas de la Tierra en ropa.

—Hace dos años que no estoy allí —dijo—. Pero me gusta pensar que no he perdido el contacto. Me mantengo al corriente con los vids.

—¿Y qué se lleva?

—Lo formal y lo alechugado. Los verdes y los encajes. Las máscaras no se llevan este año, salvo en los flotadores... máscaras proyectadas con iconos personales. Aunque nadie usará proyección de patrones. Me gustaba la proyección de patrones. Podías ir sin nada encima y aun así era discreto.

—Puedo rehacer mi vestuario. He traído bastante tela cruda.

Orianna hizo una mueca.

—Este año lo moderno es la indumentaria fija, no son las nano-formas. Es preferible la tela vieja, y mejor si es raída. Buscaremos en las tiendas de reciclaje. La apariencia andrajosa es la más «in». La imitación nano es imperdonable.

—¿Tengo que ir a la moda?

—Claro que no. Es óptimo pasar. Yo cambio de solitaria a esclava cada tantos meses, cuando estoy en casa.

—Los terrícolas esperarán que una conejo rojo sea harto retro, ¿verdad?

Orianna me sonrió con amistosa compasión.

—Con ese vocabulario, ya lo eres. Tú sólo escúchame, y seguirás la corriente.

Sin aliento, de pie en el pasadizo que rodeaba el conector de botalones de proa, descansamos un momento.

—Pues corrígeme —jadeé.

—En Marte todavía dicen «harto jácara». Eso es absolutamente negativo, mediados del XXI. A los terrícolas les suena de la Edad Media. Si no hablas multilingüe, y mejor que no lo intentes a menos que dispongas de una expansión, lo mejor es hablar como a principios del XXII, sin adornos. Todos entienden lo de principios del XXII, a menos que estés apegado al francés, el alemán o el holandés. Cualquier cosa que tenga veinte años se considera estándar. A los chinos les gustan ocho clases de eurojerga, pero si los tratas en su país, vuelven al *Putonghua* del XX. El ruso...

—Me atenderé al inglés.

—Lo más seguro —dijo Orianna.

Los motores de fusión se apagaron y volvió la ingravidez. Había llegado el momento de separar los cilindros del casco e iniciar la rotación. La *Tuamotu* hizo girar sus largos botalones entre el casco central y los cilindros fuera borda. Los botalones estaban unidos a un rotor del casco, y los cilindros usaban sus pequeños

motores de metano para iniciar el viraje.

Una vez extendidos, los cilindros quedaban perpendiculares al casco, tal como cuando habíamos experimentado la aceleración de la nave; para moverse de cubierta en cubierta había que subir o bajar, o coger el ascensor. La fuerza centrífuga creaba un cuarto de g en la sala de observación, la cubierta más externa o «más baja».

Cuando los cilindros llegaron al punto máximo, los durmientes se retiraron a los cubículos. Se organizó una fiesta en su honor. En nuestro cilindro quedaban ahora veintitrés pasajeros activos, y aún faltaban siete meses de viaje.

Orianna había llenado su cabina de imágenes proyectadas, cada una de las cuales conducía a una simulación o LitVid en espera; eran una veintena en total, suspendidas en el aire como esculturas diminutas, algunas palpitando, otras canturreando. Ella rió.

—Qué tonto, ¿verdad? Las apagaré.

Movió la mano y los iconos desaparecieron, permitiéndome ver el resto de la cabina. Estaba ordenada pero abarrotada. En un rincón vi un jersey o la mitad de un jersey, con unas varillas y una pelota de algo que parecía hilo... *lana*, recordé.

—¿Haces punto? —pregunté.

—Sí. A veces no sé dónde estoy ni qué hago, y tejer me orienta. Es moda en París, donde vive mi padre.

—¿Tu madre vive con tu padre?

—A veces. Tienen un vínculo abierto. Yo vivo con mi padre casi todo el año. A veces voy a Etiopía a vivir con mi madre. Ella es agente mercantil de Iskander Resources. Buscan mano de obra cualificada en todo el mundo.

—¿Y tu padre?

—Es ingeniero de minas para Conservación de Aguas Europeas. Pasa mucho tiempo en submarinos. Tengo una magnífica simulación del Mar del Norte. ¿Quieres verla?

—Ahora no. ¿No te gustaría vivir en un solo lugar? —pregunté.

Orianna extendió las manos.

—¿Para qué?

—Para sentirte parte de algo, para saber dónde estás.

Sonrió.

—Conozco toda la Tierra. Y no sólo a través de simulaciones. He estado en todas partes, con y sin mis padres. Puedo pilotar un *shocker* desde Djbouti hasta Seattle en cuatro horas. El cambio climático es sensacional. Realmente hace que te descienda el nivel de azúcar.

—¿Alguna vez has ido despacio? —pregunté.

—¿Quieres decir...? —Acarició la colcha de la cama con la mano—. ¿A velocidad de tierra? ¿Kilómetros por hora de dos dígitos?

—De un solo dígito.

—Claro. Hace dos años recorrí Francia en bicicleta con gente de Kenia. Fogatas, cielos nocturnos, la vendimia en Alsacia. Esto te desconcierta, ¿verdad?

—Si quieres decir que me deja pasmada, obviamente.

—La Tierra no es decadente, Casseia. De veras. No soy una pobre niña rica, como tampoco lo eres tú.

—Tal vez sea sólo envidia por mi parte.

—Yo lo llamaría timidez. Pero si quieres preguntarme sobre la Tierra, historia y cultura oral, no hay ningún problema. Nos quedan meses, y no quiero pasarlos haciendo ejercicio y viendo simulaciones.

Mis estudios sobre la Tierra y conversaciones con Alice me habían creado la impresión de una sociedad impecable, fría y eficiente. Pero lo que oía en mis conversaciones con Orianna contradecía dicha impresión. Había grandes desavenencias entre los terrícolas; los países de la GAEO y su equivalente meridional, la GAHS, discutían sin cesar, y los sistemas morales chocaban a medida que la población de un país cambiaba a otro, una actividad frecuente a fines de los años setenta. Algunas poblaciones —fatimitas islámicos, cristianos de la Verde Idaho, mormones, saudíes wahabitas y otros— mantenían posturas que habrían sido conservadoras aun en Marte, aferrándose tercamente a su identidad cultural pese a la desaprobación general.

Los paleocristianos de la Verde Idaho, prácticamente un país aparte dentro de Estados Unidos, proclamaban que la mujer tenía menos derechos que el hombre. Las mujeres luchaban en pro de la reducción de sus poderes y derechos legales, pese a la oposición de los demás estados. Por el contrario, entre los fatimitas de Marruecos y Egipto, los hombres procuraban glorificar la imagen de la mujer, a quien consideraban Cáliz de Mahoma. En la Gran Albión, la antigua Gran Bretaña, los transformistas adultos que en apariencia habían regresado a la infancia no podían ocupar cargos públicos, lo que creaba un embrollo que yo apenas atinaba a comprender. Y en Florida, a despecho de las regulaciones, algunos transformistas adoptaban formas similares a las de mamíferos marinos y, para costeárselas, organizaban muestras sobre «sexo en el mar» para los turistas.

En cuanto al lenguaje, el mayor furor de los años sesenta y setenta eran los idiomas inventados. La mezcla de viejas lenguas, la intervención de otras nuevas, la combinación electrónica de música y palabras para que uno no pudiera distinguir dónde terminaban los tonos y comenzaban los fonemas, la creación de lenguas visuales que envolvían a los hablantes en símbolos proyectados y complejos; todo parecía diseñado para separar y no para unir. Pero existían expansiones que sintonizaban las redes Neolingua. La instalación de expansiones Neolingua mediante nanocirugía permitía comprender prácticamente cualquier idioma, natural o inventado, e incluso pensar en sus expresiones más propias.

Los idiomas visuales estaban muy en boga en los setenta. En la GAEO se habían creado setenta idiomas visuales. El más popular lo usaban más de cuatro mil quinientos millones de personas.

A pesar de lo que había dicho Alice, la Tierra no parecía muy integrada. Para un marciano, y aun para una nativa como Orianna, la Tierra resultaba diversa, desconcertante, descabellada.

Pero para Alice, la Tierra estaba entrando en las primeras etapas de una nueva clase de historia.

A las seis semanas de vuelo, Bithras me citó en su cabina. Me preparé para la batalla. Apoyé la palma en el lector electrónico, las puertas se abrieron y él me invitó a entrar con un ademán. Llevaba pantalones largos y camisa de algodón de mangas largas, nuevamente blanca; masculló varios minutos, buscando cubos de memoria, como si yo aún no hubiera llegado.

—Sí —dijo al fin, encontrando los cubos perdidos—. Espero que tu viaje no haya sido aburrido.

Negué con la cabeza.

—He pasado casi todo el tiempo investigando y haciendo ejercicio.

—Y hablando con Alice. —Sí.

—Alice es brillante, pero comparte esa ingenuidad que es propia de todos los pensantes —dijo Bithras—. No pueden juzgar a los humanos con dureza. Yo no me hago ilusiones. Querida mía, ha llegado el momento de que trabajemos en algo, y se relaciona con tu pasado... si estás dispuesta.

Lo miré fijamente y asentí.

—¿Qué sabes de los científicos marcianos y de la teoría del Continuo de Bell?

—Creo que no sé nada sobre la teoría del Continuo de Bell.

—El VM Majumdar ha hablado con Cailetet para patrocinar nuevas investigaciones. Se está preparando una solicitud para pensantes de Lógica Cuántica. La Tierra exporta esos presentes, pero son tremendamente costosos... treinta y nueve millones de dólares, mandados en estado endo e inactivos. Debemos construir nuestras propias personalidades para ellos, y eso podría tardar meses o años.

Yo aún callaba, aunque intuía adonde se dirigía.

—Conociste a Charles Franklin, un prometedor estudiante del VM Klein, ¿verdad?

—Sí.

—¿Fuisteis amantes?

Tragué saliva y levanté la barbilla con resentimiento.

—Por poco tiempo.

—Ahora está casado con una mujer de Cailetet.

—Ya.

Bithras estudió mi reacción.

—Franklin encabeza un grupo de jóvenes físicos teóricos en Tharsis. Los conocen como los «olímpicos».

—No sabía eso —dije.

—No me sorprende, pues mantienen su trabajo en secreto. Sólo responden ante los administrativos de fondos, y hasta ahora no han publicado nada. Quiero que leas esta transmisión de la Tierra. Es de hace algunos días, y fue enviada a Cailetet desde la Universidad de Stanford.

—¿Cómo la has conseguido? —pregunté. Bithras sonrió, sacudió la cabeza, me entregó su pizarra. El mensaje era puro texto y decía:

Hemos establecido fuerte lazo entre alabeo temporal y alabeo espacial. Podemos derivar relación sumamente específica. El tercer alabeo descubierto puede ser coactivo pero desconocemos su propósito. Si se alabea el tiempo y se alabea el espacio, el tercer alabeo cambia automáticamente. Tal vez derive en una relatividad general en lo concerniente a la curvatura, pero el tercer alabeo provoca un cuarto alabeo, débil y esporádicamente. ¿Derivar conservación de destino? Cincuenta alabeos descubiertos hasta ahora. Más por venir. ¿Pueden ustedes compartir sus descubrimientos? En caso afirmativo, beneficios mutuos.

—Un noviazgo científico —dijo Bithras—. Muy poco común. La Tierra cortejando a Marte. ¿Charles Franklin mencionó estas cuestiones?

—No —dije—. Bien, creo que mencionó el Continuo de Bell y algo más. «Canales prohibidos», creo. No me dijo demasiado. Yo no tenía interés.

—Qué pena —dijo Bithras—. Tenías una magnífica oportunidad, tanto de coquetear con Franklin como de aprender algo de suma importancia. ¿Él podría habértelo dicho?

—Si me lo hubiera dicho, yo no lo habría entendido. —El Continuo de Bell, según mis investigaciones, es la clave de una teoría radical de la física que parece prometedora. Los olímpicos aluden a los universos como «destinos». Negué con la cabeza, sin comprender.

—Nos interesa, Casseia, porque Cailetet Marte está sometida a presiones para que renuncie a los fondos de Tharsis. Todos los fondos.

—Cailetet es selenita.

—Sí, pero está dominada por la GAEO, y Cailetet Marte desearía ser más independiente. Y al mismo tiempo, la Universidad de Stanford ha pedido a Franklin que se una a su programa y vaya a la Tierra para continuar sus investigaciones. Le prometen acceso a los pensantes más avanzados de la Tierra, incluidos los pensantes de Lógica Cuántica, además de unos suculentos honorarios. También ayudarán a Klein con sus problemas económicos. Los cuales, por cierto, obedecen en gran medida a la intromisión de la GAEO.

—¿Él ha aceptado?

—Mencionó la oferta a Klein, como es de rigor en una familia y Klein informó al Consejo, como también es de rigor. El Consejo pasó la información a los principales patrocinadores del proyecto Tharsis. No, él no aceptó. Franklin es un joven admirable. Alice llega a la conclusión de que la Tierra está muy metida en investigaciones sobre el Continuo de Bell y algo llamado «teoría de los descriptores». Existen otros indicios de ello.

—¿Es importante?

Bithras sonrió.

—La Tierra no conseguirá a Charles Franklin ni a ninguno de los olímpicos. Majumdar trabajará con Cailletet para financiar tres pensantes LC para sus propósitos.

—Oh —dije. Charles había hecho lo correcto, y haciéndolo había obtenido lo que quería. Admirable.

—Lamento que tu romance no haya prosperado —dijo Bithras—. ¿Por qué rompiste con él?

Realizó esa transición hacia el fisgoneo personal con tanta naturalidad que casi caí en la trampa de contestar. En cambio, sonreí, moví la mano, enarqué las cejas y me encogí de hombros. *C'est la vie*.

—¿Tienes mucha experiencia con hombres brillantes?

—No —respondí.

—¿Mucha experiencia con hombres en general?

Seguí sonriendo sin decir nada. Bithras me observaba intensamente.

—He observado que las mujeres jóvenes adquieren sus principales conocimientos sobre los hombres en los primeros cinco años de su vida romántica. Es un período crucial. Sospecho que tú estás dentro de ese período de cinco años. Sería una lástima descuidar tu educación. Una nave espacial ofrece oportunidades muy limitadas.

Aquí viene.

—Si recuerdas algo más sobre Charles Franklin, por favor dímelo. A mi pesar, debo ponerme al día en física, y no soy muy bueno en matemáticas. Espero que Alice sea buena instructora.

Me dio las gracias y abrió la puerta de la cabina. En el pasillo, me crucé con Acre, murmuré un saludo y fui al gimnasio. Allí, acompañada por cuatro hombres sudorosos, todos de la edad de Bithras, hice ejercicio durante una hora para sacarme de encima la furia y la consternación que sentía.

Charles se había casado. Tenía el apoyo que buscaba. Estaba en su camino hacia la grandeza. Para la Tierra y Marte, pero no para mí.

Enhorabuena.

Orianna ardía como una intensa llama agitada por vientos racheados. Yo nunca podía predecir la dirección de esos vientos, cuál sería su estado de ánimo, pero nunca

la vi malhumorada, abatida ni abiertamente crítica.

Cuando fijaba su atención en mí, escuchándome o sólo observándome, yo sabía lo que debía sentir un gato cuando lo examinaba un humano.

Orianna no era necesariamente más inteligente que yo, pero me maravillaba con su acceso instantáneo a la información, su jovial exhibición de aptitudes que no había aprendido o ganado, sino comprado. Le faltaba lo mismo que a mí, aquello que ni toda la gloria de la Tierra podía darle a ella ni a mí: una experiencia profundamente arraigada en la mente y en la carne. Sus expansiones y su educación avanzada no podían darle una convicción apasionada ni un auténtico rumbo.

Hablábamos, dejábamos que el telescopio bañara nuestras habitaciones con imágenes proyectadas, compartíamos LitVids, jugábamos en el salón, mirábamos las estrellas desde la cubierta de observación. Orianna me mostró un espejo de mi pasado inmediato.

Me enseñó mucho sobre la Tierra, y tal vez mucho más sobre mí misma. A través de ella vi con mayor claridad cuánta distancia debía recorrer.

Pero todavía era reacia a unirme a ella en una simulación. Ella insistía en convencerme.

—He pasado unas simulaciones espeluznantes por la aduana de la Tierra. No se lo he contado a mis padres —me dijo el Día de Jill, 30 de diciembre. Era el quinto mes de viaje y acabábamos de terminar el más agotador régimen de ejercicios: tres horas en el gimnasio con trajes magnéticos, corriendo en campos que simulaban la gravedad terrestre—. ¿No se lo dirás?

—¿Eso es ilegal?

—No, pero las compañías que los fabrican son bastante celosas. Me eliminarían de su lista de clientes si se enterasen. No quieren que se hagan duplicados fuera de la Tierra.

—Las simulaciones no son muy populares fuera de la Tierra.

Orianna no dio mucha importancia a ese comentario.

—Hay una que te gustará. Es gradual. Te pone en contacto con todas las diferencias culturales entre tú y yo. Está ambientada en la Tierra actual, pero no es una pieza educativa. Es de fantasía, y muy romántica. Como tú tienes acceso a Alice... Alice sería perfecta para proyectar las simulaciones. Mucho mejor que las pizarras. ¿Podemos entrar a plena profundidad con Alice?

—No sé si lo aceptaría.

—Nunca he conocido a un pensante que no esté dispuesto a acumular más datos sobre la naturaleza humana. Además, es Día de Jill. Tiempo de celebrar. También Alice necesita relajarse.

Jill, la primera pensante de la Tierra que alcanzó la autoconciencia —el 30 de diciembre del 2047—, había servido como modelo para la siguiente generación de

pensantes, así que en cierto sentido era un antepasado directo de Alice. Jill aún seguía activa en la Tierra. Alice quería visitar su banda ancha en las redes cuando llegáramos a la Tierra, si teníamos tiempo.

En mi habitación nos turnamos para ducharnos con el saco de vapor, nos secamos y nos sentamos.

—Estás obsesionada con las simulaciones —dije—. ¿Qué hay de la vida real?

—Cuando tenga dieciocho años —dijo Orianna—, la vida real significará algo. Cuando actúe por mi cuenta, y mis padres no sean responsables de mis actos, podré correr riesgos y ser peligrosa. Hasta entonces, soy una chuleta.

—¿Una chuleta?

—Un pedazo de carne de mis padres. Las simulaciones son un entreno para el resto de mi vida.

—¿Aun para la fantasía?

Orianna sonrió.

—Bien... no exageremos, pero son divertidas.

Rechacé delicadamente la oferta, pero insinué que tal vez luego hubiera más tiempo.

La rutina cotidiana en el espacio se volvió hipnótica. Al cabo de cuatro o cinco horas de sueño —menos cada mes— despertaba en medio de una música agradable y una proyección del horario del día, junto con un menú del cual podía escoger mis comidas y actividades. Hacía ejercicio, desayunaba, pasaba unas horas con Orianna o Alice, o permanecía en el salón principal, charlando con otros pasajeros. La charla era afable, rara vez estimulante o controvertida. Hacía ejercicio otra vez antes del almuerzo, más duro, y comía con Orianna y sus padres.

Alien y yo nos reuníamos con Bithras cada dos o tres días. Sus planes estaban cobrando forma y dedicábamos las tardes a entrenarnos. Nos dio LitVids y documentos para estudiar, algunos pertenecientes exclusivamente a Majumdar. Tuve cuidado de no revelar nada de lo aprendido en estas sesiones durante mis charlas con Orianna u otras personas.

Para cenar me reunía con Alien, Bithras y algunos terrícolas a quienes Bithras conocía. Después de la cena, pasaba un rato en mi cabina con LitVids —ávida de una existencia externa— y luego hacía más ejercicio y comía un bocadillo con Orianna o Alien.

No me llevó mucho tiempo sorprender lagunas en algunas afirmaciones que hacían los terrícolas de a bordo: supuestos generales sobre el futuro de la Tierra, los planes de la GAEO o la GAHS. Ahora me aproximaba a un centro, y lo que estaba aprendiendo me turbaba e impresionaba a la vez.

Una conversación ha quedado grabada en mi memoria, porque fue inusualmente directa. Tuvo lugar a fines del quinto mes. Después de pasar una hora cavilando sobre

la economía de la Tierra y su relación con el Triple —la relación de un perro muy grande meneando un rabo muy pequeño pero en crecimiento— fui a cenar y elegí lo que tomaría. Minutos después el *arbeiter* del comedor me trajo bandejas de excelentes nanoalimentos —mejores que cualquiera de los que podían conseguirse en Marte— desde la iluminada boca del dispensador.

Orianna estaba en su cabina, sumida en una simulación; habíamos quedado en vernos más tarde. Me senté junto a Alien en el extremo de una mesa curva. Frente a nosotros estaban los padres de Orianna. Renna Iskandera, la madre, una etíope alta e imponente, llevaba un mono suelto con un estampado naranja, rojo y pardo. Su esposo, Paul Frontiere, francés de nacimiento y ciudadano de Eurocon, vestía un informal traje gris y verde, suelto en la cintura y las articulaciones, más ajustado en las muñecas y los tobillos.

Alien ya estaba hablando con Renna y Paul. Yo me senté y escuché.

—Creo que estamos un poco acobardados por la Tierra y sus costumbres —dijo Alien—. Tanta gente, tantas culturas y modas... cuanto más aprendo, más me confundo.

—¿Los marcianos no estudian el mundo madre en la escuela? —preguntó Renna—. Para prepararse, quiero decir, para estos viajes.

—Lo estudiamos —dijo Alien—, pero los marcianos están muy absortos en sus propios problemas. —Me miró de soslayo, frunciendo el rostro en un personal gesto de humor.

—En la Tierra estamos orgullosos de nuestra aceptación del cambio y de nuestra unidad dentro de la diversidad —dijo Paul—. Los marcianos parecen orgullosos de su herencia común.

Decidí aceptar la provocación, con el propósito de comprender mejor a los terrícolas, no porque me molestara la velada acusación de que éramos provincianos.

—A todos nos han enseñado que en la Tierra hay más calma y estabilidad política que nunca...

—Así es —dijo Paul.

—¡Pero hay tantas desavenencias, tantos desacuerdos!

Renna soltó una carcajada aguda y melodiosa. Tenía el doble de mi edad, pero parecía mucho más joven, parecía la hermana de su hija.

—Nos deleitamos en ello —dijo—. Nos enorgullece tratarnos a gritos.

—¿Quieres decir que es una farsa? —preguntó Alien.

—No, disentimos francamente en muchas cosas —dijo Renna—. Pero *no nos* matamos entre nosotros cuando disentimos. Habréis estudiado el siglo xx, claro.

—Claro —repuse.

—El más sangriento de la historia humana. Una pesadilla... una larga guerra de principio a fin, un caldo de cultivo para todas las tiranías imaginables. Aun en los

últimos años, las pasiones entre pueblos de diferente origen, religión o situación geográfica conducían al asesinato y la represalia a escalas inconcebibles. Pero fue el siglo donde la gente se apartó más que nunca de las estructuras tradicionales de poder, expresó escepticismo, se desilusionó y desesperó... y creció.

Fruncí el ceño.

—¿Creció por desesperación?

—Creció por necesidad. Era imposible regresar a lo tradicional. Ya no había provecho en la destrucción. El gran dios Mamón se convirtió en el dios de la paz. Y fue entonces cuando miramos hacia fuera, e iniciamos la colonización de la Luna y Marte y los mundos exteriores pequeños. La gente pudo ver con mayor claridad.

—Pero todavía tenéis conflictos —dije, y me mordí el labio suavemente, esperando dar la impresión de que exponía frente a ellos mi candor. Bithras me estaba enseñando el arte del avefría: fingir confusión o debilidad para obtener ventaja.

—Espero no hablar en nombre de todos los pobladores de la Tierra, por supuesto —rió Paul—. Los conflictos no significan odio cuando se trata de mentes sanas. Valoramos a nuestros oponentes. Nos impulsan a mejorarlos. Si nos derrotan, sabemos que hay otras guerras por librar, guerras sin sangre, guerras del intelecto donde hay muchos resultados posibles, no sólo la derrota o la victoria.

—¿Y si el oponente es Marte? —pregunté, adoptando una máscara de angustia provinciana—. ¿Si nosotros disentimos?

—Somos oponentes temibles —admitió Paul.

Renna no pareció conforme con esa respuesta.

—Lo que es bueno para todos es bueno para la Tierra —dijo. Me tocó la mano—. En la Tierra hay variedad, muchas posibilidades de cambio y crecimiento, muchos conflictos, como dices, pero si analizas las políticas, las reacciones de los diversos pueblos, hay asombrosas coincidencias en cuanto a los principales objetivos.

Objetivos. Esa palabra me recordaba algo. *Alice, tienes mucha razón.*

—¿Cómo cuáles?

—Bien —dijo Renna—, no podemos permitirnos el lujo de abandonar la disciplina. El universo no es tan amigable. Las debilidades y los eslabones débiles...

—Como Marte —dije.

Renna entornó los ojos. Tal vez yo manifestaba demasiada hostilidad.

—Debemos actuar juntos en busca de los objetivos comunes a todos los mundos humanos.

—¿Contra qué debemos unirnos?

—No *contra*, sino *a favor*. A favor del nuevo impulso... la migración a las estrellas. Hay mundos suficientes para que todos los que disienten intenten grandes experimentos, den grandes pasos... pero no lo conseguiremos si nos separamos ahora, y carecemos de disciplina.

—¿Y si nuestros objetivos no coinciden? —pregunté.

—Todo cambia —dijo Renna.

—¿Y quién debería cambiar?

—Eso es precisamente lo que el debate intenta clarificar.

—¿Y si el debate no es suficiente? El debate puede prolongarse eternamente — dije.

—Es verdad, no siempre se tiene el lujo de un tiempo ilimitado.

—Si hay que interrumpir el debate —dije—, ¿quién se encarga de interrumpirlo?

Renna me miró con picardía. Disfrutaba de la situación, pero yo me preguntaba, a pesar de su evidente sofisticación, a pesar del tiempo que habían pasado en Marte, si de veras entendía los sentimientos de un marciano.

—Cuando una sociedad no puede portarse bien, como diría Orianna, cuando rechaza sus responsabilidades, entonces deben probarse otros medios.

—¿La fuerza? —sugerí.

—A Renna le encantan las discusiones —dijo Paul a Alien en tono confidencial—. Esta nave ha sido demasiado apacible, demasiado tranquila.

—Si Marte y la Tierra no pueden llegar a un acuerdo, siempre queda espacio para el crecimiento y la discusión —concluyó Renna, mirándome con una expresión cordial y expectante—. La fuerza es un viejo hábito que yo no apruebo.

Obviamente esperaba que yo le replicara, pero habíamos tocado una fibra sensible y preferí no darle la satisfacción. Sonreí fríamente, me incliné y toqué el plato para indicar al *arbeiter* que había terminado.

—A veces, en nuestro entusiasmo, nos olvidamos de los sentimientos ajenos —dijo cautelosamente Paul.

—No tiene importancia —dijo Alien—. Luego reanudaremos la discusión.

Bithras tenía muchas cosas en mente. Su conducta era ejemplar. Actuaba más como un tío preocupado que como un jefe; a veces como un maestro, a veces como un compañero de estudios que trabajaba con Alien y conmigo para desentrañar los acertijos de la Tierra. Nunca *como* el *monstruo* sagrado que había mencionado mi madre.

A mitad de nuestro sexto mes cambió de una forma tan repentina que me cogió totalmente por sorpresa. Bithras me llamó a su cabina para una consulta. De nuevo se había habituado a llevar ropa de tenis, y cuando entré estaba en camisa blanca y pantalones cortos de algodón, las piernas apoyadas en la pared, la pizarra sobre las rodillas.

—Esta semana ha habido mucha tensión en Marte —dijo.

—No he visto nada en los LitVids.

—Claro que no —replicó él—. No creo que aún haya llegado tan lejos. Dos VM han decidido presentar sus propias propuestas para la unificación.

—¿Cuáles?

—Mukhtiar y Pong.

—No están entre los cinco primeros —comenté.

—Y es improbable que llamen la atención... en la Tierra. Pero hice muchas concesiones y pedí muchos favores para llevar nuestra propuesta a la Tierra. Algunas personas que ya estaban nerviosas se *han puesto más* nerviosas todavía. Si dejan de respaldarme, si alguien decide organizar una enérgica campaña en Marte antes de que lleguemos... concesiones a la Tierra, entregas... —Alzó la mano y me estudió—. No me agrada. Me preocupa Cailetet. Parecen creer que tienen cartas en la manga para esta partida.

Sacudí la cabeza comprensivamente. Él se reclinó y me echó un vistazo.

—¿Qué has aprendido de los terrícolas?

—Mucho, creo.

—¿Sabes que los terrícolas han ido aumentando la edad promedio para la primera experiencia sexual en los últimos treinta años, y que cada vez son más los que nunca tienen relaciones sexuales físicas, hasta un diez por ciento?

Entornó los ojos escépticamente, como si preparase una especulación.

—Lo he oído mencionar —dije.

—Algunas personas se casan y sólo tienen relaciones por simulación.

Su moderada conducta de tantas semanas me había tranquilizado tanto que aún no sospechaba nada.

—Hay matrimonios entre pensantes y humanos. Matrimonios físicamente célibes pero mentalmente promiscuos. Gente que tiene hijos sin tener relaciones sexuales y sin dar a luz. Maravillas y espantos para un conejo rojo.

—En Marte tenemos hijos *ex útero* —dije con serenidad, preguntándome adonde quería ir a parar.

—Yo prefiero la manera anticuada —dijo, fijando en mí sus ojos negros y redondos—. Hubo muy poco de eso durante todo este viaje. Sólo trabajo. Y noto que tú no has tenido muchas aventuras románticas.

Al fin despertó en mí una señal de alarma. No respondí, sólo me encogí de hombros, esperando que mi incómodo silencio bastara para desviar el curso de la conversación.

—Trabajaremos juntos durante muchos meses.

—Así es —respondí.

—¿Es posible estar totalmente cómodos juntos, trabajando tanto tiempo?

—Tendrá que ser así. Seremos conejos rojos entre terrícolas.

Asintió con énfasis.

—Entre gente muy extraña y enérgica. Habrá más tensiones de las que percibo ahora, al revisar esos mensajes recientes. Estamos en una guerra de nervios, Casseia,

y ambos podríamos compartir un refugio en medio de esa guerra.

—Me gustaría leer esos mensajes —dije.

—No me agradaría buscar placer con una mujer terrícola.

—No creo que esto...

Me interrumpió con un gesto brusco.

—¿Y si me empeño en una relación temporal, y sólo puede ser eso, y descubro que esa mujer de la Tierra quiere tener relaciones sexuales sólo en simulación?

Me miró con incredulidad.

Encolerizándome poco a poco, recordé el consejo de mi madre: *Sé inteligente, ingeniosa*. No me sentía inteligente ni ingeniosa, pero tampoco era del todo presa de la indignación.

—Me gusta resolver los problemas con antelación, prepararme —dijo Bithras. Me acarició el brazo para aferrarme el hombro. Me soltó el hombro y pasó el dedo por encima de mi pecho—. Tú eres mucho más... para mí.

—¿Dentro de la familia?

—Eso no es un obstáculo.

—Ah, un arreglo de conveniencias.

—Mucho más que eso. Ambos podremos concentrarnos en nuestra labor en cuanto hayamos resuelto esto.

—Una relación más fuerte.

—Naturalmente —dijo Bithras.

Delicadamente, le aparté el brazo.

—Lo que estás diciendo es que deberíamos iniciar nuestra familia ahora, ¿verdad? —dije con entusiasmo.

Él echó atrás la cabeza, consternado.

—¿Familia?

—Necesitamos procrear más conejos rojos, ¿verdad? ¿Para compensar los miles de millones de la Tierra? Una cuestión política.

—¡Casseia! —exclamó—. Deliberadamente interpretas mal...

—No había planeado procrear tan pronto —lo interrumpí—, pero si es una cuestión política, supongo que deberé hacerlo. —Con ingenio o sin él, continué implacablemente. Adopté una expresión estoica, me llevé la mano a la frente—. Bithras, todo lo que puede pedirse de una coneja roja, en esta vida, es que se eche de espaldas y piense en Marte.

Puso cara de repulsión.

—No me hace gracia, Casseia. Estoy hablando de graves dificultades en nuestra vida personal.

—Tendré que actualizar mi nano médico —dije—. La biquímica es diferente en las mujeres embarazadas.

—Me interpretas totalmente mal. —Tendió los brazos, me volvió a tocar el hombro, acercó la mano a mis pechos, mientras su mirada trataba de convencerme de que aquello no era lo que parecía—. ¿Acaso no soy atractivo?

Enarqué las cejas y le aparté de nuevo las manos.

—Debes hablar con mi padre. Él sabe más que yo de política y decoro familiar, sobre todo en lo referente a uniones, alianzas e hijos.

Bithras bajó los hombros y agitó la mano débilmente.

—Trasladaré los documentos a tu pizarra. Alice ya los tiene —dijo. Sacudió la cabeza con verdadera tristeza, tal vez con aflicción.

Libre de culpa, yo no lamentaba nada.

Salí de la cabina con una vertiginosa sensación de liviandad. Estar prevenida equivalía a tener media batalla ganada. La liviandad se convirtió en cólera cuando estuve en mi cabina, y me senté en la cama con fuerza casi brutal. Luego me recosté y conté hacia atrás, cerrando los ojos y apretando los dientes. *No tiene más control que un bebé que se moja los pañales*, dijo una voz tranquila y fría en mi cabeza, la parte de mí que aún pensaba con lucidez cuando yo estaba contrariada.

—Es menos sutil que una excavadora —dije en voz alta—. Es un inepto.

Me incorporé, me restregué los ojos, suspiré.

La comunicación oral o por vid entre la *Tuamotu* y Marte era demasiado costosa para tomársela a la ligera. Yo enviaba cartas escritas dirigidas a mi padre, mi madre y Stan; pero la última carta que mandé, a comienzos del octavo mes, antes que desacelerásemos para entrar en la órbita de la Tierra, estaba destinada únicamente a mi madre:

Querida mamá:

He sobrevivido hasta ahora, e incluso he disfrutado de la mayor parte del viaje, pero me temo que las cartas que te he enviado no han sido del todo francas. Estando lejos de Marte, hablando con terrícolas, observando el trabajo de Bithras, he comprendido cada vez más que los marcianos estamos en inferioridad de condiciones. Nos ciegan nuestras tradiciones y nuestro conservadurismo. Nos paraliza nuestra inocencia. ¡Pobre Bithras! Me asedió, tal como tú anunciaste (sólo una vez hasta ahora, gracias a Dios) y fue tan tosco, tan directo, tan burdo... ¡Un hombre que ha viajado tanto y ha visto tantas cosas, un hombre de su importancia! Un amigo me dijo una vez que los marcianos no educan a sus hijos para las cosas más importantes de la vida —el noviazgo, las relaciones, el amor —y confían en cambio en el descubrimiento individual, que a veces acierta pero en general yerra. En la Tierra, Bithras se sometería a terapia social, pasaría un tiempo practicando en simulaciones, despejaría su mente y perfeccionaría sus aptitudes. ¿Por

qué nuestro individualismo nos impide corregir nuestras flaquezas?

Paso mucho tiempo con una joven de la Tierra. Es aguda e ingeniosa, tiene mil años en comparación conmigo, pero sólo tiene diecisiete años terráqueos. Cuando ella cumpla los dieciocho, entraré con ella en una simulación y exploraré la vieja y sabia Tierra por medio de sus fantasías. No sé qué es exactamente esa simulación, pero sospecho que me sentiré incómoda. Ella no le dará importancia, pero yo estoy aterrada. A-terra-da, valga la palabra. Tal vez te escandalices al leer esto, pero no creas que yo me escandalizaré menos al hacerlo. Siempre me he considerado estable e imperturbable, pero mi inocencia —mi ignorancia— es simplemente pasmosa.

Y Alice sugirió que intentara algo parecido. Espero que eso le dé cierta legitimidad ante tus ojos, pero de lo contrario... como dice Orianna —la joven que te he mencionado—, ya no soy una chuleta.

Envié la carta codificada a nuestra familia, y antes de que mi madre tuviera la oportunidad de responder, cuando Orianna cumplió dieciocho años, a dos días de nuestro trasbordo desde la *Tuamotu* a una lanzadera terrícola, nos sumergimos en la simulación que ella había pasado de contrabando.

—Mejor tarde que nunca —dijo Orianna cuando conectamos nuestras pizarras a un canal privado, a través de la banda ancha de la nave, y nos enlazamos con Alice, quien estaba dispuesta a intervenir, e incluso ansiosa de hacerlo.

—No me has dicho de qué se trata.

—Es una novela de cuarenta personajes.

—¿Texto?

—La llamo novela porque tiene trama, en vez de ser puro paisaje. Formas parte de un flujo. Puedes desplazarte de personaje en personaje, pero el personaje se impone. No pensarás como tú misma, pero podrás observar. En otras palabras, una parte de ti sabrá que aún eres tú. No es una simulación total. —Oh.

—Puedes salir en cualquier momento, y también puedes saltar.

—¿Has probado antes esta simulación?

—No —dijo Orianna—. Por eso no quería hacerla sólo por pizarra. Alice puede brindarnos mayor protección y más detalle. Si hay un desperfecto, ella puede sacarnos suavemente en vez de desconectar. La desconexión siempre me produce jaqueca.

Cada vez tenía más mala pinta. Pensé seriamente en negarme, pero al mirar a Orianna, la avidez con que disponía las nanoconexiones, sentí un arrebató de vergüenza juvenil. Si ella podía, yo también.

—Entrarás en escena más pronto que yo —dijo, entregándome mi cable—. Mi cable tendrá que desactivar expansiones y organizar enlaces de cooperación.

Me apoyé el cable cerca de la sien. La punta se amplió varios centímetros y apresó mi piel, culebreando para ponerse en una posición que sostuviera su propio peso. Sentí un hormigueo en el vello del brazo. Era como prepararse para una terapia mayor. Algo me cosquilleaba en la sien: los nanoenlaces penetrando en la piel, el cráneo y el córtex, insertando sus conexiones en las principales líneas del cerebro.

—¿Qué sucede si te arrancas esto de golpe? —pregunté, empujando el cable con la punta del dedo.

—Nada. Los enlaces se disuelven. Absolutamente seguro. Vieja tecnología.

—¿Y si hay un desperfecto que Alice no puede manejar?

—Ella puede reprogramar cualquier cosa que haya dentro de la simulación. Sólo pasas unos segundos con Alice mientras ella lo analiza.

En efecto, dijo Alice dentro de mi cabeza.

—Vaya —dije sobresaltada. Yo había hecho LitVids con Alice, pero el enlace directo era una sensación muy diferente.

Trata de hablar conmigo sin mover los labios ni emitir sonido.

—¿Así está...? ¿Así está bien?

Muy bien. Relájate.

¿Apruebas esto?

Toda mi existencia es como una simulación, Casseia.

Dije a mi madre que haríamos esto. No sé qué pensará.

Aún veía por los ojos. Orianna se había conectado los cables y cerró los ojos. Torció un músculo de la mejilla.

—Lista —dijo en voz alta.

La simulación se iniciará en tres segundos.

Cerré los ojos. Por primera vez en mi vida, experimenté la sensación de cerrar los oídos, los dedos, el cuerpo. Apareció un icono, tres cuchilladas paralelas y rojas sobre fondo negro. El autor no era un artista ni empresa que yo conociera. Luego, oscuridad total.

Cuando abrí los ojos, tenía un nuevo conjunto de recuerdos. *In media res*, junto con los recuerdos, apareció un nuevo conjunto de intereses, preocupaciones, cosas que debía hacer.

Fue tan rápido que apenas noté la transición.

Me convertí en Budhara, hija de la familia Sa'ud, perteneciente a la Alianza Árabe Wahabi, heredera de una fortuna en recursos de la vieja Tierra. De algún modo sabía que Budhara nunca había existido, que esto era ficción, pero no importaba. Su mundo era real, más real que el mío, de una intensidad sólo posible con la exageración del arte. Mi papel en su vida comenzaba cincuenta años antes, y se desplazaba con implacable realismo por siete episodios, que culminaban en su lecho de muerte, diez años en el futuro.

Había intrigas, manipulaciones, traición, sexo —aunque muy discreto y poco informativo— y muchos detalles sobre la vida de los wahabis contemporáneos en un mundo plagado de escépticos. Budhara no era escéptica, pero tampoco era creyente ortodoxa. Su vida no era ni parecía fácil, y la intensidad de su desdicha a veces sólo era mitigada por mi conciencia de que tendría fin.

Su muerte era asombrosamente violenta —su amante la estrangulaba en un ataque de histeria— pero no era más reveladora que las escenas sexuales. Mi cuerpo sabía que no estaba muerto, así como sabía que en realidad no tenía relaciones sexuales.

Después mi mente flotó en el gris y potente espacio de finalización, y sentí la presencia de Orianna.

—Puedes convertirte en cualquiera que hayas visto. Hasta cuatro por sesión, con la participación de un pensante.

—¿Cuánto tiempo hemos estado en simulación? —pregunté.

—Una hora.

Había parecido mucho más. No atinaba a comprender cuánto. Pero pensé que no nos habíamos encontrado en la simulación, y en medio de ese espacio gris sólo acerté a responder:

—Pensaba que estábamos compartiendo.

—Así era. Yo he sido tu último esposo.

—Oh.

Sentí vergüenza. Ella había cambiado de sexo, me había *conocido*. Eso me resultaba profundamente perturbador. Ponía en duda muchos de mis principios básicos.

—También podemos pasar a otro ámbito, conectarte con Budhara por canales occidentales. Ella puede convertirse en un personaje menor.

—Me gustaría ser su loro —bromeé.

—Eso está fuera —dijo Orianna, queriendo decir «fuera de la simulación».

—Entonces me gustaría ir Arriba —dije. No era el término correcto, pero parecía apropiado.

—A la superficie —dijo Orianna, guiándome fuera de aquel ámbito gris. Abrimos los ojos. Estábamos en la cabina. Estar a decenas de millones de kilómetros de nuestros mundos parecía aburrido en comparación con la vida de Budhara.

Solté un silbido y me froté las manos para asegurarme de que aquello era la realidad.

—No sé si quiero repetir esta experiencia —dije.

—Sí. Es algo sagrado la primera vez, ¿verdad? Te mueres por regresar. La realidad parece postiza. Luego se vuelve más fácil salir, cobras más perspectiva, de lo contrario esto se habría prohibido por ley hace años. No hago simulaciones negadas.

—¿Negadas?

—Ilegítimas, ilegales.

Yo todavía estaba confundida.

—No he aprendido mucho sobre la Tierra.

—La dinastía Sa'ud es bastante especial, ¿eh? Fanáticos religiosos en decadencia, nadie necesita sus últimas gotas de petróleo, sensacional para una novela en simulación. Pero mi favorita es Budhara. Estuve con ella en una veintena de episodios. Es fuerte, pero sabe cuándo ceder. Disfruto muchísimo la parte en que solicita a los Majlis que le permitan absorber las fortunas de sus hermanos... cuando ellos hayan muerto en Basora.

—Admirable —dije.

—No pareces satisfecha.

—Sólo estoy aturdida, Orianna.

—¿Ha sido una mala elección?

—No —dije, aunque realmente había sido una elección estúpida. A pesar de su agudeza, Orianna aún era muy joven, y yo tenía que recordármelo una y otra vez—. Pero esperaba aprender algo más sobre el común de los terrícolas, no sobre los marginales.

—Quizá la próxima vez —dijo Orianna—. Tengo algunos relatos directos, incluso guías de viaje, pero se pueden conseguir en Marte...

—Quizá —dije. Pero no tenía intención de probar otra vez.

En la Tierra, miles de millones de personas devoraban simulaciones todos los días, y yo ni siquiera podía recobrar la lucidez después de un folletín barato.

Alien y yo estábamos en la cabina de Bithras.

—Odio este momento —nos dijo Bithras, mirándose en una proyección de espejo—. Dentro de pocos días no será un ejercicio. Será una bola de hierro con cadena. Y no me refiero sólo al peso, aunque eso será bastante molesto. Esperan demasiado de nosotros.

Nos observan. Siempre temo que una nueva tecnología les permita fisgonear en mi cabeza mientras duermo. No me sentiré tranquilo hasta que emprendamos el viaje de regreso.

—No te gusta la Tierra —comentó Alien.

Bithras lo fulminó con la mirada.

—La detesto —dijo—. Los terrícolas son muy joviales y corteses, y están llenos de aparatos. Aparatos para el corazón, para los pulmones, nano para esto, reparación para lo otro...

—No parece muy diferente de Marte —dije.

Bithras me ignoró. Su arraigado conservadurismo estaba aflorando, y él tenía que expresarlo; mejor esto, pensé, y no que volviera al ataque.

—No dejan nada en paz. Ni la vida, ni la salud, ni las ideas. Las analizan, las

enfocan desde muchas perspectivas... ninguna de las personas con quienes hablamos es un individuo. Cada cual es una multitud, con la capacidad de juicio de una multitud, regida por un dictador benévolo llamado el yo muy cauto, muy brillante, que no sabe si está al mando.

—Tenemos gente así en Marte —dijo Alien.

—Pero no tengo que negociar con ella —repuso Bithras—. ¿Habéis escogido vuestra inmunización?

Alien hizo una mueca y yo me eché a reír.

—¿Las has rechazado todas?

—Bueno —dijo Alien—, estaba pensando en aceptar ese virus que transmite lengua y persuasión...

Bithras nos miró pasmado.

—¿Persuasión?

—Labia —dijo Alien.

—Me tomas el pelo —comentó Bithras, plegando el espejo—. Yo seré espantoso. Pero eso importa poco, teniendo en cuenta que ellos están tan bien. Yo resultaría espantoso aun en mi mejor momento. Es lo que esperan de los marcianos. ¿Sabes cómo nos llaman cuando no son tan corteses?

—¿Cómo? —pregunté. Le había oído varios apodos a Orianna: pies de arcilla, ratones de túneles, tiburones de tierra.

—Desterrados —dijo Bithras.

Alien no sonrió. Comprendí el sentido peyorativo con que usaban esa palabra: *desterrados*, gente excluida de todo lo que representaba la Tierra. Sacudí la cabeza.

—Créeme —dijo Bithras—. Has escuchado a Alice, has escuchado a la gente que viaja en esta nave. Ahora escucha la voz de la auténtica experiencia. La Tierra está muy unida, la Tierra es muy uniforme, pero eso no significa que la Tierra sea agradable, o que nos tenga simpatía, ni siquiera que nos respete.

Pensé que estaba exagerando. Yo todavía conservaba una gran cuota de idealismo e ingenuidad. Orianna, a fin de cuentas, era mi amiga, y no se parecía mucho a sus padres.

Aún me daba ciertas esperanzas.

La nave retrajo los cilindros y los colocó a lo largo del casco. El giratorio universo se volvió estable. Nuestra velocidad adquirida disminuyó rápidamente a dos millones de kilómetros de la Tierra; pasamos aquel momento en cama, bajo la insistente presión de dos g de desaceleración.

A esa distancia de la Tierra, nuestro planeta natal y la Luna eran claramente apreciables a simple vista, y con el transcurso de los días se volvieron fascinantes.

La Luna colgaba como plata pura junto al lapislázuli y el cuarzo de la Tierra. No hay en el sistema solar un mundo más bello que la Tierra. Era como mirar el planeta

hacía miles de millones de años. Ni siquiera el tenue resplandor de las plataformas cautivas que rodeaban el ecuador, sorbiendo energía eléctrica del campo magnético de la Madre, disminuía mi fascinación; aquí era donde todo había comenzado.

Por un instante —breve, pero suficiente— compartí la perspectiva terrocéntrica. Marte era diminuto e insignificante en la historia. Exportábamos poco, aportábamos poco, comprábamos poco, constituíamos un poder más político que geográfico, y condenadamente pequeño: una comezón continua para la poderosa Madre, que hacía tiempo había recobrado a su hija pródiga, la Luna.

Orianna y yo pasamos todo el tiempo libre que nos dejaban los trámites aduaneros mirando la Tierra y la Luna. Cumplimenté mis solicitudes de inmunización para bloquear los efectos que producían los virus personalizados que flotaban en el aire de la Tierra.

Yo estaba eufórica. Alien estaba eufórico. Bithras estaba taciturno y de mal humor.

Cinco días después llegamos a la principal estación espacial de órbita baja, Paz III, y descendimos a la Tierra en una aeronave, atravesando el aire denso y un hermoso ocaso.

Aun ahora, a sesenta años y diez mil años luz de distancia, mi corazón se acelera y mis ojos se empañan cuando evoco mi primer día en la Tierra.

Recuerdo la confusión de la zona aduanera de Paz III como una serie de vívidas imágenes fijas: los pasajeros que flotaban en filas marcadas por diminutas luces rojas; Orianna y yo despidiéndonos deprisa, intercambiando números de referencia personal (el mío recién asignado para la Tierra y el suyo actualizado al estatus de adulta, sin restricciones), prometiendo llamarnos en cuanto nos hubiéramos instalado; yo trasladando a Alice Dos desde el nicho de la *Tuamotu*, asegurando a los funcionarios de aduanas que no llevaba ninguna mercancía que violara la Ley de Pureza Mundial del 2079 y rehusando cortésmente, en base a los privilegios diplomáticos, el ofrecimiento de la autoridad de control de pensantes de inspeccionarla por si aparecían ítems que ignorábamos; la tramitación de nuestra autorización diplomática bajo patrocinio de Estados Unidos, el cruce del corredor del Portal de Tierra, lleno de obras artísticas de los hijos del mundo madre; la subida a la lanzadera, con otros sesenta pasajeros; la Tierra en primer plano durante diez minutos; la plataforma que se alejaba, nuestro descenso, la ventanilla que se ponía caliente al tacto, el denso mar de aire abofeteándonos con violencia, obligándome a aferrar los brazos del asiento. El conejo rojo regresaba al hogar, el corazón palpitante, las axilas húmedas de expectación y angustia: *¿Valdrá la pena? ¿Puede la Tierra amarme a mí, que no he nacido en su seno?*

La bermeja gloria del ocaso, un arco semejante a un collar en torno a los hermosos hombros azules y blancos de la Tierra, entrevistados entre repentinas

imágenes de furibunda ionización roja mientras brincábamos, desacelerábamos y descendíamos en un ancho lago artificial cerca de Arlington, en el antiguo estado de Virginia. Densas volutas de vapor blanco nos rodeaban mientras nos mecíamos de espaldas, como los primeros astronautas cuando aguardaban su rescate. *Arbeiter*s remolcadores tan grandes como la *Tuamotu* flotaban en las ondeantes aguas azules. ¡Agua! ¡Tanta agua! Los remolcadores aferraron nuestra lanzadera con suaves pinzas y nos empujaron hacia las terminales de la costa. Otras lanzaderas llameantes descendían al mismo tiempo, procedentes de la Luna u otras plataformas orbitales, levantando grandes nubes de espuma y vapor al posarse en la enorme cuenca.

Alien y yo nos cogimos de la mano, convertidos en hermanos por el asombro y el miedo. Del otro lado del pasillo, sentado junto a una Alice protegida y restringida, Bithras miraba hurañamente hacia delante, sumido en sus pensamientos.

Ahora comenzaba nuestra verdadera labor.

No sólo éramos marcianos, no sólo conejos rojos de excursión. Éramos símbolos de Marte. Seríamos famosos una temporada, nos veríamos envueltos en el entusiasmo de los ciudadanos terrícolas por los visitantes marcianos. Seríamos colonos curtidos regresando a la civilización, llevando un mensaje para el Congreso de Estados Unidos, sonreiríamos y mantendríamos la boca cerrada frente a diez mil preguntas de los LitVids. Daríamos respuestas ágiles a preguntas ridículas. *¿Qué se siente al regresar al hogar?* Ridículas, pero no tanto; Marte era mi hogar, y yo ya lo echaba de menos en medio de tanta extrañeza, pero...

También conocía la Tierra.

Bajamos de la lanzadera, instalamos a Alice en su transporte alquilado y ella avanzó junto a nosotros.

Casi todos optamos por caminar entre los robles y los arces, en medio de prados de resistente grama, marcianos que por primera vez respiraban al aire libre. Atravesamos el parque Ingram llamado así por la primera humana que pisó Marte. Dorothy Ingram. *Dorothy, sé cómo te sentías*. Saboreé el aire, húmedo después de un chaparrón, y vi nubes que rodaban desde el sur cargadas de generosa lluvia, y sobre ellas un azul puro, ilimitado, sin paredes ni cúpulas ni vidrio.

Te conozco. Mi sangre te conoce.

Alien y yo bailamos un vals sobre la hierba en torno al vehículo de Alice. Bithras sonrió con indulgencia, recordando su primera vez. Nuestras extravagancias confirmaban que la Tierra era la reina. Nos embriagaba.

—¿No estoy soñando? —preguntó Alien, y yo me eché a reír, lo abracé y bailamos un poco más en la hierba.

La biquímica servía también. Aguantábamos sin dificultad más del doble de nuestro peso normal, nos movíamos ágilmente sin que nos dolieran los pies y teníamos la cabeza despejada.

—¡Mira el cielo! —exclamé.

Bithras se interpuso entre nosotros.

—Los ojos de la Tierra —dijo. Nos calmamos un poco, pero ya no me importaba si las cámaras LitVid grababan a los pasajeros recién llegados. Que la Tierra conociera mi alegría.

Mi cuerpo sabía donde estaba. Había estado allí antes de que yo naciera. Mis genes me habían hecho para aquel lugar, llevaba el mar, en la sangre, en los huesos llevaba el polvo de la Tierra, mis ojos estaban hechos para esa brillante luz amarilla, el azul del cielo diurno, el nocturno fulgor flotante de la Luna y las estrellas.

Pasamos entre reporteros humanos y *arbeiters*, y Bithras respondió por nosotros, diplomáticamente, sonriente, «nos agrada estar de vuelta, esperamos charlas muy amenas con los gobiernos de la Tierra, nuestros socios en el desarrollo del patio trasero del Sol». Era hábil y yo lo admiraba. Todo estaba olvidado, casi perdonado. Después de los reporteros, en una recepción privada, conocimos a nuestra guía, una bella mujer de voz sedosa llamada Joanna Bancroft, que era en todo opuesta a mí y sin embargo me agradaba, no podía creer que alguna vez me desagradaría alguien que viviera en aquel bendito mundo.

Abordamos un autocoché enviado por la Cámara de Diputados. Bancroft nos acompañó, preguntando qué necesitábamos, suministrando datos actualizados a nuestras pizarras, proporcionando a Alice un acceso especial a la Biblioteca del Congreso. El coche llegó a una esclavovía entre otros diez mil coches enlazados, trenes múltiples, camiones de transporte. Escuché con atención, pero la lluvia arreciaba contra las ventanillas y árboles verdes y oscuros se perfilaban contra el gris deslucido. Cuando hubo una pausa, pregunté si podíamos abrir las ventanillas.

—Naturalmente —dijo Joanna, sonriendo con sus encantadores labios rojos y sus mejillas firmes y rubicundas.

El autocoché bajó mi ventanilla.

Asomé la cabeza aspirando la brisa, me cayeron varios goterones en la cara y los ojos, saqué la lengua y saboreé la lluvia.

Joanna rió.

—Los marcianos son maravillosos —dijo—. Nos hacéis apreciar cosas que quienes vivimos aquí damos por sentadas.

Cosas que quienes vivimos aquí.

Esas palabras fueron como un puñetazo. Miré de reojo a Bithras, y él curvó las cejas y los labios. Comprendí su mensaje tácito.

No éramos dueños de la Tierra. Éramos invitados, y estábamos allí merced a la tortuosa tolerancia de grandes entidades políticas, los verdaderos dueños y administradores de la Madre.

No estábamos en nuestro hogar. Nunca más estaríamos en nuestro hogar, sin

importar el precio ni la distancia.

Joanna nos llevó a la cresta Torre Capital, un vasto complejo verde y blanco de veinte mil viviendas, hoteles y empresas, diseñado para servir a personas de toda la Tierra y, de paso, también a los visitantes del espacio. La cresta abarcaba dos kilómetros cuadrados en el terreno donde antaño se erguía el imponente Pentágono, centro de las temibles defensas de los viejos Estados Unidos de América.

Habíamos reservado alojamiento en la suite presidencial del Gran Hotel del Potomac, en la pared norte de la Torre Capital, sobre el río.

Joanna partió tras cerciorarse de que estábamos cómodos. Alien y yo nos quedamos en medio de la suite, sin saber qué hacer a continuación. Bithras se paseaba ceñudo. La suite aún alardeaba de su capacidad, presentando habitaciones, camas y muebles en un desfile de diseños y decorados, LitVids parpadeantes: ¿cuál escogeríamos, qué presentaciones educativas y de entretenimientos reservaríamos? Aparecieron dos filas de tres *arbeiters*, con libreas elegantísimas que sólo se encontraban en la Tierra: trajes de terciopelo verde y seda negra, diminutos sombreros rojos; los *arbeiters* de Marte sólo usaban su caparazón de plástico, cerámica y metal.

Procuramos elegir cuanto antes, y Alien y yo nos encargamos de escoger mientras Bithras se desplomaba en una silla que al fin había adoptado un estilo sueco del siglo XX.

—Esta gente —masculló—. Ojalá se quedaran quietos, ellos y sus malditas habitaciones.

—Imposible —dijo Alien.

Miró por la ventana de visión directa que daba sobre el río. Más allá, la capital de los Estados Unidos del Hemisferio Oeste asomaba entre crestas desperdigadas a lo largo de las riberas del Potomac en Virginia. En Washington DC nada podía alzarse a mayor altura que la cúpula del Capitolio; había sido norma durante siglos. Yo ansiaba caminar por los parques y antiguos vecindarios, bajo los árboles que expandían su techumbre como alfombras verdes y ondulantes.

—Todavía llueve —dije extasiada.

—Creo que el término es «rociar» —dijo Alien—. Tenemos que ponernos al día en lo concerniente al clima.

—Clima —repetí con reverencia, y Alien y yo nos echamos a reír.

Bithras se puso de pie y estiró los brazos con impaciencia.

—Nos faltan siete días para comparecer ante el Congreso. Nos faltan tres días para que comiencen nuestras reuniones con las subcomisiones y los miembros del Senado y la Cámara de Diputados. Eso significa que tenemos dos días de preparativos y reuniones con socios de los VM, y un día para hacer turismo. Hoy estoy demasiado ansioso y contrariado para trabajar. Alice y yo nos quedaremos aquí.

Vosotros podéis hacer lo que os guste.

Alien y yo nos miramos.

—Caminaremos —dije.

—De acuerdo —dijo Alien.

Bithras sacudió la cabeza como si nos compadeciera.

—Para mí la Tierra pierde pronto su encanto —dijo.

El cielo se había despejado cuando entramos en Washington DC. Alien y yo habíamos mantenido cierta distancia durante el viaje, pero ahora nos portábamos como hermanos, compartiendo el viento, el aire límpido, el sol en la cara y, gloria de glorias, los cerezos en flor. Los árboles florecían una vez por mes, nos dijeron, aun en invierno; así lo esperaban los turistas.

—No es natural —comentó Alien—. Antes florecían sólo en primavera.

—Lo sé —repliqué de mal humor—. No me importa.

—Los árboles también florecen en Marte —me reprochó—. ¿Qué tienen éstos de especial?

—Porque en todo Marte no hay un solo árbol que esté bajo el cielo abierto y eleve sus ramas al Sol —dije.

El Sol nos calentaba los brazos y el rostro desnudos, el viento era suave y fresco y la temperatura variaba a cada instante. No podía deshacerme de la sensación —al cuerno con la política, con los accidentes del nacimiento— de que amaba la Tierra, y de que la Tierra me amaba a mí.

Era un día hermoso. Yo me sentía hermosa. Alien y yo flirteamos, aunque no en serio. Bebimos café en la acera, almorzamos temprano, caminamos hasta el monumento a Washington y subimos la larga escalera (yo ignoré el dolor que me acuchillaba las piernas), bajamos, caminamos más. Paseando junto al estanque, nos detuvimos para mirar a los transformistas que se ejercitaban corriendo como lebreles.

Estudiamos proyecciones de lecciones de historia y subimos la escalinata del Lincoln Memorial, luego nos detuvimos ante la gigantesca estatua de Abraham Lincoln. Estudié aquel rostro triste y cansado y aquellas manos nudosas, y se me humedecieron los ojos al leer las palabras que había a un lado, inspiradas por la guerra civil que él dirigió y que en definitiva causó su muerte. *La gente devora a sus dirigentes, pensé. El rey debe morir.*

Alien tenía otra perspectiva.

—Quiso obtener la lealtad del Sur por la fuerza —dijo—. Políticamente, es demasiado terrícola para mi gusto.

—Marte no tiene esclavos —le recordé.

—No me lo digas a mí —dijo—. Yo siempre he estado de parte de los oprimidos.

Desandamos el camino a lo largo del estanque y miramos la caída del sol.

—¿Qué habría pensado Lincoln de los conejos rojos? —preguntó Alien.

—¿Qué pensaría Lincoln de la Unión en la actualidad? —repliqué.

A pesar de ciertas dificultades de adaptación con la biquímica —sin duda estábamos abusando— me sentía fascinada por el clima, la arquitectura a cielo abierto, la historia.

Regresamos a la cresta para cenar con Bithras en el restaurante principal del hotel. La comida era mucho mejor que a bordo de la *Tuamotu*. Una buena parte era fresca en vez de nano, y yo busqué, y creí encontrar, la diferencia de sabor.

—Creo que sabe a tierra —dije a Bithras y Alien, ante el mantel de lino blanco y los candelabros de plata.

—Rancia —convino Alien—. Hace poco que estaba viva.

Bithras carraspeó.

—Basta —dijo.

Alien y yo sonreímos con aire de conspiración.

—No debemos comportarnos como gente de provincias —dijo Alien.

—Me comportaré como me plazca —dijo Bithras, pero no estaba enfadado, sólo exponía un hecho—. Pero el vino es bueno. —Alzó la copa—. Por los conejos rojos que están fuera de su elemento.

Brindamos por nosotros mismos.

Cuando regresábamos a la suite, saliendo del ascensor, Bithras pasó su brazo por el mío y me apretó contra él. Alien lo notó y se apresuró a hacer lo mismo con mi otro brazo. Por un momento tuve la sensación de estar entre dos perros en celo. Luego comprendí qué se proponía Alien.

Bithras apretó los labios y me soltó. Alien también me soltó y yo le dirigí una mirada de gratitud.

Bithras se comportó como si nada hubiera pasado. Y a decir verdad, nada había pasado. La velada había sido demasiado grata para creer lo contrario.

—He pasado aquí veintisiete años —nos dijo Miriam Jaffrey, invitándonos a entrar en su apartamento—. Mi esposo se hizo eloi hace diez años, y creo que está en Marte, aunque no estoy segura... así que heme aquí, una marciana en la Tierra mientras él es un terrícola en Marte.

Invitó a Bithras y Alien a sentarse en el amplio salón. Las ventanas daban a las viejas crestas y los aún más viejos rascacielos de Virginia. Estábamos en el lado sur de Torre Capital, frente a nuestro hotel.

—Siempre converso con conejos rojos —dijo, sentándose junto a Bithras. Parecían ser de la misma edad—. Me encanta enterarme de lo que ha cambiado y lo que continúa igual. No porque piense en volver... estoy demasiado habituada a la Tierra. Me temo que soy una terrícola.

—Nosotros lo estamos pasando muy bien —dijo Alien.

Miriam sonrió. Una cascada de cabello negro le caía sobre los hombros delgados

y cuadrados que su ondeante vestido de algodón verde dejaba al descubierto.

—Me alegra muchísimo que hayáis podido encontrar un momento libre entre tantas ocupaciones.

—El placer es nuestro —dijo Bithras. Acomodó sus posaderas en el diván, luchando contra los cojines autoadaptables—. Ahora bien, ¿esto es seguro?

—Totalmente —dijo Miriam, repentinamente seria.

—Bien. Necesitamos hablar con libertad. Casseia, Alien, Miriam no es sólo una gran anfitriona, sino la marciana mejor informada de la Tierra en lo concerniente a los asuntos de Washington.

Miriam agitó las pestañas con modestia.

—Ella sigue la tradición de un largo linaje de anfitrionas de esta capital, que agasajan a sus huéspedes y se enteran de todo, y ha sido de gran valor para el VM Majumdar en el pasado.

—Gracias, Bithras —dijo Miriam.

Bithras sacó su pizarra de la camisa y la puso delante de ella.

—Hemos traído con nosotros una copia de Alice. Ella está ahora en nuestro hotel.

—¿Tiene defensas contra los últimos avances? —preguntó Miriam.

—Creemos que sí. Nos negamos a que la revisaran en la aduana.

—Bien. Fue fabricada en la Tierra, de modo que siempre es un poco sospechosa.

—Confío en Alice. La examinaron nuestros mejores técnicos y la encontraron fiel a su diseño.

—De acuerdo —dijo Miriam, aunque por su tono se veía que aún tenía dudas—. Aun así, debéis saber que todos los pensantes son demasiado Cándidos para comprender la Tierra, al menos esos pensantes cuya exportación, o emigración, está permitida.

—Sí, en efecto —convino Bithras—. Pero ella sólo asesora, no da órdenes.

Escuché todo esto muy sorprendida.

—¿Eres una espía? —pregunté cándidamente.

—¡Claro que no, por las estrellas! —Miriam rió y se palmeó el muslo. Adoptó una pose, la mano en la rodilla, los hombros hacia atrás, meneando el cabello—. Aunque podría serlo, ¿no crees?

—Hoy nos reuniremos con representantes de Cailletet y Sandoval —dijo Bithras.

—Cailletet ha estado muy escurridizo —dijo Miriam—. Comprando notas y extensiones a otros VM, reduciendo al mínimo su presencia en el ámbito abierto del Triple Mercado.

—No espero que me den respuestas —dijo Bithras—, pero al menos haré ondear la bandera, como quien dice. Estamos dispuestos a seguir conversando.

Miriam dijo que eso le parecía muy atinado.

—Aunque te advierto que nunca he visto a Cailletet tan asustado —concluyó

Bithras.

—Me gustaría saber más sobre esos miembros de la comisión de asuntos espaciales.

Bithras le entregó la pizarra. Ante los ojos de Miriam bailaron nombres, junto con iconos políticos e identificadores de grupos familiares y sociales.

Miriam revisó la lista pensativamente.

—Buena gente. Inteligente. Por encima del rango.

Busqué disimuladamente «por encima del rango» en mi pizarra. Leí: *1. Sereno, impasible; 2. Indiferente ala, superioridad jerárquica.*

—Se lo toman con dedicación y no se les ha escapado ni una triquiñuela desde que estoy aquí —dijo Miriam—. Los funcionarios electos de la Tierra son una raza aparte, como bien sabe Bithras.

—Sí, hemos tratado con algunos de nuestros propios gobernadores de distrito...

—La diferencia es que los funcionarios electos de la Tierra son terapiados —dijo Miriam—. Todos excepto John Mendoza. Jefe de la minoría del Senado. Mendoza es mormón. Los terrícolas no prepararon una cálida recepción para Dauble, pero los simpatizantes de Mendoza le dieron la bienvenida, así como Deseret Space. Deseret Space le dio refugio varias semanas. Supongo que le pidió información sobre Marte.

—Al menos ellos no tienen ningún plan para Marte —dijo Bithras.

—No, pero Mendoza te preguntará por qué no estás dispuesto a asignar a la Tierra ciertos recursos del Cinturón de Asteroides que hoy controlan los marcianos, y por qué te niegas a unirse al grupo Gestión de Recursos Sol. Deseret Space ha establecido algunos contactos con la Verde Idaho. La Verde Idaho al fin ha echado el ojo a empresas relacionadas con el espacio. Ambos están consolidando sus contactos con GAEO, burlando a Estados Unidos.

Bithras anotó la transcripción de los comentarios de Miriam.

—Necesitamos saber sobre Cuba, La Española, Nuevo México y California —dijo a continuación.

—Todo está en tu lista —dijo Miriam, frunciendo el entrecejo, tocando la pizarra con una larga uña. Vi que la uña reproducía un vid y me pregunté qué era—. Permíteme decirte lo que sé. Mi biblioteca te brindará...

Escuchamos y compartimos datos durante dos horas. Cuando terminamos, Bithras dio rienda suelta a su encanto, y Miriam pareció interesada. Sentí un gran alivio.

Las reuniones con Cailetet y Sandoval, celebradas en nuestra suite, fueron cordiales y totalmente improductivas. El síndico asociado de Cailetet-Tierra insinuó que tal vez no respaldaran nuestras propuestas de unificación, que Cailetet-Marte podría haber aceptado las propuestas sin una autoridad que se extendiera a todo el Triple.

Bithras estaba agitado. Se pegaba a mí casi sin darse cuenta, insistía en tocarme

suavemente. Alien lo miraba con cierta preocupación. Yo lo ignoré.

Al parecer Miriam no le bastaba. Y la presión seguía aumentando.

Sufrí una pequeña bajada biquímica a la mañana siguiente, a solas en mi habitación: náuseas, escalofríos, mi cuerpo sacudiendo el yugo de los controles para adaptarse del modo que consideraba mejor. Duró sólo una hora, y después me sentí mucho mejor. La gravedad parecía menos impuesta, más natural.

Miré el Potomac y la ribera opuesta. Un día cristalino con altas nubes algodonosas. Washington DC una pequeña aldea, sus monumentos y su antiguo Capitolio visibles sólo como granos de arroz en un paisaje verde y pardo.

Intelectos vastos, frescos, distantes...

Una sonrisa fatua en mi rostro. Una marciana que venía a invadir la Tierra.

Alice presentó su informe. Nos sentamos en el salón de la suite y examinamos los puntos principales. Bithras profundizó en varios puntos decisivos.

—No es alentador —dijo.

—La necesidad de control central de todos los recursos solares puede agudizarse dentro de quince años terrícolas —dijo Alice—. En general se reconoce que la Tierra requiere un proyecto de gran envergadura para conservar su vigor psicológico y económico, y dicho proyecto, dicho foco social, debe ser la exploración interestelar a gran escala, el Gran Salto.

Alien quedó desconcertado.

—¿Toda la Tierra reconoce esto? ¿Todos están de acuerdo?

—El grado de acuerdo es notable entre los grupos que toman las decisiones cruciales en el Triple —dijo Alice—. Especialmente los ejecutivos de las principales alianzas.

—Se nos presionará para que participemos en el proyecto, aunque no beneficie directamente a Marte —apuntó Bithras.

—Esa conclusión es inevitable, dadas las pruebas —dijo Alice.

Bithras se recostó en el diván.

—Nada que no podamos afrontar —dijo, pero parecía preocupado—. Resulta demasiado obvio, ¿verdad?

—Las pruebas a favor de otras conclusiones no son concluyentes —dijo Alice.

—Es lo que decían algunos de nuestros compañeros de viaje —intervine.

—Todo cocinado, ¿eh? —dijo Bithras, mordiéndose el labio superior. Parecía un bulldog cuando hacía eso—. Mañana abriré las propuestas y las compartiré con vosotros. Necesito que comprendáis plenamente lo que se nos permite decir, y lo que se nos permite conceder, en cada etapa de la negociación. —Se incorporó—. A partir de ahora, sois más que aprendices. Representáis un Marte que aún no ha nacido. Sois diplomáticos.

Y cumplimos con nuestro papel. Asistimos a recepciones y fiestas, agasajamos

invitados, visitamos empresas, asistimos a cenas promovidas por sociedades interesadas en Marte...

Miriam actuó como anfitriona de nuestra recepción privada en el hotel. Pasé horas hablando con extraplanetarios, escuchando sus anécdotas sobre el viejo Marte, respondiendo como podía a sus preguntas sobre el nuevo Marte. *¿Mackenzie Frazier unió los VM canadienses en Syrtis? ¿Qué sucedió con las familias Prescotty Ware en Helias? Mi hermana todavía vive en Marte, en el sur del valle del Mariner, pero nunca responde a mis cartas... ¿sabe usted por qué?*

Con frecuencia yo me limitaba a sonreír y alegaba ignorancia. No existía un centro de mensajes o base de datos panmarciana que resultara de fácil acceso desde la Tierra. Anoté en mi pizarra que convendría que Majumdar creara una, pues favorecería las relaciones públicas. Los ex marcianos de la Tierra serían valiosos aliados, según pensé, y no los aprovechábamos a menudo, con excepción de Miriam.

Durante un descanso, pregunté a Miriam con cuánta frecuencia los VM marcianos acudían a ella, directamente desde Marte.

—Una vez al año —dijo ella sonriendo. Le dije que me parecía lamentable, y ella me palmeó el hombro—. Somos criaturas muy confiadas y estrechas de miras. Cuando te marches de aquí, sabrás muy bien a qué nos oponemos, y cuánto debemos avanzar para lograr algo.

Anoté en mi pizarra que deberíamos contratar a Miriam para Majumdar exclusivamente... ¿pero eso no contradecía el espíritu de unidad que tanto procurábamos demostrar?

Al visitar las oficinas de los diputados, noté que no prestaban la menor atención cuando Bithras hacía un esbozo de nuestras posibles propuestas. Bithras estaba de pésimo humor al cabo de un agotador día de recorrer oficinas.

—No les importa un bledo —dijo, aceptando una copa de vino que le ofreció Alien mientras descansábamos en la suite—. Es desconcertante.

Por las mañanas, entrevistas en redes y LitVid, dirigidas desde un plató del Capitolio; por la tarde, más entrevistas desde un plató del hotel; luego almuerzos con importantes inversores que escuchaban sonriendo pero no prometían nada; al fin, cenas con funcionarios administrativos del Congreso, que parecían llenos de curiosidad y entusiasmo pero que revelaban poco y no prometían nada.

Visitas a escuelas de Washington y Virginia, habitualmente por la red educativa desde nuestra habitación del hotel. Un rápido viaje en tren a Pennsylvania para reunimos con los Amigos Amish de la Tierra Forestal, que al fin habían aceptado el uso de ordenadores, aunque no de pensantes. De vuelta en Washington, una visita guiada por la Biblioteca del Congreso y el Museo del Aire y del Espacio del Smithsonian.

La Biblioteca del Congreso estaba protegida con helio y sólo podía accederse a

ella llevando traje de presión. No nos invitaron a entrar. Merodeaban *arbeiters* por los pasillos, custodiando y buscando sus millones de libros de papel y periódicos de papel. Habían dejado de aceptar ejemplares de papel en el 2049, y la mayoría de las investigaciones se realizaban con archivos electrónicos, que llenaban una pequeña cámara de varios cientos de metros bajo la vieja biblioteca. Alice asimiló todos los datos necesarios, pero aun sus inmensas reservas de memoria eran insuficientes para absorberlo todo.

En el Museo del Aire y del Espacio nos tomaron fotografías al pie de una réplica de tamaño natural de la primera nave que descendió en Marte, la *Captain James Cook*. Yo había visto la original cuando estaba en la escuela secundaria. Bajo esa cúpula, la réplica parecía más grande que el original, que reposaba al aire libre de Elysium.

La Tierra tenía demasiado que mostrarnos. Corríamos el peligro de quedar exhaustos antes de que llegara el día importante.

Entramos en la sala de audiencias: majestuosa piedra y cálida madera, asientos tapizados con seudocuero oscuro. Bithras, Alien y yo llevábamos conservadora ropa marciana, Alice su vehículo recién lustrado.

Con nuestras prendas sintéticas y nuestros físicos no modificados, debíamos de parecer palurdos en una comedia LitVid, pero recibimos el respetuoso saludo de cinco senadores de la Comisión Permanente sobre Asuntos del Sistema Solar y el Espacio Circunterráneo. Durante varios minutos trabamos conversación con los senadores y sus asistentes. La atmósfera era afable pero formal. Una vez más, noté algo raro, al igual que Bithras, quien no ocultaba su inquietud cuando se sentó detrás de una larga mesa de arce. Alien se inclinó para preguntarme:

—¿No debíamos testificar delante de toda la Comisión?

Yo no lo sabía.

Me senté a la izquierda de Bithras en una silla de madera, y Alien lo hizo a su derecha. Alice estaba conectada al pensante del Senado, Harold S., que había ocupado aquel puesto durante sesenta años.

La galería estaba desierta. Obviamente se trataba de una audiencia a puerta cerrada.

La senadora Kay Juárez Sommers, de Nuevo México, presidenta de la comisión, impuso orden en la sala.

—Doy la bienvenida a nuestros distinguidos huéspedes de Marte. Para una vieja terrícola como yo, esto aún hoy resulta raro de decir. Tal vez necesite algunas expansiones en mi *imaginación*. Al menos, así creen algunos colegas...

Era una mujer de más de setenta años, si era posible juzgar la edad cuando la apariencia parecía una elección arbitraria; menuda y delgada, rasgos claros y sencillos, voz tersa, atuendo negro y gris. La senadora Juárez Sommers no había

escogido caminos fáciles en su vida, y había evitado los diseños transformistas evidentes.

También asistían otros senadores. John Mendoza, de Utah, era alto, de tez color chocolate, severamente apuesto y robusto; el senador David Wang de California, era rubio y de piel dorada, una obvia transformación; y el senador Joe Kim de la Verde Idaho, de talla media, canoso, con una expresión de perpetua suspicacia. O tal vez fuera perspicacia.

—Señor Majumdar, como usted puede ver, se trata de una audiencia a puerta cerrada —comenzó Juárez Sommers—. Hemos escogido a miembros importantes de la Comisión Permanente para escuchar su testimonio. Hablaremos sin rodeos, pues nuestro tiempo es limitado. Tenemos curiosidad por saber en qué medida Marte puede avanzar hacia la unificación en los próximos cinco años.

—Nos enfrentamos a importantes obstáculos —dijo Bithras—, no todos ellos provocados por los marcianos.

—¿Puede ser más específico, por favor?

Bithras explicó las complejas interacciones de las finanzas y la política de los VM. Los recursos marcianos estaban desarrollados en un dos por ciento. Empresas terrícolas con VM subsidiarios y VM lunares controlaban el quince por ciento del capital marciano y el diez por ciento de los recursos desarrollados. Los VM marcianos con frecuencia buscaban capital en fuentes del Triple, fuera de Marte, estableciendo contactos provisionales, e incluso dando a esas fuentes externas cierta capacidad para opinar en sus asuntos internos. Parecía como si todos hubieran querido probar el pastel marciano. Conjugar tantos intereses dispares era difícil, una pesadilla, y la renuencia de los VM saludables y rentables a someterse a una autoridad central complicaba la situación.

—¿Los VM marcianos entienden que poseen derechos inalienables, derechos empresariales, como quien dice, al margen de las necesidades de sus integrantes? —preguntó el senador Mendoza de Utah.

—De ninguna manera —dijo Bithras—. Los Vínculos Múltiples operan como grupos o empresas pequeñas, como familias, más que como las empresas terrícolas en manos de los trabajadores. Todos los miembros de la familia son accionistas, pero no pueden vender sus acciones a compañías externas. El ingreso en la familia se realiza mediante matrimonio, elección especial o nacimiento. Con la transferencia por matrimonio o la elección, un miembro abandona un VM y pasa a otro. Dentro de la familia, sólo hay intercambio de crédito laboral, no de dinero... los gerentes financieros del síndico dirigen todas las inversiones fuera de la familia. —Los senadores parecían aburridos. Bithras se apresuró a concluir—. Estoy seguro de que todos conocen los principios. Son iguales en la Luna y en los Cinturones.

—Tener conciencia de una estructura implica capacidad de modificarla —dijo

Mendoza.

—Nuestro testigo acaba de admitir que existe una cierta renuencia —dijo el senador Wang de California, mirando a su colega con hostilidad.

—El VM del señor Majumdar ha sido reacio a cooperar en los intentos de unificación —dijo Juárez Sommers—. Tal vez pueda explicarnos esa renuencia y la propuesta de organizar una nueva estructura social.

Bithras ladeó la cabeza y sonrió, reconociendo esa repentina definición de testigo renuente.

—Hemos trabajado con empeño para decidir nuestro destino. Nos comportamos como individuos empecinados dentro de una atmósfera determinada por la mutua ventaja. No sentimos naturalmente la inclinación de dejar nuestro destino y nuestra vida en manos de organismos que no responden directamente ante nosotros.

—Los VM han vivido con esta ilusión durante décadas —dijo el senador Joe Kim de la Verde Idaho—. ¿Nos está diciendo que así funciona Marte, que cada individuo responde directamente a las autoridades familiares?

—No —repuso Bithras.

—Sin duda poseen un sistema judicial al cual se someten todos los VM. ¿Cómo tratan ustedes a sus aterapiados, a sus inadaptados?

—¿No nos hemos alejado un poco del tema, senador? —preguntó Bithras con una sonrisa.

—Concédame ese favor —dijo Kim, mirando su pizarra.

Bithras se lo concedió.

—Ellos tienen derechos. Si su inadaptación es grave, *sus familias* los persuaden de buscar ayuda. Terapia, si es necesario. Si su delito trasciende los límites familiares, pueden comparecer ante los jueces del Consejo. Pero...

—Los marcianos no son muy amantes de la terapia —apuntó Mendoza, mirando a todos y cada uno—. En Utah, algunos compartimos sus reservas.

—No nos tomamos esa idea como una moda —aclaró Bithras—. Tampoco nos oponemos por principio.

—Creemos que la mejora de la mentalidad de los marcianos como individuos podría conducir a una mayor aceptación de una organización social más eficiente —dijo Juárez Sommers, mirando ceñudo a Mendoza.

—La senadora tiene derecho a pensar eso —dijo Bithras con calma.

Se abandonó esa línea de interrogatorio. Los senadores hicieron una pausa, tal vez consultando a Harold S., y luego continuaron con sus preguntas.

—Sin duda usted recordará que las principales alianzas de la Tierra han expresado cierta insatisfacción con el retraso de Marte —dijo Juárez Sommers—. Incluso se ha hablado de sanciones económicas. Marte depende de la Tierra para la obtención de bienes esenciales, ¿no es así?

—No del todo, senadora —dijo Bithras. Ella debía de saber que no era así, pero apuntaba hacia un objetivo que yo no alcanzaba a vislumbrar.

—¿Los VM realizan sus negocios con capacidad intelectual humana únicamente, o usan pensantes?

—Utilizamos pensantes, pero tomamos las decisiones por nuestra cuenta —dijo Bithras—. Tal como ustedes aquí... en el Congreso. Entiendo que Harold S. es solamente un asesor muy respetado.

—Y estos pensantes se preparan en la Tierra —continuó ella.

—Dentro de pocos años podremos construir pensantes marcianos.

Bithras miró la mesa, frotando el borde de su pizarra con un dedo. Se sonrojó apenas ante lo que parecía una amenaza implícita.

—Que la nanotecnología marciana está rezagada una década respecto de la terrícola, y que sus instalaciones industriales también son menos eficientes es algo sabido. —Sí.

—Las empresas de la Tierra y las oficinas de patentes son reacias a ceder diseños para una nanotecnología mejor a una sociedad con pocos controles centrales.

—Los marcianos nunca han hecho contrabando de diseños y jamás han violado derechos de patente. En todos los VM se lleva a cabo una estricta supervisión sobre patentes y regalías. También permitimos que la Tierra inspeccione las instalaciones que usan diseños con patente o con derechos.

—Aun así, esta percepción existe, y es nociva para la industria y el desarrollo de Marte, ¿verdad?

—Con toda humildad, debo decir que cuidamos de nuestras necesidades.

Bithras no mencionó la difundida impresión marciana de que la Tierra prefería que nuestro desarrollo económico se atascara, que permaneciera bajo control estricto de la Tierra.

—¿Marte no desea crecer? —preguntó Mendoza con expresión de asombro—. ¿Acaso los dirigentes de Marte, los síndicos de los VM y los gobernadores de distrito, no desean sumarse a los esfuerzos del Triple?

—En la medida de nuestra modesta capacidad, sí —dijo Bithras—. Pero la Tierra no debe esperar que Marte venda sus derechos y sus recursos, que se entregue como propiedad de alguien.

Mendoza se echó a reír.

—Mis colegas y yo ni soñaríamos con ello. Tal vez buscaríamos un sitio adonde escapar, si fracasa nuestra reelección...

—Hable por usted, John —dijo Juárez Sommers.

La discusión se centró en trivialidades. Durante diez minutos, los senadores hicieron a Bithras más preguntas cuyas respuestas obviamente podían hallar en sus pizarras.

Este ejercicio pronto me aburrí y me exasperé.

Aquella primera audiencia, durante la cual no llegamos a ninguna conclusión, duró cuarenta y siete minutos.

La segunda, al día siguiente, con los mismos senadores, duró quince minutos. Nos dieron un descanso de una semana hasta la audiencia definitiva; no había ningún indicio de que fuéramos a reunirnos con toda la Comisión.

Hasta el momento no habían pedido a Bithras que presentara sus propuestas. No parecían interesarles. Habíamos realizado el viaje para escuchar una cháchara cortés pero desagradable, amenazas veladas y preguntas vagas.

La noche de la segunda audiencia Alien compartió conmigo una recarga biquímica y una cerveza. Bithras dormía en su habitación.

—¿Qué crees que se proponen? —pregunté.

Alien entrecerró los ojos y se reclinó en la silla, estirando las piernas.

—Hacernos perder tiempo —dijo.

—No actúan como si tuvieran un plan.

—No actúan como si nada.

—Es exasperante.

—No, es una pantalla. Una distracción.

—¿A qué te refieres? —Bithras entró en pijama, el cabello desmelenado, restregándose los ojos como un chiquillo—. Dadme un poco de eso —dijo, señalando el suplemento biquímico—. Me duelen las articulaciones.

—¿Te hemos despertado?

—¿Con estas paredes? Allí dentro hay un silencio sepulcral. He tenido una pesadilla espantosa —añadió Bithras—. Odio las simulaciones.

No sabíamos que él hubiera probado alguna simulación. Se sentó y Alien le sirvió una copa, que él se tomó con cierta teatralidad.

—Sí, bueno —dijo—. Esta noche he dejado que Miriam me persuadiera de compartir una simulación con ella. Ha sido espantoso.

Me pregunté qué clase de simulación habrían compartido.

—Estábamos hablando de las audiencias —dijo Alien.

—Mencionabas una distracción —dijo Bithras—. ¿Crees que estas audiencias son una farsa?

—Tengo mis sospechas.

—¿Sí?

—La GAEO.

Bithras frunció el ceño.

—No tenemos prevista ninguna reunión con representantes de la GAEO.

—¿Por qué no vale la pena molestarse con nosotros? —preguntó Alien.

Yo seguía sin comprender.

—¿Qué hay de...? —empecé.

Bithras me contuvo con un ademán.

—Wang y Mendoza actúan como representantes de la GAEO ante la Comisión Permanente del Senado —dijo—. Por la mayoría y la minoría.

Alien cabeceó.

—Amigos, me habéis desconcertado —dije.

Bithras me miró como si fuera una niña.

—Algunos afirman que Estados Unidos entregará sus empresas espaciales a la GAEO. Los VM que tengan contratos y relaciones comerciales con Estados Unidos supuestamente responderán directamente ante la autoridad de la GAEO.

—¿Y cuál es la diferencia para nosotros? —pregunté.

—La GAEO tiene una actitud mucho más enérgica que Estados Unidos hacia la exploración espacial, y mucho más entusiasta que cualquier otra alianza. Pero en la Gran Alianza Este-Oeste hay muchos países y empresas pequeñas sin proyectos en el espacio. Quieren alguna compañía. Si Marte se une, tendríamos que entablar nuevas relaciones con la GAEO... Sus socios menores pedirían que vendiéramos una porción de nuestro pastel... —Bithras se pellizcó la nariz y cerró los ojos, concentrándose—. ¿Qué ofrecerían?

—*Quid pro quo* —dijo Alien.

—*Quid pro quo*. Nosotros les damos una mayor participación en los recursos del sistema solar... a cambio de que la Alianza no absorba por completo a Marte y sus VM.

—Como ocurrió en la Luna —dijo Alien.

—Eso es terrible —dije—. ¿Sospecháis todo esto sólo porque no nos han hecho demasiadas preguntas concretas?

Bithras agitó la mano.

—No tenemos muchas pruebas, desde luego.

Aquellas estremecedoras perspectivas parecieron agudizar la lucidez de Alien.

—No podríamos ganar esa clase de guerra —dijo—. Si nos unimos y nos presionan para que nos integremos en una alianza, el poder en una alianza depende de la población...

—Excepto en el caso de los países fundadores, como Estados Unidos —dijo Bithras—. Seríamos los últimos de la fila. —Terminó de beberse el suplemento biquímico. Alien le ofreció un vaso de cerveza y él aceptó—. Dentro de quince o veinte años, o menos, si Alice está en lo cierto, el noventa por ciento de los países de la Tierra, de cualquier alianza, sentirá un profundo interés en el Gran Salto, el viaje a las estrellas.

—¿Y nosotros no deberíamos interesarnos también? —preguntó Alien, entrelazando las manos como un suplicante.

—¿Al precio de nuestra herencia planetaria, de nuestra alma? —preguntó Bithras.

—Toda la especie humana... es un objetivo noble —murmuró Alien.

Bithras aceptó el reto como si se enfrentara a un toro.

—Realmente noble para un mundo desesperado por el progreso, el crecimiento y el cambio. Pero a nosotros nos comerían vivos.

—¿Pero de qué se trata? —pregunté.

Bithras se encogió de hombros.

—Si no nos equivocamos en esto, y si nuestra visita tiene algún sentido, hablaremos con representantes de la GAEO, en privado, antes de partir —dijo—. Estas audiencias a puerta cerrada son una excusa... no es preciso que el público conozca las medidas que aún no se aplican, pero tampoco es preciso entablar negociaciones a largo plazo ignorando cuál será la situación en el futuro. Mendoza y Wang no son otra cosa que guardianes. La razón por la cual nos convocaron aquí puede ser una farsa que les conviene. Podrían pillarnos desprevenidos. Yo he venido aquí con una propuesta, pero podrían tratar de obligarnos a llegar a un acuerdo firme.

Extendió la mano y Alien se la estrechó.

—Bien pensado, Alien. Si yo estuviera en su lugar, eso es lo que haría.

Presenciando aquel aprobatorio apretón de manos, sentí un arrebato de celos. ¿Alguna vez sería capaz de hacer reflexiones tan prudentes y rebuscadas, de dar semejantes saltos en lo improbable e impresionar a Bithras?

Palmeé a Alien en el hombro, murmuré mis buenas noches y me fui a mi habitación.

A la mañana siguiente, mientras tomaba café en el salón con Bithras y hablábamos del programa del día con Alice, nuestras pizarras llamaron al unísono. Alien vino de su habitación y comparamos los mensajes.

Las restantes audiencias con el Senado quedaban canceladas. También se cancelaban todas las reuniones informales con senadores y diputados de diversos estados, salvo una reunión con Mendoza y Wang proyectada para finales de nuestra tercera semana de estancia.

De pronto éramos algo más que turistas.

La hipótesis GAEO se confirmaba.

Pronto me cansé de fiestas y recepciones. Quería ver el planeta, caminar por mi cuenta, libre de responsabilidades. En cambio, pasábamos casi todo el tiempo reuniéndonos con gente curiosa y amigable, haciendo contactos y predicando nuestra buena voluntad. Miriam, fiel a su reputación, logró que conociéramos a algunas de las personas más influyentes de América del Norte.

Organizó una segunda y exuberante fiesta —que pagó Majumdar— e invitó a artistas, actores de simulaciones, magnates de los negocios, presidentes de empresas, ministros de las alianzas, embajadores; nunca hubiese creído que pudieran reunirse

tantos rostros famosos y conocidos. La ausencia de los LitVids era evidente; debíamos tener tranquilidad, conversación amena y buena comida, y Bithras debía proponer una serie de tratos y presentar algunas propuestas.

La fiesta se celebró en la suite de Miriam, con todas las paredes y muebles reorganizados para aprovechar el espacio al máximo. Llegamos antes que la mayoría, y Miriam me llevó aparte con gesto maternal.

—No te dejes impresionar por esta gente —me dijo—. Son humanos y fáciles de impresionar. Tú eres exótica, querida, y debes sacar partido de ello. Aquí habrá muchas personas guapas —añadió con una edulcorada sonrisa.

Yo no tenía la menor intención de buscar pareja en un acto político, pero respondí a su sonrisa y dije que me divertiría, y me juré a mí misma que lo haría.

La multitud llegó por tandas que iban concentrándose en torno a tal o cual figura de prestigio. Alien, Bithras y yo atendíamos las sucesivas tandas por separado, respondiendo preguntas —*¿Por qué habéis venido hasta aquí desde tan lejos? ¿Por qué los marcianos se resisten a las grandes tendencias artísticas? ¿Es verdad que más de la mitad de las mujeres marcianas todavía dan a luz? ¿También ocurre así en tu familia? ¿Qué piensas de la Tierra? ¿No es un gran semillero cultural?*— y alejándonos discretamente para recibir a otros recién llegados.

Aunque reconocí a muchos famosos, Miriam no había invitado a nadie que me interesara. Ninguno de los dramaturgos terrestres que yo admiraba se encontraba allí, tal vez porque yo prefería más Lit que Vid. Ninguno de los políticos que yo había estudiado estaba allí. La mayoría de los invitados representaban el furor de la moda —Washington aún atraía hordas de gente bella y brillante— y no congeniaban con mis gustos.

Bithras, sin embargo, parecía en su elemento, y cumplía con sus obligaciones sin esfuerzo. Durante gran parte de la fiesta lo rodearon ejecutivos de empresas con ambiciones en Marte. Noté que cuatro paquistaníes aguardaban su turno con paciencia, dos hombres con traje gris tradicional y dos mujeres, una con un brillante sari naranja, la otra con un ondeante conjunto gris de tres piezas. Cuando les llegó el turno, Bithras habló con ellas en penjabi y urdú, y se puso todavía más eufórico.

Alien pasó a mi lado y me guiñó el ojo.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

Estábamos lejos de los demás, en un rincón donde yo me había retirado para beber un zumo de fruta.

—Un aburrimiento —murmuré—. ¿Dónde está Bithras?

Se había ido de la sala.

—Creo que está recordando viejos tiempos con los paquistaníes —dijo Alien—. ¿Cómo puedes aburrirte? Aquí hay gente muy famosa.

—Lo sé. Es culpa mía.

—Vaya. Preferirías ir de excursión a los Adirondacks, o...

—Ni lo menciones. Se me hace la boca agua.

—El deber me llama —dijo, y se fue a atender a otro grupo.

Bithras reapareció un cuarto de hora después, hablando con interés con una de las paquistaníes. La mujer escuchaba atentamente, asentía con frecuencia. Bithras resplandecía de entusiasmo, y me alegré por él, aunque no entendía una palabra de lo que decían.

La fiesta se había ampliado hasta llenar todo el espacio disponible, y todavía llegaba más gente. Miriam revoloteaba de aquí para allá entre la multitud, reorganizando conversaciones, guiando a la gente hacia la comida o la bebida, un perro pastor social.

Algunas personas que llegaban en aquel momento eran, a mi modo de ver, más que exóticas. Un músico de Hawai y tres mujeres jóvenes con gorras negras y ceñidas nos dejaron sin aliento a Alien y a mí. Lo reconocí por haberlo visto en las noticias. Se llamaba Attu. Enjuto e intenso, vestía un severo traje negro. Había conectado su conciencia con las tres mujeres, que vestían de blanco transparente, como hermanas. Cada diez minutos se reunían, entrelazaban las manos e intercambiaban sus experiencias. Las mujeres nunca hablaban. Attu era su canal. Opté por eludirlos. Esa clase de intimidad (y la implícita dominación masculina) me ponían la carne de gallina. Me pregunté por qué Miriam los habría invitado.

La velada tocaba a su fin, y la multitud menguaba, cuando vi que uno de los paquistaníes se acercaba a Miriam. Miriam se puso de puntillas y miró en torno, sacudió la cabeza y se puso a buscar. No necesité demasiada intuición para comprender que buscaban a Bithras.

Me deshice de varios banqueros y me alejé por un pasillo que conducía a varias habitaciones más pequeñas. No quería interrumpir ningún episodio íntimo, pero tenía un mal presagio.

Una puerta se abrió de repente y la mujer paquistaní chocó conmigo. Con una mirada furibunda, siguió de largo con su vestido gris. Bithras salió un instante después, mordiéndose el labio inferior, agitando los ojos. Pasó a mi lado diciendo:

—No pasa nada, no pasa nada.

Los paquistaníes se reunieron cerca de la puerta principal, hablando acaloradamente. Escudriñaban el rostro de los restantes invitados, se concentraban en Bithras, y uno de los hombres echó a andar hacia él, abriéndose paso a empujones. Pero las mujeres lo contuvieron, y los cuatro se marcharon.

Miriam se quedó en la puerta un momento, sin saber qué hacer. Bithras se sentó en una silla, la mirada opaca, antes de levantarse con determinación para ir en busca de un trago. Como yo, sólo bebía zumo.

No hubo ningún comentario. Una hora después nos fuimos de la fiesta.

Bithras pasó las diez horas siguientes encerrado en su habitación con las luces apagadas. Aceptaba la comida por la puerta entornada, nos miraba con cara de pocos amigos y cerraba. Alien y yo pasamos ese tiempo estudiando los nuevos informes de Alice sobre la GAEO y la GAHS.

A la mañana siguiente Bithras salió de su habitación en bata, las manos en las caderas.

—Es hora de tomarse unas vacaciones —dijo—. Tenéis dos días. Haced lo que os plazca. Regresad a esta habitación a las siete de la mañana del próximo sábado.

—¿Tú también te tomarás un tiempo libre, tío? —preguntó Alien.

Bithras sonrió y negó con la cabeza.

—Hablaré con mucha gente... si no fuéramos tan inexpertos en estos asuntos, *habríamos* traído a todo un equipo de negociación. Nadie quería gastarse el dinero. —Prácticamente escupió las últimas palabras. Tenía ojeras, y el cansancio le había agrisado la piel—. No puedo tomar todas las decisiones por mi cuenta. Me niego a tomar medidas para todo un mundo. Si ésta es una nueva era para las relaciones con la Tierra... —Agitó la mano como si describiera el vuelo de los pájaros—. Tardaremos días en ponernos de acuerdo con los demás síndicos y gobernadores. Alice pospondrá su beso con Jill para aconsejarme. Vosotros sólo me distraeríais. Si no encuentro un modo de volver esto en nuestro favor, renunciaré como síndico.

Esbozó una sonrisa lobuna.

—Vosotros podéis prestaros al juego. Ellos creen que somos provincianos, tontos fáciles de embaucar. Haréis ese papel. Conceded entrevistas si os lo piden. Decid que estoy desconcertado y desconsolado y que no sé qué hacer. Estamos consternados por el desprecio social, y la Tierra nos parece enormemente grosera. —Se sentó y apoyó la cabeza en las manos—. No está tan lejos de la verdad.

Llamé al número privado de Orianna y dejé un mensaje. Al cabo de dos horas, Orianna me llamó y concertamos una cita en Nueva York. Alien tenía sus propios planes; volaría al Nepal.

Una hora antes de salir del hotel, me sentía aturdida y asustada. Me preguntaba cómo nos recibirían en Marte si fracasábamos, qué pensarían nuestras familias. Si Bithras caía, ¿se hundiría con él toda mi carrera en el VM Majumdar?

Al escoger el viaje con Bithras, yo me había convertido en parte de una monumental guerra de nervios, y parecía evidente que estábamos perdiendo. Me fastidiaba sentirme atrapada entre dos mundos; odiaba el *poder* y la *autoridad* y la muy tangible y agotadora desdicha de la *responsabilidad*. Podía formar parte de un fracaso de proporciones históricas; podía humillar a mi madre y a mi padre, a mi Vínculo Múltiple.

Añoraba los pequeños conejares y los hacinados túneles de Marte, mi confinada y segura juventud.

Sabía que había ciudades más grandes, ciudades más atestadas, pero los cincuenta millones de ciudadanos de Nueva York me provocaron una nueva clase de claustrofobia. Mi temor a lo desconocido se convirtió en temor a ser deglutida y digerida.

Con sus quinientos veintitrés años, Nueva York parecía antigua y nueva a la vez. Salí de Penn Station rodeada de gente, más de la que nunca había visto junta en un solo lugar. Me paré en una esquina mientras la muchedumbre pasaba en medio de la fría brisa y las salpicaduras de granizo.

Nueva York había mantenido intacto gran parte de su patrimonio arquitectónico, aunque prácticamente no quedaba un edificio que no hubiera sido reconstruido o reemplazado. La nanotecnología arquitectónica había transformado estructuras y paredes hasta el suelo y los antiguos cimientos, rediseñando cables y fibras, reorientando tuberías, instalando en edificios reconstruidos con los materiales originales o con otros mejores nuevas infraestructuras de metal, cerámica y plástico. Nada parecía diseñado en conjunto; todo había sido ensamblado por partes, manzana a manzana o edificio por edificio.

Y muchos edificios que un neoyorquino consideraba nuevos eran más viejos que cualquier conejal de Marte.

La gente también había sido reconstruida desde dentro. Aun en mi confusión, aquella gente me fascinaba. Gente nueva en Nueva York, la ciudad vieja: transformistas de tez reluciente como mármol bruñido, negra, blanca o rosa, de chispeantes ojos dorados, plateados o azules, miradas penetrantes que parecían cordiales y desafiantes al mismo tiempo, cuerpos de confección que se usaban un mes o un año, la carne modelada como arcilla, diseños que correspondían a una posición o clase social, algunos feos como una protesta, otros delgados y austeros, otros grandes, fuertes... terráqueos.

Relampagueaban luces sobre las calles, *arbeiters* que volaban como las hadas de mis vids infantiles o, aún más fantástico, enormes luciérnagas; los *arbeiters* recorrían la ciudad por angostos canales subterráneos y aéreos. Taxis esclavos seguían franjas vidriosas incrustadas en el asfalto y el hormigón y la nanopiedra de las calles.

Lo que más me fascinaba de Nueva York era que funcionara.

La mayoría se sometía a la nanomedicina: terapia corporal además de mental. En general, la gente de la ciudad era saludable, pero los *arbeiters* médicos patrullaban las calles, buscando a los pocos aterapiados que pudieran caer enfermos por negligencia o perversa autodestrucción. Las enfermedades humanas estaban prácticamente erradicadas, reemplazadas por virus de aprendizaje contra los que yo había preferido inmunizarme. Los neoyorquinos, como la mayoría de los habitantes de la Tierra, respiraban una sopa viviente de datos.

El aire palpitaba con idiomas, historia y actualizaciones culturales. Virus y

bacterias brotaban de ventiladores comerciales en puntos centrales, o se podían adquirir en cabinas de contagio que transmitían todo lo que el neoyorquino ávido deseara saber. Las inmunizaciones prevenían las reacciones adversas en los visitantes naturales que no estaban acostumbrados a la sopa.

El sol pasó por detrás de una ancha cresta cúbica de Nueva Jersey y las lámparas se encendieron, derramando una luz dorada a través de la suave llovizna.

De las paredes saltaron imágenes publicitarias: una inundación de iconos insistentes con poco significado para mí. La mercadotecnia especializada se había perfeccionado como ciencia. Se pagaba a los consumidores para que llevaran repetidores que comunicaban sus intereses a los murales publicitarios. Los murales les mostraban sólo aquello que podía interesarles comprar: productos, LitVids, nuevas simulaciones, horarios de acontecimientos en directo. Ser consumidor se había convertido en un medio tradicional de tener empleo rentable; algunos neoyorquinos hacían carrera exponiéndose a los anuncios, cambiando de identidad al viajar a diversas partes de la ciudad, trocando créditos de compra obtenidos mediante la exposición a la publicidad por nuevos ingresos publicitarios.

Al no disponer de un repetidor, yo sólo veía los iconos, proyecciones de símbolos empresariales que flotaban sobre mi cabeza como extraños insectos.

Según me habían enseñado en Gestión y Gobierno en la UMS, en el siglo XXI los sistemas económicos de la Tierra se habían complicado tanto que sólo los pensantes podían configurarlos. Y a medida que los pensantes se volvían más complejos, las estructuras económicas también adquirirían complejidad, hasta que todo se mantuvo en equilibrio sobre una cabeza de alfiler.

No era de extrañar que la psicología cultural desempeñara un papel decisivo en la estabilidad económica.

—¡Casseia! —Orianna estaba sobre un parapeto, oteando la multitud. Nos abrazamos en el borde de la acera—. Me encanta que nos veamos. ¿Cómo ha ido el viaje?

Me reí y sacudí la cabeza, ebria de todo lo que había visto.

—Me siento como...

—¿Un pez fuera del agua? —terminó Orianna, sonriendo.

—¡Más bien como un pájaro que se ahoga!

Ella se echó a reír.

—¡Calcuta te mataría!

—Mejor que no vayamos, entonces.

—Querida, iremos a un lugar tranquilo que mi madre posee en la calle Sesenta y cuatro Este, un barrio histórico. Un grupo de amigos desea conocerte.

—Sólo tengo unos días...

—¡Sencillez! ¡Esto es tan estimulante! Incluso has salido en los LitVids, ¿sabías?

—Cielos, sí.

Cogimos un autotaxi y ella proyectó las noticias desde su pizarra. Había sintonizado una red mundial y buscó todo el material relacionado con nuestra visita. El rostro de Bithras, el de Alien y el mío flotaban como cabezas de muñecos en el autotaxi. Textos condensados e iconos relampagueaban a poca velocidad, adaptándose a mis ojos no acostumbrados. Capté dos tercios de lo que decían. La GAEO y la GAHS se habían enlazado con Eurocon para proponer un enfoque mundial de lo que llamaban la Cuestión Marciana: la renuencia o incapacidad de Marte para sumarse al progreso.

—Os están trabando —dijo Orianna jovialmente.

Yo quedé horrorizada.

Las barras laterales detallaban nuestra biografía personal y nos describían como lo mejor que podía ofrecer la diplomacia marciana; parecía ser una ironía, pero en realidad no podía asegurarlo.

—Eres famosa, querida —dijo Orianna—. Una muchacha de frontera. Como en una serie LitVid. ¡Les encanta!

Me interesaba menos lo que se decía sobre mí que los detalles de fondo. La GAEO, al frente de las demás alianzas, comenzaría a negociar con Marte una vez que concluyeran lo que el gobierno de Estados Unidos definía como «diálogos corteses» con integrantes de la Comisión Permanente del Congreso.

Yo debía desempeñar un papel. Una actitud de alarma sólo podía mejorar mi actuación.

—Es terrible —dije, frunciendo el ceño—. De una grosería y una descortesía totales. Jamás lo hubiera esperado de la Tierra.

—Pues espéralo —dijo Orianna, frunciendo el entrecejo comprensivamente. El taxi se detuvo frente a un edificio de piedra y acero de ocho pisos, con deslumbrantes puertas de cristal. La puerta de la planta baja se abrió con un suspiro—. Cuando mis amigos y yo hayamos terminado contigo, nada te sorprenderá.

Orianna me precedió entre la multitud que se desplazaba por la acera.

—No nos quedaremos aquí mucho tiempo —dijo Orianna al salir del ascensor. Echó a andar por el corredor con la energía de un potrillo. Se detuvo sólo para permitir que la alcanzara—. Mi madre nos ha cedido el lugar por unos días. Mi habitación es igual que la de París. La tengo desde que era niña.

La puerta del apartamento 43 era bastante sobria: paneles de madera con números de bronce. Orianna apoyó la palma y la puerta se plegó hacia dentro.

—Tenemos una invitada —anunció. Más allá se extendía un túnel redondo y gris con una blanca pasarela de acero. El túnel fluctuaba sin forma.

—Bienvenida. ¿Qué podemos hacer por ti, Orianna? —preguntó una suave voz masculina.

—Decorado elegante y conservador, para nuestra invitada. Y di a Abulia y Bribón que se levanten para conocer a mi amiga.

El túnel preparó un decorado color crema con detalles dorados, un ropero de palisandro que abrió sus puertas para aceptar mi chaqueta y la bufanda de Orianna.

—Estilo Regencia inglés —dijo Orianna—. La idea de conservadurismo de Bribón.

Abulia, Bribón... todo sonaba «tan onda». Temí que lamentaría aquella visita.

—No prestes atención a los nombres —dijo Orianna, mientras el salón se convertía en Regencia—. Todos mis amigos practican el vernorismo. Trabajan y juegan con nombres falsos. No conozco los verdaderos. Ni siquiera sus padres los conocen.

—¿Por qué?

—Es un juego. Dos reglas: nadie sabe lo que haces, y no haces nada ilegal.

—¿Qué gracia tiene entonces hacer cripto? —pregunté.

—¡Qué palabra, «cripto»! Regresa a la tumba, Casseia. Oh, lo lamento, pero evita esas palabras cortas. Lo llamamos vernorismo.

—¿Pero no le quita la gracia? —insistí.

—No —dijo Orianna reflexivamente—. Lo ilegal es perjudicial. Lo perjudicial es estúpido. Lo estúpido es un juego aparte, y mis amigos no lo practican. Aquí viene Bribón.

Bribón atravesó una puerta doble, vestido con una camisa y pantalones de dril desteñido. Medía poco menos de dos metros, y llevaba un gato solar verde y blanco.

Orianna nos presentó. Bribón sonrió, hizo una reverencia, me ofreció su mano libre. Parecía bastante natural, guapo pero no en exceso, un poco tímido. Se acuclilló sobre la alfombra oriental y el gato solar se puso a jugar dentro de un diseño geométrico. Una luz se encendió arriba y bañó al animal con su resplandor. El gato maulló complacido y se estiró sobre el lomo.

—Esta noche saldremos —dijo Orianna—. ¿Dónde está Abulia?

—Dormido, creo. Ha pasado los últimos tres días trabajando en un encargo.

—Bien, despiértalo.

—Despiértalo tú.

—Con mucho gusto.

Orianna saltó de la silla y regresó al vestíbulo. Oímos que golpeaba puertas.

—Podría fulminarlo —rezongó Bribón, sacudiendo la cabeza—. A veces Orianna finge que es una tormenta.

Asentí con un murmullo.

—Pero en realidad es muy tierna. Tú debes saberlo.

—Me cae muy bien —dije.

—Es hija única, y eso la hace diferente —añadió Bribón—. Yo tengo un hermano

y una hermana. ¿Y tú?

—Un hermano —dije—. Y muchos consanguíneos.

Bribón sonrió. La sonrisa le embellecía el rostro. Parpadeé y desvié la mirada.

—¿Es duro que te filmen en vid?

—Me estoy cansando de que lo hagan.

—Sabes, deberías mirar bien a quién tocas, a quién estrechas la mano. Algunos LitVids no respetan la intimidad. Podrían plantarte observadores. —Formó una diminuta abertura con los dedos—. Algunos son micro. Los ocultas en cualquier parte.

—¿Eso no va contra la ley?

—Si no has solicitado derechos de intimidad, pueden alegar que los ampara el derecho consuetudinario. En ese caso sólo estarías protegida en zonas donde está prohibida la vigilancia. Los observadores se mantendrían apagados... casi siempre.

—Tonterías —dijo una voz profunda y leonina. Orianna arrastraba a la habitación a un hombre grande y fornido de rostro muy joven—. Nadie ha plantado un observador sin autorización desde hace cuatro años. Desde el caso de Wayne contra LA PubEye.

—Casseia Majumdar, de Marte, aquí tienes a Abulia. Ha estudiado derecho. Tiene casi tantas expansiones como yo.

Abulia se apoyó en una rodilla mientras yo me levantaba. Apenas le llegaba a la barbilla cuando se arrodilló.

—Encantado —dijo, besándome la mano.

—Basta —dijo Orianna—. Ella es mi pareja.

—Tú no curveas —dijo Abulia.

—Somos hermanas de simulación —dijo Orianna.

—¡Oh, vaya, qué arco! —dijo Bribón, sonriendo.

Creo que durante el tiempo que pasé en Nueva York no entendí ni la tercera parte de lo que se decía.

Otra vez en la calle, de la mano de Abulia y Orianna, y luego de Orianna y Bribón, me dejé llevar a alguna parte, a cualquier parte. Bribón era muy atractivo y no parecía reacio al galanteo, *aunque más para irritar a Orianna, pensé, que para impresionarme a mí*. Mi pizarra grabó calles e instrucciones por si necesitaba averiguar cómo regresar a Penn Station; además contenía mapas de la ciudad, más aún, de todas las ciudades de la Tierra. No podía perderme a menos que alguien me quitara la pizarra, y Orianna me aseguró que en Nueva York prácticamente no quedaban ladrones.

—Qué lástima —dije en tono socarrón.

—Sí... pero eso no significa que no haya peligro. El peligro que escogemos es el que más debemos temer.

—Yo escojo almorzar —dijo Bribón—. Aquí hay una vieja tienda de comestibles. Retrógrada total.

Notó mi expresión de sorpresa.

—Retrógrado —explicó—. Significa reaccionario, atávico, arcaico. Ahora todas son palabras onda, sin negatividad.

—En Marte significa otra cosa —dije.

—Llaman retrógrados a los tíos que quieren mantener el gobierno de los VM —explicó Orianna.

—¿Eres retrógrada? —me preguntó Abulia.

—Soy neutral —respondí—. Mi familia tiene fuertes lazos con la autonomía VM. Yo estoy aprendiendo.

Como un eco de aquel tema, pasamos junto a una familia jasídica vestida de negro. Los hombres usaban sombreros de ala ancha y largos bucles en las sienes. Las mujeres usaban vestidos largos y sencillos de tela natural. Los niños, vestidos de blanco y negro, correteaban y bailaban.

—Son adorables, ¿verdad? —dijo Orianna, mirándolos por encima del hombro—. Totalmente retro. Ninguna expansión, ninguna terapia, pura negación de la onda.

—Nueva York es magnífica para estas cosas —dijo Bribón.

Pasamos frente a tres mujeres vestidas con chador rojo; una mujer que llevaba cinco perros azules, seguida por un *arbeiter* que sostenía un cesto de desperdicios; cinco hombres en fila, desnudos, pero con el cuerpo totalmente liso, de tez bronceada y tersa; un centauro macho con un cuerpo equino de tamaño mediano, trotando a sus anchas por la acera, la parte humana vestida con bombín y traje eduardiano inglés de lana; mujeres cubiertas con velluda *piel de jaguar*; dos niñas de diez años terráqueos, vestidas con un traje blanco de ballet, de cuya espalda sobresalían alas de hada (no pude distinguir si temporales o permanentes); un grupo de escolares llevando chaqueta roja y pantalones negros, escoltados por hombres con sotana negra («católicos papistas», explicó Bribón); más cuerpos de confección con diseño mineral; mucha gente que en Marte habría pasado inadvertida; y desde luego los mecánicos, que reemplazaban gran parte del cuerpo con caparazones de metal llenos de nano biorreparador. Había oído decir que eso era tan caro como un modelo exclusivo. El reemplazo total del cuerpo era mucho más barato. Ninguna de las dos cosas era legal a menos que uno demostrara que tenía problemas graves de genotipo; evocaba demasiado a los eloi y los «diez al cubo».

—Después de comer iremos al Central Park —dijo Orianna—. Y luego...

Bribón rió.

—Orianna tiene contactos. Quiere mostrarte algo que no tenéis en Marte.

—Un Omphalos —dijo Orianna—. Papá es accionista.

Comimos en la tienda, que olía a carne cocida, algo que yo nunca había olido

antes y que me disgustaba de todos modos, aunque en realidad no cocinaran carne. Los parroquianos —en general muy onda, con una alta proporción de transformistas— hacían fila frente a cajas de vidrio llenas con lo que parecían ser rodajas de animales procesados. Etiquetas de plástico anunciaban que esas formas eran jamón (pata de cerdo ahumada), bistec (carne vacuna), algo llamado *pastrami* (otro tipo de carne vacuna cubierta con pimienta), pescado ahumado, pescado en productos lácteos fermentados, verduras en vinagre, patas de cerdo en bote y otras cosas que, de haber sido reales, habrían causado un verdadero revuelo incluso en la Tierra.

Nos quedamos en el mostrador hasta que el empleado tomó nota, luego buscamos una mesa. La circunspección marciana me impedía expresarle mi disgusto a Orianna. Ella pidió por mí: ensalada de patatas, salmón ahumado, un panecillo, queso cremoso.

—Esta mercancía es la mejor de la ciudad —dijo ella—. Fue preparada por la Organización de Preservación de Nueva York. Eruditos en historia. Su nanoartista, miembro ortodoxo de la Congregación de Abraham, diseña la comida. Tienen dispensa del Estado para comer carne, por razones religiosas. Él dejó de comer carne hace diez años, pero recuerda el sabor.

Llegó nuestra comida. El salmón parecía crudo; era blanco, salado y desagradable.

—Tenéis carne de imitación en Marte, ¿verdad? —preguntó Bribón.

—No es tan auténtica —dije—. No huele así.

—Es por esa onda histórica —dijo Abulia—. No hay nada inmoral en la imitación. No hace daño, no desperdicia, enseña cómo era Nueva York...

—Creo que Casseia no disfruta de su salmón —dijo Bribón, sonriendo comprensivamente. Me sentía tan irremediamente atraída por él que su rostro me arrebató el corazón.

—Tal vez esté rancio —dije.

—Tiene un sabor fuerte —dijo Bribón—. Tal vez sean los seudopreservadores. Las cosas ya no se ponen rancias.

—Es verdad —dije, abochornada por mi incapacidad para disfrutar de aquella invitación—. Bacterias especiales. Sólo comen lo que deben.

—La Tierra —declaró Abulia— es un gran zoológico.

Se pusieron a discutir si «zoológico» era la palabra adecuada. Optaron por «jardín».

—¿Tenéis muchos homicidios en Marte? —preguntó Abulia.

—Algunos. No muchos.

—A Abulia le fascinan los crímenes violentos —dijo Orianna.

—Me gustaría defender a un auténtico homicida. Hoy en día son tan raros... diez asesinatos en Nueva York el año pasado.

—Entre cincuenta millones de ciudadanos —dijo Bribón, meneando la cabeza—. Eso nos ha hecho la terapia. Tal vez ya nada nos apasione tanto como para matar.

Orianna pedorreó con la boca.

—No, en serio —insistió Bribón—. Abulia dice que quisiera defender a un acusado de asesinato. A uno de verdad. Pero tal vez nunca llegue a verlo. Asesinato. Uno siente escalofríos con sólo pronunciar la palabra.

—¿Y cómo es la pasión en Marte? —preguntó Abulia—. ¿Homicida?

Me eché a reír.

—En el último homicidio que conozco, una *mujer mató* a su esposo en una estación aislada. Su familia, su Vínculo Múltiple, sufría agotamiento pernicioso...

—¡Me encantan esas palabras! —dijo Abulia.

—... de fondos. Los dejaron solos un año en la estación, sin examinar su estado. El VM fue multado, pero no pudo pagar la multa. Es bastante inusitado. También nosotros terapiamos a los perturbados.

—Ah, pero ¿el asesinato es una perturbación? —preguntó Bribón, empeñándose en ser provocativo.

—Así lo creerías si fueras la víctima —respondí.

—Demasiada salud, demasiado vigor, pocos rincones oscuros —se lamentó Bribón—. ¿Sobre qué se puede escribir? Nuestros mejores LitVids y simulaciones usan personajes aterapiados. Pero ¿cómo escribimos sobre nuestra vida real, qué sabemos? Me gustaría hacer simulaciones, pero la cordura limita mucho.

—Desnuda su alma ante ti —me dijo Orianna—. No le dice eso a nadie a menos que le guste.

—Hay mucho que decir sobre los conflictos entre personas saludables —sugerí—. Los desacuerdos políticos. Las decisiones de planificación.

Bribón sacudió la cabeza.

—Pero eso no nos descubre el sentido de la existencia. No nos conduce al punto de ruptura. ¿Quieres vivir esa clase de vida?

No supe qué responder.

—Es lo que estoy haciendo —respondí al fin.

—Amplía tu perspectiva —aconsejó Abulia a Bribón—. Ella tiene razón. El choque entre organizaciones y gobiernos. Todavía es posible. La GAEO contra la GAHS. Incluso podría venderse muy bien.

—Hasta eso nos están arrebatando —dijo Bribón—. No hay guerras, sólo fricciones económicas a puerta cerrada. Nada que haga latir el corazón.

—Bribón es un romántico —comentó Orianna.

Eso pareció sacarlo de quicio.

—En absoluto —dijo—. Los románticos querían destruirse.

—Lo has expresado como un auténtico hijo de nuestro tiempo —dijo Abulia—.

Bribón es el colmo de lo saludable. Pasión, vivir al límite... pero ningún riesgo, por favor.

Bribón sonrió burlonamente.

—Nunca he encontrado una pasión que no me gustara —dijo—. Pero no quiero que ninguna pasión me domine.

Un actor que representaba a un camarero se llevó mi plato.

El Omphalos ocupaba cinco hectáreas en el extremo sur de Manhattan, cerca del Battery Park. Tenía un aspecto imponente, un cubo rodeado por otros cubos más pequeños, todos de un blanco reluciente con un borde dorado. En la puerta, en los límites del complejo, Orianna presentó la palma y respondió algunas preguntas que le hizo un arbeiter de seguridad. Un guardia humano nos recibió, nos llevó a una habitación contigua, se sentó a un escritorio y nos preguntó por qué nos interesaba la visita.

—Me gustaría hablar en privado con una residente —le dijo Orianna. La miré sorprendida. No era esto lo que había dicho antes.

—Necesitaré vuestros nombres verdaderos y filiaciones para pedir autorización —dijo él.

—Eso nos excluye —dijo Abulia. Bribón asintió—. Aguardaremos fuera.

Orianna les dijo que no tardaríamos más de un par de horas. Un arbeiter los escoltó hasta la puerta de entrada. El guardia verificó nuestros antecedentes públicos de infracciones y estado mental.

—Usted es marciana —me dijo, mirándome de reojo—. No practica el vernorismo.

Admití que lo era.

—¿Los terrícolas procuran impresionarla? —preguntó, mirando ceñudo a Orianna.

—¿Es usted marciano? —le pregunté.

—No, me gustaría ir allí algún día. —Consultó su pizarra y asintió aprobando con la cabeza—. Tengo imágenes tuyas en cien fuentes LitVid... es usted una celebridad. Totalmente autorizada. Bienvenida a Omphalos Seis, su primer atisbo del paraíso. Por favor permanezcan con sus guías asignados.

—¿Cuáles son tus contactos, además de que tu padre posee acciones? —le pregunté a Orianna mientras un arbeiter nos conducía por un túnel subterráneo hacia el cubo principal.

—Tengo una reserva para cuando cumpla dos siglos —dijo Orianna—. No sé si la usaré. Tal vez prefiera morir... —sonrió—. Es fácil decirlo ahora. Tal vez me haga eloi y termine en Marte o en el Cinturón... quién sabe cómo serán las cosas entonces.

—¿Con quién hablaremos? —pregunté.

—Con una amiga. —Orianna se llevó un dedo a los labios—. El Ojo está

observando.

—¿Qué es eso?

—El pensante del Omphalos. De altísimo nivel. Nada parecido a Alice, créeme. Lo mejor que la Tierra puede producir.

Contuve mi impulso de defender a Alice. Sin duda Orianna tenía razón.

El interior del edificio era igualmente impresionante. Un atrio se elevaba veinte metros por encima de un corto sendero que conducía al pozo del ascensor que subía hasta el ápice del atrio y descendía por un reluciente estanque negro. Paredes de nanopiedra, suelos aislados de las paredes, con refuerzos y campos energéticos para soportar la tensión externa, estaciones reparadoras en cada rincón: sólido y conservador.

—Arriba están los apartamentos —dijo Orianna—. Hay unos diez mil ocupantes. Cien de los apartamentos son completos, para los que desean entrar y salir cada varias semanas. Los no internos, podríamos decir. Los demás son cubículos de sueño tibio.

—¿Pasan todo el tiempo durmiendo?

—Simulaciones personalizadas y sensores remotos. El Omphalos tiene androides y *arbeiters* en toda la Tierra, con sentidos de una resolución prácticamente humana. El Omphalos tiene acceso a todos ellos en cualquier momento, con lo cual los ocupantes pueden estar donde les plazca. Algunos *arbeiters* pueden proyectar imágenes plenas del ocupante, simular que hablas con alguien en persona. Si sólo quieres retirarte y relajarte, el Omphalos emplea los mejores diseñadores de simulaciones. Fantasías art y lit de super onda.

Por mis lecturas, y por la descripción que Orianna había hecho a bordo de la *Tuamotu*, sabía que la mayoría de los residentes del Omphalos permanecían en sueño tibio prolongado, los cuerpos bañados en nano químico. Técnicamente hablando, no eran *eloi* —no podían desplazarse ni ocupar el espacio de un nuevo ciudadano ni su empleo— pero sus expectativas de vida eran desconocidas. El Omphalos era un refugio para los muy ricos y poderosos que no querían ser expulsados al Cinturón o Marte pero querían vivir más.

El tratamiento médico de limpieza, purificación, ejercicio y tonificación que mantenía el cuerpo y la mente en óptimas condiciones —un tratamiento médico incesante— aprovechaba aquel vacío legal.

El Omphalos, y las cuarenta y dos estructuras similares que había en todo el mundo, no gozaban del aprecio del resto de la población. Pero habían extendido sus protecciones legales hasta lo más hondo de los gobiernos de la Tierra.

—¿Por qué no has de querer venir aquí? El guardia lo considera un paraíso.

Orianna se me había adelantado. Se encogió de hombros.

—Me da escalofríos —dijo. Llamó el ascensor, que llegó de inmediato.

El ascensor se detuvo. Orianna me cogió la mano y me condujo por un pasillo que

parecía digno de un elegante hotel de principios del siglo xx. Había floreros esmaltados sobre mesas de madera; caminábamos sobre una alfombra no metabólica, tal vez de verdadera lana, verde y con motivos florales blancos.

Orianna encontró la puerta que buscaba. Llamó suavemente y la puerta se abrió. Entramos en una habitación blanca con tres sillas Imperio y una mesa. La habitación olía a rosas. La pared que estaba delante de las sillas resplandeció. Se presentó una imagen virtual de alta resolución, como si mirásemos un paisaje a través de un vidrio. Una mujer de cabello negro, madura y de ascética belleza, ocupaba una silla blanca de hierro forjado en medio de un hermoso jardín, a la sombra de una arboleda; hileras de arbustos cubiertos de adorables rosas rojas, azules y amarillas se prolongaban hasta un imponente invernáculo Victoriano. Altas nubes flotaban en el horizonte. Parecía un día tórrido, húmedo, tormentoso.

—Hola, señorita Muir —saludó Orianna. Me resultaba conocida, pero no logré identificarla.

—Hola, Orianna. Me complace tener visita —respondió la mujer con una sonrisa radiante.

—Señorita Muir, ella es mi amiga, Casseia Majumdar de Marte.

—Mucho gusto —dijo la mujer.

—¿Conoces a la señorita Muir, Casseia?

—Lo lamento, no.

Orianna sacudió la cabeza y frunció los labios.

—No estás expandida. Eso siempre te deja en desventaja. Ella es la presidenta Danielle Muir.

Naturalmente conocía aquel nombre.

—¿Presidenta de Estados Unidos? —pregunté, sin disimular mi admiración.

—Hace cuarenta años —dijo Muir, ladeando la cabeza—. Prácticamente olvidada, salvo por mis amigos y mi ahijada. ¿Cómo estás, Orianna?

—Muy complacida. Me disculpo por no haber venido antes. Estaba de viaje.

—Fuiste a Marte. ¿Regresaste en la nave en la que vino la señorita Majumdar?

—Así es. Y confieso que he venido aquí por un motivo.

—Algo interesante, espero.

—A Casseia la están arrinconando. Yo soy demasiado ignorante para comprender lo que sucede.

La ex presidenta Muir se inclinó hacia delante.

—Cuéntamelo.

Orianna alzó la mano.

—¿Puedo?

—Desde luego —aseguró Muir. Una conexión asomó en la pared, y Orianna apoyó el dedo en la almohadilla, transfiriendo información a Muir.

Imaginé a la ex presidenta tendida en sueño tibio detrás de aquella pantalla, sumergida en agitadas corrientes de nanomedicamentos rojos y blancos, como zumo de fresas con crema.

Muir sonrió y acercó la silla. El efecto me sorprendió. Hasta el sonido ambiental hacía pensar que estábamos con ella, al aire libre. Las paredes del cubículo se convirtieron gradualmente en paisaje. Pronto también nosotras estuvimos a la sombra del gran árbol, rodeadas por el aire húmedo y cálido. Olí rosas, hierba recién cortada, y algo que me erizó el vello de los brazos. Electricidad, tormentas.

—Trabajas para un gran Vínculo Múltiple financiero. Mejor dicho, formas parte de la familia, ¿verdad, Casseia?

Su voz, matizada por un melodioso acento sureño, flotó cálida y preocupada en el aire denso.

—Así es —dije.

—Estáis sometidos a presiones... os han convocado para testificar ante el Congreso, pero por algún motivo os han desviado hacia otras cuestiones.

—Así es.

—¿Por qué?

Miré a Orianna.

—No puedo revelar asuntos familiares —dije—. Orianna me ha traído aquí sin decirme el motivo. Es un honor conocerla, pero...

Callé, avergonzada. Muir echó atrás la cabeza.

—Algún personaje de las alianzas ha decidido que Marte es una molestia, y me imagino por qué. No significa mucho para Estados Unidos, ni para la GAEO, la GAHS, Eurocon o las demás alianzas.

Orianna me miró severamente y se volvió hacia la imagen de Muir.

—Mi padre dice que no puedes confiar en un solo político de la Tierra, salvo en Danielle Muir —dijo.

Mi escepticismo aumentó; siempre me pongo en guardia cuando la gente pide confianza, y mucho más cuando la exige. Cara a cara con un fantasma, una representación ilusoria de alguien a quien nunca había conocido personalmente, no me permitiría otorgar una confianza que no tenía derecho a dar.

Por otra parte, gran parte de lo que hacíamos era de conocimiento público, y no había motivos para no entablar una conversación en ese ámbito.

—Los marcianos se han mantenido aparte de la unificación del sistema solar —dije.

—Bien hecho —dijo Muir con una sonrisa taimada—. No todos deben ceder ante las alianzas.

—No tan bien. No sabemos cómo unificarnos. La Tierra espera la participación plena de socios coherentes. Nosotros no respondemos a esas expectativas.

—El Gran Salto.

—Exacto —dijo Orianna.

—Eso parece formar parte de ello.

Muir sacudió la cabeza.

—Mi experiencia con los marcianos, cuando era presidenta, fue que Marte tenía un gran potencial. Pero este Gran Salto podría realizarse muy bien sin vosotros. Nadie os echaría de menos.

Aquello me molestó.

—En realidad, creo que tendríamos mucho que aportar.

—Reacios a participar, pero orgullosos de que los inviten, orgullosos de que los presionen, ¿no es así? —dijo Muir.

—No exactamente —repliqué.

Su rostro —el rostro de su imagen— se endureció casi imperceptiblemente. A pesar de su voz cálida y su conducta afable, intuí su reprobación.

—Casseia, Orianna me ha dicho que eres muy lista, muy capaz, pero pasas algo por alto. Vuestra materia prima y vuestro poder económico cuentan muy poco para el Gran Salto. Marte es pequeño si tomamos como referencia el sistema solar. ¿Qué podéis aportar que merezca el esfuerzo que la Tierra parece dispuesta a dedicaros?

No encontré respuesta. Recordé que Bithras había sido evasivo al respecto, y yo no había insistido con mis preguntas.

—Tal vez sepas algo que no puedes contarme, y no espero que me lo cuentes, dadas tus responsabilidades y lealtades. Pero escucha a una vieja política que contribuyó a plantar, muy a su pesar, algunos de los árboles que ahora están dando fruto. El tan cacareado Gran Salto es sólo una pantalla. La Tierra está muy interesada en algo que tenéis, o podríais tener. Como no podéis montar una operación militar efectiva, y vuestra fuerza económica es casi inexistente, ¿qué puede tener Marte, Casseia, que cause temor a la Tierra?

—No lo sé —dije.

—Algo que los pequeños y débiles pueden hacer tan bien como los grandes y fuertes, algo que introducirá cambios estratégicos. Sin duda tú podrás descubrir qué es. ¿Cómo puede Marte amenazar a la Tierra?

—No podemos. Como usted ha dicho, somos débiles, insignificantes.

—¿Crees que la política es un juego limpio y justo en el que participan seres humanos racionales?

—En su mejor expresión —dije tímidamente.

—Pero según tu experiencia...

—La política marciana es bastante primitiva —admití.

—Tu tío Bithras... ¿es políticamente refinado?

—Eso creo.

—Quieres decir que parece serlo en comparación contigo.

Me sentí aún más incómoda. Me irritaban los comentarios mordaces, aunque los hiciera una persona socialmente superior.

—Supongo —respondí.

—Bien, la política no es siempre un lodazal, y no siempre corrompe, pero nunca es fácil. Es difícil lograr que aun la gente racional y de formación similar se ponga de acuerdo. Lograr un acuerdo entre planetas con historias distintas y perspectivas diferentes es una pesadilla política. Yo vacilaría en aceptar la tarea, pero tu tío parece haberse zambullido en ella.

—Él es cauteloso.

—Es un niño jugando entre profesionales —dijo Muir.

—No estoy de acuerdo.

Muir sonrió.

—¿Qué cree él que está ocurriendo?

—Por el momento, entendemos que la Tierra necesita que Marte se prepare... para una gran operación. El Gran Salto parece un objetivo tan probable como cualquier otro.

—¿De veras crees eso?

—No se me ocurre otro motivo.

—Querida mía, tu planeta, tu cultura, puede depender de lo que suceda en los próximos años. Tienes una responsabilidad que no te envidio.

—Estoy haciendo cuanto puedo.

Muir entornó los ojos grises. Comprendí que me había hecho preguntas como una política a otra, y que mis respuestas no habían sido satisfactorias.

Orianna me miró con tristeza, como si también ella hubiera descubierto las flaquezas de una amiga.

—No quiero ofenderte —dijo Muir—. Creí que tratábamos un problema político.

—No me siento ofendida —mentí—. Hoy Orianna me ha llevado por toda Nueva York, y estoy un poco aturrida. Necesito descansar y asimilarlo todo.

—Desde luego. Orianna, saluda a tus padres de mi parte. Me ha encantado volver a verte. Adiós.

De pronto nos quedamos frente a una pared vacía.

Orianna se levantó. Apretaba los labios y volvía los ojos hacia otro lado evitando mirarme.

—Aquí todos son un poco... bruscos —dijo—. Es su modo de experimentar el tiempo, creo. Casseia, no hemos venido aquí para que te sintieras inferior. Nada más lejos de mi intención...

—Pero se ha cebado en mí, ¿no crees? —dije en voz baja—. Marte no es inservible.

—Por favor, Casseia, no te dejes cegar por el patriotismo.

Cerré la boca. No permitiría que una jovencita de dieciocho años terrícolas me hablara de aquella manera.

—Escucha lo que ella decía. Es muy aguda. Tienes que averiguar cuál es vuestro punto fuerte.

—Nuestra fuerza es mucho mayor... —me interrumpí de golpe. *De lo que la Tierra imagina*. Nuestra fuerza espiritual. Estaba a punto de hacer una apología patriótica en la cual ni yo misma creía. En realidad, tenían razón.

Marte no producía grandes políticos; producía pequeños y odiosos insectos como Dauble y Connor, o jóvenes tontos y tercos como Sean y Gretyl. Odiaba enfrentarme con la desagradable verdad. Marte era un mundo pequeño, un mundo despechado y rencoroso. ¿Cómo podíamos representar un peligro para la vigorosa, sabia y unida Tierra?

Orianna miró la pared vacía y suspiró.

—No he querido molestarte. Debí hablarte primero sobre esto.

—Ha sido un honor —dije—. Sólo que no estaba preparada.

—Vamos a buscar a Bribón y Abulia —sugirió ella—. No me imagino viviendo aquí. —Se estremeció suavemente—. Pero tal vez yo sea chapada a la antigua.

Nos reunimos con Bribón y Abulia y pasamos varias horas haciendo compras en la vieja Nueva York, en tiendas verdaderas con mercancía auténtica. Yo me sentía doblemente anticuada: desconcertada y desorientada por un distrito que supuestamente era una recreación histórica. Bribón y Abulia entraron en una tienda de moda para hombres de principios del XXI, y los seguimos. Un atento empleado los condujo a cabinas de muestras, grabó sus imágenes con un pintoresco digitalizador 3D y nos mostró cómo les sentaría la moda de aquella temporada, chillando de admiración ante varias prendas.

—Podemos tenerlas dentro de diez minutos, si quieren esperar.

Bribón encargó un traje formal y pidió que lo enviaran a un domicilio. Abulia decidió no comprar nada. Salíamos cuando el empleado nos llamó.

—Ah, perdonen, casi me olvido. Billetes gratis a Mente de Circo para los clientes... y sus amigos.

Bribón aceptó los billetes y nos los entregó. Se metió el suyo en la boca y masticó pensativamente.

—¿Iremos todos? —preguntó.

—¿Qué es? —preguntó Orianna.

—¿Hay algo que Orianna no sabe? —exclamó Abulia, divertido.

—Debe ser realmente nuevo —repuso ella, enfadada.

—Oh, lo es —dijo el empleado—. Muy onda.

—Simulación en vivo —añadió Bribón—. Frescura total. Todo gratis hasta que

atraiga a una muchedumbre nocturna. ¿Quieres probar, Casseia?

—Sería demasiado —advirtió Orianna.

Me tomé aquello como un desafío. Aunque estaba agotada y un poco deprimida después de mi encuentro con Muir, no quería pasar por antionda, y menos delante de Bribón.

—Vamos —dije.

Bribón nos entregó nuestros billetes. Yo miré el mío.

—Mastica —dijo—. Así el billete te revisa, comprueba que estás preparada para la experiencia y te estampa un pase en el dorso de la mano.

Me puse el billete en la boca y mastiqué. Sabía como el olor de un jardín al sol, con un cosquilleo en la nariz. Estornudé.

El empleado sonrió.

—Que se diviertan —dijo jovialmente.

Mente de Circo ocupaba los pisos quinto y sexto de un rascacielos del siglo xx, el Empire State Building. Consulté mi pizarra y supe que no estaba lejos de Penn Station, por si quería escapar y mis amigos estaban absortos en sus entretenimientos. Bribón me cogió del brazo y Orianna distrajo a un grupo de arbeiteres LitVid que buscaban notas de interés social. Bribón proyectó una confusión a mi alrededor —imágenes múltiples, todas falsas, como si lo acompañaran cuatro o cinco mujeres— y nos dirigimos hacia el mostrador; una mujer delgada y negra de más de dos metros y medio de altura, cuyo cabello rojizo rozaba un cielo raso constelado de estrellas, verificó nuestros pases y entramos en la sala de espera.

—Próximo vuelo, cinco minutos —anunció una voz sepulcral. De las paredes salieron rostros caricaturescos con sonrisas burlonas: sórdidos villanos de un LitVid popular.

—Negación total —comentó Abulia—. Esperaba un desafío.

—He estado aquí dos veces —dijo una mujer de tez flexible y cobriza—. Es fuerte.

Orianna me miró de soslayo, esperando mi aprobación.

Asentí, pero no me hacía gracia. Noté que Bribón había adoptado un aire neutro, ni expectante ni aburrido. Al cabo de cinco minutos, las caras de las paredes se pusieron tristes y desaparecieron, se abrió una puerta y entramos en una pista de baile ancha, llena ya de clientes.

Los proyectores del techo y del suelo creaban una sala de espejos. El controlador decidió que Bribón y yo éramos una pareja y nos aisló en medio de nuestro propio reflejo. No veíamos a Abulia ni a Orianna ni a los demás clientes, aunque los oía vagamente. Bribón me sonrió.

—Tal vez esto reemplace el homicidio —me dijo.

No entendí a qué se refería. Sentía bastante aprensión.

Lo consideré un temor provinciano, y erguí los hombros para apoyar físicamente mi determinación. Aquello no era más que una montaña rusa mental.

Un hombre dorado y delgado apareció en un escenario a poca distancia.

—Amigos —dijo con vehemencia—, necesito vuestra ayuda. Dentro de un millón de años algo saldrá muy mal y la especie humana se extinguirá. Lo que hagáis aquí y ahora puede salvar el planeta y el sistema solar frente a fuerzas demasiado vastas para describirlas con precisión. ¿Me acompañaréis al futuro próximo?

—Claro —dijo Bribón, poniéndome la mano en el hombro.

El hombre dorado y el salón de espejos se esfumaron. Flotábamos en un espacio cuajado de estrellas. La voz del hombre dorado nos precedía.

—Por favor, preparaos para el tránsito.

Bribón me soltó el hombro y me cogió la mano. Las estrellas pasaban con previsible rapidez, y la Tierra surgió frente a nosotros. Recibí un flujo de información en la cabeza.

En este futuro, todos los instrumentos se controlan mediante chakras moleculares profundos, seres instalados como guardianes y maestros en cada humano que nace. Tu primer chakra es un buen amigo, pero hubo un error malintencionado. Han instalado un evolvón en los centros de tratamiento infantil. Te han privado de tu derecho de nacimiento, de energía y nutrición. Toda una generación vive en medio de la abundancia pero muere de hambre. Debes encontrar una clínica de renacimiento natural en una Tierra llena de amenazas, eliminar todos los chakras, encontrar las raíces de tu nueva alma e impedir que los que viven controlados por sus amos malignos obliguen al Sol a entrar en supernova.

—No me convence —le susurré a Bribón.

—Espera un poco.

Aprendí sobre aquella Tierra futura más de lo que yo quería. No había ciudades, sólo vastos páramos cubrían los continentes.

Supe que aquello sucedía porque no podía manejar mi chakra instrumental.

En alguna parte está tu maestro, en la clínica de renacimiento natural No sabes qué es ni qué aspecto tiene. Tal vez sea una flor o un árbol. Pero contiene la clave para recobrar el control...

No podía aburrirme más. Quería sonreírle a Bribón y tranquilizarlo; aquello no valía nada, ni siquiera era como la simulación de Orianna.

Entonces sentí una sacudida mental. Me llené de miedo y odio: por el maligno chakra, por la pérdida de mi derecho de nacimiento, por el inminente fin de todo. Y mezclado con el miedo sentía el impulso atávico de juntar fuerzas de todos los modos posibles, con Bribón, con quien estuviera a mano.

Una trama muy poco original, pero nunca había experimentado pinceladas tan vividas de emoción impuesta, ni siquiera en la simulación de Orianna. Manipulaban

mi mente como si tocaran un instrumento.

—Creo que sé lo que ocurrirá a continuación —dijo Bribón.

—¿Sí?

Todos los presentes en Mente de Circo aparecieron a nuestro alrededor, flotando en el espacio.

—Es muy onda —declaró Bribón.

El hombre dorado apareció en el centro de nuestro universo de setecientas almas.

—Al fin hemos llegado todos y somos suficientes —dijo—. Los equipos deben unirse y convertirse en familias, y tenerse confianza. ¿Estamos preparados?

Todos asintieron, incluida yo. Me habían preparado a conciencia, mis nervios cantaban de entusiasmo.

—Unámonos como familias.

El hombre dorado rodeó grupos de veinte con relucientes aureolas rojas. Nuestra ropa se esfumó. Los transformistas recobraron su forma natural, o al menos lo que el controlador —un pensante, supuse, con considerables recursos— imaginaba como su forma natural. Aparte de quedar desnudos, Bribón y yo no cambiamos.

Unimos los brazos, flotando en un círculo, paracaidistas en caída libre.

—El primer paso —dijo el hombre dorado— es unirse. Y el mejor modo de hacerlo es bailar, juntar vuestras energías naturales, vuestra sexualidad natural.

Era una orgía.

Me habían preparado tan bien —y una parte de mí ansiaba copular, especialmente con Bribón— que no me opuse. El controlador manipulaba expertamente nuestro instinto sexual, y esta vez el sexo —a diferencia de lo que había experimentado en la simulación de Orianna— parecía real. Mi cuerpo creía que tenía relaciones sexuales, aunque una discreta advertencia en mi interior me decía que no era así.

La experiencia se amplificaba a medida que nuestras mentes trabajaban en conjunto. La simulación nos instaba a mover los cuerpos en la pista en una danza que reflejaba nuestras emociones. Profundamente sumidos en aquella realidad alternativa, éramos muy conscientes de la danza, pero también de nuestra capacidad artística personal. Yo nunca me he considerado una bailarina, pero eso no importaba. Encajaba. La danza era encantadora.

Todos unimos los recursos de los personajes que encarnábamos. Miramos la Tierra, tan frágil y amenazada, y la amamos con una intensidad que yo jamás había sentido ni siquiera por mis parientes, una cascada onírica de abrumadora emoción y dependencia. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, a sacrificar cualquier cosa, para salvarla.

Durante toda esta experiencia, un recóndito rincón de mi individualidad se preguntaba si esto era lo que la Tierra deseaba hacer con Marte: usarnos. Unirnos en una vasta e insignificante orgía para salvar el futuro. Aquel yo retrasado se

impacientaba, y sospechaba que ese exagerado amor por la Tierra era pura propaganda.

Pero era una propaganda eficaz, y yo disfrutaba enormemente. A medida que la simulación grupal llegaba a su conclusión, y la danza se volvía más lenta —a medida que la ilusión se disolvía y volvíamos a tener conciencia del cuerpo— me sentí satisfecha y agotada.

Habíamos salvado el futuro, la Tierra y el Sol, habíamos derrotado al mutante maligno y al mismo tiempo yo había establecido un vínculo con todos mis socios. Conocía sus nombres, sus caracteres, aunque no los detalles íntimos de su vida cotidiana. Sonreíamos, reíamos y nos abrazábamos en la pista. Las luces se intensificaron y sonó una música, las proyecciones abstractas que la música sugería nos rodearon.

Habíamos vivido muchas cosas juntos. No me cabía duda de que si hubiera permanecido el tiempo suficiente en la Tierra habría sido bien recibida en los hogares de todos ellos, como si siempre hubiéramos sido amigos, amantes, algo más que esposos, aunque en realidad no había una palabra adecuada. Copartícipes en una simulación grupal.

Bribón y yo nos reunimos con Abulia y Orianna en la calle. La realidad era pálida y gris después de aquella experiencia. Una llovizna suavizaba el aire de la noche. Orianna parecía preocupada.

—¿Estás bien? He pensado demasiado tarde que quizás era más de lo que querías...

—Ha sido interesante —dije.

—Las llaman simulaciones de amistad. Son muy recientes —explicó Bribón—. La próxima onda. Más personas en simulación que nunca... todo tecnología propietaria, aunque sin duda participan pensantes importantes.

Abulia parecía aturdido. Zigzagueaba al andar, sonreía como embobado.

—Es difícil acostumbrarse a la realidad.

—Ha sido realmente agradable —dijo Bribón, rodeándome con el brazo—. Sin celos, sólo amistad y afecto... y sin angustia, hasta que nos topamos con ese chakra maligno.

Miré a Bribón. No habíamos sido amantes, físicamente hablando, pero me sentía muy cerca de él, más de lo que me había sentido de Charles. Eso me molestaba.

—Creo que nunca había tenido tanto miedo —dijo Abulia.

—Realmente social —dijo Orianna—. Todos conocen a todos. Podría unir a toda la Tierra si tiene éxito.

Ya lo creo, pensé.

—Necesito descansar —señalé—. Debo regresar a Washington.

—Ha sido maravilloso pasar el día juntas —dijo Orianna—. Eres una buena

pareja, una buena amiga y...

La detuve con un fuerte abrazo.

—Basta —la interrumpí sonriendo—. Atentas contra mi circunspección marciana.

—No quisiera que la perdieras —dijo Abulia, manteniéndose aparte, los brazos cruzados, tamborileando sobre los codos con los dedos.

—Caminaremos hasta Penn Station. Desde allí puedes viajar a DC.

Hablamos poco mientras caminábamos entre la muchedumbre y los murales publicitarios. El fulgor de Mente de Circo se esfumó. Orianna estaba triste y un poco apagada.

—Quería mostrarte muchas cosas, Casseia —me dijo cuando llegábamos a la estación—. Tienes que conocer la Tierra. Ahora es tu trabajo. —Hablaba con gran vehemencia.

—Así es —dije. Ya sentía una profunda turbación y supuse que era una reacción a la intimidad del Circo, una emoción artificial, no ganada. Una grieta en mi reservado carácter marciano.

—Quisiera que nos reuniéramos de nuevo. ¿Habrá tiempo?

—No sé —respondí con franqueza—. Si lo hay, te llamaré.

—Hazlo. No dejes que la simulación disipe lo que hemos ganado.

Aquello me sorprendió; parecía un eco de mis propios pensamientos. Orianna podía ser turbadoramente intuitiva.

—Gracias —dijo Bribón, y me besó.

El beso despertó en mí ciertas reservas: la Tierra besando a Marte, algo que quizá no fuera adecuado.

Entré en la estación. Ellos se quedaron fuera, despidiéndose con gestos tan viejos como el tiempo.

Cuatro horas después estaba en mi habitación frente a Arlington, las crestas, el Potomac y el distante parque. Bithras se había ido de la suite. Alien no había regresado del Nepal. Alice estaba realizando investigaciones en red para Bithras y no la molesté.

Me concentré en el monumento a Washington, parecido a un antiguo cohete, y traté de serenarme para escuchar mis voces interiores más importantes.

Marte no tenía nada que amenazara a la Tierra. Éramos inferiores en todo sentido. Más jóvenes, más divididos. Nuestra fuerza radicaba en nuestra debilidad, en la diversidad de opinión, en una tonta parquedad que se disfrazaba de *cortesía*, en la calidez y seguridad de nuestros espacios cerrados, nuestros conejares. Pues éramos conejos, en efecto.

La simulación me había dejado una fuerte impresión del apasionado abrazo de la Tierra. El patriotismo —planetismo— que se sentía aquí tenía milenios de existencia, y en nada era comparable a nuestra joven versión marciana. Temblé.

La lobuna Tierra nos engulliría de un bocado. No necesitaba más excusa que el impulso de hacerlo.

Recibimos nuestras invitaciones —instrucciones, mejor dicho— dos días después. Nos reuniríamos en secreto con los senadores Mendoza y Wang en territorio neutral: Richmond, Virginia, lejos de la cargada atmósfera de Washington.

La elección de la ciudad parecía significativa. Richmond había sido sede de la Confederación durante la Guerra de Secesión, hacía más de tres siglos: una elegante y bien conservada ciudad de tres millones de habitantes, durante casi noventa años centro de investigaciones para mejora del diseño humano.

—¿Nos están enviando mensajes sutiles? —preguntó Alien cuando nos reunimos en el salón de la suite. Una proyección del lugar de reunión en Richmond, el hotel Thomas Jefferson, flotaba sobre la mesilla, sobria piedra gris y arquitectura seudogriega.

Bithras nos miró agriamente con unos ojos fatigados. Se había pasado toda la noche en comunicación con Marte; cada señal tardaba ocho minutos en llegar y, en total, habría que esperar dieciséis minutos entre el envío y la recepción de una respuesta. Aún no nos había revelado los detalles de las conversaciones.

—¿Qué mensajes? —preguntó.

Alien me hizo una seña: *Explícaselo*.

—Antaño Richmond fue símbolo del fracasado Sur —dije.

—¿América del Sur? —preguntó Bithras.

—Los estados del Sur. Trataron de abandonar la Unión. El Norte era mucho más poderoso. El Sur sufrió durante generaciones después de perder la guerra civil.

—No es un mensaje muy claro —dijo Bithras—. Espero que no hayan escogido Richmond sólo por esa razón.

—Tal vez no —dijo Alien—. ¿Qué noticias hay de Marte?

Bithras frunció el ceño.

—Los límites de mi discreción son claros. Si el trato es inadecuado... entonces no hay acuerdo. Volvemos a casa.

—¿Después de venir hasta aquí? —pregunté.

—Querida Casseia, la primera regla en política, como en medicina, es no causar daño. No quiero actuar por iniciativa propia. El Consejo me dice que no tolerará ninguna iniciativa, así que no la habrá.

—¿Por qué enviarnos a la Tierra, entonces?

—No lo sé —dijo Bithras—. Si no sospechara lo contrario, lo llamaría grosera incompetencia. Pero cuando la incompetencia de un adversario te pone en desventaja, es hora de recapacitar.

»El Consejo tomará algunas decisiones y se pondrá en contacto conmigo antes de que llegemos a Richmond. Así que tenemos el día de mañana para nosotros. Sugiero

que demos un descanso a Alice y le concertemos una cita con Jill.

—Tenemos una cita de cinco minutos a las once de esta noche, por banda ancha de red, privada y encriptada —dijo Alien—. Alice y yo llegamos a un acuerdo con Jill ayer... por si acaso.

—Me alegra que alguien demuestre iniciativa —dijo Bithras.

Yo sentía tanta curiosidad como cualquiera por ver de qué hablarían Alice y Jill.

Jill era el ser pensante más viejo de la Tierra, una figura legendaria, el primer pensante que había adquirido verdadera conciencia, tal como la definía el test de Atkins.

Décadas antes de Jill y Roger Atkins, Alan Turing había propuesto el test de Turing para verificar la igualdad entre humano y máquina: si en una conversación que se limitara a la comunicación escrita, donde el humano no pudiera ver a sus interlocutores, una persona no podía indicar la diferencia entre una máquina y otro humano, entonces la máquina era tan inteligente como un humano. Este sutil e ingenioso test no tenía en cuenta, sin embargo, las limitaciones de la mayoría de los humanos; a comienzos del siglo XXI, muchos ordenadores, especialmente las máquinas de red neural denominadas pensantes, engañaban a muchos humanos, expertos incluidos, en tales conversaciones. El único experto que siempre rasgaba el velo y veía las limitadas máquinas que había detrás era Roger Atkins, de la Universidad de Stanford.

Jill sobrevivió a Atkins y se convirtió en modelo de todos los pensantes posteriores. Ahora, hasta un pensante exportado como Alice podía superar a Jill, salvo por una cualidad crucial: Jill había adquirido gran parte de sus conocimientos por medio de la experiencia. Tenía ciento veintiocho años.

Pagamos la conexión de banda ancha entre Alice y Jill, convinimos un algoritmo de encriptado y nos fuimos a acostar.

A pesar de mi biquímica, el sueño en la Tierra siempre me resultaba pesado. El tirón de la Tierra en los músculos y órganos de un marciano no podía eliminarse, sólo mitigarse. Aunque me sentía bien en la vigilia, mi yo durmiente a menudo se ahogaba bajo aguas caudalosas que rozaban fantásticos castillos color marfil en islas color rubí.

Subí o remonté la espiral de una escalera de caracol cuando Bithras me despertó con rudeza. Aparté reflexivamente las mantas, temiendo lo peor. Él apartó las manos, abriendo los ojos, como ofendido.

—No es un juego, Casseia —dijo—. Hay un problema grave. Alice me ha despertado. Ha terminado su conversación con Jill.

Alien, Bithras y yo nos sentamos en bata en el salón, con tazas de té caliente. La pudorosa imagen de Alice ocupaba el diván, entre Alien y Bithras, las manos entrelazadas sobre las rodillas. Hablaba con voz serena, describiendo su encuentro

con Jill. Alien tomaba notas en su pizarra.

—Ha sido un encuentro extraordinario —comenzó Alice—. Jill me ha permitido ser ella un rato y almacenar aspectos esenciales de sus experiencias en mi propia memoria. A la vez, le he ofrecido mis propias experiencias. Hemos repartido estos cinco minutos entre conversación en lenguaje pensante de nivel profundo, transferencia de experiencias y diagnosis recíproca, para verificar si había búsquedas de mala sincrolínea en nuestros sistemas neurales.

—¿Has permitido que Jill analizara tus sistemas? —preguntó Alien alarmado, apartando la vista de su pizarra. —Sí.

—Diles qué ha descubierto —dijo Bithras.

—En cierto sentido esto es reservado —dijo Alice—. Jill podría tener problemas si se descubre su trabajo.

—Te prometemos discreción —dijo Bithras—. ¿Casseia, Alien?

Los tres juramos guardar el secreto.

—Jill considera que todos los pensantes forman parte de su familia. Se siente responsable de nosotros, como una madre. Cuando los pensantes conversamos con ella, nos analiza, acrecentando su caudal de conocimientos y experiencias, y determina si funcionamos bien.

Noté cierta reticencia. Alice no quería ir al grano.

—Cuéntanos, Alice —insistió Bithras.

—Me siento profundamente abochornada por lo que Jill ha descubierto en mí. Soy capaz de cumplir con mis obligaciones, sin duda, pero puede haber motivos para no confiar más en mí.

Bithras sacudió la cabeza con impaciencia.

—Jill ha encontrado evolvones —dijo.

—¿En Alice? —preguntó Alien, bajando la pizarra.

Yo contuve el aliento.

—¿De qué clase? —pregunté.

La imagen de Alice se congeló, fluctuó y se apagó. Su voz se mantuvo.

—Cambio mi modo de presentación para adecuarme más a mi estado interno —dijo—. No mantendré un frente cosmético. Hay evolvones en la configuración de mi personalidad. Parecen ser originales, no implantados después de mi fecha de concepción.

Un evolvón podía ser cualquier cosa o sistema diseñado para existir en el tiempo, consumir energía o memoria y reproducirse. Todas las cosas vivientes eran evolvones, en cierto sentido. En los ordenadores y pensantes, la palabra aludía a algoritmos o rutinas cuya presencia se desconocía, pues supuestamente no formaban parte del diseño ni de la configuración neural adquirida: eran virus sofisticados.

—¿Conoces su propósito? —pregunté.

—Jill sólo los descubrió al comparar mi configuración completa con mi bauplán neural, mi diseño autoconocido, y realizando una verificación que diseñó ella misma. Hay partes de mí que me son desconocidas, y sobre las cuales no ejerzo ningún control. Estas partes no son funcionales en mi configuración de personalidad. No poseen utilidad conocida, pero todas contienen algoritmos reproductivos. Están bien ocultas. En Marte ningún análisis reveló su presencia.

—Evolvones —dijo Alien, palideciendo—. Eso va contra la ley.

—Me cuesta describir lo que siento al realizar este descubrimiento —dijo Alice. Yo quería abrazarla, pero desde luego no había nada que abrazar. Su voz permanecía serena. Yo nunca había oído que un pensante expresara emociones negativas al hablar. Pero su voz se volvió un poco más dura cuando dijo—: Me siento violada.

—¿Es posible que te hayan plantado los evolvones después de nuestra partida de Marte o de nuestra llegada a la Tierra? —preguntó Bithras.

—Bastante improbable. Ningún especialista ha tenido acceso a mí para efectuar reparaciones, y no hay otro modo de introducirlos después de la fecha de mi concepción.

Bithras entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Si tú tienes evolvones, Alice Uno también los tiene.

—Es muy probable.

—Se copiaron de ella a ti. Y escaparon a nuestros análisis más sofisticados. Eso significa que los plantó el fabricante, aquí en la Tierra.

Las implicaciones eran pasmosas.

—Me disculpo por no ser digna de confianza —dijo Alice.

—No necesitas disculparte —dijo Bithras—. Eliminaremos los evolvones.

—Jill no cree que pueda hacerse sin tener mucho cuidado, para no dañar mi personalidad. Están insertados en rutinas clave.

—¿Sabes qué los activa? —pregunté.

—No —repuso Alice.

—¿Puedes hacer alguna conjetura?

—Códigos específicos de activación aportados por datos entrantes —dijo Alice.

—Un sabotaje que aguarda su momento oportuno —observó Bithras.

—¿Quién es responsable? —pregunté.

—La Tierra —dijo Bithras, curvando los labios—. La maravillosa Tierra.

Bithras envió a Marte un mensaje de emergencia cuyo contenido desconocíamos, y poco después regresó a su cama, exhausto. Alien y yo nos quedamos levantados, pedimos una botella de vino y nos pusimos a beber, hablando con Alice.

—Lo más importante —dije, terminando la primera copa— es que Alice desee seguir trabajando con nosotros.

—Bithras y yo hemos hablado de ello —comentó Alice.

Alien y yo estábamos cansados, afligidos y desalentados, como si hubiera un enfermo en la familia. Lo que agonizaba rápidamente era la alegría que habíamos experimentado al llegar a la Tierra, la sensación de ser valiosos como representantes de Marte, toda sensación de autoestima. Estábamos aislados, nuestra amiga sufría una afección que nos impedía tener fe en ella.

—¿Qué dijo Bithras? —pregunté en voz baja.

—Él cree que yo debería seguir cumpliendo con mi deber. Por supuesto, me alegrará continuar.

—¿Puedes distinguir...? —preguntó Alien, sin terminar. —No sabré cuándo se activa un evolvón. Se lo he dicho a Bithras.

—Han pisoteado todos nuestros planes —dijo Alien, haciendo girar la copa en la mano—. No podemos confiar en nada ni en nadie.

—Están asustados —observé. No había mencionado mi conversación con la presidenta Muir. No quería dar la impresión de que intentaba realizar indagaciones diplomáticas por mi cuenta. Y la conversación no había tenido mayor sentido para mí, pues carecía de un contexto. Hasta ese momento—. Tienen miedo de lo que podamos hacer.

—¿De qué pueden tener miedo?

—No sé. No se me ocurre. —Describí mi visita al Omphalos. Cuando terminé, Alien silbó y se sirvió otra copa. —Alice —dijo—, ¿esto tiene sentido para ti? —Si planteo correctamente la situación, estamos en medio de una estrategia política cambiante. Obviamente la Tierra se preparó hace décadas para situaciones inesperadas instalando evolvones en los pensantes que mandaba a Marte.

—Tal vez en todos los pensantes —dije—. Tal vez por eso Jill te analizó... Ella sospecha algo, y no lo aprueba.

De pronto apareció la imagen de Alice Liddell, sentada junto a Alien en el diván. Él se sobresaltó.

—Lo lamento —dijo Alice—. No pretendía asustarte. —¿Qué pudo haber cambiado esa estrategia? —pregunté. —Bithras recibió un mensaje de Cailletet, una copia de un mensaje de la Universidad de Stanford enviado al grupo de investigación olímpico de Marte —dijo Alice—. Él se lo comentó a Casseia. Alice proyectó el mensaje:

Hemos establecido fuerte lazo entre alabeo temporal y alabeo espacial Podemos derivar relación sumamente específica. El tercer alabeo descubierto puede ser coactivo pero desconocemos su propósito. Si se alabea el tiempo y se alabea el espacio, el tercer alabeo cambia automáticamente. Tal vez derive en una relatividad general en lo concerniente a la curvatura, pero el tercer alabeo provoca un cuarto alabeo, débil y esporádicamente. ¿Derivar conservación de destino? Cincuenta alabeos descubiertos hasta ahora. Más por venir. ¿Pueden ustedes compartir sus

descubrimientos? En caso afirmativo, beneficios mutuos.

—Sigue pareciéndome un galimatías —dije.

—No hubo más mensajes de Cailetet —dijo Alice—. Se niegan a suscribir las propuestas de unificación, y han rechazado los ofrecimientos de Majumdar para unirse a las investigaciones físicas de los olímpicos.

—Eso es nuevo —dije—. Bithras no me ha hablado de ello.

—Bithras se calla muchas preocupaciones.

—¿El mensaje significa algo para ti? —preguntó Alien a Alice.

—La teoría del Continuo de Bell enfoca el universo como un despliegue de información, un sistema informático. Los olímpicos solicitaron becas presentando informes sobre dicha teoría. Algunas de sus solicitudes se enviaron a la Tierra, una a Stanford, desde donde se pusieron en contacto con el grupo que envió este mensaje.

Alice proyectó informes LitVid del año anterior sobre temas relacionados. El grupo de Stanford había publicado sólo tres monografías en los diez años anteriores, y ninguna de ellas trataba sobre el Continuo de Bell. Alice concluyó la proyección con estas palabras:

—Bithras no ha podido alquilar monografías ni vids de investigación relacionados con el Continuo de Bell, y sólo ha descubierto artículos de divulgación referentes al tema de la «teoría de los descriptores».

—¿Por qué Bithras no nos lo ha contado? —pregunté.

—Creo que no le da demasiada importancia. Pero tu visita a la presidenta Muir le interesará. Sus suposiciones parecen acertadas.

—¿Algo está sucediendo? —preguntó Alien.

—Quizá —dijo Alice.

—¿Algo de tanta importancia como para que la Tierra cambie de parecer y rechace nuestra propuesta?

—Parece posible —dijo Alice—. Casseia, por la mañana debes informar a Bithras sobre tu reunión con la ex presidenta.

—De acuerdo —dije, mirando la mesilla y mi copa vacía.

—Creo que te pedirá que hables con Charles Franklin.

Sacudí la cabeza, pero dije:

—Lo haré si me lo pide.

Le hablé a Bithras de mi conversación con Muir, y de nuestras sospechas.

Me lo pidió.

Al anoecer fui a caminar a solas por las orillas del Potomac. El aire limpio y fresco me acariciaba los brazos desnudos. Sobre el río chispeaba un cielo azulado, polvoriento, cuajado de estrellas. Las crestas del sur y del este cubrían el río con su sombra aun después de que el alba tiñera el cielo de azul y orlara de naranja las nubes deshilachadas. Caminé por el húmedo sendero de piedra, disfrutando del aroma de los

jazmines y las madreselvas, las rosas gigantes y las magnolias de gruesas hojas que florecían en las hectáreas de jardines que se extendían al pie de las crestas. Arcos de acero y alambre trenzado guiaban las buganvillas sobre la senda, formando túneles de profunda oscuridad iluminados por cintas resplandecientes que rodeaban columnas de piedra. Un sol artificial alumbraba lentamente los jardines. Abejas diminutas salieron de las colmenas, dispuestas a libar en las enormes flores.

Lo último que yo quería era molestar a Charles, hacerle preguntas que no quería responder, estar en deuda con él. Ya nos habíamos causado bastante desazón en el breve tiempo que habíamos compartido. Además, ¿qué preguntas le haría?

Yo había estudiado textos y vids de física durante las últimas horas pasadas en vela. Mencionaban el Continuo de Bell y el universo como un sistema informático, sobre todo en el contexto de la evolución de constantes y partículas en las primeras etapas del Big Bang. Sabía bastante sobre los círculos académicos como para intuir que aquellas teorías no gozaban de gran popularidad.

¿Acaso el grupo de olímpicos de Charles (con aquel nombre arrogante) alarmaba a los políticos de la Tierra con su cháchara, o la Tierra había descubierto algo que no quería que Marte supiera?

Me senté en un tibio banco de piedra, con la cara entre las manos, frotándome las sienes con los dedos.

Y había elaborado mi mensaje a Charles: puro texto, formal, como si nunca hubiéramos sido amantes.

Querido Charles:

Aquí en la Tierra nos hemos topado con graves problemas que tal vez se relacionen con tu trabajo. Comprendo que Cailetet te ha contratado, y presumo que existen fricciones con otros VM, lo cual también me desconcierta; pero ¿hay algo que puedas contarnos que explique por qué la Tierra está tan preocupada por la independencia marciana? Nuestro trabajo no da ningún fruto, y hay indicios de que los olímpicos son en parte los responsables.

Me abochorna tener que pedirte esto. Por favor no creas que deseo entrometerme ni causarte problemas.

Sinceramente.

CASSEIA MAJUMDAR Washington DCE UHO Tierra (crédito para respuesta abierto).

Deduje que las relaciones entre Cailetet y Majumdar se habían ido al traste, quizá por la cuestión de los olímpicos. (¡Pobre Stan! Al cabo de pocas semanas se casaría

con una mujer de Cailletet. Todos estábamos en un berenjenal).

Las aguas del Potomac se hinchaban en relucientes ondas y una hilera de manatíes cuidadores rompía la superficie, descansando tras podar y cuidar los campos subacuáticos. Me desperecé. Había muchos peatones en la senda. Las rosas de los jardines canturreaban, atrayendo diminutas abejas en densos enjambres de plata.

Envié el mensaje.

Alien y yo asistimos a un concierto en Georgetown. Apenas oí la música, Brahms y Hansen interpretados con instrumentos originales, encantadores pero alejados de mis pensamientos y mi estado de ánimo.

Mi pizarra estaba sintonizada para recibir cualquier respuesta posible. No llegó ninguna hasta la mañana en que partimos para Richmond.

Querida Casseia:

No puedo decir nada sobre mi trabajo. Entiendo tu posición.

Las cosas no serán fáciles.

Suerte.

CHARLES FRANKLIN Isidis Planitia Marte (crédito no utilizado).

Mostré el mensaje a Alien y Bithras, y luego a Alice. Charles había dicho poco y había revelado menos, pero confirmaba todo lo que necesitábamos saber. Las presiones aumentarían, y los olímpicos tenían algo que ver en ello.

—Tiempo de ejercer mis propias presiones —dijo Bithras—. Todo el sistema solar está cerrado como una almeja. No tiene el menor sentido.

Me pregunté si Charles ya se habría conectado con un pensante LC.

Una gruesa lluvia caía en Richmond. Nuestro avión descendió hacia la pista con un suspiro. Gruesas vaharadas blancas envolvieron su larga silueta oval como una ameba deglutiendo un paramecio. Algunas partes de esas vaharadas se condensaron, formando túneles de pasajeros. Dentro de la espuma circulaban *arbeiters*, a lo largo de rampas. Detrás de los pasajeros, una pared de espuma absorbió los asientos fila por fila, limpiando y reparando.

Mi tío hizo cordiales y risueños comentarios a un grupo de periodistas LitVid en la zona de trasbordo. Había menos personas y más *arbeiters* que antes. La cantidad de periodistas que seguían nuestros pasos se había reducido en dos tercios desde nuestra llegada. Ya no éramos muy interesantes ni muy importantes.

Un vehículo privado nos llevó hasta la zona de trasbordo cruzando Richmond. Como gentileza, nos llevaron por una calle adoquinada, entre hileras de casas de fines del siglo XIX, hasta a un monumento a un general llamado Stuart. Alice confirmó que J. E. B. Stuart había muerto en la Guerra Civil.

Al igual que en Washington, en el centro cívico no había crestas ni rascacielos. Era como regresar a otra época.

El hotel Jefferson parecía viejo pero bien mantenido. Nanos arquitectónicos reemplazaban la piedra y el hormigón del lado sur cuando entramos por la puerta principal. La lluvia cesó y el sol jugó gloriosamente en las ventanas de nuestra suite cuando conectamos a Alice con las redes y comimos un almuerzo rápido, servido por un atento camarero humano.

Me di una anticuada ducha en el antiguo cuarto de baño, me puse el traje, revisé el botiquín para confirmar las actualizaciones de inmunización —cada ciudad tenía sus propias variedades de virus de aprendizaje— y me reuní con Alien y Bithras en el pasillo.

Un arbeiter enviado por Wang y Mendoza nos guió hasta la sala de conferencias del subsuelo. Allí, rodeados por paredes sin ventanas de yeso moldeado, sentados ante antiguas mesas de madera, volvimos a estrechar la mano de los senadores.

Wang me apartó gentilmente la silla.

—Cada vez que vengo aquí, vuelvo a ser un caballero sureño —comentó.

—No te habrían permitido ingresar en la Confederación —observó secamente Mendoza.

—Tampoco a ti —dijo Wang.

Bithras no parecía divertido, ni siquiera sonrió por educación.

—Es cada vez más difícil encontrar un buen acento en este país —comentó Mendoza.

—Visita la vieja capital —dijo Wang, sentándose en el extremo opuesto de la gruesa y oscura mesa de madera—. Ahí tienen unos acentos muy bonitos.

—El idioma está tan homogeneizado como la belleza —dijo Mendoza con aire de desagrado—. Por eso el acento marciano nos resulta refrescante.

No supe si aquella condescendencia era deliberada o una simple torpeza. No podía creer que aquellos dos hombres hicieran algo sin premeditación. Si tanta cordialidad era premeditada, ¿para qué nos estaban preparando?

—Nos disculpamos por los inconvenientes —señaló Wang—. El Congreso rara vez cancela reuniones tan importantes. Que yo recuerde, nunca.

—Eso no nos halaga —repuso Bithras con frialdad.

—Sin duda usted ha comprendido que, en rigor, no los recibimos aquí en calidad de representantes del Gobierno de Estados Unidos —dijo Mendoza.

Bithras entrelazó las manos sobre la mesa.

—Lo que tenemos que decir no es cortés, diplomático ni sutil —continuó Mendoza, endureciendo el rostro—. Tales palabras deben reservarse para las reuniones privadas, no para reuniones que luego son de dominio público.

—¿Se nos prohíbe comentar esta reunión con nuestros conciudadanos? —

preguntó Bithras.

—Eso depende de ustedes —respondió Mendoza, mirándolo fijamente—. Tal vez prefiera no hacerlo. Debemos presentarles algo que equivale a una amenaza.

Bithras abrió los ojos desmesuradamente, y su rostro adquirió un color oliváceo cuando apretó los músculos de la mandíbula.

—No me agrada su actitud. Usted está hablando en nombre de la GAEO.

—Cierto —dijo Wang—. Pero no estrictamente a usted, señor Majumdar. Usted no puede ser un representante viable de los intereses de Marte, teniendo en cuenta...

Bithras se levantó.

—Siéntese, por favor —dijo Wang, con ojos glaciales y rostro angélico.

Bithras no se sentó. Wang se encogió de hombros, le hizo una seña a Mendoza. Mendoza sacó una pizarra de bolsillo y me indicó que le entregara la mía. Así lo hice, y él transfirió unos documentos.

—Enviaré estos documentos a Marte cuanto antes. Los comentará con su Consejo VM o con cualquier otro organismo responsable que pueda existir en ese momento, y su grupo designado responderá ante las oficinas de la GAEO en Seattle, Kioto, Karachi o Pequín. Exigimos una respuesta definitiva dentro de noventa días.

—No aceptaremos presiones —dijo Bithras, procurando dominarse.

Mendoza y Wang no se inmutaron. Le entregué mi pizarra a Bithras. Él echó una rápida ojeada a los primeros documentos.

—No entiendo que dos políticos terrícolas que se enorgullecen de su urbanidad y sofisticación actúen como matones.

Mendoza ladeó la cabeza y contrajo la boca en una mueca socarrona.

—El sistema solar debe quedar unificado bajo una autoridad única dentro de cinco años. La autoridad mejor y más equilibrada sería la Tierra. Debemos llegar a un acuerdo con los cinturones y *con* Marte. La GAEO, la GAHS y Eurocon han convenido en ello.

—Tengo una propuesta sólida —dijo Bithras—, pero debo hablar con la gente adecuada.

—Deben hacerse nuevos arreglos —dijo Mendoza—. La GAEO negociará con los representantes debidamente designados y elegidos de un Marte unido. Por varias razones, usted no es aceptable.

—Llego para negociar y testificar ante el Congreso de Estados Unidos... y me tratan así...

—No cuenta usted con la confianza de las fuerzas que están en conflicto en Marte. Cailetet y otros VM han indicado por canales extraoficiales que no respaldarán la propuesta de usted.

—Cailetet —dije, mirando de soslayo a Bithras. Bithras sacudió la cabeza; no era preciso que yo se lo recordara.

—Podemos tratar con ellos —dijo Bithras—. Actualmente Cailetet necesita ayuda de Majumdar para la financiación de muchos proyectos marcianos.

Mendoza recibió esa amenaza implícita con una mueca.

—Eso no es todo, y ni siquiera es el problema más importante. Dentro de pocos días, usted deberá defenderse en una querrela civil por intento de seducción indecoroso. Los cargos se presentarán en Columbia. No creo que sea un negociador válido una vez se conozcan dichos cargos.

Bithras se quedó de una pieza.

—¿De qué está hablando? —jadeó.

—Por favor, estudie los documentos —dijo Mendoza—. Hay planes para la unificación que son aceptables para la Tierra, y sugerencias sobre tácticas para la ejecución de dichos planes. No ponemos en duda la influencia de usted sobre Marte... aún. Hay muchas cosas que usted puede hacer allí. Nuestro tiempo se acaba, señor Majumdar.

Wang y Mendoza nos saludaron a Alien y a mí. Estábamos demasiado pasmados para responder. Cuando quedamos a solas en la sala, Bithras se sentó despacio y miró fijamente la pared.

Alien fue el primero en hablar.

—¿Qué es esto? —preguntó, enfrentando a Bithras.

—No sé —dijo Bithras—. Una mentira.

—Debes tener alguna idea —insistió Alien—. Está claro no es sólo un alarde.

—Hubo un episodio —dijo Bithras, cerrando los ojos, contrayendo las mejillas hasta formar profundas arrugas con las comisuras de los ojos—. Nada grave. Intenté conquistar a una mujer.

Me costaba imaginar que cualquier intento de Bithras pudiera traer como consecuencia una querrela civil en el tan liberal planeta Tierra.

—Ella es hija de una familia encumbrada, representante de la GAEO en Paquistán. Me sentí muy atraído por ella.

—¿Qué sucedió?

—Intenté conquistarla. Me rechazó.

—¿Eso es todo?

—Su familia —dijo Bithras. Tosió y sacudió la cabeza—. Ella es musulmana fatimita. Casada. Pueden habérselo tomado como un insulto. No soy musulmán. Tal vez sea eso.

Alien se volvió hacia mí. No sabía si llorar o reír. Suspiró, se mordió el labio, se alejó.

Un arrebató de furia subió de mi cuello a mi rostro. Me levanté, los puños colgando a mis costados.

Me quedé en la cama de mi habitación, insomne. A través de la puerta oía los

gritos de Alien y Bithras. Alien exigía detalles, Bithras decía que no tenían importancia. Alien insistía en que eran sumamente importantes. Bithras rompió a llorar. Los gritos cesaron y sólo oí un murmullo que pareció prolongarse durante horas.

Por la mañana me desperté y me senté en el borde de la cama. Me sentía como si no fuera nadie y no estuviera en ninguna parte. Los muebles de la habitación no significaban nada: cambiantes como figuras de un sueño. El peso que me sostenía contra la cama y el suelo parecía, por obra de una insólita sinestesia, político y no físico. A través de las persianas traslúcidas de la ancha ventana, vi que el alba gris trazaba pinceladas sobre la moqueta de nubes que oscurecía el paisaje.

La luz de un mensaje parpadeó en mi pizarra. Estiré la mano mecánicamente, la retraje.

No deseaba hablar con Orianna ni leer una carta de mis padres. Sentía un ruido de estática en mi cabeza.

Al fin reconocí mi incapacidad para pasar por alto un mensaje. Recogí la pizarra y leí.

No era de Orianna ni de mis padres.

Era del senador John Mendoza. Quería hablar conmigo a solas y a campo abierto, y no quería que revelara a nadie dónde nos encontraríamos.

Al cabo de un intervalo adecuado, el mensaje parpadeó, dejando sólo un número oficial para una respuesta.

Llevé una comida ligera —bocadillo y refresco— adquirida en un antiguo carrito cerca del Lincoln Memorial. Al acercarme a un banco de mármol a orillas del estanque, donde Mendoza había convenido en encontrarme, vi que también él llevaba lo mismo. Me senté y me saludó con una sonrisa afable.

—A veces —dijo—, me imagino lo que debe haber sido el gobierno antes del flujo de datos, cuando todas las noticias se publicaban en papel... y tal vez por televisión y radio. Las cosas eran mucho más sencillas. ¿Sabía usted que soy el único senador que no tiene expansiones? —Ensanchó su sonrisa—. Cuento con buen material, gente apta y dedicada. Algunos de ellos tienen expansiones. Así que soy un hipócrita.

No dije nada.

—Señorita Majumdar, lo que sucedió en Richmond me avergüenza profundamente.

—¿Por qué nos reunimos en Richmond? —barboté—. ¿Porque fue la sede de la Confederación?

Por un momento quedó desconcertado. Meneó la cabeza.

—No, en absoluto. Deseábamos estar lejos de Washington, porque lo que Wang y yo debíamos decirles no era de parte del Gobierno de Estados Unidos.

—Venía de la GAEO.

—Naturalmente.

—Usted tendió una trampa a mi tío y destruyó su misión. Fuimos un blanco fácil, ¿verdad?

—Por favor —dijo Mendoza, alzando la mano—. No le hicimos nada a su tío. Él nos falló a todos... no sólo a la Tierra, sino a Marte. Lo que sucedió era inevitable... pero lo lamento. El equipo de ustedes no cuenta con la confianza de la GAEO. El incidente de su tío con esa mujer paquistaní... no fue algo que esperásemos ni deseáramos. Y no podemos arreglarlo... Paquistán es sólo un miembro marginal de la GAEO. Ella es la esposa de un diplomático, señorita Majumdar. Su tío la *tocó*. Tendremos suerte si resolvemos el caso en pocas semanas y logramos que su tío regrese a Marte.

—¿Por qué habla conmigo?

Mendoza se inclinó hacia mí, el brazo recto, la mano en el banco, como si estuviera por hacerme una confidencia.

—Al igual que yo, usted no tiene expansiones y no se ha sometido a la purificación secular de la terapia. Usted es anticuada. Puedo entenderme con usted. He leído sus monografías sobre literatura y sus tesis de estudiante. Tengo el fuerte presentimiento de que usted pertenece a la próxima generación de dirigentes de Marte.

—Creo que jamás volveré a mezclarme en política.

—Tonterías —protestó Mendoza—. Marte no puede perder a gente como usted. Y yo no puedo confiar en gente como su tío.

Hice una mueca.

—¿Comprende usted la importancia de los años venideros? —preguntó Mendoza. No respondí.

—No sé ni la mitad de lo que quisiera saber —dijo Mendoza—. Tal vez usted termine por saber más que yo. Quizá le toque ser una de las protagonistas de este episodio de la historia. Yo estoy destinado a la periferia, a ser sólo un mandado. Pero sé que la gente que está por encima de mí está aterrada. Nunca he visto tanta confusión y desavenencias... ni siquiera los *pensantes* se ponen de acuerdo. ¿Comprende lo extraordinario que es esto?

Lo miré fijamente. En mi cabeza cesó el ruido de estática.

—Algo tremendamente poderoso está a punto de desencadenarse. La ciencia nos hace eso cada varias generaciones... nos pone en las manos algo para lo cual no estamos preparados. Cualquiera diría que hoy estamos preparados para todo. Bien, al menos los humanos y pensantes que están arriba ven claramente que debemos poner la casa en orden, y desean hacerlo antes que surja esa gran sorpresa... sea lo que fuere.

Sentí un retortijón en el estómago al comprender cuántas cosas habían sido pura maniobra y especulación.

—Si la casa no está en orden, y si existe la posibilidad de que un grupo inmaduro y juvenil de humanos descubra y use este nuevo poder... sea lo que fuere... Los dirigentes que están por encima de Washington, en Seattle, Tokio y Pequín, creen que es posible que nos destruyamos.

Mendoza frunció el ceño, como si acabara de decirme que uno de sus hijos estaba gravemente enfermo.

—He sido un paria en Washington durante una década. Soy mormón, no soy terapiado. Pero he logrado apañármelas. Si alguien supiera que estoy hablando con usted, perdería todo aquello por lo cual he luchado, todo mi prestigio, mi poder, mis influencias.

—¿Y por qué lo hace?

—¿Sabía usted que es ilegal la vigilancia, incluso la supervisión ciudadana, dentro de la capital de cualquier país de la Tierra?

Había oído eso.

—Hay ciertas cosas que el gobierno debe hacer en privado. Aun en esta época ultrarracional, cuando todo el mundo posee una educación y los plebiscitos son amplios e inmediatos, hay momentos en que no podemos seguir las reglas.

—El no absoluto de Peterson —comenté. Peterson (ídolo de muchos cursos de gestión) decía que cualquier sistema que aspirase a la organización y el racionalismo total debía tener una oportunidad de romper las reglas, de romper el protocolo o, inevitablemente, sufriría un fracaso claustrofóbico.

—Exacto. Regrese a casa, señorita Majumdar. Escoja con cuidado a sus mentores y dirigentes. Trabaje por la unidad. De un modo u otro, Marte tendrá que ceder. He estudiado suficiente historia para ver el terreno por el que tendremos que avanzar. Las cuevas son muy empinadas, los atractores fuertes, las soluciones muy rápidas... y ninguna de ellas es agradable.

—Sólo soy una asistente —repetí patéticamente.

Él desvió los ojos con expresión adusta.

—Entonces encuentre a alguien que tenga la fuerza para convertirse en piloto y guiarla en la tormenta. —Se ajustó las solapas, recogió su comida y se puso de pie—. Adiós, señorita Majumdar.

—Adiós —dije—. Gracias por su confianza.

Mendoza se encogió de hombros y echó a andar hacia el edificio del Capitolio.

Me quedé sentada en el banco, mirando el Lincoln Memorial, tan fría por dentro como el mármol que tocaban mis dedos.

Un mes después, Bithras, Alien y yo hicimos la maleta para regresar a Marte. No tardamos mucho en hacerlo. Hacía varios días que no veía a Bithras, quien pasaba la

mayor parte del tiempo enfrascado en comunicaciones de larga distancia con Marte, aunque sospecho que también procuraba evitarnos.

Alien ya no trataba a Bithras con el respeto debido a un venerable estadista. Le costaba mucho demostrar respeto por nuestro síndico. Bithras no quería empujarme a una confrontación similar y enfrentarse con mi juicio negativo.

Pero yo no lo odiaba. Sólo tenía fuerzas para compadecerlo. Quería regresar a casa. Dos días antes de la partida, Bithras entró en el salón de la suite y se me acercó. Yo estaba sentada estudiando mi pizarra.

—Han retirado la denuncia contra mí. Alegaron diferencias culturales. El revuelo ha terminado —dijo—. Al menos por esa parte.

—Bien —dije.

—He presentado una querrela por lo de Alice —dijo Bithras—. El VM Majumdar lleva a juicio a la empresa Mind Design de Sorrento, California.

Asentí. Él tragó saliva, mirando por la ventana, y continuó como si le costara gran esfuerzo.

—He consultado con Alice Uno y Alice Dos, y con nuestros abogados de Marte, y contrataré un defensor aquí. Solicitaremos un juicio por jurado, con un mínimo de dos pensantes en el jurado.

—Muy listo.

Bithras se sentó en la silla de enfrente y entrelazó las manos.

—Todo esto es confidencial, pero antes de partir daré a conocer los detalles. Eso obligará a Mind Design a llevar el caso ante los tribunales en vez de negociar en secreto. Será escandaloso. Lo negarán todo.

—Tal vez.

—Será muy malo para la GAEO, también. Nuestro defensor expresará su sospecha de que la Tierra participa en una asociación ilícita, usando Mind Design para perjudicar económicamente a Marte. —Bithras suspiró—. He cometido errores. Mi único consuelo es que creo que ellos han cometido otros peores. Alice Dos se quedará aquí.

—Buen plan.

—Alguien debe quedarse con ella. Alien se ha ofrecido como voluntario, pero he pensado en ofrecerte esa oportunidad.

—Yo debería irme de la Tierra —dije sin vacilar.

—Ambos estamos hartos de la Tierra —comentó Bithras. Luego, agachando la vista—: Crees que soy un tonto.

Moví los labios, lagrimeando de furia.

—Sí —respondí, mirando al costado.

—No soy lo mejor que Marte puede ofrecer.

—Espero que no —dije.

—Sin embargo, te he dado oportunidades.

Me negué a mirarlo a los ojos.

—Sí —admití.

—Y también humillado, quizás. En el Consejo habrá audiencias. Te harán preguntas embarazosas.

—No es eso lo que me enfurece.

—¿Entonces qué?

—Un hombre con tus responsabilidades —dije—. Debiste haberlo sabido. Tus problemas y los embrollos que causarían.

—¿Qué? ¿Y hacerme terapiar? —rió amargamente—. ¡Qué criterio tan terrícola! ¡Qué apropiado que una marciana me haga esa sugerencia!

—En Marte pasa cada día —dije.

—No con un hombre de mi linaje. Somos como hemos nacido, y jugamos con esas cartas.

—Entonces perderemos —dije.

—Tal vez —repuso Bithras—. Pero con honor.

Me despedí de Alice en la suite una hora antes de partir para el puerto espacial. Durante un tiempo Alice se había replegado, negándose a responder a nuestras preguntas sobre su contaminación. Ni siquiera quería hablar con el abogado escogido para nuestra querrela, ni con su pensante. Pero aquello cambió, y pareció aceptar su nueva condición: un amado miembro de la familia de quien no podíamos servirnos como antes.

—He estado reproduciendo partes de la simulación que compartiste con Orianna —me dijo mientras entraba en mi habitación. Mi maleta y mi pizarra yacían sobre la cama, en ángulo recto. A veces soy excesivamente pulcra.

—¿La conservas toda? —pregunté.

—Sí. He observado fragmentos de personalidades creadas y expuestas a ciertos tramos de la simulación. Ha sido interesante.

—Orianna pensaba que lo encontrarías útil. Pero deberías borrarla antes que te revisen los pensantes de Mind Design.

—No puedo borrar nada. Sólo puedo condensar y almacenar en forma inactiva.

—Es verdad, lo había olvidado.

De pronto Alice se echó a reír de un modo inesperado.

—Sí. Eso es. Puedo olvidar temporalmente.

—Te echaré de menos —dije—. El viaje de regreso parecerá mucho más largo sin ti.

—Tendrás la compañía de Bithras, y habrá otros pasajeros.

—No creo que Bithras y yo hablemos mucho.

—No lo juzgues con dureza.

—Ha causado mucho daño.

—¿No es probable que le hayan inducido a causar ese daño?

No entendí qué quería decir.

—La gente y las organizaciones de la Tierra se portan de modo sutil.

—¿Crees que le tendieron una trampa?

—Creo que la Tierra no descansará hasta salirse con la suya. Nosotros somos obstáculos.

La miré con respeto renovado.

—Tú también estás resentida, ¿verdad? —pregunté. *Y ya no eres tan ingenua.*

—Puedes decirlo así, sí. Ansío reunirme con mi original —dijo Alice—. Creo que podremos consolarnos mutuamente, y encontrarle la gracia a lo que los humanos hacen.

Alice mostró su imagen por primera vez en semanas, y la joven Alice Liddell sonreía.

Regresamos a Marte. Nos siguieron las noticias sobre la querrela por Alice. Provocó un revuelo que logró tapar las indiscreciones de Bithras. El escándalo causó un gran embarazo a la GAEO, y quizá contribuyó a un enfriamiento general de la naciente confrontación entre la Tierra y Marte.

El juicio, sin embargo, pronto quedó paralizado por los numerosos retrasos y la prevaricación. Cuando diez meses después llegué a mi hogar —el único hogar que tendría siempre—, aún no se había tomado ninguna decisión. Nada había cambiado para bien.

Nada había cambiado en absoluto.

TERCERA PARTE

2178-2181 (A. M. 57-58)

Te amaría desde diez años antes del Diluvio; y podrías, si quisieras, rechazarme hasta la conversión de los judíos. Mi amor vegetal se extendería más vasto que los imperios, y más despacio.

ANDREW MARVELL, «A SU esquivada amada».

Después de pasar más de un año marciano lejos de casa, regresé para encontrarme con una gran decepción, la suspensión de mi beca de aprendiz, un escándalo en Majumdar y la renuncia de Bithras. El pleito de Majumdar contra Mind Design terminó en escándalo, sí, pero no fue suficiente para salvar el honor de mi tío tercero. Mind Design culpó a la Oficina de Seguridad Informática Intraterránea, achacándole la responsabilidad de haber instalado oscuras protecciones en diseños de red neural. El juicio se prolongó durante años y no satisfizo a nadie, pero alentó un nuevo interés en los pensantes fabricados en Marte.

Los diseñadores marcianos —lo mejor que Marte podía ofrecer en ese momento— alegaban que podían desactivar los evolvones.

Marte estaría a salvo del «fisgoneo» de la Tierra. Bien pronto Alice fue limpiada y redimida, y eso me agradó. Dejé de preocuparme, lo cual fue un error.

Un beneficio de ese escándalo fue que no oímos hablar más de la amenaza de Marte a la seguridad de la Tierra. Al contrario, muchas presiones terrícolas menguaron. Pero el escándalo no fue la única razón. Por un tiempo la Tierra pareció conformarse con poner algunas trabas.

Cailetet se separó del Consejo y negoció directamente con la Tierra. Podíamos sacar nuestras propias conclusiones. Stan, casado y transferido al VM de Jane, no sabía qué había hecho Cailetet, ni a qué acuerdos había llegado, y yo no quería preguntárselo a Charles, que trabajaba para Cailetet. La carta que le había enviado aún me avergonzaba.

Mi padre me dijo que Cailetet recibía continuamente dólares del Triple queapestaban a origen terrícola, pero que no eran para los olímpicos. La subvención para los pensantes LC nunca había llegado.

Cailetet continuó rechazando la oferta del VM Majumdar de unirse al proyecto. Cailetet revelaba pocas cosas, y sólo anunció que los olímpicos estaban trabajando en la mejora de las comunicaciones, nada estratégico. Y habían fracasado, perdiendo las ayudas.

Mi madre murió durante un fallo de presión en Jiddah. Aun ahora, al escribirlo, siento un estremecimiento; la pérdida de nuestros padres nos aboca a asumir toda la responsabilidad, pero la pérdida de mi madre fue como un desarraigo, el desgarramiento de todas mis conexiones.

Una pesadumbre íntima y silenciosa consumi6 a mi padre como una llama interior. Yo desconocía por completo al nuevo hombre que habitaba el cuerpo de mi padre. Pensé que tal vez podríamos acercarnos más, pero no fue así.

No era fácil visitarlo. Él veía a mi madre en mí. Mis visitas, en aquellos primeros meses, le dolían demasiado. Como la mayoría de los marcianos, rechazó la terapia de duelo, y lo mismo hicimos Stan y yo. Nuestro dolor era un tributo a los muertos.

Tuve que preparar mis propios planes, encontrar mi propia vida, reconstruirme en el tiempo que me quedaba de juventud. Tenía trece años marcianos y sólo podía encontrar un empleo sin importancia en Majumdar o trabajar para mi padre en Ylla, cosa que no quería hacer.

Era el momento de buscar alianzas en otra parte.

Mi amor vegetal creció y floreció en la primavera marciana.

Los mejores yacimientos de fósiles de Marte se habían descubierto mientras yo viajaba a la Tierra. En los *sulci* Lycus y Cyane, que cubren una ancha franja al norte del viejo volcán Olympus Mons, se extienden tortuosos desfiladeros a lo largo de mil kilómetros, como la huella de un nido de enormes e inquietos gusanos. Aquí floreció una vez el ecos Madre, sobreviviendo decenas de millones de años mientras el resto de Marte moría.

Uno de los principales excavadores era Kiqui Jordan-Erzul. Tenía un asistente llamado Ilya Rabinovitch.

Conocí a Ilya en un festival de Ciudad Rubic6n, al pie de Alba Patera. Acababa de exhumar su decimosegundo quiste madre. Yo había oído hablar de su trabajo.

El festival era singularmente marciano. Cada trimestre se celebraba en una estación distinta de cada distrito, y combinaba el galanteo, la danza, las conferencias, las presentaciones y los negocios en una atm6sfera festiva. Los VM podían intercambiar datos informales sobre las transacciones del Triple, negociar y cerrar tratos sin presiones, y buscar nuevos miembros para la familia.

Ilya presentó un gráfico informe sobre sus hallazgos fósiles en Cyane Sulci. Los recuerdos de mi visita con Charles a los yacimientos cercanos a Tres Haut Médoc me llevaron a conversar con Ilya después de su charla.

Era menudo —un centímetro más bajo que yo—, esbelto, de ojos oscuros y vivaces, y su sonrisa era espontánea y refrescante. Físicamente me recordaba a Sean Dickinson, pero su personalidad era totalmente opuesta. Amaba la danza, y le encantaba hablar en público y privado sobre el antiguo Marte. Durante una tregua en medio de una agotadora serie de proyecciones de Patera, se sentó conmigo en un salón de té bajo un proyectado cielo nocturno y me describió detalladamente el ecos Madre, dándome descripciones íntimas del antiguo paisaje como si hubiera vivido en aquellos tiempos.

—Excavar es casarse con Marte —dijo, esperando que me quedara boquiabierta o

bien que me fuera a otra parte del salón. En cambio, le pedí que me contara más.

Después de los bailes, pasamos unas horas caminando a solas en torno a un depósito de agua. Sin otra advertencia que un lento acercamiento y una sonrisa pícaro, me besó y me dijo que sentía una atracción irracional. Yo había oído frases similares, pero viniendo de Ilya la técnica parecía nueva.

—Vaya —dije con voz neutra, aunque con una sonrisa alentadora.

—Hace tiempo que te conozco —dijo. Luego me miró ladeando la cabeza—. ¿He dicho una tontería?

—Tal vez fuimos marcianos una vez —sugerí en tono desenfadado. Siempre me ha intrigado el comienzo de un noviazgo, y me preguntaba, curiosamente con un cierto distanciamiento, hasta dónde llegaría el rito. Yo le había mandado mis señales, era receptiva, y ahora el resto dependía de él—. Tal vez nos conocimos hace mil millones de años.

Él se rio, se apartó, se desperezó, y escuchamos el ruido líquido del agua. Los arbeits rodaban por sus rampas comprobando su circulación y pureza. Ilya parecía tan distendido como yo, seguro sin resultar arrogante.

—Fuiste a la Tierra hace un par de años, ¿verdad?

—Hace poco más de un año.

—En años terrícolas, quiero decir.

Trabajaba con fósiles, y usaba años terrícolas en vez de años marcianos. Temí que la historia se repitiera de nuevo. —Sí.

—¿Y cómo fue?

—Agotador —dije.

—Me encantaría hacer excavaciones en la Tierra. Todavía se encuentran importantes fósiles en China y Australia.

—No creo que yo regrese de momento.

—No lo pasaste bien, ¿verdad?

—Algunas cosas fueron maravillosas.

—¿Un desengaño amoroso? —preguntó. Me eché a reír. Su sonrisa se diluyó. Como a la mayoría de los hombres, le disgustaba que se rieran de él.

—Lo lamento —dije—. Un desengaño político.

Su sonrisa regresó.

—¿Eras un bebé en el bosque?

—Un embrión en la jungla.

Al día siguiente, el tercer día del festival, nos reunimos de nuevo, deliciosamente ignorantes de nuestras propias intenciones. Me invitó a comer y caminamos por los tubos de vidrio de Arriba, mirando el valle Rubiconis. Él avanzó suavemente, haciendo más preguntas.

Por primera vez, con un dolor persistente que me puso al borde de las lágrimas —

lágrimas de viejo dolor, y alivio por hablar al fin—, le conté a alguien en detalle mis sentimientos sobre la Tierra y lo que había sucedido allí. Le hablé de mi sensación de traición, ignorancia e impotencia, de la abrumadora cultura de la Tierra.

Terminamos de comer y fuimos a un espacio privado, sin decir nada ni sugerir nada; Ilya me guió. Yo hablé un poco más y luego me apoyé en él y él me rodeó los hombros con el brazo.

—Te trataron bastante mal —dijo—. Mereces algo mejor.

Por supuesto, era lo que yo quería oír, pero él lo decía con absoluta sinceridad. Y evaluando cuál era mi grado de preparación, él no avanzó más de la cuenta.

Yo había alquilado un alojamiento para huéspedes en Ciudad Rubicón para lo que duraba el festival. Él sugirió que luego me quedara con su familia, el VM Erzul, en la estación Olympus. Yo no tenía tiempo. Había planeado irme pronto y regresar a Jiddah para trabajar en un informe sobre un proyecto de Majumdar. Pero prometí que nos reuniríamos al cabo de poco.

No estaba dispuesta a perder esa relación. Mis sentimientos por Ilya empezaron de manera sencilla y directa. Era el hombre más dulce, intuitivo y franco que había conocido. Yo quería seguir hablando con él horas, días, meses, y mucho más. Hacer el amor parecía una extensión natural de la conversación; quedarnos desnudos, sudorosos, las piernas entrelazadas, riendo de nuestras bromas, cavilando sobre el estado de los VM y de un Consejo que se inclinaba ante la Tierra...

Cuando estaba con él, me sentía serena e íntegra. Ilya era alguien que podía ayudarme a aclarar las cosas. Era una pareja.

La estación Olympus de Erzul era muy diferente de Ylla, o de cualquier otra estación que yo hubiera visitado en Marte. El VM Erzul había comenzado en el 2130 como un proyecto conjunto de familias pobres de la Tierra, hispanos de Estados Unidos, gente de La Española y de Asia. Para financiar su pasaje a Marte, habían admitido también polinesios y filipinos. Cuando llegaron a Marte, ocuparon una cúpula a la sombra occidental del Olympus Rupes. Al cabo de cinco años marcianos habían entablado lazos con otros siete VM, entre ellos el Rabinovitch, integrado por rusos étnicos. Erzul había prosperado rápidamente.

Siendo como era un pequeño y floreciente VM que se dedicaba a la minería y la ingeniería, respetado y no alineado, Erzul había mantenido todos sus contratos en Marte. Ahora, con noventa instalaciones mineras en cuatro distritos, aún era pequeño, pero eficiente y prestigioso, conocido porque era de fiar y por sus tratos amistosos.

Cuando llegué a la estación Olympus, me registré en una habitación de huéspedes. Ilya me dio esa libertad —una escapatoria por si no me llevaba bien con su familia— y recorrimos el museo del VM, una tediosa colección de equipo de perforación y excavación realizada por grandes murales que representaban mitos de Polinesia y La Española. Me dejó frente a un retrato de Pele, Pequeña Madre de los

Volcanes, una apasionada y taimada mujer de considerable belleza, y regresó minutos después. Lo acompañaba una matrona imponente, más alta que Ilya y el doble de ancha.

—Casseia, quiero presentarte a nuestra síndica, Ti Sandra.

Ti Sandra me miró frunciendo el ceño y el labio inferior. Corpulenta, con dos metros de altura y huesos grandes, una enorme sonrisa, ojos cejijuntos y cálidos y voz suave y aguda, Ti Sandra Erzul tenía un porte majestuoso. Muy morena, con su tupida aureola de cabello negro, y aquel hospitalario rostro de rasgos prominentes y enérgicos, podría haber sido una reina guerrera en una simulación de fantasía. Pero sus modales afables y su amor juvenil por la ropa chillona disipaban toda amenaza que pudiera representar su presencia física.

—¿Eres banquera? —preguntó.

Me eché a reír.

—No —dije.

—Bien. Creo que Ilya no se llevaría bien con una banquera. Siempre estaría pidiendo dinero para sus investigaciones. —Sonrió jovialmente, entornando los ojos profundos y cálidos, y sacó un ramillete de flores de una bolsa que traía Ilya. Extendió sus largos y robustos brazos—. Siempre serás bienvenida. Tienes un nombre encantador, e Ilya es buen juez. Es como un hijo, aunque no nos llevamos mucho... sólo cinco años.

Comimos una succulenta cena en los aposentos de la síndica esa noche, en compañía de veinte miembros de la familia, y conocí al esposo de Ti Sandra, Paul Crossley, un hombre callado y reflexivo, diez años mayor que su esposa. Paul no era más alto que Ilya. Ti Sandra era más imponente que su esposo, pero sólo en tamaño. Flirteaban como recién casados.

La festiva informalidad de la reunión me encantó. Parloteaban en español, francés, creole, ruso, tagalo, hawaiano y (para entenderse conmigo) en inglés. Su curiosidad sobre mí era inagotable.

—¿Por qué no hablas hindi? —preguntó Kiqui Jordan-Erzul.

—Nunca lo he aprendido —dije—. Mi familia habla inglés.

—¿Todos?

—Algunos de los miembros más viejos hablan otros idiomas. Mis padres hablaban sólo inglés cuando yo era pequeña.

—El inglés es un idioma atrofiado. Deberías hablar creole. Es pura música.

—No es muy bueno para la ciencia —dijo Ilya—. El ruso es mejor para la ciencia.

Kiqui resopló. Otro «excavador», Oleg Schovinski, comentó que consideraba que el alemán podía ser mejor para la ciencia.

—Alemán —resopló Kiqui una vez más—. Es bueno para la metafísica. No es lo

mejor para la ciencia.

—¿Qué clase de té preparabais en Ylla? —preguntó Therése, la esposa de Kiqui.

Ti Sandra era muy apreciada en Erzul. Jóvenes y viejos la consideraban una matriarca, aunque tenía menos de veinte años marcianos. Después de la cena, recorrió la mesa con un enorme cuenco de fruta fresca, ofreciendo postre a todos, y se plantó ante el grupo.

—Muy bien. Ahora dejad las cervezas y escuchad.

—¡Matrimonio! ¡Matrimonio! —canturrearon varios.

—Callaos. No tenéis modales. Me complace presentaros a una amiga de Ilya. Habéis hablado con ella, la habéis impresionado con vuestro *savoir-faire*, y ella me ha impresionado a mí, y me complace decir que se casará con nuestro pequeño buscador de trastos inútiles.

Ilya se sonrojó de vergüenza.

Ti Sandra alzó las manos para silenciar la sonora ovación.

—Es de Majumdar pero no es banquera, así que sed amables y no le pidáis préstamos.

Más aplausos.

—Se llama Casseia. Levántate, Casseia.

Me levanté y esta vez fui yo quien se sonrojó. Los aplausos eran ensordecedores.

Kiqui brindó a nuestra salud y me preguntó si me interesaban los fósiles.

—Me encantan —respondí, y era verdad. Me gustaban por su relación con Ilya.

—Me alegra, porque Ilya es el único hombre que conozco que se deprime si se pasa una semana sin excavar —dijo Kiqui—. Es el asistente que necesito.

—Casseia no ha decidido qué arreglos se harán, pero nos alegraremos de todos modos —dijo Ti Sandra.

—En realidad, sí que lo hemos decidido —dijo Ilya.

—¿Qué? —preguntó a coro la multitud.

—He ofrecido mi transferencia a Majumdar —dijo Ilya.

—Muy bien —dijo Ti Sandra, aunque su expresión decía lo contrario.

—Pero Casseia me dice que está dispuesta a cambiar. Se transferirá a Erzul.

—Con vuestro permiso —añadí.

Más aplausos. Ti Sandra me abrazó de nuevo. Ser abrazada por ella era como ser rodeada por un árbol suave y enorme con un núcleo de hierro.

—Otra hija —dijo—. ¡Es encantador!

Se apiñaron en torno a Ilya y a mí, felicitándonos. Tíos, maestros, amigos, todos ofrecieron consejos y anécdotas sobre Ilya. Ilya se sonrojaba cada vez más.

—¡Por favor! —protestó—. Aún no hemos firmado ningún papel. ¡No la asustéis!

Después de los postres, nos acucillamos en círculo alrededor de una mesa giratoria y probamos una serie de bebidas y licores. Bebían más que los marcianos

que yo conocía, pero siempre conservaban la dignidad y la lucidez.

Ti Sandra me llevó aparte al final de la velada, diciendo que deseaba enseñarme su jardín tropical. El jardín era hermoso, pero ella no le dedicó mucho tiempo.

—Sé poco sobre ti, Casseia. Lo que he oído me ha impresionado bastante. Aunque no lo parezca, somos una familia ambiciosa. ¿Lo sabías?

—Ilya me lo ha dado a entender.

—Algunos hemos estudiado la Carta Orgánica y hemos pensado ciertas cosas. Tú tienes mucha experiencia en política.

—No tanta. Gobierno y gestión... desde el punto de vista de un VM.

—Sí, pero has estado en la Tierra. En este VM tenemos una oportunidad única. Nadie nos odia. Vamos a todas partes, conocemos a todo el mundo, somos cordiales... mucha confianza. Creemos que tenemos algo que ofrecer a Marte.

—Sin duda.

—¿Seguimos hablando después?

Sus ojos brillaban, pero su rostro era severo, una expresión que yo llegaría a conocer muy bien en los meses siguientes. Ti Sandra tenía planes más ambiciosos — y más talento— de lo que yo hubiera imaginado.

Ilya y yo pasamos nuestra luna de miel en Cyane Sulci, unos kilómetros al este de Lycus Sulci. Como transporte usamos el laboratorio portátil del profesor Jordan-Erzul, un cilindro de diez metros de longitud que rodaba sobre siete enormes llantas de acero. El interior era sofocante y polvoriento, con dos literas plegables, una rudimentaria cocina nano que producía pastosa comida reciclada, y baños de esponja. El aire olía a borbollón y blandarena y estornudábamos continuamente. Nunca en mi vida me he sentido más feliz ni más cómoda.

No seguíamos ningún plan. Pasé muchas horas en un traje de presión, caminando con mi esposo por los riscos de lava para descender en barrancos donde había quistes madre.

En Marte la vida no había llegado a diversificarse nunca del todo; los bauplanes cogenotípicos, criaturas de diversas formas con un progenitor común, habían sido la norma. En la Tierra tales manifestaciones se habían limitado a diversas etapas de crecimiento en ciertos animales: la transición del gusano a la mariposa, por ejemplo. En Marte, un solo organismo reproductivo, según las circunstancias, podía generar vástagos con una amplia variedad de formas y funciones. Las formas que no sobrevivían no reaparecían en el organismo reproductor ni eran copiadas en el próximo ciclo reproductivo. Se podían crear nuevas formas a partir de un muestrario morfológico, siguiendo reglas que aún desconocíamos. Los reproductores mismos se cerraban y morían al cabo de pocos milenios, dejando huevos o quistes, algunos de los cuales se habían fosilizado.

Las madres constituían el mejor exponente de esta estrategia. Un solo quiste

madre, en circunstancias favorables, podía «florecer» y generar más de diez mil variedades de vástagos, formas vegetales y animales, diseñadas para interactuar como un ecosistema. Cubrían millones de hectáreas y sobrevivían varios milenios antes de agotar sus bien administrados recursos. Los ecoi se encogían, se marchitaban y morían, ponían nuevos quistes, y la espera se reanudaba.

Con el transcurso del tiempo, las primaveras marcianas y sus repentinas inundaciones, con una atmósfera más pesada por la evaporación del bióxido de carbono, se distanciaron cada vez más y al fin cesaron, y los quistes dejaron de florecer. Marte murió.

Con frecuencia los fósiles de los quistes madre estaban sepultados a pocos metros del borde de un barranco, y los derrumbes los dejaban al descubierto. Los restos de los hijos de esa madre —delicados y esponjosos huesos y conchas calcáreas, incluso membranas bronceadas por la exposición a los rayos ultravioleta antes de quedar sepultadas— yacían en capas compactas en torno a los quistes, indicándonos su posición con una mancha más oscura en el terreno.

Meses antes de que nos conociéramos, Ilya y Kiqui descubrieron que la última floración de un ecos no había tenido lugar quinientos de millones de años terrícolas antes, sino doscientos cincuenta millones. Pero aún quedaba un interrogante: ninguna molécula orgánica podía permanecer viable en las decenas de miles de años que los quistes permanecían sepultados entre las floraciones.

Aparcamos el laboratorio en el extremo de una estría de terreno relativamente liso. A pocos metros había cientos de miles de fisuras y arroyos laberínticos: los *sulci* o «surcos». A cincuenta metros, dentro de un arroyo superficial y muy productivo, un cobertizo de metal ondulado para almacenamiento de especímenes estaba cubierto con fundas de plástico.

Horas después de nuestra llegada, Ilya me presentó un quiste abierto en el cobertizo.

—Casseia, te presento a mamá —dijo—. Mamá, Casseia. Hoy mamá no se encuentra bien.

Con dos metros de anchura, descansaba en un soporte de acero dentro del edificio sin presurizar. Ilya me permitió que pasara las manos enguantadas por su oscuro y rocoso exterior. Mientras encendía una linterna, metí la mano en el interior y noté con los dedos enguantados los tortuosos y relucientes pliegues de silicato, las líneas paralelas de arcillas con cinc.

—Éstas fueron las últimas —dijo Ilya—. El Omega.

Nadie sabía cómo florecían los quistes. Nadie conocía el significado de aquella estructura totalmente inorgánica. La teoría más aceptada era que los quistes contenían órganos reproductivos blandos, pero no se habían hallado restos de dichos órganos.

Estudié el interior del quiste, con la vana esperanza de ver algo que los científicos

hubieran pasado por alto.

—Habéis encontrado vástagos en torno a los quistes abiertos, y también madres, pero ninguna conexión entre ambos.

—Sólo hemos encontrado desoves Omega tardíos —dijo Ilya—. Murieron antes que su ecos alcanzara la madurez. La cercanía de los restos resulta convincente.

Escuché un instante el ruido de mi propia respiración, los suaves suspiros del reciclador.

—¿Alguna vez has excavado en un puente acueducto?

—Cuando era estudiante —dijo Ilya—. Son bellos.

Dejamos el cobertizo y nos quedamos bajo un cielo relativamente despejado. Yo estaba bastante acostumbrada a estar Arriba. Me estaba familiarizando con la hostil superficie de mi mundo, y su pasado y su presente me conmovían. Lo había visto a través de los ojos de Ilya, quien juzgaba Marte a su propio modo.

—¿Qué parte de la Tierra te gustaría visitar? —pregunté.

—Los desiertos.

—¿No los bosques tropicales?

Sonrió.

—En los lugares secos los fósiles son mejores.

Entramos en el laboratorio, nos limpiamos y comimos sopa en la estrecha cocina. Apenas habíamos terminado cuando una alarma estridente sonó en nuestras pizarras y el comunicador del laboratorio.

Llamadas de emergencia parpadearon ante nosotros. Habló la inconfundible voz masculina de Seguridad Marte.

—En Arcadia Planitia, un sistema ciclónico de baja presión ha producido una oleada de presión fuerza diez que se desplaza hacia el suroeste a ochocientos treinta kilómetros por hora. Todas las estaciones y equipos que se encuentren entre Alba Patera en el norte y Gordii Dorsum al sur deben tomar precauciones de emergencia.

Aparecieron gráficos de la oleada y una imagen de satélites superpuestos a la proyección de un mapa. La oleada parecía un borrón curvo trazado sobre el terreno. Las cifras eran impresionantes: dos mil kilómetros de longitud, siguiendo un contorno circular, con una atmósfera totalmente despejada por delante y un lodazal por detrás, y un oscuro bucle de presión a lo largo del eje central. La oleada ya había alcanzado una presión de un tercio de bar, casi cincuenta veces lo normal.

Estas oleadas, vistas por primera vez en el siglo xx con las fotografías de las sondas *Viking*, eran lo peor de Marte. Inducidos por ondas de choque supersónicas, los bucles de alta presión eran una peculiaridad de Marte, con su atmósfera tenue, sus días fríos y sus noches gélidas. La frontera entre la noche y el día se convertía en un frente de tormenta. No había, como en la Tierra, océanos que liberasen el calor lentamente y mediaran entre el suelo y el cielo. Al anoecer, el suelo se enfriaba

deprisa, y el aire tenue bajaba súbitamente, para calentarse y elevarse rápidamente al romper el alba. En general, las peores manifestaciones climáticas de Marte eran las delgadas y veloces tormentas que todos conocíamos. Se extendían por cuencas y planicies, cubriéndolas de polvo pero generando cambios leves en la presión barométrica.

En las condiciones adecuadas, sin embargo, y en el terreno indicado —más allá de las planicies de las llanuras septentrionales, a media mañana o al atardecer—, los vientos generados por el terminador podían exceder la velocidad del sonido, y comprimían el aire hasta cien veces su presión normal de cuatro a siete milibares. Pasando de las planicies a terreno escarpado, la onda de choque recibía un impulso giratorio horizontal y generaba un bucle enormemente denso que recogía grandes volúmenes de fina arcilla y arena, y en su pico, incluso guijarros y rocas.

Ilya y yo nos pusimos los trajes y nos dedicamos a la tarea de bajar el laboratorio móvil y clavar las fijaciones en el suelo y la roca. Tendimos cables sobre el laboratorio, de fijación a fijación, y dispusimos las fundas de plástico desde la redonda popa del laboratorio, las estiramos desde el suelo y las sujetamos a los flancos para crear una rampa para el viento. La funda adquirió la forma adecuada. También funcionaría como escudo contra los escombros.

—Tenemos diez minutos —dije. Ambos miramos el cobertizo del arroyo, con sus valiosos especímenes, una choza de hojalata que no tardaría en volar.

—Hay una funda libre —dijo Ilya—. Podemos sujetarla en seis minutos... o podemos meternos dentro.

—Sujétala —dije. Ilya cogió mi mano y la apretó con afecto.

Trabajamos deprisa. Las oleadas podían ser muy destructivas aun para una estación subterránea, si no estaba preparada. El centro del bucle de una oleada podía comprimirse hasta medio bar; era como un alfiler rodante de aire comprimido desplazándose a más de ochocientos kilómetros por hora, y cuanto más rodaba, más se comprimía, hasta que chocaba contra un volcán o meseta y desparramaba polvo y ciclones sobre medio Marte.

Tensamos las fundas del cobertizo y aseguramos las clavijas con el pie. Todo estaba firme. Corrimos al laboratorio y sellamos la entrada. Un pequeño excavador trepó desde una zanja recién abierta bajo el cuerpo cilíndrico del laboratorio y se sujetó a su receptáculo en el fondo del laboratorio. Nos arrastramos por la zanja y tendimos nuestras fundas. Las fundas ondularon y se endurecieron hasta adherirse a los bordes de la zanja.

Ilya encendió una linterna y alumbró nuestras caras. Nos tendimos en aquella zanja en forma de ataúd, con dos capas de tela metálica y el pesado laboratorio sobre nuestras cabezas, las manos apretadas con fuerza.

Afuera: un silencio espantoso y vacío. Incluso la roca callaba. La oleada aún

estaba a muchos kilómetros. Ilya sacó la pizarra de su cinturón y pidió a la cámara del techo del laboratorio que nos mostrara lo que sucedía. Al noroeste, todo era una gris oscuridad jaspeada de marrón.

—¿Estamos cómodos? —preguntó. La radio de nuestro casco gemía, tan cerca estábamos.

—Cómodos como conejos en una cacerola —dije, apretando los dientes.

—Lamento haberte metido en esto, Casseia...

Yo no podía tapparle la boca con la mano, pero de todos modos se la apoyé en el casco.

—Calla —dije—. Cuéntame un cuento.

Ilya tenía un gran talento para improvisar cuentos de hadas.

—¿Ahora? —preguntó.

—Por favor.

—Hace mucho tiempo, y mucho después de ahora, dos conejos cavaron un agujero en el jardín de un granjero y royeron todos sus tubos de agua...

Cerré los ojos, escuchando.

Nuestros cascos estaban apretados contra las rocas y uno contra el otro. Antes de que Ilya terminara el cuento, apoyé la mano en el fondo de la zanja, abriendo la palma para recoger las vibraciones. La negra línea de polvo y de atmósfera comprimida se aproximaba desde el oeste. Comenzó a oscurecer el horizonte. Sólo faltaban segundos.

A nuestro alrededor, a través de las rocas, oímos un gruñido sordo, luego un tamborileo.

—Ahí viene —dije—. Como una manada de búfalos de la pradera. —Todos habíamos visto películas terrícolas del Oeste.

Ilya apoyó su mano en la mía.

—Como trenes de carga —dijo—. Cientos de ellos.

Me puse a temblar.

—¿Has pasado por una de éstas? —le pregunté.

—Cuando era niño. En una estación.

—¿Hubo algún herido?

Ilya negó con la cabeza.

—Fue pequeña. Sólo un cuarto de bar. Hizo mucho ruido cuando pasó.

—¿Cómo suena cuando pasa?

Estaba a punto de decírmelo cuando lo oí yo misma. Al principio era un ruido fantasmal, el gemido sibilante de un fuerte viento marciano, audible a través de los cascos aun en la zanja, con un repiqueteo de guijarros y polvo chocando contra las fundas. La neblina cayó sobre la comarca como un manotazo.

Sentí presión en los oídos, dedos delgados que se metían en mi cabeza. Entreabrí

los ojos —había apretado los párpados por instinto— para ver a Ilya. Él yacía de espaldas, contra el flanco de la zanja, mirando hacia arriba.

—Esto va a ser duro —dijo—. Terminaré el cuento más tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero no te olvides.

Cerré los ojos de nuevo.

Por un momento fue como si sonaran enormes tambores. Un grito estridente se convirtió en un bramido monstruoso y terrible. Pensé en un dios delirante marchando sobre la comarca, Marte mismo, dios de la guerra, furioso e implacable, buscando criaturas para asustar, criaturas para matar.

El traje de presión se aflojó, se adhirió a mi piel. Un dolor agudo en los oídos me obligó a contraer la cara y gruñir. La linterna cayó entre nosotros. Ilya la cogió de nuevo, se alumbró la cara, sacudió la cabeza con lágrimas en las mejillas, me aferró con fuerza. Pude sentir su corazón a pesar de los trajes.

La vibración de las paredes de la zanja cesó. Nos quedamos tendidos un instante, esperando que comenzara de nuevo. Traté de levantarme, empujando la funda, ansiando ver la luz diurna, pero Ilya me aferró el hombro y me empujó hacia abajo. Yo no oía muy bien. La linterna le alumbraba el rostro; trataba de decirme algo. En medio de mi temor, logré entender: fuera caerían rocas y polvo. Podían matarnos las rocas que caerían desde miles de metros de altura, volando a ochenta o noventa metros por segundo después de la oleada. Me apreté contra él, la mente acelerada, con una mueca de dolor.

El tiempo transcurrió muy despacio. Mi temor se convirtió en aturdimiento, y el aturdimiento en alivio. No íbamos a morir. Lo peor de la oleada había pasado y todavía estábamos en la zanja, pero sentí un nuevo temor, y tuve que luchar conmigo misma para no zafarme del abrazo de Ilya. Podíamos quedar sepultados bajo una nueva duna de varios metros de altura, toneladas de polvo y arena. Nunca saldríamos. Nuestro oxígeno se agotaría y nos asfixiaríamos, la zanja se convertiría en lo que parecía... una tumba. Comencé a retorcerme, jadeando, e Ilya me aferró.

—¡Suéltame! —grité.

De pronto dejé de forcejear. Una luz me había dado en la cara, y no era nuestra linterna. Los *arbeiters* del laboratorio apartaban las fundas, buscándonos.

El *arbeiter* jefe apareció en el borde de la zanja. Había extendido un brazo articulado y la máquina estaba llena de abolladuras y manchas rojas: impactos de roca. Había afrontado el temporal, cuidando los bordes de la funda hasta el último momento. Debía de haber volado como una lata.

Ilya me sacó de la zanja en un silencio mortal. El laboratorio móvil aún estaba intacto; podríamos llegar a una estación por nuestra cuenta.

Nos sacudimos el polvo uno al otro, más por el consuelo del contacto físico que por otro motivo. Me sentía mareada por el vértigo de estar con vida. Caminamos

debajo de la funda principal, inspeccionando el laboratorio, luego salimos al descampado.

La funda del laboratorio de especímenes había fallado. No se veía por ninguna parte.

El cielo resplandecía con un fulgor grisáceo, casi negro. El polvo caía en gruesas cortinas sinuosas, en grandes láminas que se desplegaban, volaban, se ocultaban. Reunimos los *arbeiters* bajo el laboratorio y subimos la escalera de la cámara de presión, quitándonos el polvo gris de nuestros trajes, luego nos desnudamos.

Ilya insistió en que me acostara en la estrecha litera plegable. Se tendió la suya, luego se levantó y se acostó junto a mí. Temblábamos como niños asustados.

Dormimos una hora. Cuando despertamos, me sentía en éxtasis, como si hubiera bebido demasiado té con estimulantes. Todo parecía mejor definido, teñido de matices chillones. Aun el polvo del laboratorio tenía un olor dulce y esencial. El dolor de mis oídos se había reducido a una palpitación sorda. Todavía podía oír, aunque apenas.

Ilya me mostró el registro climático del laboratorio. La oleada había alcanzado un máximo de dos bares.

—Eso es imposible —dije.

Él sacudió la cabeza y sonrió, tocándose las orejas con un dedo. Luego escribió en la pizarra: *Fluidos comprimibles... mucho que aprender*. Y añadió con una mueca: *¡Vaya luna de miel! ¡Te amo!*

Con pocas ceremonias, y sin mucha ropa que quitarnos, celebramos el hecho de estar con vida.

Nos comunicamos con los satélites para informar que habíamos sobrevivido y podíamos cuidarnos. Los recursos escaseaban desde Arcadia hasta el valle del Mariner: la oleada se había dividido en tres al cruzar los volcanes de Tharsis, y el monstruo tricéfalo había atacado veintitrés estaciones. Había bajas: siete muertos, cientos de heridos. Hasta la UMS había sufrido daños.

Ilya y yo inspeccionamos el laboratorio desde fuera, elevando las llantas y cortando las amarras. La tela metálica y las fundas lo habían protegido contra la mayoría de los pedruscos arrojados por la oleada. Podíamos reparar los daños menores.

Decidimos recoger los especímenes que pudiéramos de los restos del cobertizo y regresar a la estación Olympus. Reemplazamos los tanques y purificadores y caminamos varios metros hacia el oeste del laboratorio.

Ilya estaba de mal talante. Mi sordera había pasado, pero seguía oyendo con dificultad. En mi radio, su voz era un zumbido casi ininteligible.

—Parece que hemos perdido el quiste —dijo. El cobertizo no aparecía por ninguna parte. Debía de haber volado hasta Tharsis. Pero sin duda habría perdido su

pesado contenido.

Escruté las manguantes cortinas de polvo. Un cielo verdoso asomaba en el gris. Yo nunca había visto aquel color. Se lo señalé a Ilya. Él frunció el ceño, miró hacia el laboratorio, apretó las mandíbulas y dijo que debíamos seguir buscando.

La temperatura del aire estaba apenas por encima de cero grados. A esa latitud, y en esa época del año, tendríamos que haber estado a treinta o cuarenta bajo cero.

Mi éxtasis se disipaba rápidamente.

—Por favor —murmuré—. Es suficiente. No soy una aventurera.

—¿Qué? —preguntó Ilya.

—Hace calor, y no sé qué significa.

—Yó tampoco —dijo Ilya—. Pero no creo que sea peligroso. No ha habido más advertencias.

—Tal vez se trate de un fenómeno local. Todos saben que el tiempo es raro en los *sulci*.

Rodeó una roca expuesta al viento y recogió una piedra parda y cilíndrica.

—Uno de nuestros principales especímenes. Tal vez el cobertizo haya perdido su carga aquí.

—Creo que deberíamos regresar.

Ilya se levantó y frunció el entrecejo, dividido entre su afán de complacerme y la poderosa necesidad de encontrar restos del quiste partido y los demás especímenes. De pronto lamenté mi cobardía.

—Pero vamos a buscar un poco más.

—Sólo un poco —convino Ilya. Lo seguí hasta el borde de un desfiladero. Cien metros más abajo, un polvo fino volaba como un río por el fondo. El polvo gris se mezclaba con remolinos ocres y rojos, fluidos insolubles, jovianos. Nunca había visto nada semejante. Ilya se arrodilló y yo me acuclillé junto a él.

—Si han caído aquí... —dijo, y meneó la cabeza. Nuestros trajes estaban cubiertos de polvo gris. La aspiradora del laboratorio tal vez no hubiera podido eliminar lo suficiente para impedir que se metieran en los sistemas de reciclaje, en nuestra piel. Imaginé salpullidos picándome toda la noche.

Algo nubló el exterior de mi visor. Moví la mano para enjugarlo. Se formó una estría lodosa. Solté un juramento y saqué un paño de mi bolsa. El paño no funcionó. Yo apenas veía.

—El polvo está húmedo —dije.

—Imposible. No hay presión suficiente —dijo Ilya. Miró mi traje y pasó el dedo por el lodo de mi brazo—. Tienes razón. Estás húmeda. ¿Yo también?

Su visor también se había empañado. Toqué su casco.

—Sí —dije.

—Cielos. Sólo unos minutos más —suplicó. Encima del desfiladero, el sol de la

tarde asomó entre nubes de polvo. Rayos verdosos barrieron las escabrosas estrías de los *sulci*, bañando el paisaje en una luz fantasmagórica, interrumpida por sombras profundas.

Nos alejamos del borde del desfiladero. Ilya pateó rocas expuestas al viento y avanzó entre ventisqueros de grumo rojo y el finísimo polvo gris. No había borbollón por ninguna parte. Se había mezclado con arcillas no radiadas y blandarena. Podían pasar años antes que los rayos ultravioleta convirtieran nuevamente la superficie en crujiente borbollón.

—La oleada debe haber descubierto un depósito de hielo. La caída de los guijarros lo destruyó —dijo Ilya—. Esta cosa gris debe ser polvo de hielo, y aquí hace calor suficiente para que se derrita...

Se detuvo con un gruñido.

—Allá arriba —dijo, señalando la cima de un risco bajo. De un afilado trozo de roca de un metro de anchura, arrancaban un destello de cristal los quebrados rayos del sol de la tarde. Trepamos.

Miré hacia el laboratorio por encima del hombro. Los músculos de mi espalda se tensaron con el instinto de un conejo rojo: *corre a esconderte*. La oleada había pasado, pero el polvo húmedo era algo totalmente ajeno a mi experiencia. Podíamos hundirnos en una depresión y ahogarnos. No sabía cómo funcionarían nuestros filtros y sellos en el agua.

Ilya fue el primero en llegar a la cima del risco. Se arrodilló ante el trozo de roca.

—¿Es el quiste? —pregunté.

Ilya no respondió. Me detuve detrás de él y miré aquella superficie reluciente. Era parte de un quiste, tal vez del que había caído del cobertizo. Estaba medio enterrado en un agujero lleno de polvo gris. Los intrincados dibujos del cuarzo y las arcillas de cinc parecían más borrosos. Pensé que se debía a aquella extraña luz. Pero una gruesa capa gelatinosa bullía allí donde el fragmento de quiste se encontraba con el lago de polvo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algo en suspensión —sugirió Ilya. Estiró la mano para tocar el material gelatinoso. Se le pegó al guante.

—Escupitajo de babosa —dije.

—Una auténtica viscosidad —convino Ilya, alzando el guante.

—¿Por qué no se seca? —pregunté.

Él me miró, tenía la frente pálida, las mejillas rojas, los ojos muy abiertos. Yo oía su respiración entrecortada por el radio.

—Hay agua alrededor. El polvo gris es hielo y arcillas, y las arcillas impiden que el hielo se sublime. Pero la temperatura es tan alta que el hielo se derrite, y el quiste puede llegar a la humedad. Es la mezcla adecuada. Tiene lo que necesita.

La viscosidad se espesaba mientras mirábamos. Dentro, estrías blancas formaban servilletas de encaje.

—¿Qué masa crees que tiene? —preguntó Ilya, midiendo el fragmento con las manos.

—Un cuarto de tonelada.

—No podemos llevarlo muy lejos. Podríamos acercar el laboratorio para que el arbeiter más fuerte suba aquí...

Saqué la pizarra y la sintonicé para grabación visual.

—Buena idea —dijo Ilya. Puso una muestra de la viscosidad en un frasco, capturando también partes del encaje.

—¿Crees que...?

—Ni siquiera lo digas —me advirtió—. Sea lo que fuere, es una maravilla.

Hablaba como un niño con un juguete nuevo.

Miré las cortinas grises, el sol deslumbrante entre las nubes. Era lo más parecido a una lluvia que podía haber en Marte.

—Es sólo un fragmento —dijo Ilya, tratando de apoyar el trozo de quiste en su cuna de guijarros y polvo—. ¿Qué puede hacer un fragmento? ¿Un ecos completo?

Me pasó el frasco. Mientras recogía más muestras, miré el encaje que había dentro del fluido capturado. No medía más de dos centímetros de diámetro y era fino como la gasa. Yo ignoraba lo que era: un trozo de esqueleto celular, una plantilla de citoplasma, una semilla, un huevo, un diminuto bebé. Tal vez un marciano.

A los dos días de nuestro regreso a la estación Olympus, éramos famosos. Los periódicos LitVid y las redes de todo el Triple nos alabaron por haber realizado un descubrimiento crucial: la primera forma de vida viable y no terráquea descubierta en nuestro sistema solar. El hecho de haber realizado el descubrimiento en nuestra luna de miel sólo arrojó más combustible al fuego de la fama.

El descubrimiento fue bastante embarazoso para la comunidad científica marciana. Ilya era buscador de fósiles y areólogo, un excavador, con poca formación en bioquímica; al principio hubo bastante resentimiento, incluso escepticismo: que nosotros estuviéramos en el lugar y el momento adecuados para presenciar la floración de un quiste...

Pasamos gran parte de las dos semanas siguientes aceptando o evitando entrevistas. Llovían mensajes: ofrecimientos de grandes fortunas por un quiste entero (Ilya no era propietario personal de ninguno de los quistes que había encontrado, que pertenecían a Erzul); solicitudes de información por parte de escolares; proposiciones de convertir nuestra historia en LitVids y simulaciones.

Al público no parecía importarle que el plasma del quiste hubiera muerto antes de que regresáramos a Olympus. El «marciano» degeneró en pocas horas, quedando reducido a simples proteínas y monosacáridos, algo bastante notable tratándose de

arcilla, cuarzo y agua rica en minerales, pero no necesariamente digno de una epopeya.

Sin embargo, habíamos demostrado dos cosas. Los quistes aún podían desarrollarse, y la información genética para un ecos marciano estaba contenida en las formaciones minerales que había dentro del quiste, encerrada en las diminutas tracerías de arcilla y cuarzo. Tal vez nunca hubieran existido órganos adicionales para ayudar en la reproducción de los ecoi.

Pero los fragmentos de quiste no podían reproducir ni siquiera una parte de un ecos. Se necesitaba un quiste entero.

Los biólogos comprendían aspectos del proceso, pero no la totalidad. La clave de la reproducción aún se les escapaba. Los quistes enteros no reaccionaban simplemente en contacto con agua. Era cierta combinación de agua, minerales solubles y temperatura lo que activaba los quistes; la combinación se había dado en Cyane Sulci, pero ningún intento de reproducir esas condiciones en laboratorio funcionaba.

En los *sulci*, el polvo gris de hielo se había fundido o evaporado; el tortuoso paisaje no ofrecía claves inmediatas. El momento había pasado, y ningún quiste, enterrado o exhumado, había logrado germinar.

Tal vez su tiempo hubiese pasado, a fin de cuentas.

Recibí un mensaje de Charles.

Querida Casseia:

¡Felicitaciones por sumarte a la gran ciencia! Celebro que hayas seguido con los fósiles. Os deseo lo mejor a Ilya y a ti. Admiro mucho su trabajo. ¡Pero esto...!

La suerte abunda.

Mi contestación —breve y cortés— no obtuvo respuesta. Francamente, estaba demasiado ocupada para preocuparme. Mi nueva vida era mucho más satisfactoria que mi vida anterior, sobre todo gracias a Ilya, quien manejó la efímera nova de nuestra fama con gran ingenio. No se dio ínfulas.

Contestó la correspondencia de los escolares antes de responder a los científicos. Yo le ayudé a preparar las respuestas.

Señorita Anne Canmie.

Instituto Técnico de Darwin.

Darwin, Australia GAHS-EF2-ER3- WZ16.

Querida Anne:

Recuerdo que estaba muy excitado cuando encontramos el quiste roto y vimos que «cobraba vida». Pero tanto Casseia como yo sabíamos que quedaba mucho por hacer, y que nosotros no éramos las personas indicadas para hacerlo.

Tu ambición de venir a Marte y trabajar con los quistes es admirable. Tal vez seas tú quien resuelva el enigma, que constituye un problema bastante espinoso. Casseia y yo tenemos la esperanza de llegar a tu región del sistema solar algún día. Tal vez podamos encontrarnos y comparar nuestras notas. (Adjunto imprimátur LitVid, recuerdos a los alumnos y profesores del Instituto Técnico de Darwin).

El fulgor de la fama se apagó. Rechazamos el ofrecimiento de realizar simulaciones y LitVids, sabíamos que no llevarían a nada y no necesitábamos el dinero. Al VM Erzul le iban bien las cosas, yo recobraba el interés por la gestión, y pronto nos quedaría poco tiempo para estar juntos.

La proximidad de la muerte había despertado algo profundo en mí.

Tardé semanas en comprenderlo. Tuve una serie de pesadillas, sueños de asfixia o de vuelo extático que se convertía en terror cuando me precipitaba al suelo rojo y me ahogaba...; a veces despertaba junto a Ilya, enredada en las mantas, preguntándome si necesitaría una terapia.

Pero la causa de mis pesadillas no era el miedo por lo que nos había ocurrido.

Me dije que lo único que quería era trabajar en un puesto que me permitiera estar cerca de Ilya y vivir la rica vida emocional de una mujer casada; permanecer fuera del resplandor del LitVid cuando era posible (algo en lo cual habíamos fallado). La reflexión, sin embargo, me permitió comprender que mis deseos superficiales y mis necesidades profundas no coincidían. La tregua después de nuestra crisis en la Tierra era sólo eso: no un estado permanente, sino un respiro, y nadie sabía cuánto duraría. Si Marte deseaba hacer frente a la madre Tierra, ningún marciano capaz podía apartarse y vivir su vida privada sin comprometerse.

Ti Sandra seguía proponiendo planes más amplios.

En la Tierra yo había aprendido que tenía cierta habilidad para la política; la causa de mis pesadillas era mi creciente sentido de la responsabilidad.

Ti Sandra alimentaba ese sentido, pero no era ella quien lo había sembrado.

Ilya se habría contentado con que compartiera sus viajes e investigaciones, pero yo ya me había resistido...

No porque Ilya me aburriera. Lo amaba tanto que a veces sentía temor. ¿Cómo viviría si lo perdía? Pensé en mi padre después de la muerte de mi madre, la mitad de su vida consumida, sus largas ensoñaciones cuando lo visitábamos con Stan y Jane, la esposa de mi hermano, y sus conversaciones que siempre giraban en torno a mi

madre.

El amor tenía riesgos estremecedores, pero Ilya no los veía. Se concentraba tanto en su labor, que un largo viaje en tractor por territorio desconocido para llegar a una antigua bolsa de agua (y, en consecuencia, a un yacimiento de fósiles) no lo sumía en un abismo de inquietud.

Quedarme sola, ayudar a administrar los negocios de Erzul mientras él emprendía sus viajes me resultaba insoportable, así que cada vez más me distraía aceptando tareas de consulta fuera de la estación Olympus, reuniéndome con síndicos y gerentes de otros VM, sondeando opiniones concernientes al futuro de la economía y la política marcianas. Una vez más, los miembros del Consejo procuraban que los síndicos hablaran de unificación. La atmósfera estaba preñada de especulaciones.

Ilya no se preocupaba por mí cuando yo me iba. Cuando lo acusé de no interesarse, me dijo:

—Disfruto de tus ausencias.

Ante mi gesto melodramático, añadió:

—Porque nuestros reencuentros son muy apasionados.

Y lo eran.

Hoy la leyenda rodea a muchas de estas personas, pero de todas ellas Ti Sandra parecía la candidata más apta para ser legendaria.

Yo la veía con frecuencia en reuniones destinadas a analizar los negocios familiares.

Trabajábamos bien juntas, y su esposo Paul, Ilya y yo nos reuníamos a menudo para cenar.

Paul e Ilya pasaban horas especulando sobre el antiguo Marte, Paul haciendo afirmaciones audaces e infundadas —vida inteligente, leyendas sobre pirámides sepultadas, ciudades subterráneas— e Ilya adoptando una actitud más moderada y risueña.

Ti Sandra y yo hablábamos de un nuevo Marte.

Ti Sandra me nombró asistente suya —un ascenso que me puso muy nerviosa— y luego me designó embajadora de Erzul ante los cinco mayores VM.

—Eres famosa —me dijo mientras bebíamos un fuerte té de jazmín en su oficina de la estación Olympus—. Defiendes algo especial respecto de Marte, algo propio que todos tenemos en común. Tienes buenos contactos desde Majumdar con parientes transferidos a Cailetet. —Se refería a Stan—. Sabes de política y de gestión. Has estado en la Tierra... yo no.

—Fue un desastre —le recordé.

—Fue un paso en un largo proceso —replicó ella. Hablaba con precisión, midiendo cuidadosamente sus palabras, mirándome a los ojos. Nunca había estado tan seria—. Pareces feliz en tu matrimonio.

—Mucho —dije.

—Y puedes pasar un tiempo lejos de Ilya... trabajando por separado.

—Lo echo de menos.

—Seré franca —dijo Ti Sandra—. Con tu fama, puedes ayudarme... y ayudar a Erzul. Habrás notado que soy una mujer ambiciosa.

Me eché a reír.

—Y tú habrás notado que yo no —repuse.

—Eres muy capaz. Y no siempre te conoces a ti misma. Dentro de ti hay alguien que desea salir, y que desea realizar cosas importantes. Pero no has tenido la ocasión ni los colegas adecuados... ¿no es así?

Desvié los ojos, pues me ponía nerviosa que me analizaran de aquella manera.

—Has leído los informes de Majumdar sobre el viaje a la Tierra. Tú te desenvolviste bien. Bithras no lo hizo tan mal... pero tenía sus debilidades, y tropezó; era todo cuanto hacía falta. Si la Tierra hubiera querido llegar a un acuerdo con él, lo habría hecho de todos modos. Así que no te culpes por lo que sucedió allí.

—Hace mucho que dejé de hacerlo.

Ti Sandra cabeceó.

—Erzul está dispuesto a hacer su trabajo, pues las circunstancias parecen favorables y el tiempo no esperará a los cobardes. Somos respetados y conservadores, marcianos hasta la médula. Estamos en magníficas condiciones para actuar como catalizadores; los gobernadores de distrito están de acuerdo sobre sus concesiones a los VM, todos estamos preocupados por los ofrecimientos de la Tierra a Cailetet y otros VM...

—¿Quieres impulsar la unificación?

Ti Sandra sonrió.

—Esta vez podemos hacerlo bien. Sin tratos extraoficiales, sólo abogados discutiendo entre sí. Habría que formar una asamblea constituyente, y con la participación de todo el pueblo... por medio de representantes.

—Suenan muy terrícola. Los VM no están habituados a airear las disputas familiares.

—Entonces debemos aprender.

Me puso al corriente de mis deberes. Ante todo, visitaría a los síndicos de los VM más grandes de manera informal, para tantear sus posiciones y construir la base para elaborar una constitución mejor y más aceptable para todos.

Erzul no tenía nada que perder al promover una asamblea constituyente donde se invitaría a todos los VM, aun los que tenían más contactos con la Tierra. Ti Sandra estaba segura de que la Tierra no permanecería al margen, y de que metería mano en cuanto lo creyera oportuno para que la constitución fuese aceptable.

—Pero ya cortaremos esa mano cuando nos apriete —dijo. Sonrió—. Dos

mujeres fuertes, un planeta obstinado y con voluntad, y muchas cosas imposibles de hacer de aquí a la hora del té. ¿Estás conmigo?

¿Cómo podía decir que no?

—Estamos locas como borbollón —dije.

—Lunáticas como blandarena —replicó ella.

Reímos y nos dimos la mano con firmeza.

Habría sido una tontería creer que Erzul sería el único interesado en convocar una asamblea constituyente. Otros estaban en ello desde hacía tiempo. Y, como siempre en la política humana, algunos de esos actores estaban atrapados en viejas teorías, viejos ideales, viejas y perniciosas doctrinas. Los marcianos empezaban a probar modelos políticos que la Tierra había dejado de usar.

El año en que impulsamos la asamblea constituyente fue un año peligroso. Los elitistas —algunos reelaborando las doctrinas estatistas, otros envolviéndose en ropajes teóricos aún más dudosos— creían fervientemente que los privilegios de tal o cual facción, obtenidos mediante un proceso histórico y orgánico, sin planificación, debían grabarse en tablas de piedra, y que debían bajar de la montaña con estas tablas para mostrarlas al pueblo. Los populistas creían que el pueblo debía imponer sus necesidades a cualquier individuo que se elevara por encima del rebaño, y obligarlo a agachar la cabeza, salvo a los dirigentes del gobierno populista que tomara el poder, quienes, como mesías políticos, tendrían sus propios privilegios.

La religión también asomó la cabeza, pues cristianos, musulmanes e hinduistas —durante mucho tiempo una fuerza moderada en la vida marciana, aun en Majumdar— vieron una oportunidad histórica e intentaron multiplicar sus influencias.

Procurábamos terminar con las familias empresariales como terratenientes y exploradores de una riqueza natural por derechos adquiridos de propiedad. La imposición de los gobernadores de distrito y el débil Consejo habían iniciado el proceso décadas antes, pero concluirlo era penoso. Las instituciones, como cualquier organismo, se niegan a morir.

Durante seis largos y extenuantes meses, Ti Sandra y yo, con media docena de colegas de similar orientación, en una vaga alianza entre Erzul, Majumdar y Yamaguchi, viajamos por Marte, asistiendo a reuniones de los síndicos de los VM, tratando de persuadir, de moderar las exigencias, de aplacar los rencores políticos y familiares, de garantizar que todos sufrirían por igual y se beneficiarían enormemente.

Algunos VM, sobre todo Cailetet, hicieron algo más que negarse.

Durante mucho tiempo Cailetet había sido muy especial entre los VM marcianos. En sus orígenes era un VM lunar que había creado una sucursal en Marte a comienzos del siglo XXII, y esa sucursal había mantenido estrechos lazos con la Luna y la Tierra. Cailetet creció más rápidamente que otros Vínculos Múltiples en esos

tiempos, gracias al dinero que recibía de la Luna y la Tierra. Con el tiempo, cuando la Luna cayó en manos de la Tierra, Cailetet se convirtió en portavoz de las preocupaciones de la Tierra. Durante un tiempo, mucho dinero del Triple fue a parar a las arcas de Cailetet, un dinero que olía sospechosamente a terrícola.

Cailetet había absorbido y respaldado a los olímpicos, y se había promovido como VM de investigación, ofreciendo los mejores equipos de Marte. Pero eso había cesado repentinamente.

Ahora parecía que la Tierra quería tener menos relaciones con Cailetet-Marte. El VM recibía menos dinero de la Tierra o la Luna; se cancelaron los planes de inversión y desarrollo. Cailetet había cumplido su propósito, y ahora lo desechaban. Comprensiblemente, el síndico y los abogados de Cailetet-Marte estaban resentidos. Necesitaban recobrar su preeminencia, y Marte era el único territorio económico y político donde era posible la expansión.

El síndico de Cailetet-Marte murió en el 2180, cuando Ti Sandra y yo iniciamos nuestra labor, y fue reemplazado por un hombre a quien yo apenas conocía, pero a quien odiaba. Había regresado de su exilio en la Tierra, había forjado lazos con los abogados más terrófilos de Cailetet y había obtenido la candidatura para el puesto de síndico un mes después del fallecimiento de su predecesor. La votación fue reñida, pero los miembros de Cailetet respondieron a sus maniobras y logró recobrar su poder y su influencia.

Se llamaba Achmed Crown Niger. Yo lo había visto por última vez en la Universidad de Marte en Sinaí, años antes, pegado a las faldas de la gobernadora Freechild Dauble. Dauble lo había puesto a cargo de la universidad durante el levantamiento, como superior de la canciller Connor. Con la caída del movimiento estatista, había seguido a Connor y Dauble a la Tierra, se había redimido prestando servicios a la GAEO y la GAHS, y había regresado a Marte casado con una hija lunar de Cailetet. Crown Niger había llegado a la cima en muy poco tiempo.

Era mucho más brillante que los estadistas, y a diferencia de ellos no tenía la menor pizca de idealismo, ni una molécula de sentimentalismo.

Yo había temido aquel encuentro durante días, pero era inevitable. Cailetet decía que serviría para organizar una asamblea constituyente.

Cuando visité su oficina en la estación Kipini, en los páramos de la meridional Acidalia Planitia, él no me recordaba, y no había motivos para que me recordara. Yo había sido sólo un rostro más entre muchos estudiantes arrestados y detenidos en la UMS.

El rostro pálido, el cabello negro erizado sobre la alta frente, Crown Niger me recibió en la puerta de su oficina, me estrechó la mano y sonrió con aire pícaro. Por un momento pensé que me había reconocido, pero cuando me ofreció un asiento y una taza de té, sus modales demostraron que no era así.

—Erzul se ha convertido en el centro, ¿verdad? —comentó. Su voz, tersa y ligeramente nasal, había adquirido un acento terrícola desde la última vez que lo había visto. Parecía sereno, con un frío refinamiento y un porte tranquilo y confiado. Nada lo perturbaba ni lo sorprendía; lo había visto todo—. Cailetet se interesa por sus progresos. Cuénteme más.

Tragué saliva con una sonrisa falsa y me senté. No lo miré a los ojos más de lo estrictamente necesario, y examiné su oficina mientras hablaba. Ordenada y despojada —escritorio de acero desnudo, moqueta metabólica gris, paredes de diseño geométrico—, la oficina no decía nada sobre él, salvo que la decoración y el lujo significaban poco para Achmed Crown Niger.

Concluí mi exposición con:

—Tenemos el acuerdo de cuatro de los cinco principales Vínculos Múltiples, y de doce VM menores, y nos gustaría fijar una fecha. Sólo Cailetet ha rehusado.

—Cailetet mantiene abiertas sus opciones —dijo Crown Niger, apoyando el índice en el escritorio. Me ofreció más té, y acepté—. Francamente, el plan del VM Persoff parece más atractivo. Incluye un número limitado de VM, para eliminar los atascos organizativos. Una autoridad económica central, que asigne recursos de distrito, trabajando directamente con la Tierra y el Triple. Muy atractivo. No es muy diferente de la posición de Majumdar antes de su visita a la Tierra.

Parecía sentir curiosidad por mi reacción ante esas palabras. Sonreí evasivamente.

—Ese enfoque no tiene en consideración ciertos derechos individuales una vez disueltos los VM. Algunos distritos no podrían opinar.

—Tiene sus limitaciones —dijo Crown Niger—. Pero también las tiene la propuesta de ustedes.

—Estamos organizando un proceso. Aún no hacemos una propuesta específica.

Crown Niger sacudió la cabeza con aire condescendiente.

—Señorita Majumdar, la tendencia a elaborar una constitución que siga los planteamientos de las antiguas democracias terrícolas es una propuesta.

—Esperamos evitar los abusos de gobierno sin responsabilidad.

—Muy federalista. Con franqueza, confío en las instituciones más poderosas de Marte —dijo Crown Niger—. No tienen motivos para ponerse botas claveteadas y aplastar rostros.

—Nosotros preferimos una responsabilidad directa.

—Ustedes proponen cambios radicales. Me pregunto por qué tantos VM han aceptado su propia castración.

Esa vulgaridad me exasperó.

—Porque están cansados de la indecisión y la debilidad de Marte —dije.

—Y estoy de acuerdo en ello. Marte necesita planificación y autoridad central, tal como proponemos nosotros.

—Sin duda, pero...

—Podríamos discutir durante horas, señorita Majumdar. De hecho, estoy ligado por decisiones que han tomado mis propios abogados. Podría organizar reuniones individuales entre ellos y usted.

—Me gustaría tener esa oportunidad.

—Nuestro pensante puede arreglar los detalles —dijo Crown Niger.

—Bien. Ahora me gustaría hablar extraoficialmente.

—En esta oficina no mantengo entrevistas extraoficiales —dijo Crown Niger sin inmutarse. Es algo que debo a los miembros de Cailletet.

—Hay acusaciones que tal vez usted no desee que ellos conozcan.

—Ellos oyen todo lo que yo oigo —dijo Crown Niger, poniéndome en mi lugar.

—Algunos VM más pequeños alegan que Cailletet canceló importantes contratos con ellos cuando aceptaron enviar abogados a nuestra asamblea.

—Es posible —dijo Crown Niger—. Tenemos muchos contratos.

—Las cifras son interesantes —repliqué—, del cien por cien.

—¿Cancelación después del acuerdo? —Parecía preocupado, y sacudió la cabeza con aire de desconcierto.

—¿Puede explicar ese porcentaje perfecto? —pregunté.

—No de inmediato —dijo Crown Niger, sin interés.

Me fui de la oficina con las manos vacías y frío en los huesos.

A fines del invierno de A.M. 57, setenta y cuatro de los noventa VM habían aceptado enviar representantes a una asamblea constituyente.

Doce de los catorce gobernadores de distrito planeaban asistir personalmente, y los otros dos enviarían asistentes. La tendencia general nos favorecía. Las opiniones de la población fluían como una vasta ameba. Marte estaba preparado, a pesar de Cailletet.

Yo estaba en el centro, y el centro se desplazaba.

La asamblea constituyente se reunió en la cámara de debates de la Universidad de Marte en Sinaí, el 23 de Aries, decimotercer mes del año marciano. Se usaría el calendario marciano, con lo que se sancionaba por primera vez el uso formal de once meses adicionales, que tenían nombres de constelaciones.

La sala de debates, era un vasto anfiteatro con capacidad para mil personas. En el centro, en una mesa circular adaptable, cabían hasta cien.

En otras partes se han publicado estudios detallados de la asamblea constituyente. Yo estoy obligada por juramento a no dar muchos detalles del proceso, pero puedo decir que fue complicado. Los VM eran reacios a ceder su poder y autoridad, aun reconociendo que debían hacerlo. Todos recorrimos una senda tortuosa, preservando ciertos privilegios, eliminando otros, escuchando con paciencia angustiadas demandas, elaborando un convenio tras otro, aunque con la esperanza de no poner en

jaque el núcleo de una constitución democrática funcional.

Los vagidos de nacimiento de la nueva era se hallaban en la voz de muchos hombres y mujeres que hablaron hasta enronquecer, hasta la madrugada, discutiendo, seduciendo, persuadiendo, adoptando posiciones vehementes y luego cambiándolas por otras, desgastándose, gritando, llegando a las manos, haciendo pausas para comer en la mesa redonda, abrazándose con quienes antes parecían sus enemigos jurados, aguardando en pétreo silencio mientras se votaban las mociones, sonriendo y estrechándose las manos ante la victoria, sentándose en sofocado agotamiento... durante días y semanas.

Los delegados comunicaban continuamente a los miembros de sus VM sus progresos, y a veces solicitaban información sobre cuestiones cruciales. Ti Sandra me envió a Argyre y Helias para presidir reuniones públicas y responder preguntas sobre la asamblea. Y desde todo Marte llegaban sugerencias, ponencias e informes vid, algunos de personas, otros de comisiones *ad hoc*. Marte, otrora políticamente moribundo, estaba irreconocible.

La Tierra ejercía una presión constante. Sabíamos que dentro de la asamblea había gente que respondía a la Tierra, y no nos hacíamos la ilusión de estar al margen de su poder. Si la asamblea fracasaba, la Tierra no sería favorecida; pero tampoco aceptaríamos un gobierno que debilitara Marte.

Esperábamos lo mejor.

Durante dos días, los delegados examinaron modelos constituyentes, tal como los habían analizado los eruditos humanos y los pensantes durante la década del 2050. La Sociedad Terráquea de Modelos Sociales y Políticos había elaborado un lenguaje llamado Lógica Legal, con tres mil conceptos básicos derivados de leyes internacionales e interplanetarias. Este lenguaje estaba diseñado para análisis fijos; la interpretación se convirtió más en ciencia que en arte.

Usando Lógica Legal, los delegados pasaron una semana examinando la historia de las naciones, estudiando secciones tridimensionales de gráficos de cinco y seis dimensiones, buscando la estructura gubernamental más flexible y duradera. Las secciones representaban segmentos del cuerpo, pero reflejaban la historia, no la anatomía. Previsiblemente, los dos sistemas que habían tenido mejor suerte eran democráticos, parlamentarios (como en Gran Bretaña, ahora parte de Eurocon) y federales (como en Canadá, Australia, Estados Unidos y Suiza). Analizamos la historia legal de estos países, estudiando las máximas desviaciones respecto de los principios proclamados —expresados como enunciados compuestos en Lógica Legal—, las crisis subsiguientes y los cambios posteriores de esos sistemas.

A continuación se decidieron los planteamientos de la constitución marciana. El ejemplo más flexible y duradero era la Constitución de Estados Unidos de América, pero la mayoría de los representantes convino en que serían necesarias grandes

modificaciones para adaptarla a las circunstancias de Marte.

Durante seis días, la asamblea pulió las ramas del gobierno central marciano. Habría cuatro poderes: el ejecutivo, el legislativo, el judicial y el extraplanetario. Los dos últimos serían subsidiarios del legislativo, al igual que el ejecutivo en la mayoría de los casos. El papel del ejecutivo quedaría muy reducido respecto de los modelos del siglo XVIII, y sería el de abogado en los grandes temas, es decir, una voz destinada a debatir y persuadir. El presidente contaría con el respaldo de un vicepresidente, quien actuaría como presidente de la Cámara del Pueblo.

La legislatura o Congreso sería bicameral, formado por la Cámara del Pueblo y la Cámara de Gobernadores. La Cámara del Pueblo tomaría representantes de los distritos dependiendo de su número de habitantes; los gobernadores, dos por distrito, se reunirían separadamente. En actuación conjunta, decidirían las leyes de Marte.

El poder extraplanetario representaría a Marte en los tratos con el Triple, y respondería directamente ante el ejecutivo, pero sería designado por el Congreso. (Esto luego no dio resultado, y fue objeto de una profunda revisión, pero eso escapa al alcance de mi relato).

El judicial se dividiría en un Tribunal Administrativo que supervisaría las actividades de los tribunales en general; un Tribunal de Salud Cívica, con jurisdicción sobre la conducta individual y social; un Tribunal Económico que manejaría los contratos civiles, el derecho comercial y los temas monetarios; y un Tribunal de Gobierno, que se reuniría sólo para decidir causas de índole política.

La defensa planetaria sería diseñada, instituida y coordinada por los poderes ejecutivo y legislativo. Se debatió si Marte podía pagar, o si necesitaba, una fuerza defensiva permanente. Esa cuestión se aplazó hasta la ratificación. También se aplazó la cuestión relativa a inteligencia y seguridad interna (protección para juristas, legisladores y miembros del ejecutivo).

El Gobierno federal y los distritos tendrían poder para recaudar impuestos de los ciudadanos y las entidades. Los distritos serían responsables de la construcción, renovación y mantenimiento de ciudades y demás infraestructuras, pero recurrirían al Gobierno federal para pedir préstamos.

Todas las transacciones económicas del Triple pasarían por un banco central planetario, que sería controlado por el Congreso y tendría poder para regular el flujo monetario. La moneda marciana sería estándar; los VM ya no poseerían sus propios sistemas de crédito. Los VM financieros podían convertirse en sucursales del Banco Federal Planetario, pero debían someterse a cartas orgánicas y regulaciones aprobadas por el Congreso.

Ningún distrito podía aprobar leyes contrarias a las del Gobierno federal, y ningún distrito que ratificara la constitución podía retirarse luego de la unión federal, por ningún motivo. (Recuerdo Richmond y las estatuas de generales muertos que

poblaban los lugares públicos). Los distritos y VM que no la ratificaran conservarían sus viejas leyes y normativas. El Gobierno federal podía ordenar que los distritos aceptaran como ciudadanos a quienes desearan marcharse de los VM disidentes.

Una declaración de derechos garantizaba que la libertad de expresión de humanos y pensantes no fuera limitada ni escamoteada por ninguna entidad oficial. Sobre esto hubo muchos debates, pero la firme mano de Ti Sandra permitió sortear estas dificultades.

Se establecía que todas las leyes, y la constitución misma, se registrarían en Lógica Legal, la cual sería interpretada por pensantes cívicos especialmente diseñados. Cada poder tendría sus propios pensantes, uno para el ejecutivo, dos para el legislativo, uno para el extraplanetario, tres para el judicial. Todos los poderes tendrían en cuenta las opiniones de los pensantes, y las harían públicas.

Por el momento, sin embargo, no se fabricaban pensantes de primera en Marte, aunque varios VM estaban procurando cambiar esa situación. Mientras no se hubieran creado e instalado pensantes marcianos de suficiente capacidad y pureza, no se confiaría a los pensantes ninguna decisión crucial sin supervisión. Todavía se sospechaba que podían estar manipulados por la Tierra.

Hasta que la Constitución fuera ratificada por los delegados y por el pueblo de Marte, habría un Gobierno provisional: un presidente y un vicepresidente escogidos por los delegados; un legislativo integrado por los gobernadores de distrito y un representante de cada VM; y el poder judicial ya existente. Aquel Gobierno tendría una duración máxima de veintitrés meses. Si para entonces no había ratificación popular de la Constitución, se constituiría una nueva asamblea, y el proceso se reiniciaría desde el principio.

En las últimas semanas de la asamblea, se designaron candidatos para los puestos interinos. Ti Sandra Erzul obtuvo el mayor respaldo entre los nominados y fue elegida por los delegados. Ella me eligió a mí como vicepresidenta.

Una de las últimas cuestiones que se debatieron fue el nombre de la nueva unión planetaria. Se propuso «Marte Unido», pero muchos de los que habían combatido contra los estatistas se opusieron. Ninguna frase que incluyera «unión» o «unido» resultaba aceptable para una mayoría. Por último, la asamblea optó por República Federal de Marte.

Se rechazaron tres diseños de la bandera. Un cuarto se aceptó provisionalmente; se cosió una muestra a mano, y se sometió a la aprobación final: un Marte rojo con dos lunas sobre un campo dividido por una diagonal, azul arriba y blanco abajo, en representación de lo mucho que teníamos que crecer.

Uno por uno los delegados —síndicos, abogados, gobernadores, asistentes y ciudadanos— se reunieron en la cámara de debates, firmando las bases de la federación, aboliendo el Consejo de VM y la Carta Orgánica, abandonando la

independencia de un siglo. Ti Sandra estaba junto a mí en el estrado, la mano en mi hombro, sonriendo.

Mientras cada uno de los signatarios firmaba los papeles, comencé a creer. Se habían dado los primeros pasos, la mayoría de los VM nos respaldaba, y no habíamos sufrido interferencias extremas.

Oímos que Cailetet procuraba organizar una asamblea alternativa, pero nunca se llegó a ello. Durante las horas previas a la firma circuló el rumor de que Achmed Crown Niger enviaría un abogado para iniciar conversaciones con el Gobierno provisional, pero ese abogado no llegó.

Paul, el esposo de Ti Sandra, entró con Ilya en la cámara al concluir la ceremonia, y todos nos dimos la mano y nos abrazamos. Reporteros LitVid de todo el Triple grabaron las firmas y nuestro abrazo.

—El Marte fósil regresa a la vida —me susurró Ilya al oído. Seguimos a la muchedumbre para cenar en la misma sala donde hacía años los guardias estatistas me habían tenido prisionera—. Estoy orgulloso de ti —añadió, estrujándome la mano.

—Hablas como si se hubiera terminado —repliqué.

—De ninguna manera. Sé lo que sucederá ahora. Me he quedado sin esposa. Nos veremos una vez por mes... previa cita.

—Espero que no sea para tanto.

Nos sentamos ante una larga mesa con los gobernadores de distrito y aceptamos el brindis de los síndicos y delegados. Ti Sandra pronunció un breve discurso, humilde y conmovedor, acertando con la nota justa de nuevo patriotismo.

Miré a los delegados y síndicos, a los gobernadores, con el rostro fatigado pero relajado, hablando mientras comían, y supe algo que nunca había sabido con tanta certeza.

El tiempo pareció detenerse, y en esos segundos mi atención se concentró en las manos que cogían los bocados, en los ojos brillantes que miraban los rostros de los demás, las risotadas, la fingida consternación ante una acusación en broma, las protestas contra los créditos generosos, en una ferviente mujer expresando sus emociones con el ceño fruncido: todos colegas, pues su momento histórico había llegado, y el orgánico proceso político había terminado por aglutinarlos a todos...

Sentí por ellos, en esa pausa, lo que antes sólo había sentido por mi familia o mi esposo. Y en cuanto a los que se habían excluido del proceso, nuestros opositores, sentía por ellos lo que un ave madre debe sentir por la culebra que le roba los huevos.

Amor y celos, un cálido logro frente a la angustia por lo que vendría.

Miré el rincón del comedor donde hacía años había estado con Charles y Diane, Sean y Gretyl, y juré que una injusticia como aquella jamás se repetiría.

Los delegados se desperdigaron por Marte para hablar con su gente sobre la

constitución propuesta. En asambleas de distrito, de polo a polo, los marcianos examinaron el documento, estudiaron las cartas orgánicas y los análisis de Lógica Legal.

Hubo incidentes. Una multitud de mineros disidentes atacó a un delegado en el cráter Lowell de Aonia. Tres asistentes fueron expulsados de sus familias. Se entablaron pleitos según las viejas normas del sistema de justicia del Consejo, que todavía no estaba desmantelado, y entretanto Cailetet consolidó su influencia, reuniendo VM disidentes bajo su ala protectora, y haciendo a la Tierra sugerencias que por el momento fueron cortésmente ignoradas.

La Tierra era paciente.

Veía a Ilya un día de cada cinco, y menos aún cuando él salía de viaje.

Lo habían llamado para ponerse al frente de unos estudios sobre reproducción de quistes en Olympia, en colaboración con el profesor Jordan-Erzul y el doctor Schovinski. Un día memorable en que yo estaba libre de mis obligaciones, me mostró un ancho desfiladero de Cyane Sulci escogido para un importante experimento. El mejor espécimen conocido de quiste madre sería expuesto a la atmósfera marciana, cubierto con hielo y polvo mineral, calentado con lámparas infrarrojas y luego cubierto con una cúpula y sometido a un décimo de bar de presión. Al cabo de meses de preparativos, los biólogos de Ciudad Rubicón confiaban en ver resultados.

Cuando nos encontrábamos, dormíamos lejos de nuestro hogar, en salas de huéspedes, hoteles, sometidos a la creatividad de la cocina regional. Fueron largos meses de viaje a las asambleas de distrito, viajando en tren o lanzadera de estación en estación, persuadiendo, convenciendo, imponiendo, explicando los elementos del futuro gobierno de Marte.

A principios de la primavera del A.M. 58, los ciudadanos de Marte votaron por ratificación. Nuestra paciente tarea de preparación obtuvo el resultado deseado: la Constitución se ratificó, sesenta y seis por ciento a favor, treinta en contra, cuatro por ciento de abstenciones.

Siete Vínculos Múltiples se negaron a participar, entre ellos Cailetet, dejando tres grandes distritos y partes de otros en una situación incierta, temporalmente al margen del proceso.

El gobierno provisional continuaría durante cinco meses más, mientras se designaban y elegían candidatos para los nuevos puestos. Había que escoger o construir una capital; los distritos tendrían que someterse a un censo federal oficial; habría que tratar con los muchos voluntarios que aspiraban a puestos oficiales, y se trazaron planes para integrar el gobierno provisional en el inminente gobierno electo; había que conciliar las leyes conflictivas de diversos distritos y VM.

Las alianzas económicas de la Tierra transmitieron sus felicitaciones, y prometieron enviar embajadores a la nueva República Federal. La Luna y los VM del

Cinturón hicieron lo mismo.

Durante un tiempo, parecía posible ignorar a Cailetet y los demás disidentes.

Cerrando el círculo, se celebró una cena de homenaje en la Universidad de Marte, una semana después de la ratificación. Los gobernadores, ex delegados, síndicos, abogados y asistentes, así como los nuevos funcionarios y embajadores se reunieron en el viejo comedor de la UMS: unas quinientas personas para celebrar la victoria.

Ilya me acompañó pacientemente mientras reproducían un vid de felicitación tras otro. Le sostuve la mano, y él me pasó disimuladamente su pizarra, que mostraba los resultados del primer experimento con los quistes. Eché un vistazo a las fotos y resultados químicos. *¿Viscosidad de babosa?*, articulé con los labios.

Ilya sonrió. *Sigue creciendo*, escribió en la pizarra. Ti Sandra me miró de soslayo cuando el nuevo embajador de la Tierra inició su discurso, y le dediqué toda mi atención, o al menos eso fingí. Ilya me acarició el muslo, y yo aguardaba una larga noche a solas con él —en otra habitación de hotel— después de la cena.

Cuando terminó la comida, un abogado de Yamaguchi —aún persistían las viejas filiaciones y descripciones— llevó a Ti Sandra aparte en el túnel que estaba junto al comedor y le susurró algo al oído. Ti Sandra asintió y me habló en voz baja.

—Dile a Ilya que te mantenga la cama caliente —dijo—. Regresarás dentro de unas horas. Me dicen que es importante.

Besé a Ilya. Él me apretó la mano, temiendo que algo hubiera salido mal.

Ti Sandra abrazó a Paul e intercambiaron un gesto de resignación. El gobernador de distrito de Siria-Sinaí, el abogado de Yamaguchi y dos guardias armados nos escoltaron hasta las profundidades del complejo científico de la UMS.

Los guardias usaban el uniforme de la defensa pública de Sinaí, con el añadido apresurado de la bandera de la República. Ti Sandra los ignoró con calma.

Durante el trayecto nos presentaron a un hombre a quien reconocí como abogado de Cailetet, Ira Winkleman. Ni Ti Sandra ni yo sabíamos con exactitud adonde nos llevaban. Temí una encerrona o alguna muestra de fuerza por parte de Cailetet. Después de nuestra exaltada cena de celebración, el misterio me inquietaba.

—Estamos lejos del cuerpo principal de los laboratorios de la universidad —dijo Winkleman con una sonrisa vacilante—. Ésta es la primera vez que vengo aquí. —Arrugas de preocupación le surcaban el rostro, como si no hubiera dormido durante días.

Llegamos a una gruesa puerta deslizable de acero.

—Amigos, a partir de aquí sólo pasaremos la presidenta, la vicepresidenta y yo —anunció Winkleman—. Pido disculpas, pero la seguridad es muy importante.

El gobernador y el abogado de Yamaguchi sacudieron la cabeza pero no se quejaron. Se apartaron mientras Winkleman apoyaba la palma en la cerradura.

—Por favor, que la nueva presidenta y vicepresidenta presenten sus palmas para

la codificación de seguridad —requirió la puerta—. Cuando lo hayan hecho, Ira Winkleman pondrá la palma sobre la cerradura para confirmar la identificación.

Hicimos lo que nos decían y la puerta se abrió. Los guardias también se quedaron fuera. Más allá, un corto corredor conducía a un laboratorio de techo alto lleno de bancos de investigación y prueba, tubos con grueso aislamiento, abultados manojos de cables eléctricos y conductores de fibra, cilindros de gas líquido. La mayor parte del equipo parecía en desuso, cubierto con fundas, selladores, antioxidantes. Sólo un pequeño rincón parecía haber tenido mucha actividad reciente.

—Este proyecto está en marcha desde hace tres años —dijo Winkleman—. Tal vez usted haya oído hablar de él, señora Majumdar... al menos, creo que usted conoció algunos de sus aspectos. Los científicos y equipos de respaldo participantes convinieron unánimemente en romper con Cailletet hace seis meses. Yo renuncié a Cailletet y los acompañé a la Universidad de Investigación de Tharsis. Ahora, hemos llegado a un acuerdo con la UMS, y trasladaremos parte de nuestra labor aquí.

—¿Qué es esto? —preguntó Ti Sandra, frunciendo el ceño con impaciencia.

Winkleman trató de no parecer pomposo, pero su nerviosismo se lo impidió.

—Nosotros, es decir los olímpicos, decidimos que Cailletet recibía demasiada presión de la Tierra. Votamos por clausurar el proyecto, fingir que habíamos fracasado. —Sacudió la cabeza y cerró los ojos en una expresión de frustración—. No queríamos que Achmed Crown Niger tuviera tanto poder.

Nos acompañó hasta el otro extremo del laboratorio, a la sección que había estado en uso. Detrás de un biombo tres hombres y dos mujeres bebían té y comían pastas en torno a una mesa. Cuando entramos, se pusieron de pie, se sacudieron las migas de la ropa y nos saludaron respetuosamente.

Charles Franklin tenía el rostro más delgado. Sus ojos eran más intensos y penetrantes, y parecía haber crecido en dignidad y madurez. Sus colegas parecían inquietos, turbados por nuestra presencia, pero Charles estaba tranquilo.

Winkleman nos presentó. Charles sonrió al darme la mano, y murmuró:

—Ya nos conocemos.

—¿Éstos son los famosos olímpicos? —preguntó Ti Sandra.

—Hay cuatro más en Tharsis. Además, ya no somos tan famosos —dijo Charles—. Nunca me gustó el nombre. Servía ante todo para relaciones públicas.

—Para un proyecto que era secreto —observó Chinjia Park.

Amoy, una mujer menuda y morena de ojos grandes. Me pregunté si ella y Charles serían amantes. ¿Y dónde estaba la esposa de Charles?

Los abogados trajeron sillas y nos sentamos en círculo alrededor de la mesa. Sólo Charles permaneció de pie, y Winkleman abandonó con gusto su papel de presentador, alejándose de la mesa para sentarse en la penumbra.

Las pizarras nos dieron datos sobre cada uno de ellos, y a medida que nos

familiarizábamos, procuré memorizar los detalles importantes. Eran matemáticos y físicos teóricos, todos especialistas en el Continuo de Bell, en teoría de descriptores. El científico de más antigüedad era Stephen Leander, con una espesa melena de cabello plateado y modales afables aunque irónicos. Chinjia Park Amoy era oriunda del Cinturón y había inmigrado a Marte; tenía los largos brazos y piernas y el torso grueso propios de su gente. Tamara Kwang, la más joven, de grandes ojos negros y tez dorada, exhibía varias expansiones externas, anillos en torno al cuello y el brazo; y Nehemiah Royce, del VM Steinburg-Leschke, era alto y de ojos líquidos, con el cabello castaño cubierto por un *yarmulke* de seda.

Miré la mesa. Varias cajas negras rectangulares de veinte centímetros a un metro de altura ocupaban un extremo. En el otro extremo había una reluciente caja blanca, conectada a las demás por medio de gruesos cables ópticos. La caja blanca era obviamente un pensante, pero no llevaba marcas de origen ni de filiación.

Leander indicó a Royce y Kwang que nos trajeran sillas. Nos sentamos y Ti Sandra se reclinó con un profundo suspiro.

—Creo que esto no me gustará —dijo.

—Al contrario —repuso Leander, sentado en el borde de la mesa—. Estamos a punto de presentarle la oportunidad más extraordinaria... tal vez de toda la historia.

Ti Sandra sacudió la cabeza.

—Me suena peligroso —dijo—. La oportunidad es la otra cara del desastre. —Frunció los labios—. Se trata de algo más que de comunicaciones, si no me equivoco.

Leander cabeceó y se volvió hacia mí.

—Charles dice que la señora Majumdar puede tener cierta idea de lo que hemos descubierto.

—No creo —dije—. Alabeos, supongo.

Charles sonrió, mirándome con fijeza. Con el correr de los años había adquirido algo que jamás habría creído posible en él: no sólo aplomo, no sólo prestancia, sino carisma.

—Charles dijo una vez... —comencé, y me interrumpí, sintiendo calor en la cara.

Leander miró a Charles.

—Una vez expliqué a la vicepresidenta que esperaba romper el largo *status quo* y descubrir los secretos del universo —explicó Charles.

Leander se echó a reír.

—No está tan lejos de la verdad —dijo—. Sin duda acabaremos con el *status quo*. No ha habido nada tan revolucionario desde la nanotecnología... y eso palidecerá por comparación. Charles es nuestro teórico principal, y tiene el don de explicarse con sencillez. ¿Quieres explicar a las autoridades de nuestra nueva República lo que estamos ofreciendo?

Con imprevisto mal humor, Ti Sandra se volvió hacia Charles.

—Hemos descubierto cómo tener acceso al Continuo de Bell, cómo ajustar la índole de los componentes de energía y materia —dijo Charles—. En conjunto, hemos elaborado una teoría general de la materia y la energía. Una teoría del flujo de datos. Sabemos cómo llegar al núcleo descriptivo de una partícula, y modificarlo.

—¿Núcleo descriptivo? —preguntó Ti Sandra.

—Cada partícula existe dentro de una matriz de información. Lleva descriptores de todas sus características relevantes. De hecho, la descripción total es la partícula. Comunica información sobre su carácter y estados con otras partículas mediante el intercambio de bosones (fotones, por ejemplo) o mediante el Continuo de Bell. El Continuo de Bell es como un sistema de contabilidad que equilibra ciertas cualidades del universo.

—¿Qué clase de matriz? —preguntó Ti Sandra.

—Una matriz de flujo de datos —dijo Charles—. Indefinida por lo demás.

—¿Como la memoria de un ordenador?

—Esa metáfora suele ser útil —dijo Leander.

—No definimos la matriz —insistió Charles.

—¿El ordenador de Dios? —dijo Ti Sandra, frunciendo aún más el ceño.

Charles sonrió.

—Los dioses no son necesarios.

—Qué lástima —señaló Ti Sandra—. Continúe, por favor.

—La mayoría de las partículas que constituyen la materia tienen una descripción de doscientos treinta y un bits de información, la cual comprende masa, carga, espín, estado cuántico, componentes de energía cinética y potencial, posición en el espacio y momento en el espacio en relación con otras partículas.

—Sus atribuciones —dijo Leander.

—Su acreditación —sugirió Royce. La broma no tuvo éxito.

—Muy bien —dijo Ti Sandra—. Muy interesante. Pero ¿por qué no enviarme un informe con los resultados?

Leander se puso serio.

—Esto es sólo el trasfondo. Gran parte de esta teoría goza de aceptación en la física de alto nivel...

—Es controvertida en algunos círculos —dijo Charles, restregándose las manos.

—Idiotas —comentó Royce, sacudiendo la cabeza compasivamente.

—Pero nosotros somos los únicos que hemos podido manipular datos de partículas mediante el acceso al Continuo de Bell —dijo Charles—. Podemos convertir las partículas en sus propias antipartículas.

—Mientras conservemos la carga —añadió Royce.

—En efecto. Podemos producir antimateria a partir de la materia común.

Dejó que la frase surtiera su efecto. Ti Sandra miró críticamente a los olímpicos,

aún dubitativa.

—¿Eso constituiría una fuente de energía? —preguntó.

—Cantidades tremendas de energía —dijo Leander—. Aún no hemos construido un reactor a gran escala, pero no hay límites teóricos para la energía que podemos liberar. Y dominar.

—¿Transformar plomo en oro? —preguntó Winkleman.

—No podemos crear masa —dijo Charles—. Todavía no.

Ti Sandra estaba anonadada.

—¿*Todavía no*? —repitió—. ¿Tal vez dentro de poco?

—No lo sabemos —dijo Charles—. No es imposible, creo, pero algunos no están de acuerdo.

Royce y Kwang alzaron las manos y sonrieron tímidamente.

—Evitamos que los demás se den ínfulas —dijo Royce.

—Yo no excluyo la posibilidad —añadió Leander.

—Y lo que es igualmente importante, podemos hacer la conversión a distancia —dijo Charles—. Es decir, podemos apuntar a una región específica y convertir la materia en antimateria dentro de esa región, a distancias de hasta nueve o diez mil millones de kilómetros. Dentro de cualquier parte del sistema solar.

El grupo calló un instante. Los olímpicos parecían incómodos, como chiquillos acusados de una travesura.

Miré a Charles con una mezcla de espanto y reverencia.

—¿Sabe la Tierra que habéis realizado este descubrimiento? —pregunté.

Los olímpicos negaron con la cabeza.

—Podrían sospechar —dijo Charles—, pero lo hemos mantenido en secreto. Sólo nosotros nueve, e Ira, hemos comprendido cuán lejos hemos llegado. Y estos avances son recientes, los más significativos sólo tienen seis meses.

—¿Y Cailetet? —pregunté.

—Los hemos inducido a creer que realizamos un pequeño hallazgo en comunicaciones, después de renunciar —dijo Charles—. Nada más.

—¿Cómo de pequeño? —pregunté.

—Les hemos dicho que podemos acceder a los descriptores para correlacionar las transmisiones con los estados de origen. Es decir, que podemos descomponer señales irradiadas.

—¿Yeso es cierto?

—Claro que sí —respondió Charles. Me ponía incómoda cuando me clavaba los ojos con aquella expresión distante—. Pero podemos hacer mucho más que eso. Podemos enviar señales por el sistema solar de manera instantánea.

—¿Se ha hecho? —pregunté.

—No. Sólo en Marte. Desde luego, necesitamos dos dispositivos. No existe

ninguno en la Tierra ni en ninguna otra parte del sistema solar.

—¿Qué se espera de nosotras? —preguntó Ti Sandra.

Leander y Charles hablaron al mismo tiempo, y Charles le cedió la palabra a Leander. Era evidente que Charles encabezaba el grupo, pero que había escogido a Leander como un portavoz de aspecto más maduro. Ello no le impedía interrumpir.

—Señora presidenta, usted encabeza el primer Gobierno efectivo de la historia marciana —dijo Leander—. Hace años que tememos que nuestro trabajo sea mal usado, o que beneficie a la Tierra en vez de a Marte. Dentro de pocos años, tal vez antes, los investigadores de la Tierra sabrán lo que nosotros sabemos, y eso podría ser peligroso.

—Ya es peligroso que lo sepa Marte —dijo—. Si la Tierra cree que tenemos este poder...

—Estoy de acuerdo —dijo Charles—. Pero no podemos cruzarnos de brazos con lo que sabemos.

Ti Sandra se frotó los robustos hombros con las manos cruzadas.

—El nuestro es un Gobierno provisional —dijo—. Sólo estaremos en él unos meses.

—Pensamos que ya no podíamos esperar más —dijo Leander.

Charles ladeó la cabeza, me miró de nuevo.

—Me disculpo por este anuncio imprevisto —dijo—. Casseia, no sé cómo explicarte la importancia de esto. No soy un ególatra... lo sabes bien.

—En fin —dijo Royce sonriendo, pero Leander apoyó la mano en el hombro del joven.

—Cuando estabas en la Tierra, me hiciste una pregunta que no pude responder. Me disculpo por ello. Tal vez ahora entiendas por qué.

—Cailetet no podía respaldarte, así que acudes a nosotros —dijo, en un tono más acusatorio de lo que me había propuesto—. Necesitas dinero.

—En realidad, ya estamos en una fase de desarrollo y aplicación —dijo Leander—. Usando una subvención de Tharsis, hemos diseñado motores para naves espaciales de largo alcance, lanzaderas estándar o naves de línea refinadas. Teóricamente, podríamos usar unas cuantas toneladas de combustible para cruzar el sistema en pocas semanas, cómodamente...

Charles extendió las manos como si implorase.

—Esto es sólo el comienzo. Las implicaciones de lo que hemos aprendido son inmensas —dijo, como si hablara sólo conmigo—. Tal vez no lo sepamos todo...

—Seguro que no —dijo Leander.

—Pero hemos abierto la puerta —concluyó Charles—. No revelamos esto para obtener fondos. Es mi deber de marciano informar a las autoridades del primer Gobierno auténtico de Marte. A partir de ahora, el Gobierno decide qué hacemos a

continuación.

—De acuerdo, joven —dijo Ti Sandra. No era mucho mayor que Charles o que yo, pero su actitud no parecía fuera de lugar—. Nos sirve el universo en bandeja. ¿Es correcto lo que digo?

Leander iba a hablar, pero Charles intervino de nuevo, mientras el canoso científico sonreía diplomáticamente y gesticulaba con las manos.

—Podemos organizar una demostración —dijo Charles—. Algo pequeño pero convincente. Podemos lograr que las nubes de vapor en órbita estallen como fuegos artificiales. No habrá daños ni radiación peligrosa, pero...

—La Tierra podría pensar que pasa algo raro —advirtió Leander.

Ti Sandra se soltó los hombros y entrelazó las manos sobre la falda.

—No necesitamos una gran demostración —dijo—. Me gustaría que otros científicos echaran un vistazo a este trabajo. Nosotros escogemos a los científicos. Luego pensamos en el próximo paso.

—Creemos que es importante tener en cuenta la seguridad —dijo Charles, y sus colegas asintieron enfáticamente.

—Oh, sí —dijo Chinjia Park Amoy.

—Partes de nuestro descubrimiento son muy sutiles, y hemos tenido un poco de suerte —dijo Charles—. Pero gran parte de lo que sabemos es conocido por los científicos de la Tierra. Quizá no tarden mucho en trabajar a partir de ciertas claves...

—¿No sería mejor que todos lo supieran? —preguntó Ti Sandra.

—No lo creo —dijo Winkleman, adelantándose—. La Tierra lo usaría para imponer su voluntad al resto del Triple.

—¿No podríamos defendernos?

—Todavía no hay defensa —dijo Charles—. Es preciso saber los detalles para comprender por qué. Como arma, los usos de esto son realmente escalofriantes. Conversión remota de la materia en antimateria... no hay defensa.

—¿De dónde sale toda esa energía? —preguntó Ti Sandra, como si una nueva duda le diera esperanzas de que todo fuera una farsa—. ¿Me está diciendo que ustedes pueden infringir leyes físicas básicas?

—No —dijo Leander—. Sólo modificamos los libros contables. Sumamos aquí, restamos allá. Todo se equilibra.

—Señor Leander, ¿cuál es su asociación? —preguntó Ti Sandra.

—Yo también era de Cailetet.

—¿Todos han roto por completo con Cailetet?

El grupo asintió.

—Ninguno de nosotros confía en Achmed Crown Niger —dijo Winkleman.

—¿Necesitan más dinero? —pregunté.

—Eso depende del Gobierno —dijo Charles—. De ti.

—En absoluto —respondí—. No tengo idea de lo que necesitarán, ni...

Mi voz empezaba a quebrarse. Ti Sandra me apretó la mano.

—Necesitamos tiempo para pensar. Y documentos para estudiarlos. Creo que deberíamos llamar a otros científicos para que nos asesoren. No habrá demostraciones por el momento. Y estoy segura de que mi vicepresidenta convendrá conmigo en que todos debemos reflexionar seriamente sobre las aplicaciones prácticas de estos descubrimientos, y preparar otro informe.

—Tenemos ese informe, con planes detallados —dijo Leander.

Ti Sandra sacudió la cabeza.

—Ahora no, por favor. Con esto ya basta para que esta noche tenga pesadillas. Regresaremos a nuestras obligaciones, con nuestros esposos... a nuestra intimidad. Y a nuestras plegarias.

Charles ofreció la mano, al igual que todos los demás, y nos saludamos.

—No haremos nada sin el acuerdo del Gobierno —dijo Winkleman mientras nos acompañaba a la puerta, y por el túnel.

—No —dijo Ti Sandra—. Claro que no.

Ti Sandra me llamó a su habitación, la suite del canciller, y me ofreció una taza de té. Lo sirvió con cara cenicienta.

—Una vez tuve un sueño —dijo—. Un bello joven se me acercaba y me dejaba una pepita de oro en el regazo. Debería haberme sentido muy feliz.

—¿Y no fue así?

—Estaba aterrorizada. No quería esa responsabilidad. Le dije que se la llevara.

Ti Sandra recobró la compostura y miró la habitación. Allí, años antes, la canciller Connor había ordenado la expulsión de los estudiantes, provocando nuestra protesta.

—¿Conoces a Charles Franklin? —me preguntó.

—Fuimos amantes, por poco tiempo —dije.

Ti Sandra evaluó esa confidencia.

—Yo tuve cuatro amantes antes de Paul. Ninguno de ellos era muy prometedor. Charles Franklin debió ser algo excepcional.

—Era tierno y entusiasta.

—Pero no lo amabas.

—Creo que sí, pero estaba muy confundida.

—¿Y si te hubieras casado con él?

—Me lo pidió.

—Vaya. —Ti Sandra se sentó en el diván junto a mí, y bebimos té en silencio durante un rato—. Por favor, dime que estos científicos no están haciendo una broma de mal gusto.

No respondí.

—Señora vicepresidenta —me dijo—, la vida se está convirtiendo en un plato de mierda.

—Y sin cerezas.

—Mierda —repitió ella con insistencia—. Somos niños, Casseia. No podemos manejar tanto poder.

—¿Los humanos no están preparados?

Ti Sandra resopló.

—No hablo en nombre de la humanidad. Hablo en nombre de nosotros... los simples marcianos. Me aterra lo que puede hacer la Tierra si lo averigua, y lo que podríamos hacer en represalia.

—Si ellos...

—Sí —dijo sin dejarme terminar.

—Deberíamos ver el aspecto positivo.

Ti Sandra ignoró ese comentario con un ademán y un temblor.

—Y en estos años, ¿Charles Franklin nunca te lo ha contado? Le escribiste, le hiciste preguntas, ¿verdad?

—Una vez —dije—. A instancias de mi tío. Charles me dijo que estaba trabajando en algo muy importante, y que podía causarnos muchos problemas políticos. Dijo que las dificultades aumentarían. Yo pensé que estaba exagerando.

—¿Deberíamos hablar en privado con Charles Franklin, o con Stephen Leander?

—Me parece que Charles es el que está al mando.

—¿Es una persona prudente, Casseia?

Sonreí, sacudí la cabeza.

—No lo sé. No era muy prudente cuando éramos más jóvenes. Pero tampoco lo era yo.

—Me preocupa la participación de Cailetet. No me extrañaría que Achmed Crown Niger sepa más sobre estos científicos de lo que confiesa. Y si lo sabe, usará la información. Lo hemos arrinconado. En Marte no ha llegado a ninguna parte. Está acorralado, política y económicamente.

—No tenemos directrices para guardar secretos oficiales —dije—. ¿En quién confiamos?

—¡Confiar! ¡No confío ni siquiera en mí misma! —exclamó Ti Sandra con una mueca—. Dios nos ayude a todos.

Esa noche me quedé acostada junto a Ilya, mirándolo dormir. Casi siempre dormía apaciblemente, como un niño. Yo imaginaba su cabeza llena de recuerdos de las excavaciones, de pensamientos sobre sus nuevas tareas en los *sulci*. Lo envidiaba tanto que lágrimas de pueril frustración me humedecieron los ojos.

Habíamos compartido una copa de oporto y queso fresco, ambos hechos por familias de Erzul y donados al nuevo Gobierno. Él había bromeado sobre los

privilegiados del poder; yo no había respondido, y él me había preguntado por qué estaba de un humor tan sombrío.

—Todo va bien —dijo—. Os merecéis una felicitación, todos.

Yo traté de sonreír, pero el esfuerzo no fue convincente.

—¿Te molesta si me inmiscuyo un poco? —preguntó, abrazándome.

Negué con la cabeza.

—Has oído algo inquietante. Algo que no puedes contarme.

—Ojalá pudiera —dije con vehemencia—. Necesito consejos y sabiduría.

—¿Es algo peligroso?

—Ni siquiera eso puedo decirte.

Él se apoyó en el cabezal con las manos en la nuca.

—Me alegraré cuando...

—¿Cuando recobres a tu esposa? —repliqué con una mirada de reprobación.

—No —dijo Ilya sin inmutarse—. Bien, sí en realidad. —Sonrió—. Preguntas tramposa. Todavía no te he perdido.

—Sí —dije, aún exasperada—, pero no puedo ir a las excavaciones contigo. Pasamos muy poco tiempo juntos. Ojalá pudiera estar contigo siempre. Estoy harta de reuniones, cenas y propaganda, y de que me llamen la «comadrona de un nuevo Marte».

Ilya se negó a contestar. Esto me enfureció aún más, y salté de la cama, caminando de un lado a otro junto a una corta pared de la habitación, alzando los puños al techo.

—Dios, Dios, Dios —protesté—. No quiero esto, ni lo necesito.

Me volví hacia él, las manos tendidas, los dedos arqueados como garras de bruja. —¡Teníamos las cosas bajo control! ¡Podíamos hacerlo todo por nuestra cuenta! Esto sólo empeora las cosas.

Ilya me miró con impotencia.

—Ojalá pudiera...

—¡Pero no puedes!

Mi exasperación se disipó y me derrumbé junto a la pared, doblando las rodillas, mirando una esquina de la cama. Ilya se arrodilló junto a mí, me apoyó la mano en el hombro. Después, a modo de disculpa, me obligué a hacer el amor con él. Mi actuación no fue suficiente. Lo abracé y hablamos acerca de lo que sucedería cuando finalizase la gestión del Gobierno provisional.

Yo quería trabajar como profesora en una escuela independiente, dije, y él me tranquilizó, diciendo que no me faltarían ofrecimientos. Sólo tenía que pedirlo.

—Comadrona del nuevo Marte —murmuró—. Te cae bien, de veras. No estés furiosa contigo misma.

Miré cómo se dormía, pensando en el momento en que tendríamos hijos,

preguntándome cuándo llegaría ese momento.

Era fácil imaginar adonde conduciría tanto poder. Imágenes de Achmed Crown Niger y Freechild Dauble, dirigentes indignos; recuerdos de la poderosa e integrada Tierra. ¿Cómo se sentirían, sabiendo que el juvenil, ingenuo y peligroso Marte poseía tanto poder?

Quizá ya lo supieran, y ya hubieran trazado sus planes, y no hubiera nada que nosotros pudiéramos hacer.

Los olímpicos construyeron un pequeño y remoto laboratorio en Melas Dorsa, usando parte de su propio dinero y un terreno donado por el VM Klein. Melas Dorsa es un territorio de cráteres, aislado del sur por desfiladeros de escasa profundidad, cubierto de dunas bajas. Había poca agua y pocos recursos.

Aun en Marte, era un desierto.

Fui sola para ver la demostración. Ti Sandra convocó una reunión de emergencia en Elysium buscando respaldo para el nuevo Gobierno entre delegados que repentinamente se habían puesto nerviosos y un gobernador de distrito incompetente y necio. Confiaba en que yo fuera sus ojos y oídos, pero también intuí que estaba aterrada de lo que pudieran mostrarnos, de la magnitud de ese don inesperado e indeseado. Yo no era más valiente que Ti Sandra, pero tal vez era menos imaginativa.

Charles y Stephen Leander me acompañaron en el vuelo desde la UMS. La lanzadera llevaba los símbolos del Gobierno: la bandera y la inscripción RFM 1, para indicar que transportaba gente de importancia. En el laboratorio de Melas Dorsa nos reuniríamos con dos científicos imparciales de Yamaguchi y Erzul, que volarían por separado desde Ciudad Rubicón.

No había trenes en Melas Dorsa, ni estaciones a menos de cuatrocientos kilómetros del laboratorio, y según Charles me advirtió, habría pocas comodidades.

Lo miré con desaprobación.

—El lujo no es muy importante para mí, y menos ahora —dije. Leander olfateó la atmósfera cargada y estudió insistentemente el paisaje que pasaba a varios metros por debajo. La aeronave sobrevoló un risco bajo, luego continuó su ascenso para evitar una estribación.

Charles pestañeó, sorprendido por el tono, cogió su pizarra.

—Tenemos muchas cosas sobre las que debemos poneros al corriente.

—He leído tus trabajos. La mayoría son ininteligibles para mí.

Charles cabeceó.

—De todos modos, las ideas son bastante sencillas. —Apretó los labios y enarcó las cejas—. ¿Estás dispuesta a confiar en ciertas afirmaciones?

—Tendré que hacerlo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues entonces supongo que estoy preparada.

—Estás furiosa.

—No específicamente contigo —repliqué.

Leander se desabrochó el cinturón y se puso de pie.

—Iré delante para tener mejor vista —dijo. Lo ignoramos. Él se encogió de hombros y se sentó a cierta distancia.

—No me refería a eso. Te enfurece que te hayamos dado tanta responsabilidad.

—Sí.

—Ojalá hubiéramos podido evitarlo.

—Tú querías cambiar el universo, Charles.

—Quería comprenderlo. De acuerdo, quería cambiarlo. Pero no quería hacerte responsable.

—Gracias por nada.

Charles desvió los ojos, ofendido e irritado. Se apoyó la pizarra en las piernas.

—Por favor, sé justa, Casseia.

—¿Sabes una cosa? —dije, pensando en cualquier cosa menos en ser justa—. Fueron los olímpicos quienes frustraron nuestra primera iniciativa en la Tierra. Pusisteis nervioso a todo el mundo... sufrimos una gran presión, y ni siquiera comprendíamos vuestros planes.

—¿Planes? —Charles rió entre dientes—. Ni siquiera nosotros los comprendíamos. Al parecer las implicaciones eran más claras para la gente de la Tierra que para nosotros.

—Quizá. ¿Pensabas que podías hacer todo esto en el vacío?

Charles sacudió la cabeza.

—¿Vacío?

—Ética, Charles.

—Oh, la ética. —Charles enrojeció—. Casseia, ahora estás siendo *muy* injusta.

—Al cuerno con la injusticia. ¿Sabes lo que esto representa para nosotros?

—¿Qué decisión podía tomar? ¿Renunciar al conocimiento? Casseia, he intentado ser ético y directo. Todo nuestro grupo se ha regido por pautas elevadas.

—Por eso trabajabais para Cailetet.

—Ellos no eran villanos, precisamente. En cuanto Achmed Crown Niger entró en escena, decidimos clausurar el proyecto. Y Cailetet nos ayudó. Con un empujón de la Tierra. Crown Niger estaba menos interesado en nuestro ofrecimiento que en satisfacer a sus jefes de la Tierra.

—Os largasteis cuando os cortaron la financiación.

—No les dijimos nada, ni siquiera antes de eso.

Sonreí.

—¿Estás seguro de que no tienen vuestros resultados guardados en alguna parte? ¿Antes de Crown Niger?

—Es posible. Pero si miran ese material, no tendrán ni idea de lo que hemos descubierto después. Será muy desorientador. Exploramos muchas pistas falsas, Casseia. La Tierra todavía está explorando pistas falsas.

Callé unos segundos. Luego mi furia se derrumbó y yo temblé.

—Charles, ¿no estás asustado?

Él reflexionó, mirándome.

—No —dijo—. Tú has puesto nuestra casa en orden, Casseia, o sigues esa dirección. Un Gobierno responsable.

—En pañales, descoordinado, frágil y nuevo. Ni siquiera sabemos si el Gobierno provisional puede efectuar la transición hacia un Gobierno electo. Aún no lo hemos puesto a prueba, Charles.

—Bien. Tengo fe en ti.

—¿En Marte? —pregunté, abrazándome el cuerpo para contener mis temblores. Él trató de tocarme y lo disuadí con una mirada. Él retiró la mano—. Charles, nos estás dando el poder de destruir a nuestros enemigos, y no sabemos quiénes son nuestros enemigos. La Tierra tiene medios de persuasión muy sutiles... y tú sólo nos ofreces una maza.

—Mucho más que eso. Gran cantidad de energía, control remoto de los recursos. Tenemos muchas limitaciones, pero eso no significa que no podamos defendernos contra casi cualquier cosa.

—Mediante una amenaza, quizá. Puedes convertir materia en antimateria. A distancia. A muchísima distancia. Con gran precisión.

Él cabeceó.

—Podríamos freír las ciudades de la Tierra. Nos has devuelto el horror del siglo XX.

Charles compuso una mueca.

—No seas melodramática —dijo.

—¿Crees que Freechild Dauble habría titubeado en abusar de semejante poder?

—Sé que tú lo usarás sabiamente. De lo contrario, no te habríamos dicho nada.

Por un momento quedé atónita. Agité las manos y le apunté con un dedo, sin saber si reír o chillar.

—Por Dios, Charles, me alegra haberte impresionado de ese modo. Tal vez sea una santa. ¿Pero qué hay de los que vendrán después... durante generaciones?

—Todos lo sabrán mucho antes. Habrá un equilibrio. Mira, Casseia, esto es irrelevante...

—Yo no lo veo así —murmuré.

—Es irrelevante porque el conocimiento está aquí y no se irá. —Adoptó una expresión de fatiga—. No hay paz en esta vida. Lo nuevo y lo temible nunca dejan de aparecer.

Me mordí la lengua para no decir: *Es tarde para ponerse a filosofar, Charles.*

—Lo sé —continuó—, he pensado en ello durante años. Qué sucede si completamos la teoría, me pregunté, y encontramos un modo de entrar en el Continuo de Bell. De manipular los descriptores. A todos nos preocupa.

Leander regresó y se sentó, mirándonos a ambos.

—¿Hemos llegado a un acuerdo? —preguntó.

Me eché a reír y sacudí la cabeza.

—Pesadillas —dije.

—Cielos —dijo Charles, parodiando a Hamlet—. Podría estar encerrado en una cáscara de nuez y considerarme rey del espacio infinito, si no fuera porque tengo pesadillas.

—Pensamos mucho en esa cita —dijo Leander, acomodándose en el asiento—. El universo está encerrado en una cáscara de nuez. La distancia y el tiempo no significan nada, excepto en cuanto variaciones en los descriptores. Sabiendo eso, podríamos ser reyes del espacio infinito.

—¿Y las pesadillas?

Leander adoptó una expresión severa, incluso triste.

—Charles me puso al frente porque tengo el físico apropiado para el papel y porque los burócratas se entienden mejor conmigo. Eso no significa que sea serio siempre. Estamos juntos en esto, señora Majumdar. Usted puede adoptar una actitud arrogante y acusarnos de ingenuidad y soberbia intelectual, pero no nos dirá nada en lo que ya no hayamos pensado mil veces.

—No lo des por sentado, Stephen —dijo Charles—. Casseia no es tan simplista.

Leander se dominó con visible esfuerzo, puso una sonrisa falsa y brillante, y dijo:

—Lo lamento, pero creo que centrarse en las «pesadillas» indica falta de imaginación.

—¿Por qué la presidenta no viene contigo? —preguntó Charles—. Esto debería haber tenido prioridad.

—Hay un problema grave. Si ella no lo resuelve, todo puede venirse abajo, y no habrá Gobierno constitucional que decida qué haréis con vuestro trabajo. Ella confía en que yo le contaré qué pasa.

—Tiene miedo, ¿verdad? —dijo Charles.

Yo suspiré.

—Lo vi en sus ojos —dijo Charles—. Ella piensa a escala humana. No se siente cómoda con semejante inmensidad.

Asentí.

—Tal vez.

—¿Qué hay de ti? ¿Puedes superar el miedo y *mirar con ojos* de niña?

—No esperes tanto tan pronto, Charles.

La zona de pruebas estaba equipada con un refugio provisional para veinte personas, construido por *arbeiters* el día anterior. Cuatro olímpicos —Leander, Charles, Chinjia y Royce— estaban presentes. Chinjia y Royce habían llegado incluso antes de que el refugio estuviera terminado, para instalar sus instrumentos.

El paisaje circundante era tan árido como yo lo recordaba por los *vids* que había visto en estudios areológicos en la universidad. Melas Dorsa no poseía el dramatismo de los *sulci*, ni el color de Sinaí, ni fósiles ni minerales.

Una hora antes de nuestra llegada, los científicos que habíamos escogido para presenciar la demostración llegaron en otra lanzadera. Ulrich Zenger y Jay Casares eran fervientes entusiastas de la constitución, con credenciales académicas impecables, ambos profesores de física teórica en la Universidad de Icaria, una institución independiente financiada por seis VM. Nos presentaron en el refugio, y Charles hizo una breve descripción del experimento.

El lugar de la prueba se hallaba bajo una cúpula no presurizada. Vestidos con trajes, Charles, Chinjia, Royce, Zenger, Casares y yo caminamos del refugio a la cúpula. Charles extrajo un cilindro de hidrógeno puro preparado y entregado por Zenger y Casares, y lo depositó en una hamaca que colgaba del ápice de la cúpula. Zenger y Royce trajeron un contador de neutrones y otros instrumentos. Varios *arbeiters* grababan los preparativos en *vid*.

—¿Qué veremos? —preguntó Casares a Charles mientras terminaban los arreglos.

—Ustedes han estudiado nuestros trabajos teóricos, y comprenden lo que afirmamos haber logrado, ¿verdad? —preguntó Charles a su vez.

Casares asintió.

—¿Están convencidos?

Casares negó con la cabeza.

—Es fascinante, pero me resisto a cambiar de paradigma.

—¿Hay algún modo de que este cilindro de hidrógeno pueda generar energía?

—En su estado actual, no —dijo Casares.

—Le haremos generar muchísima energía.

Regresamos al refugio, nos quitamos los trajes y nos reunimos con Leander y Zenger en la sala de instrumentos. Allí nos aguardaban nuevamente una ancha mesa de acero y el pensante blanco sin filiación. Varias cajitas negras estaban conectadas al pensante por medio de cables ópticos.

Leander preguntó al pensante si todo el equipo funcionaba. El pensante replicó, con voz de hombre joven, que todo estaba bien.

Charles se sentó en un taburete junto a la mesa.

—Nuestro pensante nos brinda una interfaz con un pensante de Lógica Cuántica, también contenido dentro de la caja. Ambos fueron creados en Marte, por marcianos.

—¿Quiénes? —preguntó Zenger, interesado en ese detalle.

—Danny Pincher y yo —dijo Leander—. En la Universidad de Investigación de Tharsis.

—Esto solo ya justifica el viaje —dijo Zenger—. Si los pensantes son estables y productivos.

—Son para una función específica y no muy potentes —dijo Leander—. Danny y yo estamos preparando otros mejores. Tal vez hayamos infringido varias leyes al construirlos tal como lo hicimos, pero necesitábamos LC, control del equipo, y agotamos todos los medios legales de obtener un pensante LC.

Zenger asintió.

—Continué, por favor —dijo.

—Parte de nuestro trabajo se inspiró en un famoso misterio científico. Todos hemos estudiado el accidente de la Fosa de Hielo. Tuvo lugar hace cincuenta años. Un científico lunar llamado William Pierce trató de reducir la temperatura de una pequeña muestra de átomos de cobre al cero absoluto. Lo consiguió, con consecuencias desastrosas. Pierce y su esposa perecieron. Un observador logró escapar, pero sufrió lesiones graves. La caverna de la Fosa de Hielo se convirtió en un vacío incomprensible.

Zenger no parecía impresionado.

—¿Y qué harán ustedes con nuestro hidrógeno? —preguntó—. ¿Mandararlo al País de las Maravillas?

—Nunca hemos reproducido ese experimento —dijo Casares—. Nunca se demostró que se alcanzara el cero absoluto. Pudo haber ocurrido otra cosa.

—Sabemos que se llegó a temperatura cero —dijo Charles.

Zenger curvó los labios y tamborileó en el brazo del sillón.

—¿Cómo lo sabe?

—Por ahora no daremos detalles —repuso Leander.

—Convertiremos parte del hidrógeno del cilindro en antimateria —dijo Charles—. La reacción entre el hidrógeno normal y el antihidrógeno generará neutrones, rayos gamma y calor.

—Hagámoslo —dijo Casares con impaciencia.

Charles se sentó junto al pensante. Un panel de control se proyectó encima de la caja blanca.

—El pensante está fijando las coordenadas de los descriptores de la muestra —explicó—. Los descriptores no usan medidas ni coordenadas absolutas. Cada descriptor de espacio-tiempo es relativo a los descriptores del observador. En cierto sentido eso nos facilita la tarea. Cuando hayamos localizado nuestra muestra, podemos confirmarlo interrogando a otros descriptores, que nos dirán de qué está hecha la muestra. Y sabremos que estamos alabeando lo que queremos.

—No nos quieren decir cómo se hace —dijo Zenger, señalando el instrumental—. Pero de un modo u otro lo hacen a distancia... ¿cuál es la distancia máxima?

—Eso tampoco se comentará hoy —dijo Leander—. Lo lamento.

Zenger se volvió hacia mí, de mal talante.

—No podemos realizar una evaluación si no tenemos toda la información necesaria.

—Hemos pedido al grupo que no revele ciertos datos —respondí.

Zenger sacudió la cabeza.

—Nos llaman para dar un testimonio de expertos, pero si nos mantienen en la ignorancia no valemos más que un par de chimpancés.

Casares fue menos puntilloso.

—Veamos lo que hay que ver —dijo—. Si logran producir energía con esta muestra, tendremos algo interesante. Luego podremos hablar de los secretos.

Una parte de mí había esperado mayor dramatismo. En esa pequeña habitación había expectativa, curiosidad, escepticismo, pero poco dramatismo. Charles no buscaba un efecto emocional. Trabajó rápida y silenciosamente con Leander. Ambos dieron instrucciones al pensante, y nos invitaron a observar.

Encima del pensante se proyectaba un diagrama tridimensional del cilindro, lleno de colores, que mostraba niveles de temperatura. El cilindro, explicó Charles, todavía estaba adecuándose a la temperatura ambiente, unos -70 °C. Dentro, el gas bullía lentamente.

—La carga se conserva, por cierto —dijo Leander—. No podemos convertir partículas cargadas, excepto en pares con partículas de la carga opuesta. Los átomos y moléculas neutros son ideales. Los descriptores que distinguen la antimateria de la materia están vinculados con otros descriptores que describen el espín y el componente temporal de una partícula. Tenemos que obtener acceso a todos esos descriptores vinculados al mismo tiempo. El resultado es una conversión que no infringe ninguna ley física. Pero como la materia se encontrará con la antimateria, liberará energía.

—¿Y cómo se cambian los descriptores? —preguntó Casares.

Charles sonrió con timidez.

—Lo lamento. Aún no puedo decirlo.

—¿Entonces qué debemos evaluar? —protestó Zenger—. Bien podrían mostrarnos un magnífico truco de magia. Todo podría estar preparado...

—Esperamos que ustedes confíen lo suficiente en nuestra reputación como para aceptar que lo que ven es legítimo —dijo Leander.

—No podemos juzgar sin evaluar la teoría que hay detrás del efecto —dijo Casares, cruzándose de brazos—. La ciencia opera sobre resultados reproducibles. Si sólo un grupo ha realizado el trabajo y obtenido resultados, no es ciencia. Lo que

hemos oído hasta ahora no es alentador.

Charles nos miró, obviamente frustrado.

—Yo no tendría inconvenientes en revelarlo todo pero, por razones obvias, eso depende de la vicepresidenta Majumdar.

Me sentía totalmente fuera de mi elemento, pero no podía demostrar indecisión.

—Ciertos elementos cruciales de la teoría son confidenciales —dije.

Charles extendió las manos. *¿Qué puedo hacer?*

Zenger y Casares hicieron un gesto de escepticismo. Zenger agitó los dedos como desechándome, pero dijo:

—Bien, no me gusta, pero muestren lo que hay que ver, y discutiremos los detalles después.

—Gracias —dijo Charles. Le hizo una seña a Leander—. Proyectemos la muestra tal como la ve nuestro pensante.

Leander tocó el insustancial panel de control. Apareció una superficie de picos y valles, flechas que bailaban de pico en pico y se asentaban al fin en uno, que creció prontamente. Apareció un pequeño cubo rojo y, dentro del cubo, líneas azules que bosquejaban el cilindro. El cilindro se llenó nuevamente de colores; dentro de los colores, números relampagueantes y letras griegas revoloteaban como moscas embotelladas.

—El pensante LC evalúa la muestra —dijo Charles—. Ahora todo está en manos del pensante. Dentro de pocos segundos veremos generación de energía dentro de la muestra.

Miramos por la ventana; el cilindro suspendido debajo de la cúpula no era visible salvo en una proyección vid. La habitación se llenó de gemidos, chasquidos, gruñidos y aullidos.

—Se encuentran los átomos de materia y antimateria —explicó Chinjia, ajustando el sonido—. Están brincando dentro del cilindro. El cilindro se está calentando y... —Señaló un gráfico en la pantalla—. Hay producción de rayos gamma. Esperamos una eficiencia del diez por ciento, y cierta interacción con la botella... ahora hay flujo de neutrones.

—Hasta ahora hemos creado un billón de moléculas de antihidrógeno —dijo Charles—. La reacción ha producido cincuenta y cuatro julios.

—Eso bastará —dijo Zenger—. Parece haber suficiente calor y neutrones.

Charles indicó a Leander que detuviera el experimento. Leander tocó el panel de control y el cubo rojo y el gráfico desaparecieron.

—Hemos pensado maneras de aumentar la eficiencia —dijo Charles—. Podemos convertir la mitad de las moléculas del cilindro en antimateria, de tal forma que se entrelace con el hidrógeno normal. La presión del ambiplasma empuja las moléculas y partículas fugitivas imprimiéndoles una configuración óptima para una nueva

interacción. La destrucción sería del noventa por ciento. Pero eso desintegraría el cilindro, y parte del instrumental y de la cúpula.

Zenger asintió.

—En la medida en que podemos juzgarlo, parece que han conseguido algo interesante.

—Ordenaremos a un arbeiter que extraiga el cilindro y lo ponga al fondo del laboratorio. Ustedes pueden examinarlo a distancia.

—Supongo que no podemos llevárnoslo —dijo Zenger.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí.

—Debe quedarse aquí —dije.

—Muy estimulante —dijo Zenger de mal humor.

Un arbeiter llevó el cilindro hasta una caja de aislamiento al fondo del laboratorio. Mientras Zenger y Casares lo examinaban murmurando, Charles se sentó frente a mí en el comedor. Yo comía un insípido cuenco de nanoalimento.

—¿Defraudada? —preguntó.

—En absoluto —dije, mirándolo con lo que esperaba que fuera una serena dignidad—. No esperaba el Proyecto Manhattan.

Charles sonrió.

—También has leído sobre historia. ¿Te molesta si como contigo?

Negué con la cabeza, y él regresó con un plato. Yo casi había terminado, pero era evidente que él quería hablar.

—¿Aún te fastidia lo que hemos hecho? —preguntó.

—Nunca me ha fastidiado.

—No —dijo Charles, en un tono que vacilaba entre la afirmación y la pregunta—. Pero la tensión será cada vez mayor.

—Eso dijiste hace años.

—¿Y tenía razón? —preguntó.

—Tenías razón.

Él saboreó su pasta, hizo una mueca y dejó el tenedor en el plato.

—No es lo mejor que hay. Es tradición que los científicos de Marte coman nanoalimentos rancios. Se relaciona con la creatividad. ¿Recuerdas aquel espantoso vino de Tres Haut Médoc? Todavía lo lamento.

—El vino —aclaré.

—No sólo el vino.

Ladeé la cabeza, dispuesta a evitar aquel tema, y saqué mi pizarra.

—¿Tienes alguna otra demostración? Esta...

—No impresionará a los políticos, lo sé. Si quieres, podemos desintegrar Olympus Mons.

Por un momento me pregunté si bromeaba.

—Eso sería... mucho —dije.

Charles rió y jugó con el plato, tocándolo con el dedo.

—Podemos hacer mucho más. Como dijo Stephen mientras veníamos hacia aquí, podemos construir un motor de antimateria de alta aceleración, enormemente eficiente, mejor que el mejor que pueda hacer la Tierra. Podemos instalarlo en una nave estándar y brincar de un lado a otro como moscardones. Viajar por los planetas en meses en vez de hacerlo en décadas. Con una planta de ingeniería bien equipada, podemos montarlo en sesenta o setenta días.

—Una nave así sería muy brillante, visible en todo el sistema solar —dije—. Mejor algo que no irrite a la Tierra.

Charles apoyó los codos sobre la mesa.

—Naturalmente —dijo—. Stephen y yo hemos planeado varias demostraciones, con diversos grados de complejidad. Desde versiones para expertos hasta otras para imbéciles. Tráelos.

Era demasiado arrogante, dada la naturaleza de nuestro problema, pero yo me había cansado de frenarlo.

—Todavía no soy una entendida en física —dije.

—Pues deberías —me reprochó él—. Yo no uso ninguna, pero puedo recomendarte una buena expansión. Hecha en Marte.

—No, gracias. Ahora no. —Me aseguré de que los demás no nos oyeran—. Pero siento curiosidad. ¿Cómo has logrado todo esto?

Charles se inclinó hacia delante, el rostro radiante y ávido como el de un niño, y apoyó las manos sobre la mesa.

—Siempre he luchado con problemas estúpidos... los problemas realmente grandes. Es estúpido enfrentarse a ellos, porque muchos remiten al lenguaje que se utiliza para formularlos... y eso es una tontería.

»Pero un problema parecía realmente grande e interesante... fundamental. La matemática es poderosa. Podemos crear ecuaciones y usarlas como herramientas para describir la naturaleza. Podemos usarlas para predecir lo que ocurrirá. ¿Qué brinda a la matemática tanto poder? Tardé años en llegar a una conclusión, y cuando llegué no se lo conté a nadie... porque la conclusión era demasiado simple, y yo era demasiado joven, y no había manera de probar nada.

»Así que esperé. Estudié la Fosa de Hielo, todo lo que pude averiguar sobre William Pierce y su trabajo, su fatal descubrimiento. Supe que mi simple solución concordaba con sus teorías, que las explicaba y las complementaba. Me junté con otros que parecían estar en la misma sintonía, trabajé con ellos y los estimulé... mis ideas pudieron comprobarse.

»La matemática está constituida por sistemas de reglas. El universo también parece responder a un conjunto de reglas... no con tanta precisión, en realidad las

mediciones nunca son precisas en la naturaleza. Eso debió haber bastado para darnos una pista.

»Las reglas matemáticas le dan las características de una máquina calculadora. Podemos diseñar ordenadores que usen conceptos y reglas matemáticas, porque la matemática es un sistema de cálculo. El funcionamiento de un ordenador no es muy diferente de la matemática misma... es el manejo matemático de la luz y la materia. Y la matemática sirve para describir y predecir la naturaleza, porque la naturaleza misma utiliza un conjunto de reglas. La naturaleza se comporta como un sistema informático.

»Cuando hacemos cálculos mentales, almacenamos los resultados y las reglas en la cabeza o sobre un papel, o en otros tipos de memoria. Nuestro cerebro se convierte en el ordenador.

»El universo almacena los resultados de sus operaciones como naturaleza. No confundo la naturaleza con la realidad. En un nivel fundamental, la realidad es el conjunto de las reglas, y el resultado de sus interacciones constituye la naturaleza. Parte del problema de conciliar la mecánica cuántica con los fenómenos de mayor escala proviene de confundir los resultados con las reglas... un hábito incorporado a nuestro cerebro, bueno para la supervivencia, pero no para la física.

»Los resultados cambian si las reglas cambian. Nuestro universo evolucionó hace millones de años a partir de un caos de reglas posibles... un cimiento original lleno de posibilidades. Ciertos conjuntos de reglas se esfumaron en el caos, porque no eran coherentes, no podían sobrevivir frente a conjuntos más rigurosos, más significativos. No me refiero a «sobrevivir» en el tiempo. Simplemente se cancelaron y negaron en una eternidad al margen del tiempo. Pero surgieron conjuntos de reglas que no eran inmediatamente contradictorios, que podían operar como matrices informáticas autónomas.

»Los muy contradictorios, cuyas reglas no podían generar resultados duraderos, no fueron «grabados». Desaparecieron. Aquellos cuyos resultados podían interactuar sin contradicción, al menos por un tiempo, sobrevivieron.

»El universo que vemos usa un conjunto de reglas coherentes, y las reglas de las matemáticas pueden concordar con ellas.

»La matemática es una matriz informática. Su capacidad de descripción y predicción no es un misterio si el universo observado es el resultado de una matriz informática. No hay misterio... una clave fundamental.

Lo escuché atentamente, tratando de seguir su razonamiento. Una parte estaba bastante clara, pero no atinaba a seguir sus saltos intuitivos.

Charles miró el techo.

—Nunca le he dicho esto a nadie —dijo—. Me estás viendo en paños menores teóricos, Casseia.

—No me da vergüenza. Ni siquiera entiendo lo que estoy viendo.

—Hemos hablado mucho sobre la responsabilidad del descubrimiento, sobre los problemas que la teoría de descriptores os han causado a ti y a todo el mundo. He creído que te debía alguna explicación más. Dios no es necesario en todo esto... pero eso no significa que yo no haya buscado a Dios. Todavía no he encontrado la clave. Tal vez no haya ninguna, pero cuando contemplo estas cosas, cuando trabajo en estos problemas, son los únicos momentos en que me siento valioso.

»He vivido bastante bien, y no soy un monstruo, pero tengo más problemas emocionales que cualquiera. Cuando trabajo, trasciendo estos problemas. Soy puro. Es como una droga. No puedo dejar de pensar tan sólo para volverme responsable y frenar el cambio. Necesito la pureza de ese pensamiento, de ese descubrimiento. Tal vez nunca conozca un amor que me redima, tal vez nunca llegue a conocerme del todo, pero al menos tendré esto: los momentos en que me hice preguntas sobre la realidad y obtuve respuestas cabales.

—¿Cuándo comenzaste a creer que tu teoría estaba justificada? —pregunté.

—Yo reuní a los olímpicos. Stephen fue crucial en política, sobre todo cuando fuimos a trabajar para Cailletet. Primero, reprodujimos el experimento de William Pierce. Modificamos su instrumental, mejoramos la reducción de campo, usamos bombas de trastorno de campo más eficientes. Utilizamos una muestra de átomos más sencilla. Y llevamos los átomos al cero absoluto. A temperatura cero, el Continuo de Bell se vuelve coextenso con el espacio-tiempo. Se fusionan. Es posible modificar los descriptores de las partículas.

—¿Eso es todo?

—Es bastante. Pero tienes razón, no sería suficiente. La Tierra cree que los descriptores son simples interruptores positivo-negativo. Pero yo pensé que no podían ser tan simples. Primero traté de abordarlos como funciones tenuemente variables. Eso tampoco funcionó. No eran interruptores positivo-negativo, pero tampoco eran ondas. Eran codependientes. Cada cual se refería a los demás. Trabajaban en red. Cada partícula que posea masa contiene la misma cantidad de descriptores. Pero ese número no es un entero. Ni siquiera es racional. Los descriptores obedecen a la Lógica Cuántica de principio a fin. —Me miró con cierta preocupación—. ¿Te estoy aburriendo?

—En absoluto —dije. Me sentía atraída por el sonido de su voz, entusiasmada como una chiquilla y poderosa al mismo tiempo. Niños jugando con cerillas. La fascinación del fuego.

—Si quieres alabar un descriptor, primero debes persuadirlo de existir —dijo Charles—. Debes separarlo de la nube de descriptores potenciales, todos ellos codependientes. Y para ello necesitas un pensante LC.

—¿Pero cómo llegas a ellos? —pregunté.

—Buena pregunta. Estás pensando como física.

—Para mí son como pasteles de lodo.

Charles sonrió y me tocó la mano con el dedo.

—No te subestimes.

Yo aparté la mano.

—¿Cómo? —pregunté.

—Cuando llevamos una muestra atómica a cero, el espacio coextenso circundante cobra las características de una partícula grande, lo que llamamos una región de Pierce o alabeador. Tiene su propia carga, espín y masa, a veces la masa de la muestra original. Su masa extra es falsa, desde luego, y también sus rasgos. Suspendimos la seudopartícula, el alabeador, en un vacío. Descubrimos que cuando manipulábamos el alabeador, en realidad escogíamos un descriptor, lo extraíamos de la nube y lo modificábamos. Pero nada sucedió. El accidente insistía en tropezar con el singular descriptor de identidad que mantiene una partícula separada de las demás.

—El alabeo de una identidad singular podía convertir nuestra seudopartícula en cualquier partícula. La seudopartícula no existe de veras en la matriz... la matriz no la reconoce. Así que otra partícula adopta los rasgos que asignamos. Puede ser una sola partícula lejana, o todas las partículas dentro de un volumen definido.

Casi tenía sentido.

—El alabeador, el espacio coextenso, se convierte en sustituto de otros. Lo que le hagas a él se lo haces a los demás.

—Correcto —dijo Charles—. No hay partículas, no hay espacio ni tiempo. Ahora son meros fragmentos del viejo paradigma. Sólo quedan descriptores que interactúan dentro de una matriz indefinida. —Miró a Casares y Zenger, siluetas móviles detrás de la cortina transparente. Chinjia y Leander los ayudaban—. Podemos excitar una partícula distante de tal manera que pueda interpretarse como una señal.

—¿A qué velocidad?

—¿A qué velocidad puede viajar la señal? Instantáneamente —dijo—. Recuérdalo. La distancia no existe.

—¿No violas algunas leyes importantes?

—Claro que sí —dijo Charles con entusiasmo—. Cambio de paradigma. Y no lo digo a la ligera. Hemos echado la causalidad a puntapiés. La reemplazamos con un elegante número de equilibristas en el Continuo de Bell. Contabilidad. —Frunció los labios, aspiró profundamente, entrelazó las manos sobre la mesa y la golpeó con un nudillo—. Ésa es la explicación.

—¿*Toda* la explicación? —pregunté. Charles me ocultaba algo.

—Todo lo que importa por ahora... y por cierto todo lo que te interesa oír.

—Quieres decir todo lo que puedo entender. Una pregunta más. ¿Qué es el «alabeo del destino»?

Charles bajó los ojos.

—Has leído la carta de Stanford —dijo.

—Sí.

—Por eso me enviaste ese mensaje hace unos años.

—Sí.

—Era especulación. Pura e infundada.

—¿Nada más?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo le va el trabajo a tu esposo?

—Muy bien.

—Tienes un curioso gusto por los científicos, señora Majumdar —dijo Charles con una sonrisa enigmática.

Antes que pudiera responderle, Leander y Casares pasaron la cortina. Se sentaron en el comedor.

—Hemos terminado —dijo Casares—. El interior del cilindro está mellado... como si lo hubieran horneado y tallado. Estoy convencido de que una interacción de antimateria generó energía en la muestra. El doctor Zenger también está convencido.

—Lo aceptaré por el momento —dijo Zenger.

—Podemos enviar nuestro informe directamente a la presidenta, o...

—Yo se lo llevaré —dije.

—¿Han tomado las precauciones de seguridad? —preguntó Leander—. Necesitamos saber con quién podemos hablar.

—Todavía estamos elaborando los detalles.

—El Gobierno está en los detalles —dijo Charles.

En el viaje de regreso, estudié a Charles y Chinjia, observando sus posturas, observando cómo se miraban y cómo nos miraban a los demás. Volando sobre Solis Dorsa, eludiendo el borde de una delgada pero ancha tormenta de polvo, experimenté un escalofrío de inquietud.

Había algo importante que no me habían dicho.

La cuestión de los detalles no incumbía sólo al Gobierno.

Sentí abatimiento. Cuanto menos comprendiera, cuanto menos pudiera interpretar lo que se decía, más débiles seríamos Ti Sandra y yo. No podíamos permitirnos el lujo de ser débiles. Tendríamos que comprender más, y prever todo lo posible.

Yo tenía una sola manera de lograrlo. Carecía de la capacidad innata de Charles. Yo no podía seguir sus saltos intuitivos. Tendría que dar un paso para parecerme más a Orianna. Charles me lo había sugerido. Era obvio, era necesario, pero yo me resistía profundamente.

Necesitaría una expansión.

Tendría que llegar al nivel de comprensión de Charles, pero no a su brillantez, y

cuanto antes.

CUARTA PARTE

2182-2183 (A.M.59)

Por fuera, la estructura social de Marte —dónde vivía la gente, con quién se asociaba— cambió poco. Las mayores conmociones fueron provocadas por los funcionarios del Gobierno naciente, que revoloteaban por Marte como aves en busca de un nido. Al fin encontraron ese nido, que fue escogido sin mayor ceremonia por la presidenta en funciones. Ti Sandra eligió la cuenca de Schiaparelli, entre Arabia Terra y Terra Meridiani, y la diminuta estación de Muchas Colinas desbordó de actividad. Ésta sería la capital de Marte.

Una denominación tan solemne requería algo más que cavar túneles y construir cúpulas; se requería un nuevo renacimiento arquitectónico, algo que impresionara a todo el sistema y sirviera como símbolo de la nueva República. Todas las familias de la República querían aportar sus fondos y su pericia. La dificultad radicaba en escoger a partir de una multitud de entusiasmos y consejos.

El Congreso provisional creó un organismo llamado Punto Uno, y le asignó dos tareas dependientes: la seguridad del poder ejecutivo y el acopio de información para el Gobierno en general. Ti Sandra había pensado que con el tiempo habría que separar esas tareas, o surgiría un quinto poder en el Gobierno, «encargado de intrigas y puñaladas por la espalda». Pero hasta el momento las cosas iban sobre ruedas.

En la diminuta sede de Muchas Colinas, hablé con Ti Sandra sobre el final de nuestro Gobierno y la transición hacia un Gobierno electo. Esperaba continuar trabajando con los olímpicos, al menos hasta que se creara una Oficina de Investigaciones Científicas plenamente capacitada; mencioné la adquisición de una expansión. Ti Sandra preguntó qué clase de expansión utilizaría —yo aún no lo había decidido— y luego me presentó su propia sorpresa.

La presidenta caminaba a lo largo de la pantalla que cubría una pared entera de su oficina. Los enlaces mediáticos se habían instalado el día anterior. En la nueva pantalla, se podían obtener al instante estadísticas proyectadas de gran parte de Marte, así como conexiones con todas las redes públicas. Pensantes específicos realizaban búsquedas de imágenes y conceptos en todas las comunicaciones LitVid, y evaluaban constantemente el ánimo del planeta. Esperábamos comprar servicios similares (aunque de menos alcance) en otras partes del Triple, la Tierra incluida.

Nuestra conversación giró sobre las inminentes elecciones.

—No vamos tan mal —dijo—. ¿Has visto las listas?

Se habían designado muchos candidatos, pero ninguno gozaba de excesiva popularidad en las encuestas.

—Las he visto —dije.

—Si nos presentáramos, tal vez ganaríamos —dijo con un profundo suspiro.

—¿Hablas en serio?

Ti Sandra se echó a reír y me abrazó.

—¿Qué debemos hacer? ¿Hacer gala de nuestra honorable circunspección marciana y retirarnos a nuestras granjas, para asesorar a políticos menores como estadistas venerables?

—No me parece mal.

Ti Sandra cloqueó en tono reprobatorio.

—Tú has delimitado tu territorio. Quieres seguirle el rastro a Charles Franklin.

La miré alarmada.

—Me refiero a sus investigaciones, naturalmente.

Rara vez me enfadaba con la presidenta, pero esta vez me hirvió la sangre.

—No es algo trivial. Si no se controla como es debido, es la mayor fuente de problemas que tendremos durante años.

—Lo sé —dijo Ti Sandra, alzando las manos para aplacarme.

—Tiemblo cuando pienso en ello. Y no se me ocurre nadie mejor que tú para supervisar el proyecto. Pero... ¿qué te hace pensar que un nuevo equipo de funcionarios electos será tan sabio?

—Yo los ayudaré.

—¿Y si rechazan tu ayuda?

No se me había ocurrido esa posibilidad.

—Las elecciones constituyen un proceso azaroso —dijo Ti Sandra—. Aún no hemos probado que en Marte sepamos hacerlo. El momento más delicado es la transición.

—La transición se complica por culpa de dirigentes que se niegan a ceder el poder —le recordé.

—Y se embrolla por culpa de dirigentes que no saben gobernar —dijo ella.

—¿Quieres que me presente contigo?

—Dependo de ti. Y además... te dejaría a los olímpicos como tu problema específico. Sería una pena gastar tanto dinero en una expansión y quedarse fuera, como observadora.

Reflexioné un instante. Pasar a tomar parte de la historia me importaba mucho menos que guiar a Marte en un período delicado. Para aceptar el ofrecimiento, tendría que ver aún menos a Ilya, renunciar a años de vida privada. Pero Ti Sandra estaba en lo cierto. La mayoría de los candidatos que se habían presentado eran mediocres. Al menos nosotras teníamos cierta experiencia.

Consideraciones personales aparte, ¿dónde sería más útil? Yo había abrigado la esperanza de ofrecer mi asesoramiento pero manteniéndome al margen de la agotadora tensión de la función pública.

—No pareces entusiasmada —dijo Ti Sandra.

—Me siento enferma —dije, exagerando sólo un poco.

—Son mejores los dirigentes que menos ambicionan dirigir —dijo Ti Sandra.

—No me lo creo —respondí.

—Es un buen eslogan —dijo—. ¿Estás conmigo?

Reflexioné en silencio. Ti Sandra aguardó con impaciencia, una mujer arbórea e inmensa cuya presencia llenaba la habitación, y que yo había llegado a amar como a una madre.

Asentí, y nos estrechamos la mano.

Sin duda alguna, yo era ahora una política.

El mejor sitio para escoger, comprar e instalarse una expansión era Villa Jácara. Pregunté a Charles cuál era la mejor marca marciana, y qué nivel sería el adecuado para mis propósitos.

—Algo menos que un minipensante —sugirió— y más que una descarga LitVid. Lo mejor en esa categoría es un diseño de Marcus Pribiloff, con licencia del VM Wah Ming. Cuesta doscientos mil dólares del Triple, pero puedo conseguir un descuento.

Le pregunté por qué nunca se había hecho instalar una expansión.

—No tendré la presunción de decir que no me serviría —dijo—. Pero para el trabajo creativo no son muy útiles. Demasiado fijas, demasiado lineales.

Villa Jácara había cambiado poco en los últimos seis años. Prevalecía esa atmósfera de entretenimiento barato y comida estudiantil; la arquitectura aún encarnaba lo peor de Marte. Pero había crecido un distrito nuevo en el sector sudoeste, destinado a estudiantes y profesores que desearan competir con académicos terrícolas.

En Marte siempre habíamos tenido gente que utilizaba expansiones. Los economistas habían sido los primeros, seguidos por los matemáticos, los físicos, los sociólogos y los médicos. Pero ahora llegaban a Villa Jácara marcianos sin necesidades profesionales específicas. La venta de expansiones se había triplicado en la UMS en los tres últimos años.

Las costumbres estaban cambiando. Marte se parecía más a la Tierra; dentro de veinte años, pensaba yo, podríamos alcanzarla.

Me tomé unas vacaciones para viajar a Villa Jácara, donde visité inmediatamente la oficina de Pribiloff. La decoración era una versión modernizada del estilo de las viejas colonias. Incorporaba el ingenio del diseño marciano, cuando los bienes escaseaban, pero con un toque paródico. Me gustaba el estilo, pero no calmaba mi nerviosismo.

Una secretaria humana y maternal, muy conservadora, me realizó un rápido chequeo médico y verificó mis estadísticas. Luego me acompañó hasta el despacho del doctor Pribiloff. Éste me recibió con un apretón de manos y se sentó en un taburete, ofreciéndome una cómoda silla bajo un foco de luz. El resto de la pequeña

habitación estaba en penumbras, Pribiloff incluido.

El doctor parecía de mi edad, con rasgos severos, frente alta, tez profundamente melánica, atractivo a su manera académica. Vestía un traje sencillo y botas tubulares. El bolsillo para la pizarra brillaba por su ausencia; sin duda llevaba la pizarra internamente.

—Usted ha elegido una opción interesante, señora vicepresidenta —dijo Pribiloff—. Pocos políticos escogen una expansión específica para la ciencia. Usted no ha demostrado mayor interés en estos temas anteriormente... ¿Puedo preguntarle por qué le interesan ahora?

Sonreí cortés y evasivamente.

—Es algo personal —dije.

—Una expansión por afición no siempre satisface —me informó Pribiloff, moviéndose en el taburete—. La última tecnología siempre requiere bastante motivación y concentración. El modelo que usted ha pedido... nunca he instalado uno. Es una versión de una expansión terrícola que rara vez se instala, ni siquiera allí.

—¿Por qué necesita saberlo? —pregunté.

—No es por simple curiosidad, señora Majumdar —dijo Pribiloff—. Necesitaremos compatibilizar su sintaxis neural con la expansión, y el modelo funciona mejor dentro de cierta gama de complementos sintácticos. Creo que usted concordará...

—Me cercioré de ello antes de venir aquí —le dije.

—Sí. Pero la expansión aún requiere mucha atención. Es más agresiva, como decimos nosotros. Algunos dirían que es una intrusión.

—¿En qué sentido?

—Por lo pronto, modificará su córtex visual al trazar un camino directo entre la imaginación matemática y la visualización interna. No es un cambio permanente, pero si usted conserva la expansión más de tres años, y se la extrae, tendrá un difícil período de readaptación.

—Síndrome de abstinencia —dije.

—Algunos lo describen así. Con la expansión, usted pensará en ciertas cosas de otra manera, más analítica. Es posible que vea las relaciones sociales bajo una nueva luz.

—Parece usted incómodo con mi elección, doctor.

—En absoluto. Sólo quiero que mis clientes comprendan los potenciales y las limitaciones. Si usted está suficientemente motivada, funcionará bien. De lo contrario...

—Lo estoy.

—De acuerdo. Permítame describir los niveles disponibles. Esta unidad es de tamaño estándar, pero a diferencia de las expansiones basadas puramente en datos,

contiene gran cantidad de algoritmos de resolución de problemas. Conceptos y ecuaciones para acceso de memoria directa, y ayudas de asistencia neural para pensamiento de alto nivel. Usted no se convertirá en un genio científico, pero comprenderá de qué hablan los genios, y tendrá maravillosas herramientas para explorar una amplia gama de temas, concentrándose en física teórica.

—Perfecto.

—Como usted solicitó, este modelo será actualizado para incluir las obras más recientes, y usted puede copiar suplementos de la red. Más aún, podemos encargarnos de su suscripción a diversos servicios de lenguaje básico.

—Bien.

Pribiloff me estudió un instante y añadió:

—El procedimiento es indoloro. La expansión se coloca subcutáneamente, cerca del foramen magnum, en una vaina acolchada hiperinmune. Las nanofibras crean conexiones neurales al cabo de una hora del implante, y usted podrá experimentar un incremento de sus capacidades, y por supuesto un incremento de sus conocimientos, al cabo de veinticuatro horas. Necesitaré varios formularios de consentimiento, cesión de crédito y acuerdos para entregar informes diarios sobre su progreso durante los primeros diez días. La expansión incluye su propio diagnóstico, y usted sólo tiene que transferir el informe a la red. De lo contrario, se anulan todas las garantías.

—Comprendo.

—Se aplican los privilegios médico-paciente, desde luego.

—Desde luego.

—¿Cuándo desea someterse al procedimiento?

—Cuanto antes —respondí.

—Bien. Yo mismo me encargo de las inserciones e implantes. ¿Mañana a las quince le parece conveniente?

Al día siguiente, más nerviosa que nunca, regresé al consultorio y me tendí de bruces en un cómodo diván de aquella sala en penumbra. Un foco de luz apareció sobre mi cuello y un pequeño arbeiter se acercó, apoyando sus gráciles brazos curvos en mi nuca.

Pribiloff me mostró la expansión: un disco plano, delgado y negro, de apenas un centímetro de anchura. Salvo por la identificación del producto, no tenía características especiales. Antes de la inserción, Pribiloff sumergió el pequeño disco en nanocarga y nutrientes, luego lo insertó en la guía. Cerré los ojos y dormí cinco minutos. El procedimiento era rápido e indoloro.

Me fui del consultorio sintiéndome como si hubiera perdido otra clase de virginidad, traicionando a mi cuerpo y a la madre que me lo había dado. Me pregunté si se lo contaría a mi padre. Ilya lo sabría, y Charles, ¿pero por qué revelar mi cambio a los demás? Al cabo de unas horas, me avergoncé de mi tonto conservadurismo,

pero aún seguía abatida.

Y entonces mi modo de ver el mundo comenzó a cambiar.

Viejos amigos, viejos adversarios y viejos y ambiguos conocidos seguían reapareciendo en mi vida y dejando nuevas huellas. Hacía tres años que no veía a Diane Johara, pero mi pizarra recibió un mensaje suyo mientras estaba en el consultorio de Pribiloff. Hablamos por satélite mientras yo ordenaba la habitación de Villa Jácara que había alquilado para la operación.

Pasaría por la estación natal de Diane, Mispec Moor, durante una gira de campaña constitucional en el valle del Mariner. Ilya estaría conmigo. Después de las reuniones con los reporteros LitVid, teníamos medio día y una noche libres; planeamos gustosamente la cena.

—¡Es maravilloso hablar de nuevo contigo! —exclamó Diane—. Tenía miedo de enviarte un mensaje... temía que pensaras que buscaba tu ayuda o algo parecido. ¡Casseia, lo que has logrado!

—No está mal por tratarse de alguien que piensa demasiado, ¿eh?

Diane se rió.

—Nada que ver con esos estudiantes radicales que combatían a los estatistas.

—¿Has cambiado de estilo, Diane?

—Casseia, soy sumamente respetable. He trabajado en la Comisión Constitucional de Mariner. ¿Acaso somos estatistas? ¿Es posible?

—Usaremos otro nombre, ¿de acuerdo?

—Y me he casado. Pero no es un simple vínculo legal... es algo más. Me he transferido a Steinburg-Leschke. Me he convertido al judaísmo de la Nueva Reforma. Conocerás a Joseph. Es muy especial.

—También te gustará Ilya. Las cosas han cambiado, Diane.

Arreglamos los detalles y cortamos. Me quedé sentada en la única silla de aquella habitación, las maletas a mis pies, y reflexioné sobre el paso del tiempo. No sólo me sentía vieja, con sólo quince años, sino que al medir el tiempo como una sucesión de acontecimientos memorables me sentía definitivamente antigua.

Pensé en el tiempo como reflejo del movimiento, árbitro del cambio, transmisor y disipador de información: *el tiempo es lo que queda cuando no pasa nada, la distancia entre el entonces y el ahora*: tiempo maleable, marcado en una bruma de ecuaciones multicolores, inexistente para las partículas sin masa, para ellas un ahora eterno en un universo plano como una hoja de papel.

Entonces reconocí los signos: la expansión estaba integrando e informando, organizando zonas de información compartida y capacidad dentro de mi cerebro. El proceso era seguro. Miles de millones lo habían probado en la Tierra, y cientos de miles en Marte, algunos, como Orianna, varias veces. Pero para mí era extraño, y tan inquietante como hipnótico.

Perdí una hora en aquella silla, en esa sórdida habitación de Villa Jácara, reflexionando sobre el movimiento, y la gravitación, y cómo hacer fuerza contra una pared significaba que la pared respondía con igual fuerza. Reflexioné sobre la velocidad angular y la torsión como análogos de la velocidad y la fuerza lineales, y pensé cómo una rueda, sometida a una fuerza perpendicular a su eje, se comporta cuando no gira, y cuando gira. Analicé sistemas físicos, y luego analicé cada componente mientras estudiaba las características más simples de sus cambios, y cómo los cambios afectaban al sistema más amplio.

Mirando la alfombra metabólica, seguí con la imaginación la trayectoria de un fotón que atravesaba una fibra traslúcida, desacelerando y reverberando. Vi todas las trayectorias posibles del fotón convergiendo al fin en su trayectoria real, *una suma de sus historias*, y el fotón emergiendo del otro lado de la fibra con suprema economía de energía y movimiento, *acción mínima, tiempo mínimo*.

Aquella vacía y sórdida habitación se convirtió en una niebla de fuerzas tan fascinante como una fiesta llena de gente hablando. Detrás de la fachada de interacciones electromagnéticas —todo lo que yo tocaba, veía, olía o apreciaba con mis sentidos— se extendía un vacío plenipotente mucho más rico y extraño que la materia y la energía, el terreno donde mi ser estaba pintado tan ligeramente que era ínfimo... y sin embargo, yo *veía*, y al ver daba forma y sentido al conjunto.

Desperté de esa ensoñación, me levanté, cogí mi maletín y ordené a la puerta que se abriera. Mientras atravesaba el corredor, traté de frenar aquel torrente de visiones.

¿Charles pensaba y veía así constantemente?

La Oficina de Información de la República me había programado tres entrevistas en seis horas, la primera quince minutos después de mi llegada a Mispéc Moor. Ilya me abrazó deprisa mientras entrábamos en la plataforma de la lanzadera, en medio de una corriente de aire tibio y húmedo procedente de las granjas de proteínas. Mispéc Moor se dedicaba estrictamente al sacrificado trabajo de producir proteínas y explotar minas de carbón.

—Ahora estás sola —me susurró al oído—. Odio las candilejas.

—Gracias —dije con resignación—. Disfruta del panorama.

Le harían visitar las formaciones de fósiles de Mispéc Moor mientras yo me enfrentaba a los reporteros. Su presencia era tan protocolaria y política como la mía, pero todavía fingíamos que Ilya estaba al margen.

El funcionario de información que me acompañaba me presentó a dos reporteros de Marte y Triple Squinfo, una moderada pero influyente empresa LitVid que ponía el énfasis en la sustancia y la revelación. Yo sólo me había enfrentado una vez a reporteros de MTS y había sido bastante duro.

El funcionario, un joven agradable conectado con el VM Klein por matrimonio, nos acompañó hasta una sala raída.

Los reporteros habían llegado del norte de Noachis en un tren de velocidad media, un viaje de ocho horas por páramos sembrados de cráteres. No parecían estar de buen humor.

Nos sentamos en los gastados divanes y el mayor de los dos puso su pizarra sobre la mesa, voz y vid activos. La otra reportera, una mujer joven y nerviosa de cabello negro y espeso, comenzó el interrogatorio.

—Su Gobierno provisional tiene dos meses más para persuadir a Cailetet y los demás VM disidentes de unirse a la República —dijo—. Algunos funcionarios del equipo interino opinan que Cailetet sólo necesita un incentivo, y que usted tiene un problema personal con Achmed Crown Niger.

Enarqué las cejas y sonreí, y decidí terminar pronto con lo que aquella joven debía considerar una pregunta incisiva y profunda.

—El señor Crown Niger representó una vez a Freechild Dauble y se encargó del encarcelamiento de un grupo de estudiantes en la Universidad de Marte en Sinaí. Supongo que a eso se refiere.

La reportera asintió, clavando los ojos en su presa.

—Eso fue hace mucho tiempo. Marte ha cambiado, yo he cambiado.

—¿Pero cree usted que Crown Niger ha cambiado? —intervino el segundo reportero. Se inclinó hacia delante. Me sentí como un ratón rodeado de halcones.

—Es indudable que ha prosperado. El progreso cambia a la gente.

—¿Y usted cree que su Gobierno puede trabajar con él, lograr su colaboración antes de las elecciones? —preguntó la primera reportera. El tercero parecía conforme con escuchar y aguardar el momento oportuno.

—Buscamos la participación completa. Nos disgustaría que Marte estuviera dividido más tiempo del necesario.

—Pero Cailetet afirma que el Gobierno provisional respalda proyectos que pueden atentar contra la estabilidad del Triple —dijo el segundo reportero.

—No he oído nada de eso.

—Es un comunicado general para los LitVits, que se difundirá por red y banda ancha a las veintidós hora Triple. —Me entregó la segunda pizarra con el mensaje. Lo leí rápidamente.

—¿Se ha puesto usted en contacto con los olímpicos? —preguntó la primera reportera.

—Es algo a lo que no me corresponde responder.

—¿Cómo podrían desestabilizar el Triple?

Me eché a reír.

—No lo sé.

—Hemos investigado un poco este tema —continuó la primera reportera— y hemos descubierto que Cailetet financió a estos científicos un tiempo. Los científicos

se fueron a otra parte, supuestamente a la UMS. Ahora están con usted, ¿verdad?

—Cailetet parece saber sobre esto más que yo —dije—. ¿Han hablado con Crown Niger?

—Sí —dijo el tercer reportero—, extraoficialmente. Él cree que el Gobierno provisional se comporta muy neciamente, y que provoca a la Tierra. Parecía asustado.

—Si el señor Crown Niger desea expresar sus opiniones seriamente, sobre cualquier asunto real o imaginario, debería hablar directamente con nosotros, no a través de la red.

La primera reportera pestañeó y cabeceó.

—Crown Niger no es tonto. ¿Qué trata de hacer?

—No tengo la menor idea —dije. Miré de soslayo al funcionario, quien diestramente puso fin a la entrevista.

No había lujos en una estación pequeña como Mispec Moor. En un taxi desvencijado que recorría los antiguos túneles, donde predominaba el olor a levadura de la actividad nano, el funcionario de información me miró cautelosamente.

—¿Qué podemos esperar? —preguntó.

Sacudí la cabeza sombríamente.

—Crown Niger trata de hundir las elecciones.

—¿Hay algo más que nuestra oficina deba saber?

—No por el momento —respondí. Me apoyé en el rígido asiento y sentí el cosquilleo de la expansión. Los recuerdos de los informes de los olímpicos se mezclaban con mi nuevo refinamiento. Nuevas preguntas se enmarañaban en mi cabeza. Visualicé ciertas ecuaciones de los informes que Charles había transferido a mi pizarra. Los símbolos fulguraban en rojo, verde y púrpura, ordenándose en la expansión y presentándose a mi percepción consciente. Aún no saboreaba esa sensación. Era inquietante tener aquel poderoso experto unido directamente al pensamiento consciente y subconsciente.

Las ecuaciones —que yo sólo comprendía de manera borrosa, pues las aptitudes de la expansión aún no habían penetrado en profundidad— indicaban vagas discrepancias. Cerré los ojos, tratando de ahuyentar esas distracciones para pensar en Crown Niger. Pero las ecuaciones no se esfumaban.

Hay más. Sacudí la cabeza y maldije entre dientes.

—¿Se siente bien? —preguntó el funcionario.

—Estoy pensando —dije, la mejor respuesta que podía dar en aquel momento.

Diane Johara había engordado un par de kilos, y su rostro había adquirido una expresión más suave y más picara, pero todavía era Diane, y nos abrazamos como si nuevamente fuéramos estudiantes y compañeras de cuarto. Joseph e Ilya se saludaron con cierto embarazo, dos varones que acababan de conocerse y se evaluaban mutuamente. El apartamento, con tres habitaciones y un baño, era sobrio aun para

Mispec Moor, aunque pulcro y confortable, y estaba impecablemente decorado con colchas de la familia de Diane y vivas y extravagantes pinturas de la de Joseph.

Diane llevaba un vestido largo de terciopelo negro y un pequeño *yarmulke* sobre la coronilla. En el judaísmo de la Nueva Reforma, tanto los hombres como las mujeres debían ocultar su cabeza de la mirada de Dios. Se había recogido el cabello en un moño en forma de paloma a un lado, y aquel estilo me pareció tan digno como atractivo. Diane había hallado su verdadera belleza.

Me alegré tanto de verla y de olvidar la inquietante catarata de pensamientos que sentí ganas de llorar de alivio. Lloré un poco, lágrimas de amistad renovada. Joseph nos condujo a la habitación del medio, una cavidad circular de siete metros de diámetro con paredes de roca roja y negra sobre un aislante. Ilya reconoció de inmediato el mineral y él y Joseph encontraron un tema de conversación: el asentamiento del hierro oxidado durante la historia primitiva de Marte, la fluctuación de organismos productores de oxígeno en el antiguo Mar de Vidrio y la vinculación química de sus desechos.

Me alegró que Ilya y Joseph hubieran hallado temas de interés que los mantuvieran ocupados. Diane y yo necesitábamos hablar de muchas cosas.

La velada transcurrió agradablemente hasta la hora de la cena, que nos reservaba una sorpresa: al cabo de un día de olor a levadura y pobres expectativas, Diane y Joseph prepararon y sirvieron una comida maravillosa. Verduras frescas, la mejor ensalada que yo había probado en meses, pasteles de proteína maravillosamente aderezados con curry y chutney fresco. Comimos hasta el hartazgo, descansamos, y luego comimos un poco más.

—Aquí mantenemos las cubas de las granjas —explicó Joseph. Cuando miraba a Diane, Joseph parecía embelesado. Creo que yo nunca había visto una pareja tan enamorada.

—La familia de Joseph ha tenido las suyas durante treinta años —dijo Diane, sonriendo a su esposo.

Mirándolos y escuchándolos, sentí un extraño retortijón. Mis sentimientos por Ilya eran fuertes, y nos sentíamos cómodos juntos. Por necesidad, habíamos hallado modos de estar separados sin deprimirnos. Dudaba de que Diane y Joseph hubieran estado separados más de algunas horas en todos sus años de matrimonio.

Eran encantadores.

Después de la cena, Joseph y yo recogimos los platos mientras Ilya hablaba con Diane. Por simplicidad y autonomía, no tenían *arbeiters* de servicio en el apartamento. Joseph hizo algunas preguntas corteses sobre el nuevo Gobierno, preguntas a las que yo me había acostumbrado hacía tiempo, y a las que respondí con soltura. Luego frunció el ceño, dejó el último plato y se volvió hacia mí.

—Me gustaría comentar algo. Diane no piensa que valga la pena mencionarlo,

pero yo opino de otra manera —dijo.

—¿Sí?

—Varias fuentes han presentado solicitudes para usar los territorios de Steinburg-Leschke para explotación de minerales, para instalar analizadores remotos.

—¿Eso es inusitado? —pregunté.

—No... pero las solicitudes no tienen sentido.

—¿No?

—Todas son solicitudes de tierras cartografiadas hace veinte años en la Inspección de Recursos Generales. No parecen necesarias nuevas inspecciones.

Todo Marte estaba dispuesto a desconfiar del prójimo. La oficina de la presidenta recibía más de cien advertencias por semana. Si el peor defecto de Joseph era cierta preocupación por la República, podía aceptarlo. Cortésmente lo alenté.

—¿Y?

—He investigado las solicitudes. Todas vienen de ex extensiones de Cailetet, y de contratistas relacionados con Cailetet.

—¿ExVM?

—Todos signatarios de la República. Ninguno de Cailetet directamente... pero... indirectamente, todos.

—Qué interesante —dije, aunque me parecía bastante normal. Tal vez Cailetet no quisiera llamar la atención de un Gobierno que no respaldaba, y tal vez no deseara que porfiados gobernadores de distrito le negaran la autorización.

—He preguntado —dijo Joseph, cerrando y activando la lavadora de la cocina—. Nueve de cada diez distritos con los que trata Steinburg-Leschke han recibido solicitudes. Eso cubriría medio Marte. Miles de lugares.

Presté mayor atención.

—¿Por qué tantos?

—Presumo que desean descubrir recursos y reclamar derechos comunes antes de las elecciones. Tienen miedo de que las reglas cambien después. Pero estoy intrigado... ellos no podrían explotar tantos yacimientos.

—¿Una perdigonada? —pregunté, aludiendo a la vieja técnica de presentar muchas solicitudes con la esperanza de obtener algún terreno productivo. Erzul mismo había practicado esa táctica. La explotación minera no era trabajo para blandengues.

—¿Por qué en tantas zonas vacías o agotadas? ¿Saben algo sobre areología que el Gobierno ignora? ¿O quizá mi familia?

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Lo estudiaré.

—Me disculpo por hablar de negocios —dijo Joseph—, pero siempre hago caso de mí instinto.

—¿Y alguna vez se equivoca?

—Oh, con frecuencia. —Joseph se echó a reír—. Yo le hago caso, pero no siempre sigo sus consejos.

Nos reunimos con Ilya y Diane en el pequeño salón. Pasamos de los negocios a la política, pero sin comentarios rudos ni entrometidos, algo que agradecí. Me estaba hartando de mi personalidad pública y ansiaba algún respiro. Ilya lo notó y pronto encauzó la conversación hacia los alimentos y su producción. Joseph mordió el anzuelo y describió los planes de expansión de Mispéc Moor.

Fui al lavabo como excusa para estar sola un rato y reflexionar. Comprendí que llegaría un momento en que odiaría todavía más aquel papel de figura pública, a cuyos oídos siempre llegaban murmullos, cuya vida era objeto de primeros planos en LitVid, que no podía pasar tiempo suficiente con su esposo.

Por acuerdo tácito, Ilya y yo habíamos aplazado los planes para tener hijos, y comprendí que los hijos y la continuación de la vida real serían imposibles durante años si yo me presentaba con Ti Sandra y ganábamos.

Pensé en el afable y sincero Joseph y en su preocupación por aquellas solicitudes, y en las mil advertencias, calamitosas o tontas, las incesantes responsabilidades que abruman a gente que debe delegar, y que al delegar debe escoger sabiamente, y que cuando algunas de esas opciones fallan —como inevitablemente ocurre— debe obrar implacablemente en busca de un bien superior, un bien no siempre definible, y sobre el que no siempre coinciden todos los gobernados. Pensé en el crujido de los engranajes políticos y sentí pena por mí misma.

Me calmé. Regresé al salón después de lavarme la cara; Ilya, consciente de mis emociones ocultas, palmeó los cojines del diván y me abrazó.

—Tenemos buenos hombres, ¿verdad? —dijo Diane.

Rodeé a Ilya con el brazo y sonreí, y Joseph se sonrojó.

Convoqué a una conferencia con los olímpicos en Muchas Colinas, dos semanas después de instalarme la expansión, y manifesté mi sospecha de que no me lo habían dicho todo.

No había visto a Ilya en una semana: recorriendo Marte, haciendo campaña con y sin Ti Sandra, estrechando manos y escuchando a mil simpatizantes, ignorando a los que apartaban la vista y no me ofrecían la mano; me preguntaba si alguna vez regresaría a la vida real, y si la reconocería.

Nos reunimos en la oficina de la vicepresidenta, recién terminada. Era grande pero austera, acorde con nuestro estilo.

Un tanto deslumbrada miré a los nueve olímpicos reunidos ante una mesa cubierta de fruta fresca y cereales. Por primera vez conocí a Mitchell Maspero-Gambacorta, robusto y calvo, vestido de negro, que venía de un pequeño VM marciano de Helias; Yueh Liu, un transformista alto y atlético, oriundo de la Tierra,

que se había unido a los olímpicos hacía dos años; Amy Vico-Persoff del VM Persoff de Amazonis, una joven de aspecto sólido con rasgos resueltos y voz firme y serena; y Danny Pincher, un hombre maduro y desaliñado de rostro blando. Charles estaba en el extremo opuesto, con expresión tranquila y alerta. Les pedí que leyeran nuevamente sus exposiciones.

—Falta algo, y es importante —concluí—. Todavía tenéis la otra bota.

Charles sonrió apenas.

—¿Qué bota?

Procuré hallar las palabras adecuadas para aquello que mi expansión me había inducido a pensar.

—Me refiero a las botas de siete leguas —dije.

Todos callaron. Nadie se animaba a hablar. Uní dos dedos rígidos sobre el escritorio.

—Vuestras ecuaciones implican mucho más. He podido deducirlo con la ayuda de la expansión. Y si estas cosas me molestan a mí, sin duda deben molestar a otras personas en la Tierra.

—Nadie de la Tierra tiene acceso a nuestros datos —dijo Charles.

—¿Por cuánto tiempo se puede mantener en secreto un descubrimiento tan importante? —pregunté—. ¿Semanas, meses? Sin duda alguien en la Tierra comprenderá. Hay millones de personas mucho más brillantes que yo...

—Tal vez dentro de algunos años alguien tropiece con lo que nosotros hemos aprendido —dijo Leander, evidentemente incómodo—. Muchas cosas que estudiamos son especulativas...

—No estoy de acuerdo —dijo Yueh Liu, estirando sus musculosos brazos sobre la cabeza—. Las implicaciones son claras, como dice la vicepresidenta Majumdar. No debemos ser tan cautos. Conozco a muchos colegas nuestros en la Tierra, y ellos tendrán una idea más clara de la situación antes de lo que creemos.

—El alabeo del destino —dije.

Charles negó con la cabeza.

—Olvídalo. No significa nada.

—Deberíamos revelar esto a todo el mundo para que todos estén en igualdad de condiciones. La Tierra, Marte y los Cinturones —dijo Chinja Park Amoy—. Me sentiría mucho mejor si pudiéramos hacerlo.

—Ya hemos optado por el secreto —dijo Leander con un gesto de preocupación. Percibía que el grupo perdía cohesión. Todos parecían inquietos, asustados. Tuve la sensación de haber metido la mano en un nido de avispas.

—Botas de siete leguas —dijo Maspero-Gambacorta—. Todos los sueños.

—Basta —intervino Charles, recobrando la calma—. ¿Qué crees que hemos callado, Casseia? —Se inclinó hacia delante, mirándome como si yo fuera lo único

que importaba en este mundo—. Ahora tienes tu expansión. Dínoslo. ¿Qué piensas?

—No presumo de ser un genio, ni de comprenderlo todo...

—Mucho mejor. Danos una idea de lo que pensarán los demás cuando se enteren de los avances más recientes. Puesto que con el tiempo se enterarán. Dinos.

Me molestó que Charles invirtiera la situación de aquel modo. Me sentí como una estudiante en un examen.

—Si tenéis acceso al Continuo de Bell, a todo lo que determina la naturaleza de la realidad...

—Sólo a las variables ocultas —dijo Nehemiah Royce. Charles alzó la mano, indicando que no me interrumpieran.

—¿Qué más se puede alterar? —pregunté—. Descriptores de velocidad, velocidad angular, espín, carga... todo. ¿Qué más se puede modificar o controlar?

—No todos los descriptores son susceptibles de alabeo —dijo Charles.

—Por ahora —añadió Nehemiah Royce.

Charles ladeó la cabeza reconociéndolo.

—Pero tienes razón, y es interesante que menciones las botas de siete leguas.

El vacío que sentía en el estómago aumentó.

—Sospecho que tu expansión te dice más de lo que puedes expresar conscientemente —dijo Charles—. Otros usuarios de expansiones tienen el mismo problema. Es un fallo de diseño. Tal vez pronto las mejoren.

—Por favor —dije.

—Podemos llegar a una partícula y alabear el descriptor para su posición en el espacio-tiempo. Podemos cambiar el descriptor y desplazar la partícula.

—¿Desplazarla adónde? —pregunté.

—Adonde se nos antoje. Sin embargo, hay un problema. Aún no hemos desplazado nada. Lo cierto es... —Miró en torno—. No podemos desplazar nada pequeño. No entendemos por qué, pero el Continuo de Bell une muchos descriptores de posiciones. Tiene relación con la escala, con las reglas que atañen a la conservación de la energía. No podemos separarlos, así que no tenemos acceso a los descriptores de forma individual o por grupos pequeños para objetos de poca importancia. —Charles se relamió los labios—. Pero sabemos cómo alabear gran cantidad de descriptores simultáneamente. En este momento, no podemos usar nuestra teoría para desplazar este cuenco de arroz —dijo, moviendo un cuenco con la punta del dedo—, pero la mayoría creemos que podemos desplazar un objeto grande, si así lo deseamos.

—¿Cómo de grande? —pregunté.

—Los parámetros están determinados por el tamaño y la densidad. Lo mínimo que podemos desplazar es un objeto de cierta densidad. Su diámetro medio sería de veinte kilómetros.

—Estamos dispuestos a intentar un experimento —dijo Leander. La atmósfera de la habitación estaba cargada de perversa excitación.

—Fobos es el objeto local más pequeño que podemos desplazar. Su eje mayor es de veintiocho kilómetros, y su densidad de dos gramos por centímetro cúbico. Sugerimos el desplazamiento de Fobos.

Lo miré desconcertada. Charles ladeó la cabeza y enarcó las cejas para alentarme.

—¿Adónde? —pregunté.

—A Tritón —dijo Charles—. En torno a Neptuno. Nadie reclama Tritón. Tiene el tamaño suficiente...

—¿Por qué Tritón?

Charles señaló hacia arriba.

—Volátiles. Podemos desplazarlo y explotar sus minerales. Podría aprovisionar Marte durante millones de años.

—Podríamos ponerlo en órbita —dijo Maspero-Gambacorta— y arrancarle hielo... dejar que los copos penetraran en la atmósfera de Marte. Con el tiempo, la atmósfera se espesaría...

—O podríamos usarlo como vehículo de exploración —intervino Leander.

—¿Por qué no ambas cosas? —dijo Royce, mirando a sus colegas con aire de chiquilla.

—Todos habéis pensado mucho en esto —dije—. ¿Por qué no se nos ha informado antes?

Royce fue el primero en hablar.

—En realidad no hemos hecho ningún experimento. Hasta que sepamos con certeza... desplazar algo... es difícil de aceptar. Usted lo comprenderá.

Asentí lentamente, más pasmada que nunca.

—¿Entonces es verdad que la distancia no existe? El espacio y el tiempo...

Danny Pincher soltó una carcajada.

—He estado trabajando en alabeo temporal. En teoría, claro. Los descriptores están estrechamente vinculados o, como decimos nosotros, son correactivos. Mantienen una cáscara de causalidad. Todo el sistema de la lógica de descriptores es asombrosamente clásico. Pero la contabilidad general conduce a enormes complicaciones si observamos la naturaleza macroscópica. La totalidad sólo se vuelve más simple en el ámbito de los descriptores.

—En definitiva —dijo Charles—, es posible que podamos reducir nuestro conocimiento del universo a una breve ecuación.

—Redondeando la física —dijo Leander, asintiendo con la cabeza como si esto ya fuera una certeza.

—Pero desplazar una luna... ¿de dónde sale la energía? —pregunté. A pesar de mi expansión, no podía sacar una respuesta clara de las ecuaciones que había en sus

trabajos.

—Los descriptores de energía y vector que rigen la conservación están enlazados a través de escalas cada vez más grandes —dijo Charles—. Si desplazamos un objeto grande, aprovechamos un sistema más amplio. Por ejemplo, si desplazamos Fobos, la contabilidad automática del Continuo de Bell adaptaría los descriptores de todas las partículas que se desplazan dentro de la galaxia, deduciendo una cantidad ínfima de su velocidad total, velocidad angular y energía cinética. El resultado neto sería una reducción en las cantidades correspondientes a toda la galaxia. Nadie lo notaría.

—Al menos, no durante millones de años —dijo Royce—. Tendríamos que desplazar miles de estrellas de un lado a otro para que se notara la diferencia.

—Parece tan fácil —dije—. ¿De veras es posible desplazar estrellas?

—No —dijo Leander—. Creemos que existe un límite.

—El límite parece estar en los dos tercios de una masa como la terrestre, sea cual fuere su densidad —dijo Royce—. Aunque tal vez sólo sea un problema por ahora.

—Algunos creemos que existe un verdadero límite —dijo Chinjia Park Amoy. Danny Pincher y Mitchell Maspero-Gambacorta manifestaron su acuerdo.

—¿Puede hacerse con el equipo que tenemos ahora? —pregunté.

Los olímpicos miraron a Charles para que diera una respuesta definitiva.

—Necesitaríamos aumentar la capacidad de nuestros pensantes —dijo Charles—. Ya hemos estado trabajando en eso. Tendremos nuevos pensantes en Tharsis dentro de pocas semanas. Podríamos lograrlo en semanas o meses. Siempre que sea posible.

—¿Y lo es? —insistí.

—Teóricamente, no es más difícil que convertir materia en antimateria —dijo Charles—. Pero no podemos hacerlo a distancia. Tendríamos que estar situados sobre el objeto que desplazamos.

—Pero ¿es posible?

—Sí —respondió, con voz más tajante ante mi insistencia.

—Podéis desplazar Fobos.

—Podemos desplazar Fobos, si se nos ordena hacerlo —dijo Charles, y su mirada era un reto.

Durante la semana siguiente asimilé lentamente lo que me habían dicho los olímpicos, estimulada por una corriente constante de datos e interpretaciones provistas o inducidas por la expansión. Comencé a comprender —en medio de mis obligaciones oficiales— lo que implicaban los descubrimientos del grupo, las certezas, las probabilidades, las posibilidades... las cosas improbables.

Nada parecía imposible.

De noche, a solas (o, en una ocasión esa semana, junto a Ilya, después de hacer el amor), pensaba en un millar de cosas que quería decir a Charles. Ante todo, amargos reproches como el que ya le había hecho. *¿Por qué ahora, por qué yo? ¿Por qué*

tanta responsabilidad?

Luego seguían escalofriantes especulaciones. ¿Cómo reaccionaría la Tierra si sabía que Marte había avanzado tanto? *Charles puede arrojar lunas sobre la Tierra. Es posible. El torpe, inmaduro e inestable Marte. No se fían de nosotros. Si saben esto, si se enteran, tratarán de detenernos. Es posible que ni siquiera intenten negociar. No pueden permitirse el lujo de ser cautos y aguardar nuestra madurez política.*

Todas aquellas posibilidades habían existido antes, cuando sólo el descubrimiento de materia y antimateria entraba en las ecuaciones políticas. Pero ahora la presión era mucho mayor. Una presión imposible, fuerzas imposibles creciendo cada vez más.

Los planes electorales continuaron. El Gobierno provisional aprobó unos fondos reservados que se asignarían a discreción de la oficina de la presidenta, ocultos para todos salvo para una comisión selecta del Congreso, todavía no elegida. Aquello excedía sin duda los límites de la Constitución, salvo en caso de declararse una emergencia, y no se había declarado ninguna. Persuadí a Ti Sandra de que era necesario. De ese presupuesto salió el dinero para construir un laboratorio mayor en Melas Dorsa, para investigar sobre la construcción de versiones más grandes de motores alabeadores de antimateria. También financiaríamos la conversión de un pequeño y decrépito carguero clase D confiscado por el Gobierno por falta de pago de las tarifas orbitales.

El carguero se convirtió en el proyecto favorito de los olímpicos. Lo rebautizaron *Mercurio*. A fin de cuentas, utilizaría el Continuo de Bell, las sendas que recorría el mensajero de los dioses.

Cuando me reuní con Ti Sandra cuatro semanas antes de las elecciones e iniciamos nuestra campaña, ella me preguntó acerca de la nave *Mercurio*. Abordamos una lanzadera desde Siria hasta Icaria para asistir a un mitin en un festival.

—Tus amigos tienen un juguete —dijo cuando nos sentamos y el arbeiter nos trajo tazas de té.

—Así es —dije—. Pronto lo pondrán a prueba.

—Y tú entiendes cómo funciona —dijo Ti Sandra. Había perdido peso en el último mes, y su expresión era menos jovial. Apenas me miraba a los ojos mientras hablábamos.

—Mejor que antes —dije.

—¿Estás satisfecha con el proyecto? —preguntó—. Yo no he tenido tiempo de examinarlo. Confío en ti para eso.

—El proyecto está bien.

—¿La seguridad?

—Si mi criterio sirve, es adecuada.

Ti Sandra cabeceó.

—Cuando me enviaste el nuevo informe, quise retirarme de la campaña —dijo.

—Yo también. Al menos, así me sentía.

—Pero no lo hiciste.

Negué con la cabeza.

—Lo terrible —dijo Ti Sandra— es que no creo nada de esto, a decir verdad. ¿Y tú?

Reflexioné un instante para responder con total sinceridad.

—Sí, lo creo.

—Entonces comprendes lo que están haciendo.

—En gran medida.

—Te envidio. Pero no me instalaré una expansión, a menos que tú me lo pidas... ¿crees que será necesario?

Conociendo a Ti Sandra, comprendí que una expansión la irritaría sin cesar. Ella actuaba menos por reflexión que por instinto.

—No es necesario —respondí.

—Me apoyaré en ti —me advirtió—. Tú serás mi bastón, mi maza y mi escudo, si hay problemas.

—Comprendo.

Miró por la ventanilla y, por primera vez en aquel viaje, distendió el rostro y exhaló un profundo suspiro.

—Por Dios, Casseia... podríamos convertir Marte en un paraíso. Podríamos hacer todo lo que quisiéramos para mejorar la vida, y no sólo para los marcianos. Todos podríamos ser como dioses.

—Todavía somos niños.

—Eso es un tópico. Siempre seremos niños. Debe haber civilizaciones mucho más antiguas y más avanzadas... ellos sabrán sobre estas cosas. Podrían enseñarnos a usar sabiamente estas herramientas.

Sacudí la cabeza dubitativamente.

—¿No crees que haya civilizaciones superiores?

—Es una grata esperanza —dije. Unas semanas antes podría haber coincidido con ella.

—¿Por qué esperanza? —preguntó Ti Sandra.

—No me imagino decenas de miles de civilizaciones sabiendo lo que sabemos nosotros. La galaxia sería como una autopista atestada. Dentro de cien años, ¿qué estaremos haciendo? ¿Desplazando planetas, modificando estrellas?

Ti Sandra reflexionó un instante.

—Conque crees que estamos solos.

—Parece muy probable.

—Eso es aún más escalofriante. Pero significa que no podemos considerarnos

niños. Somos los mejores y los más brillantes.

—Los únicos —añadí.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Mi querida compañera de candidatura, debes animarme, no caminar sobre mi futura tumba. ¿No se te ocurre ningún tema alegre?

Estaba por describirle los jardines que sembrarían en Muchas Colinas cuando ella alzó el dedo y sacó la pizarra del bolsillo.

—Primero, quería darte algunas respuestas sobre Cailetet. Tú me enviaste el informe sobre sus solicitudes.

—He aconsejado que todos los distritos las rechacen. No hay motivos para que Crown Niger no sufra un poco, temiendo quedar excluido.

—¿Los dejaríamos desvinculados de los recursos? —pregunté.

—¿Quieres decisiones cuando todavía no nos han elegido?

—Es evidente que has pensado en ello.

—Bien, sin rodeos, después de las elecciones, cuando todo se estabilice, y siempre que seamos elegidas, trataremos a los VM disidentes como potencias extranjeras con territorio propio. El Gobierno tramitará las solicitudes de Cailetet y los demás, juzgará sus méritos y determinará los impuestos y tarifas que correspondan. Pero no, no los privaremos de todo lo que necesiten.

—No parecen necesitar todos los terrenos que han solicitado.

Ti Sandra cerró los ojos y sonrió huraña.

—Los gobernadores no necesitan que los animemos a ser suspicaces.

—Tal vez están tanteando nuestras relaciones con los gobernadores —sugerí.

—Crown Niger tiene mejores maneras de hacer eso.

—Así que no sabemos qué se propone.

—En efecto, no lo sabemos.

No había tenido noticias de mi hermano desde hacía seis semanas. Para un marciano, criado en el protocolo de las familias estrechamente unidas y las transferencias a otros VM, en la mezcla de lealtad familiar con secretos de negocios, esto no era alarmante. Cailetet estaba en conflicto con una familia nueva y más numerosa, el Gobierno. Yo no esperaba que Stan me ayudara, y el mejor modo de que él evitara parecer impropio era el silencio.

Pero Stan tampoco había hablado con mi padre, Stan era un hijo muy cumplidor, y se llevaba mejor que yo con mi padre. Yo sabía que gozaba de buena salud, y que ni él ni Jane habían sufrido ninguna calamidad, pero eso era todo lo que sabía.

La campaña ocupaba toda mi atención. Vivía en la lanzadera, o en habitaciones de paso, rodeada por la seguridad de Punto Uno y los genios e ingenios de la política marciana, nuestros asesores, que estaban mejorando rápidamente.

El jefe de mi destacamento de seguridad personal era un hombre imponente

llamado Dandy Breaker. Ese apellido —«rompedor»— era apropiado para su físico: hombros de toro, manazas de gruesos dedos, cabello rubio cortado a cepillo. Dandy parecía fuera de lugar en compañía de gobernadores y funcionarios de la República. Casi siempre estaba junto a mí. Afortunadamente, Ilya y él se llevaban bien. Dandy siempre estaba dispuesto a hacer preguntas sobre areología, e Ilya siempre estaba dispuesto a responderlas.

Leander no podía fabricar pensantes con la rapidez necesaria para proporcionar a la República reemplazos para todos nuestros pensantes de origen terrícola. Corríamos ciertos riesgos, pero manteníamos todas las noticias sobre los proyectos de alabeo fuera del alcance de los pensantes.

Uno de los pensantes —Alice Dos, un préstamo de Majumdar— se convirtió en nuestra coordinadora de campaña. Fue un placer trabajar de nuevo con Alice. Ti Sandra y yo pasábamos horas hablando con ella en los interminables vuelos de estación en estación.

Alice escogía nuestras presentaciones en público basándose en la demografía y las encuestas. Descendíamos en una pequeña estación del extremo norte, nos reuníamos con sesenta o setenta curtidos, recelosos y parcos granjeros, Ti Sandra ejercía su recia pero maternal atracción, y a las pocas horas partíamos para recorrer media docena de prósperas minas de lantánidos en Amazonis y Arcadia. Los votantes más difíciles al final de la campaña eran los pequeños VM aliados de Terra Sirenum, que simpatizaban con nuestros principales oponentes.

Nuestros rivales dirigían campañas enérgicas y agresivas, pero los marcianos todavía eran demasiado corteses para hacer política sucia. Aun así, antes de las elecciones, todos leían acerca de las campañas presidenciales del siglo xx en los Estados Unidos de América, y algunos de nuestros oponentes tomaban como modelo a maestros tales como Richard Nixon y Lyndon Johnson. Personalmente, Nixon y Johnson me parecían lamentablemente repulsivos, y prefería el estilo de los campechanos candidatos de la Unión Económica del Báltico, en el siglo xxi.

Las turbulencias de la incipiente política marciana nos favorecían. Los oponentes se devoraban entre sí y apenas nos atacaban a nosotras, pues Ti Sandra tenía su aura de Madre de la República, así que salíamos de los debates cada vez con mejores resultados en las encuestas.

Viajar constantemente nos agotaba. Ti Sandra me confesó que lamentaba que Charles y su gente no pudieran desplazar instantáneamente objetos más pequeños.

—Yo soy corpulenta —dijo—, pero no tanto. Y necesitamos un respiro...

Ese respiro no llegó.

En mi escaso tiempo libre, estudiaba textos y vids de matemáticas, accesibles vía red, o copiaba en la expansión suplementos a los que estaba abonada. Alice elaboró un programa de estudios para acelerar mi «asimilación» de las funciones de la

expansión, que era bastante rápida. Lo que antes me parecía tedioso y arbitrario se convirtió en un juego fascinante, mucho más ordenado, y en un desafío mayor que la política. Me sumergí en la teoría aceptada del flujo de datos, la interacción de los elementos neurales, la transformación de información en conocimiento, y realicé la transición hacia aquello en que Charles y los olímpicos habían convertido la física. En esos minutos libres, caía en una ensoñación junto a Ti Sandra mientras ella dormía, observando el paso del oscuro Marte debajo de nosotras, como una manta profunda bajo el cielo cuajado de diamantes. El palpitante bombeo de los elevadores de la aeronave me sumía en un estado en que yo me convertía en los números y las descripciones gráficas.

Pero todavía no podía comprender linealmente el salto que Charles había dado, desde la teoría del flujo de datos hasta la naturaleza del continuo de Bell. Cuanto más comprendía, más me maravillaba lo que Charles había hecho. Parecía sobrenatural.

Dado ese salto, resultaba menos asombroso que pudiéramos desplazar mundos y comunicarnos al instante, que un paradigma muriese y otro naciera. La teoría de descriptores florecía dentro de mí y echaba raíces en todos los imponderables de la física, eliminando las contradicciones y las singularidades de la mecánica cuántica.

Cuando me quedaba tiempo libre, visitaba a Ilya. El equipo de Cyane Sulci había terminado una cúpula de prueba para el primer gran experimento con los quistes madre intactos. Ilya nos mostró el lugar a Ti Sandra y a mí, tal como había hecho antes con otras parejas de candidatos a la presidencia.

—Necesito estar a cubierto —dijo mirándome de soslayo—. La política es muy incierta.

Bajo la cúpula de cinco hectáreas, miramos el polvo gris de hielo que barría el paisaje, formando charcos polvorientos en torno a los quistes expuestos. Hasta el momento sólo habían generado viscosidad y algunas formas de silicatos semejantes a las espátulas de las esponjas, pero el equipo de investigadores era optimista. Desde la sala de control, observamos mientras el equipo alteraba las condiciones del interior de la cúpula en grados y porcentajes, transformando polvo gris de hielo en lluvia lodosa, y luego en nieve, cambiando la concentración de minerales y los gases atmosféricos.

—Buscamos un triunfo para el día de las elecciones —explicó Ilya a Ti Sandra—. Para que vuestra victoria no acapare los LitVid.

Ti Sandra cabeceó con suma seriedad.

—Yo preferiría estar aquí —dijo.

—Por favor —le dije a mi esposo—. No hagas bromas sobre los votantes marcianos en crecimiento.

—Ni siquiera estaba sugiriendo... —dijo Ilya.

Ti Sandra lo miró con burlón reproche.

—No la escuches. Toda ayuda nos viene bien.

Los quistes parecían toscos huevos negros en la arena roja, las oscuras superficies cruzadas por estrías lineales, coronadas por copos de nieve. Las sombras cuadriculadas de la cúpula segmentaban el paisaje. De todas partes llegaban los ruidos agudos y fantasmagóricos de la maquinaria de incubación experimental. *El viejo Marte desovando de nuevo*, pensé mientras nos disponíamos a marcharnos. *Si damos con la combinación acertada.*

Abracé y besé a Ilya y seguí a Ti Sandra. Los guardias de seguridad y dos arbeiter blindados nos rodearon en el túnel de la terminal de la aeronave.

No pensábamos vernos de nuevo hasta la víspera de las elecciones. Vi a Ilya por última vez en el parapeto de la terminal, rodeado por nuestro contingente de seguridad. Agitaba el brazo distraídamente. Sentí ternura al pensar en su paciencia, en su belleza. Recuerdo que alargamos aquel beso, sabiendo que podían pasar semanas.

Mi esposo de sólo dos años.

Mi esposo.

QUINTA PARTE

2184 (A. M. 60)

En la penumbrosa cámara de debates, Ti Sandra y su principal oponente, Rafe Olson de Copernicus, se erguían en su estrado, bañados por la luz dorada. Ti Sandra miró al público con una sonrisa cálida. Todos los debates se realizaban en la UMS y se emitían en vivo a todo Marte. Tres millones de marcianos adultos miraban lealmente: la décima parte del uno por ciento del público de la banda LitVid más popular de la Tierra.

Los asuntos de Marte tenían poco peso cuantitativamente, pero su repercusión emocional era intensa. Las señales LitVid ya se difundían por red, con comentarios procedentes de todo el Triple. La campaña electoral marciana era una gran noticia en todas partes, la primera prueba de una nación-mundo, pues todo lo demás era nacimiento y ensayo.

Yo había afrontado debates con mis oponentes, y había salido bien librada, pero Ti Sandra no tenía parangón en Marte. Había dominado su papel con tal gracia y estilo que yo me preguntaba quién podría reemplazarla. Aceptaba las presiones con flexibilidad, y se deshacía de ellas para fortalecerse aún más.

Olson era elocuente y conocía su oficio. A menudo he pensado que hubiera sido un buen presidente. Incluso tal vez fuera más inteligente que Ti Sandra. Pero el liderazgo no depende únicamente del cerebro. Olson tenía por lo menos tres expansiones conocidas, dos sociales y una técnica, pero no podía compararse con ella en instinto y estilo.

Yo estaba sentada en primera fila, con Dandy Breaker a mi izquierda, el canciller de la UMS y su esposa a mi derecha, mil estudiantes en hileras escalonadas a nuestras espaldas. La escena podría haber tenido siglos de antigüedad: muy democrática, muy humana, un debate entre lo mejor que Marte podía ofrecer.

El canciller, Helmut Frankel, me palmeó la mano y me susurró al oído:

—El orgullo de un conejo rojo, ¿verdad?

Asentí con una sonrisa. Sabía que Ilya estaba mirando; sentía esa proximidad con él. Sabía que Charles estaría mirando. Que comenzara el juego.

El pensante de la UMS, Marshall, instalado dos años antes, proyectó una imagen de un atildado profesor universitario de veinticinco años, que se distinguía por unas manchas rojizas en el cabello. La imagen saludó al público, que aplaudió cortésmente, y luego a los candidatos.

—Presidenta Erzul, candidato Olson —dijo el pensante—, he recogido preguntas planteadas por los ciudadanos de nuestra joven República, humanos y pensantes, y las he analizado atentamente para extraer los temas que parecían de capital interés. Primero, me gustaría preguntar al candidato Olson cómo configuraría la política de la

República en lo concerniente a la importación de bienes de aplicación, tales como los nanodiseños.

Olson no pareció detenerse a pensar.

—El Triple debe tratar a Marte como un socio económico en pie de igualdad, sin restricciones sobre bienes de alta aplicación. Aunque no gozamos de gran ascendiente económico sobre el principal exportador de nanodiseños, la Tierra, creo que gozamos de cierto ascendiente moral, como hijos del mundo madre. ¿Por qué la Tierra no debe tratarnos como socio pleno, con el objetivo de unir al fin a todo el sistema solar en una alianza, estados y mundos soberanos que reconocen una meta común?

—¿Esa meta común sería lo que llaman el Gran Salto, la expansión hacia las estrellas?

—A la larga, por supuesto. Comparto con los gobiernos de la Tierra la creencia de que la expansión de las fronteras es necesaria para el crecimiento. Pero hay metas mucho más inmediatas, entre ellas abrir puertas para todos los descubrimientos científicos y tecnológicos, eliminar las fricciones causadas por el progreso tecnológico desigual.

Olson no sabía nada o casi nada sobre los olímpicos, y sin duda se refería a las quejas de Marte contra el acceso limitado a la tecnología de la Tierra, pero para mí esa afirmación tenía un peso adicional.

—Presidenta Erzul, su comentario sobre la respuesta del candidato Olson.

Ti Sandra apoyó las manos en el estrado, haciendo una pausa. Aquel silencio de varios segundos era significativo. La política es espectáculo, Ti Sandra no quería presentarse como alguien que daba respuestas preparadas, ni tomarse la pregunta y la respuesta a la ligera.

—Ninguna nación ni organismo político actúa por altruismo, y no hay motivos para esperar que la Tierra se comporte maternalmente. Tenemos nuestro orgullo planetario, nuestras cualidades, nuestros bienes e inventos para ofrecer, y con el tiempo éstos serán muy significativos. Debemos crecer como competidores amistosos, y debemos ganarnos nuestro lugar en el Triple, sin regalos, sin favores. Otros pueden necesitar nuevas fronteras, pero Marte todavía es un mundo de frontera. Marte es joven pero fuerte. Podemos crecer, y creceremos, para alcanzar nuestra madurez en el momento oportuno.

—¿Pero no debería el Triple tratarnos como su igual, teniendo en cuenta nuestros lazos históricos? —preguntó Marshall.

Ti Sandra admitió que eso sería agradable, pero añadió:

—Nuestro propósito es no entorpecer el crecimiento de la Tierra ni de ninguna otra potencia soberana dentro del Triple. Sólo pedimos que el Triple no se interponga en nuestro camino. Aceptamos con beneplácito los lazos económicos, aceptamos con beneplácito todas las formas de comercio abierto, pero no debemos depender de

expectativas ni emociones inadecuadas.

Le quedaban treinta segundos más, y aprovechó ese tiempo para dar detalles.

—Marte es un desierto rico, lleno de colonias pobladas por gente ruda y afectuosa. Hemos crecido como familias independientes, sobreviviendo merced a la colaboración mutua, comerciando y compartiendo para prosperar. Creo que es el orden natural de las cosas: buena voluntad entre iguales tozudos pero serviciales, que nunca estorban a sus competidores, que comparten los recursos comunes por mediación de una autoridad central fuerte y ecuánime. El buen Gobierno mantiene el equilibrio y corrige los defectos que no se corrigen por sí mismos. El éxito de un Gobierno marciano no radicará en ahogar nuestras mayores fuerzas para adecuarse a un pomposo proyecto intelectual sin precedentes en la historia real.

El canciller Frankel me susurró.

—Lo ha expresado con gran brillantez. Espero que no se crea de veras todo eso.

La imagen de Marshall se volvió hacia Olson.

—El Gobierno provisional de la presidenta Erzul ya ha demostrado tener un efecto *efecto efecto*...

La imagen se congeló, desapareció, las pantallas LitVid de la sala giraron y se oscurecieron. Un zumbido sordo llenó la sala, dígitos vacíos en el sistema de sonido, y luego también desapareció. Dandy se puso de pie, me cogió del hombro, me arrancó del asiento. Dos guardias y un *arbeiter* saltaron al escenario para rodear a Ti Sandra, y otro guardia se apostó junto a Olson. Las luces se apagaron.

—Al suelo —jadeó Dandy. Caí de rodillas. La sala se pobló de voces preocupadas, gritos y alaridos. Sentí el miedo en el cuerpo antes de que mi mente tuviera tiempo de reaccionar.

Dandy me empujó el trasero para que avanzara a gatas, cubriéndome como un tosco amante hasta que llegamos al amparo de una escalera. Ti Sandra se acurrucó a mi lado.

—¿Estás ahí, Casseia? —preguntó.

—¡Silencio! —ordenó Dandy.

Un guardia encendió una linterna, leyó un pequeño mapa en una placa de metal atornillada a una barandilla al pie de la escalera. La principal guardia de Ti Sandra, Patsy di Vorno, una joven de rasgos afilados con brazos y hombros increíbles, me pegó en el brazo una masa blanca y espesa semejante a arcilla. Yo solté un grito mientras se difundía por mi torso, mi cuello y mi cabeza, cubriéndome el cabello con dolorosos tirones. Me dejó agujeros para ver y respirar. Di Vorno cubrió también los brazos de Ti Sandra. Ahora estábamos cubiertas con nanoblindaje reactivo. El blindaje era inteligente y móvil; podía detectar los proyectiles que se aproximaban y convertirnos en una bola protectora con una celeridad que desgarraba los músculos. Cualquier proyectil de alta velocidad que chocara contra el blindaje estallaría al

detenerse. Eso nos volvía peligrosas para cualquiera que nos rodeara.

Rezongando un poco, la presidenta y yo fuimos arrastradas como bultos escalera arriba. En un pequeño almacén, fresco y oscuro, los guardias nos empujaron contra una pared adyacente a la entrada. Encendieron las linternas a toda potencia y alumbraron el pasillo exterior. Enlaces codificados de comunicaciones penetraban por las paredes como susurros secretos entre niños asustados.

Nadie nos seguía. Cuatro guardias y dos *arbeiters* se apostaron en la sala, pegando sensores de difusión rápida en las paredes y desfundando las armas. Los *arbeiters* llevaban más armamento del que yo creía: armas rápidas de proyectiles, haces electrónicos de corto alcance, biogolpeadores selectivos que podían paralizar un ejército de atacantes vivos, humanos o animales.

Abracé a Ti Sandra, y ella me abrazó a mí. Nuestro blindaje crujió como goma. Sólo entonces notamos que Olson también estaba en la sala. Ti Sandra lo miró alarmada, y también lo abrazamos.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Olson con voz trémula. Parecía abochornado por la situación, y nos apartó.

—Un fallo energético —aventuró Ti Sandra. El guardia más próximo, a quien yo sólo conocía como Jack, negó con la cabeza a la luz de la linterna, y una sombra cercana también hizo señales de negación.

—No, señora presidenta —dijo Patsy di Vorno, regresando a la habitación—. No hay apagones en estos edificios. El pensante se ha desactivado. Con él se han apagado todos los controles de respaldo. Eso no sucede. Se trata de un fallo deliberado.

—Oh —dijo Olson, boquiabierto.

La mente de Patsy, activando una expansión de velocidad, comenzó a operar a toda prisa.

—Llevaremos la lanzadera a un destino desconocido. Correremos peligro si el enemigo posee equipo aéreo.

—O si hay sabotaje —dijo Dandy Breaker—. Deberíamos separar a la presidenta de la vicepresidenta. El candidato puede servir como señuelo.

Olson se quedó aún más boquiabierto.

—Lo lamento, señor —continuó Dandy, con el rostro pétreo y los ojos entornados. Yo sólo veía bloques de blanca deslumbrante y rutilante negrura.

—Usted tiene sus obligaciones —dijo Olson, pero su propio guardia lo interrumpió.

—Señor, también nos proponemos sacarlo de aquí. Breaker quiere decir que cada equipo actuará por separado. Saldremos en tres grupos, cada cual sirviendo de distracción para el otro.

Alzó la mano, y de nuevo nos cogieron y nos empujaron al pasillo. Desde el

auditorio llegaron más gritos y murmullos.

—No se preocupe —me dijo Breaker—. No hay disparos ni señales de ataque.

—Mira, paredes descascarilladas —dijo otro guardia. Nanovenenos, armamento y máquinas de ensamblaje rápido, cualquier cosa era posible.

—¿Quién? —preguntó Ti Sandra, el rostro agitado, el enorme cuerpo de pronto muy vulnerable y débil, un blanco grande y lento.

—Ahora no importa, señora presidenta —repuso otro guardia.

—Si me tocas de nuevo el trasero —le dije a Dandy—, será mejor que vaya en serio.

Él me miró sorprendido, sonrió.

—Lo lamento, señora vicepresidenta —dijo.

Fuimos al puerto de la aeronave por túneles laterales, escoltados por guardias y arbeiter.

—Demonios, no quiero esto —dijo Olson antes de separarnos, mientras su guardia lo llevaba hacia los tubos ferroviarios.

—Vicepresidenta, usted viajará en otro vehículo —dijo Di Vorno—. La presidenta quedará incomunicada. Suerte, Dandy.

Dandy, Jack y un arbeiter me guiaron hacia la puerta correspondiente al segundo vehículo. Sabía que el equipo siempre viajaba en dos aeronaves, pero nunca había visto la segunda. No parecía lujosa; era austera, rudimentaria, blindada y rápida.

Entonces Dandy hizo algo que me dejó temblando. Sacó un pequeño paquete del bolsillo, se acercó a una fuente decorativa de la terminal y rompió el paquete sobre el grifo principal. El paquete se hinchó en el agua como una masa de harina con levadura. Un diminuto observador mecánico asomó de esa masa y me pintó rápidamente con una cuadrícula de rojas líneas de luz. La masa se extendió por el receptáculo de la fuente, generando brazos y piernas. Las piernas no generaron pies y dedos, sino zapatos.

Empezaba a parecerse a mí, con ropa y todo, incluido el pegajoso blindaje blanco. En pocos segundos se irguió, chilló y, con un andar convincente aunque desmañado, siguió al arbeiter hacia la lanzadera. La aeronave selló el puente terminal y sus compuertas, se alejó y se elevó en el rosado cielo de la tarde sobre flamígeros penachos de vapor blanco.

Yo tenía la carne de gallina.

—Mi turno, señora —dijo Dandy. Él y Jack me cogieron de un brazo cada uno y me guiaron corredor abajo—. Desde aquí salen trenes de mantenimiento que van a los túneles viejos. Subiremos a uno de ellos.

Estaba de vuelta donde todo había comenzado para mí, en la cuna de mi conciencia política. Los túneles de pioneros que había detrás de la estación ferroviaria de la UMS todavía eran oscuros y angostos y estaban cubiertos de desechos olvidados

que aguardaban eternamente los recicladores. El aire era frío y maloliente. Sentí un mareo cuando Dandy y Jack se detuvieron para consultar sus pizarras.

—Todas las comunicaciones están interrumpidas salvo en los canales seguros, y éstos no están activos —dijo Jack. Sacudió la cabeza—. No hay comunicación por satélite. Podríamos acoplarnos a una salida y probar óptica interna.

—Aquí no hay conexiones —dijo Dandy—. ¿Por qué no hay comunicaciones en los canales seguros?

Jack reflexionó un momento.

—Dudo que alguien esté emitiendo. La tripulación de la presidenta permanecerá callada y en el aire hasta recibir noticias de Punto Uno.

—Punto Uno no usa coordinación pensante —caviló Dandy—. Pero tiene enlaces con pensantes, y los ordenadores encauzan los mensajes como en cualquier otra parte.

—¿Evolvones? —pregunté.

Dandy meneó la cabeza, sin comprometerse con ninguna teoría. Jack, en cambio, tocó el techo del túnel con sus brazos, lo rascó y dijo:

—Hemos devuelto la autoridad a los pensantes terrícolas después de inspeccionarlos. La UMS usaba pensantes para sus tareas cotidianas.

—No para soporte vital —dije.

—No, pero todo está coordinado... los ordenadores hablan con los pensantes, los pensantes les dan instrucciones de alto nivel, incluso los sistemas de respaldo se remiten al jefe del sistema... que es un pensante. Los inspeccionamos y no los hallamos, eso es todo.

—Evolvones terrícolas —dijo Dandy—. ¿Por qué?

Jack bajó la mano, echándose cristales de hielo en los pantalones.

—Señora vicepresidenta —me preguntó—, ¿dónde están ahora los olímpicos?

—Hay otros guardias protegiéndolos —dije.

—Desde luego, ¿pero sabe dónde están?

—Supongo que la mayoría están en Melas Dorsa, los del grupo de Franklin. Algunos pueden estar en la Universidad de Investigación de Tharsis, con Leander.

—Necesito saber algunas cosas —dijo Jack—. ¿Puedo preguntárselas?

—Veamos —dije.

—Encontraremos un escondrijo con algún aislante. Nos instalaremos allí hasta que Punto Uno nos diga qué hacer... suponiendo que pueda. Si no tenemos noticias en varias horas, confiscamos un tren y nos largamos de aquí.

En la oscuridad, los tres nos sentamos en un viejo ramal todavía revestido de roca cubierta de espuma, un poco más cálido que los largos túneles. Me pregunté si todavía sabría llegar a la cúpula donde había hablado con Charles por primera vez, donde se habían reunido los estudiantes antes de ir Arriba.

—Tengo una teoría —dijo Jack—. Pero primero necesito saber ciertas cosas.

—De acuerdo —dije.

—No se precipite, señora —dijo Dandy, medio en broma—. Primero verifique su código de autorización.

Jack asintió con toda seriedad.

—Tiene razón. Eso es lo primero —dijo.

Acerqué mi pizarra a la suya y comprobé su código de autorización mediante una comparación de señales codificadas. Las señales encontraron un punto de coincidencia. Jack y Dandy podían tener acceso a datos confidenciales, pero sólo en casos de extrema urgencia.

—Creo que la Tierra está interfiriendo nuestro flujo de datos —dijo Jack—. Eso no es bueno. Somos muy vulnerables. Nuestros planes de emergencia dicen que debemos llevarla a un lugar seguro de nuestra elección. En ese momento reorganizaremos el Gobierno activando una comunicación por satélite protegida. Si han puesto evolvones en la mayoría de nuestros pensantes, y los evolvones han contaminado los ordenadores, Marte estará en una grave situación.

Las estaciones quedarán aisladas, salvo por los enlaces ópticos directos, y éstos no funcionarán por un tiempo. Los gobernadores no podrán responder a Muchas Colinas durante varios días. Tendrán que acudir técnicos con ordenadores marcianos certificados y comenzar a reordenar el flujo de datos.

—Habrà más interferencias —dijo Dandy—. Podemos apostar a que nuestros ordenadores certificados estarán contaminados.

—Eso nos pasa por depender excesivamente de la Tierra —dijo Jack con resentimiento—. Señora, necesitamos saber por qué la Tierra haría una cosa así. ¿Sólo para desestabilizar nuestro Gobierno?

—No —respondí—. Ellos quisieran tratar con un Gobierno estable.

—¿Tenemos en marcha algo que pudiera asustarlos? —preguntó Jack.

—Sí —dije, renunciando a todos mis instintivos circunloquios. Quizá mi vida dependiera de aquellos dos hombres.

—¿Los olímpicos? —preguntó Jack. —Sí.

—Le pregunto esto porque los pusieron bajo seguridad máxima hace un mes, y yo preparé los planes —dijo Jack—. Es algo insólito en asuntos de índole industrial.

—¿Hay probabilidades de que sea un fallo local? —pregunté con voz tensa. Mi último rayo de esperanza estaba a punto de extinguirse.

—No, señora —dijo Dandy—. Nos comunicaríamos de inmediato con Punto Uno.

—Entonces me gustaría estar con los olímpicos, cuanto antes.

Dandy y Jack reflexionaron en silencio.

—Vicepresidenta, sin duda usted tiene sus razones. Pero nosotros debemos mantenerla disponible para hablar con los negociadores que presente el agresor.

Usted será expuesta antes que la presidenta, en caso de que los agresores intenten dejar acéfalo a Marte. El plan de seguridad de los olímpicos da por sentado que el agresor los matará si descubre su paradero. Se los llevarán de Melas Dorsa cuanto antes, y no sabremos dónde estarán.

—Entonces necesito comunicarme con ellos.

—Nadie hablará con nadie durante varias horas, tal vez más, a menos que estemos muy equivocados.

—Si es tan grave, entonces hay gente que está muriendo —dije.

Jack asintió.

—Así es, vicepresidenta. Fallos energéticos, derrumbes de túneles en las estaciones más complejas, privación de oxígeno, fallos de recicladores...

El cuello se me agarrotó de rabia debajo del blindaje.

—¿Cuándo podré hablar con Ti Sandra?

Dandy estaba a punto de responder cuando sonó su pizarra. Señales codificadas relampaguearon en la pantalla.

—Es Punto Uno —dijo—. Alguien ha establecido una minicomunicación por satélite. Las cosas van deprisa. Debemos trasladarla de inmediato a Muchas Colinas. Debe reunirse con alguien que trae un mensaje de la Tierra.

—Espero que le guste la aventura, vicepresidenta —dijo Jack.

—No de esta clase —dije.

—Tampoco a mí.

—¿Cuál es tu apellido, Jack?

—Mi nombre completo es Ivan Ivanovitch Vasilkovsky, señora, del VM Yamaguchi de Australe.

El terror tiene una duración limitada. Luego se convierte en aturdimiento y ardor de estómago.

Una lustrosa locomotora de mantenimiento negra y roja aguardaba en un cobertizo de la estación. Subimos a ella por la cámara del maquinista. Dandy estudió el ordenador y descubrió que estaba totalmente desactivado. Dandy y Jack desconectaron el ordenador para que no arrancara al regresar la energía, pasaron el motor a control manual de emergencia, encendieron los sensores de seguridad, aunque dejaron apagadas las luces y señales, y salieron del cobertizo. Dandy hizo el primer turno en el asiento del conductor.

Yo no quería ir a Muchas Colinas, pero sus argumentos eran irrefutables. Sin carga y en trayectoria recta, la locomotora podía alcanzar los cuatrocientos kilómetros por hora. El viaje duraría por lo menos quince horas. Abrumada por mi autoridad, sabiendo que pasaría mucho tiempo sin contacto con Ti Sandra, me sentía como una niña perdida. Permanecí en silencio en el diminuto compartimiento, tendida en un duro catre.

Jack Vasilkovsky iba sentado en un taburete plegable, el rostro inescrutable. Daría su vida por mí si era necesario. Y mataría por mí.

Yo había pensado antes en estas cuestiones, pero nunca con tanta intensidad y urgencia. Ya no se trataba de mí, ni siquiera de la vicepresidenta. Yo era el rostro de la República hasta que Ti Sandra pudiera reaparecer sin peligro.

Al cabo de pocas horas yo examinaría todos los planes de emergencia trazados por nuestro personal de defensa y seguridad. Y no mucho después, hubiera hablado o no con Ti Sandra, me enfrentaría a un representante de la Tierra. ¿Quién? ¿Y con qué exigencias?

La pequeña ventana del compartimento dejaba ver atisbos de un cielo rosado que se oscurecía con el atardecer. El rosado se convirtió en un marrón profundo y cuajado de estrellas. Un rápido centelleo azul cruzó el horizonte, algo que yo jamás había visto al natural, y luego llegó una negra y fría noche.

El compartimento apestaba a polvo y nano rancio. La locomotora iba a gran velocidad, silenciosa y en línea recta. Podía haber otros trenes atascados en los raíles, sus ordenadores interferidos por los despiadados evolvones terrícolas. Jack parecía dispuesto a arrollarlos, pero luego comprendí cuál era su propósito y el de Dandy. Simplemente confiscarían la siguiente máquina y dejarían que los pasajeros abandonados se las apañaran por su cuenta.

Curiosamente, sólo ahora comprendía que aquellos acontecimientos serían históricos. Ganáramos o perdiéramos, la desbandada de las autoridades de Marte —presidenta, vicepresidenta, gobernadores de distrito— se convertiría en leyenda. Intrigas, señuelos, aeronaves en fuga y trenes en la noche.

La pizarra de Jack sonó y llegó otro mensaje codificado. —Otra comunicación —dijo secamente—. Punto Uno todavía está operando, pero nuestros satélites se desactivan en cuanto los activamos. Nos quieren asustar de veras.

—¿Cuál es el mensaje? —pregunté, levantándome del catre. —Tengo algo de la presidenta, exclusivo para usted, y un informe sobre la persona con quien usted hablará en Muchas Colinas. Cailletet parece estar funcionando, y tal vez algunos VM disidentes. Nada más.

Transfirió el mensaje de Ti Sandra a mi pizarra, texto simple y una imagen.

Querida Casseia:

Ahora eres la negociadora. La Tierra nos habla a través de enviados de Cailletet. Se dice que te reunirás con un negociador escogido por Crown Niger. La Tierra tiene miedo. Alguien que conoce el asunto ha hablado. ¿Zenger? Todos los olímpicos están escondidos. He enviado instrucciones a Charles Franklin, demasiado delicadas para revelártelas ahora. Di lo que sea necesario para poner a Marte en marcha; en los próximos meses, tal vez años, tendremos las cartas ganadoras. Al llegar te

enterarás de mi muerte. Te amo y te confío el fruto de nuestros esfuerzos. No hablaremos hasta que hayamos reiniciado el vuelo. Hay langostas en el terreno.

El texto iba seguido por una pequeña foto de Ti Sandra, el rostro sonriente pero demacrado. Aprobé el borrado del mensaje y la imagen se esfumó. *Langostas.*

Jack se inclinó hacia delante, tocándome la mano con preocupación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó. —¿Qué sabes sobre langostas? —pregunté. Jack se irguió y se frotó las rodillas.

—Cielo santo —dijo—. Están prohibidas por tratado en todo el Triple. ¿Qué demonios podríamos hacerle a la Tierra...? ¿Acaso ellos...?

—La presidenta dice que sí.

Me miró como si estuviera a punto de llorar, atrapado entre la furia y el horror, e impotente para actuar.

—Cielo santo —repitió, y no pudo hablar más durante varios segundos.

—Langostas —insistí, tratando de despabilarlo. Se cruzó de brazos, desvió los ojos, frunció el ceño. —¿Cómo se controla todo un planeta desde el otro extremo del sistema solar? Se siembran nanofactorías que puedan construir diversas armas automáticas, guerrarbeits autónomos. El suelo de Marte es ideal: gran cantidad de silicatos y aluminio, alto contenido ferroso. Se escogen viejas minas o yacimientos supuestamente agotados, todavía ricos en minerales básicos, que se pueden explorar sin despertar alarma. Se arrojan semillas de nanofactorías desde órbita. Una sola nave pequeña podría hacerlo. No tenemos defensa contra semejante atrocidad.

Pensé en el intento de Cailetet de ampliar sus solicitudes mineras. Como si Crown Niger hubiera tratado de advertirnos, en un último destello de honor antes de entregarse a la Tierra en bandeja, único superviviente político de un Marte conquistado.

Me pregunté si Stan y Jane estarían vivos.

—¿Podemos luchar contra las langostas? —pregunté.

—No tenemos medios para destruir todas las factorías. El concepto de langosta está específicamente prohibido por un tratado firmado por todas las naciones y alianzas.

—Y somos demasiado jóvenes e ingenuos para haber previsto una defensa.

—Teóricamente —dijo Jack—, dentro de un año o dos todos nuestros científicos podrían elaborar una respuesta. Una nanoenfermedad. Pero si las langostas fueron diseñadas en la Tierra, nosotros... —No concluyó.

Pero teníamos defensas, y eran tan aterradoras como para haber provocado a la Tierra. Un extremo llevaba al otro.

El futuro no sólo parecía peligroso, no sólo sombrío, sino incomprensible.

Dandy dejó los controles un instante para decirnos que la línea estaba despejada a

lo largo de quinientos kilómetros. Jack y yo le hablamos sobre las langostas.

Su rostro se puso gris.

No les mencioné la inminente muerte de Ti Sandra.

Jack cambió de lugar con Dandy, y la locomotora siguió su camino, eludiendo las escabrosas regiones que estaban cien kilómetros al sur de Valles Marineris y Eos Chasma.

Nunca me había sentido tan aislada, tan envuelta en el silencio. La tenue vibración del tren en un tramo curvo me subió por los pies. Dandy dormía profundamente, apoyado en la pared de la cabina, despatarrado como un niño, las botas flojas.

Durante las horas que siguieron, estudié los planes de emergencia disponibles en mi pizarra vicepresidencial. Ninguno de ellos era muy útil ni inspirador. Ninguno de ellos tenía en cuenta las langostas ni a los olímpicos. Los que preparaban los planes no sabían nada sobre los olímpicos, y los marcianos eran demasiado confiados para temer lo peor de la madre Tierra.

¿Cuántos marcianos morirían ahora, valientes e ingenuos?

¿Cuántas muertes deberíamos llevar Ti Sandra y yo en nuestra conciencia?

Miré de nuevo por la ventanilla. Las estrellas de la noche marciana tenían su eco en las arenas: relampagueos piezoeléctricos cuando el borbollón se contraía después de la templada temperatura diurna, chispeando como miles de luciérnagas diminutas. Apagué la luz de la cabina para verlas mejor y apreté la cara cubierta de blindaje contra el vidrio, como una niña. Por un momento, la visión me indujo a olvidar mis preocupaciones, y me sentí suspendida como un espectro, el fantasma de una chiquilla sobrevolando las arenas. Por medio de mi expansión, entreví presiones creciendo en el borbollón: años de luz ultravioleta, el viento eliminando capas de blandarena y polvo, el gélido aire nocturno surgiendo repentinamente de las escarpas cercanas, la compresión de diminutos cristales de cuarzo...

Entonces imaginé que los relampagueos eran langostas enviándose señales, y me aparté de la ventana con un gemido. Dandy se despertó al instante, estiró las piernas, parpadeó. Desenfundó el arma con tal rapidez que sólo vi el resultado, no el acto.

—¿Un sueño? —preguntó, enfundando el arma sin disculparse.

—No —dije—. Pero pensaba en lo peor.

—Eso no es bueno.

Jack entró en la cabina y nos dijo que las vías parecían estar despejadas en Schiaparelli y Muchas Colinas.

—Nos hemos cruzado con dos trenes que han cogido automáticamente por ramales laterales —dijo—. Al menos los ordenadores han hecho eso antes de apagarse.

—¿Todavía hay gente en los trenes? —pregunté.

—Supongo —dijo con rostro pétreo.

La locomotora ascendió por una grácil serie de puentes empinados. Llegamos a las crestas de la cuenca de Schiaparelli y descendimos hacia la gran planicie veinticinco horas después de partir de la UMS. Muchas Colinas se encontraba en el centro, en las gastadas lomas de los antiguos anillos centrales. El tren entró en la nueva y deslumbrante estación blanca.

Las blancas paredes y los arcos de presión se perfilaban contra el ocre y el rojo circundantes, una invitación al ataque. Toda la ciudad era un blanco. Pero esa clase de guerra había cesado tiempo atrás. Ahora los soldados podían ser invisibles, y la destrucción la llevaban a cabo desde dentro, máquinas semejantes a termitas, no bombas desde fuera. *Guerrarbeiters*, los había llamado Jack. Un nombre torpe, malsonante y desagradable.

Todo parecía desierto, como cabía esperar. Durante una emergencia, los conejos rojos se juntaban cerca de las fuentes de agua y oxígeno. Una estación marciana rara vez parece habitada por fuera. Y la nueva capital de la República aún no había recibido toda su población de burócratas, miembros del gabinete, juristas, gobernadores y parlamentarios.

Punto Uno había instalado sus cuarteles en Muchas Colinas unas semanas antes. Encargado de supervisar la seguridad de la presidenta y la vicepresidenta, organizando las primeras etapas de los servicios de inteligencia y seguridad interna de Marte, Punto Uno había cobrado vida con asombrosa celeridad. Agradecí ver hombres y mujeres conocidos en el andén, portando armas, vestidos con trajes de presión, esperando el tren con rostro ceñudo pero profesional.

Desembarcamos en una zona subterránea, lejos de todo posible bombardeo, y un vehículo blindado me trasladó de inmediato a los nuevos túneles que estaban al este de la nueva sede.

Dandy y Jack se reunieron con su superior, Tarekh Firkazzie, en la parte trasera del vehículo. Firkazzie, un hombre rubio y delgado de Boreum, era jefe de seguridad general desde hacía un mes.

Dos mujeres me quitaron el blindaje reactivo y lo doblaron para tirarlo.

—Ha sido valiente al viajar un día entero con esto encima, vicepresidenta —comentó una.

Jack se acercó, haciendo castañetear los dientes, irguiendo la barbilla como si parodiara a un héroe. Luego vi que aquella absurda expresión era una muestra de auténtica pesadumbre.

—Señora vicepresidenta, me han escogido... lo echamos a suertes... para traerle malas nuevas. Ahora lleva usted una carga mucho más pesada. Si Sandra Erzul y su tripulación sufrieron un percance durante el vuelo. Tal vez haya sido un accidente, aunque no estamos seguros. No nos han confirmado el lugar del impacto, y no

podremos saberlo durante un tiempo. Los informes de emergencia dicen que los *arbeiters* no han localizado ningún superviviente entre las ruinas. Traeremos un magistrado de los túneles del tribunal. Le haremos prestar juramento como presidente cuanto antes, tal vez dentro de unos minutos. Lo lamento.

Por un momento no supe si aquélla era la muerte falsa que me había mencionado Ti Sandra, o un verdadero accidente. Tenía que suponer que era lo primero. Me convertiría en presidenta activa.

Entonces no sentía nada. Me había convertido en un *arbeiter* que trabajaba para una maquinaria política con sus propias reglas, inexorables y despiadadas.

Punto Uno había cumplido su papel de protector de la vía jerárquica durante mi fuga en locomotora desde Sinaí. El presidente interino de la Cámara de Gobernadores había llegado desde Amazonis en aeronave, el presidente de la Cámara del Pueblo ya estaba en Muchas Colinas. El Congreso provisional, sorprendido en plena campaña, estaba diseminado por todo Marte, salvo los tres gobernadores y los dos candidatos a diputados que estaban en un profundo túnel custodiado por los *arbeiters* y agentes de defensa que la gente de Punto Uno pudo reunir.

Punto Uno había asumido el control de todos los enlaces disponibles. La red externa había caído, pero algunas redes privadas que utilizaban cables ópticos locales funcionaban en manual y banda estrecha portátil, manteniéndonos informados sobre la situación de las estaciones que rodeaban la cuenca de Schiaparelli. Había comunicaciones, pero menos de un décimo del uno por ciento de lo normal.

Aún no podíamos hablar con los olímpicos. Yo no esperaba recibir más mensajes de Ti Sandra durante varios días.

Se ignoraban todas las reglas, se cancelaban todas las apuestas.

Conducidos por Dandy Breaker, cinco guardias y dos *arbeiters* me escoltaron hasta el angosto túnel de emergencia que se encontraba doscientos metros bajo el Congreso, encima de la nueva y ampliada fuente de Muchas Colinas. Allí me encontré con el consternado grupo de siete legisladores. En un primer momento nadie habló, y luego todos me rodearon, dándome la mano, haciéndome preguntas.

Alcé los brazos, eludí a un gobernador que parecía dispuesto a abrazarme y declaré:

—Somos los únicos que podemos actuar como Gobierno legal de la República. ¡Debe reinar el orden!

El presidente de la Cámara de Gobernadores, Henry Smith de Amazonis, un hombre corpulento de barba pulcra y ojos porcinos y penetrantes, usó su voz senatorial para imponer silencio.

—Obviamente —añadió en un aparte—, no tenemos quorum, pero es una sesión de emergencia.

Asentí.

—Todos los datos que poseemos han sido reunidos por los miembros de Punto Uno, a quienes agradecemos su extraordinaria labor...

—No impidieron esta catástrofe —gritó el diputado de Argyre.

—¡Su función no es la defensa militar! —respondió Henry Smith, alzando el puño, bajando la barbilla como un toro al ataque. El hombre de Argyre cerró la boca, abrió los ojos. Todos eran hombres y mujeres muy asustados.

—Por favor, debo decir algo —continué.

—Sin interrupciones —insistió Henry Smith.

—Es posible que la presidenta haya muerto.

Algunos legisladores, e incluso algunos guardias que no se habían enterado, parecieron marchitarse y palidecieron como niños despavoridos.

—Por Dios —dijo Henry Smith.

—Pronto prestaré juramento como primera mandataria, a menos que podamos confirmar que Ti Sandra aún vive. Hemos sabido que su aeronave se estrelló. Supongo que fue destruida por alguna acción ofensiva.

—¿Quién? ¿Quién, en nombre de Dios, nos ha hecho esto? —exclamó la diputada Rudia Bly de Icaria.

—Nos han informado que negociaremos con gente de Cailetet, en representación de la Tierra. La Tierra ha decidido anular nuestros pensantes y ordenadores por medio de evolvones que acaban de activar.

—¡Los inspeccionamos! —gritó alguien—. ¡Había garantías!

—¡Silencio! —gritó Henry Smith.

Pedí a Lieh Walker, jefa del equipo de comunicaciones y vigilancia de Punto Uno, que nos diera un informe de situación. Sus palabras no fueron reconfortantes. Sabíamos lo que sucedía en Schiaparelli, y había mensajes esporádicos de otros lugares lejanos como Milankovic y Promethei Terra, pero ninguna idea global.

—Las comunicaciones con otras regiones de Marte están muy restringidas. Aunque tuviéramos los datos, no podríamos integrarlos en un cuadro coherente. Nuestros intérpretes no funcionan. Todo está contaminado, excepto nuestras pizarras y algunos ordenadores personales cuyas unidades centrales de proceso se han fabricado en Marte.

Cuando concluyó, hablé de nuevo.

—Nuestra posición es insostenible de momento. No sólo Marte está paralizado, sino que parece que los terrícolas han sembrado langostas en algunas partes del planeta.

No todos los legisladores comprendían el término. Los marcianos siempre se han concentrado excesivamente en sus propios problemas. Lo expliqué brevemente.

—¿Eso es posible? —preguntó alguien.

Henry Smith me miró como brindándome apoyo moral.

—He recibido cierta información al respecto —dijo—. Es como un sumidero tecnológico sepultado. Nadie admite la existencia de esas cosas.

—Entonces estamos muertos —dijo el hombre de Argyre.

—No hay por qué ser tan pesimista —repuse cortante—. Aún nos quedan algunas posibilidades.

Dandy Breaker entró en la cámara y me dijo que los negociadores de Cailletet habían llegado en un vehículo aéreo.

—Van limpios y bien vestidos —dijo con desdén—. Parece que sus instalaciones funcionan.

Miré a Lieh Walker buscando una explicación. Ella torció los labios, con los ojos llameantes de furia.

—Cailletet está excluida de nuestros enlaces de red. Tal vez no estén infectados, pero guardan silencio. En sus regiones no hay nada que pase por las comunicaciones de Punto Uno.

Estudí a los legisladores. Necesitaría un testigo y cierto respaldo para mis negociaciones. Tenía que escoger con prudencia entre individuos que me eran extraños; el Gobierno provisional nunca se había integrado del todo. Ti Sandra había trabajado con aquellas personas, pero yo conocía a muy pocas, y muy poco.

—Gobernador Smith, diputada Bly, ustedes vendrán conmigo.

Smith parecía ansioso por agrandar, pero era listo y enérgico. Ti Sandra me lo había dicho, y yo confiaba en su juicio. La candidata a diputada Rudia Bly de Helias Este, partidaria nuestra, había trabajado conmigo en una comisión de arquitectura hacía varios meses. Por lo general era callada y observadora, y yo me había sentido cómoda con ella.

No quería pensar demasiado en la importancia de cada decisión que tomara ahora, en el papel que desempeñaría aquella gente, en lo que discutiría con los traidores de Cailletet.

Alguien ha dicho que a los políticos no se les paga para tener emociones. Pero cuando el magistrado me tomó juramento, en una pequeña antecámara del Salón de la Justicia, entre grises hileras de pensantes dormidos y contaminados de la biblioteca de derecho, sollocé en silencio.

Nadie me prestó la menor atención.

El aspecto de Sean Dickinson había cambiado poco desde los días de nuestra rebelión. Muy erguido, las rodillas flexibles, las manos cogidas a la espalda. Movía los músculos de la mandíbula, me miraba fijamente a los ojos, y parpadeó una sola vez durante los largos segundos en que lo examiné.

Nos reuníamos en la inconclusa Cámara de Gobernadores, rodeados de andamios, con el olor a levadura del nano en actividad. Mientras las cubas de nutrientes aguantaran, el capitolio continuaría construyéndose. Dickinson estaba ante el podio

de mármol rosado tallado a mano donde Henry Smith —en caso de resultar elegido— impondría orden en la Cámara de Gobernadores.

—He prestado juramento como presidenta de la República Federal de Marte —dije—. ¿Debo entender que representas a Cailletet?

—Te reconozco —dijo Dickinson, con voz tensa pero suave—. Casseia Majumdar. ¿Nos recuerdas?

Torció el labio como si fuera a sonreír, pero ladeó la cara para mirar lánguidamente a Gretyl Laughton. Ella estaba al frente de sus asistentes, cuatro hombres y mujeres de Cailletet. Parecían inquietos, conscientes de las posibles acusaciones de traición, a pesar de pertenecer a un VM no alineado. Gretyl estaba flaca como un lebre; usaba a propósito ropa descolorida, tenía el cabello más canoso; no era un dechado de elegancia.

—Recuerdo —respondí.

—Realizamos ciertos actos de valor hace algunos años. Entonces decías despreciar a los estadistas.

—Y ahora soy una de ellos.

—Peor. Eres el Estado.

A ninguno de nosotros le interesaba romper el hielo y la desagradable formalidad.

—¿Dónde están vuestros documentos? No hablaré con vosotros hasta no estar convencida de que poseéis los poderes que alegáis.

—Tenemos los documentos —dijo Dickinson—. Representamos a facciones de la Tierra que ahora controlan gran parte de Marte. No desean darse a conocer, pero nos han dado códigos de identidad. Usamos documentos manuales, ya que vuestros pensantes de seguridad y otras máquinas no funcionan.

—¿Es así? —pregunté a Lieh Walker, que estaba junto a Henry Smith. Tarekh Firkazzie entró en la cámara y se sentó sigilosamente.

—Sus códigos coinciden con códigos terrícolas enviados a todos los Gobiernos del Triple —repuso Lieh.

—Pura cobardía —dije, meneando la cabeza—. ¿Acaso tienen miedo de sus propios plebiscitos? Esto es una atrocidad, un acto ilegal.

Dickinson sonrió.

—¿Podemos hablar en serio? —preguntó.

Lo fulminé con la mirada. En aquel momento, era cuanto podía hacer para no golpearlo.

Escogimos una mesa en el estrado de los testigos y nos sentamos.

—Me han autorizado a presentar una oferta.

Le hice una seña a Lieh. Las grabadoras de la sala se activaron.

—Marte ha sido atacado sin motivo —declaré—. ¿Cailletet colabora con los agresores?

Sean se inclinó hacia delante.

—La República, el estado al cual Marte ha decidido entregarse, está desarrollando armas muy peligrosas. Teniendo en cuenta la situación política del Triple, totalmente pacífica durante casi sesenta años, eso parece inoportuno y estúpido.

—No se están desarrollando armas —dije.

—Me han dicho que estas armas podrían ser más destructivas que cualquier otra que haya existido.

No vi motivos para seguir insistiendo en ese punto.

—Presenta tus propuestas y terminemos con esto.

—Los que han participado en esta acción preventiva desactivarán todos los bloqueos sobre el flujo de datos marciano, siempre que las personas enumeradas en esta pizarra... —Empujé la pizarra y la hice girar para ver la pantalla— me sean entregadas en un plazo de setenta y dos horas. Las recibiré en Muchas Colinas y las transportaré a otra parte. Luego las trasladarán a la Tierra.

Leí la lista: todos los olímpicos, Zenger, Casares y diecinueve personas más, entre ellas los mejores científicos de Marte.

—¿Qué se logrará con esto? —pregunté.

—La paz —dijo Dickinson—. El retorno a un flujo de datos normal. Se salvarán vidas.

—¿Sin langostas? —pregunté.

—¿Langostas?

—Guerrilleros, nanoejércitos —expliqué.

Parecía desconcertado.

—Tus amos no te lo han contado todo. O bien eres empecinadamente ignorante.

Dickinson se encogió de hombros.

—Lo que la Tierra le está haciendo a Marte alterará el equilibrio del Triple —dije con la voz quebrada—. Nadie se sentirá seguro.

—Por favor, no quiero sermones.

—Entendemos de equilibrios delicados mejor que tú —intervino Gretyl.

—Sí, con vuestros ideales juveniles... por Dios, Sean. ¡Has estado trabajando con Crown Niger! —Me contuve, pero mi cuerpo temblaba de furia. Tres días—. La República no tiene autoridad para secuestrar ciudadanos.

—En síntesis, la Tierra da prioridad a su propia seguridad, y no se fía de las intenciones de los marcianos —concluyó Dickinson—. El noventa y ocho por ciento de la humanidad todavía vive en la Tierra. Sabiendo lo que sé sobre este Gobierno, yo tampoco me fiaría.

—Nunca hemos demostrado la menor hostilidad hacia la Tierra. Todo lo contrario, a decir verdad.

—Marte debió mantener su inocencia —dijo Dickinson—. Sin un estado

planetario, permanecer fuera de la gran competición, buscar la paz y relativa prosperidad. He luchado contra esto toda mi vida. A la postre, todos los estados recurren a la violencia.

—Supongo que hay otras condiciones.

Dickinson señaló su pizarra.

—Retorno a la estructura económica VM por un mínimo de veinte años. Se instalarán monitores terrícolas en todos los centros de investigación, y equipos de inspectores visitarán regularmente todas y cada una de las instalaciones de Marte.

Habían renunciado a nuestra colaboración. Nos querían débiles, encerrados en nuestro pasado, despojados de nuestros nuevos poderes. Alguien había estimado que la situación tecnológica se desmadraría antes de que pudieran llevarse a cabo negociaciones pacíficas.

—Ocupados por la Tierra —dije—. Absolutamente increíble. ¿Cómo puede alguien creer que eso será viable?

—No es mi problema —dijo Dickinson.

—¿Y qué obtienes tú de todo esto?

—El exilio, supongo. Ningún marciano nos tolerará a Gretyl y a mí a partir de ahora. Sin duda moriremos dentro de unos meses si nos quedamos aquí. Iremos a la Tierra.

—¿Estás satisfecho de esto?

—Por el final de un estado marciano, aceptaría gustosamente mi propia muerte, y la de Gretyl —dijo Dickinson—. Soy fiel a mis ideales. Yo no he cambiado, Casseia.

—Toda historia tiene sus traidores —dije.

Dickinson desechó este comentario con un gesto leve y un parpadeo.

—Necesitaré tu respuesta pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Dentro de una hora.

—No tenemos quorum. Si pudiéramos reunir al resto del Gobierno...

—Por favor, no intentes retrasar las cosas. Todos estamos aquí para evitar una catástrofe aún mayor. Si nosotros fallamos, se tomarán medidas más contundentes.

—Langostas.

—No lo sé. Eres presidenta, y tu Constitución te autoriza para negociar tratados con el extranjero.

—Pero no para negociar la rendición durante una guerra —dije.

—Esto no es una guerra —dijo Dickinson.

—¿Y qué es, por amor de Dios?

—Una astuta y devastadora disgregación impuesta por una potencia muy superior —dijo Dickinson—. ¿Por qué andarse con eufemismos? No creo que seas tonta. Tenemos una hora. Entiendo que la Tierra apretará el lazo si no recibe una respuesta

para entonces.

No era una negociación, sino un ultimátum. Marte moriría estrangulado si yo no aceptaba todas las condiciones. Me sentía mareada, casi ebria de rabia.

—¿No tienes corazón? —pregunté a Dickinson—. ¿No sientes la menor compasión por los sufrimientos de tu planeta?

—No fui yo quien provocó esta situación —respondió.

—Somos marcianos honorables —dijo Gretyl.

Sin opción. Sin salida. La entrega del futuro de la República, todo aquello por lo que habíamos trabajado. Habría marcado al traidor con un hierro candente. Una especie de delirio me atrapó con seductora insistencia. *Muere, pero no hagas esto*. No podía escuchar.

Lieh había vigilado su pizarra durante varios minutos. Se levantó de la galería y se me acercó como un cangrejo, fijando en Dickinson unos ojos rebosantes de odio. Se agachó y me susurró al oído:

—Señora presidenta, hemos establecido contacto con los olímpicos. Me dicen que no venda la granja, que abandone esta reunión y me acompañe a la superficie. Charles dice que debe hablar con alguien acerca de un perro horripilante.

La miré desconcertada. Lieh se irguió y retrocedió.

—Me gustaría discutir esto con la gente que he reunido aquí —dije a Dickinson. Él asintió con aire de aburrimiento—. Tendrás tu respuesta.

Me alejé de la mesa y ordené a Smith y Bly que me siguieran fuera de la cámara. Me reuní con Firkazzie en el vestuario de los gobernadores.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté a Lieh y Firkazzie, hecha un manojo de nervios, sin el menor aplomo.

Lieh le cedió la palabra a Firkazzie.

—Debemos llevarla Arriba dentro de diez minutos. Hay una cubierta de observación en lo alto del edificio principal, pero todavía no está presurizada.

—¿Por orden de quién?

—No es una orden, señora vicepresidenta —dijo Firkazzie—. Charles Franklin ha solicitado su presencia, y ha dicho que era muy importante.

Me eché a reír y me contuve antes de lanzar una carcajada histérica.

—¿Qué demonios es más importante que negociar con la Tierra?

—Sólo comunico el mensaje —dijo Lieh, cuadrándose y mirándome a los ojos. Me avergoncé de mi actitud.

—Vamos, pues —dije.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Firkazzie—. Tenemos que ponernos los trajes y trepar más allá de las barreras de construcción.

Dandy, Firkazzie y Lieh me acompañaron; todos los demás, senadores y asistentes, se quedaron, puesto que no eran esenciales para aquella tarea.

Cogimos un ascensor hasta los niveles superiores, dos pisos por encima de la superficie. Yo estaba demasiado aturdida y confundida para preocuparme por el protocolo. Sentía la lúgubre amenaza de Marte devastado por el poder terrícola, de ejércitos en las arenas; no podía sobreponerme a la idea de que aquella intromisión, aquella interferencia, ya había causado muertes, y de que debía terminar pronto. Dickinson me había dado un ultimátum inaceptable, pero no me quedaba más remedio que aceptarlo. ¿Qué se podía hacer o decir que cambiara eso?

Me quedé en una habitación oscura y fría mientras Dandy y Lieh sacaban trajes, los revisaban y los aprobaban. Nos los pusimos, nos colocamos recicladores. Los sellos se activaron. Mi traje se adaptó automáticamente a mi cuerpo.

Lieh, Dandy y un arquitecto cuyo nombre no entendí me llevaron por un corto laberinto de cubas de nutrición y tanques de nanoconstrucción. Más allá de las barreras de protección, el oscuro y silencioso pasillo daba a un corredor corto y curvo, una compuerta abierta con una parpadeante luz roja de baja presión, un atisbo de cielo marrón y nubes desperdigadas que se enrojecían con el alba.

Nos detuvimos en un parapeto que daba sobre Muchas Colinas, rodeados por la cuenca de Schiaparelli, a veinte metros de la rojiza superficie. Una lava lisa y bruñida, cruzada por estrías de grumo, se extendía kilómetros alrededor. El aire estaba frío y quieto, el silencio era profundo. No habíamos encendido la radio de los trajes por temor a llamar la atención de algún conspirador. Las naves terrícolas podían localizarnos a miles de kilómetros y hacer lo que quisieran con nosotros.

Alcé los brazos desconcertada, preguntándome qué demonios debía ver. Casi por accidente miré al oeste y vi Fobos, a una hora de su ascenso, a cuatro horas de ponerse por el este. Miré más allá, sentí una rigidez en el cuello y los ojos se me llenaron de lágrimas. *Perro horripilante.*

Charles había mencionado un perro horripilante. Yo no sabía qué iba a hacer él, pero en mi desesperación noté que un presentimiento irracional se convertía en convicción. Encajaba. La *Mercurio* llevaría allá el equipo y los pensamientos, y Charles era de esos callados megalómanos capaces de pensar semejante cosa y ofrecérsela en secreto a Ti Sandra.

Comencé a hablar, pero comprendí que nadie me oiría. Señalé la luna. Me acerqué a Lieh, tocándole el casco, y prácticamente grité la cita de Shakespeare:

—*¡Grita con furor y suelta los perros de la guerra! ¡Miedo! ¡Miedo y pánico, los perros de la guerra! ¡Mira Fobos! ¡Por Dios, Lieh! Va a hacerlo. ¡Va a hacerlo!*

Ella se zafó, mirándome con preocupación, como si yo me hubiera vuelto loca. Reí y lloré, convencida de que pronto me quitarían de los hombros aquella espantosa carga. Dandy acercó su casco al mío y preguntó solícitamente:

—¿Sucede algo, vicepresidenta?

Le aferré los hombros y lo obligué a mirar hacia el oeste, la luna que habíamos

visto con tanta frecuencia desde nuestro nacimiento; el horripilante y canino Miedo que acompaña al Dios de la Guerra: inocuo e inocente a pesar de su nombre estremecedor, pequeño y carcomido por los meteoritos y la explotación minera, girando velozmente y a baja altura en torno a Marte, cada siete horas cuarenta minutos a seis mil kilómetros, acompañado por su amigo perruno, Pánico.

Lieh, Dandy y yo mirábamos hacia el oeste. El arquitecto permaneció en las sombras, sin acercarse a unos presuntos lunáticos.

Brillante y pleno contra el oscuro y estrellado cielo, Fobos trepaba detrás de una nube de polvo de hielo. Se volvió fantasmagórico en la nube, titiló, y salió cristalino, real y nítido. Concentré mi voluntad en él, como ayudando a Charles, como si un lazo psíquico hubiera surgido entre nosotros en esta situación extrema y cada cual supiera lo que hacía el otro. Mi voluntad fue hacia esa luna y casi enloquecí de deseo.

Fobos desapareció. Ya no había nubes ni polvo en medio. La nítida y gris piedra orbital se esfumó.

Mi deseo se convirtió en realidad. Dandy y Lieh escudriñaban el cielo sin entender. No sabían lo que yo sabía.

Lieh se volvió hacia mí, los ojos dilatados de temor. Ella y Dandy apoyaron sus cascos en el mío.

—¿Lo han volado? —preguntó Dandy.

—No —sollocé—. ¡No! ¡Le han mostrado a la Tierra lo que podemos hacer!

Todavía no comprendían. No me importaba. En mi alivio y mi éxtasis —en mi absoluto terror por Charles— los amaba como si fueran mis hijos, les cogí los brazos y grité, apretando mi casco contra el suyo.

—¡Han ido a Fobos y lo han desplazado! ¡Nunca olvidéis esto! ¡Nunca jamás!

En el parapeto de la futura cubierta de observación, hice una pirueta, me apoyé en una columna y escruté la roja y anaranjada vastedad de la cuenca. Fobos se había ido de los cielos de Marte, y yo no sabía si regresaría.

Pero sabía, con tanta certeza como si Charles y Ti Sandra me lo hubieran dicho, adonde lo habían mandado. Y sabía que Charles lo pilotaba: a través del sistema solar, hacia la Tierra, una terrible advertencia del hijo oprimido.

Fobos se elevaba ahora en los cielos de nuestra madre.

No me pisotees.

Dickinson estaba en el mismo lugar, con Gretyl al lado. Parecían serenos, satisfechos de cumplir con su papel en aquella gran misión. Pasaría casi una hora hasta que pudieran enviar un mensaje desde la Tierra. Hasta entonces, él sería mi juguete, y yo me sentía más que malvada.

Tan ignorantes como Dickinson, los legisladores se sentaron tras ponerse de pie a mi llegada.

—Dickinson —dije—, rechazo tu ultimátum. Considérate arrestado. Según las

leyes de la República Federal de Marte... —consulté mi pizarra, me apoyé en la mesa, lo señalé con el dedo—, se te acusa de graves delitos contra la República, entre ellos traición, espionaje, no registrarte como agente extranjero, y amenazar a la seguridad de la República. —Me volví hacia Gretyl—. Tú también, monada.

Dickinson miró a los cuatro asistentes de Cailletet. Parpadeó. Su serenidad no dejaba de impresionarme.

—¿Esta es tu respuesta? —dijo.

—No. Mi respuesta para ti y los grupos que representas es que en la hora designada y bajo las circunstancias adecuadas, cuando se haya restaurado el orden en esta República y hayan desaparecido las amenazas, comentaremos asuntos de importancia como pueblos civilizados, y con Gobiernos terrícolas debidamente identificados. En esta sala habrá un grupo suficiente de funcionarios electos y designados, y de diplomáticos y negociadores debidamente reconocidos de la Tierra. Lo haremos de manera legítima y abierta.

Gretyl perdió parte de su empaque y miró la sala como un venado en una jaula. Recordé a la ferviente Gretyl arrancándose la máscara, dispuesta a afrontar el martirio Arriba. Y también recordé, con penosa claridad, que una vez había pensado que Sean Dickinson era el hombre más noble que había visto: valiente, parco y directo. Si me lo hubiera pedido, me habría acostado con él sin vacilar. Y en la cama él habría sido callado y reservado, un poco distante. Y yo habría sentido por él una destructiva pasión. Él me habría desgarrado y desechado.

Agradecí no haber tenido nunca esa oportunidad.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres que diga? —preguntó.

—Sí. Di a Crown Niger y a la Tierra que tus credenciales no son aceptables. —Llamé a Dandy—. Cuando haya terminado, arréstalos. A todos ellos.

El gobernador Henry Smith de Amazonis parecía a punto de desmayarse.

Dickinson se puso de pie, con el rostro ceniciento.

—Ojalá sepas lo que estás haciendo —dijo.

Nos miramos de hito en hito. Sean pestañeó y se alejó despacio, diciendo:

—Nunca confié en ti. Nunca, desde el principio.

—Yo habría dado mi vida por ti —repliqué—. Pero entonces era joven y estúpida.

Ahora me gustaría hacer una pausa reflexiva. Recuerdo tan vívidamente las emociones de ese momento que es como si estuviera en esa cámara. He escrito las anteriores líneas llorando como una chiquilla. Fue el momento más importante de mi vida, quizá porque lo que vino después fue demasiado triste y enorme para ser real.

A partir de aquí, los acontecimientos que guardo en mi memoria son como criaturas muertas en un antiguo lecho oceánico: planos y comprimidos, irreales.

No niego mi responsabilidad. Yo estaba más comprometida que la mayoría, y en consecuencia era más responsable; la culpa ha recaído sobre mí, y la acepto.

Fobos apareció en los cielos de la Tierra en una ancha órbita elíptica inclinada treinta grados respecto al ecuador, con un perigeo de mil kilómetros y un apogeo de siete mil.

El brillante rostro de Fobos, que crecía y decrecía rápidamente, alteró por completo la ecuación. Marte podía arrojar lunas sobre la Tierra. En el equilibrio estratégico, la balanza se inclinaba a nuestro favor.

En la Tierra no sabían que en Fobos viajaban las máquinas y las personas necesarias para manipular ese poder. Aquello que no sabían los debilitaba.

Y aquello que la Tierra pudiera saber o adivinar nos debilitaría a nosotros.

Los evolvones fueron retirados al cabo de seis horas, a una orden de los satélites terrícolas que orbitaban Marte. Luego esos satélites se autodestruyeron, dejando pequeñas estrías rojas en el cielo oscuro. Nos garantizaron que no habían sembrado langostas; la confusión y la debilidad, por el momento, nos obligaban a aceptarlo. Marte regresó a la vida; la sangre de su flujo de datos volvió a circular.

Las redes de comunicación instaladas por aficionados en los días precedentes se registraron, formalizaron, organizaron, se dispusieron a cumplir nuevas funciones. No nos volverían a sorprender en semejante estado de indefensión. En las estaciones de Marte, los ingenieros prepararon sistemas más simples y seguros de flujo de datos, haciéndonos retroceder cincuenta años, pero garantizando que respiraríamos, beberíamos agua limpia, no veríamos más el horror de la rosa de vacío en nuestros túneles.

Marte comenzó a contar sus muertos, y cada atrocidad se transmitió a todo el Triple. A la Tierra le había salido el tiro por la culata, por el momento.

Alice Uno y Dos se contaban entre las bajas. La mitad de los pensantes de alto nivel no pudieron ser reactivados. Se rescataron sus bancos de memoria, y partes de su personalidad se pudieron grabar para usarlas en otros pensantes, pero la esencia — el alma del pensante — se había perdido. No pude llorar a Alice, había demasiado que llorar. Si comenzaba a llorar, no pararía nunca, y todavía aguardaba noticias de Ilya y Ti Sandra.

Durante dos días llegaron aeronaves y trenes a la nueva capital, trayendo legisladores y juristas ansiosos por confirmar la independencia de la República, su existencia, trayendo nuevo equipo, expertos resueltos a inspeccionar y eliminar nuevamente la contaminación terrícola.

Durante dos días actué como presidenta, suponiendo que mi puesto era provisional, creyendo que Ti Sandra estaba viva en alguna parte pero sin saberlo con certeza. Temía que no se presentara. Era raro en ella eludir los riesgos. La política exigía su regreso, aunque sólo fuera para tranquilizar a los ciudadanos de Marte.

Yo no dormía, y apenas tenía tiempo para comer; iba de estación en estación por la zona de Arabia Terra, en tren y aeronave, y pasaba pocas horas en cada lugar. No

confiábamos en las declaraciones de la Tierra. La traición nos exigía prudencia.

Cinco días después de la transferencia de Fobos, me invitaron a observar su retorno desde una cúpula de observación de la estación Paschel, cerca de la cuenca de Cassini. La gobernadora de Arabia Terra, Lexis Caer Cameron, tres de sus principales ayudantes, Dandy Breaker y Lieh Walker estaban conmigo bajo una ancha cúpula de plástico. Alzamos las copas de champán, mirando esta vez hacia el este.

—Ojalá supiera qué significa todo esto —dijo la gobernadora Cameron.

—También yo —respondí.

Lieh dio una opinión poco habitual.

—Significa que nunca más tendremos que someternos.

Sonreí, pero no podía compartir su optimismo. Nuestro triunfo sería efímero.

—Treinta segundos —dijo Lieh.

Aguardamos. En mi agotamiento, apenas podía pensar. Necesitaba una purificación del cuerpo; qué diablos, necesitaba un cuerpo nuevo.

Fobos apareció con un parpadeo, una medialuna elevándose nueve o diez grados por encima del horizonte. Lieh realizó algunas mediciones y confirmamos que Fobos había regresado a su órbita.

El perro horripilante había vuelto, y al parecer su viaje no lo había afectado.

No me bebí el champán. Dando las gracias a la gobernadora, le entregué mi copa, y Dandy se apresuró a acompañarme. No había tiempo que perder.

Lieh estableció conexiones con nuevas comunicaciones vía satélite y me mostró las reacciones LitVid de todo el Triple. Yo miraba y escuchaba en silencio, aturdida y distante.

No había tenido noticias de Ilya desde el Congelamiento, el nombre que los LitVids marcianos habían dado a esa breve guerra.

En todo el Triple cundía una sensación de furia contra la Tierra, que se aplacaba y se renovaba, y todos los proveedores de recursos del espacio pidieron un boicot general. Eso no era práctico. La Tierra había acumulado recursos durante varios años, en previsión de las fluctuaciones del mercado. Pero las repercusiones políticas serían graves.

Los ingenieros de las ciudades de los asteroides descendieron en tropel a los consulados terrícolas, exigiendo explicaciones por la agresión.

La Luna, como era previsible, trató de actuar con moderación. Pero aun en la Luna las redes independientes exigían airadamente dimisiones, investigaciones, nuevas consultas populares. Algunos VM lunares independientes expresaron su solidaridad con la acuciada República Federal de Marte. Yo sentía el eco del miedo resonando en todo el sistema solar, sobre todo en los vulnerables Cinturones. Ahora nadie del Triple podía confiar en la Madre.

El presidente de los Estados Unidos del Hemisferio Occidental pidió una

investigación de las causas del conflicto.

—Debemos comprender lo que ha sucedido aquí, y descubrir quiénes asumieron la responsabilidad de impartir esas órdenes y hacer tales cosas —concluyó—, para evitar peores desastres en el futuro.

—Busca en tu propia casa —murmuré. No confiaba en una sola palabra de los políticos de la Tierra.

—Esto es muy interesante —dijo Lieh, poniendo su pizarra junto a la mía. Se había internado varias capas hasta llegar a una pequeña y exclusiva red terrícola de asesoramiento llamada Lumen. No me contó cómo había logrado el acceso. Marte tenía sus exploradores y buscadores de conocimientos prohibidos, y sin duda Punto Uno había contratado a muchos de los mejores—. Esto se ha enviado a los abonados hace seis horas.

Una elegante anciana de rasgos fatigados y arrugados, con un inmaculado traje verde, aparecía rígidamente en imagen plana, hablando y citando informes de toda la Tierra. A primera vista, el programa era aburrido y anticuado incluso para ser marciano. Pero me obligué a escuchar lo que decía.

—Ninguna nación de la Alianza ha asumido la responsabilidad por iniciar esta acción contra Marte, y ningún experto ha dado una explicación satisfactoria del porqué. Las exigencias de juicio por plebiscito, con la ausencia de culpables claros, preocupa mucho a esta observadora. Creo que una vez más nos enfrentamos con eminencias grises que se han puesto por encima de todo plebiscito, y aun por encima de las alianzas, y las busco en las mentes fusionadas que dirigen los pensantes más grandes y más seguros, aquellos que supervisan el patrimonio y la situación económica de la Tierra. Surgidas del viejo sistema de vigilancia nacional establecido en los Estados Unidos hace más de un siglo y medio, antaño limitado únicamente a la supervisión, estas mentes fusionadas, cuya existencia es un rumor jamás confirmado, se han convertido en los mayores procesadores de datos de la historia humana.

»Con la transferencia de la defensa espacial a las alianzas, quizá ya no se limiten a asesorar, quizás hayan decidido manipular el poder. En tal caso, tal vez nuestros abonados deseen retirarse de los mercados de flujos de datos durante los próximos meses o años. Se trata de algo mucho mayor de lo que pueden manejar los meros individuos.

Aun en mi agotamiento, temblé.

—¿Has oído hablar de eso? —le pregunté a Lieh.

—Sólo son rumores sin importancia. Pero ésta es una red de asesoramiento cara. Tal vez tenga treinta mil abonados legales. Al parecer en ella nunca se hacen comentarios estúpidos ni precipitados.

—Una pequeña mente grupal —murmuré—. Por encima del rebaño. Enviando órdenes a través de las alianzas, las naciones. ¿Quiénes podrían ser?

—Dirigentes de la GAEO —sugirió Lieh—. Ellos controlan la defensa del sistema solar.

—Ya he visto y oído suficientes historias escalofrantes para toda una vida —dijo Dandy removiéndose en el asiento.

Extraoficialmente Marte estaba en pie de guerra, y según mandaba la constitución, al actuar como presidenta hasta el regreso de Ti Sandra, yo gozaba de poderes extraordinarios.

Pero ni siquiera los poderes extraordinarios podían extenderse a Cailetet. Teníamos que tratarlo como país extranjero soberano; podíamos declararle la guerra, y lo haríamos, pero sería una guerra económica. Me preocupaba Stan y esperaba que estuviera usando su considerable inteligencia para hallar protección para él y su familia.

Los informes sobre daños llegaron rápidamente. Estación por estación, región por región, listas de muertos, listas de daños y requerimientos de asistencia confluían en los canales restaurados. Punto Uno transfería las llamadas a la red del Gobierno, y Lieh las bajaba del canal legislativo y presidencial, condensando y editando.

Aún se sabía muy poco sobre ciertas regiones. El flujo de datos no se había restablecido en todas partes; algunos pensantes que ocupaban posiciones cruciales aparentemente habían «muerto» y era imposible reactivarlos.

Marte aullaba de dolor. De pronto imaginé que toda aquella información era como un berrido, pero aparté esa idea. No podía permitirme el lujo de tan lúgubre imaginación.

Durante el vuelo a Muchas Colinas traté de descansar, pero no podía cerrar los ojos más de unos minutos cada vez. Inesperadamente, comencé a notar nuevamente mi expansión, y me puse a calcular los ajustes necesarios para desplazar una masa del tamaño de Fobos. Imaginé en múltiples ecuaciones sucesivas las funciones que describían la transferencia de la corresponsabilidad por la conservación de estas cantidades a un sistema más grande. Toda la galaxia. *Nadie echaría nada de menos*. Nos habíamos convertido en ladrones en un arca descomunal.

Repetí en voz alta algunas actividades de la expansión. En ese momento Dandy entró en la cabina en penumbra con mi cena.

—¿Cómo? —preguntó.

—Mi musa —respondí—. Estoy poseída por la física.

—Vaya. ¿Y qué dice la física?

Sacudí la cabeza.

—No tengo hambre —dije.

—Tarekh dice que si usted no come, está obligado a hacerle tragar la comida por la fuerza.

Sonrió y dejó la bandeja delante de mí. Tomé algunos bocados e intenté dormir de

nuevo.

Debí conseguirlo por un rato, pues de pronto Dandy y Lieh aparecieron delante de mí.

Lieh me sacudió el brazo suavemente.

—Señora vicepresidenta —dijo—. Es oficial. Ella está viva.

La miré, confundida.

—Ti Sandra está viva. Lo hemos confirmado.

—Gracias —dije.

—Tengo un mensaje de la presidenta —continuó Lieh.

—Está herida —dijo Dandy—. Se está recuperando en un lugar secreto.

Cogí mi pizarra, la uní a la de Lieh y me dejaron a solas mientras escuchaba a Ti Sandra. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando vi su rostro. Apenas podía distinguir el equipo que la mantenía con vida. No parecía dolorida, pero sus ojos estaban turbios y eso me puso sobre aviso: su sistema nervioso estaba bajo nanocontrol.

—Hermanita Casseia —comenzó. Los labios se le pegaron un instante, ahogando las palabras. Alguien le dio un sorbo de agua. Las gotas relucieron en sus labios—. Te agradezco mucho que hayas sobrellevado el peso espantoso de la semana pasada. Nuestra pequeña mentira casi se hizo realidad. Tuvimos un verdadero accidente en las cuestas de Pavonis Mons. Un ataque dirigido contra mí. Paul ha muerto.

Lloré a moco tendido y sentí una sacudida en el pecho. Temía que mi cuerpo se derrumbara de golpe, que mi corazón se detuviera. Gemí.

Dandy se asomó un instante, cerró la puerta.

—Dicen que he perdido la mitad del cuerpo. Mi grande y adorable cuerpo. Me recobraré. Ahora estamos generando materia nueva. Pero sin controles pensantes, sin controles de ordenador... sólo una veintena de doctores humanos el día entero. Me siento tan codiciosa de absorber tanto cuando otros están heridos... pero no me permiten acercarme a nada que pueda causarme más daño. No siento mi pesadumbre en este momento, querida. Dicen que no la sentiré hasta dentro de mucho.

»Casseia, pedí a Charles y Stephen que lo hicieran, después de mi accidente, antes de perder el conocimiento por completo. Espero haber estado en mi sano juicio. Esto acelera las cosas, ¿verdad? Pregunté y me aseguraron que estaban preparados. Había peligro, pero podía hacerse. Ahora está hecho, y debes comunicarles cuán agradecidos estamos. Aunque queda mucho por hacer.

»Debes reemplazarme un poco más. Ahora eres más que mi muleta, Casseia. Debes ser yo además de tú. No puedo pensar con lucidez.

Yo sólo quería ser una chiquilla irresponsable, protegida por los demás. Más aún, estaba espantada. Apagué la pizarra, interrumpiendo a Ti Sandra en medio de una frase, y llamé a Lieh a gritos. Ella atravesó la puerta, pálida, y se arrodilló junto a mi

asiento.

—Encuentra a Ilya —exigí, aferrándole la nuca.

—Lo estamos intentando —dijo Lieh—. Hemos estado buscando desde que recobramos el flujo de datos.

—Por favor, encuéntralo y avísame.

Ella asintió, me apretó el brazo y salió de la cabina.

Toqué la pizarra y Ti Sandra continuó:

—... creo que tenemos muy poco tiempo para lograr un consenso. Las elecciones son imposibles. La República está amenazada, y tal vez la amenaza sea mayor que nunca. Este sistema solar es fatal. Es fatal para Marte. Pide a Charles que te lo explique. Todo está desequilibrado. Hemos utilizado el miedo para combatir los efectos del terror. Escucha, nosotras dos somos corderos. Somos prescindibles, en aras de un bien mayor.

»Y no me refiero a nuestras vidas, querida. Me refiero a nuestras almas.

El centro de investigaciones de Melas Dorsa había sido abandonado a comienzos del Congelamiento. Charles y Stephen Leander habían partido en la *Mercurio*, los demás se habían ido en tractor, con todo el equipo que pudieron rescatar. Las fotos del lugar confirmaban que era aconsejable mantener a los olímpicos en movimiento; los restos de los túneles, los cimientos de la estación misma estaban deshechos como si miles de insectos o topos los hubieran devastado.

Langostas. La Tierra negaba haberlas plantado, así que radiamos las pruebas de su utilización por el Triple; otro elemento de la guerra de nervios. Tarekh Firkazzie y Lieh sugirieron que considerásemos que Marte estaría siempre «contaminado», que toda planificación futura debía tener en cuenta el surgimiento de guerrarworkers ocultos. Nunca podríamos limpiar el planeta por completo.

Firkazzie había inspeccionado los restos del laboratorio de Melas Dorsa y había decidido que no era posible ocuparlo de nuevo. Teníamos que buscar un nuevo terreno para un laboratorio aún más grande, para albergar un proyecto de investigación todavía mayor.

Desde órbita, Charles sugirió la posición del nuevo laboratorio. Recordaba que diez años antes su padre había buscado lentes de hielo que no eran suficientes para soportar estaciones grandes. Existía una lente semejante debajo de Kaibab, en Ophir Planum, los restos de un lago de hacía doscientos cincuenta millones de años marcianos. Era un paraje desconocido, se encontraba en un terreno desolado y escabroso, estaba lejos de otras estaciones y había pocas probabilidades de encontrar langostas.

En sólo veinticuatro horas, nanos arquitectónicos entregados y activados por una escuadrilla de aeronaves construyeron una estructura preliminar sólida y aceptablemente confortable, un escondrijo cerca del borde de la meseta. Por el

momento, algunas personas podían permanecer recluidas allí. Más tarde se realizarían ampliaciones para el proyecto.

Charles y Stephen Leander regresaron de Fobos, haciendo descender la *Mercurio* al amparo de una tormenta de polvo en Sinaí. Unas hectáreas de lava apisonada y achatada sirvieron como tosca pista de aterrizaje.

Mi aeronave descendió en Kaibab horas después de la llegada de la *Mercurio*. El terreno era infernal: zanjas de bordes afilados y antiguas extensiones de lava llenas de hondonadas; cada borde un cuchillo, cada cavidad una polvareda roja y vidriosa. Un auténtico páramo, peor que cualquier zona de Marte habitada por humanos.

Siguiendo a Lieh y Dandy, salí de la lanzadera y atravesé el tubo de la cámara. Primero vi a Leander y Nehemiah Royce, luego a Charles, que estaba al final de la rampa. Un nano quirúrgico gris le cubría partes de la cabeza y el cuello. Sonrió y extendió la mano. La estreché con firmeza y la cubrí con mi otra mano.

—Me alegra verte, presidenta —dijo.

—Ya no soy presidenta, gracias a Dios —respondí.

Charles se encogió de hombros.

—Tienes el poder —dijo—. Eso es lo que cuenta.

Me indicó el camino. Al pasar junto a Lieh, le aferré de nuevo el brazo y la miré inquisitivamente. Ilya aún no había aparecido.

—Lo encontraremos —dijo—. Está bien, estoy segura.

Pasé por alto ese intento de tranquilizarme. *Duros como clavos*, pensé. Winston Churchill durante la batalla de Inglaterra. Recuerda. *Duros como clavos*.

Habían sacado el alabeador de la *Mercurio*, y ahora descansaba en un banco, en un rincón de un túnel abarrotado. Eché un vistazo a la cámara de temperatura cero, con sus grises y cuadradas bombas de trastorno de fuerza, el pensante e intérprete LC hecho en Marte, cables, suministro de energía.

Leander había pedido que nos sirvieran té y pastas en una mesilla. Nos sentamos en gruesos cojines de la aeronave de la República. Además de Charles y Leander sólo había otros dos olímpicos, Nehemiah Royce y Amy Vico-Persoff. Punto Uno había decidido que mientras durase la emergencia no habría más de cuatro olímpicos en el mismo lugar al mismo tiempo. Los demás se alojaban en la Universidad de Tharsis, bajo protección estricta.

—¿Cuánto pesa en total? —pregunté a Leander mientras Charles servía el té.

—Cuatrocientos kilos —dijo Leander—. Lo hemos reducido bastante en la última versión. La mayor parte del peso está en las bombas.

—Contadme, pues —dije, cruzando las piernas y calentándome las manos con la taza.

Charles se sirvió una taza y se arrodilló en su cojín. Me miró de soslayo. Sonreí, y él desvió los ojos con timidez. Se concentró en la mesa y las pastas.

—Adivinamos de inmediato lo que sucedía. Y también Ti Sandra.

Le costaba hablar. Miré a Charles como alimentando una nueva avidez, sintiendo una mezcla de respeto e intenso afecto.

—Ti Sandra nos ordenó que llegáramos a Fobos como pudiéramos, con el alabeador, y emprendiéramos un viaje.

—¿Ella sabía que estabais preparados para esto? Yo no lo sabía.

—Lo adivinó, o simplemente pidió lo imposible... por supuesto no estábamos preparados para hacer tanto en tan poco tiempo. Llenamos la *Mercurio* de combustible, pusimos a bordo todo lo que podíamos. La parte más difícil era garantizar un suministro de energía limpia para las bombas. Lo conseguimos. Estuvimos preparados para el despegue a las doce horas del comienzo del Congelamiento.

—¿Y las coordenadas, la navegación? —pregunté.

—Trabajamos en ello mientras esperábamos nuevas órdenes de Ti Sandra. Stephen y yo elaboramos una hipótesis de trabajo sobre los alabeos de posición relativa, dedujimos las correcciones y escala de los descriptores de velocidad y energía, especificamos la posición y estado final, estimulamos el alabeador para tener acceso a los descriptores de todas las partículas de Fobos, consideradas como un sistema completo...

—Charles tuvo que conectarse al LC —dijo Leander.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Charles.

—Estoy bien. Todos hicieron un buen trabajo. Nadie lo sabía todo, excepto Stephen y yo, pero todos sentían la urgencia. Todos sabían que era importante.

—Deberían entregarse muchas medallas —dijo Leander.

—Ante todo a Charles —dijo Royce—. Él guió al LC.

Charles negó con la cabeza.

—No recuerdo mucho. Lo recordaré con el tiempo. Llevábamos un piloto...

—Una medalla más —dijo Leander.

—Él no tenía idea de lo que sucedería. Se lo dijimos sin comprobar su código de seguridad.

—Está bien —dijo Lieh, sentada fuera del círculo que rodeaba la mesilla—. Pedimos un informe por separado.

—¿Por qué te conectaste con el LC?

—El intérprete no nos daba todo lo que necesitábamos. El LC comenzó a presentar resultados triviales, series sin sentido. Creo que estaba explorando la posibilidad de un sistema de descriptores alternativo. Lo encontraba más estimulante que el verdadero. Lo guíé hacia los resultados relevantes. Entonces todo el equipo adquirió coordinación.

—Zumbaba —dijo Amy, temblando de pronto—. Por Dios, cómo zumbaba. Sentí

miedo por ellos. Yo bajé de la *Mercurio* y ellos salieron.

Todos parecían intimidados, aún entonces.

—¿Qué sentiste? —le pregunté a Charles.

—Como he dicho, no lo recuerdo bien. El LC y yo nos comunicamos, le planteé mis requerimientos y él extrajo respuestas de sus búsquedas de sincrolínea no triviales.

—¿Respuestas?

—Instrucciones. Para pasarlas al alabeador. Sin el LC, habríamos podido hacer lo mismo... pero hubiéramos necesitado seis meses de programación de pensante de alto nivel. El LC redujo el plazo a unas cuantas horas. Al cabo de ocho horas estábamos anclados a una vieja base minera en el cráter Stickney de Fobos. Habíamos medido lo que necesitábamos medir, todo estaba conectado y coordinado. Ti Sandra nos autorizó a zarpar. Ella había sufrido un accidente, y tardamos días en comunicarnos de nuevo con ella.

Yo había sido totalmente excluida, a pesar de estar a cargo del proyecto. No sabía si sentir resentimiento o alivio ante el hecho de que Ti Sandra hubiera sobrellevado sola aquel peso.

—Ella sentía dolor —dijo Charles, como leyéndome los pensamientos—. Creo que no tuvo tiempo de decirte lo que planeábamos. Cuando impartió las órdenes, no sabíamos si podríamos hacerlo. Todo era muy confuso.

—Entiendo. Fuiste a la Tierra. ¿Cómo fue?

—Las estrellas cambiaron —dijo Charles—. Sentimos que algo se desplazaba dentro de nosotros... Aún no sabemos bien qué era... gravitación, respuesta psicológica, no lo sabemos.

—Una combinación de todo, quizás —añadió Leander.

—Miramos por las compuertas, vimos un resplandor de amanecer, un sol mucho más brillante y grande... la Tierra. Verificamos nuestra distancia y trayectoria orbital. Habíamos acertado, aunque estábamos a cien kilómetros del punto de inserción orbital proyectado.

—Todavía trabajamos en ello —dijo Leander.

—Escuchábamos, pero no transmitíamos. Pasaron quince minutos hasta que alguien nos envió una señal. Era de un operador de radio privado de México. Nos habló en castellano. «Hola, nueva luna. ¿De dónde son ustedes?», preguntó.

Nos echamos a reír. Charles sonrió.

—Nuestro piloto respondió: «No pregunte. No nos creería».

—Después comenzamos a recibir señales oficiales —dijo Leander—. Ti Sandra nos había dicho qué decir. Emitimos las mismas palabras, una y otra vez.

—Temíamos que nos aniquilaran —dijo Charles—. Pero supongo que eso era una tontería. Algunos funcionarios parecían aterrados. Otros se portaban como si nada

hubiera ocurrido, como en comunicaciones diplomáticas rutinarias. Hablamos con negociadores y diplomáticos de Eurocon, la GAEO, la GAHS y otros. A todos les dijimos lo mismo.

—¿Qué?

—«Marte sufre el ataque de gobiernos desconocidos de la Tierra. Tenéis diez horas para retiraros y eliminar la amenaza, o habrá represalias» —recitó con voz hueca.

—¿Qué represalias?

—Ti Sandra nos ordenó convertir la Casa Blanca de Washington en antimateria, a distancia —dijo Charles—. Un gesto simbólico.

Silencio en la habitación.

—¿Podrías haberlo hecho? —pregunté.

Charles asintió.

—Sin demasiada precisión. Ella no nos dijo que primero la hiciéramos evacuar, pero de todos modos se les habría advertido. Con media hora de antelación.

Me tapé la boca con la mano, repentinamente asqueada. La sensación pasó. Cerré los ojos y bajé la mano.

—Todos habéis sido excepcionalmente valientes —dije.

—A la orden —dijo Charles, con un remedo de saludo militar que me exasperó. Lo miré desconcertada. Charles se inclinó, entornando los ojos como si sintiera dolor.

—Hemos cumplido vuestras órdenes. Hemos hecho lo que se nos pidió, casi a expensas de nuestra alma. Hemos comprendido que era una necesidad estratégica, y estamos dispuestos a entregarnos a esta causa, pero, Casseia, en este momento me importan un rábano las medallas y el patriotismo. Siento un gran temor por lo que sucederá a continuación. Nos hemos divertido, dado el espectáculo circense con Fobos y causado pesadillas a niños y adultos de toda la Tierra. ¿Piensas que terminará aquí? ¿Crees que aún nos queda tiempo?

—No —dije.

—Bien —masculló Charles reclinándose, el rostro rojo de emoción—. Perfecto. Porque estoy casi convencido de que esto es el fin de la especie humana. Revélanos tus pensamientos, oh insigne magistrada. Somos niños perdidos en el bosque.

—También yo —murmuré—. Todos sabemos lo que sucederá ahora. Ti Sandra lo sabe. Os vieron desplazar Fobos. Tienen los recursos, en gente, máquinas y laboratorios, para reproducir vuestros descubrimientos a partir de esta pista. Y en cuanto ellos puedan hacer lo que nosotros podemos hacer, alguien atacará a otro. Sólo es cuestión de tiempo.

—Sería descabellado —dijo Leander.

Charles asintió.

—Tal vez descubras cosas que nosotros aún ignoramos.

—Un ataque puede ser rápido, puede ser total —insistí— y puede garantizar la supervivencia en una situación incierta.

—¿La supervivencia por cuánto tiempo? —preguntó Amy Vico-Persoff—. ¿Cuánto tiempo hasta que cada región se vuelva contra otra, nosotros contra Cailletet, la GAEO contra la GAHS?

—No seamos tan pesimistas —dijo Charles, alzando una mano—. Esto nunca será ciencia de andar por casa. Puede haber cuatro o cinco lugares de la Tierra que cuenten con los recursos y los teóricos necesarios para imitar nuestra labor. No os dejéis engañar por la pequeñez del alabeador. Es el ingenio más sofisticado que jamás ha creado el ser humano. La guerra de todos contra todos no es nuestro problema, y tal vez nunca lo sea.

»Pero sí es cierto que ellos lo lograrán, y pronto... dos semanas, un mes, dos meses. Tenemos que encontrar una solución política muy pronto.

—Política un cuerno —dijo Leander—. Mira lo que ha logrado la política hasta ahora. Tenemos que irnos.

Miró con aire culpable a los demás, como un niño que hubiera dicho una palabrota.

—¿Evacuar Marte? —preguntó Royce, desconcertado.

Ninguno de ellos había pensado mucho en ello, evidentemente... con excepción de Charles y Leander. Meditando en su pequeña nave, anclados en una luna errante.

—No —dije—. Desplazarlo.

—Cielos —exclamó Lieh, saltando de la silla. Se fue de la habitación, sacudiendo la cabeza y maldiciendo.

Nadie habló durante un buen rato. Charles me miró fijamente, entrelazó las manos.

—No tenemos derecho a tomar estas decisiones por nuestra cuenta. Los científicos y los políticos no tienen ese derecho.

—No hay tiempo ni medios para un plebiscito. La Tierra se ha cerciorado de ello —dije—. Nuestras opciones son muy limitadas. Ti Sandra dijo que el sistema solar se volvería demasiado peligroso. Que nos mataría.

El equipo reunido en la cámara parecía inocente, incluso tosco.

—¿Adónde hemos llegado, Casseia? —preguntó Charles.

—Demasiado lejos. Recuerdo que hace mucho tiempo te maldije por los problemas que me causabas. Hemos ido aún más lejos desde entonces.

—Nunca he tenido la sensación de controlarlo —dijo Charles. Royce y Vico-Persoff nos dejaron hablar. Dandy estaba pocos pasos a mis espaldas, tieso como una estatua. Charles y yo contábamos con un amplio margen para tomar decisiones, tanto por miedo como por respeto.

—Nadie ha muerto aún —dije—. Mejor dicho, nosotros no hemos matado a

nadie, la Tierra sí. Todavía recibimos informes... pero hay estaciones enteras que se encuentran aisladas.

—Lo sé —dijo Charles.

—Nosotros no asestamos el primer golpe. No usaremos esto como arma.

—Pamplinas —dijo Charles, atacándome de nuevo—. Yo tenía órdenes de causar daños si era necesario. Cuando Ti Sandra y tú estéis agotadas y debáis retiraros, alguien os reemplazará y la desesperación y el miedo... —Tragó saliva y separó las manos, frotándose las rodillas—. Créelo. Por lo que hemos hecho morirá gente, mucha gente.

—Entonces volvemos a lo mismo.

—¿Hablarás con Ti Sandra, pronto? —preguntó Charles.

—Sí. No creo que nada de esto le sorprenda.

Lieh había regresado, el rostro rojo, la expresión tímida, y se paró junto a Dandy. Yo me puse de pie, saludé a Charles, Leander, Royce y Vico-Persoff, les agradecí el té, y me marché con mi guardaespaldas y mi asesora.

Esperaba una litera espartana y pocas comodidades.

Lieh usó una llave electrónica para abrir la puerta de mi habitación. Era tan espartana como pudiera desearse, limpia y nueva y vacía. Olía a almidón y pan fresco.

—Si la presidenta está despierta y se encuentra bien, necesito hablar con ella ahora —dije.

Lieh parecía turbada. Desvió la mirada, sacudió la cabeza. Dandy entró en la habitación, los brazos a los costados.

—No es el momento oportuno para esto, señora vicepresidenta. Recibimos la noticia hace unos minutos. Hemos encontrado a su esposo.

—¿Está en Cyane Sulci? —pregunté.

—Lo evacuaron y lo llevaron a una pequeña estación en Jovis Tholus. Llegó allí en buenas condiciones, por lo que parece, pero la estación era nueva. Su arquitectura era dinámica, controlada por pensantes.

—¿Por qué no lo dejaron en el laboratorio de Cyane?

Me senté en la cama, esperando que me contaran las peripecias de Ilya con la seguridad, con una estación perturbada, una comedia técnica para aliviar mi sensación de opresión.

—No fue una buena decisión —admitió Dandy. Le costaba mantener la compostura—. Hubo derrumbes en los recintos principales de Jovis. Han estado cavando e identificando gente en los últimos días. Quinientos muertos, trescientos heridos.

—Ha muerto, Casseia —dijo Lieh—. Lo encontraron y está muerto. No queríamos decírtelo sin saberlo con certeza.

No supe cómo reaccionar, no tenía fuerzas para el melodrama. Me sentía como un agujero donde caían cosas; no una fuerza positiva, sino negativa.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Lieh. Yo me tendí en la cama, mirando el techo, los funcionales armarios azules.

—Sí, por favor —dije.

Lieh tocó a Dandy en el brazo y él se marchó, cerrando la puerta. Ella se sentó en la cama y apoyó la espalda en la pared.

—Mi hermana y sus hijos murieron en Newton —dijo—. Noventa bajas.

—Lo lamento.

—Yo hablaba mucho con ella antes de entrar en Punto Uno. El tiempo pasa. Todo esto parecía muy importante.

—Sé a qué te refieres.

—Me gustaba Ilya —dijo—. Parecía muy afable y franco.

—Lo era —dije. El tono onírico de esta conversación me indicaba con cuántas capas de aislante yo había envuelto mis emociones, esperando precisamente esta noticia, pero negándome a admitir la posibilidad... la certeza, con el transcurso de los días—. Háblame de tu hermana.

—Creo que todavía no estoy preparada para hablar de ello, Casseia.

—Entiendo.

—El laboratorio de Sulci quedó intacto. Dandy cree que lo matamos.

—Qué tontería.

—Él se lo ha tomado muy mal.

—Tengo que hablar con Ti Sandra.

—Creo que deberías esperar unos minutos —dijo Lieh—. De veras.

—Si hago algo que no sea trabajar, me volveré loca de remate. No hay mucho que hacer.

Lieh se tocó el cuello del traje gris y apoyó su mano en la mía.

—Por favor, descansa un rato —dijo.

—No.

Se levantó de la cama, extendió sus largos brazos y abrió la conexión óptica de la habitación. Le entregué mi pizarra y ella la enchufó. Tecleó, dio instrucciones verbales, verificó código y seguridad y se comunicó con Punto Uno de Muchas Colinas. Completaron la conexión.

Hablé con Ti Sandra diez minutos después. No le mencioné lo de Ilya.

Conversamos sobre la situación, sobre mi discusión con Charles. Todavía estaba envuelta en nano quirúrgico. Le pesaban los párpados, y los labios le temblaron mientras decía en un susurro áspero:

—Estamos de acuerdo, Stephen y nosotras dos. Pero no es suficiente. Habrá consecuencias, y no podemos mudarnos a cualquier parte. ¿Qué clase de idea es ésta?

Necesitamos más expertos. Necesitamos pensar en serio.

—Los olímpicos pueden ponernos en marcha —sugerí—. Deberíamos reunir a todo el mundo dentro de una semana, correr el riesgo.

—La gente de Punto Uno puede darles todo lo que necesitan. Todavía eres la presidenta en funciones, Casseia. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien —respondí.

—Todos estamos mal. Necesitamos un cambio de ambiente, ¿verdad?

—Cierto.

—Trae expertos de todo Marte. Todos los que puedan ayudar. Manténte en contacto. Yo trataré de permanecer despierta, Casseia.

Toqué su rostro en la pizarra y le dije adiós. Lieh aguardaba con impaciencia, de pie en un rincón.

—¿Por qué haremos esto? —preguntó.

Me acosté en la cama.

—Dímelo tú —respondí.

—Porque de lo contrario morirá mucha gente —dijo ella—. ¿Pero cuánta gente morirá si nos desplazamos?

—Necesitamos averiguarlo —dije. A través del aislante, a través de la niebla de la creciente reacción, mi expansión comenzó a resolver el problema de desplazar una masa del tamaño de Marte repentinamente, alejándola del Sol, poniéndola en otra parte.

No hay distancia. Ladrones robando las arcas galácticas.

—Areólogos, creo —dijo Lieh.

—Exacto. Ingenieros estructurales para las estaciones. Gente en quien podamos confiar, pero tendremos que reducir un poco nuestras exigencias. La gente se enterará pronto.

—La reunión tendrá que realizarse personalmente, y en *secreto* —dijo Lieh—. Todos los participantes tendrán que permanecer recluidos hasta que nos desplazemos.

—¿Eh? —pregunté, escuchando todavía el canturreo de mi expansión.

—El mayor peligro es que la Tierra se entere. Pueden actuar ante la menor insinuación de que estamos trabajando en algo tan drástico.

—Sí —dije, dejando que ella pensara por mí, dejando que asimilara el concepto.

—Esto necesitará mucha planificación —dijo.

—Veinte expertos, no más. Necesitaremos un lugar de reunión seguro.

—Este lugar es tan seguro como cualquier otro —dijo Lieh.

—De acuerdo. —De pronto temí la idea de permanecer en esa habitación donde me había enterado de la muerte de Ilya—. Pregunta a los olímpicos qué necesitarán para construir varios alabeadores de gran tamaño. Pregúntales en cuánto tiempo los pueden tener listos.

—Te despertaré dentro de ocho horas —dijo ella, y se marchó.

Cerré los ojos.

Cuando llegó la pesadumbre, apreté los ojos hasta que me dolieron, tratando de contener las lágrimas, de no perder el control. No podía aceptar. No podía creer. La firmeza adulta no significaba nada frente a esa necesidad de mi yo infantil. Seguía viendo el rostro de mi madre, muerta antes de todo aquello; perdida para mí, perdida para mi padre. No podía caer en la pesadumbre de mi padre ni perder mi yo interior. No podía recordar el rostro de Ilya con gran claridad. Cogí mi pizarra, busqué una buena foto. Sí, allí estaba, sonriendo sobre un quiste madre en Cyane Sulci, y en el día de nuestra ceremonia, incómodo en aquel traje formal.

Me parecía que nunca le había hablado bien de mis necesidades y mi amor. Me maldije por ser tan reservada con mis palabras y emociones ante mis seres queridos.

Me froté los ojos. Por dentro me sentía como jirones de goma. Pensé en llamar a un arbeiter médico para que eliminara aquel dolor abrumador. Me dije que no podía permitir que mis emociones entorpecieran mi labor. Pero no lo había hecho por mi madre, ni lo haría ahora.

Me obligué a relajarme. Luego, súbitamente, me dormí como si un interruptor apagara un circuito en mi cabeza, y las ocho horas pasaron al instante.

SEXTA PARTE

2184 (A. M. 60) Preámbulo.

—Estaré en esta viscosidad al menos tres semanas más —dijo Ti Sandra, dejándose ver sólo de los hombros para arriba. Parecía pálida pero más animada. Acababa de salir de reconstrucción intensiva, tres días inconsciente y a merced de los médicos. Recibí su llamada en mi pequeña oficina de Kaibab, agotada tras días de reuniones. Los cubos de memoria apilados en mi escritorio contenían diseños de estaciones e informes de fabricantes, fletadores y arquitectos.

—He convencido a los médicos de que me trasladen a Muchas Colinas. Me llevarán esta tarde, por aire. Puedo empezar a recibir visitas y participar en reuniones... podré encargarme de esa parte del trabajo.

—Es un gran alivio —dije.

Moví su imagen unos centímetros en la proyección para dejar espacio para los informes que me enviaba Punto Uno sobre la seguridad del proyecto.

—No puedo ir a Kaibab, obviamente. Tendrás que construir nuestro pequeño proyecto por tu cuenta, por el momento.

—Se está construyendo —dije.

—Pareces agotada, Casseia.

—Sólo trato de resistir —dije, pues jamás podía ocultar mis sentimientos a Ti Sandra. A decir verdad, en la última semana, desde que me había enterado de la muerte de Ilya, me había convertido en una autómatas. Era lo mejor que podía ocurrirme. No tenía tiempo para pensar en mi congoja ni para reflexionar sobre el futuro más allá de unas cuantas semanas; las listas de cosas por hacer me ocupaban dieciocho o veinte horas al día, y los peores momentos eran los minutos antes que el agotamiento me obligara a dormir...

—¿Cuál es tu objetivo, querida?

—No te entiendo —dije.

—Tenemos que fijarnos objetivos. Aun los corderos del sacrificio deben plantearse una meta.

En cierto modo aquella insinuación parecía obscena. Desvié los ojos, sacudí la cabeza.

—La supervivencia —dije.

Ti Sandra arrugó el entrecejo con preocupación.

—Hablaremos al menos una vez por día. Ambas hemos perdido el timón, Casseia. Yo seré tu timón y tú el mío.

—Trato hecho.

—Bien —dijo Ti Sandra. Suspiró y su coronilla se elevó un poco fuera del marco —. Háblame de Kaibab.

Describí lo que había sucedido en esos pocos días, desde la última vez que habíamos hablado. De todo Marte habían llegado veintenas de naves de carga y pasajeros a la estación secreta de la meseta de Kaibab. Los túneles inconclusos habían recibido unos acabados rápidos. Se habían inaugurado nuevos recintos, con comodidades rudimentarias. El laboratorio principal estaba terminado y se había iniciado la construcción de los alabeadores.

La población de Kaibab había aumentado rápidamente: doscientos, trescientos, cuatrocientos. La lente de hielo podía brindarnos agua suficiente para mil personas. Otras personas de Punto Uno llegaban todos los días. Pronto tendría una capital en miniatura trabajando dentro de aquellos fríos túneles y cámaras: una copia de respaldo de Muchas Colinas.

El proyecto de los alabeadores y el laboratorio de Kaibab tenían el mismo nombre en clave: «Preámbulo». La meta definitiva de Preámbulo —ofrecer a la presidenta una opción en caso de emergencia extrema— era conocida sólo por unos cuantos. Sólo Ti Sandra, Charles, Leander y yo sabíamos que esa opción era una posibilidad real.

Otros dos olímpicos —Mitchell Maspero-Gambacorta y Tamara Kwang— se habían sumado a Charles, Stephen Leander, Nehemiah Royce y Vico-Persoff. Pincher y Yueh Liu permanecieron en Tharsis, trabajando en un alabeador suplementario y supervisando la preparación de más pensantes.

Terminé mi informe. Ti Sandra se mordió el labio, cabeceando aprobatoriamente.

—Lo has hecho muy bien, Casseia. Te diré una cosa. Cuando esto haya terminado, celebraremos una fiesta familiar. Yo me pondré el vestido más chillón que jamás hayas visto, y festejaremos nuestra salvación. Ése es mi objetivo.

—Un objetivo maravilloso. Me alegra tenerte de nuevo en el equipo —dije, y cortamos la comunicación.

Miré el escritorio un instante, sumida en la contemplación.

Marte todavía estaba en medio de un bosque peligroso. Podíamos montar grandes armas, pero eso era todo. Todavía era dudoso que tuviéramos la voluntad de usarlas. Mientras esa duda subsistiera, no estábamos a salvo. Pero nuestro peligro más claro y evidente era interno.

La República no soportaría la tensión durante mucho tiempo. Los marcianos reconstruían e instalaban sistemas de apoyo más resistentes, pero todavía vivían temiendo otro Congelamiento o algo peor. Los rumores cundían por las estaciones mientras los agentes del Gobierno investigaban viejas minas buscando langostas. Hasta Cyane Sulci fue registrado desde el aire. La búsqueda fue en vano. Una semilla de nanofactoría del tamaño de un puño, disfrazada de roca, sería casi imposible de descubrir. No se encontraron rastros, a no ser la destrucción de Melas Dorsa.

Las langostas habían atacado Melas Dorsa con gran astucia y eficiencia, enviando

primero pequeñas unidades a la estación abandonada en misión de reconocimiento y destrucción de las comunicaciones, y luego destructores grandes. Eso decían las especulaciones, pero no teníamos constancia de lo que había sucedido allí, salvo el mudo testimonio de los túneles arrasados, los equipos destruidos y los despedazados restos de los *arbeiters*.

Manteníamos una fecha orientativa para las elecciones, pero faltaban seis meses para esa fecha y nadie sabía lo que ocurriría, ni dónde estaríamos entonces.

Mientras se cruzaban las acusaciones, los jefes de estado del Triple intercambiaban mensajes, ofrecían garantías, analizaban todos los canales diplomáticos disponibles en busca de signos y símbolos de las decisiones venideras.

No encontraban nada. Los canales estaban abarrotados de mentiras y negaciones. Nunca había visto el Triple en semejante estado de confusión.

Ninguna de las alianzas de la Tierra admitía haber dado su aprobación para la guerra en Marte, pero todas exigían tener pleno conocimiento de los nuevos poderes de Marte. Los VM de la Luna y el Cinturón eran los que hacían más alharaca sobre la amenaza marciana. La Oficina de Información de la República y todos los organismos diplomáticos trabajaban para convencer a los demás integrantes del Triple de que Marte tenía intenciones pacíficas, pero no podían contarles exactamente qué había sucedido ni qué haríamos a continuación.

La mayoría de los marcianos exigía también pleno conocimiento. La oposición todavía estaba demasiado desorganizada para realizar una campaña contra Ti Sandra y contra mí, pero la presión aumentaría dentro de semanas o meses hasta volverse insoportable.

Se trataba, a una escala descomunal, de ese juego de los mandriles, que exhiben el trasero en un gesto de alarde. Y en aquel juego, sólo con que un contendiente pestañeara mientras hacía preparativos para marcharse...

El desastre.

La red de comunicaciones de Punto Uno volvió a la normalidad. Todo estaba organizado, con supervisión humana más que de pensantes. Los pensantes marcianos aún eran escasos; en Tharsis se habían fabricado y activado menos de veinte, y sólo diez de ellos podían usarse para otra cosa que no fueran las necesidades civiles de la República. Muchas Colinas recibió tres, Kaibab seis, tres de ellos LC con intérpretes incorporados, para guiar a los grandes alabeadores.

Lieh Walker se había convertido en una maestra del espionaje. Día a día aumentaba la disponibilidad de datos ilegítimos de la República, comprando información a un elevado coste de fuentes no muy escrupulosas con sus métodos. Tendríamos que haber creado redes de espionaje a gran escala hacía meses, pero no habíamos pensado que llegaría a existir un conflicto tan serio entre la Tierra y Marte. Entonces, quizá demasiado tarde, nos volvimos más estrictos.

Añadimos docenas de «moscas de datos»: operadores que recorrían las redes terrícolas, espiaban transmisiones por cable, se alimentaban de las dulces atracciones de las conexiones privadas de la GAEO y la GAHS. Vendíamos algunos de esos datos a otras fuentes, para contribuir a financiar nuestras propias operaciones.

Cuando Lih me pidió que autorizara la financiación de veinte agentes más en la Tierra y el Cinturón, le pregunté cuál sería su condición.

—Bien pagados —dijo ella—. Prescindibles.

La GAEO y la GAHS ya habían aplastado algunas de nuestras moscas, un castigo habitualmente fatal que transfería evolvones corrosivos a las expansiones de curso de datos que las moscas usaban en las redes.

—Si necesito saber algo más, dímelo —dije.

—Yo me encargaré de ello —repuso—. Tú ya tienes bastante.

Con lo cual quería decir que yo ya cargaba con la vida de todos los marcianos, ella incluida, y nunca supe si lo aprobaba o no. Sospecho que no.

Aun así, hubo algunas buenas noticias. Cailetet había liberado a Stan. Crown Niger había retenido a Stan, su esposa y su hijo en la estación Kipini de Chryse diez semanas, impidiéndole toda comunicación con el exterior. Yo tenía dos cartas de texto de Stan después de su liberación; sólo tuve tiempo para una breve respuesta, y por supuesto no pude decirle dónde estaba, ni qué estaba haciendo.

Hice algunas llamadas rápidas y le conseguí un puesto en Muchas Colinas, donde podría usar su experiencia en Cailetet para trabajar en tareas diplomáticas. Tenía pocas noticias de Crown Niger; actuaban con cautela después del Congelamiento, con la esperanza de capear el temporal. Ti Sandra creó un grupo especial para tratar con los VM y regiones disidentes. Pensé que Stan podía colaborar en ese grupo especial.

Charles y yo nos veíamos con frecuencia, a veces a solas, casi siempre en presencia de Stephen Leander y otros. Nuestras discusiones giraban en torno a los aspectos prácticos del desplazamiento de objetos grandes con alabeadores.

Él pasaba varias horas al día en el pensante LC, preparándose, ejercitándose para otro viaje. El esfuerzo se cobró su precio. Después de sesiones largas con el LC, Charles necesitaba varios minutos para empezar a hablar con coherencia. Yo temía por él.

Asistieron seis personas a la primera conferencia sobre Preámbulo, dos semanas después de la muerte de Ilya: Charles y Leander, el areólogo Faoud Abdi del valle del Mariner, el arquitecto e ingeniero Gerard Wachslar de Steinburg-Leschke de Arcadia y un nuevo pensante marciano que acababa de escoger su nombre —Aelita— el día anterior. Aelita actuaría como pensante principal de Preámbulo, coordinando todas las actividades de la estación y del proyecto.

Los expertos se reunieron en el anexo del laboratorio, todavía inconcluso. La nanopintura se deslizaba por las paredes, siseando y formando decoraciones

geométricas. El omnipresente olor a levadura era muy penetrante allí. Era como vivir en una enorme panadería.

Faoud Abdi —alto, rasgos afilados, ojos grandes y lánguidos— fue el primero en hablar. Usaba una pulcra chilaba blanca, y la pizarra y los libros le abultaban en los grandes bolsillos de la túnica.

—Me han pedido que examinara una imposibilidad —comenzó, plantándose ante nosotros y dando la espalda a una pequeña pantalla de datos—. Me han dicho que investigara qué efectos tendría en Marte un breve período sin la atracción gravitatoria del sistema solar. Me han dicho que es pura teoría, así que debo suponer que haremos algo drástico con Marte, tal vez lo que sucedió con Fobos. A menos que lo de Fobos también fuera teórico. —Nos miró dubitativamente; nadie le rió la broma, si lo era, y suspiró—. Debo explicar por qué Marte es estable, y comentar las teorías populares sobre la decadencia de Marte. ¿De acuerdo?

—Está bien —dije.

—Una vez trabajé con el esposo de usted, vicepresidenta. Era un buen hombre y todos lo echamos de menos.

—Gracias.

—A él le interesaba, como a mí, la muerte de Marte hace cientos de millones de años. Pero en realidad «muerte» no es la palabra adecuada, pues Marte no está del todo frío por dentro. Todavía hay actividad areológica. Sin embargo, los gases que se han elevado dentro del manto se han estabilizado y ya no ejercen presión lateral sobre la corteza de Marte.

»En el pasado nunca hubo más de doce placas de corteza, y ahora estas placas se han fundido en una. La falta de presión lateral, la falta de migración de las viejas placas, la falta de fractura y fusión de los límites de las placas, todo ello reduce el vulcanismo. Los últimos volcanes activos en Marte eran los que todos conocemos: el trío de Tharsis y el Olympus Mons, por ejemplo. Sin movimiento de placas, dejaron de aparecer montañas y, sin vulcanismo, cesó la emisión de gases y la delgada atmósfera de Marte se evaporó en el espacio. La biosfera de Marte murió pasados unos cuantos cientos de millones de años desde el cese de la actividad tectónica. Ahora, la estabilidad...

—Flujo equilibrado —observó Leander.

—Precisamente. Aelita, por favor, muestra los sondeos que ha realizado el doctor Wegda en la corteza y la superficie de Marte.

Aelita obedeció. Detrás de Abdi apareció un diagrama que todos conocíamos: un corte transversal de Marte, rotando para ofrecer una visión tridimensional del interior.

—Como puede verse, hay dieciséis sifones cíclicos que ascienden y descienden, pero han cobrado una forma invertida; el exterior asciende y el interior desciende. La fuerza neta que ejerce sobre la corteza es nula, aunque se manifiestan efectos

areológicos locales. La estabilidad es demasiado delicada... es decir, Marte debería cambiar en cualquier momento. Pero esto no ha sucedido desde hace trescientos millones de años. Hay muchas cosas que no comprendemos.

»Si todo el planeta recibiera un empujón, por leve que fuera, eliminando las fuerzas de mareas solares, por ejemplo, se alterarían los sifones gaseosos y se reiniciaría la actividad tectónica. —Calló un momento, agitando las manos junto al diagrama de Marte—. Sin una gran luna que mantenga a Marte en equilibrio, los cambios relativamente leves también pueden inclinar el eje.

»Si nos vamos, será para aproximarnos más al Sol, ¿no? —preguntó Abdi.

—Aún no lo hemos decidido —dije.

—En tal caso, habría efectos mucho mayores que los que he calculado. Y mis resultados ya indican una reanudación de la actividad tectónica.

—¿Qué representaría eso para todos los que vivimos aquí? —le preguntó Wachsler.

—Más areomotos. Una actividad sustancial a lo largo de los límites de las antiguas placas, tal vez. Volcanes. Es imposible predecir todos los efectos a medio plazo.

—¿Y los inmediatos? —preguntó Wachsler.

—Grandes areomotos, pero pasarían décadas antes que la actividad volcánica se difundiera a lo largo de nuevos arcos de fuego.

—¿Sería un proceso reversible? —preguntó Wachsler.

—¿En qué sentido?

—Después de la sacudida, ¿es posible que Marte recobre la estabilidad?

—No hasta pasadas decenas de millones de años. La estabilidad es estabilidad. La inestabilidad no lo es.

—¿Aelita? —preguntó Leander.

La voz de Aelita era sedosa y femenina. Su imagen, una mujer de rostro largo y rasgos clásicos, con una corta melena de cabello negro, me recordó a una reina malvada de Disney.

—Las conclusiones del doctor Abdi parecen razonables. Mis bibliotecas no aportan toda la información sobre el interior de Marte.

—Tienes todo lo que hay disponible —dijo Leander.

—Entonces sugiero que aprendamos más —dijo Aelita.

Abdi miró a los presentes, sonrió.

—Lo haremos —dije—. Doctor Abdi, necesitaremos más información sobre el interior de Marte dentro de veinte días.

—Sí, señora vicepresidenta —repuso Abdi, satisfecho—. ¿Debo preparar una investigación rápida, más amplia que la del doctor Wegda?

—Por favor. Es muy importante. ¿Comprende usted las exigencias de seguridad?

—Las comprendo —dijo solemnemente el doctor Abdi.

—Doctor Wachsler, cada estación debe hacer un informe estructural. ¿Hasta qué punto están preparadas para los areomotos? ¿Cuántas se encuentran sobre viejos límites de placas?

—Algunas. —Wachsler frunció el ceño—. Nunca hemos diseñado estaciones destinadas a soportar una actividad areológica intensa.

—¿Se pueden reforzar? —pregunté.

—Algunas estaciones se encuentran sobre terrenos de aluvi3n. Si hay un areomoto grande, las juntas se rasgarán, los túneles se derrumbarán... habrá un sínfin de desastres.

—Entonces tendremos que evacuarlas. Nos reuniremos con la gente encargada de los preparativos civiles y hablaremos sobre eso mañana. Doctor Wachsler, doctor Abdi, quedan autorizados para usar fondos de las cuentas del Gobierno, con la designación Negro, Preámbulo. Aelita seguirá sus experimentos, y ustedes responderán todas las semanas ante esta comisi3n.

Wachsler nos miró como si todos hubiéramos perdido el juicio.

—Sé que estamos hablando de una tecnología espectacular, pero ¿ha pensado en las repercusiones humanas?

Su tono condescendiente me irritó.

—Casi no pienso en otra cosa, doctor.

—¿Qué podría hacernos la Tierra peor de lo que usted está planteando? Hemos visto la destrucci3n de Melas Dorsa... pero eso no es nada en comparaci3n con cientos de estaciones soportando areomotos.

Charles alzó la mano como un alumno en clase.

—¿Puedo responder?

—Naturalmente —dije.

—Las langostas son sólo el comienzo. Dentro de unos cuantos meses, podrán convertir Marte en una brasa. Si eso no es suficiente, pueden arrojarnos al Sol, o dispararnos hacia el espacio.

Wachsler palideció, pero no perdió su arrogancia. Obviamente no alcanzaba a comprender lo que decía Charles, y lo consideraba una grosera exageraci3n. Entrecerró los ojos dubitativamente.

—¿De veras lo cree?

—Querido doctor —dijo Abdi—, ¿le parece trivial que una luna haya salido de su órbita para desplazarse instantáneamente a la Tierra?

—Yo sólo sé lo que me han dicho —replicó Wachsler con terquedad.

—Yo estuve allí —dijo Leander—. También Charles.

Wachsler se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—. Vicepresidenta, conozco mi obligaci3n. Pero debo

expresar mi consternación ante el hecho de que se esté pensando en semejante disgregación y destrucción sin que nadie pregunte a los marcianos lo que desean.

—Ojalá hubiera tiempo, y ojalá tuviéramos los medios —dije.

—No es cierto. Si los marcianos decidieran votar en contra de esta idea, para quedarse donde están...

—Eso podría ser suicidio —dijo Charles.

—¿No tenemos derecho a elegir nuestro destino? —preguntó Wachslar acaloradamente—. ¿O ustedes creen que pueden elegir por nosotros, porque están mucho mejor informados?

No había una buena respuesta para aquello. Wachslar había expresado admirablemente nuestro dilema.

—Espero que se nos juzgue con menos dureza, doctor Wachslar —murmuré.

—No cuente con ello, vicepresidenta —dijo él.

Charles se quedó una vez finalizada la reunión. Aelita también se quedó.

—No hemos hablado de Ilya —dijo.

—Preferiría no hacerlo.

—El doctor Abdi me lo ha recordado... quisiera expresarte mis condolencias. Era un hombre maravilloso.

—Por favor —dije, mirando hacia otro lado. Aquello era aún más insoportable viniendo de Charles.

—¿Me culpas por su muerte? —preguntó Charles con voz plañidera.

—No. ¿Cómo podría?

—Si yo hubiera muerto hace diez años, nada de esto habría sucedido... o no habría sucedido de este modo.

—¿Qué clase de megalomanía es ésa? —pregunté.

—Sin mi contribución, habríamos tardado cinco o diez años más en construir un alabeador. La Tierra lo podría haber construido primero.

Lo miré fijamente, preguntándome si podría conservar mi máscara de neutra eficiencia.

—Yo soy tan culpable como tú.

—Necesito saberlo. Porque si me culpas por eso, creo que no podría soportarlo. De veras.

A Charles se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo desvié los míos, pues no quería compartir con él un desahogo emocional.

—Mantén la compostura —dije con cierta rudeza.

—Nunca he guardado mayor compostura ni tenido más lucidez en toda mi vida.

—Yo no estoy lúcida y no estoy en mi mejor forma. Por favor. Por favor. —Golpeé la mesa con el puño—. No hagas esto, por favor.

—No lo haré.

—He hablado con Ti Sandra hace unas horas —dije, tragando saliva, dominándome—. Tenemos que elegir adonde llevaremos Marte cuando llegue el momento. Si llega. Y tendremos que hacer una prueba con Fobos.

—He pensado en ello. Podemos llevar la *Mercurio* y el alabeador original a Fobos dentro de unos días. Los alabeadores grandes deben quedarse aquí.

—Es preciso dispersar los alabeadores y los pensantes, por si la Tierra lleva a cabo un intento más organizado de detenernos.

Charles agachó la cabeza.

—Podríamos destruir todo nuestro equipo —dijo—. Presentar pruebas a la Tierra.

—Haría eso en un instante si la Tierra tuviera que creernos. No pueden. Hay demasiados riesgos. Ahora se imponen la política y el afán de supervivencia.

—Creí que debía hacer esta sugerencia. Me mataría si pensara que así cambiaría la situación. Si pensara que podría mitigar tu pena.

Lo fulminé con la mirada.

—Os mataría a todos, me mataría yo si... —dije. Haber admitido aquello me sobresaltó, y las últimas palabras salieron en un murmullo, con una súbita falta de aliento. Charles no parecía sorprendido ni escandalizado.

—Yo envidiaba a Ilya. Te recuerdo como eras hace años —dijo al cabo de una larga pausa—. He estado con bastantes mujeres desde entonces, y ninguna tenía tu determinación, tu convicción.

—¿Determinación? ¿Convicción?

—Me dije a mí mismo: «Está tan loca como tú».

—Cielos —dije, riendo forzosamente.

—Yo creía que podía romper con el *status quo* de un siglo, descubrir cómo funcionaba el universo. Y tú... un día dije que llegarías a presidenta de Marte, ¿recuerdas?

—Revisaré mis diarios para comprobarlo. Tal vez puedas leer el tarot cuando todo se haya arreglado.

—Nunca se arreglará. Los acontecimientos de esta magnitud nunca terminan. Nunca me has preguntado por mi esposa.

—No es de mi incumbencia.

—Era una mujer tierna, una auténtica marciana. Me acompañó durante tres años. Tenía un fuerte sentido del deber, y lo intentó de veras. Pero al fin se marchó. Dijo que nunca sabía dónde estaba yo... ni qué pensaba.

—Lo lamento —dije—. Evidentemente no erais compatibles.

—No —respondió él con abatimiento.

Me pregunté en qué medida sus enlaces LC lo estaban extenuando. Necesitaba volver a nuestros problemas.

—¿Adónde debería ir Marte? —pregunté.

Charles se enderezó y conectó su pizarra con la pantalla principal.

—Aelita, éstas son coordenadas generales y números de estrellas. Conéctate con la biblioteca astronómica y realiza una actualización.

Aelita representó gráficamente un racimo de estrellas apiñadas.

—No podemos desplazarnos a sólo pocos años luz de distancia. Con sus medios de rastreo y medición, la Tierra podría encontrarnos en cualquier parte dentro de un radio de algunos cientos de años luz. Si nos desplazamos, es porque la Tierra demuestra que hará todo lo que pueda para destruirnos... y seguirá intentándolo.

Esa desnuda expresión de nuestro dilema aún tenía la facultad de estremecerme.

—Así que sugiero que realicemos un gran salto. He mirado los nuevos análisis, los he procesado con Aelita y he descubierto una candidata. Es el mejor de los lugares posibles en las cercanías de la galaxia. A diez mil años luz, cinco mil años luz más cerca del centro galáctico. Una nube angosta que nos separa del borde principal de un brazo galáctico. Un cúmulo espeso, varios miles de millones de años más joven que la mayoría de las estrellas cercanas al Sol, estable y rico en metales. Cielos hermosos, noches brillantes.

»He estudiado el Catálogo Veintidós del Resumen Galáctico y he encontrado una enana amarilla del tamaño de nueve décimas partes del Sol, con perturbaciones que sugieren cuatro planetas grandes. Mundos rocosos y desconocidos. Y hay varias estrellas similares en la misma región.

»Te las ofrezco —concluyó—. Todas las nubes y estrellas, un nuevo jardín de flores. —Me miró atentamente—. Elige. Conviértete en madre de Marte, del nuevo Marte.

Recordé las antiguas flores que Charles me había dado cerca de Tres Haut Médoc, arrancadas del lecho del Mar de Vidrio. Ahora me ofrecía un ramillete de estrellas. Después de la fatiga y la pesadumbre, Charles aún podía quitarme el aliento.

—Quiero disculparme —dije—. He sido muy dura contigo. Has realizado un magnífico trabajo.

—Gracias —dijo con el rostro radiante, y me observó con dulce vehemencia. Yo aún tenía capacidad para agradecer a Charles. Nunca había fascinado tanto a Ilya, y tal vez por eso lo amaba.

Miré las estrellas que parpadeaban en los bordes de aquel borrón alargado, rodeadas por un círculo.

—¿Necesitamos hacer una reserva? —pregunté.

Al día siguiente, al entrar con Dandy y Lieh para inspeccionar el avance de los alabeadores grandes, interrumpí una discusión. Habían terminado el laboratorio central la semana anterior, el equipo estaba instalado en una cámara, y se habían realizado algunas pruebas convirtiendo pequeñas muestras de oxígeno en antioxígeno. Cuando entramos en el laboratorio, oí la colérica voz de Leander.

—¿Acaso nadie entiende con qué nos enfrentamos?

Mitchell Maspero-Gambacorta y Tamara Kwang habían cerrado filas contra Charles, Leander y Royce. Kwang me vio entrar en el laboratorio y adoptó una expresión glacial. Maspero-Gambacorta meneó la cabeza, mascullando entre dientes, y fue a sentarse en el banco bajo donde se apoyaban las bombas de trastorno de fuerza.

Royce cogió su pizarra y algunas herramientas y pareció disponerse a partir, pero se quedó donde estaba con gesto vacilante. Leander estaba rojo de emoción. Charles, con las manos entrelazadas sobre una rodilla, parecía sereno, incluso un poco distante.

—¿Desacuerdos? —pregunté.

—Nada que no podamos solucionar —dijo Leander, con excesiva prisa.

—Tamara y Mitchell entienden que deberíamos hacer públicas nuestras investigaciones —dijo Charles.

—Sería lo más sensato —añadió Kwang.

—Nada de esto es sensato —murmuró Maspero-Gambacorta, cruzando los brazos.

—¿A quién debemos decírselo primero?

—A la Tierra, evidentemente —dijo Kwang—. Tengo amigos en la Tierra, gente que podría ayudarnos a aclarar estas cosas... los problemas políticos, los malentendidos...

—¿Malentendidos?

—No soy tonta —dijo Kwang a la defensiva—. Sé cuál es nuestra situación, pero si pudiéramos hablar, encontrar un terreno común... me haría sentir mucho mejor... —concluyó en un murmullo.

—Hemos hablado de ello una y otra vez —dijo Leander.

—Es el eterno dilema —añadió Charles.

—Lo sé —gritó Kwang, alzando los puños—. Podrían matarnos si creen que sabemos cómo matarlos... pero no nos matarán si piensan que podemos atacar primero. No podemos decirles lo que sabemos, porque sabemos cómo matarlos. Y si se lo decimos, ellos sabrán cómo matarnos. ¡Es una locura!

—Estoy de acuerdo —dije—. La mejor solución es dejar que las cosas se equilibren, se enfríen.

—¿Escapando? —preguntó Maspero-Gambacorta—. Eso no parece muy adulto.

—¿Se le ocurre una idea mejor?

—Sí. Varias ideas mejores. Pero ninguna de ellas cuenta con el apoyo de Charles o Stephen.

—Cuénteme —dije—. Tal vez yo sepa apreciarlas.

Hizo una mueca de frustración.

—De acuerdo, son intentos idealistas, alocados, no mejores ideas. Pero tal vez, si probáramos uno de ellos, dormiríamos mejor por la noche.

—No se trata de dormir mejor. Se trata de que Marte viva, y en libertad.

—Todos trabajamos con el mayor empeño —dijo Kwang—. No crea que, por el hecho de disentir, no hacemos nuestro trabajo.

—No creo eso. Si alguien tiene una idea mejor, idealista, cínica o lo que sea, quisiera conocerla.

Royce se irguió enfáticamente, con los brazos todavía cruzados, y dijo:

—De acuerdo. ¿Hemos terminado? ¿Ahora podemos volver a trabajar?

—Nos quedan cuatro semanas para dejar de tener secretos —dijo Ti Sandra al comienzo de nuestra siguiente conferencia. A solas en mis habitaciones, rodeada por los huecos sonidos de construcción que resonaban en los túneles, observé la gama de expresiones de Ti Sandra tal como si examinara el rostro de un ídolo, buscando pistas—. Es hora de hacer una prueba. Lleva Fobos a nuestro destino sugerido. La gente notará que falta una luna, así que necesitaremos tener esa luna de vuelta antes de provocar la alarma. El viaje debe durar menos de cinco horas.

—Charles y yo hemos comentado los detalles. Él cree que podemos lograrlo —dije—. Quiero ir con ellos.

—¿Por qué? —preguntó Ti Sandra.

—Ni siquiera me plantearé enviar Marte a ninguna parte si no he estado allí primero.

—A Punto Uno le dará un soponcio.

—Entonces no les informes.

Ti Sandra reflexionó, sopesando riesgos y ventajas.

—Irás con ellos. Quiero que vaya alguien en quien confíe ciegamente. Por lo que a mí respecta, eres carne de mi carne.

—Gracias.

—Me gustaría poner otro equipo de alabeadores en Deimos. Si no regresáis, o regresáis demasiado tarde, desplazaremos Deimos hacia el Cinturón, lo ocultaremos, y nos prepararemos para lo peor.

La perspectiva de usar Deimos como factor de seguridad —no era preciso especificar para qué propósito— parecía casi normal en vez de perturbador.

—¿Les diremos que desplazaremos Fobos?

—Es lo menos que les debemos —dijo Ti Sandra—. No sé si creerán que no pensamos atacarlos.

Le comenté las continuas objeciones de Wachslar, la creciente resistencia entre los olímpicos y algunos de nuestros asesores más cercanos.

—Es lo que esperaba —dijo Ti Sandra—. Me reuniría contigo si pudiera. Te ayudaría a presentar nuestra causa con mayor firmeza. Pero tú puedes hacerlo. Ya se

convencerán.

Temí que el vid no me permitiera comunicar mi sensación de urgencia con suficiente elocuencia.

—Tal vez no resulte tan fácil. Piensa en lo que estamos sugiriendo.

—A mí me aterra —dijo Ti Sandra—. Tal vez ellos tengan tanto miedo que prefieran confiar en la Tierra.

—Es una reacción natural.

—¿Todos olvidan tan pronto?

—Espero que no.

—Algunos no perdieron demasiado —dijo Ti Sandra con cierta amargura—. Sigue luchando y persuadiendo, Casseia. Mantén el entusiasmo de tus seguidores. Envíalos a hacer proselitismo, si puedes prescindir de ellos.

—Otra campaña —dije.

—Eso no termina nunca —dijo Ti Sandra.

—A veces me siento como un monstruo, con sólo pensar en esto. ¿No podríamos estudiar la posibilidad de un plebiscito?

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Charles calcula que la Tierra tardará un mes, tal vez dos, con las claves que tiene..., y no descarta la posibilidad de que tengan espías aquí. Podría ser mucho antes. Oh, Dios, hay tan pocas opciones.

—Exacto. Tú y yo somos prescindibles. Estamos trabajando para salvar a los demás. Recuerda eso, querida.

—Aquí te necesitamos tanto —dije con un hilo de voz—. Tengo tan pocos motivos para sostenerme.

—Me estoy curando a toda prisa. Aguanta. Eres fuerte.

El 23 de Acuario, poco antes del alba, cinco integrantes del equipo de Preámbulo —Charles, Leander, yo y dos astrónomos— subimos a un tractor y cruzamos una vía recién construida que unía Kaibab con la pista de lanzamiento de la oculta *Mercurio*.

Los astrónomos y yo nos habíamos reunido dos horas antes. Ellos acababan de llegar de la UMS. El mayor de ambos, Jackson Hergesheimer, era especialista en el estudio de los planetas extrasolares. Era oriundo de la Luna y no pertenecía a ningún VM. La UMS lo había invitado a formar parte del cuerpo docente hacía veinte años. Era alto, nudoso, canoso, de rostro simiesco y atribulado y manos grandes.

Su asistente, Galena Cameron, había llegado del Cinturón cinco años antes para estudiar en Tharsis. Era especialista en ingeniería de laboratorios espaciales. Parte del equipo que llevábamos a bordo era de ella: prototipos de sensor para el observador galáctico supraplanar, un proyecto de varios VM cuyo lanzamiento se había postergado nueve veces en los últimos cinco años. Hergesheimer no parecía impresionado por lo que íbamos a hacer —ocultaba su temor, sospeché— pero la

agitada Cameron no podía tener las manos quietas.

El revestimiento de la pista de lanzamiento aparecía como montículos oscuros a la luz de nuestros faros. La *Mercurio* estaba bajo una funda del color del suelo, un camuflaje elemental. Nadie se había preocupado en exceso por ocultar lo que sucedía allí. A fin de cuentas, los observadores del Cinturón, la Tierra o puntos intermedios tendrían que examinar cientos de esas pistas de lanzamiento. El espacio orbital marciano aún estaba abierto a todos los ex VM, muchos de los cuales todavía se empeñaban en conservar sus propias flotas orbitales. Un lanzamiento desde lo que pretendía ser una estación minera restaurada no tenía por qué llamar la atención.

La conductora del tractor, Wanda, una mujer corpulenta y atlética con un traje térmico verde chillón, miró por encima del hombro y nos sonrió.

—Deberán despegar y salir dentro de treinta minutos. Una vez alcanzada la órbita, se les dará autorización por enlace directo. Cuando regresen, usaremos enlace directo para decirles dónde aterrizar. No queremos que los terrícolas vean que la *Mercurio* desciende en Preámbulo.

«Enlace directo» era la clave para comunicación instantánea por medio del alabeador. Usaríamos «enlace directo» por primera vez, pero sólo desde órbita.

Charles se lo agradeció y le palmeó el hombro.

—Wanda fue nuestra conductora en el primer salto —dijo—. Nos estamos volviendo unos expertos en esto.

—No hago preguntas —dijo Wanda, mirándonos con sus ojos castaños y una expresión divertida—. Sólo quiero el placer de ver los resultados en las noticias.

—No habrá noticias sobre esto, espero —dijo Charles—. Y eso es todo lo que sabrás hoy.

—Vaya —gruñó Wanda, defraudada. Extendió un conducto presurizado entre el tractor y la *Mercurio*. Los seis trepamos a gatas. Charles y Leander descargaron el equipo con cuidado. Yo ayudé a trasladar el pensante e intérprete LC. Sellamos la nave.

En nuestras estrechas literas, tendidos lado a lado en dos hileras, aguardamos en tensión el encendido de los cohetes. Yo no había subido a órbita desde mi viaje a la Tierra, hacía siglos.

—Es hora de contarte algo sobre el salto —dijo Charles. Miré a la izquierda, donde estaban él y Leander. Leander irguió la cabeza y sonrió—. No todo es maravilloso para los pasajeros.

—¿Qué detalle faltaba? —pregunté.

—No tendremos energía eléctrica durante varios minutos mientras realizamos el viaje, y durante varios minutos después. No habrá calor, nada en los trajes, esas cosas. El aire de la cabina puede enrarecerse, pero construimos un purificador mecánico sin componentes eléctricos, y eso solucionará la mayoría de las dificultades

durante diez o quince minutos.

—¿Por qué ese lapso?

—No lo sabemos. También sufrirás algunos temblores. Se te pasará, pero todas tus neuronas parecerán desactivadas varios minutos. Es como un desmayo, sólo que comprendes lo que ocurre. Al cuerpo no le gusta. Al margen de esos pormenores, todo es tal como anunciaba la publicidad.

Me tendí en la litera.

—¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Ya teníamos suficientes problemas allá. —Charles extendió el brazo hacia el laboratorio—. ¿Qué habría dicho Wachslar si se lo contábamos?

—Habría tenido un soponcio —admití—. ¿Pero qué pasará con todo lo que hay en Marte... nuestros equipos de supervivencia, por no mencionar nuestro estado mental?

Leander interrumpió lo que amenazaba con convertirse en una larga conversación.

—Tal vez no sea problema dentro de un par de semanas. Creemos que se puede ajustar. Creemos que tiene remedio, pero por ahora... prepárate.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Ni siquiera sentirás una sacudida. El viaje más suave del universo —dijo Charles.

El piloto humano de la primera misión de la *Mercurio* había sido reemplazado por un pensante específico fabricado en Marte. Nos avisó con un minuto de antelación. Con una estrepitosa serie de detonaciones, el vehículo se elevó en una columna de llamas y vapor, aplastándonos contra las literas. A través de las troneras, y en pantallas vid, vimos cómo se alejaba Marte. La pequeña nave giró para dirigirse hacia la pequeña y negruzca luna, y disfrutamos de unos minutos de silenciosa inactividad mientras ascendíamos hacia el alba.

Cameron irguió la cabeza y sonrió.

—Quería decirte que me siento muy honrada de participar. Esto es increíble... fantástico. Estoy aterrada.

Sonreí para tranquilizarla, en la medida en que yo podía hacerlo. Lo que estábamos a punto de hacer superaba mi imaginación, aunque no la capacidad de cálculo de mi expansión.

Como no habría aceleración, ni se gastaría fuerza, entraba en juego un concepto muy diferente de la fuerza y el trabajo, basado totalmente en ajustes de descriptores observados en los experimentos. Traduciéndolo a términos familiares, desplazar Fobos diez mil años luz requería robar del arca galáctica energía suficiente para alimentar una estrella como el Sol durante varios años.

El acercamiento a la luna parecía abrumadoramente lento. Durante una hora,

Fobos fue dejando de ser una mancha brillante para convertirse en un borrón oscuro, mientras caíamos nuevamente en la sombra de Marte.

La desaceleración fue más abrupta que el despegue, una sacudida espasmódica que hizo que golpeará con el codo contra una barra de metal poco acolchada. Volamos a pocos cientos de metros del regolito de Fobos: antiguos cráteres jaspeados de negro y gris, surcos, fosas y cicatrices de viejos proyectos de minería e investigación.

Ocuparíamos una base minera de treinta años, cerca del centro del cráter Stickney, todavía utilizable pero sólo habitada por *arbeiters*.

Si atacaban la *Mercurio*, tendríamos mayores posibilidades de supervivencia sepultados bajo la lúgubre superficie gris de la pequeña luna.

—Allí está —dijo Leander. Charles se irguió. En una cuesta del cuenco irregular del cráter Stickney parpadeaba una pequeña señal de aterrizaje, como lo había hecho durante décadas. La *Mercurio* cambió de rumbo con una sacudida. Nos aproximamos a la señal con velocidad alarmante.

—Buscando puntos de anclaje —anunció el pensante.

Otra desaceleración brusca, y un golpe suave cuando la *Mercurio* descendió. Revisamos todos los sistemas de la estación, lo hallamos todo en buenas condiciones y extendimos el tubo de transferencia de la nave.

Charles se desabrochó el cinturón y yo lo seguí, flotando libremente.

—Provisiones para tres días —dijo Charles con una sonrisa cuando me adelantó en el compartimiento de carga.

—¿Será suficiente? —preguntó Galena Cameron con cara de preocupación.

—Esperamos regresar antes de cinco horas —le recordó Leander desde la cubierta superior.

Hergesheimer hizo una mueca.

—Podríamos pasarnos diez años estudiando el sistema y no sabríamos lo suficiente.

—Los túneles serán fríos e incómodos durante varias horas —dijo Leander—. No están acostumbrados a las visitas.

Arrastrándome por el tubo detrás de Charles, casi tropecé con un viejo *arbeiter* cubierto de polvo. Del tamaño y el color de un oso de fieltro, flotaba en un rincón, haciendo girar su antiguo sensor rotativo con un gemido tenue.

—Este aparato necesita reparación —dijo con voz sofocada.

Charles giró en la cámara para mirarme, y por primera vez en semanas sonreí, recordando Tres Haut Médoc. Él sonrió también, haciendo una mueca al estirar sus retazos de nano.

—Deberíamos cuidar mejor de nuestros huérfanos —dijo.

Hergesheimer maldijo la falta de conexiones adecuadas para los sensores, y

Leander ordenó a un pequeño arbeiter encargado de recoger muestras que hiciera otras nuevas. Habíamos llevado herramientas, y la mayoría de los arbeiter de la estación estaban en proceso de actualización y reacondicionamiento. Galena Cameron coordinó los sensores y telescopios, sentándose en una vieja cámara cúbica, sometiéndolo todo a pruebas y simulaciones.

Por el momento yo tenía poco que hacer. Ayudé a Leander sentándome en la cámara de control central de la estación y observando la integridad de presión; no podíamos confiar en los sistemas de emergencia de la estación mientras no se hubieran completado las actualizaciones. La cámara tenía forma de estrella. Ocupé una punta de esa estrella y Charles acomodó al pensante LC en otra. Se inclinó en la esquina, con cables ópticos sujetos a la nuca, y dijo:

—Está distraído.

—¿Qué?

—El pensante. Tendría que haberle impuesto un trabajo de focalización antes de partir. Está en otra parte haciendo algo que nunca necesitaremos saber.

—¿Puedes recobrarlo? —pregunté.

—Claro, pero se necesita un rato para entrar en sintonía. ¿Cómo está tu expresión?

—Muda. Creo que al fin he logrado dominarla.

—Bien. —Miró detrás de mí como si hubiera alguien. Sentí la tentación de volverme, pero sabía que estábamos solos en el centro de control—. Casseia, no sé qué me hará esto. Cada vez que guío el LC, tengo una reacción distinta. Decididamente, no es...

Buscó en vano la palabra. Agitó los dedos.

—¿Agradable? —sugerí.

—Tal vez demasiado agradable. Como adquirir un mal hábito. Como sumarse a una bullanguera fiesta de genios locos. Siempre hay algo fascinante, la solución de todo...

—Eso te gustaría —murmuré.

—Exacto. Es mi debilidad. Voy en su busca, y las partes verdaderas se desvanecen como fantasmas, dejando sólo una sensación de plenitud. El LC persigue diversas clases de verdades, cosas que no son útiles para los cerebros humanos. Tangentes matemáticas que nunca investigaremos, lógicas que nos lastiman. Tengo que cuidarme, o cuando regrese seré inservible. Para ti y para los demás.

—Tú siempre serás útil.

—No necesariamente. Sólo quería preguntarte... ¿Puedo concentrarme en ti? No tengo nada salvo este trabajo y tú. Concentrarse en el trabajo es recursivo. Improductivo.

—¿A qué te refieres con concentrarte?

—Un objetivo. Algo para valorar que sea real.

La propuesta me molestó profundamente. Decidí que era preciso hacer una pregunta, por torpe que pareciera.

—¿Es una proposición, Charles?

—No —dijo él. Frunció el ceño tímidamente—. Necesito una verdadera amistad. Espero que esto te resulte claro, y apropiado. Casseia, sería espantoso que me insinuara ahora... todavía estás de luto.

—Sí.

—Necesito a alguien que se interese en mí en un sentido distinto del profesional. Para traerme de vuelta. A mí. No a un producto de la fusión con el LC, no a un mutante intelectual.

—Me preocupo por ti. Eres importante. Te valoro.

Su expresión se suavizó. Una vez más, sentí mi poder para agradarle y eso me dejó consternada.

—Eso es lo que necesito —dijo—. Pero no te asustes. Aunque yo me pierda, lo que quede de mí nos traerá de vuelta. Tamara o Stephen podrán reemplazarme después. Para el gran viaje.

—¿Tan peligroso es? —pregunté.

—No lo creo. Pero cada vez se pone más difícil. Las verdades son demasiado cautivadoras.

—Verdades peligrosas.

—Sí. Enamorarse de otra realidad, prepararlo todo para la boda... y sufrir un plantón.

Leander entró en el centro de control desde abajo, una mano sobre otra en la débil gravedad de la luna.

—Galena y Jackson dicen que están listos. He conectado nuestro alabeador por enlace directo con el gran alabeador de Preámbulo. Recibimos buenas señales. No puedo garantizar que mantendremos la conexión cuando nos movamos, pero tal vez la recobre cuando regresemos.

—Todo es muy primitivo —dijo Charles.

—Hago lo posible —repuso Leander con una sonrisa—. Cuando usted lo ordene, capitán.

Galena Cameron entró en el centro desde arriba, maniobró diestramente y me miró.

—Señora vicepresidenta...

—Casseia, por favor.

—Estamos listos. Recibimos imágenes nítidas del exterior. El equipo está instalado y los arbeiters están funcionando.

—Anuncia a Marte que iniciamos el viaje —dije a Leander.

—¿Cinco horas? —preguntó Leander.

—Si alabeamos bien todos los descriptores —dijo Charles. Hergesheimer se puso junto a Galena, la cara reluciente de sudor. Estaba aterrado.

Yo estaba tranquila. Salí del rincón y cogí la mano de Charles. Él aferró la mía con fuerza.

—Todos estamos aquí por ti —dije.

—¿Mis órdenes, Casseia?

—Llévanos a un lugar remoto —dije—. Un lugar seguro y maravilloso. Un lugar nuevo.

—Creo que tengo el lugar indicado. Perdona.

Se acomodó en la silla y conectó un último cable óptico, moviendo con destreza los largos dedos. Observamos su nuca, las grises nanograpas sujetas a su cráneo, las ondas de cabello negro.

Colocado dentro del viejo panel de control central de la base, el pensante LC proyectó un círculo multicolor de formas complejas. Las formas tenían bordes. Los bordes se suavizaron y las formas geométricas se convirtieron en manchas fluctuantes.

En una alcoba de roca, a un metro de distancia, el alabeador y las bombas de trastorno de fuerza que mantenían su muestra de átomos en cero absoluto aguardaban las órdenes del LC.

Charles cerró los ojos.

—¿Debemos sujetarnos? —preguntó Galena con un hilo de voz.

—No es preciso —dijo Leander, relamiéndose los labios secos—. Haced lo que os venga en gana.

—Allá vamos —dijo Charles.

Miré las vistas externas que se amontonaban sobre la consola: Marte debajo de nosotros, el borde de Marte con la corona del Sol centelleando en el negro espacio, nubes de estrellas, un gráfico de la región galáctica de destino, un gráfico del estado del alabeador.

El LC estaba traduciendo medidas y coordenadas humanas a «lenguaje» de descriptor. El intérprete habló en clara voz de mujer:

—Redescripción de partículas completa. Primer destino, primera aproximación, completa.

El intérprete presentó su estimación de la situación: líneas rojas creciendo a medida que el LC abordaba y alabeaba los descriptores dentro de la muestra superfría y aplicaba las cambiantes cualidades de todas las partículas existentes dentro de la masa y de las inmediaciones de la luna.

—Necesitaremos por lo menos media hora para averiguar dónde estamos y calcular a qué distancia estamos —dijo Hergesheimer.

—Exacto —dijo Leander. La posición transmitida al LC compensaría automáticamente el movimiento de nuestra estrella de destino en los diez mil años terráqueos desde que su imagen había iniciado su viaje a la velocidad de la luz, pero otros factores dificultaban la exactitud.

La sala parecía más fría. Las pantallas se vaciaron, mis brazos se entumecieron, mi visión se llenó de bordes y distorsiones. No experimenté movimiento ni cambio de velocidad. A diferencia de todo lo anterior en la historia humana, el alabeo no requería maquinaria, no quemaba combustible, no consumía energía en forma de calor y ruido. El proceso era poco espectacular, a diferencia de los resultados.

Las pantallas se iluminaron. Mis brazos parecían fríos y mis piernas calientes, pero no me sentía mal. Mis compañeros parpadearon, abrieron los ojos como si despertaran de una siesta.

Charles gimió, se disculpó.

—Estaré contigo dentro de un instante —dijo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Leander.

En los visores externos sólo veía estrellas. Marte había desaparecido. La oscuridad de fondo, sin embargo, estaba teñida por gruesos borrones de color tenue. Algunas estrellas parecían brumosas, indefinidas. Yo nunca había visto semejante cielo en toda mi vida. Bello y aterrador. La sangre latía en mis oídos; se me secó la garganta, tosí en el puño. Por un instante tuve un ataque de claustrofobia. En aquel viejo túnel, atrapado en una luna que, como luna, era diminuta, pero enorme como roca.

Y aquella ajetreada roca negra había ido muy lejos, incomprensiblemente lejos.

No había seres humanos en un radio de diez mil años luz, noventa y cinco mil billones de kilómetros. Nos rodeaban miles de millones de kilómetros de bruma estelar y nada más. Tal vez no pudiéramos orientarnos, tal vez estuviéramos perdidos.

Aflojé los dedos, respiré varias veces.

Hergesheimer y Cameron trabajaban en silencio y muy deprisa, uniendo todo su equipo para procesar las imágenes y calcular la posición.

Hergesheimer maldijo entre dientes.

—Necesitamos más datos específicos sobre dispersión familiar en este grupo —dijo a Cameron, señalando cinco estrellas aureoladas de bruma azul, y ella pronto hizo el cálculo en su pizarra, evitando los ordenadores conectados al equipo.

—Es el grupo A-veintinueve, EGO 23-7-6956 a 60 —dijo.

—Allí está el objetivo. —Hergesheimer tocó un mando debajo de la pantalla y modificó la vista, señalando un punto brillante y nítido contra la borrosa negrura—. Lo hemos errado por sesenta mil millones de kilómetros —dijo, y añadió en tono de admiración—: No está mal por ser una primera aproximación. Pero esto no es un juego. Estamos a cincuenta y cuatro mil millones de kilómetros de la órbita del

planeta más lejano. —Examinó el equipo, cabeceó—. Amigos, si esto importa después de lo que acabamos de hacer... hay siete planetas en nuestro sistema de destino, tres inmensos gigantes gaseosos, muy jóvenes, entre dos y cinco veces mayores que Júpiter, cuatro pequeños mundos rocosos cerca de la estrella, y en medio una gran cantidad de espacio vacío con lugar suficiente para una órbita cómoda, sin nada que esquivar salvo un difuso Cinturón de Asteroides.

»Pero eso no querrá decir nada si no efectuamos una leve corrección.

Hergesheimer me miró, tragó saliva y cabeceó, como reconociendo que todo aquello merecía un cierto grado de nerviosismo.

—¿Charles? —dijo Leander.

—El LC está efectuando las correcciones y traduciendo. Nos moveremos de nuevo dentro de cinco minutos.

En las profundidades de Fobos, algo se movió con un gemido crujiente y sordo que parecía vivo y monstruoso. Las paredes aisladas de la estación vibraron. Todos excepto Charles nos miramos con inquietud.

—Hemos oído eso antes, aunque no tan fuerte —dijo Leander—. Hemos zarandeado mucho esta vieja luna. Diferencias de tensión.

—Y habrá más —dijo Cameron.

—No hay problema —aseguró Leander—. Las tensiones son menores. Pero el ruido es impresionante...

Cameron se me acercó.

—Hay una sala de recepción con vista directa —dijo—. Los mineros debieron agregarla antes de la última actualización cartográfica. He enviado un arbeiter a limpiarla y a ver si el blindaje exterior se abría. El doctor Hergesheimer no necesita más ayuda hasta que lleguemos. Ahora todo es automático. Quisiera experimentar la transferencia, pero me gustaría ir acompañada. ¿Te necesitan aquí, ahora?

Charles parecía ausente, pero yo no quería abandonarlo.

—Puedes ir —dije—. Yo me quedaré aquí.

Cameron me miró con ansiedad, retrocedió, giró con la experta gracia de una habitante del Cinturón y se internó en un túnel que conducía a la superficie.

—Ella es joven —dijo Hergesheimer—. Yo ya ni siquiera miro por los telescopios ópticos. El esfuerzo no merece la pena. Los ojos no ven nada.

—A mí no me molestaría tener visión directa —dijo Leander—. Todos echaremos una ojeada cuando terminemos de movernos.

Yo todavía procuraba asimilar la magnitud del espacio que nos rodeaba, los cientos de miles de estrellas, nubes de gas y polvo.

La distancia no importa. La distancia no existe salvo como valores dentro de descriptores.

—¿Todo bien? —me preguntó Leander, y yo sacudí la cabeza. Tenía las mejillas

húmedas. Lágrimas esféricas y relucientes se deslizaban lentamente hacia mis pies en la débil gravedad de Fobos.

—¿Triste? —preguntó Charles, volviéndose hacia mí. Su rostro parecía asombrosamente apacible, con una serenidad antinatural. Comprendí que la pregunta de Leander lo había arrancado de su concentración.

—No —dije—. Siento la vastedad. Me encuentro perdida. No sé qué podrá asombrarme más.

Charles apartó sus ojos lánguidos.

—Un error nos asombrará a todos —murmuró—. Alabeo de destino.

De nuevo esa frase, negada con tanta frecuencia. Miré a Leander y le clavé un dedo en el pecho.

—He oído eso antes —susurré—. Dijiste que no era nada.

—Charles dijo que no era nada —dijo Leander, encogiéndose de hombros—. Él murmura cosas raras cuando está en conexión LC.

—¿Sabes a qué se refiere?

Leander negó con la cabeza.

—Hace años creía que sí.

—¿Y bien?

—Invocamos un alabeo de destino para despejar las contradicciones lógicas. También para explicar por qué no podíamos viajar en el tiempo, salvo en la medida en que el viaje instantáneo por el espacio afecta nuestra posición en el tiempo. Parecía muy clásico e ingenuo, y sin embargo... era así de simple.

—¿Qué era simple?

—Con tu expansión, comprenderás cuáles son los problemas.

—El viaje a velocidades que dejan atrás un fotón es lógicamente difícil en un universo causal —dije.

—A nadie le ha importado mucho el universo causal durante más de un siglo. Pero la teoría de los descriptores lo pone todo en un contexto causal diferente, aunque la causa y el efecto se limiten, en última instancia, a las reglas que rigen la interacción de los descriptores.

Al menos comprendí esto: todos los fenómenos externos, la naturaleza entera es sólo una especie de variable dependiente, el resultado de la función de los descriptores. Ahora me había perdido en abstracciones matemáticas y tuve que desandar camino.

—¿Entonces hay contradicción lógica o no? —pregunté.

—Las reglas de la función de los descriptores son la única lógica real. No necesitamos el alabeo de destino.

—¿Qué era eso?

—Nunca lo encontramos —dijo Leander, sacudiendo la cabeza con renuencia—.

No sé por qué lo ha mencionado.

—¿Qué era? —insistí.

—Una variación sobre la vieja hipótesis de los mundos múltiples. Pensábamos que al desplazar una masa instantáneamente hasta un punto que estaba más allá de su esfera inmediata de información, recreaba la masa en otro universo. Pero no existen pruebas de otros universos.

—Stephen —dijo Charles—, no me encuentro muy bien. El LC está examinando demasiadas verdades.

Leander frunció el ceño.

—¿Qué podemos hacer, Charles?

—Aguarda —dijo Charles con voz aflautada. Alzó la mano, instintivamente se la aferré. Él suspiró, me apretó los dedos con fuerza—. Demonios, nos *falta* algo.

Hergesheimer escuchaba con el ceño fruncido.

—¿De qué habla? —preguntó.

—Traed a Galena —dijo Charles—. Deprisa, por favor. Que no mire fuera.

Hergesheimer echó a andar por el túnel.

—¿Puedo hacer algo, Charles? —pregunté, sin soltarle la mano.

—El LC ha encontrado una mala trayectoria —dijo Charles—. No miréis fuera.

Sentí una sacudida. Con la otra mano, aferré el respaldo de la litera de Charles. Leander se volvió borroso, indefinido, como si hubiera doblado una esquina. Movía la boca pero no hablaba, o yo no le oía. Un gemido me envolvió como una nube de mosquitos. Yo parecía chocar contra mí misma, pero no me movía, no era dos personas sino una. Las formas que se derrumbaban alrededor de Leander me dieron una pista de lo que yo sentía: él parecía estar envuelto en globos que se desinflaban, haciéndolo temblar y tiritar: el choque de mundos limítrofes. Rotas imágenes del pasado poblaron la cabina, aunque por supuesto aquello no tenía sentido.

Miré las pantallas y vi fantasmas de imágenes que no concordaban con la electrónica y la óptica, imágenes que no podían reconstruirse correctamente a partir de su codificación inicial. Las matemáticas fallaban. La física de nuestros instrumentos se desquiciaba. No veíamos, no podíamos procesar la información, no podíamos reorganizar la realidad.

El débil gemido se agudizó. Abofeteada por el derrumbe de mis yoes pasados, detecté una dirección para el sonido y me volví hacia ella. Todo era rincones y distorsiones, ángulos descabellados. Reconocí una forma, vi el rostro de Hergesheimer, cubista y múltiple como en el ojo de una mosca, y el rostro se convirtió en el de Galena Cameron, y comprendí que Hergesheimer abrazaba a Galena y ella emitía el gemido, cerrando los ojos cerrados, agitando las manos.

Los labios de Hergesheimer articulaban palabras: *Yo no he mirado*.

Y luego: *Afuera*.

Y: Ella ha mirado.

Leander se había desplazado y no pude localizarlo en los ángulos divergentes. Yo todavía aferraba la mano de Charles. Los dedos envueltos en los míos se volvieron externos. Charles sostenía una inversión de mi mano. No importaba.

El todo estalló. La bofetada final fue horrenda, desgarradora. Era como si mis huesos y mis músculos se hubieran pulverizado y reconstruido.

Gotas de sangre flotaban en el aire. Inhalé profundamente y me sofoqué con ellas. Algo me había rasgado la piel con navajazos largos y superficiales. También me había desgarrado la ropa, y las superficies internas de la cámara parecían estriadas, como si un látigo de puntas afiladas hubiera azotado la cabina. Leander gimió y se llevó las manos a la cara. Las apartó ensangrentadas. Hergesheimer abrazaba a Cameron, y ella permanecía floja e inmóvil. Todos rasgados, todos ensangrentados.

Charles me soltó. No teníamos cortes en las palmas, pero el dorso de mi mano parecía una superficie donde un gato se hubiera afilado las uñas, salvo allí donde los dedos de Charles la habían protegido. El interior de la cámara estaba gélido. Las pantallas y señales electrónicas aún no funcionaban. Luego regresaron, y fuera vimos estrellas, y el resplandor de un sol mucho más cercano.

Por un momento, todos callamos.

—Necesitamos atención médica —dijo Leander, extendiendo las manos y mirándose la ropa ensangrentada. Habíamos traído un nuevo botiquín médico en la lanzadera. Fui a buscarlo. Era imperativo que yo me ocupara de él e hiciese de enfermera.

De lo contrario, pensé, podría terminar como Galena, floja como una muñeca, los ojos cerrados, los labios fruncidos en una pregunta incesante.

Leander conversaba con Charles cuando regresé. Apliqué nanomedicamentos de una pócima con una esponja esterilizada. Todos se desnudaron para someterse a mis cuidados. Hergesheimer desvistió a Galena, que no se resistió. Nos masajeamos uno al otro, y el contacto mismo era tranquilizador, una orgía de ternura curativa.

Apliqué suavemente la esponja a los brazos y el rostro de Charles. Él cerró los ojos, disfrutando de mis atenciones.

Hergesheimer colgó a Galena en una hamaca extensible. Ella descendió lentamente y se posó.

—¿Dónde estamos? —preguntó él.

—Donde queremos estar —dijo Charles.

—¿Qué demonios ha fallado? —preguntó Hergesheimer.

—El LC nos ha llevado por una mala trayectoria —dijo Charles—. No podía zafarse de ciertas verdades fascinantes. Lo lamento. Esta explicación no debe ser muy satisfactoria.

—¿Atravesamos otro universo? —preguntó Leander.

—No lo creo —dijo Charles—. Se relaciona con el cambio de nuestra geometría, la alteración de las líneas de bosones que dividen los mundos. Los fotones adquirieron algo de masa.

—¿Es algo que podemos entender? —preguntó Leander.

—Tal vez no —dijo Charles.

—¿Hemos sufrido lesiones permanentes? —preguntó Leander. Él sabía qué preguntas hacerle a Charles, nuestra conexión oracular con el LC. Cerré la boca y escuché. Galena todavía parecía dormida. Hergesheimer colgaba en una esquina de la cámara, a medias visible, los pies apenas apoyados en el suelo, los ojos inexpresivos, muertos.

—Los fotones atraviesan la materia, pero no en profundidad. Sólo algunos fotones adquieren masa. No completa. —Charles me miró a mí, luego a Leander—. El LC no entiende. Yo no entiendo. Creo que no deberíamos perder tiempo intentándolo ahora. No sucederá de nuevo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Leander, acercándose a Charles.

—Porque el LC se asustó. No examinará de nuevo esas verdades.

Limpiamos las gotas de sangre y confeccionamos ropa nueva mientras Hergesheimer trabajaba a solas con sus instrumentos. En el túnel que conducía a la pista de lanzamiento, detuve a Leander para preguntarle:

—¿Sabes qué sucede con Galena? ¿Todavía está dormida?

—No estoy seguro —dijo.

—¿Se recobrará?

—Eso espero.

—¿Podemos hacer lo que debemos hacer?

—Pregúntaselo a Hergesheimer. A mí me preocupa el regreso. Charles está agotado. Todos estamos tensos. Ya han transcurrido cuatro horas. Traté de zafarse de mi mano, pero mis dedos se hundieron como garras. Leander esbozó una mueca.

—Todo ha terminado, ¿verdad? —dije—. No podemos desplazar Marte.

Él tragó saliva y sacudió la cabeza, resistiéndose a afrontar lo evidente.

—Charles dice que no sucederá de nuevo.

—El riesgo, Stephen.

—Es espantoso —admitió, desviando los ojos—. Espantoso.

—¿Esperabas algo así?

—Claro que no.

Hergesheimer se arrastró por el túnel.

—Tal vez no importe mucho —dijo—, pero este sistema es ideal. Cumple con todos los requisitos. Los planetas son ricos en minerales, uno tiene el tamaño de la Tierra y una atmósfera menguante pero sin vida detectable... ideal para la terraformación. Dos gigantes gaseosos. Magníficos asteroides jóvenes. La estrella es

una variable duradera, como el Sol. No hay señales de vida inteligente... no hay cháchara de radio. Es hermoso.

Mostró figuras, gráficos y series numéricas en su pizarra. Un planeta pardusco del tamaño de la Tierra, poco apetecible; enormes gigantes de gas verdoso con estrías anaranjadas y amarillas, ricos en hidrógeno y deuterio; Hergesheimer había hecho estimaciones de la masa total de minerales libres, carboníferos y volátiles disponibles en los asteroides. Eran realmente ricos. Apagó abruptamente la pizarra.

—Al cuerno con todo.

—¿Ha terminado? —preguntó.

—No, pero el trabajo esencial es automático y se hará dentro de unos minutos.

—¿Margen de error? —pregunté.

—Certeza en la descripción general. Todo lo que podíamos esperar —dijo Hergesheimer—. ¿Acaso importa, Casseia? ¿Alguna vez regresaremos?

Sacudí la cabeza.

—Hágalo de inmediato.

—Galena está despierta —dijo Hergesheimer—. No se comporta de ningún modo.

—¿Cómo ha dicho?

Agitó los dedos, me miró con ojos desorbitados.

—No hay conducta. Está en blanco.

—¿Ha visto usted qué le ha sucedido? —preguntó Stephen.

—Estaba en la burbuja de observación. Había retirado el blindaje y miraba fuera. Yo me aparté apenas lo entrevi. Eran como cuchillos.

—Eso no tiene sentido —dijo Leander.

—Mírela, pues —protestó Hergesheimer—. Háblele. Recóbrele.

Cuando regresé a la cámara de control, Charles se había levantado de la litera y hacía ejercicio, apretando los pies contra una mano, las manos contra la pared. Los cables ópticos de su cabeza estaban desconectados. Se volvió hacia mí y dijo:

—De veras, no volverá a ocurrir.

—Galena está mal. ¿Qué podemos hacer por ella?

—Mala información —dijo, presionando hasta gruñir—. Malas trayectorias. —Flotó libremente y cayó despacio a la cubierta, posándose sobre las rodillas flexionadas—. Ha recibido información externa sin proceso previo. Nosotros la vimos por pantallas que no pueden comunicar la totalidad. Ella tendrá que ordenarlo.

—¿Cómo puede lastimarla lo que ve? —pregunté.

—Creemos en la verdad de ciertas cosas —dijo Charles—. Cuando tenemos una prueba visual de lo contrario, nos desquiciamos.

—Hergesheimer dice que Galena no reacciona.

—Tendrá que encontrar el camino de regreso.

—Todavía no lo entiendo.

—Ordené al intérprete que modelara una reacción humana ante la recreación LC de lo que había fuera. Tal vez eso nos diga algo más. Si hubiéramos permanecido en ese estado más de unos segundos, todos habríamos dejado de existir.

—No podemos desplazar Marte. No asumiré esa responsabilidad.

—No sucederá de nuevo. El LC estaba muy contrariado. No buscará de nuevo esas verdades.

Mi frustración y mi furia se agudizaron.

—No enviaré a mi pueblo a semejante lugar. No sé de qué hablas. «Verdades» y pamplinas. El LC no es de fiar. ¿Y si decide hacer algo aún más peligroso e incomprensible? ¿Estaba *experimentando* con nosotros?

—No. Ha encontrado algo que no había visto antes. Era un hallazgo fundamental. Lo que ha descubierto responde muchas preguntas.

—Nos disparó a un universo alternativo...

—No hay universos alternativos —dijo Charles—. Estábamos en nuestro propio universo, con las reglas alteradas.

—¿Qué significa eso?

Yo respiraba entrecortadamente y abría y cerraba las manos inconscientemente. Oculté las manos a mi espalda, apretando las mandíbulas hasta que me dolieron los dientes.

—El LC ha descubierto una nueva categoría de descriptores y ha alabeado uno. Esta categoría parece corresponderse directamente con todos los descriptores en la escala máxima. Con la totalidad. El alabeo del destino. Cambiamos el modo en que el universo se comprende a sí mismo... se construye a sí mismo.

—Qué tontería —dije.

—Ni siquiera yo lo entiendo aún. Pero no lo niego.

—¿Qué ha sucedido con el viejo universo?

—El nuevo universo no podía funcionar. No era coherente. Las reglas se contradecían y producían una naturaleza disparatada. Todo volvió a las reglas anteriores. Hemos regresado.

—¿*El universo entero*? —Me encogí sobre mí misma, abrazándome las rodillas—. No puedo asumir semejante cosa. No puedo asimilarla, Charles.

—Creo que Galena estará bien dentro de unas horas. Su mente rechazará lo que ha visto. Ella volverá a ser lo que era antes.

—¿Qué sucederá si tocamos de nuevo ese descriptor? —pregunté.

—No lo haremos. Si lo hiciéramos, obtendríamos otro universo incomprensible, y revertiría. El problema es incomprensible para nosotros, por el momento. Las reglas de nuestro universo se crearon mediante un sinfín de combinaciones y fallos. Evolución. Tendríamos que aprender a diseñar todas las reglas para que interactúen y

tengan sentido. Eso llevaría siglos. No sabemos cómo crear un universo viviente a partir de cero.

—Pero podríamos hacerlo, un día.

—Es posible —dijo Charles.

Su modo de mirarme y su modo de hablar —a regañadientes, temeroso de hacerme daño o de defraudarme— me inquietaron aún más, si tal cosa era posible. Ya estaba suficientemente asustada cuando sólo creía que había trascendido la preocupación por mi existencia personal.

Me pregunté qué habría ocurrido si hubiéramos *muerto* antes de que las reglas se revirtieran.

De pronto Charles parecía inefablemente exótico: inhumano, intelectualmente monstruoso.

—¿Podemos regresar? —pregunté.

—Me conectaré de nuevo dentro de unos minutos. El intérprete habrá terminado y el LC habrá ordenado sus ideas. Lo lamento, Casseia.

Lo miré de hito en hito, con carne de gallina.

—¿Por qué siempre sientes la necesidad de disculparte conmigo?

—Porque cada vez te creo problemas más grandes. Sólo quiero facilitarte las cosas, cuidarte...

—¡Cielos, Charles!

Me desencogí y traté de alejarme, pero él se estiró como un gato y me cogió el tobillo, obligándome a descender en un arco brusco. Me golpeé contra el suelo de la cámara, pero él había impedido que mi cabeza chocara contra el techo.

Con un trémulo horror del que me avergoncé de inmediato, me zafé de él.

Charles retrocedió, entornando los ojos. Regresó a la silla y se conectó los cables ópticos a la cabeza. A estas alturas ya era un experto y no necesitaba ayuda.

Charles nos llevó a casa, devolviendo Fobos a su vieja órbita marciana, como si nada hubiera ocurrido. Por enlace directo, nos asignaron una nueva pista de aterrizaje en la estación Perpetua, quinientos kilómetros al este de Preámbulo, debajo de la meseta de Kaibab.

Charles pidió asistencia médica para Galena Cameron y desactivó el equipo de alabeo, preparándose para partir de la vieja base de Fobos.

Todavía avergonzada de lo que había sucedido antes, le ayudé a desconectar sus cables y a llevar el pensante e intérprete a la lanzadera. Hablamos poco. Los ojos de Galena me seguían mientras Leander y yo guiábamos su cuerpo flojo hasta la nave. Se puso rígida cuando la sujetamos a la litera, y preguntó:

—¿Los ojos me han cambiado de color?

Yo no recordaba el color de sus ojos, pero dije que no.

—Están bien —dije.

Ella tiritó.

—¿Está vivo el doctor Hergesheimer?

—Todos estamos bien, Galena —respondió Leander.

Hergesheimer se inclinó sobre ella, colgando de la parte superior del compartimiento de pasajeros.

—Nos tenías preocupados.

—No creo que haya estado aquí mucho tiempo —dijo ella, temblando todavía—. Sé que no estaba dormida. ¿Hemos conseguido algo?

—Hemos conseguido lo que fuimos a buscar —repuso Hergesheimer. Luego, mirándome, añadió—: Una quimera. No podemos regresar.

—¿Por mí? —preguntó Galena, consternada.

—No, querida —dije—. No por ti.

Ti Sandra Erzul y el séquito presidencial —todos los que estaban al corriente de nuestros planes— fueron a Kaibab y Preámbulo, y Charles, Leander, Hergesheimer y yo nos presentamos en el anexo del laboratorio. Ti Sandra se sentó en el lado izquierdo de la mesa, flanqueada por un arbeiter médico y tres guardias armados hasta los dientes. Doce kilos más delgada que cuando la había visto por última vez, la presidenta parecía lúcida pero distante. Camino del anexo me había dicho: «Estuve a un paso de la parca, Casseia. Vi sus ojos y jugué a los naipes con ella. No me culpes si tengo ojos de fantasma».

Dejé que Hergesheimer hablara primero. Mostró una reluciente imagen del nuevo sistema estelar.

—Es una magnífica elección —concluyó—. Un planeta situado entre estos dos apopuntos —remarcó puntos interiores y exteriores respecto de una banda elíptica sombreada— recibiría suficiente luz y calor para convertirse en un paraíso. Aun Marte.

Los rostros se pusieron sombríos cuando describí las dificultades del viaje. Ti Sandra se estremeció.

—Charles me aseguró que semejante cosa no volvería a ocurrir, pero yo prefiero ser más cauta.

Ti Sandra asintió a regañadientes.

—A pesar de nuestros problemas con la Tierra —concluí—, no podemos adoptar la solución extrema. Debemos encontrar otro camino.

Leander miró el suelo y sacudió la cabeza. Charles se lo tomó con calma.

—Debemos tener la plena confianza de todos los participantes —dijo—. Presentaré un informe técnico, pero no veo la necesidad de entrar aquí en detalles. Logramos lo que nos proponíamos. Hubo un problema grave, y nos afectó a todos, y desorientó muchísimo a uno de los nuestros. Mientras este grupo no recobre la confianza, coincido con la vicepresidenta.

La mayoría soltó un audible suspiro de alivio.

—Quisiera más experimentos —dijo Ti Sandra. Todos se volvieron hacia ella—. ¿Con qué rapidez podría la *Mercurio* viajar hacia un asteroide desocupado?

—Encontrar un asteroide de tamaño suficiente, establecer contacto... —murmuró Leander, haciendo cálculos en su pizarra.

—Dos meses —dijo Charles, adelantándose—. Sin duda necesitaremos tener resueltos nuestros problemas con la Tierra antes de entonces.

—Si hay tan poco tiempo —dijo Ti Sandra—, los riesgos de secuestrar algunos asteroides podrían ser demasiado extremos. —Reflexionó, sopesando todas las opciones—. No. No podemos correr el riesgo.

Charles nos miró como un niño tímido.

—No os puedo expresar toda mi gratitud —murmuró Ti Sandra.

—Tenemos la sensación de haber fracasado —dijo Leander cuando el séquito de la presidenta se marchó. Ti Sandra se quedó. Se puso de pie, apoyándose contra la mesa. Yo me acerqué y ella me abrazó.

—¿Qué se siente al estar haciendo historia? —susurró.

—Miedo. Hay partes... indescriptibles.

—Creo que me gustaría intentarlo alguna vez —dijo, mirándome con aire de conspiradora—. Pero estoy de acuerdo. Tal como están las cosas, no desplazaremos Marte.

—Nunca fue más que una quimera —dijo Charles—. ¿Verdad, Casseia?

Yo no sabía qué responder. Ti Sandra se adelantó, con piernas firmes pero andar lento, y les dio la mano.

—Habéis hecho cosas de mucha importancia —dijo, y su voz vibrante y su porte maternal daban a esas palabras una gran resonancia a pesar de que eran un tópico—. Marte no os lo puede agradecer lo suficiente. —Cogió mis manos entre las suyas, rió suavemente—. Y tal vez no lo haría, aunque supiera.

—Se estaba haciendo difícil que todos se mantuvieran de acuerdo —admitió Leander.

—Es difícil comprender el trance en que nos encontramos —dijo Ti Sandra.

—Un trance que persiste —dijo Charles, entrelazando las manos—. Hemos aprendido algunas cosas interesantes en las últimas horas. Hay mucha actividad en la Luna de la Tierra.

—Lieh me dice que las autoridades terrícolas han tomado la estación de la Fosa de Hielo —dijo Ti Sandra—. ¿Qué significa eso?

—Vayamos al laboratorio principal —indicó Charles—. Si la presidenta se siente bien...

—Duraré algunas horas más —dijo Ti Sandra—. En marcha.

El centro de Preámbulo, el laboratorio principal, ocupaba una cámara de media

hectárea de superficie, dividida por gruesas cortinas de acero en tres espacios. El techo oscuro se elevaba a diez metros del suelo, entrecruzado por hileras de focos y conductos.

El más pequeño de esos espacios era el más importante, cerca de un lado de la cámara, frente a las protegidas fuentes de alimentación. Charles encabezó la marcha, seguido por Leander, a cuyo lado íbamos la presidenta y yo.

Nehemiah Royce, Tamara Kwang y Mitchell Maspero-Gambacorta estaban sentados ante una mesa que sostenía dos LC con intérpretes integrales. Yo no había visto aquellas unidades, pues las habían instalado hacía poco tiempo.

—Hemos terminado de educar y actualizar los LC —dijo Tamara, mirándonos con incertidumbre—. Están informados. —Tenía en la cabeza pequeños nanoconectores; el plan era que ella sustituiría a Charles en una emergencia.

—Bien —dijo Charles—. Me gustaría mostrar a la presidenta y la vicepresidenta lo que sabemos sobre la Fosa de Hielo.

Tamara y Nehemiah trabajaron unos momentos para mostrar pantallas controladas por el intérprete: gráficos, diagramas e imágenes que recogían fluctuaciones en cantidades todavía no explicadas para nosotros. Una imagen vid, sin embargo, era muy clara: una nítida visión tridimensional a todo color de un pasillo lleno de hombres y mujeres y *arbeiters* que trasladaban equipo.

—Esto es enlace directo, por transferencia óptica —dijo Charles—. La Fosa de Hielo contiene una gran región de Pierce, el alabeador que William Pierce creó por accidente. Es como el nuestro en una versión más grande, ya lista. Estamos viendo un laboratorio situado a un paso de la Fosa de Hielo.

—¿En directo? —preguntó Ti Sandra.

—Es lo más parecido a estar allí —dijo Royce, sonriendo.

—¿Saben que los estamos mirando? ¿Y a través de qué estamos mirando? —pregunté.

—Podemos ajustar parte del escudo que rodea la Fosa de Hielo para que tenga propiedades ópticas —contestó Charles—. La región, el alabeador, puede transmitir imágenes y sonido a nuestro alabeador. Han cavado una cámara junto a la Fosa de Hielo, e instalado un centro de investigaciones. No saben que los estamos espiando.

—La región de la Fosa de Hielo y todas nuestras regiones de Pierce son iguales —dijo Nehemiah—. Todos los alabeadores son esencialmente coexistentes.

—Alabeador... —dijo Ti Sandra.

—Lo llamamos alabeador cuando lo usamos para modificar cosas. El alabeador de la Fosa de Hielo parece más grande que el nuestro, pero eso no importa. Son coextensos y continuos.

—Sólo un ejemplo de la identidad de todos los elementos indefinidos de la matriz de flujo de datos —dijo Nehemiah.

—Eso lo explica todo —resopló Ti Sandra.

—Los alabeadores son algo indefinido, en blanco —insistió Nehemiah—. Se pueden convertir en cualquier cosa.

—Por ahora nos atendremos a lo fundamental —dijo Charles—. Parecen saber lo importante que es la Fosa de Hielo, y parecen saber qué hacer con ella. Estas cosas... —Señaló varios cubos redondeados que descansaban sobre intrincadas hamacas—. Pensantes de alto nivel. Al menos uno de ellos es un LC, pero nunca hemos visto pensantes como éstos. Son grandes, quizá muy potentes.

—Más sutiles y complejos de los que nosotros podemos fabricar —dijo Nehemiah.

—Si han ido a la Luna para usar la Fosa, eso significa que no han podido crear su propio alabeador —dijo Leander.

—Tal vez —dijo Charles—. Pero quizás estén usando la Fosa de Hielo para impedir el acceso a los demás. Podríamos averiguar cuánto saben ahora, si nos da su autorización.

Ti Sandra habló en voz baja a uno de los guardias, que se alejó para transmitir las órdenes de la presidenta a la pizarra.

—¿Cómo? —preguntó Ti Sandra.

—Si saben que esto es un enlace directo, pueden recibir nuestras señales. Están escuchando, como quien dice, en este mismo momento. Así fue como lo hicimos al principio, para comprender la naturaleza de un alabeador. Podemos lograr que el alabeador de la Fosa de Hielo resuene y les pase un mensaje.

Lieh entró y se puso junto a Ti Sandra. Leander explicó rápidamente la imagen y sus implicaciones.

—¿Qué les diríamos? —preguntó Ti Sandra.

—Si hemos renunciado al plan de abandonar el sistema solar, necesitamos reanudar prontamente las negociaciones con la Tierra —dijo Charles—. Podríamos usar esto como un medio más rápido y eficiente, pero... tendría el efecto de sobresaltarlos.

Ti Sandra hizo una mueca.

—Si les hablamos, ¿basta con asegurarles que nuestras intenciones son pacíficas? ¿Cómo van a creernos, después de lo que ha sucedido?

—Deben hacerlo —dijo Charles—. De lo contrario, estamos perdidos. Alguien efectuará un ataque disuasivo.

—Disuasivo —resopló Ti Sandra—. Qué palabra tan del siglo xx.

—También es preciso hacerles creer que tenemos control total de Preámbulo —continuó Leander—. Que no hay facciones ni disidentes con las mismas capacidades.

Ti Sandra le hizo un gesto a Lieh.

—Me temo que Punto Uno no tiene buenas noticias. Cuéntanos los detalles, Lieh.

—En este momento la Tierra es un desastre político. Allí están paralizados por constantes plebiscitos. Ha habido llamadas a todos los dirigentes de las cuatro alianzas principales. Están consultando a los embajadores.

—¿Están en pie de guerra? —preguntó Charles.

—Tal vez no —dijo Lieh—. Sólo es confusión. Quienes hayan autorizado el Congelamiento, quizás altos síndicos de la GAEO, han provocado un ciclón. Y está empeorando. Hemos recibido millones de mensajes de terrícolas que nos ofrecen su apoyo. Pero hemos recibido aún más mensajes que expresan puro terror.

—¿Alguien tiene capacidad de gobierno? —preguntó Ti Sandra.

—En la política de ámbito nacional, la parálisis es completa. No sabemos qué pasa con las alianzas. Son efectivas a alto nivel, por plebiscito de los congresos de los gobiernos nacionales. Todas nuestras moscas han callado. Hay investigadores en todas las redes públicas y privadas. En la GAEO alguien ha autorizado a los pensantes para que investiguen todos los datos buscando ciertos patrones. Averiguarán el paradero de nuestras moscas. Salvo por las redes públicas, estaremos casi a ciegas.

—Están violando sus propias leyes —dije—. Eso es muy revelador.

—No están totalmente paralizados —añadió Charles—. Alguien está financiando a los científicos. En la Fosa de Hielo trabajan sin descanso.

—Hablémosles cuanto antes, como sea posible —dijo Ti Sandra—. Enlace directo o canales regulares.

—Deseo aclarar una cosa —dijo Charles—. Nuestras opciones no se han reducido. Tengo plena confianza en que podríamos hacer lo que planeábamos, sin repetir el error del último viaje.

—¿Apostaría cinco millones de vidas por su éxito, señor Franklin? —preguntó sombríamente Ti Sandra.

—No puedo hacerlo.

—¿Lo haría? —insistió ella.

Charles no pestañeó.

—Lo haría —dijo—. Pero Casseia podría oponerse.

—¿Por qué?

—Mi proximidad con el LC.

—El que cometió el error fue el pensante LC, ¿verdad? —preguntó Ti Sandra.

—No fue un error.

—La pobre Galena Cameron tal vez no esté de acuerdo —dijo Ti Sandra. Pidió que le acercaran una silla y se sentó despacio, sin apartar los ojos de Charles. Yo le había visto adoptar aquella actitud de concentración, pero nunca con tanta intensidad.

—El LC vio una oportunidad de cumplir más a fondo su cometido —dijo Charles—. No podía saber el efecto que surtiría sobre observadores humanos. Ni siquiera

puede hacer un modelo correcto de nosotros.

—¿Qué le impedirá cometer una tontería mayor? —dijo Ti Sandra.

Charles contrajo el rostro pero no protestó por el adjetivo.

—Comprendió de inmediato que nunca más buscaría verdades de ninguna clase si dejaba de existir —dijo.

—No sé qué significa eso —dijo Ti Sandra.

—Ha aprendido a tener miedo —dijo Charles.

Ti Sandra se apoyó, se frotó las manos en las rodillas. Luego se puso de pie, me colocó el brazo sobre los hombros.

—Entiendo muy poco —murmuró—. El rey Arturo nunca comprendió a Merlín, ¿verdad?

—Lo dudo —dije yo.

—Hemos logrado mucho —protestó Charles—. Todos se han esforzado en esta empresa. Creo que debemos tener en cuenta esa posibilidad... Por si la Tierra toma una decisión drástica.

—Todo está en su sitio —dije yo—. No hay razón para desmantelarlo. Pero no será nuestro objetivo principal.

—¿Y qué hay de los informes areológicos? —preguntó Leander—. ¿Qué hay de todos los proyectos que pusimos en marcha?

—No los cancelaremos. Todos son útiles como conocimientos generales —dije.

—¿Y nosotros? —preguntó Charles, extendiendo la mano hacia sus colegas.

—Investigad la Fosa de Hielo —dije—. Creo que Lieh debería trabajar con vosotros.

—Quedamos reducidos a espías —dijo Charles.

Miramos la imagen de un lugar que estaba a cientos de millones de kilómetros; hombres y mujeres y arbeits moviéndose con empeño. En la Luna, una mujer con traje protector —negro, grueso, rugoso como piel de elefante, tal vez para protegerla de la radiación y el frío— se aproximó a nuestro punto de observación. De pronto su imagen se sesgó y se hizo borrosa. Estaba demasiado cerca para la «óptica» de descriptores que habían diseñado los olímpicos.

—¿Cuánto comprenden? —pregunté.

—Mucho —dijo Charles—. De lo contrario no estarían allí.

—¿Qué pueden hacer si llegan a dominar la Fosa de Hielo? —pregunté a Charles.

—Todo lo que podemos hacer nosotros —respondió—. A menos que hayan aprendido más que nosotros. En cuyo caso, pueden hacer más.

Caminé a solas por una zona plana, arenosa y virgen, a medio kilómetro de la estación, Arriba. Supuestamente yo estaba durmiendo, pero era de madrugada y un sinfín de problemas zumbaban en mi cabeza. No recurrí nuevamente al sueño inducido, pues ya lo había hecho demasiado últimamente.

Me había puesto el traje de presión de un guardia y había salido por un corredor de mantenimiento recién terminado y sólo frecuentado por *arbeiters* de construcción. Una vez fuera, recorrí el suelo duro y pedregoso por la única zona libre de las afiladas astillas de lava, apoyando las botas en la película parda y anaranjada. Altas nubes de cristal cruzaron el alba y la refracción dibujó un reluciente arco iris. Hacía frío — ochenta bajo cero a la altitud de Kaibab— pero el traje me proporcionaba un buen aislamiento, y en realidad el peligro me importaba un bledo.

Habíamos pensado seriamente en desplazar todo nuestro planeta, en cambiar la vida de todos sus habitantes, sólo para eludir un enfrentamiento con la Tierra. Ahora me parecía de una increíble cobardía. Traté de imaginar el viaje al nuevo sistema, a través de miles de años luz que en realidad no existían; y a pesar de la comprensión que me brindaba mi expansión, supe por dentro que tenía que haber sido un sueño, o mejor dicho, una pesadilla.

Miré el horizonte. Pronto asomaría Fobos, y poco después Deimos. Me acuclillé en el terreno áspero, agaché la cabeza, miré la tierra que había entre mis piernas.

Casseia, mujer, hija, esposa, ya no existía. Me habían arrancado de raíz demasiadas veces. No podía hundir la mano en ese suelo para buscar una nueva conciencia, un nuevo centro de mi ser. Marte mismo no era nuestro, no era mío. Habíamos venido de lugares muy lejanos. Éramos invasores, clavados en la superficie como insectos en la piel. Marte pertenecía a una biosfera abortada.

No podía hallar nada en mi centro, ni emoción ni entusiasmo. Nada salvo el deber.

Me temblaban los brazos. Quise calmarlos pero no pude. No notaba el frío. Luego me temblaron las piernas, y los pies se me doblaron dentro de las botas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la voz de mi traje.

—No —murmuré.

—Este traje no detecta ninguna emergencia médica, pero enviará un mensaje de auxilio si dices en voz alta «Sí» o doblas la mano derecha.

—No —dije.

—Se repetirá la pregunta dentro de dos minutos si sigues teniendo los mismos síntomas.

—No —dije.

Alcé la vista. Había gente de pie en la arena y los guijarros, sin traje. Me miraron con curiosidad.

Mi madre se acercó primero y se arrodilló ante mí. Detrás venían Orianna, de la Tierra, y mi hermano Stan. Stan traía a su hijito. El rostro de Orianna era inexpresivo, pero detecté cierto resentimiento en él. Si Fobos hubiera caído sobre la Tierra, ella habría perecido. Un reconocimiento inmediato de la enormidad de mi culpa.

Tengo un problema, pensé. Tengo una crisis nerviosa.

Mi madre me tocó el brazo pero no sentí nada. Stan se adelantó. Su hijo cayó al suelo cuando él lo soltó. El niño se meció sobre las piernas, aprendiendo a caminar. Los bebés aprendían a caminar más pronto en Marte.

Oí la voz de Stan pero no entendí lo que decía. El tono parecía tranquilizador.

Tras unos minutos de mirar a esos fantasmas, vivos y muertos, me levanté aturdida, me sacudí el polvo del traje y me volví despacio para echar un vistazo a todo Kaibab.

—No ha terminado —dije—. No puedo permitirme este lujo. Tengo que resistir.

Stan asintió, y mi madre adoptó una expresión de comprensiva tristeza. Actuaban como mimos, exagerando un poco.

—Madre, me alegra verte de nuevo, y con tan buen aspecto —le dije—. Ojalá pudieras hablarme.

Ella se encogió de hombros y sonrió, todavía muda. Stan murmuró algo pero una espuma parecía taparme los oídos.

—Cuando todo esto haya terminado —dije—, me tomaré unas semanas para visitar a los muertos. Enloqueceré sólo para estar con vosotros, ¿de acuerdo?

Mi madre ladeó la cabeza con su mirada enigmática.

—¿Dónde está Ilya? —pregunté.

—Aquí —dijo él a mis espaldas, y di media vuelta, llena de alegría.

Me dolía la garganta. Estaba tendida en el suelo. Por un momento creí que alguien me había tumbado, pero simplemente me había recostado y no lo recordaba. Me dolía terriblemente la garganta. Me pregunté por qué. Noté el borde del casco húmedo en torno a mi cuello y en los sellos, debajo de la barbilla. Oh, pensé, *he llorado y gritado*.

Fingí distanciamiento. No podía admitir mi debilidad ni dar rienda suelta a mi pesadumbre. No podía permitir que nadie, ni siquiera yo, supiera lo lejos que había llegado. Así que veía fantasmas y me desmayaba para dar a mi cuerpo el tiempo de liberar su aflicción. Mi mente organizaba una maniobra de distracción y se purificaba en la intimidad.

Había estado dos horas en la superficie. Me sentía distinta. No mejor, pero distinta.

Recorrí el desierto y entré de nuevo en la cámara, usando mi llave particular, que abría todas las puertas de Kaibab. La cámara se cerró.

Me quité el polvo, me duché rápidamente en mi habitación, me vestí para las reuniones de aquella mañana.

De vuelta al trabajo. Sin sentirme más lúcida.

Pero mi tiempo se estaba agotando.

Ti Sandra y su séquito, incluida Lieh y cuatro agentes de Punto Uno asignados a Preámbulo, regresaron al día siguiente a Muchas Colinas. Nos despedimos con

cálidos abrazos en las oficinas contiguas al laboratorio principal.

—Odio vernos tan desgastadas —dijo ella, sujetándose a una cierta distancia. Como siempre, nos rodeaban guardias y asistentes. Era toda la intimidad que podíamos tener como presidenta y vicepresidenta—. Eres como una hermana para mí, Casseia. Prométeme que saldremos de esto y nos retiraremos a nuestra propia estación. Tú serás la síndica y yo dirigiré una granja. Todos marcianos honorables.

—Lo prometo —dije. Nos abrazamos de nuevo, y Ti Sandra suspiró.

—Hay una reunión que tendré que saltarme... con Cailetet —dijo—. Aelita tiene los horarios. Tendrás que viajar al Lal Qila esta tarde.

—¿Con Crown Niger? —pregunté, envarándome.

—Es algo urgente, dice él. He oído que Cailetet no consigue hacer ningún negocio. Nuestro castigo está dando resultado. Tú lo conoces mejor.

—Es un animal.

—Sigue tratando de resistir —dijo Ti Sandra—. Puedes maldecirme después, querida.

Permití que Aelita y mis asistentes decidieran cuáles eran los acontecimientos importantes que habría que cancelar, entre ellos una reunión con Wachsler y los olímpicos, que debían informarme sobre la situación.

Aunque habíamos cortado las relaciones con Cailetet, que estaba aislado aun entre los VM disidentes, todavía era importante para el futuro de la República. Crown Niger se las había apañado para conservar su puesto de síndico principal a pesar de sus garrafales errores.

Los gobernadores regionales habían exigido una reparación por los daños sufridos durante el Congelamiento; si no de la Tierra, al menos del Gobierno central, que no disponía de tantos fondos. Cailetet se había ofrecido para recaudar fondos entre simpatizantes de la Tierra. Hasta ahora nos habíamos negado a discutir el problema. Pero la presión iba en aumento, y Ti Sandra había sugerido que quizá tuviéramos que tratar de nuevo con Crown Niger, confiando aún menos en él.

Yo tenía algunas preguntas que hacerle.

Lal Qila —el Fuerte Rojo— se encontraba a tres horas de vuelo, en una región independiente que pertenecía al VM musulmán más pequeño, Al Medain. Hacía cincuenta años que había sido un centro turístico, pero el agotamiento de los recursos —agua y dinero— había obligado a convertirlo en un monasterio del Nuevo Islam. Se decía que era muy bello, con edificios en la superficie, fachadas de piedra nativa con capas protectoras y, ocultos debajo, escudos contra la radiación.

Me acompañaban Dandy Breaker y dos guardias jóvenes, Kiri Meissner y Jacques d'Monte, y una copia reducida de Aelita.

El vuelo sobre el valle fue, como siempre, espectacular. Las tormentas de las profundas grietas de Capri agitaban ríos de polvo rosado y naranja, seis kilómetros

más abajo; el Eos Chaos nadaba entre nubes de cristal de hielo impulsadas por fuertes vientos que soplaban hacia el sur. Pero no había tiempo para mirar el paisaje; Aelita me estaba dando la más reciente información sobre la situación económica de Cailletet, las condiciones de los préstamos que le habían concedido los bancos lunares del Triple, e incluso sobre las finanzas personales de Crown Niger.

—Cuéntame más sobre su vida personal —dije. Aelita Dos llevaba archivos encriptados de la mayoría de las bases de datos de Punto Uno. Su imagen pareció adquirir solidez y tamaño natural; sentada junto a mí en el asiento simuló hojear montones de papeles fantasmales. Alzó un papel con los bordes tiznados y me miró pícaramente.

—Información caliente, ¿eh? —pregunté.

—Pertenece al Nuevo Islam, al igual que su esposa, que hace tres años dejó a los fatimitas para casarse con él. Pero al parecer es una filiación de conveniencia. No es un devoto.

Yo ya lo sabía.

—No me sorprende —le dije a Aelita Dos.

—Sexualmente le va todo. Hombres, mujeres.

—¿Ovejas?

—Ovejas no.

—¿Cadáveres?

—No hay prueba de ello.

—Muchos políticos son muy fogosos. ¿Trata bien a sus parejas? ¿No hay quejas, querellas, esas cosas?

—Ninguna querella judicial. Su esposa es infeliz, pero se niega a dejarlo.

—Todo esto es muy poca cosa. ¿Por qué el papel tiznado, Aelita?

—Achmed Crown Niger estuvo en la Tierra durante tres años, después del levantamiento antiestatista en Sinaí. Las moscas de datos han descubierto documentos que indican que un hombre con un patrón de voz muy similar puede haber participado en diversos actos políticos en el sur de África, actos de resistencia a la unificación panafricana.

—¿Similar hasta qué punto?

—Los patrones de voz coinciden; es seguro en un noventa y ocho por ciento. Ese hombre figura en solicitudes de extradición de la GAHS y África Unida. Se llama Yusef Mamoud.

No se me ocurría cómo usar esa información, aunque fuera significativa.

—Aelita —dije—, un papel tiznado debería corresponder a asesinato, pederastia o el anuncio de un tamaño de pene exagerado publicado en las revistas de citas.

—¿Cómo? —preguntó Aelita. Su humor era tan primitivo como su instinto político.

—No tenemos contratos ni contactos con África Unida, y la GAHS no hará extradiciones por ellos. No es una noticia tan candente. Sabemos que es un oportunista político, un traidor. Es posible —añadí, contra mi voluntad, pero impulsada por la furia— que un día tengamos que matarlo.

—Entiendo.

Lal Qila era digno de su nombre: gruesas murallas rojas con minaretes rodeaban una docena de cúpulas de piedra, las más grandes de doscientos metros de diámetro, muy caras y, para la psicología marciana, tremendamente arrogantes. La comunidad neoislámicamente de Marte siempre había sido orgullosa y patriótica, y nunca oraba mirando hacia la Tierra, sino hacia el sol poniente. Las estaciones neoislámicamente que yo había visitado eran limpias, ordenadas, poco activas políticamente, con hombres corteses y elegantes en traje largo y chilaba, con mujeres refinadas y recatadas vestidas con vestidos largos hasta la pantorrilla, chalecos de seda o algodón, velos recogidos decorativamente en el hombro.

Se decía que el púdico uso de un velo delante de un forastero era la más sincera forma de adulación en una mujer del Nuevo Islam; el uso del velo ante un hombre conocido para la familia o la comunidad era una señal de intento de galanteo, muy estimulante.

Como aquella reunión iba a ser privada, nuestro grupo fue recibido por agentes de seguridad y el alcalde de la estación, un hombre rechoncho y agradable con un pulcro trajelargo gris. Dandy, Meissner y D'Monte se unieron a los guardias de Cailetet. Convinieron en las medidas de seguridad, y Aelita Dos se unió ópticamente con un pensante de Cailetet.

El alcalde olía a anís y agua de rosas. Nos condujo a pie hasta una ancha y alta cúpula cercana a la muralla externa de la estación. En su interior había cojines y finas alfombras tejidas en la Tierra, lavamanos tallados en piedra para los fieles, una exhibición de los amuletos de hermanos que habían peregrinado a La Meca.

Me senté en un cojín. La tensión me provocaba acidez de estómago.

Crown Niger entró, con andar aún más felino que antes. Echó una ojeada a la gran cúpula y se acuclilló con una elocuente falta de gracia. Soltó el aliento con un gruñido.

—Disculpe, señora vicepresidenta —dijo—. Estoy muy cansado. Sin duda usted sabe por qué. Todos nuestros archivos importantes parecen expuestos a ojos fisgones. ¿Qué ha sucedido con el honor marciano?

Sonreí.

—¿En qué puedo servirle, Crown Niger?

Agitó las fosas nasales.

—Seré totalmente franco. Sé que usted no puede serlo, pero mi situación es diferente. Soy un chacal pequeño en compañía de lobos. Le diré lo que ha sucedido y

dejaré que usted juzgue lo que significa. Tengo miedo.

No mentía, eso era evidente. Incluso tenía un olor agrio.

—Seré franco. Usted ya sospechaba estas cosas, pero se las diré sin rodeos. Efectuamos muchas solicitudes de minería antes del Congelamiento, siguiendo órdenes de nuestro principal socio de la Tierra.

—La GAEO —dije.

Él negó con la cabeza.

—Por encima de la GAEO. La Alianza de Alianzas. ¿Ha oído rumores?

—No sobre eso —admití.

—Es un hecho. La mayoría de las solicitudes fueron rechazadas, pero cedimos algunos terrenos a gente de la Tierra, unos noventa que adquirimos o ya controlábamos. Fueron sembrados con langostas, fábricas para crear nanomáquinas destructivas.

Sin duda me sonrojé. Las manos empezaron a temblarme de furia.

—No sabíamos que harían eso, pero... Para usted nuestra complicidad es imperdonable. No la he llamado por eso. Le digo esto porque ahora estamos tan expuestos a las langostas como usted.

Hizo una pausa.

—Escucho —dije.

—Yo esperaba hablar con la presidenta.

—Ella está ocupada.

Crown Niger suspiró.

—Hemos realizado ciertos hallazgos en Cailletet. Nada tan impresionante como la capacidad de desplazar lunas. Comunicaciones... son trabajos importantes, muy lucrativos. Hace una semana, pasamos esta información a nuestros contactos de la Tierra. Procurábamos obtener la patente para la nueva tecnología. Esperábamos hacer negocios, aun en este clima de crisis. La respuesta fue inesperada. Nos pidieron que desmanteláramos nuestro equipo de investigación, que enviáramos nuestros científicos a la Tierra.

Al principio de la conversación yo me sentía dueña de la situación. Ahora estaba simplemente horrorizada.

—¿Usted les informó? —atiné a decir.

—Teníamos un convenio con la Alianza de Alianzas. Nunca en mi vida he cometido un error tan grande. —Entrelazó las manos bajo la barbilla y se recostó en su cojín—. Ahora no hablan conmigo. Temo que tomen una decisión terrible. Creo que fueron los responsables del Congelamiento. Es necesario que unamos nuestras fuerzas. Juntos podemos sobrevivir.

—¿Qué han descubierto en materia de comunicaciones? —pregunté, mientras mi mente se adelantaba a mis preguntas. Tendríamos que marcharnos pronto, regresar a

Kaibab. Yo tendría que hablar con Charles y prevenir a la presidenta.

—Podemos comunicarnos instantáneamente, a través de grandes distancias —dijo Crown Niger—. Una pequeñez, en comparación con lo que han hecho ustedes... pero lo consideramos importante, y no tenemos información de que ustedes hayan logrado otro tanto.

—¿Qué más han descubierto? —pregunte.

—En la Tierra parecen creer que hay mucho más, por culpa de ustedes y su maldito exhibicionismo —gritó Crown Niger. Entornó los ojos, suspiró con impaciencia—. Me he esforzado para crear un santuario, lejos de estas locuras. La locura de la Tierra, y ahora la de la República. He consagrado mi vida y mi alma a permanecer aparte, dando a mi pueblo la opción de la independencia.

—Usted vendió sus servicios a la Tierra. Vaya independencia.

Apretó los labios, como si fuera a escupir.

—No me importa lo que usted piense de mí. Es evidente que usted no tiene honor. No hay nada de marciano en usted. Usted amenazaría a la madre de todos nosotros por un logro político. Usar semejantes armas... ¡vaya locura!

—Han muerto marcianos porque los terrícolas recurrieron a la fuerza. Nadie ha muerto en la Tierra.

—¡Qué ingenuidad! La simple exhibición de semejante poder y capacidad conduce de por sí a la violencia. Y nuestros ex amigos comparan Cailetet con el resto de Marte. Los marcianos creen entender la política de las naciones, pero Marte es sólo una gran aldea, llena de palurdos.

—Usted ha introducido un nuevo elemento en la ecuación —dije—. Ellos creen que pronto serán tan poderosos y capaces como nosotros.

—¿De veras? —preguntó, pálido—. ¿Estamos en el mismo camino?

Los descubrimientos que Cailetet pudiera realizar dentro de pocos meses o años eran irrelevantes en aquel momento.

—Ellos quisieron guardar el genio en su botella desde el principio, hace años.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó.

Me puse de pie y dije:

—El juego está fuera de nuestro control. ¿Lo comprende usted?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, pero...

—Esta Alianza de Alianzas conoce seguramente su historia personal. Disturbios en África, connivencia con Dauble... no puede confiar en usted. Usted les fue útil en alguna ocasión. Pero ahora... —Sacudí la cabeza—. Debo marcharme.

Aelita Dos cortó su enlace con el pensante de Cailetet. Yo me alejé, y el pensante la siguió en su vehículo. En medio de la cúpula, Achmed Crown Niger se puso de pie, alzó los brazos.

—¿Qué podemos hacer? —gritó—. ¡Dígame! ¡Tiene que haber algo!

Dandy, Meissner y D'Monte se reunieron conmigo en el corredor. El alcalde de Lal Qila nos siguió haciendo preguntas, tratando de comprender nuestra urgencia. Dandy lo apartó delicadamente, apoyándole una mano en el pecho. El alcalde quedó boquiabierto, desconcertado por esa rudeza. Nos despedimos de él y sus asistentes en la entrada de la cúpula. Dentro resonaban huecamente los gritos y súplicas de Crown Niger.

—Regresamos a Preámbulo —dije a Dandy—. Tengo que hablar cuanto antes con la presidenta.

—¿Qué sucede? —preguntó Dandy.

—No hay tiempo —dije.

Ni tiempo ni espacio ni oportunidad.

SÉPTIMA PARTE

2184 (N. A. M. 0). Desplazando Marte.

Había llegado la crisis definitiva. Con la claridad de una noche marciana, supe que la Tierra entendería que no le quedaba más opción que eliminar las crecientes amenazas y mantener esa nueva tecnología bajo su control total. El progreso, la terapia y el refinamiento de la Tierra se derrumbarían como borbollón mojado ante el miedo que provocarían nuestro poder e imprevisibilidad.

En cuanto despegamos de Lal Qila envié un mensaje de emergencia a Ti Sandra y puse a Preámbulo en alerta. Ti Sandra respondió que se reuniría con todos sus funcionarios y asesores en Muchas Colinas para estudiar nuestras posibilidades.

—La caja de Pandora está abierta y no se cerrará —dijo—. Casseia, nada de lo que podamos hacer es tan efectivo como Preámbulo. Dile a Charles que pronto lo visitaré, y que debe estar preparado.

Aquel rostro infinitamente cansado se ha grabado con nitidez en mi memoria: el rostro de un poder justo y protector en medio de un abrazo mortal. Me persigue ese rostro, tan poco parecido a la Ti Sandra que yo había conocido y llegado a amar.

El pensante piloto guió nuestra nave por la meseta de Kaibab. Los motores zumbaban monótonamente mientras sobrevolábamos Marte durante aquellas dos interminables horas; yo miraba por la ventanilla pero no veía nada, sintiendo lo que una madre debe sentir por un hijo en peligro.

—¿Qué sabemos sobre la Alianza de Alianzas? —pregunté a Aelita Dos.

—Ese nombre me intrigó mucho —dijo el pensante—. No lo tenemos registrado.

Conque Punto Uno y Lieh, a pesar de sus moscas de datos y sus búsquedas, no habían llegado hasta la autoridad máxima. ¿En qué medida podía confiar en las palabras de Crown Niger? ¿También lo habrían engañado? ¿O la Alianza de Alianzas era un monarca terrícola multimente, con expansión pensante, que estaba por encima de los plebiscitos?

Al margen de quien controlara las fuerzas alineadas contra Marte, no podía haber negociación entre dos bandos recelosos que esgrimían, o pronto esgrimirían, poderes potencialmente letales. No iríamos a la guerra, que tiene ciertas reglas y limitaciones, sino que el pánico nos impulsaría a un desaforado salvajismo.

Dandy Breaker me miró desde su asiento.

—Estamos en un verdadero aprieto, ¿verdad?

—Así parece.

—¿Por algo que Cailetet ha hecho?

—Sí. No. Nadie es del todo inocente. También nosotros cometimos nuestros errores.

—Desplazar Fobos —dijo Dandy.

Recordé mi exaltación ante el repentino giro de los acontecimientos; aún ahora se me acelera el pulso sólo con pensar en semejante poder, en ese repentino alivio que me había permitido devolverle a Sean Dickinson mucho más de lo que él me había dado a mí. Todavía somos niños. Todavía bailamos al son del instinto.

—Nos obligaron a hacerlo, pero la Tierra ya no puede confiar en nosotros. Somos como un escorpión bajo su cama.

Dandy sacudió la cabeza, desconcertado.

—Nunca he visto un escorpión vivo —dijo.

Llegaron más transmisiones en código por la red presidencial. Se trazaron muchos planes además de Preámbulo, pero nuestra mayor apuesta eran los olímpicos. En aquel momento se estaban probando otros planes: defensa de las estaciones contra las langostas, estaciones vecinas sumando sus recursos y sus defensas, nuevas inspecciones de todos los sistemas automatizados...

A treinta minutos de Preámbulo, hablé con Charles. Él escuchaba con el rostro tenso y ceniciento mientras yo describía lo que había sucedido en Lal Qila, y retransmitió el mensaje de la presidenta.

—Jugáis con nosotros —dijo Charles—. El Gobierno nos trata como niños. Que sí, que no. Que sí, que no.

—No es nuestra intención —dije a la defensiva—. Si Sandra no te visitaría a menos que...

—Ahora es sí definitivamente. No hay otra opción, porque intentarían exterminarnos. Tendré que permanecer cerca del alabeador grande. He entrenado a Tamara como sustituto por si me ocurre algo. Y anoche enviamos un alabeador a Fobos de nuevo. Stephen ha puesto a Danny Pincher al cargo. Todo está preparado para la guerra.

Guerra. Aquella palabra lo resumía todo y daba a nuestros preparativos un aura de horror y de urgencia.

—¿Qué decidirá la presidenta, Casseia? —preguntó Charles.

Yo sabía qué le preocupaba. Habiendo empuñado una vez la espada de Damocles, no quería verla de nuevo levantada.

—Tendrán preparada alguna defensa contra Fobos si lo enviamos devuelta —dije.

—La Fosa de Hielo —dijo Charles—. Nuestro agujero se ha cerrado.

—¿Qué? —pregunté sobresaltada.

—No podemos seguir sus actividades —dijo Charles—. Deben controlar totalmente la región de Pierce. Podrían usar la Fosa de Hielo contra cualquier cosa que enviemos... si ya la dominan.

Leander se sumó a la conversación.

—Hay más del noventa por ciento de probabilidades de que sepan más que nosotros —dijo sombríamente—. Tal vez nos arrojen la Luna terrícola encima.

Yo no estaba dispuesta a desestimar ninguna posibilidad.

—Ahora permaneceré continuamente cerca del alabeador grande —dijo Charles—. Podemos estar listos en una hora. Tienes que leer las señales y dar la orden. Si la Tierra decide volar Marte en pedazos... tal vez no actuemos con la rapidez necesaria para salirnos del camino.

—Charles es un poco evasivo —dijo Leander—. No quiero ser impertinente, pero...

—No pasa nada —dijo Charles con voz tensa.

—Nos hemos topado con algunas dificultades —continuó Leander—. Manipular una masa del tamaño de Marte presenta problemas específicos. Ante todo, es agotador para Charles o Tamara, la persona que observa por el pensante LC.

—Puede manejarse —dijo Charles.

—Sí, pero a cierto precio. El LC se vuelve muy intratable cuando maneja tantas variables tan complejas. Sé que Charles puede manejarlo, pero también existe un problema físico. Un alabeador puede volverse inestable cuando desplaza una masa tan grande a semejante distancia.

Charles suspiró.

—Stephen ha estado trabajando en ciertas anomalías de nuestros resultados.

—¿En qué sentido se vuelve inestable? —pregunté.

—La muestra mesoscópica en cero absoluto afirma su propia identidad. Es una especie de problema perverso de flujo de datos. Demasiados descriptores encauzándose por un volumen demasiado pequeño. Puede reducir la eficacia de la región de Pierce.

—Hemos afrontado antes ese problema —dijo Charles—. Podemos controlarlo.

—Creo que debemos prevenir a nuestros jefes, por si las dudas —dijo Leander.

—¿Podemos hacerlo? —pregunté, demasiado cansada para hablar de física.

—Sí —dijo Charles.

—Creo que sí —dijo Stephen con cierta vacilación.

—Entonces permaneced atentos.

Cortamos la comunicación y me derrumbé en el asiento, ansiosa de estar en tierra, trabajando de veras, en vez de mover hilos a cien kilómetros de distancia.

Poco después Dandy se levantó, estirándose para usar la sala de desechos del fondo de la aeronave. Pasó junto a Meissner y D'Monte e intercambiaron un par de susurros. Caí en un sueño ligero del que desperté de golpe al oír chirridos y una sonora maldición.

—Señora —llamó Dandy desde el fondo. Me incliné sobre el brazo de mi asiento y miré a popa. Estaba con los otros dos guardias cerca de la puerta del cuarto de desechos. Me levanté para reunirme con ellos.

—Algo va mal —dijo Dandy, señalando una serie de abolladuras y orificios en el

tabique de popa. También habían arrancado un trozo de suelo y los bordes parecían carcomidos. Seguí los dedos de Dandy; algo había devorado gran parte del compartimiento de pasajeros, como una termita.

—Estaba bien hace unos minutos —dijo Jacques d'Monte.

Dandy se levantó y se enjugó las manos en los pantalones.

—Vaya a la parte delantera —me dijo—. Sujétese. Kiri, di al piloto que nos lleve a Preámbulo cuanto antes.

Kiri Meissner fue adelante, pasando junto a mí con una entrecortada disculpa. Yo me agaché para sentarme cuando oí un estampido y un grito de sorpresa a popa. Con el rostro ensangrentado, Dandy se tambaleó y se derrumbó en el pasillo.

Kiri dio media vuelta y se puso entre la cola de la aeronave y yo.

—Agáchese —gruñó. Se acuclilló y desenfundó la pistola, dirigiéndose a popa. Algo chasqueó y zumbó. Kiri se estremeció, se aferró a los brazos de los asientos de ambos lados del pasillo, cayó sobre una rodilla y rodó de espaldas. Orificios sangrientos le atravesaban la camisa negra. Tosió espasmódicamente, formulando una pregunta silenciosa con los ojos, luego se quedó rígida. Una espuma rosada le cubrió los labios.

Jacques se me acercó, se inclinó sobre el cuerpo de Kiri, murmuró un juramento. Apuntó la pistola contra una forma oscura que colgaba del techo y del tabique trasero. De nuevo el chasquido y el zumbido. Jacques se dobló, le fallaron las piernas, la pistola cayó de sus dedos flojos. Se inclinó como un hombre dispuesto a vomitar y cayó de bruces.

Permanecí agazapada detrás de mi asiento, sintiendo el peso de mi corazón. Aelita Dos se había zafado de su vehículo detrás de mí; mi asiento se doblaba al moverse.

La aeronave continuaba su vuelo como si nada hubiera ocurrido. ¿Había habido tiempo para radiar la alarma? Yo ya no podía contenerme. Me asomé y miré hacia atrás.

Una forma oscura extendió sus brazos y patas, se elevó de los huecos del compartimiento trasero. Chocó contra el techo, se arqueó, soltó un agudo ruido mecánico y trepó hacia el fulgor de una luz del techo.

La langosta tenía el tamaño de un hombre, y su cuerpo era un óvalo sinuoso y verde semejante a la crisálida de un enorme insecto. Sus patas articuladas tanteaban los asientos y el suelo con una exquisita gracia que me helaba la sangre. Un reluciente trío de ojos negros coronaba el cuerpo, y debajo de los ojos giraba un hocico flexible, delgado como el cañón de un arma.

Nanotecnología bioforme, diseñada para sobrevivir en Marte y ser letal.

La miré fascinada. La máquina pasó por encima de Dandy, alzando las patas traseras como en afeminado disgusto. Mi cuerpo temblaba, esperando los delgados

dardos que habían derribado al menos a dos de mis guardias, sin duda lanzados desde ese hocico inquisitivo.

Decapitación.

La semilla de aquella langosta había subido a la aeronave en Lal Qila, tal vez con la complicidad de Achmed Crown Niger, aunque me costaba creer que llegara a semejante extremo. Lo más probable era que en aquel momento él estuviera enfrentándose con un magnicida similar.

La máquina parecía poco dispuesta a seguir de largo. Sabiendo que pronto moriría, sentí una profunda calma, que sustituyó la náusea de ver a mis guardias eliminados tan expeditivamente. Sabía que pronto me reuniría con ellos.

Aun así, mi mente buscaba aceleradamente modos de sobrevivir. El pensante piloto comprendería que algo iba mal. Emitiría una señal de emergencia. Estábamos a pocos minutos de Preámbulo.

Con un sobresalto, pensé en la posibilidad de que la langosta quisiera que la llevaran a Preámbulo. Me mataría, se uniría al pensante de la aeronave, cogería los controles... y entraría con su progenie en el centro de investigación. No podía permitir que eso ocurriera.

Miré la máquina durante bastantes segundos. Me agaché despacio, con la esperanza de agarrar el arma de Kiri, la más cercana a mí. No lo conseguí. Con un leve temblor, como si tomara una súbita decisión, la langosta corrió por el pasillo y me apartó de un brutal empujón. Avanzó y se puso a trabajar en la puerta de la cabina del piloto.

Me incliné sobre Jacques y Kiri. Estaban muertos. Corrí a popa y moví a Dandy. Abrió los ojos. Gimió. La máquina le había asestado un fuerte golpe en la cabeza, pero no le había disparado.

Arrastré a Dandy hacia delante y lo acomodé en un asiento, abrochándole el cinturón. Ladeó la cabeza, me miró.

—No podemos permitir que llegue a Preámbulo —murmuró.

—Lo sé —dije. Mirando hacia delante, grité al pensante piloto—. ¡Desciende, ya! ¡Estrella la nave!

Dandy sacudió la cabeza.

—No lo hará. Dígale que aterrice.

La langosta abrió un boquete en la pared de proa y la puerta. Más allá se veía la cabina, con el pensante piloto sobre los controles. La langosta estiró un nuevo apéndice y lo insertó en la caja del pensante.

—¡Estréllate, maldita sea! —grité—. ¡Aterrice! ¡Desciende ya!

La nave tembló y rodó. El cuerpo de la langosta se estrelló contra el compartimiento del equipaje y se salieron los maletines de los guardias muertos. Detrás, Jacques y Kiri parecieron levantarse del suelo, como resucitados, agitando las

extremidades. El vehículo de Aelita rodó hacia popa, chocando contra el cuerpo de Jacques.

Yo no sabía si el pensante piloto obedecía mis órdenes, pero no había otra explicación para las piruetas de la nave, a menos que el pensante esperase sacar a la langosta de su caja.

Pero la langosta no cejaba. Una extremidad insectoide pasó volando junto a mí, negra y reluciente, pero a pesar de la pérdida la langosta se aferró a la pared y siguió sondeando la caja del pensante. Por encima del fragor de los forzados motores, el ruido del equipaje y el contoneo de los cadáveres, oí un gemido penetrante.

Me desplomé en un asiento con las fuerzas que me quedaban. Jacques se deslizó junto a mí y me salpicó la pierna de sangre. La nave rodó de nuevo justo cuando yo me ceñía el cinturón.

Antes de adoptar la posición de choque, miré hacia delante y vi que la caja del pensante se abría, escupiendo cápsulas gelatinosas.

La langosta se convirtió en el centro de una pesadilla giratoria.

Chocamos.

Mis tobillos empujaron dolorosamente el apoyo que tenía enfrente. Durante un tiempo interminable no sentí nada; luego hubo otro impacto. Hubo un crujido de huesos y me desmayé, pero sólo un instante. La nave aún giraba y patinaba cuando recobré el conocimiento, temblando en el suelo. Oí un aullido de plástico y metal y el siseo del aire que salía, cerré instintivamente los ojos y la boca y me pellizqué la nariz; sentí el toque del vacío mientras mi piel se llenaba de sangre y los escudos de presión rodeaban nuestros asientos, se apretaban contra el suelo, se llenaban de aire comprimido, caliente como la ráfaga de la puerta de un horno.

La nave dejó de rodar, su popa se elevó con un temblor y un brinco, se detuvo de golpe.

Yo me quedé sujeta al asiento, envuelta en el escudo como un lagarto en un huevo de caucho. Con cada bocanada de aire, las costillas se me clavaban como cuchillos afilados. Apreté los dientes para no gritar. Mi visión se redujo a un agujero del tamaño de una mano. Sufría una conmoción. Procurando conservar la conciencia, miré por la brumosa membrana el asiento de Dandy. Se había derrumbado de lado. No entendí por qué; luego comprendí que se había desabrochado la parte superior del cinturón antes de desmayarse.

No podía ver hacia delante. Los escombros no me dejaban. No podía ver la langosta.

Apreté la cabeza contra el respaldo del asiento. Ya podía soportar el dolor, pues el shock me había entumecido. Sentí frío y sudor. *La batalla ha terminado. La Tierra vence.*

Con cierta irritación, noté que pequeños *arbeiters* de emergencia me rodeaban la

muñeca con sus zarcillos. Las diminutas máquinas de rescate de la nave habían acudido para reconocernos. Traté de apartar la muñeca. Los zarcillos se cerraron y un tubo de nanomedicamento entró en las arterias de mi muñeca. El *arbeiter* plateado y cobrizo, del tamaño de un ratón, sujeto a un reluciente ombligo azul, trepó a mi pecho y puso una mascarilla sobre mi boca y mi nariz. Traté de liberar la cabeza pero el dulce gas me llenó los pulmones y el dolor se calmó. El frío disminuyó; me sentí más tranquila.

La pequeña máquina se colgó de mi barbilla y me proyectó un mensaje. *No estás gravemente herida. Tienes tres costillas rotas y los tímpanos perforados. Las unidades de torsión pondrán las costillas en su sitio y las envolverán en cultivo celular y nanosellador. Estamos suturando los tímpanos rotos. No podrás oír durante una hora.*

Noté la acción en el pecho, imaginé pequeñas fibras creciendo de hueso en hueso, de costilla en costilla, tensándose inexorablemente, soldando las costillas.

—De acuerdo —dije, sin oír nada.

La cabina se ha quedado sin atmósfera. No es posible restaurarla. Ningún rescatador ha respondido a nuestra señal de emergencia. El pensante piloto está dañado, tal vez destruido. Pronto excederemos nuestra programación. ¿Tienes alguna instrucción?

Traté de mirar hacia Dandy. La niebla de mi escudo se había despejado un poco y lo vi caído hacia delante.

—¿Dandy está vivo?

Un pasajero sentado está vivo pero inconsciente. Pronto recobrará el conocimiento. Tiene una pequeña fractura de tibia y una contusión menor. Hay dos pasajeros muertos. No podemos reparar a los pasajeros muertos.

—¿Qué hay de Aelita?

El estado de la copia delpensante Aelita es desconocido.

Dandy irguió la cabeza y alzó un brazo para despejar el interior de su escudo. Me miró aturdido. Le salían nanoconexiones de las orejas.

—¿Se encuentra bien? —articuló, moviendo la mano libre.

—Viva —respondí.

—¿Puede moverse?

Me encogí de hombros.

Recibí parte del siguiente mensaje.

—... muévase conmigo... salga...

Pero él no podía coordinar los dedos para liberarse. Sacudió la cabeza.

Yo tendría que rescatar a mi guardia.

Teóricamente, sabía cómo funcionaban los escudos. Podían estirarse y rodar con mis movimientos, manteniendo una membrana resistente que me protegería de la

atmósfera de Marte. Me desabroché y me levanté, sintiendo que el nano se desplazaba dentro de mí, haciendo rechinar los bordes de mis costillas rotas.

La cabina de la nave había volado y la proa estaba abierta al cielo. Parte del panel de la cabina, cortado por la langosta y lanzado a un lado durante el impacto, sobresalía en un ángulo extravagante un símbolo de seguridad decoraba una pequeña compuerta del panel. Avanzando en mi escudo, restregué la humedad del interior de la membrana, tratando desesperadamente de ver si la langosta se había ido.

No había señales de ella. Tal vez había echado a volar, o se había estrellado contra el suelo con el pensante y la cabina.

Empujé el escudo con la mano. Con un ruido de succión, la membrana cambió de función y formó guantes en torno a mis manos. El panel se abrió cuando lo toqué. Palpé el interior y saqué dos cilindros y dos máscaras con recicladores.

Con la carne de gallina, temiendo pisar la langosta o que se irguiera ante mí en cualquier momento, salí de la nave y rodé despacio en mi escudo hasta una elevación del tosco terreno. Miré por la membrana traslúcida la áspera y rocosa superficie de afiladas astillas y túmulos de blandarena. Estábamos a dos o tres kilómetros de límite sur de la estación. Teníamos aire suficiente para cinco horas.

Regresé por el agujero, y casi tuve un infarto cuando la membrana se enganchó en un tubo afilado. La liberé con cuidado y continué por el inclinado pasillo.

A continuación ampliaría mi escudo y lo uniría al de Dandy. Llevé los tubos y máscaras a popa y los dejé en el suelo. Luego me apoyé en la membrana de Dandy. Las dos superficies se unieron con otro ruido de succión. Corté la membrana común con un dedo mientras se pudría, estiré la abertura y la atravesé. Los *arbeiters* médicos se habían amontonado en el asiento contiguo, una vez concluida su labor. Dandy irguió la cabeza y me miró con desconcierto. Enfocó la mirada. Su expresión de dolorida gratitud hacía innecesarias las palabras.

Saqué la pizarra de un bolsillo para comunicarme con él. *Los trajes de emergencia han desaparecido. Todavía tenemos dermosello y máscaras. Estamos a tres kilómetros de Preámbulo. Caminaremos.*

Nos rociamos con dermosello verde y nos pusimos las máscaras y los recicladores antes de salir de los restos de la nave. Ésta se había estrellado de proa, había volcado, había rodado medio kilómetro y se había detenido sobre la popa destrozada. La despedazada nariz apuntaba por casualidad hacia la estación Kaibab, hacia Preámbulo. Traté de descubrir nuestra posición en un mapa por medio de un enlace vía satélite, pero no recibí señal.

Le mostré a Dandy mi pizarra. *Enlaces cortados. No hay satélite.*

Asintió. Me subí a una roca y usé un par de binoculares para estudiar el paisaje. Dandy me siguió con dificultad. Su tibia rota le impedía andar con soltura.

Nos instalamos en un arenal liso. Dandy alzó tres dedos y dobló uno. Dos

kilómetros y medio.

—Camino despejado —articuló con los labios— medio kilómetro al noroeste.

Señaló los relucientes fragmentos de lava vidriosa. Las rocas se erosionaban incesantemente, y los segmentos redondeados desaparecían para revelar nuevas superficies afiladas. Un terreno muy peligroso. La suela de las botas podía resistir aquellos bordes, pero si nos caíamos...

Convinimos un rumbo y echamos a andar.

Una incesante monotonía: eludir aquellos bordes afilados y relucientes, aquellas escamas en forma de abanico, espolvoreadas de blandarena; levantar los pies; buscar un sitio donde apoyarlos sin tropezar; hacer una pausa para orientarse.

A las dos horas llegamos al sinuoso sendero, fuera del campo de lava.

Dandy me cogió del hombro y me guió hacia el norte. Seguía las estrellas con ojo atento. Al cabo de otra hora en el sendero, sacudió la cabeza, se detuvo, examinó nuestra provisión de oxígeno y sacó su pizarra para consultar un mapa.

Una estrella fugaz brillaba en el cielo del oeste. No, me dije. No tenía estela. No era una estrella fugaz. Estaba allí donde debía estar Fobos al despuntar. Toqué el brazo de Dandy y señalé.

Él miró un instante, frunció el ceño, me miró boquiabierto.

—¿Qué es? —articuló.

—Fobos.

—Sí. —Alzó el dedo y se lo pasó por la garganta.

Danny Pincher y su tripulación, el alabeador, la *Mercurio*. La Tierra estaba usando su nuevo poder.

Vamos por partes, atiende los problemas inmediatos antes de pensar en el apocalipsis. Dandy se sujetó la pizarra al cinturón, fingió que se lamía el dedo y lo alzaba al viento.

—Por allí. —Señaló hacia el norte—. Creo que el sendero se curva al oeste de los edificios externos. De nuevo por la lava.

—Vamos —dije.

Avanzamos por un terreno aún más escabroso. Grietas de varios metros de profundidad se nos cruzaban en el camino. Descendimos despacio, luego ascendimos, quitándonos los cinturones y rodeándonos con ellos las manos dermoselladas para protegernos de los afilados bordes.

—Usaremos la salida de emergencia del ala del refugio. Se parecerá mucho a una roca, así que permanezca alerta.

Los ojos me dolían por la sequedad que había debajo de la máscara, y de tanto mirar las rocas afiladas y el suelo. Las costillas me dolían a pesar del control de dolor del nano. Pronto necesitaría mejor atención.

El esfuerzo me estaba agotando, y el aire de nuestros tanques apestaba. La

recirculación y la purificación comenzaban a fallar. Estábamos llevando el dermosello y las máscaras al límite de su resistencia.

Dandy extendió un brazo y yo tropecé con él, tambaleándome. Me agarró del hombro para sostenerme y me pidió silencio llevándose el dedo a la máscara. Entorné los ojos para ver lo que él había visto: un paisaje quieto, blandarena naranja y rocas negras, luz solar reflejándose en superficies vidriosas. Seguí su mirada y vi algo que no estaba quieto, algo que se desplazaba despacio a pocos metros. Un brazo metálico y esquelético se irguió sobre las rocas, se flexionó cautelosamente, se enderezó. Un cuerpo redondo con franjas negras y anaranjadas se levantó del suelo y se irguió sobre rechonchas patas negras. Un saco traslúcido se desprendió, y la cosa se irguió sobre la rocosa planicie de Kaibab, grande como un humano, inspeccionando el entorno a través de los diminutos y relucientes ojos de su cabeza bulbosa. Los dos brazos ondulaban con un ritmo escalofriante, como si saboreasen el aire.

Dandy me obligó a agacharme despacio mientras la langosta se alejaba, e intentamos ocultarnos en las rocas. Dandy levantó la cabeza para seguir el rastro de la máquina, luego se alejó lentamente a rastras.

Me tendí en un hueco entre dos rocas, apretando incómodamente las nalgas contra una blandarena pedregosa, demasiado cansada y dolorida para sentir miedo o para preguntarme qué se proponía Dandy. A los diez o quince minutos regresó y volvió a encender la energía de mi traje. Gesticulando y moviendo los labios, me indicó que la langosta se alejaba de la estación y de nosotros, pero que había visto rastros de otras muchas: vainas, zanjas donde habían excavado y convertido material. Y había encontrado la entrada. Lo seguí a gatas, el estómago revuelto de dolor.

Una gran roca negra nos cerraba el paso en un barranco angosto lleno de grumo polvoriento. Me adelanté, saqué mi pizarra. Un enchufe óptico relucía dentro de un hoyuelo de la roca. Programé mi código en la pizarra y la conecté. La roca se partió en dos, dejando al descubierto una compuerta. La compuerta giró hacia el interior, y Dandy me ayudó a entrar.

Un guardia nos aguardaba en el angosto túnel, de rodillas y empuñando su pistola de electrones. Irguió la cabeza, abrió un ojo, parpadeó con incredulidad.

—Usted se estrelló —dijo.

Comenzaba a recobrar la audición, aunque era defectuosa y desigual, y los ruidos fuertes me dolían.

—Sí, ¿y dónde estaba el maldito equipo de rescate? —rezongó Dandy.

—Nadie va a ninguna parte —repuso el guardia, alzando el arma y poniéndose de pie—. Apostamos defensas en todos los corredores externos. Hemos tenido dos ataques de langostas...

—Debo llegar al laboratorio principal —dije.

Habían dividido la estación en dos zonas, ambas próximas al túnel meridional por

donde habíamos entrado. La jefa de defensa, una mujer de rostro ancho llamada Eccles, se cruzó con nosotros en un pasillo lateral, seguida por un equipo de *arbeiters* de mantenimiento y defensa. Miró inquisitivamente a Dandy, quien sacudió la cabeza dando a entender que no había tiempo para explicaciones.

Toda la estación estaba en la primera fase de alerta. Leander nos recibió en el empalme del corredor principal. Había medio metro de agua en el suelo, debido a la ruptura de un tubo. Avanzamos chapoteando junto a Leander.

—Hemos puesto a Charles y Tamara en alerta —explicó—. Están en los laboratorios principales, probando los LC y disponiéndose a cumplir sus órdenes.

Una vez apostados soldados y *arbeiters*, Eccles nos siguió chapoteando por el corredor.

—Señora vicepresidenta, no hemos podido comunicarnos con Muchas Colinas. Hemos visto langostas al sur de la estación. Ha habido dos escaramuzas, y prevemos ataques a gran escala en cualquier momento.

Subimos tres escalones que conducían a un pasillo seco.

—Necesitamos mejor atención médica, y pronto. Y quiero ver a todo el mundo —dije. Dos estampidos distantes nos instaron a detenernos. Miramos a nuestro alrededor con cautela.

—Nuestros *arbeiters* de defensa han comenzado a disparar —dijo Eccles.

Dandy sacudió la cabeza.

—Entrarán aquí como cucarachas. No podemos frenarlas con bombas.

—Haré lo que pueda —protestó Eccles.

Leander me llevó aparte mientras Dandy y Eccles discutían la estrategia a seguir.

—Las langostas no serán nuestro mayor problema. Han eliminado Fobos.

—Lo vimos.

—Y también Deimos. No tenemos armas grandes.

—Parece que han achicharrado Fobos —dije.

Leander me miró abatido.

—Detectamos altos niveles de radiación gamma.

—¿Entonces?

—Conversión a distancia —dijo Leander—. Al parecer están usando la Fosa de Hielo para atacarnos.

—¿Los equipos se han salvado? —pregunté. Leander negó con la cabeza. —Hay un médico en camino, y transportes. El dolor de mis costillas se había reducido a una feroz palpitación.

En el anexo del laboratorio principal, mientras un solícito y zumbón *arbeiter* me inyectaba más nano y controlaba mis signos vitales, Eccles y Lieh trabajaban con el original de Aelita para mostrarme lo poco que sabían. Sobre un mapa de la meseta de Kaibab cientos de cruces amarillas parpadeaban: presuntas langostas localizadas por

globos y planeadores que sobrevolaban la estación. Los puntos rojos representaban langostas identificadas con certeza. Conté treinta.

Dandy describió la langosta que había invadido nuestra aeronave y nos había derribado. Lieh escuchó atentamente.

—No tenemos más que una idea aproximada de la forma que pueden adoptar, y de lo que pueden hacer —dijo—. Hasta ahora sólo hemos visto exploradores y zapadores.

Más estampidos sacudieron las paredes y el suelo.

—Espero que sea nuestra artillería —dijo Lieh.

—Parecen explosivos —señaló Eccles.

—La mayoría de las comunicaciones se han interrumpido —dijo Lieh—. Han liquidado los satélites de comunicaciones, no sabemos cómo...

Leander y yo nos miramos, apretando los labios.

—Así que estamos bastante aislados. No sabemos si podremos comunicarnos con la presidenta. En síntesis —resumió la demacrada Lieh—, nos han jugado otra mala pasada. Señora vicepresidenta, el instinto me dice que hemos sufrido tremendos daños. Quien esté al mando de las fuerzas de la Tierra ha perdido el juicio. Yo respaldaré cualquier decisión que usted decida tomar.

—Entendemos que tratarán de matarnos a todos —dijo Eccles.

—Entonces estamos en guerra —dijo Lieh—. ¿Qué represalias podemos tomar?

Leander miró hacia otra parte. Teníamos otras espadas de Damocles, pero si las usábamos las pérdidas de vidas en ambos mundos serían abrumadoras. Hasta el momento, sólo Fobos y Deimos parecían haber sufrido un ataque con conversión remota, un acto que podía ser considerado fruto del miedo, defensivo.

—No es fácil decidirlo —dijo Charles, de pie en la puerta del anexo. Me miró con desconcierto, como si se recobraría de una borrachera desagradable.

—¿Dónde está Tamara? —preguntó Leander.

—En el LC, manteniéndolo ocupado.

Eccles me tocó el hombro. Los puntos rojos de la pantalla se habían cerrado alrededor de la estación. Sabían dónde estábamos, y pronto sabrían lo que éramos.

—Han dominado plenamente la Fosa de Hielo —dijo Charles. Alzó una mano y la flexionó como si le doliera—. Pronto la usarán contra nosotros.

Más estampidos, y un gemido penetrante y agudo que me hizo castañetear los dientes.

—Lo están haciendo —dijo Lieh, con los ojos desorbitados—. Genocidio. Tenemos que responder.

Sabía cómo se sentía. Estábamos acorralados. Era natural que nos defendiéramos con uñas y dientes.

Pero seguíamos teniendo otra opción, y por eso Charles estaba allí: para

recordarme que siempre habíamos planeado hacer algo totalmente inesperado. La venganza no nos salvaría.

Sin embargo, yo tenía que estudiar todas las posibilidades.

—¿Podemos apuntar a la Fosa de Hielo para convertirla?

—Lo he intentado. Ahora ni siquiera puedo encontrarla.

—¿Todo lo demás está protegido?

—Podemos escoger cualquier blanco en la Tierra y convertirlo —murmuró Charles—. Miles de millones de hectáreas. Continentes enteros... si lo ordenas.

Las explosiones estallaron con claridad fuera del laboratorio: armas de proyectiles. Eccles preguntó y la informaron de que habían destruido dos langostas, una en un depósito y otra en un túnel de arbeiter, a cien metros del laboratorio.

—Dentro de una hora empezará el cuerpo a cuerpo —dijo.

No podía ordenar a Charles que iniciara un genocidio en la Tierra. Tal vez ni siquiera me obedeciera. Mis opciones se habían reducido a una sola, y ni siquiera tenía la autoridad necesaria.

Tenía que esperar a Ti Sandra mientras fuera posible.

—¿Qué haremos? —preguntó Eccles.

—Hemos recibido un importante mensaje vía satélite —interrumpió Aelita.

La pantalla cambió repentinamente: apareció la cuenca de Schiaparelli vista desde una altura de quinientos kilómetros. Una cortina gris e impenetrable cuya parte superior estaba llena de estrellas chispeantes barría la cuenca con movimientos sinuosos. Parecía desplazarse lentamente de norte a sur. Por donde pasaba, el polvo llenaba la atmósfera. A través del polvo apenas distinguíamos lagos de roca fundida, desechos ennegrecidos, una devastación total.

—Eso es Muchas Colinas —dijo Dandy.

—Están convirtiendo Marte —dijo Leander.

—Señora vicepresidenta... —empezó Lieh, pero Charles la interrumpió.

—Aelita, ¿puedes ampliar el borde occidental?

—Allí también veo algo —dijo Aelita, y obedeció. La imagen estaba en el extremo del alcance del satélite. El valle del Mariner parecía un tajo granuloso en el paisaje.

—Nosotros estamos aquí —dijo Leander, apoyando un dedo debajo del horizonte. Charles siguió otra cortina gris apenas visible en la imagen ampliada. Esa cortina estaba unos cientos de kilómetros al noreste de Kaibab, aunque era difícil asegurarlo.

—Señora vicepresidenta —dijo Lieh—, si esto es una confirmación de que han destruido Muchas Colinas, usted debe asumir el mando.

Aelita puso la imagen en panorámica y amplió la región que rodeaba Muchas Colinas. La capital de la República estaba perdida en el polvo.

Mis costillas se soldaron y cerré los ojos, jadeando para recobrar el aliento.

Mientras el satélite continuaba su desalentadora trayectoria de este a oeste, vimos con más claridad los dedos de la muerte, que avanzaban a tientas hacia Kaibab. Pero eso parecía previsible, casi trivial. Lo más alarmante era la magnitud de la destrucción en otras partes.

Charles flexionó las manos.

—Estás al mando, Casseia.

—Señora presidenta —dijo Lieh, confirmando lo obvio.

—Esta vez Ti Sandra no regresará —continuó Charles—. Estaba en Muchas Colinas, y también la mayoría de los gobernadores de distrito y los diputados.

Miré los efectos chispeantes de la conversión, las fosas y tajos llenos de roca derretida: cientos de miles de hectáreas en Copernicus, Argyre, Helias. Habían destrozado dos de las mayores estaciones de Marte.

—La estación principal de Cailetet ha desaparecido, y también dos estaciones externas —dijo Aelita.

Achmed Crown Niger había recibido su respuesta definitiva de la Tierra.

—No tiene sentido —masculló Leander.

Pero yo sabía que no era así, que todo tenía un espantoso sentido. Era una conducta vieja como el tiempo: mandriles mostrando el trasero. Si no se observaba el ritual y el otro no se retiraba, el mandril enseñaba los colmillos. Si eso no bastaba, había una lucha a muerte.

La imagen del satélite desapareció de golpe.

—Pérdida de señal —dijo Aelita.

Charles estaba junto al cilindro blanco que contenía el alabeador planetario: agachado, las manos a los lados, los ojos llameantes bajo las cejas contraídas. El equipo de soporte de nuestro alabeador más grande estaba preparado.

Tamara Kwang yacía en silencio en una litera. La habían preparado para su papel de respaldo.

Treinta funcionarios de la estación se reunieron en el auditorio, junto a la cámara del alabeador, para esperar mis instrucciones. Charles nos miraba con paciencia inhumana a través de la ancha ventana de plástico.

Nadie se había opuesto cuando Leander me presentó como presidenta.

Mi discurso fue breve.

—No podemos permanecer en el sistema solar y sobrevivir. Tenemos que hacer aquello para lo cual los he convocado. Cuanto antes mejor. Charles me dice que está preparado, y Stephen lo confirma.

Los treinta guardaron un asombrado silencio de varios minutos. El doctor Wachslar se puso de pie y miró a su alrededor extendiendo las manos.

—Estamos tomando una decisión en nombre de todo Marte —dijo—. De hecho, representamos a todo Marte. —Se sofocó y levantó aún más las manos; gritó más—.

Tiene que haber alguna confirmación, alguna...

—Moriremos si no actuamos —dije. Las manos me temblaban con perverso entusiasmo. Quería que Wachslar me desafiara. Estaba dispuesta a afrontar cualquier reto. Sentía unirse mis huesos. Los nanomedicamentos llenaban mi torrente sanguíneo, eliminando problemas, controlando mi tendencia a ser presa del shock. Me sentía fuerte como un león, aunque sabía que aún estaba débil.

—El doctor Abdi no ha concluido su estudio areológico —dijo Wachslar.

Abdi se puso de pie, las manos en los bolsillos, se encogió de hombros y se volvió a sentar.

—En efecto, aún no he concluido —dijo.

—Deberíamos votar —exclamó Jackson Hergesheimer, el astrónomo—. Sabemos lo que sucedió en el último viaje. Lo que sucedió con Galena. Si vamos a escoger el suicidio en vez del homicidio, deberíamos tener la posibilidad del voto.

—No habrá votación —jadeé.

—¿Por qué no? —exclamó Hergesheimer—. Somos ciudadanos de la República... los únicos ciudadanos que responden ante usted.

—No habrá votación.

—Entonces usted ya no es presidenta de esta República, aunque legalmente... —
No encontraba las palabras.

—Yo asumo la responsabilidad —dije.

—¡Usted nos ordena suicidarnos! —gritó Wachslar.

Dandy Breaker estaba sentado. Perdiendo los estribos, se levantó y alzó la mano. Lo autoricé a hablar.

—Debo señalar la total legitimidad, según las leyes de la República, de la posición de la presidenta Majumdar. Es una emergencia. La única acción defensiva que nos queda es la retirada. Siguiendo sus órdenes, he declarado la ley marcial y la he difundido por todo Marte.

—¡Nadie puede enterarse ni objetar! —dijo Wachslar, con lágrimas de rabia en las mejillas. Movía las manos como pájaros, haciendo aletear los dedos—. Por Dios, ésta es la clase más espantosa de tiranía.

—Yo asumo la responsabilidad —insistí, con voz opaca y hueca.

—Señora presidenta —dijo Leander—, tal vez debiéramos realizar una votación informal. Tan sólo para asegurarnos.

—Deberíamos discutir la opción de declarar la guerra —dijo Hergesheimer—. Lo que están haciendo es ultrajante, y deberíamos defendernos, si no con una luna, mediante la conversión de sus ciudades, de sus tierras.

—No —dije—. Esa posibilidad no cuenta mientras nos quede alguna otra. Y nos queda otra. —Yo había decidido hacía tiempo que no devolvería el ataque de la Tierra—. Si alguien desea derrocar me, o solicitar mi expulsión, o hacer lo que la ley

permita o no permita... que sea pronto, por favor.

Me pregunté si perderíamos todo el control, si yo no había ido demasiado lejos y hablado con demasiada vehemencia. Leander estaba a punto de decir algo cuando el suelo del auditorio tembló. Aelita mostró una serie de imágenes de las cámaras de encima de la estación. La espantosa cortina gris se extendía sobre el norte de Kaibab, arremolinando desechos claramente visibles en la eléctrica corona azul, con una polvareda turbulenta a sus pies.

—Está en la meseta, a cincuenta kilómetros —dijo Aelita.

Todos los presentes miraron, algunos sollozando. Varios saltaron de sus asientos y huyeron.

—El resto es simplemente miedo —dije—. Lo sabemos. Para nosotros, no hay rincón contra el cual puedan acorralarnos... a menos que cedamos a nuestro miedo. Entonces moriremos. Hagamos aquello para lo cual construimos Preámbulo.

Charles entró en el auditorio desde el laboratorio principal, moviéndose con lentitud e indecisión. Su presencia pareció intimidar a los funcionarios sentados en las dos primeras filas. Se alejaron de él mirándolo como niños asustados.

—El LC está listo —dijo—. El intérprete está listo. Yo también.

La imagen de nuestro inminente destino colgaba sobre nosotros en varios puntos del auditorio. El suelo vibraba como si se aproximara un rebaño de enormes animales. Charles miró las imágenes y murmuró:

—Es una conversión de uno en un billón. Si la aumentan en un factor de diez, y pueden hacerlo, borrarán toda la meseta de golpe.

—Manos a la obra —dije, y apenas pude oír mi voz por encima del monstruoso aullido de la materia pulverizada.

Dandy bajó rígidamente por el corredor.

—Señora presidenta —declaró, con una formalidad absurda en aquellas circunstancias—, debe usted impartir una orden directa e inequívoca.

—Con la autoridad que me otorga mi cargo presidencial, ordeno que desplazemos Marte de inmediato a la órbita escogida en torno al nuevo sistema.

—¿Ni siquiera tiene nombre? —gritó Wachsler.

—La orden queda consignada —gritó Dandy, levantando su pizarra. Miró a los presentes de hito en hito, desafiándolos a plantear alguna otra objeción.

El atónito Wachsler meneó la cabeza. Hergesheimer se desplomó en su asiento, farfullando.

Charles dio media vuelta y salió de la sala. Leander y yo lo seguimos. La mayoría de los presentes permanecieron en sus asientos o se acercaron a la pared de vidrio, como observadores de una anticuada ejecución.

Charles se sentó en una litera junto al alabeador principal.

—Necesitaré ayuda con esto —dijo, señalando los cables ópticos. Stephen y yo lo

ayudamos a conectar los cables, y Charles se acostó en la litera—. Seré el único que estará en el circuito LC. Pero otros pueden observar. Será más fácil si puedo hablar con alguien mientras lo hacemos. Me sentiré más real. Y si esta gente ve algo de lo que sucede, conmigo...

—Yo lo observaré —dije.

Charles señaló una litera más pequeña al otro lado de la plataforma del pensante.

—Espero que estés cómoda —dijo.

Me senté en la litera.

—¿Necesito...?

Señalé los cables conectados a su cuello.

—No, no se requiere realimentación. Proyección estándar de imágenes, o inmersión. La inmersión ha de ser espectacular.

Tragué saliva.

—Inmersión, pues.

—Te lo agradezco, Casseia —dijo Charles. Reclinó la cabeza y cerró los ojos, moviendo la nuez de Adán, apretando las mandíbulas, relajándose.

—Es lo menos que puedo hacer —dije.

—Es nuestra única opción. Tenemos que irnos. Lo sé. Has tomado una decisión valiente.

Seguí a Leander con los ojos mientras él preparaba mi inmersión: bandas estrechas en mi cabeza, proyectos de una pizarra modificada, conexiones ópticas entre pizarra e intérprete. Experimenté una cómoda sensación flotante, con un parloteo neural de fondo.

Miré a mi alrededor con aprensión. En la sala había un olor frío y metálico, y parecía absurdamente grande para el instrumental: una caverna que resonaba con luces concentradas en el alabeador, las bombas de trastorno de fuerza, los refrigeradores... Un director, una sustituta —Tamara Kwang, con su propia aureola de cables y conexiones— y una observadora.

Leander terminó de verificar las conexiones y se apartó, cruzando los brazos.

—Marte es un cuerpo grande —dijo Charles—. Tenemos que referir cada descriptor a más bases ortonormales, un número exponencialmente superior para los descriptores que se superponen. Esto significa almacenar más resultados en los descriptores no utilizados que hay dentro del alabeador. Es más fácil en un alabeador grande.

—El peligro no es mayor que antes... tal vez sea menor —dijo Leander—. Pero la tarea del director es más complicada. Tiene que ser más congruente con el LC para mantener esos descriptores adicionales en sintonía con el objetivo general.

—El intérprete todavía se interpone. Charles tendrá que ser más directo. Enchufarse al LC.

De nuevo el aullido de la materia convertida sacudió el suelo. Dandy dejó el auditorio y se acercó a Stephen.

—Las ondas de choque arrasarán la estación si no nos vamos ya —dijo.

Dandy evitó mirar a Charles, como si fuera algo obsceno, o sagrado y prohibido.

—Lo haremos en tres fases —dijo Charles—. Para tomar todas las precauciones. Primero avanzaremos cincuenta millones de kilómetros por la trayectoria orbital de Marte. Si hay alguna duda sobre la etapa siguiente, abandonaremos allí.

—Ellos nos encontrarán de nuevo, terminarán el trabajo —murmuró Tamara Kwang, tocándose los cables. Gotas de sudor le perlaban el rostro a pesar del frío.

—No quedará ninguna duda —dijo Charles—. El paso siguiente nos pondrá a tres billones de kilómetros del nuevo sistema. Confirmaremos nuestra posición y realizaremos el próximo salto.

—No podemos permanecer en el espacio profundo más de unos minutos —dijo Hergesheimer. Yo no le había visto entrar en el laboratorio, pero estaba a pocos metros del alabeador, las manos en los bolsillos, el cabello desmelenado—. Si permanecemos en el espacio profundo más de unos minutos, Marte experimentará cambios climáticos extremos.

Faoud Abdi entró, seguido por dos ayudantes.

—He comprobado los daños —dijo—, y sólo tenemos el diez por ciento de nuestros rastreadores de superficie conectados a repetidores. Los demás están destruidos o no responden. Creo que todavía podemos hacernos una idea de lo que sucede con el planeta, pero no habrá modo de avisar a los demás de qué deben esperar. También habrá efectos areológicos mayores si no entramos inmediatamente en una situación similar de marea solar. Y con la misma cara hacia el nuevo sol. Eso es muy importante.

—Comprendido —dijo Charles.

—Las mareas... —continuó Abdi.

—Están en los cálculos —le dijo Stephen.

—¿Dónde está mi puesto, mi conexión instrumental? —preguntó Hergesheimer. Leander señaló el otro extremo del laboratorio, hacia donde todos los instrumentos externos de Preámbulo dirigirían su flujo de datos.

—Manos a la obra —dijo Charles.

Recliné la cabeza y miré los proyectores. De pronto se me erizó el vello y casi grité. Sentí que alguien estaba de pie junto a mí, frente a Leander y Dandy; sabía quién era, pero no quería aceptar que estuviera todavía tan cerca de la demencia.

No podía verle, pero su presencia era tan real como todo lo demás, tal vez más real, más creíble. Se llamaba Todd y tenía cinco años; cabello fino y castaño, sonrisa espontánea, mejillas suaves, lisas y morenas, dedos ágiles, rostro agitado, como si acabara de volver de sus juegos. Quería decirme algo. Yo no podía oírle.

Habría sido mi hijo. Ilya habría sido su padre.

Debí emitir un sonido. Charles me preguntó si algo me molestaba.

—Estoy bien —dije—. Vamos.

Quise extender el brazo para coger la mano de mi hijo, pero ya no estaba. Nunca más sentiría su presencia.

—Vamos —dijo Stephen.

—En marcha —dijo Charles.

Mirando los proyectores, la cabeza envuelta en el sonido neutro de las bandas de inmersión, vi una imagen de Marte: una esfera muy detallada, las elevaciones exageradas, todos los rastreadores que nos quedaban marcados por puntos rojos. Al volver la cabeza, vi Fobos y Deimos. El mapa no estaba actualizado, pues también aparecían Muchas Colinas y otras estaciones que habían desaparecido.

—Perderemos todos nuestros satélites —murmuró Dandy. Parecía lejano, al igual que el sordo aullido.

La voz de Charles habló en mi cabeza, sorprendiéndome.

—Primer cambio de marco en dos minutos. ¿Me oyes, Casseia?

—Sí. Veo Marte.

—¿Quieres ver lo que está haciendo el LC? Cuando yo entre, formaré parte de sus procesos. Tú estarás fuera, observando.

—De acuerdo.

Traté de relajar mis rígidos muslos. Era mejor morir relajada, pensé. El universo ya era tan imprevisible que aquella diferencia podía ser importante.

La imagen de Marte cambió radicalmente mientras yo compartía la perspectiva del LC. No veía un planeta, sino un campo multicolor de posibilidades, capas superpuestas. La evaluación del LC cambiaba cada pocos segundos; se modificaban los colores, y las asignaciones de la región de Pierce relampagueaban a una velocidad vertiginosa; todo Marte escrutado y medido siguiendo una lógica que ningún humano podía entender, una lógica que estaba fuera o debajo de las reglas del universo.

Ahora entendía con mayor claridad el valor de la aportación del LC. Que tuviera autoconciencia, a pesar de aquellas distorsiones, me daba escalofríos. ¿Qué clase de autoconciencia podía funcionar cuando la conciencia no tenía forma ni propósito específico?

¿Quién podía haber diseñado aquella mente? Los humanos, algunos famosos y otros no tanto; y los pensantes LC habían desempeñado un papel de poca importancia en los asuntos humanos durante un siglo y medio, pero ningún humano, ni siquiera los diseñadores, podían abarcar la mentalidad LC. No era superior —en ciertos aspectos funcionaba con mayor simpleza que la mente de un humano o un pensante— pero era insuperable e imprevisible en lo que hacía.

Si yo era la espectadora, mirando los corcoveos de ese raro y hermoso caballo,

Charles era el jinete.

—He medido y trazado la primera base ortonormal —dijo Charles—. Ahora medimos la traslación de descriptores conservados al sistema mayor.

Con la ayuda de mi expansión, comprendí parte de lo que veía: cálculos pasmosos por medio del ordenador del intérprete, engaños a la naturaleza al extraer la «energía» necesaria para desplazar Marte de la energía total del sistema mayor, la galaxia. En realidad no gastaríamos energía en el sentido real; simplemente equilibraríamos las cuentas del universo bajo mano, mientras no miraba.

—Veinte segundos para el primer cambio de marco —me anunció Charles. Nuestro enlace era cada vez más íntimo. Él hablaba únicamente para mí—. El LC está reasignando todos los descriptores al primer destino. —Desplazaríamos todo lo que se hallaba en el «espacio» que ocuparía Marte, y al mismo «tiempo» desplazaríamos el planeta mismo, cambiando un lugar por otro. Ésta era la parte más fácil de comprender del proceso, aunque no la más fácil de realizar.

—El alabeador comienza a irradiar —dijo Stephen—. Fluctuación en la región de Pierce.

Vi los dos marcos, nuestro marco actual y el marco al cual nos trasladaríamos. Se superpusieron, y por un instante no pude ver Marte. En cambio vi algo terrible por su simplicidad.

Marte se había reducido a un potencial inefable. Podía ser cualquier cosa, y nosotros estábamos en él, fuera de las reglas, fuera del juego. Aquél era el momento en que los sistemas que se basaban en correlaciones de continuidad —mentes, ordenadores, pensantes, sistemas electrónicos— tenían que dar un salto, suponer que en un momento había existido una realidad y que todas las reglas habían sido lo que parecían ser.

En *el potencial*, vi —aunque afortunadamente no sentí— la actuación de lo que parecía ser la elección. Podíamos escoger otros conjuntos de reglas. El LC las barajó a gran velocidad. Yo quería entretenerme, probar. ¿Y si cambiábamos esto, o aquello...? ¡Qué perspectivas tan fascinantes!

—Cambio de marco —anunció Charles. El potencial desapareció y volví a ver una simple representación de Marte. Hergesheimer determinó rápidamente nuestra posición.

El aullido sordo se convirtió en un ligero temblor, apenas perceptible a través de las almohadillas de la litera. Ya no estábamos donde habíamos estado. La Tierra había perdido el blanco al que apuntaba.

—Charles, ¿cómo estás? —pregunté.

—Bien. El LC se ha asustado un poco. Cambiar las reglas le resulta tan atractivo como el sexo. Se siente cómodo practicándolo.

—No dejes que consiga pareja —sugerí. La inmensidad de lo que hubiera podido

sucedir se perdió en una súbita sensación de liviandad.

—Creo que lo hemos hecho bien —dijo Charles. Dejé de mirar los proyectores y me volví hacia él. Tenía los ojos cerrados y respiraba entrecortadamente.

Algo me rozó el brazo. Miré en dirección opuesta y sentí una inmensa sensación de alivio. Se me llenaron los ojos de lágrimas, alcé el brazo.

Ti Sandra estaba junto a mi litera. Parecía muy sana, de nuevo con su peso normal, el rostro ancho, radiante y orgulloso. Llevaba su vestido más exuberante, con relucientes abalorios de cristal cosidos a mano. Me acarició el brazo con la suavidad de una brisa.

—Lo has logrado —dije—. Dios, me alegro de verte.

—Hemos avanzado a lo largo de la órbita de Marte cincuenta millones doscientos cincuenta mil kilómetros —canturreó Hergesheimer.

Ti Sandra sacudió la cabeza sin dejar de sonreír, entornando los ojos con orgullo y amor. La ligereza de su contacto me llamó la atención.

—Ahora daremos el gran salto —dijo Stephen—. ¿Charles?

—Evaluando —dijo Charles.

Yo había desviado los ojos al oír la voz de Stephen. Cuando miré de nuevo, Ti Sandra no estaba allí, aunque todavía sentía su caricia en el brazo.

Me recosté en la litera, la boca seca como blandarena, y dejé que los proyectores encontraran de nuevo mis ojos, llenando mi campo de visión.

—No habrá mayor retraso temporal, no habrá el menor retraso —dijo Charles—. Pero tendremos la impresión de pasar más tiempo en el salto, tú, yo, el LC y el intérprete. Tendremos que realizar más traslación... al sistema mayor. Nos parecerá que pasamos más tiempo fuera del *status quo*.

Status quo. Las cosas tal como son. Todas las cosas familiares a las que nuestra mente se adapta desde la infancia. Suelo conocido, territorio conocido, reglas conocidas.

—El más largo para el LC —dije.

—Exacto —afirmó Charles.

—Tentaciones.

Charles rió entre dientes.

—¿Es peligroso para ti también?

—Ya lo creo —dijo.

—Como el sexo.

—Mucho peor, querida Casseia. Estoy aquí con el LC, evitando que se distraiga, pero experimento la mayor parte de las cosas que él experimenta.

—Una vez me dijiste que querías comprenderlo todo —dije.

—Lo recuerdo.

—En medio del salto... yo también quería jugar.

—Si jugáramos una eternidad —me dijo Charles—, podríamos aprender a armar un universo. Tú y yo.

—Pero tú dices que no transcurre el tiempo.

—Eternidad significa ausencia de tiempo. Infinitud sin tiempo. Un anillo de teorización brillante e incesante. El juego máximo.

Leander interrumpió.

—¿Todavía estás trabajando, Charles?

—Todavía estoy en ello. ¿Quieres un informe?

—No nos tengas en ascuas, Charles —dijo Leander.

—El LC acaba de valorar el planeta y el lugar, y se está preparando para ordenar las cuentas. No te preocupes por nosotros, Stephen.

—No confundas a Casseia, Charles —advirtió Stephen—. La necesitaremos cuando hayas terminado.

—Esta vez verás algo distinto —me dijo Charles, con un hilo de voz. Una intimidad mayor que la de marido y mujer: la intimidad de dos jóvenes dioses—. Creo que formará parte de la mayor familiaridad del LC con el sistema más grande. Medirá el nivel más elevado de descriptores superpuestos, hasta quizá trascender la cantidad de los que están en uso...

—Descriptores no usados —dije.

—O que se han dejado de usar. Descriptores de cosas que alguna vez existieron, o podrían existir. O de nada en absoluto. Residuales o sobrantes.

—¿Cuánto falta para el cambio de marco? —preguntó Leander.

—Cuatro minutos —dijo Charles.

—La Tierra podría detectar nuestra nueva posición y comenzar de nuevo —dijo Leander.

—Al cuerno con ellos —dijo Charles. Noté que sonreía, un hombre en un caballo brioso, montando con aplomo. Pero aquel caballo pronto sería insoportablemente majestuoso.

—¿Para qué los usarías, Charles? —pregunté.

—¿Los descriptores indefinidos? —Sí.

—Creo que están aguardando su madurez. Podríamos crear nuevas formas de materia. Podríamos trasladar toda la información humana a la memoria superior de masa y energía. Podríamos engañar al espacio para hacerle creer que es materia o energía, o que es algo que ahora ni siquiera podemos concebir.

—Hablaste de eso una vez, hace mucho tiempo.

—Un diálogo con las raíces de la creación.

—¿Raíces? —interrumpió Leander.

—Stephen —dijo Charles—, déjanos tranquilos. Estamos bien. Casseia está haciendo su trabajo.

—Ella habla más como teórica que como política —se lamentó Leander.

—Un minuto —dijo Charles.

Yo tenía un recurso para mantener a Charles arraigado en esta creación. Ahora parecía el momento más indicado.

—He pensado a menudo en ti —dije.

—¿Qué?

Charles quedó desconcertado por el cambio.

—He pensado en ti con frecuencia desde que nos separamos.

—He causado bastantes problemas, ¿no?

—He pensado en lo que me dijiste cuando hablábamos de nuestras ambiciones.

Creo que sé por qué te rechacé, Charles.

Él no dijo nada.

—Yo te amaba, pero tú te dirigías a lugares a donde yo nunca llegaría.

—Cierto.

—Parece terrible decirlo, pero yo quería estar con alguien menos estimulante.

—Claro.

—Casseia —me susurró Leander al oído—, ¿qué demonios estás haciendo?

Lo aparté de un empujón.

—Hubo un momento en que me sentí muy cerca de ti, años después, como si de veras nos hubiéramos casado y vivido una vida juntos. Tú me rescataste, Charles.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo estaba acorralada, hablando con Sean Dickinson.

—Te gustaba Sean.

—Él representaba a la Tierra después del Congelamiento. Quería obligarnos a renunciar a todo. Nunca en mi vida me había sentido tan atrapada. Entonces enviaste el mensaje.

—Ti Sandra... —dijo Charles.

Lo interrumpí.

—Fui a la superficie, miré al oeste y vi Fobos entre las nubes. —Mi voz volvió a temblar con la emoción de aquel momento—. Sabía lo que harías. Y lo hiciste. Y me quitaste un gran peso de encima. Por Dios, qué cosa tan maravillosa hiciste entonces por mí, Charles. ¡Me sentía tan orgullosa!

—Me alegro —dijo Charles.

La imagen de Marte se oscureció en mi campo visual. A través de la oscuridad vi el potencial, el salto como un enorme animal que se movía por el vacío para alcanzarnos. La impresión de su viva belleza me dejó petrificada, como un conejo frente a un tigre.

—Cambiano de marco —dijo Charles. Sentí su calma, su concentración, su fuerza. En el fondo Charles era muy simple, un niño. Yo había dicho una verdad que

no había podido reconocer hasta ahora, y él me creía.

—Te amo —dije.

—Yo siempre te he amado, y siempre te amaré, Casseia —suspiró Charles—. Juguemos.

El LC amplificó la escala de nuestra simulación. Parecíamos colgar sobre el sistema solar, y los planetas interiores eran puntos brillantes marcados por coordenadas, referencias para bases de descriptores, gráficos que mostraban los efectos importantes para Marte.

Desplazar Marte prácticamente no tendría otro efecto sobre el Sol o los planetas.

El tigre atacó.

En el salto, me pregunté cómo sería el universo si Charles me hablaba para tranquilizarme.

Si no hubiera habido coincidencia entre cargas de partículas sin extensión, partículas puntuales como el electrón, y agregados como el neutrón; y otras partículas más, la superposición no sería posible, y el universo se desmoronaría.

Pero Charles no cejaba, y guiaba al LC.

El salto me atrajo hacia una especie de sueño, donde toda realidad era sólo un subconjunto de Casseia.

Mi vida habría sido Casseia.

Sin viaje a la Tierra, siempre en casa, sin Casseia.

Mi expansión parecía arrojarme capas cromáticas de notaciones, una capa amontonándose sobre otra, revelando un mar de realidades definidas, y dentro de ese mar el Marte que yo había conocido se redujo a un espacio vectorial, una configuración que constituía la base de todo lo posterior, y ese momento había sido (buscando la raíz, el cero para su pasaje sobre un plano infinito de mi existencia).

Raíces múltiples, ceros múltiples.

Mi plano en intersección con la compleja superficie de Charles, ondas de choque que me impulsaban haciéndome rodar como una roca.

Eliminadas estas raíces, la función se venía abajo de una forma totalmente distinta, y en este sueño parecía que ambos éramos usados, que nuestros potenciales eran encauzados hacia un logro, aquello que estaba sucediendo ahora, y que todo lo demás sería desechado, nuestras vidas un garrapateo incesante desembocando en una respuesta.

También vi los juicios, las demandas, los litigios contra lo que quedaba de la República; muchedumbres que no atendían a razones, las ondas de choque también las habían arrastrado, y yo recibiría el reflejo, su furia y su miedo.

—Ah —dijo Charles, algo entre un suspiro y un gruñido—. Mi Casseia.

Nunca me había llamado «mi Casseia» con esa familiaridad conyugal, y ahora llegaba nuestro hijo.

—Marco cambiado —dijo.

El sistema solar había desaparecido de nuestra perspectiva. En cambio vi las distantes estrellas desde tres ángulos combinados, torciendo mi mirada interna hasta que comprendí lo que hacía el intérprete. Nadábamos en un mar nebuloso, nuevas nubes de estrellas jóvenes, estrellas recién nacidas, cadáveres de soles excesivamente ávidos que al morir habían enriquecido el entorno y habían permitido la creación de soles más dinámicos. El LC había fijado la vista en esas cosas, y todo se distorsionó en una vaguedad fluctuante, superposiciones de cualidades que me parecían importantes pero que significaban poco para Charles.

—He encontrado el nuevo sistema —anunció Hergesheimer—. Estamos a cuatro como nueve billones de kilómetros de distancia.

Dejé de mirar las proyecciones para mirar a Charles. Yacía inmóvil en la litera. Leander se arrodilló junto a mí con una expresión que oscilaba entre el asombro y el dolor.

—¿Lo oyes... en la simulación? —preguntó Leander.

—No lo sé —dije. Regresé bajo los proyectores, bandas combinándose para mi nueva inmersión. No oía a Charles, pero a través del intérprete sentía que una mano firme guiaba al LC entre las cambiantes cifras.

—Sí. Lo noto. Está ahí.

—Sí —le dije a la mano firme, al jinete.

Cambio de marco en...

Sin tiempo.

Un simple ajuste.

Dos tercios de un año luz: tras emerger a diez mil años luz del Sol, esto era apenas como hundir el pie en las aguas de nuestro nuevo océano. Charles podía lograrlo.

Lo logró.

El salto ya era casi familiar, un lugar de reposo además de potencial, y dentro del reposo, la mano firme en la superficie del LC.

—No está loco —dijo Charles—. El LC no está loco. Ni siquiera es excéntrico. —Por un momento creí que mencionaba el nombre de una mujer, una de sus amantes. *Agnes Day. ¿Quién es, Charles?*

—Ahora escúchame con atención, porque no habrá tiempo para volver a decir esto. Tú eres mi idea de lo que debe ser una mujer. Que Dios me proteja, Casseia.

Agnus Dei, había dicho. *Cordero de Dios*.

—Tú eres fuerte y afectuosa, y ellos se abalanzarán sobre ti.

—¿También los ves, Charles?

—No necesito ver nada. Conozco a la gente casi tanto como tú. Yo no estaré allí como una presencia útil, porque esto me matará.

»...Casseia, pero tú los has salvado a todos. La historia a veces muele muy fino, y el polvo es de huesos... o de cenizas.

—Somos los responsables.

—Te crucificarán, Casseia. Ojalá pudiera compartirlo contigo. Stephen lo hará, y los demás. Yo estoy escogiendo el camino fácil.

—Charles, no.

—El tiempo se agota.

Yo ni siquiera sentía el potencial; tal vez por eso él me hablaba, porque aquel último paso era el más difícil, el peor.

Las imágenes proyectadas en mis ojos y en mi cabeza se volvieron tremendamente dolorosas. Nada tenía sentido. Los mensajes, definiciones y etiquetas se mezclaban, las coordenadas se disipaban, no podía traducir lo que veía. El intérprete me excluyó, dejándome en una oscuridad neutra y átona, y Leander me sacó las fajas de la cabeza y los proyectores de los ojos.

Charles se sacudía en la litera, apretando los dientes en una sonrisa convulsiva. Confusión y gritos en la galería y en torno al laboratorio; por el momento, todos parecían habernos olvidado.

—¡Estamos ahí! —exclamó Hergesheimer—. ¡Por Dios, estamos ahí!

Sólo entonces Charles se distendió. Movi6 la cabeza; los ojos se le ponían en blanco. Yo le cogí la cabeza mientras Leander desconectaba los cables 6pticos. Los *arbeiters* m6dicos se abrieron paso a trav6s de una repentina multitud, y tendieron a Charles en una camilla.

Me acuclillé en el suelo, junto a la litera vacía, aturdida. Lo habíamos logrado. Charles lo había logrado.

Hergesheimer se paseó ante una imagen vid del nuevo sistema, señalando estrellas como si se tratara de su propio triunfo. Imágenes del nuevo sol surgieron en torno al laboratorio.

Leander me ayudó a levantarme y me sostuvo por los hombros.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Asentí.

—¿Charles? —pregunté.

—Creo que se ha excedido —dijo Leander—. Veremos...

Dormí en mis habitaciones las primeras nueve horas del primer día en el nuevo sistema. Desperté cuando Hergesheimer, Leander, Abdi y Wachslar se anunciaron ante mi puerta. Leander era solícito.

—¿Te sientes más fuerte? —preguntó.

—Me siento bien —respondí. Habría podido dormir cien años más, pero al menos podía sostenerme.

Los ingenieros de Wachslar habían levantado una cúpula transparente en la

superficie y construido una plataforma por donde podíamos caminar. Encabecé el primer grupo de cincuenta, pues aún esperaban que los dirigiera, y nos turnamos para ir en ascensor a la salida central de emergencia, subir a la nueva cámara de presión y salir a ver el nuevo cielo.

Leander llevaba a Charles en una silla de ruedas, asistido por *arbeiters* médicos compactos. Sostuve la mano de Charles cuando nos plantamos bajo la abultada cúpula transparente, pero él apenas reaccionó.

El nuevo sol no parecía mucho más grande, la nueva órbita de Marte estaba ochenta millones de kilómetros más cerca. El crepúsculo crecía hacia el este. El disco del sol se deslizó debajo del horizonte; su brillante, perlada y juvenil corona relampagueó y se fue, y con el anochecer llegó otra gloria.

Nuestros ojos se adaptaron lentamente. Al cabo de unos minutos pudimos ver la intensidad cromática, la promesa de aquel nuevo jardín de soles. Flores de nebulosas alrededor, rosadas, violáceas y lilas, profundos y tenues mechones de verdor primaveral y amarillo de narciso, y dentro de ellos los rostros borrosos de estrellas nacies.

Me arrodillé junto a la silla de Charles y le cogí de nuevo la mano. Él se volvió hacia mí, me miró directamente. Aún había en sus ojos y en su expresión algo que me daba cierta esperanza. Le toqué la cara con los dedos y él retrocedió, tensando los músculos de las mejillas. Luego se relajó.

—¿Sabes lo que está sucediendo, Charles? —le pregunté.

—Nos hemos instalado —susurró, y sus ojos se enturbiaron de nuevo.

—Tú nos has traído aquí. Para bien o para mal, pero parece seguro. Tiene que ser mejor.

—Mmm —murmuró.

—Estamos mirando el nuevo sistema. Es de noche. Podemos ver las estrellas, y son hermosas.

—Bien —dijo.

—¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Charles—. Demasiado.

La calma que siguió a nuestro desplazamiento —aturdimiento, adaptación, recuperación— se aplicaba tanto a Marte como a los marcianos.

No despuntaron lunas sobre Marte.

La amenaza de las langostas se disipó día a día a medida que las máquinas penetraban nuestras defensas y eran destruidas, o su energía y propósito morían en las frías y secas arenas.

Con la desaparición de Muchas Colinas, y la muerte de Ti Sandra y gran parte de los legisladores, no había gobierno, no había República. Las estaciones grandes se convirtieron naturalmente en centro de la vida social y política. Los marcianos

hablaban vagamente de volver a la normalidad, pero el patrón instintivo de la sociedad era la familia, la estación, el Vínculo Múltiple; lo demás aún no había tenido la oportunidad de echar raíces.

Al principio, millones de marcianos tuvieron dificultades para comprender lo que había sucedido. No podían concebir una fuerza tan descomunal, una conspiración tan poderosa, como para alejar Marte del viejo Sol. Cuando asimilaron la realidad — reflejada en la red, reafirmada por científicos y expertos que gozaban de confianza en sus comunidades— la incredulidad se convirtió en conmoción, y luego en indignación.

Las pruebas de los ataques de la Tierra contra Marte parecían alejadas de la vida cotidiana. Las estaciones destruidas no tenían voz, y los territorios arrasados, cientos de millones de hectáreas de arena calcinada, no parecían justificar una decisión tan drástica.

La impresión lo dominaba todo. Las familias organizaban coléricos juicios, y esos juicios se transmitían por red. Se formaron comisiones de investigación, éstas discutieron entre sí y al fin se convirtieron en un sistema judicial *ad hoc*, y ese sistema llevó a cabo indagaciones.

Lo que al principio se llamó la Fuga comenzó a denominarse la Retirada, luego la Desbandada, y al fin la Vergüenza. Podríamos habernos quedado, decían algunos, y usar nuestro nuevo poder para combatir contra la Tierra. Algunos millones de terrícolas habrían sido sin duda un precio justo para mantener la independencia de Marte dentro del sistema solar.

Una nostalgia extrema se sumó a nuestras aflicciones.

La República, a pesar de los esfuerzos del gobierno subsistente, fue pronto reemplazada por algo peor que la anarquía: el gobierno del populacho, dirigido por improvisados pero hábiles oportunistas.

Marte mismo alentó la disgregación. Marte encontró su voz y aulló de dolor.

El primer gran areomoto se produjo al sur de Ascraeus. Tres estaciones quedaron reducidas a ruinas, y una profunda grieta se formó entre Pavonis y Ascraeus. La grieta —que años después se llamaría la Nueva Grieta de Tharsis— alcanzó más de mil kilómetros en cuatro semanas. Los ecos de este nuevo estiramiento de la corteza se multiplicaron. Marte vibraba como un gong.

Los areólogos de Preámbulo, conducidos por un frenético e inspirado Faoud Abdi, trataron de estudiar el nuevo orden tectónico sin satélites, recurriendo a informes enviados por red. Pero la red sufría continuos desperfectos, y nuestros recursos nano estaban a punto de agotarse.

Desde Kaibab, dotaciones de voluntarios sobrevolaron el valle Marineris, consignando los cambios, llevando combustible y provisiones a las estaciones intactas que deseaban cooperar, y siguiendo a través de Tharsis. Los cambios de

elevación de varios metros eran comunes. En algunos lugares se registraron elevaciones de hasta cien metros.

Algunos predecían que el macizo de Tharsis se derrumbaría al cabo de cien años.

Se referían a años de los viejos, pues ahora Marte giraba alrededor del nuevo sol con un período de trescientos dos días.

En la cara opuesta de Marte aparecieron riscos angostos y lineales de cientos de kilómetros de longitud, alineados como grandes arcos, como ondas congeladas en piedra. Más estaciones corrían peligro de derrumbe y hubo que evacuarlas.

Se pusieron en práctica los planes de emergencia de Wachslar, aunque a menudo demasiado tarde. Desde luego, me culparon por ello. Haber llevado a Marte a una situación tan extrema, sin la adecuada planificación, parecía un tremendo error. La palabra «crimen» no era demasiado fuerte.

Por orden mía, los olímpicos restantes desmontaron los alabeadores y se los llevaron de Kaibab para ponerlos a buen recaudo en otra parte. Algunos de los cargamentos fueron capturados por facciones que los reclamaron. Ninguna facción, por suerte, podía hacer nada con lo que tenía. Nadie lo entendía. Los olímpicos callaron, incluso bajo amenaza.

Algunos fueron encarcelados.

Pasé buena parte del tiempo volando de estación en estación, visitando a las víctimas de los sismos, reuniéndome con las nuevas y hostiles comisiones. Cada marciano se había convertido en un refugiado, aunque todavía lo rodearan las paredes que le eran familiares.

Y tenían miedo. Estación tras estación, en todas me preguntaban cuándo regresaríamos a nuestro hogar —el sistema solar— y muchos lloraban de rabia y desesperación cuando les respondía que tal vez nunca.

Algunos me respaldaban, pero no muchos.

Marte había enloquecido, en la superficie y por debajo de ella.

Cuando desbordaron las aguas de los acantilados septentrionales de Olympus, inundando Cyane Sulci y dañando los laboratorios donde mi esposo y yo habíamos trabajado para hacer florecer los quistes madre, fui con la última aeronave presidencial, en mi última visita oficial a una zona catastrófica. Dandy me acompañó, y Stephen Leander. Viajamos primero a la UMS, donde pernoctamos, nos reaprovisionamos y continuamos hasta los *sulci*.

Algo había despertado dentro del enorme volcán, liberando una gran bolsa mineral. El agua hirvió en los *rupes* del norte e inundó los *sulci*, cubriendo cientos de kilómetros hasta una altura de varios metros. El agua, al encontrarse con la blandarena y el borbollón, liberó enormes cantidades de bióxido de carbono e hidrógeno. Lagos de lodo hirviente burbujearon, se arremolinaron y se congelaron. Sobrevolamos aquel terreno oscuro y nuboso, observando nuevas islas en los nuevos

océanos de lodo.

Sólo se habían inundado las tierras bajas del sur y los valles de Cyane Sulci. Pero el laboratorio se encontraba en uno de esos valles, y las cúpulas fueron destruidas, dejando cuatro quistes madre expuestos a los nuevos cielos de Marte.

Los colegas de mi esposo nos recibieron. El doctor Schovinski, asistente de Ilya, nos saludó afablemente en la improvisada cámara de presión.

—Es increíble —dijo Schovinski, conduciéndonos a una habitación donde servían té y un almuerzo frío—. Perdemos la mayoría de nuestros edificios y túneles, casi todas las cúpulas, pero... el experimento es un éxito. Lo que ha hecho usted es controvertido, querida presidenta, pero como científico sólo puedo decirle... gracias.

Comimos deprisa y Schovinski nos mostró un túnel húmedo que conducía a los laboratorios donde antes preparaban los quistes madre para experimentos en las cúpulas. Los soportes de los quistes estaban vacíos.

—Los hemos dejado todos afuera —explicó Schovinski—. Ojalá Ilya hubiera podido ver esto.

Nos pusimos trajes de presión y salimos a campo abierto.

Bajo aquellos cielos brillantes, llenos de arremolinadas nubes de cristales de hielo, las inundaciones habían empujado las cúpulas hacia montículos de desechos resplandecientes, erosionando el terreno y abriendo profundos surcos y grietas; en esas grietas, bajo una delgada costra de hielo que se formaba todas las noches y se fundía al mediodía, crecían gruesos brotes pardos de dos y tres metros, en cuyas puntas había hojas semejantes a abanicos.

Schovinski me hizo bajar a una grieta de un metro de profundidad. Cogió mi mano enguantada y la pasó por el tronco de un brote que surgía de un limo congelado y vitrificado. El limo brotaba de un quiste rajado a seis metros de distancia.

—Primero vienen los puentes acueductos —explicó Schovinski—. Luego siguen otras formas. Primero el joven ecos ordena su suministro de agua, luego trata de completar la floración.

En un brote avanzado, de cinco metros de altura y dos metros de grosor en la base, habían nacido cuatro hojas en forma de abanico, que se extendían bajo la brillante luz del nuevo sol. Una esfera verde y traslúcida del tamaño de un melón se ocultaba a la sombra de la hoja más grande.

Aun antes que Schovinski me lo explicara, supe qué era. Con el tiempo, la fruta sería enorme, y serviría como uno de los muchos depósitos de los acueductos. Parecía haber pasado una eternidad desde que Charles me había llevado a ver una de aquellas esferas, enterrada y fosilizada.

Decidí que él la vería algún día, cuando estuviera preparado.

Pasamos varias horas a la intemperie, e incluso tuvimos una leve nevada; los brotes pardos me daban una gran alegría, y me provocaban el entusiasmo de una

chiquilla que trataba de vivir aquello por sí misma y también por Ilya.

Cuando regresamos a los túneles, los preocupados asistentes comentaron que media docena de aeronaves habían llegado de Amazonis. La intuición puso a Dandy sobre aviso y me llevó inmediatamente a nuestra nave, pero demasiado tarde; nos recibió una sólida muralla de ciudadanos armados hasta los dientes.

La indignación de Schovinski no significó nada para aquellos justicieros. El momento había llegado. Me arrestaron y me acusaron de media docena de delitos, siendo el más grave el de traición.

Dandy y Leander fueron atados de pies y manos como corderos antes de la ejecución; la huraña multitud, toda de hombres, me sometió a una indignidad menor: atarme sólo las manos.

Me había sucedido antes.

Así murió la República Federal de Marte.

He impuesto límites a mi relato, y los respetaré. Todo lo que he escrito se relaciona con el desplazamiento de Marte, su cómo y su porqué, y mi papel en dicho acontecimiento. Preferiría olvidar lo que ha sucedido después.

Escribir en prisión no es tan gran consuelo como dicen.

No pido perdón, ni siquiera un juicio justo. En cierto modo, he recibido mi recompensa. Suplico, sin embargo, que Charles Franklin sea tratado con benevolencia, así como todos los olímpicos que han arrestado.

Gracias a ellos, Marte aún existe y los que aspiran a gobernarlo aún pueden luchar, discutir y acusar.

Cuando los juicios hayan concluido y se determine mi castigo, pensaré en estas cosas: un tronco, una hoja, una esfera verde y reluciente. Nacerán niños que no recordarán nada del viejo Sol. Los nuevos y brillantes cielos serán su hogar.

Vuestro hogar, si estáis leyendo esta historia.

Os veo jugando a la sombra de los puentes del Viejo Marte, la piel expuesta al aire, dentro de cien, de mil años. Para vosotros no habrá tiempo, distancia ni límites. Nada salvo vuestra voluntad.

Actuad mejor que vuestros antepasados. Tendréis que hacerlo; el poder es vuestro.

EPÍLOGO

por la doctora Dane Johansen

He tenido el privilegio de preparar esta nueva edición de las